

Universidad Nacional de La Plata.

Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.

Secretaría de Posgrado.

Doctorado en Historia.



¿La primera peronización de la izquierda?

El Partido Socialista de la

Revolución Nacional

(1952-1956)

Tesis para optar por el grado de Doctor en Historia

Autor: Prof. Emanuel Correa.

Director: Dr. Aníbal Viguera.

Ensenada, 8 de marzo de 2023

Índice

Presentación y (sobre todo) agradecimientos.....	6
Introducción.....	12
Estado de la cuestión.....	17
Peronismo y cultura de izquierda.....	18
Las corrientes de izquierda frente al <i>hecho peronista</i>	20
El PSRN, entre el olvido, el balance político y la historiografía.....	26
Sumario.....	29
Capítulo 1: ¿Una izquierda para la Comunidad Organizada? Causas y azares en el surgimiento del PSRN (1952-1954).....	35
Introducción.....	37
Perón, Dickmann, la estrategia y la contingencia.....	38
Del bronce partidario al destierro. La expulsión de Dickmann	42
¿Plan preconcebido o tacticismo? El “caso Real” y los orígenes del PSRN.....	49
Entre rumores, bombas e incendios.....	53
Soltando amarras. Del Movimiento Socialista al PSRN	64
¿Un puente hacia la clase obrera? Grupos trotskistas en el PSRN	68
Primeros esbozos de organización.	71
¿Del Movimiento Nacional al Partido Obrero? Programa electoral del PSRN.....	73
¿Con la venia del General? Apuntes sobre el mito del PSRN.....	78
Debut (y despedida) electoral del PSRN	80
Conclusión. ¿Todo bajo control?.....	83

Capítulo 2: De Juan B. Justo a Perón. Usos y relecturas del pasado nacional y la tradición socialista.....	87
Introducción.....	89
El Partido Socialista, heredero y custodio de la tradición liberal.....	91
Enrique Dickmann: Recuerdos (y replanteos) de un militante socialista.....	98
<i>La Vanguardia (Tercera etapa):</i> Defensa y reinención de la tradición partidaria.....	102
<i>Argentina de Hoy:</i> Viejos socialistas, entre la tradición y el revisionismo.....	114
Conclusión.....	129

Capítulo 3: Proletarios y criollos. La Izquierda Nacional en busca del Sujeto de la Historia.....	133
Introducción.....	135
Ese “otro” indispensable. La función de la tradición justista en la construcción identitaria de la IN.....	139
El PS que no fue. Exhumación e invención de una tradición soterrada.....	143
Goodbye Justo! Controversias y confluencias en torno a la tradición socialista.....	144.
El llamado de la tierra: Trotskismo y cuestión nacional; bonapartismo y criollismo.....	146
El debate Justo-Gallo y la cuestión nacional.....	146
Los míticos orígenes de la IN: <i>Octubre y Frente Obrero</i>	149
De Trotsky a Bolívar.....	152
17 de Octubre, 18 de Brumario. Peronismo y bonapartismo en los orígenes de la IN.....	154
La memoria de los derrotados y la argamasa criollista.	157
En busca de un nuevo panteón: La línea divisoria (y a quién colocar de cada lado).....	161
De los márgenes al centro: Las masas populares en la narrativa histórica de la IN.....	165
<i>América Latina: Un país</i> (1949)	166.
La crítica de Frente Obrero. <i>José Hernández y la Guerra del Paraguay</i> (1954) y <i>Cuadernos de Indoamérica</i> (1955)	173
Del lado del socialismo. Realineamientos, tensiones e hibridaciones en las lecturas del pasado nacional.....	181

La (tardía) irrupción del <i>cabecita negra</i> en el ensayo político nacional.....	186
<i>Revolución y Contrarrevolución en la Argentina</i> (1957)	189
Conclusión. Hacia una nueva narrativa de la Historia Nacional	201

Capítulo 4: Preludio al “entrismo morenista”. El Partido Obrero Revolucionario en la Federación Bonaerense del PSRN..... 205

Introducción.....	207
De la bohemia al <i>obrerismo rabioso</i> . El Grupo Obrero Marxista.....	212
“A un paso del contrerismo”. El GOM-POR contra el <i>totalitarismo pro-británico</i>	214
Esperando la <i>desperonización</i> . Los dilemas del peronismo, la política sindical y la búsqueda de la legalidad.....	220
1954: Año clave... del morenismo.....	229
<i>La Verdad</i> contra el golpe <i>clerical-patronal-imperialista</i>	234
Una mirada al campo adversario: antiperonismo y <i>clase media</i>	239
Conclusión. La FB del PSRN, del contrerismo al entrismo. Continuidades y rupturas.....	252

Capítulo 5: Del Norte vengo bajando. (Tras la huella de Esteban Rey) 257

Introducción.....	259
De la Reforma universitaria a la Revolución proletaria.....	260
Entristas reincidentes ante el ascenso del peronismo. El PS sección Jujuy.....	267
El general Perón en el espejo boliviano.....	278
Un intento de organización independiente: El Movimiento Obrero Revolucionario.....	282
Un agitador en acción: Esteban Rey y el MOR en la huelga de la FOTIA.....	286
Nuevos rumbos para una misma causa. De Devoto al PSRN.....	296
Conclusión.....	299

Capítulo 6: El PSRN en la encrucijada argentina y los prolegómenos de una Nueva Izquierda (1954-1956).....	303
Introducción.....	305
Balance electoral y reorganización partidaria.....	305
¿Partido chico, problemas chicos? Disputas internas en el PSRN.....	315
Antes de la tempestad.....	320
“ <i>Los hemos visto</i> ”. El PSRN frente al terror, la conciliación y el golpe de Estado.....	333
Caída del peronismo.... ¿ascenso del PSRN?	347
Conclusión. El PSRN y <i>La Nueva Izquierda</i>	355
Reflexiones finales.....	359
Bibliografía.....	367

Presentación y (sobre todo)

Agradecimientos.

*...peleándole firmemente a la corriente
y justo cuando creía que iba a aflojar
pensó en unos gurisitos que lo esperaban,
pensó en unas manos buenas que lo curaban
y sintió más fuerzas para nadar.*

La elección de un tema de investigación surge siempre de una superposición de distintos intereses y motivaciones. En mi caso, a las propias inquietudes intelectuales y área de desarrollo profesional, se sumaron otros factores más personales, como las inclinaciones político-ideológicas, su devenir e, incluso, la propia biografía. Fue esa sumatoria y confluencia de factores, supongo, la que me llevó a interesarme, en general, por la compleja relación entre el nacionalismo popular y las tradiciones de izquierda en Latinoamérica y en la Argentina y, concretamente, por el análisis de una experiencia política, el Partido Socialista de la Revolución Nacional (PSRN), que hablaría de una primera confluencia entre estos dos *universos*.

Tratando de rastrear aquella marca biográfica, podría remontarme a mi adolescencia, cuando la discusión entre “el peronismo” y “la izquierda” no era otra cosa que la discusión (recurrente, apasionada, enmarañada y por lo general inconducente) entre mi viejo y yo. Algunos años después, ya por mis veinte, tuve la primera noticia de la existencia del PSRN. Militaba yo en una corriente de izquierda y supe, en un libro de historia partidaria, que “habíamos formado parte” de ese partido (si algo hermoso tiene la militancia política, sobre todo a esa edad, es el asumir en primera persona conductas y posiciones medio siglo anteriores al nacimiento de uno). La “historia oficial” de mi partido aludía a esa experiencia como prueba de su lucha (desde una posición de *independencia de clase*) junto a los trabajadores peronistas y de su postura *comprensiva* y *no sectaria* frente al peronismo, en presunta contraposición con las principales corrientes de izquierda de la época. Como toda historia oficial, sabría después, esa versión tenía mucho de mitología.

Ya me había olvidado del asunto cuando, entrado este siglo, el surgimiento y consolidación de distintos gobiernos populares en América Latina me alejó progresivamente de las formulaciones más “ortodoxas” de la izquierda. Como estudiante avanzado del profesorado en Historia, ese acercamiento a la tradición nacional-popular no se dio ya,

solamente, desde la vocación por la política, sino también desde el análisis histórico. A partir de esas inquietudes, que nunca dejaron de combinar las dos vertientes, pude ir delimitando mi campo de interés profesional, haciendo que otros temas “fugazmente apasionantes”, como *la transición de la antigüedad al feudalismo* o *la lógica de Marx en El Capital*, fueran eclipsados por una preocupación central: la historia de grandes desencuentros y excepcionales confluencias entre las *corrientes contestatarias y emancipatorias* de Nuestramérica. Quien así las denomina, Álvaro García Linera, fue inspiración para estudiar (también fugazmente, admito) la relación y tensiones entre indianismo, populismo y marxismo en Bolivia durante el siglo XX y su confluencia en el ciclo de rebelión popular que llevara al poder a Evo Morales. Luego, ya dedicado como adscripto y más tarde como docente a la Historia Argentina, me dediqué a investigar los posicionamientos de las izquierdas frente al peronismo: primero los de las “clásicas” izquierdas antiperonistas y luego los de aquellas que criticaron o revisaron esos posicionamientos. En ese cruce me encontré, nuevamente, con el viejo PSRN. Y será que uno siempre quiere volver a los veinte años, que allí me quedé, al menos hasta este momento.

¿Cómo hacer ahora, o al terminar estas líneas, para pasar de este registro tan personal –y autorreferencial– al “plural de modestia” que es de uso común para evitar la *infatuación del yo* en un texto académico de producción individual? Simplemente, manifestando la absoluta certeza –surgida al cabo de una larga y no siempre fácil experiencia– de que el trabajo que se presenta a continuación tiene, de individual, muy poco. El “nosotros” que intentará mantener con las y los lectores un diálogo que –ojalá– sea lo más ameno y fructífero posible, no surge, en consecuencia, de una retórica modestia, sino de la convicción sincera y profunda de que esta tesis no podría haber sido sin la colaboración, el apoyo, el acompañamiento y, sobre todo, el cariño de tantos y tantas colegas, amigos y seres amados.

Desde luego, sin el acompañamiento y la confianza depositadas en el proyecto, desde el comienzo y a lo largo de todo el recorrido, por su director, Aníbal Viguera, no hubiera sido posible dar siquiera el primer paso, que fue la obtención de una beca de investigación a la avanzada –CONICET *dixit*– edad de treinta años. Valga la ocasión para agradecer a la UNLP por su criterio más comprensivo hacia los estudiantes morosos y, bromas al margen, por el financiamiento de este proyecto.

Todos los docentes del posgrado dejaron también su marca en este trabajo. Al seminario metodológico del colega y amigo Leandro Sessa entré, allá lejos y hace tiempo, con cinco páginas escritas y muchísimas dudas sobre mi tema de investigación, y de él salí

con el plan de tesis (y presentación al doctorado) listo para su entrega. Otra lectura, más *picante*, de ese mismo estado de la cuestión vino del profesor Pablo Pozzi: “*Tu recorrido es muy claro. Se entiende perfectamente lo que respecto del PSRN sostienen Herrera, Galasso, Luna, Altamirano... lo que no queda claro, así sea de modo preliminar, es lo que piensa Correa*”. Touché. El curso de Sociología Política de Fernanda Torres me ofreció herramientas teóricas para pensar la problemática de determinados *modelos* sociológicos y las (siempre latinoamericanas) *desviaciones*, matriz de pensamiento tan arraigada en nuestra cultura política y académica. En ese marco me propuse (aun sin lograrlo del todo), analizar críticamente, desde la teoría, la noción de *movimiento* característica del peronismo y su comparación con la “correcta” forma *partido*, propia, como se sabe, de los países serios y democráticos del orbe. Algunos ecos de esas reflexiones –comenzando por la inscripción del PSRN en esa lógica *movimientista*– quizá se puedan oír en distintos tramos de esta tesis. El trabajo final del seminario sobre *usos del pasado* de Alejandro Cattaruzza fue la primerísima versión del hoy Capítulo 2. Aquel trabajo fue, además, el de la primera investigación de archivo; el de la famosa (y aterradora) “página en blanco”; el primer paso, en última instancia, de toda esta investigación. Los seminarios de Alejandra Mailhe sobre teorías del mestizaje y de Ezequiel Adamovsky sobre criollismo popular, además de muy placenteros y formativos, fueron fundamentales para darme la llave del rompecabezas del tercer capítulo, el más extenso y trabajoso de esta investigación.

Agradezco el haberme encontrado, al final del trayecto formativo del doctorado, con Adriana Amante y con la certeza que ella supo transmitirme, en su taller de escritura de tesis, de que escribir un texto académico es un asunto serio y formal, pero no por ello debe ser tedioso o burocrático. Todo lo que se encuentre en esta tesis de *literatura*, en la acepción *artística* del término, lo debo a sus generosas y alentadoras devoluciones en aquel taller; los eventuales excesos en ese plano, como es común decir, son de mi entera responsabilidad.

Y Enrique Garguin. El producto de aquel descontracturado seminario sobre clase media, cursado con él y con Patricia Vargas, está incorporado en algunos apartados del tercer y cuarto capítulo. Pero su aguda manera de analizar, indagar, comprender y disfrutar de la Historia está presente desde la primera hasta la última página, por el sencillo hecho de que fue el lector constante, paciente, perspicaz, sutil, compañero y amigo a lo largo de todo este recorrido. Reiterando la recién mentada fórmula de rigor, queda aquí aclarado que todo cuanto se encuentre en esta tesis de análisis complejo y matizado es fruto de sus observaciones y de nuestro productivo y placentero intercambio; lo que se halle de lineal y esquemático, cárguese a mi exclusiva cuenta.

Con Enrique compartimos, además, la cátedra de Historia Argentina II, donde encontré también a dos colegas-maestros y, sobre todo, amigos: Ayelén Fiebelkorn y Javier Guiamet. Haber transitado entre amigos el ingreso a la docencia universitaria (y años después, también, el desafiante trance de la reconversión forzosa a la virtualidad en tiempos de pandemia) fue un verdadero privilegio. Con Aye compartimos el último tramo de mi lerdita y su veloz carrera de grado. Nos recibimos el mismo día y, desde entonces, siempre seguimos juntos en este camino que a menudo nos atormenta, pero también nos gratifica. En cada instancia académica o burocrática del doctorado y de la beca que lo financió, fue mi gran compañera, lectora, sostén y escucha. Espero haber correspondido en alguna medida su enorme generosidad. En Javier, más allá de sus lecturas y comentarios certeros a algunos de los trabajos integrados en esta tesis, encontré siempre el consejo, el aliento y la seguridad que suele faltarme para encarar los desafíos de este oficio. Por aquellas cervezas en Catamarca, en uno de los momentos críticos de este recorrido (tentado yo de tirar la toalla), charlas compartidas con otro gran amigo, Pablo Moro. A los dos, gracias.

En alguna de esas instancias de zozobra, con Quique, Javier, Ayelén, Paula Román y Lula Gandolfi fundamos el “Grupo de lectura y autoayuda”. Por los intercambios intelectuales, pero sobre todo por el afecto y el sostén que brinda el saber que estamos juntos en este trance, que a veces pinta tan solitario, no quería dejar de recordarlo en estas líneas. Que sigan los encuentros, que la tesis, Pau, sale o sale. Al pie del cañón.

En estos diez años de graduado tuve también el privilegio de compartir espacios de trabajo y forjar bellas amistades con Catalina Curciarello, Paula Satta, Ana Barletta y Laura Lenci (en algún lado está *ese papelito* que bosquejaste en el Depto. de Historia, donde me sugeriste el esquema que hoy es índice. Lo voy a encontrar). Ya como becario, dedicado a esta faena, encontré en el Centro de Investigaciones Sociohistóricas un ámbito propicio de trabajo y formación, pero también, fundamentalmente, un mate siempre listo y un cálido espacio de conversación.

A Ana Julia Ramírez no puedo más que agradecerle por su enorme, gigantesca generosidad para conmigo. Por el cariño y confianza permanente desde el día en que (hace ya más años de los que debiera) ingresé como adscripto alumno a su cátedra. Por los recurrentes y afectuosos “*dejate de joder*” cada vez que me declaro preventivamente incapaz de algo (o de todo).

A Javier Trímboli y Facundo Lafit, por lo aprendido y por lo que seguramente aprenderé en el nuevo espacio de cátedra que integramos; por aquella lectura del incipiente

capítulo 3 y por ponerse al hombro con generosidad y afecto una tarea conjunta que no pude atender por estar absorto en el tramo final de esta entrega.

Más que el agradecimiento de rigor al personal de los distintos archivos y bibliotecas visitados en estos largos años, prefiero hacer algunas menciones puntuales. Agradezco a Tomás Verbrugge, referencista del CeDInCI, por su calidez y su infinita paciencia para atender todas las consultas y hallar los papeles más insólitos. A Pastora, de la librería Gallo Rojo, por la amabilidad con que compartió conmigo algunas jornadas en su espacio de trabajo. A Silvia Rey Campero, por abrir el arcón de sus recuerdos, por haberme acercado desde otro lugar a la historia de su padre, Esteban Rey, quien se transformó así en el personaje más entrañable de esta investigación. Y al compañero Norberto Galasso, por las tardes que pasé en su estudio revisando y fotografiando documentos; por haberme confiado algunos de ellos para consultar en mi casa, prácticamente sin conocerme, y por su respuesta a mi sorpresa frente a tan inusual gesto: *“estamos por el Hombre Nuevo, no nos vamos a estar afanando entre nosotros”*.

Algunos amigos cercanos me brindaron su generosa, invaluable ayuda en la recta final, cuando las neuronas parecen decir basta. Mi gratitud a Rafael Clark por el “taller literario vía whatsapp”; por encontrar siempre la forma de desenredar la madeja de mis oraciones eternas. *Quiera Fortuna* que esta tesis, o algo similar, se convierta en libro algún día, en cuyo caso, tendrás (tendremos) mucho trabajo. Y a Leonardo Maluf, “Luli Trotsky”, por el fin de semana instalado en casa, ayudándome con la tediosa corrección de varios capítulos.

A mis viejos compañeros y compañeras de la “JF” y a los nuevos de la 18 de Mayo Región Eva Perón y de La Marechal, porque siempre entendí que la historia desligada de la militancia, o al menos el interés por la política, es como la cerveza sin alcohol. Inconcebible.

A Ricardo Jokanovich y Natalia Arce, por su escucha y su apoyo calificado y profesional, pero no por ello exento de afecto, en los momentos más oscuros de este recorrido; y en los luminosos también. A Vivi Britos por nuestras charlas, esporádicas pero fundamentales; por su mirada sensible, sabia y compañera; por ayudarme a entender un poco más de mi paso por este mundo.

A mis amigos y amigas, hermanos de la vida: Los Ocho, Las Cuatro, el Luli; porque esta tesis ya no aparecerá en mi cara ante la simple pregunta: *“¿cómo estás?”*. Surgirán nuevos problemas, nuevos desafíos y nuevas preocupaciones, que de eso está hecha la vida también; pero saberlos cerca de mí siempre es un hermoso aliciente para seguir adelante. A Lord Charly Hurtado, por aquellas reuniones de estudio, por reírse de mis *crisis* recurrentes

y por aquel regalo de cumpleaños, ese cartelito que me interpela desde la pared de mi escritorio: “*Tesis VII: Cepillar la historia a contrapelo*”.

A mi viejo, por aquellas discusiones adolescentes de las que ambos aprendimos (o no, pero eran divertidísimas); por el posterior reencuentro en el viejo hogar del peronismo, por las discusiones presentes y por las futuras; por el apoyo y la confianza constantes y por la generosa lectura de los borradores de este trabajo. A mi vieja, por el cariño, el cuidado y la confianza de siempre; por el primer contacto con las plantas y con la Madre Tierra, que es decir, también, con el devenir y la ciclicidad del tiempo; con la Historia.

A mis hermanos, Gonzalo y Juan Pablo, por haberme hecho y por seguir acompañándome siempre. A mis sobrinos, Marco y Lucía, por el simple hecho de existir y por el privilegio de verlos crecer, hermosos y extraordinarios.

A la Moncha, vieja sabia aquí presente, por haber sido mi más leal y constante compañía en las horas, días y noches de trabajo, sentada en mi falda o echada sobre el escritorio, en el comfortable desorden de mis papeles.

Y sobre todo en este mundo, a mi hija Malena, a mi hijo Facundo y a Rocío, mi compañera de vida y de viaje, de tanto camino recorrido desde aquel desayuno en Iruya, donde nos vimos por primera vez y para siempre. Que este sea un nuevo amanecer en nuestra ruta y que vengan muchos más. Gracias a los tres por sostenerme, por esperarme, por rescatarme de mis fantasmas, por curarme el alma y por acompañarme en este (¿primer?) cruce. Llegamos a la orilla, juntxs siempre. Por eso y por todo, siempre gracias.

Sinceramente, me gustaría dedicarles esta tesis, pero es imposible, porque ustedes la hicieron conmigo. Ya les pertenece.

Introducción

A comienzos de 1952, la política argentina se vio sacudida por un hecho *escandaloso* (Béjar, 1979). Uno de los dirigentes históricos del opositor Partido Socialista (PS), Enrique Dickmann, quien hasta poco tiempo antes no disintió en lo sustancial con la intransigente postura antiperonista de su organización (Dickmann, 1949), se entrevistó con el presidente Juan Domingo Perón, recientemente reelecto, sin la autorización del Comité Ejecutivo Nacional (CEN) partidario que él integraba, en lo que significaba un claro desafío a la inflexible postura del socialismo respecto del gobierno. Con su actitud, según declarara posteriormente, Dickmann pretendía promover un debate interno en las filas partidarias (Dickmann, 1952). Sin embargo, dando por tierra con esas expectativas, el CEN decidió apartar inmediatamente de su seno al viejo dirigente y proponer su expulsión del partido, que se consumó pocos meses después por el voto mayoritario de los afiliados. La conmoción generada por la expulsión de Dickmann dio lugar a una convergencia entre diferentes grupos de militantes socialistas, alejados o expulsados previamente del partido por su afinidad con el peronismo. A ellos se sumaron luego otras corrientes y militantes de izquierda, provenientes, en general, del trotskismo (Herrera, 2006, 2011; Luna, 2013b). De aquella crisis partidaria y esta posterior confluencia, ambas alentadas desde el propio gobierno peronista, surgió la agrupación política que tiene por objeto esta investigación: el Partido Socialista de la Revolución Nacional (PSRN).

A nuestro entender, la particularidad del PSRN y su importancia como objeto de estudio radica, en principio, en el hecho de haberse constituido en un espacio de convergencia de buena parte de las corrientes de izquierda que, por una u otra razón, buscaban acercarse al movimiento peronista. Se trata de la primera experiencia de una organización partidaria que actuó públicamente, con reconocimiento legal y participación electoral, articulando un discurso que combinaba una perspectiva de izquierda con el apoyo a las orientaciones fundamentales del gobierno de Perón, planteándose el objetivo de confluir con la clase trabajadora peronista y radicalizar las posiciones del movimiento hacia la realización de objetivos socialistas. En ese sentido, la experiencia del PSRN se anticipa de alguna manera –y en un contexto político muy diferente, con el peronismo aún en el poder– al vasto proceso de *peronización de las izquierdas* que, como veremos, sería un rasgo característico del período abierto tras el golpe de Estado que derrocó al gobierno peronista en septiembre de 1955.

Sin embargo, esta experiencia ha recibido una atención prácticamente nula desde la literatura académica. Acaso el hecho de haber surgido al amparo del *régimen* peronista la haya relegado en la consideración de los investigadores abocados al estudio de las izquierdas en la Argentina. Muy por el contrario, aquí se considera que el hecho de haber desarrollado su experiencia con el peronismo aún en el poder otorga al PSRN una relevancia particular. Por un lado, por el marco contextual radicalmente diferente en que el partido actuó, respecto de la posterior experiencia de la *nueva izquierda* de la década del sesenta. Por otra parte, porque esto abre un abanico de aspectos a indagar relativos al vínculo entre una organización de izquierda, que reclamaba para sí cierta autonomía discursiva y organizativa, y un movimiento *populista* que, *prima facie*, dejaba poco margen para las adhesiones parciales y los *apoyos críticos*.

De todas maneras, creemos que no es allí donde radica el principal interés de nuestro objeto de indagación. Extremando el argumento, podríamos decir que el PSRN no interesa a esta investigación en tanto partido político: su régimen interno, sus declaraciones públicas, su participación electoral, si bien serán reseñados, no constituyen nuestro foco de interés prioritario. En su lugar, haremos hincapié en la relevancia de esta formación partidaria como *laboratorio* político-ideológico; como *catalizador* de experiencias que implicaron una reconfiguración de las propias identidades políticas de los grupos que la conformaron. Inserta (con alguna incomodidad) en el campo de la historia intelectual, esta tesis busca rastrear los vectores a través de los cuales distintas agrupaciones, provenientes de una tradición de izquierda fuertemente antiperonista, convergieron en una expresión partidaria afín al peronismo durante su gobierno, preanunciando aquellos replanteos más generalizados en la izquierda argentina durante el periodo post-peronista. Nos concentraremos, especialmente, en sus lecturas y relecturas, visiones y revisiones del presente y el pasado nacional; del pueblo, la nación, la clase y, también, de las propias tradiciones de izquierda de que cada corriente provenía.

Si es cierto que el PSRN fue una expresión minoritaria en el panorama de la izquierda argentina y francamente marginal en el gran escenario político nacional, eso no lo hace, a nuestro criterio, menos digno de atención. Por el contrario, creemos que su singularidad y su interés como objeto de indagación radican también en ese factor. Como hemos anticipado, la revalorización del peronismo y la exploración de las potencialidades de sus cruces con el marxismo se volverían una verdadera *moda intelectual* en la década del sesenta. Durante el gobierno peronista, ciertamente, no sucedía lo mismo. En ese aspecto, los impulsores del PSRN *remaron a contracorriente* de un sentido común que, en

aquella época, tendía a ver como opuestos –por los sistemas de ideas y creencias en que *a priori* se habían forjado– a la tradición de izquierda y al disruptivo movimiento y gobierno peronista.

Remaban a contracorriente de una *cultura de izquierda* decididamente antiperonista; y que era, no lo olvidemos, *su propia cultura*, la que había configurado su cosmovisión y, lo que es quizá aún más gravitante, la que reinaba incólume en sus grupos de pertenencia y sus ámbitos de sociabilidad.¹ No es difícil imaginar, en consecuencia, que ese tránsito de reconfiguración ideológica no ha de haber sido sencillo para ellos. Planteada la cuestión en los términos del lenguaje actual: ¿cuánta “deconstrucción” necesitaba un militante –y más aún un cuadro o dirigente partidario– formado en la cultura antifascista de los treinta, que entroncaba a su vez en una previa tradición de izquierda de fuerte tono antimilitarista, laico, anticlerical e internacionalista para abrazar sin resquemores la causa de un movimiento encabezado por un coronel del Ejército Argentino, surgido de un gobierno dictatorial que había contado como pilares fundamentales a las Fuerzas Armadas y la Iglesia y había reclutado a muchos de sus funcionarios en los medios de la intelectualidad nacionalista católica simpatizante de los distintos regímenes autoritarios de entreguerras?

Preguntarnos, entonces, por los móviles que llevaron a estos militantes de izquierda a revalorizar al peronismo e integrarse a un partido adscripto a su causa no nos parece un ejercicio trivial. Y limitar la respuesta a esa pregunta –como se ha hecho– a los *estímulos oficiales* (estímulos logísticos, monetarios, o incluso coercitivos) no resulta muy esclarecedor.

Pero no se trataba sólo de la casa de origen, sino también del hogar de acogida. Como veremos en algunos tramos de esta investigación, los militantes del PSRN remaron a contracorriente, también, de las fórmulas canonizadas por la doctrina peronista oficial, que nada quería saber de marxismo, de lucha de clases, de prédicas izquierdistas en los sindicatos. Si la faz antiimperialista y *combatiente del capital* podía ser (y de hecho fue)

¹ Salvando las distancias entre la coyuntura previa al 17 de Octubre y la de surgimiento del PSRN, con un peronismo ya consolidado y hegemónico, creemos que esta remembranza de Félix Luna, en la que recuerda con espíritu autocrítico el hecho de que en su medio social “nadie era peronista” ni conocía a alguien que lo fuese, resulta reveladora del clima que campeaba en los sectores políticos e intelectuales opositores y consideramos que puede hacerse extensiva a la militancia y la intelectualidad de izquierda más allá de la coyuntura del 45. Recuerda Luna: “No había peronistas. Al menos, no conocíamos ninguno. En la facultad, en la FUBA, en los grupos juveniles del partido, era lógico que no los hubiera. Pero es que tampoco los encontrábamos en otros lados. Y llegamos a convencernos de que no existían; que ningún argentino ni ebrío ni dormido podía ser tan miserable que estuviera con la dictadura nazi fascista... [...] Sí: no había peronistas. O si los había, ¿dónde estaban? Uno iba al cine y cuando salía Farrell la sala se venía abajo de silbidos y patadas y tenían que cortar el noticiario para que terminara el escándalo; uno salía con una chica y resultaba que era furibunda luchadora por la libertad y la democracia y había encabezado la huelga de su colegio o copiaba volantes contra el gobierno en la oficina. ¿Dónde estaban? ¿Existían?” (1971:199)

muy atractiva para muchos militantes o simpatizantes provenientes de la izquierda, la otra faz de la Tercera Posición justicialista, el anticomunismo, podía ser entendida como un veto –o al menos un obstáculo considerable– para su integración en el gran Movimiento Nacional. Las explícitas admoniciones oficiales contra el comunismo, contra las *ideologías disolventes*, contra la *infiltración* de la política en el movimiento obrero, bien podían parecer dirigidas no solo contra los partidos de izquierda enrolados en la oposición, sino incluso contra ellos mismos. Un incidente que mencionaremos en más de una oportunidad, en el que una comisión investigadora del Congreso Nacional (dirigida por un diputado peronista) ordenó el decomiso de todos los ejemplares de la primera obra de Jorge Abelardo Ramos en razón de su ideología marxista, sin importar que el autor manifestase desde años atrás –e incluso en el propio libro– su abierta simpatía por el peronismo, nos habla a las claras de esas tensiones.

Desde luego, la plasticidad que, también en materia de doctrina, caracterizó desde el comienzo al peronismo, dispuesto a incorporar bajo su ala a las más diversas corrientes de pensamiento (siempre que se encuadraran bajo la conducción y las tres banderas del justicialismo) hizo que, más allá de esos incidentes, los izquierdistas dispuestos a colaborar en la magna obra de la *Revolución Nacional* pronto encontrasen un cauce para desarrollar su actividad sin ese tipo de contratiempos.

Si nos restringimos hasta aquí al plano ideológico, a los sistemas de ideas, principios y creencias que entraban en juego en esa compleja intersección entre el peronismo y la cultura de izquierda argentina, lo hicimos a sabiendas de que ese recorte es, como todo recorte analítico, instrumental. Esas ideas, sus tensiones e hibridaciones no operaron en el vacío, sino en un muy determinado contexto sociopolítico. En tal sentido, consideramos que el factor más determinante, justamente el que estimuló aquellas reconfiguraciones, fue el hecho objetivo de la afluencia masiva, tumultuosa y entusiasta, al mismo tiempo festiva y combativa, de la clase trabajadora en el movimiento peronista. Así lo manifestaron expresamente en muchos casos –y en otros surge evidentemente de su accionar–, los militantes de izquierda que conformaron el PSRN.

Por ello manifestábamos, más arriba, “alguna incomodidad” con la inscripción de esta tesis en el campo de la historia intelectual, en la acepción acaso más estrecha y “tradicional” del término. Esa incomodidad se debe a que tratamos de no perder nunca de vista que aquellas elaboraciones y reelaboraciones en el marco del PSRN (acerca del peronismo, pero también –reiteremos– de la historia nacional, de la clase obrera, de las

propias tradiciones de izquierda) no se dieron en el vacío ni fueron producto de la pura indagación erudita de los protagonistas de esta historia. En todos los casos, se trataba de militantes políticos que, procurando honrar aquel célebre *mandamiento* de Marx, buscaban, más que interpretar la realidad, transformarla (independientemente del éxito con que encararan tan ambiciosa empresa).

Ese diálogo entre teoría y práctica política intentará ubicarse en el centro de nuestra indagación. Así, veremos cómo agrupaciones y dirigentes que se consideraban intérpretes, continuadores y, por qué no, custodios de determinadas tradiciones y doctrinas (desde el socialismo reformista de Juan B. Justo hasta el comunismo internacionalista de León Trotsky), fueron resignificando esas tradiciones, tensionándolas y amoldándolas a los imperativos de la hora, tanto en los prolegómenos como en el curso de esta experiencia militante. Buscaremos, además, mantener una ventana siempre abierta al complejo y cambiante contexto social y político en que el PSRN se conformó y desarrolló su práctica, durante los últimos años del primer peronismo y los meses posteriores a su derrocamiento por un cruento golpe cívico-militar.

Digamos algo más respecto de los marcos teórico-conceptuales de esta tesis. La propia naturaleza del PSRN, conformado por agrupaciones procedentes de tradiciones de izquierda tan distintas como el socialismo y el trotskismo, que hablaban en consecuencia diferentes lenguajes políticos (o, en el caso de los grupos trotskistas, diferentes dialectos de un mismo lenguaje); que perseguían objetivos disímiles y procesaron de manera diversa su paso por esa formación política, nos fue alejando forzosamente de la pretensión de abordar a nuestro objeto desde una mirada unívoca. Es más, podríamos decir que, cada vez que hemos intentado comprenderlo en su totalidad, *desde* un determinado concepto o teoría (*desde* la teoría de la recepción, *desde* el concepto thompsoniano de experiencia, *desde* la noción de usos del pasado, *desde* las teorías del mestizaje), la investigación ingresó en un terreno farragoso. Cuando uno u otro de esos enfoques se revelaba fructífero para abordar la experiencia, las concepciones o los posicionamientos de alguna de las corrientes del PSRN, sobrevenía una “tentación omnicompreensiva”, de cubrir con ese mismo manto a la totalidad del objeto. Pero una y otra vez, el concepto que había abierto una veta para estudiar a determinados grupos (por caso, los *usos del pasado* para los núcleos socialistas y para los trotskistas que conformarían luego la Izquierda Nacional), se revelaba perfectamente inútil para comprender a otros (en este mismo caso, otros agrupamientos trotskistas que no demostraban ningún interés por las querellas historiográficas ni, en general, por la historia argentina). Atravesando esas frustraciones, pequeñas pero

recurrentes, comprendimos que la mejor manera de abordar el objeto sin forzarlo artificialmente era un cierto *eclecticismo* conceptual. La teoría y los conceptos, en consecuencia, se utilizan aquí de modo instrumental, como herramientas de interpretación de las fuentes bibliográficas y documentales, que fueron las que en la práctica guiaron nuestra investigación.

Si las propias características del objeto y las preguntas que sobre él formulamos nos obligaron a *estirar* los marcos teórico-conceptuales de esta tesis durante su desarrollo, otro tanto sucedió con sus límites temporales. Si bien la formación y actuación del PSRN abarcó efectivamente el lapso enunciado en el título (1952-1956), las trayectorias previas de las corrientes que lo conformaron, insoslayables en el enfoque con que analizamos el objeto, se remontan varios años atrás, hasta los inicios del periodo peronista y, en más de un caso, aún más allá. Por otra parte, la misma pregunta que da título a esta investigación, respecto del PSRN como *primera* experiencia de *peronización de la izquierda*, supone en sí misma una proyección hacia el periodo posperonista, signado por aquel fenómeno más general de *revisionismo* en las izquierdas respecto de la naturaleza y carácter del *hecho peronista*. Dicho de otro modo, creemos que analizar al PSRN –y a los grupos que lo conformaron– perdería mucho de su sentido si no fuera pensándolo, en cierta medida, como *punto de inflexión*, lo que supone, necesariamente, remitirnos al *antes* y al *después* de este laboratorio político-ideológico.

En definitiva, a lo largo de nuestra investigación fuimos tomando conciencia de que cierto eclecticismo conceptual y temporal era la forma más adecuada para descubrir y exponer el relieve y la densidad que hallamos en la singular experiencia del Partido Socialista de la Revolución Nacional.

Estado de la cuestión

Un *estado del arte* que se ciña estrictamente al PSRN sería por demás acotado, ya que este tema no ha sido prácticamente abordado desde lo que, convencionalmente, se denomina *historia académica* –en el primer capítulo, arriesgaremos alguna hipótesis respecto de esta desatención. Más allá de que mencionaremos esos escasos antecedentes al final de este apartado, buena parte de la revisión bibliográfica que hemos emprendido para esta investigación se irá desglosando a lo largo de los respectivos capítulos, ya que es mucho más abundante la producción referida a una u otra de las corrientes que participaron del PSRN que aquella que lo comprende en su totalidad. En consecuencia, nos proponemos

a continuación ofrecer un marco bibliográfico más general respecto del campo en que consideramos se inscribe nuestra investigación.

Peronismo y cultura de izquierda

Este trabajo se enmarca en un campo de estudios específico y, a la vez, muy amplio: el que indaga acerca de las complejas relaciones entre el disruptivo *hecho peronista* y una *cultura de izquierda* que, para la época de su surgimiento, contaba con una considerable tradición en la Argentina (Altamirano, 2011). Como es sabido, el peronismo generó crisis y reconfiguraciones en todas las identidades sociales y políticas preexistentes (Altamirano, 2002; García Sebastiani, 2005; Garguin, 2009; Torre, 2002; Viguera, 1991); pero al concitar la masiva adhesión de la clase trabajadora, planteó un desafío particular para las agrupaciones de izquierda, que expresamente pretendían representar los intereses del proletariado y constituirse en su dirección política (Amaral, 2008; Herrera, 2005; James, 1990; Tortti, 2009). Más allá de ellas, la referencia genérica a una *cultura de izquierda* tiene la virtud de remitir a un espectro amplio, referido no sólo a esas expresiones políticas, sino también, de manera más general a

“ese subconjunto de significaciones que le confirieron identidad como sector de la vida política e ideológica argentina. O sea, una terminología y fórmulas más o menos codificadas (un lenguaje ideológico), cierta fundamentación doctrinaria, valores y rituales particulares, símbolos distintivos y una memoria histórica –una narrativa- más o menos específica.” (Altamirano, 2011:14).

En este sentido, el análisis de los posicionamientos de las izquierdas ante el *hecho peronista* es difícilmente escindible de otra área temática, a saber, la que comprende las relaciones entre el peronismo y el *campo intelectual*. Como señalan Fiorucci (2011) y Neiburg (1998), entre otros autores, los claustros universitarios, y sobre todo el movimiento estudiantil, fueron un bastión de la *oposición democrática* al peronismo, desde el ascenso del coronel Perón como figura destacada del gobierno militar de 1943 hasta el abrupto final de su segunda presidencia en 1955.

Para el caso que nos ocupa, debe destacarse, por un lado, que el ámbito universitario era el que proveía a los grupos de izquierda de buena parte de sus cuadros y, también, el que nutría las publicaciones de los círculos intelectuales afines a una *cultura de izquierda* en sentido amplio² y, por otra parte, que de allí mismo provendrían, con posterioridad al

² En su obra referida a Silvio Frondizi y Milcíades Peña, Horacio Tarcus (1996) reflexiona sobre la compleja y a menudo conflictiva relación entre los partidos de izquierda y los intelectuales de esa tendencia: “En nuestros partidos de izquierda [...], el control de la dirección sobre la totalidad de la producción escrita fue muy estricto y el margen de tolerancia para con las ‘desviaciones de la línea’ en los ‘intelectuales pequeñoburgueses’ que querían tomar vuelo propio, fue sumamente escaso. La relación de los intelectuales marxistas argentinos con las direcciones políticas, pues, fue siempre tensa, y colocaba a los primeros en un dilema costoso: quedarse en las filas del partido para ilustrar teóricamente la línea oficial bajo la tutela de la

golpe de 1955, algunas de las primeras reformulaciones sobre el peronismo y las correspondientes *autocríticas* sobre el rol desempeñado por la intelectualidad frente al *régimen depuesto*. Una de las publicaciones más visitadas por la bibliografía disponible, la revista *Contorno*, sería un fiel exponente de esos primeros replanteos, los cuales constituirían sólo el preludio de un vasto proceso político-intelectual que culminaría, en la década del 60, con el surgimiento de lo que se ha dado en llamar la *nueva izquierda* (Altamirano, 2011; Sigal, 1991; Terán, 1991).

En una obra relativamente reciente (Tortti, Chama y Celentano, 2014) se aborda el fenómeno de la *nueva izquierda*, no sólo dando cuenta de la dinámica del campo intelectual sino también, especialmente, buscando reconstruir las reconfiguraciones político-ideológicas que, en un contexto de fuerte movilización social, dieron lugar al surgimiento de nuevas agrupaciones políticas, formaciones armadas y organizaciones de la sociedad civil. En el artículo introductorio, Tortti define a la *nueva izquierda* como el

“conjunto de fuerzas sociales y políticas que, a lo largo de dos décadas, protagonizó un ciclo de movilización y radicalización [...] que terminaría conduciendo a la sociedad argentina a una inédita situación de contestación generalizada” (: 17).

Ahora bien, respecto de los factores que contribuyeron a la formación de esta nueva izquierda, la autora identifica, con posterioridad a 1955, lo que denomina cuatro *líneas de reorientación política* y, entre ellas, en primer lugar, destaca

“la revisión del fenómeno peronista: quienes hasta hacía muy poco lo habían considerado una mera forma de totalitarismo comenzaron a pensarlo en términos de movimiento nacional-popular ó movimiento de liberación nacional, y a atribuirle potencialidades revolucionarias” (: 16).³

En resumen, la bibliografía dedicada al tema nos habla, desde diferentes perspectivas, de una bisagra fechada en 1955, que separaría tajantemente una época de *consenso antiperonista* (Fiorucci, 2011), de otra signada por una *situación revisionista* (Altamirano, 2011) respecto de la interpretación del peronismo. Sin embargo, desde otro punto de vista, esa idea de una ruptura abrupta puede ser matizada por dos vías: por un lado, distintos autores (Sigal, 1991; Terán, 1991), incluido el propio Altamirano, coinciden en señalar que, hasta entrada la década del 60, el fenómeno *revisionista* no se manifestó de manera generalizada, sino que se limitó más bien a ciertos núcleos intelectuales. Por otra parte, hacia la misma época, aparecen quienes reivindican para sí el carácter de *precursores* respecto de dicho

dirección, o alejarse a producir en libertad al precio de un aislamiento gravoso, cuando no al del hostigamiento de los aparatos políticos” (:18)

³ Las restantes *líneas de reorientación política* habrían sido: el desencanto con las perspectivas evolucionistas y las estrategias reformistas sostenidas por los partidos tradicionales de la izquierda, la radicalización de sectores del propio peronismo y el vuelco a la vida política de importantes sectores católicos a partir del Concilio Vaticano II, bajo la influencia, especialmente, de la Teología de la Liberación.

fenómeno. Sin ir más lejos, Jorge Abelardo Ramos, en 1961, se refería sarcásticamente a quienes

“[...]explayan sus asombros ante la existencia de una ‘izquierda’ que se les antoja ‘nueva’ y que no lo es, aunque no lo dicen. [...] Porque si hay alguna tendencia ideológica argentina que desde 1945 ha formulado un análisis incontrovertible [...] del peronismo [...] es precisamente esta llamada ‘izquierda nacional’. Sus periódicos, libros y folletos están al alcance de todo el que quiera conocerlos” (citado por Sigal, 1991: 132, n.15).

Es que, en efecto, el fenómeno revisionista cuyo inicio fue datado convencionalmente en 1955, se había iniciado con anterioridad en el universo de las organizaciones partidarias, a través de voces disidentes al interior del socialismo y el comunismo, o bien, como en este caso, por militantes agrupados por fuera de esos partidos. Antes de adentrarnos en el abordaje historiográfico de estos debates, podemos preguntarnos qué fue, entonces, lo que cambió al frustrarse las promesas democráticas de la *Revolución Libertadora*. Al respecto, la siguiente reflexión de Altamirano (esquemática, a conciencia) puede aproximarnos, de modo preliminar, a una posible respuesta:

“[...] la lucha por la nominación legítima del peronismo [...] se libraría en el ámbito de la izquierda desde los primeros años del gobierno de Perón. Lucha simbólica, cada representación del peronismo iba asociada a prescripciones políticas que podían reducirse, en el límite, a los términos de una disyuntiva: o se apostaba a la desperonización [...] de las masas o había que unirse al peronismo, donde estaban las masas. [Para quienes] se identificaron con la primera alternativa, el peronismo debía verse como un hecho circunstancial; para quienes harían la segunda apuesta, el hecho peronista era [...] una etapa de la revolución nacional que llevaba al socialismo. *¿Qué cambiaría después de 1955? El peso relativo de cada una de esas posiciones en el medio de la juventud universitaria* que iniciaría, después de la caída de Perón, el capítulo de la ‘conciencia desdichada’ de la izquierda argentina.” (2011:33-34. El subrayado nos pertenece).

Las corrientes de izquierda frente al hecho peronista

Habiendo pasado revista de la bibliografía referente al impacto del peronismo sobre el mundo intelectual y, en particular, sobre una *cultura de izquierda* en sentido lato, podemos ahora delimitar un campo de análisis más concreto, preguntándonos cómo ha analizado la historiografía las disyuntivas que el *hecho peronista* planteó a las distintas expresiones partidarias de la izquierda argentina.

El caso más atendido por la bibliografía disponible es el del Partido Socialista. Esta agrupación ocupa un lugar relevante en los estudios que tienen al antiperonismo como foco de análisis. Entre ellos podemos mencionar el trabajo de Marcela García Sebastiani (2005), que analiza la oposición de socialistas y radicales al gobierno peronista. La autora pone énfasis en el impacto que la pérdida de la representación parlamentaria, a manos del peronismo y de un radicalismo que concentraba las preferencias del electorado opositor, tuvo para el desarrollo de un Partido Socialista que había hecho de esta presencia

institucional uno de los pilares de su desarrollo. Esta imposibilidad de acceder a las cámaras legislativas, sumada a las restricciones impuestas por el gobierno a la actividad de la oposición, habría radicalizado al PS en su intransigencia antiperonista, la cual se volvió un rasgo identitario de la agrupación, dando escaso margen a las iniciativas tendientes a revisar las tácticas y estrategias partidarias.

Por otra parte, Silvana Ferreyra (2011) resalta que la preocupación respecto del peronismo ha estado presente, de manera tácita o explícita, en buena parte de la producción historiográfica sobre el PS, incluso con prescindencia del periodo concreto abarcado por ella. En efecto, la producción referida a la época preperonista ha tenido, muchas veces, la vocación de buscar las causas de la súbita pérdida de las posiciones alcanzadas por el PS en las décadas previas y, en general, del relegamiento de la izquierda a una posición marginal como representación política y gremial de la clase trabajadora. En esta tónica se puede inscribir la producción de los autores identificados con la Izquierda Nacional (Galasso, 1983, 2007; Ramos, 1957; Spilimbergo, 1974), quienes, desde una visión claramente condenatoria, encuentran en los orígenes mismos del PS, comenzando por las ideas de su fundador, Juan B. Justo, los elementos que llevaron a la organización a oponerse férreamente a las dos experiencias nacional-populares del siglo XX. Desde esta óptica, la irreductible postura adoptada por el Partido Socialista frente al peronismo no habría constituido ninguna anomalía, sino el corolario lógico de diversas tendencias que venían desarrollándose en su trayectoria previa: exaltación de la democracia liberal, línea de acción parlamentaria y reformista, cosmopolitismo, incomprensión de la cuestión nacional, subestimación del problema del imperialismo, adhesión al relato liberal de la historia nacional. Estos autores tienden a destacar el carácter monolítico de la conducción del PS y cierta inmutabilidad en sus posiciones antinacionales y antipopulares.

Si en torno de estos argumentos la Izquierda Nacional y otras corrientes político-intelectuales ligadas al peronismo (vg. Hernández Arregui, 1970; Puiggrós, 1986; Jauretche, 2006) lograron consolidar hacia los setenta una muy arraigada “anti-historia” del PS, debemos decir que, a nuestro entender, desde la transición democrática a esta parte hemos visto erigirse, desde los claustros académicos, una “anti-anti-historia” que, por principio lógico, redundó en una rehabilitación y reivindicación del rol del Partido Socialista. Comenzando por las investigaciones del Programa de Estudios de Historia Económica y Social Americana (PEHESA), en los que la actividad asociativa y cooperativa fomentada por el PS quedó fuertemente ligada a los reductos de la sociedad civil en los que habría “*anidado*” la democracia en tiempos de clausura autoritaria (tanto militar como

corporativo-populista) (PEHESA, 1982; Romero, 1985), hasta una serie de estudios más recientes que, aun disintiendo fuertemente con los recién mencionados, conservan a aquella visión impugnatoria propuesta por el revisionismo peronista y de izquierda nacional como uno de sus predilectos antagonistas (v. Camarero y Herrera, 2005; Martínez Mazzola, 2008).

Este señalamiento no implica desconocer los avances y aportes sustanciales de estos últimos estudios, a los que podemos reconocer ya como una nueva corriente historiográfica dedicada al estudio de las izquierdas en la Argentina. Surgida hacia los noventa pero estructurada con mayor nitidez desde comienzos de este siglo, podemos mencionar entre sus contribuciones más destacadas, para el caso del PS, la citada obra coordinada por Hernán Camarero y Carlos Miguel Herrera (2005) o las tesis de María Cristina Tortti (2009) y Ricardo Martínez Mazzola (2008), sin dejar de mencionar aportes como el de Enrique Garguin (1999) y, aunque referido a un tema más general como el antifascismo, el de Andrés Bisso (2005). En general, estos aportes cuestionan el pretendido desarraigo del PS respecto de la cultura nacional y la supuesta uniformidad en su línea política, haciendo hincapié en las distintas tendencias que habitaron en su seno (invisibilizadas por aquel relato condenatorio) y los sucesivos cuestionamientos y escisiones que, derivados de esta situación, sufrió el PS, en especial los promovidos por corrientes ubicadas a la izquierda de la conducción. Herrera y Camarero sostienen, como hipótesis general, que tanto esa heterogeneidad como estas crisis recurrentes estuvieron vinculadas al carácter peculiar del programa del PS, que albergaba dos proyectos en buena medida contradictorios: un “programa máximo” que postulaba un cambio revolucionario de la sociedad y apelaba al proletariado como sujeto de esa transformación, y un “programa mínimo” centrado en una defensa del régimen democrático-liberal y la obtención de reformas económicas y sociales por medio de la acción parlamentaria.

Dentro de esta perspectiva, dado nuestro puntual objeto de indagación, cobran especial relevancia los trabajos de Herrera (2003, 2005, 2006, 2011), caracterizados por una reconstrucción detallada de las polémicas internas del socialismo antes y durante el periodo peronista, así como por la búsqueda de las líneas de continuidad entre las sucesivas corrientes de izquierda del PS, desde la década del 30 hasta el cisma de 1958, pasando por la expulsión de Dickmann y la formación del PSRN. En una obra de reciente edición (Herrera, 2016), el autor ha recopilado y sistematizado buena parte de esas investigaciones previas, buscando dar cuenta del conjunto de la acción, las limitaciones y paradojas, las tensiones y los debates a los que el PS se vio enfrentado durante la década peronista.

Si bien el Partido Comunista se ubica en los márgenes de esta investigación, por no provenir de sus filas ninguno de los grupos que conformaron el PSRN, resulta relevante dar cuenta brevemente de la bibliografía que ha estudiado sus posicionamientos frente al peronismo, a fin de avanzar en la comprensión del marco general de crisis y replanteos que el desafío peronista representó para las izquierdas. Década y media atrás, el historiador y politólogo Daniel Campione (2007) sostenía que

“...todavía no existe un abordaje completo de la historia del comunismo en el país, que cumpla de modo adecuado con los requisitos básicos de una labor historiográfica rigurosa y sistemática. Las escasas obras que abarcan el total de la trayectoria histórica del P.C. son ‘historias oficiales’ o ‘anti-historias’ lo que equivale en general a la producción de apologías sin matices o diatribas indiscriminadas.”

A continuación veremos que, afortunadamente, ese campo historiográfico tan polarizado que describía Campione ha tendido a cubrirse con visiones más matizadas en los años transcurridos desde su afirmación. Pero comencemos por dar cuenta del tipo de abordajes a que se refiere el fragmento citado. En el primer grupo (las “historias oficiales”) podríamos inscribir el trabajo de Oscar Arévalo (1983), historiador comunista que, en continuidad con una obra canónica de la tradición partidaria (el *Esbozo de historia del Partido Comunista de la Argentina*, de 1947), nos ofrece una particular visión retrospectiva de la historia del PC y –entrando a nuestro tema– de los posicionamientos partidarios ante el peronismo. Amén de algunas tenues (e implícitas) “autocríticas”, la reivindicación lisa y llana de la actuación del partido constituye sin dudas la tónica general de la obra. Comenzando por la omisión de toda referencia a la encarnizada lucha partidaria contra el *nazi-peronismo* en la campaña electoral de 1946 (aunque sin dejar de reivindicar el papel protagónico que cupo al PC en la conformación de la Unión Democrática), el esfuerzo, en general, parece destinado a brindar una visión que se desplace de la dicotomía peronismo/antiperonismo hacia otro clivaje, tal vez abstracto pero más caro a la memoria partidaria, entre fuerzas *progresistas* y *reaccionarias* al interior de ambos conglomerados políticos. Retomando fragmentos de distintas declaraciones partidarias y omitiendo toda referencia a las crisis internas generadas por los debates en torno al desafío peronista, el autor hace hincapié en una pretendida *equidistancia* del PC, tanto del gobierno peronista como de la *oposición sistemática*, realizando algunos pronunciamientos contrarios a los sucesivos conatos golpistas contra el peronismo.

En el extremo de las *anti-historias* podemos ubicar, nuevamente, a aquel revisionismo de izquierda afín al peronismo (Puiggrós, 1986 [1956]; Ramos, 1957, 1990), en cuyas obras las variantes socialista y comunista de las izquierdas sindicadas como *antinacionales* son difícilmente discernibles, por cuanto ambas representarían aquella

corriente cosmopolita, portuaria, de fuerte componente inmigratorio, influenciada por la herencia liberal y que dio la espalda a las luchas reales del pueblo argentino, culminando en la conformación de la Unión Democrática. El matiz, en el caso de estos dos autores, está dado por sus trayectorias previas. Ramos, fiel en este aspecto a su procedencia trotskista, explica la política del PC argentino por su subordinación a los virajes de la política exterior soviética, a la que caracteriza como contrarrevolucionaria desde el ascenso de Stalin, mientras que Puiggrós se abstiene de inscribir la traición del PC en su subordinación a un comunismo internacional del que, al menos en los primeros años posteriores a su expulsión del partido en 1946, sigue considerándose parte (Acha, 2009). En cualquier caso, ambos relatos refuerzan la imagen de un PC férrea y homogéneamente antiperonista, desde la Unión Democrática hasta la procesión de Corpus Christi en 1955.

También en el caso del comunismo, algunos de estos supuestos han sido matizados en las últimas décadas por distintas investigaciones. Tanto Alejandro Cattaruzza (2008) como Adriana Petra (2010) y Ricardo Pasolini (2017) ponen en entredicho, nuevamente, el supuesto *exotismo* del PC argentino al reconstruir los vínculos que, sobre todo a partir de la década del treinta, sin abandonar las referencias internacionalistas, tejió el comunismo con la cultura argentina, buscando inscribir su acción y su programa político en una tradición nacional.

Aproximándonos a la *década peronista*, Hernán Camarero (2012) analiza el *ascenso* de la influencia comunista en el movimiento obrero argentino durante los treinta y su *ocaso*, tras el golpe de 1943. Discute la hipótesis de la causalidad entre la subordinación del PC a las cambiantes estrategias de la Internacional Comunista y su rápida pérdida de influencia en el periodo 1943-45, atribuyéndola más bien a una combinación entre sus propios errores tácticos y estratégicos (“*derrota autoinfligida*”) y la efectiva política del coronel Perón para extender la influencia estatal sobre los sindicatos y desplazar a las direcciones comunistas (“*bloqueo populista*”). Ya entrados en el periodo de gobierno peronista, los trabajos de Omar Acha (2006), Samuel Amaral (2000, 2004) y Ernesto Schulman (2001) reconstruyen los debates que llevaron a la expulsión de la primera disidencia que cuestionó la línea *antifascista* del partido en 1945-46 y las trayectorias posteriores de sus principales referentes, Rodolfo Puiggrós y Eduardo Astesano.

Amaral (2008) se detiene también en los dilemas y desafíos que planteó la adhesión obrera al peronismo para una agrupación que se consideraba, sin permitirse duda al respecto, *el partido* de la clase trabajadora. Para ello pasa revista de los giros y adaptaciones discursivos posteriores a la derrota de la Unión Democrática, plasmados en el

XI Congreso partidario, así como de las dificultades en la implementación de una línea política que intentaba ubicarse por fuera del cisma peronismo/antiperonismo. Este aspecto es señalado también por otros autores (Altamirano, 2011; Jáuregui, 2012), quienes destacan que esa pretendida equidistancia entre peronistas y *opositores sistemáticos*, habría colocado al PC en una suerte de no-lugar político en una coyuntura marcada, precisamente, por una fuerte polarización política y social expresada en esos términos. Jáuregui sostiene, además, que el rechazo al peronismo en las filas comunistas no fue en absoluto unánime, pero habría cumplido la función de reforzar la cohesión y centralización del partido, en una lógica propia de la época estalinista. Bajo esta perspectiva el autor analiza tanto la temprana disidencia de Puiggrós-Astesano como el breve giro hacia el peronismo que el partido habría ensayado en 1952 bajo la conducción de Juan José Real (en ausencia de Victorio Codovila, principal dirigente y teórico del comunismo local), incidente sobre el cual nos detendremos brevemente en el primer capítulo de esta tesis.

Lo dicho acerca del Partido Comunista respecto de lo exiguo de la producción académica que aborda sus posiciones frente al peronismo es aún más pertinente cuando volvemos la mirada hacia las corrientes trotskistas. Altamirano (2011) en su ya clásico artículo “*una, dos, tres izquierdas ante el hecho peronista*”, se refiere a las vertientes socialista, comunista y *nacionalista*. En esta última, si bien incluye una brevísima mención a ciertas tendencias provenientes del trotskismo, inscribe con mayor énfasis a la disidencia comunista de Puiggrós-Astesano. De este modo, las corrientes trotskistas y sus dilemas frente al peronismo quedan prácticamente fuera de la consideración del autor.

Si la tesis de Horacio Tarcus (1996) se detiene con alguna atención en este tema, lo hace de manera colateral, ya que su obra está orientada a otro objetivo: reconstruir la trayectoria y la producción teórico-política de los intelectuales marxistas Silvio Frondizi y Milcíades Peña. No obstante, con el fin de contextualizar la actuación y pensamiento de Peña, militante trotskista entre 1947 y 1958, la obra nos ofrece un panorama de las polémicas del trotskismo argentino en la época de surgimiento y consolidación del peronismo que, aun siendo más bien descriptivo, no deja de ser valioso como introducción a esta problemática. En particular, merece destacarse un acercamiento más sistemático a la actuación de la corriente orientada por Nahuel Moreno –comenzando a subsanar un verdadero vacío historiográfico– y, más específicamente, a su producción teórica, a la cual Peña contribuyera decisivamente en esos años, antes de su ruptura con aquel dirigente.

Otras investigaciones se han dedicado a indagar acerca de las interacciones entre los grupos trotskistas y el viejo PS (De Lucía 2006), analizando en particular una táctica de la

que hablaremos largamente en los capítulos cuarto y quinto de esta obra: el *entrismo* trotskista en los partidos socialdemócratas. Por otra parte, algunas investigaciones orientadas a la historia del movimiento obrero durante el peronismo dan cuenta colateralmente de la inserción y las tácticas sindicales empleadas por determinadas corrientes trotskistas a su interior (Schiavi, 2008; Piliponsky, 2014). Por último, otra aproximación a las distintas respuestas articuladas por el trotskismo frente al hecho peronista la podemos encontrar en la obra de divulgación *Fundadores de la izquierda argentina*, particularmente en los volúmenes referidos a Nahuel Moreno (Brienza, 2006) y Jorge Abelardo Ramos (Noble, 2006).

Esa virtual ausencia de literatura académica que hemos señalado es parcialmente compensada por una profusa producción encarada por investigadores adscriptos a las distintas vertientes trotskistas, o bien aquellos que reivindican su legado. Entre estos trabajos podemos mencionar, nuevamente, la abundante ensayística de la Izquierda Nacional (Galasso, 1983, 2007; Ramos, 1957; Spilimbergo, 1974b), cuyos principales cuadros provenían del trotskismo, lo que convierte a las polémicas iniciáticas del movimiento trotskista argentino en una página ineludible de sus historias militantes. Si de historias militantes hablamos, podemos remitir también a algunos escritos de Nahuel Moreno (1985) y a las *historias del trotskismo* de Osvaldo Coggiola (1985) y Ernesto González (1995, 1996), así como a algunos artículos producidos en el CEIP-León Trotsky (Rojo, 2002) o publicados en la revista *Razón y Revolución* (Camarero, 1997;⁴ Cámara, 1997; Castelo, 2000, 2002). Sin olvidar que se trata, en general, de balances políticos, una lectura crítica de esta bibliografía resulta ineludible, pues contribuye, como decíamos, a cubrir aquella escasez en materia de literatura académica y, en algunos casos, da cuenta de un arduo trabajo de relevamiento documental o de una elaboración teórica digna de atención. Más aún, podría decirse que el tono agonístico de estos trabajos permite visualizar con claridad algunos ejes del debate historiográfico.

El PSRN, entre el olvido, el balance político y la historiografía.

Existiendo las grandes vacancias que acabamos de reseñar respecto de la actuación y debates en la izquierda durante el primer peronismo, no es de extrañar que el análisis del PSRN haya recibido similar desatención desde la literatura académica. Además de su pequeña envergadura y de lo relativamente efímero de la experiencia, es probable que el

⁴ Hernán Camarero, por entonces militante del *morenismo*, fue también co-autor, junto con Marcos Britos Germán Gómez y Diego Guidi, de la que podría considerarse la “historia oficial” de dicha corriente, coordinada por Ernesto González (1995, 1996), previamente referida.

hecho de haber surgido no sólo *en apoyo de*, sino también *apoyado y alentado por* el gobierno peronista, haya relegado al PSRN en la consideración de los investigadores interesados en reconstruir la historia de las izquierdas, por cuanto el partido habría sido fruto de una simple estratagema gubernamental sin verdadero anclaje en una corriente de opinión y acción política. Por ejemplo, en los trabajos de Carlos Altamirano podemos hallar sólo dos breves alusiones a nuestro tema de interés, formuladas en estos términos:

“Algunas disidencias [en el PS] no harían sino dar nueva expresión a la disputa entre dirigentes políticos y activistas sindicales, que venía de los años treinta y se había intensificado entre 1943 y 1945, con la aparición de Perón en la escena [...]. Algo de esto se ventiló en la fractura que dio base a la creación del Partido Socialista de la Revolución Nacional en 1953, aunque en el episodio hubo mucho de operación gubernamental.” (2011: 24)

“...las inquietudes y los interrogantes se habían alojado en las filas del PS. [...] las dudas respecto de la línea oficial, sobre todo entre los afiliados más jóvenes, ya no desaparecerían. Por cierto, la disidencia que llevó a un representante de la vieja guardia socialista, Enrique Dickmann, expulsado por haberse entrevistado con Perón, a dar respaldo al efímero Partido Socialista de la Revolución Nacional en 1953 no podría atribuirse sino parcialmente a ese malestar. Más que el apoyo de Dickmann, quien desempeñaría el papel de busto viviente, y el desasosiego partidario –al que también dio cierto cauce–, en la breve vida del PSRN contó el patrocinio del gobierno y el activismo de círculos trotskistas que buscaban un vehículo político para el ‘frente único’ con los obreros peronistas.” (2002: 41-42)

La obra citada por Altamirano en ambos pasajes es el último tomo de la trilogía Perón y su tiempo, de Félix Luna (2013b), quien, como veremos en el primer capítulo de nuestra investigación, ofrece una interpretación del surgimiento del PSRN aún más sesgada hacia la hipótesis de la mera maniobra gubernamental con aviesos objetivos, relegando a los impulsores de la iniciativa, comenzando por el propio Dickmann, a un lugar de absoluta pasividad.

Un abordaje más complejo de esta experiencia política nos llega a través de Horacio Tarcus (1996), aunque el PSRN está muy lejos de ser su foco de interés. Aun así, en los acotados párrafos que dedica al tema, da mejor cuenta de la coyuntura en que surge la organización y de los móviles que podrían haber llevado a ambas partes (a saber, el gobierno peronista y un conjunto heterogéneo de agrupaciones de izquierda) a impulsarla. Desde luego, el autor aborda con mayor profundidad la actuación de una de la corriente trotskista *morenista* en la que militara Milcíades Peña y, en particular, la justificación teórica del reposicionamiento que llevara a esa agrupación de una prédica eminentemente antiperonista al ingreso en una agrupación afín al gobierno de Perón. Por su parte, Daniel De Lucía, en el trabajo previamente referido (2006), analiza el ingreso de algunos grupos trotskistas al PSRN en el marco del histórico entrismo los partidos socialistas. Tampoco podemos dejar de mencionar los artículos de María Dolores Béjar (1979, 1983), publicados en medios periodísticos y revistas de divulgación, los cuales se abocan, mediante la

consulta de fuentes escritas y testimonios orales, a la reconstrucción del *hito fundacional* del PSRN: la entrevista Perón-Dickmann, sus antecedentes, sus entretelones, sus pormenores y, en particular, el impacto que generó este *escándalo político* al interior del Partido Socialista.

Pero sin duda, es nuevamente a Carlos Herrera (2011) a quien debemos la producción hasta ahora más completa sobre el PSRN. En rigor, podemos afirmar que se trata de la única producción académica dedicada específicamente a analizar esta experiencia desde una perspectiva crítica y sistemática. Si bien es acotada y en buena medida fruto de sus investigaciones sobre el PS, por lo cual presta menor atención a las vertientes trotskistas y a las fuentes provenientes de ellas, el artículo de Herrera brinda un buen panorama general sobre el tema, comenzando por una correcta periodización, una breve reseña de los principales debates internos y pronunciamientos públicos de la organización y unas líneas finales sobre las potencialidades, limitaciones y frustraciones que, a su juicio, representó esta experiencia para los actores que la protagonizaron. Su aporte nos ofreció un excelente punto de partida para nuestra investigación, aun cuando, a lo largo de este trabajo, iremos señalando algunos matices y cubriendo algunas vacancias que, en conjunto, nos permiten arribar a conclusiones bien distintas en puntos no menores, como el rol del Estado peronista en la constitución del partido, la autonomía de los actores que participaron de la experiencia o la relevancia de sus elaboraciones y debates internos para la construcción de perspectivas de izquierda y nacional-populares en la época post-peronista.

Por fuera de estos escasos antecedentes, la mayor parte de la bibliografía disponible, también en este caso, apunta casi explícitamente a reivindicar o denostar la participación de una u otra de las corrientes políticas que actuaron al interior del PSRN. No obstante, como remarcáramos anteriormente, su lectura resulta fundamental para una primera aproximación al objeto de estudio, pues nos brinda valiosa información a pesar de su marcado sesgo.

Oswaldo Coggiola (1985), historiador de una corriente que pone en el año 1964 su hito fundacional, se ve por ello avalado, en su *Historia del trotskismo argentino*, para lanzar todo tipo de diatribas contra las formaciones trotskistas que precedieron a la suya, aunque resulta evidente su especial énfasis en aquellas corrientes que mantenían alguna vigencia al momento de publicarse su obra. Así pues, al pasar revista de la experiencia del PSRN, deplora, por ejemplo, el *seguidismo* al gobierno peronista por parte de Jorge Abelardo Ramos, aunque su mayor énfasis está puesto sin duda en una crítica corrosiva y sin matices al Partido Obrero Revolucionario de Nahuel Moreno, cuyo súbito reposicionamiento frente

al gobierno peronista, ínsito en su ingreso al PSRN, es fustigado sin atenuantes, como veremos con más detalle en el capítulo que dedicamos a esta formación trotskista.

La actuación de esa corriente en el PSRN será reivindicada por sus propios intelectuales partidarios. Tanto la obra dirigida por Ernesto González (1995, 1996) como algunas referencias en textos previos del mismo autor (González, 1986) o del propio Nahuel Moreno (1989) se empeñan en resaltar la presencia de sus militantes, como parte del PSRN, en la primera línea de enfrentamiento al golpe *clerical-patronal-imperialista* contra el gobierno de Perón. Según González, el ingreso en la agrupación filo-peronista habría partido de una oportuna rectificación de su línea política (cuya *justificación teórica* remitimos también al capítulo correspondiente), revisando algunas de sus posturas previas más refractarias al peronismo con el fin de confluir con la clase obrera, tanto en la oposición al golpe de Estado como en las primeras manifestaciones de la resistencia peronista.

Por último, podemos mencionar las obras escritas por militantes que habían participado del PSRN en las corrientes predecesoras de la Izquierda Nacional (Rivera, 1971; Spilimbergo, 1974), o bien por investigadores que se identifican retrospectivamente con sus posiciones (Galasso, 1983, 2007). Amén de su efímera existencia y su abrupto final, de los riesgos que implicaba el patrocinio del Estado o de la presencia en su seno de corrientes de la *izquierda antinacional* (en referencia al *morenismo*), estos militantes e historiadores valoran positivamente al PSRN como la tentativa más promisoría, durante el periodo peronista, de crear un partido que pudiera formar parte del heterogéneo *Frente Nacional* encabezado por Perón, manteniendo a su vez una perspectiva de *independencia de clase*. En este sentido, estas obras son, tal vez, las más interesadas en reivindicar la experiencia como *momento fundacional* de una tradición política. No es casual, entonces, que hayan sido militantes de estos grupos los más interesados en solicitar, a mediados de los 60, la derogación del decreto que había proscripto al PSRN una década atrás.

Sumario

Introducido nuestro tema de investigación y las razones que a nuestro juicio fundamentan su relevancia, y trazado un primer panorama de la bibliografía general y específica que nos ha servido para su abordaje, pasamos a continuación a presentar, a modo de sumario, los contenidos que desarrollaremos a lo largo de este trabajo.

En el primer capítulo encararemos un recorrido lo más panorámico y descriptivo que nos sea posible por el proceso de surgimiento, conformación y primera actuación del

PSRN, desde la entrevista Perón-Dickmann hasta la presentación electoral de la nueva formación socialista en abril de 1954. Este panorama introductorio, sin perjuicio de indagar y plantear algunas hipótesis acerca de la naturaleza de la relación entre el Estado peronista y el PSRN, tendrá como principal finalidad la de ofrecer una aproximación y una “guía de lectura” antes de introducirnos en el más fructífero y heterogéneo objeto de esta tesis: las diferentes corrientes políticas que se incorporaron a la nueva organización en virtud de diversas concepciones teóricas, recorridos previos, lecturas coyunturales, objetivos tácticos o visiones estratégicas.

Los siguientes cuatro capítulos, entonces, estarán dedicados a cada una de esas corrientes. El capítulo 2 comprende a los iniciadores de esta empresa política: los grupos de tradición socialista que, en general, venían colaborando con el gobierno peronista y vieron en la expulsión de uno de los líderes históricos del PS la posibilidad de estructurar un *Movimiento Socialista* afín a la *Revolución Nacional* acaudillada por el general Perón. Veremos cómo entre estos militantes socialistas, la adhesión al peronismo invitaba a una revisión de la propia tradición del partido fundado por Juan B. Justo, que desde sus orígenes se reconocía como heredero y continuador –y a la vez como superación– de la tradición del liberalismo argentino. Esa tensión entre la tradición liberal y la adhesión al peronismo se vio expresada, particularmente, en las diferentes y por momentos contrapuestas visiones del pasado nacional que sostuvieron los socialistas del PSRN, en momentos en que, aunque el peronismo en el poder no había tomado partido por una lectura revisionista del pasado –como sí lo haría luego de su derrocamiento– distintos sectores que adherían a su causa dirigían ya sus cañones contra la narrativa histórica liberal inaugurada por Bartolomé Mitre.

Justamente uno de esos sectores que comenzaban a hacer de la revisión del pasado nacional uno de sus principales rasgos identitarios será el objeto de nuestro tercer capítulo. Los agrupamientos que posteriormente adoptarían para sí la denominación de Izquierda Nacional se hallaban, en los años de actuación del PSRN, en pleno desarrollo de sus postulados, configurando a través de sucesivos escritos y duras polémicas su particular visión de la historia y la nación argentina. Para estos grupos de extracción trotskista, proclives al peronismo desde su surgimiento, el experimento del PSRN no significó –a diferencia de los socialistas del capítulo anterior y los otros grupos trotskistas de los siguientes– una instancia de replanteo en cuanto a sus posturas políticas, sino más bien una oportunidad para pasar del plano de las ideas al de la acción, poniendo a prueba su premisa de *apoyar críticamente* al peronismo, sin perder la autonomía organizativa ni renunciar al

objetivo de construir un *partido obrero* que condujera el proceso de la Revolución Nacional hacia objetivos socialistas.

Como veremos en el cuarto capítulo, muy distinto fue el camino que llevó a participar del PSRN al Partido Obrero Revolucionario (POR), una organización trotskista que se había formado prácticamente en paralelo al ascenso del peronismo y lo había caracterizado como un gobierno burgués regresivo, conservador de la vieja estructura económica ligada a Gran Bretaña, y como un movimiento de tendencias *totalitarias* en su relación con el movimiento obrero. Más volcado a la agitación político-sindical y ceñido a las referencias del movimiento trotskista internacional que a las polémicas que habremos recorrido en los capítulos previos, este grupo, conducido por Nahuel Moreno, concibió su ingreso al PSRN en términos de *entrismo*, una táctica muy habitual en las formaciones trotskistas desde la década del treinta. Sin embargo, la experiencia en el PSRN estimularía una reformulación en las caracterizaciones del POR, tanto respecto del peronismo y sus bases obreras, como del antiperonismo y su acrecida capacidad (en las postrimerías del gobierno de Perón) de movilizar con fines destituyentes a sectores de la *clase media*.

De modo algo similar, aunque con peculiaridades debidas en buena medida a la personalidad del dirigente que la encabezaba, se incorporó en el PSRN la corriente que estudiaremos en el quinto capítulo. También trotskista y cultor de un clasismo obrerista que lo colocaba en franca oposición al peronismo –en especial, nuevamente, al patrocinio y control estatal sobre los sindicatos–, el carismático abogado y *agitador* sindical Esteban Rey animó en las provincias del norte argentino un grupo que ensayó diversas tácticas y actuó bajo distintas denominaciones antes y durante el peronismo. Rey inicia la década peronista practicando el *entrismo* en el Partido Socialista –y, por lo tanto, haciendo campaña por la Unión Democrática– y termina el año 1955 como director de *Lucha Obrera*, órgano de prensa del PSRN, defensor de la experiencia peronista y denunciante mordaz de las falsedades de la *Revolución Libertadora*. Para “el Chango” Rey, el paso por el PSRN sería, en más de un aspecto, una encrucijada que lo conduciría por nuevos senderos.

Por último, en el sexto capítulo veremos a estas corrientes de procedencias, tradiciones y recorridos tan diversos, confluyendo y actuando, a través del PSRN, en el crítico contexto previo e inmediatamente posterior al golpe de Estado contra el gobierno peronista, que paradójicamente abrió una oportunidad inédita para la organización de izquierda surgida bajo su amparo. En el clima de agitación pública previo al golpe, el PSRN buscaría tomar partido e intervenir, con sus modestos recursos, en los principales

temas de lo que hoy denominaríamos *la agenda* política: la controversia sobre los contratos petroleros y, sobre todo, el conflicto del gobierno con la Iglesia Católica. Ya consumado el golpe, en el contexto de proscripción del peronismo y persecución al activismo político y sindical a él ligado, el PSRN se revelaría por un breve lapso como un canal de participación alternativo para los adherentes al hostigado movimiento; aunque esa experiencia pondría también en tensión las contradicciones, complejidades y debilidades que había albergado la experiencia desde sus inicios.

Cada capítulo se inicia con un *preludio* en el que nos permitimos introducir su temática a través de distintos recursos y registros discursivos: un epígrafe, una fuente documental, una écfrasis de una obra artística o, simplemente, una reflexión sobre un tópico que juzgamos a la vez puntual y representativo del tema que tratamos en él. Aspiramos a que esa manera de acercarnos al polifónico objeto de nuestra investigación haga más accesible, más ameno y, por qué no, más bello el encuentro de quienes recorran sus páginas con los protagonistas de la historia: los militantes del Partido Socialista de la Revolución Nacional.

A modo de ejemplo de estos opúsculos algo peculiares, introducimos aquí, como *posludio* (García, 1972:11) de esta introducción –y preludio general a la obra–, un biografema de Enrique Dickmann.⁵ Si bien se trata de un texto ficcional, fue elaborado íntegramente en base a datos corroborados y a intervenciones públicas del propio dirigente, que aquí presentamos como parte de una amarga reflexión sobre su expulsión del PS y el inesperado curso posterior de los hechos. El único de esos datos que es preciso adelantar para hacer comprensible el relato (dado que esto se trata de un texto académico y no de una obra literaria) es el nombre del “ingrato vecino” a quien se refiere Dickmann: se trata del dirigente socialista Nicolás Repetto, compañero de seis décadas de lucha y de quien lo separa ahora un muro de incompreensión.

Hechas las aclaraciones del caso, y quizá también como un anuncio de que en esta investigación intentaremos acercarnos en todo cuanto nos sea posible a la subjetividad de los protagonistas, nos trasladamos a alguna mañana de mediados de los cincuenta y escuchamos los pensamientos de Enrique Dickmann.

* * *

⁵ Texto elaborado en base a Dickmann (1949); Dickmann (1952); Luna (2013b: 58, 88); Tarcus (2007: 188); Herrera (2016:188). Discurso de Enrique Dickmann el 8 de agosto de 1953 en el lanzamiento del Movimiento Socialista, en *Argentina de Hoy* N° 28, agosto 1953, pp. 1 y 8. La metáfora que caracteriza a Dickmann como “busto viviente” del PSRN la tomamos de Altamirano (2002: 42).

Como cada mañana, abre el ventanal de su habitación para dejar entrar el sol, que en primavera ingresa confundido con la brisa fresca del río cercano. Se asoma levemente y, aunque jura no hacerlo, fracasa una vez más en el intento; no puede evitar mirar de reojo el muro infamante. La premura con que fue construido es ostensible, con seguridad premeditada. Contrasta con la sobria elegancia de la vieja casona de británica factura, similar a otras tantas de ese elegante suburbio, pero idéntica a la que está del otro lado. Antes, su casa y la de su antiguo camarada compartían un terreno común. Ahora, tras el improvisado tapial vive su más enconado enemigo.

¡Cuánta ingratitud! Justamente a él, Enrique Dickmann, quien ostenta con orgullo el carnet de afiliación número uno del viejo y glorioso Partido Socialista, ocho veces director de *La Vanguardia*, fiel compañero y discípulo del Maestro Justo. ¿No había dicho el Maestro que la intransigencia era la mácula de la política criolla? ¿Por qué la abstención electoral del Partido Socialista, que ha nacido en el país contra la absurda abstención radical? Expulsarlo a él, sumariamente, sin derecho de defensa, por el solo hecho de entrevistarse con el presidente de la República a fin de petitionar por los presos socialistas, por la reapertura de *La Vanguardia*, por la restitución del nombre Juan B. Justo a la avenida 17 de Octubre... ¡Un despropósito!, una afrenta inadmisibile hacia quien no dio más que pruebas de lealtad al Partido.

El presidente surgió de un régimen militar, es cierto, pero luego fue ratificado en elecciones limpias y sucesivas, con gran apoyo popular ¿No había parlamentado el socialismo con gobiernos fraudulentos como el del general Justo, surgido del *putsch* filofascista de Uriburu? ¿Por qué la tozuda cerrazón hacia un gobierno que, aún con métodos demagógicos, conquistó la adhesión entusiasta de la clase obrera?; “*la masa laboriosa y fecunda, sincera en el error, hasta en la rebelión santa*”, dijera el Maestro... ¿Lo habían olvidado?

Aquella entrevista no buscó más que sacar al Partido del callejón sin salida en que lo había colocado la absurda y suicida intransigencia. Estuvo dispuesto a dar todas las explicaciones, a defenderse ante cualquier tribunal partidario, pero le negaron la palabra, justo a él; ¡nazifascistas perfectos!

Más de medio siglo de sacrificios en el altar del Partido ¿Para qué? ¿Para terminar sus días escarnecido por sus viejos compañeros y discípulos? ¿Para fungir como busto viviente de un conglomerado informe de socialistas disidentes, trotskistas de toda laya,

librepensadores de pasado comunista? Curioso destino, ¡justo él!, que tantas veces había contribuido a depurar al Partido de elementos exóticos como los que ahora lo aclamaban.

Fácil es para el ingrato vecino repudiarlo, ahora que ambos rondan los ochenta años. Ya pocos recuerdan que fue él quien le presentó a la joven viuda Fenia, que lo emparentara nada menos que con el Maestro Justo. Fenia, Adela y Mariana, las hermanas Chertkoff, “casadas con el Partido”, con el ingrato, con su añorado hermano Adolfo y con el Maestro; de alguna manera, cofundadoras del *viejo y glorioso*. Él las había conocido en Colonia Clara y luego las albergó en su casa de Buenos Aires, tras renunciar a su destino de gaucho judío. Allí las presentó a sus camaradas. Es fácil olvidarlo ahora; ¡Cuánta ingratitud!

Por alguna razón, aquellos pocos años de rudo trabajo en la campiña entrerriana le despiertan una especial nostalgia, mucho más que los tres lustros en su Europa natal. La infancia en una paupérrima aldea letona bajo la rabínica disciplina paterna y el año de solitario peregrinar por el Imperio de los Zares hasta Odessa; el frustrado viaje a la Tierra Prometida y la incierta escala en Estambul, donde diera por fin con el vapor que lo hizo recalar en la generosa tierra argentina, aparecen tan lejanos en su memoria que bien podrían pertenecer a una vida anterior. Casi no tiene recuerdo de sentirse otra cosa que socialista y argentino, por más que su acento yddish, aun después de seis décadas, no pasa inadvertido para nadie (incluso para algunos de sus viejos camaradas del Partido, donde el antisemitismo, formalmente desautorizado, no era la regla pero tampoco la excepción ¿Habría pesado ese factor en su expulsión sumarísima? ¿Cómo saberlo?).

El vértigo de la vida en la metrópoli, su ingreso al Colegio Nacional y su destacado paso por la Facultad de Medicina; su actividad profesional, pero sobre todo la vida entregada al Partido: las razzias, las detenciones, las decenas de congresos ordinarios y extraordinarios, las extenuantes campañas electorales, las polémicas partidarias y parlamentarias, las millones de líneas entregadas a la imprenta, hicieron de sesenta años poco más que un suspiro. En cambio, le basta cerrar los ojos y respirar esa brisa matinal para transportarse a Colonia Clara y evocar el aire diáfano, el aroma a tierra mojada, el cielo azul infinito. Sin muros, ni deshonra, ni enconos. Por un instante se siente joven de nuevo, como si todo pudiese volver a comenzar. En definitiva, piensa, eso es la nostalgia: más que por el pasado, es la añoranza por las vidas que uno eligió no vivir. Sonríe. ¡Dislates de un viejo!, intenta bromear consigo. Pero últimamente lo agobia una pregunta que no quiere hacerse, una que jamás hubiese imaginado hace tan solo unos años, cuando escribiera orgulloso sus *Recuerdos de un militante socialista*: ¿Habría valido la pena?

Capítulo 1

¿Una izquierda para la Comunidad Organizada?

Causas y azares en el surgimiento del PSRN (1952-1954).

“Para el sistema peronista [...], todo lo que pudiera molestar a la oposición era bienvenido... A través de Borlenghi, habría encontrado Perón la posibilidad de dar un mal rato a los socialistas, esos obstinados que pretendían haber inventado la justicia social antes que él... No podía ignorar que un partido como el que estaba repujando Dickmann no le aportaba nada. Pero acaso su mentalidad prolija y organizativa se complacía con la perspectiva de que el justicialismo pudiera ser apoyado desde la izquierda tanto como desde la derecha. Que esa izquierda fuera una creación artificiosa mantenida gracias a estímulos oficiales, que esa derecha no fuera más que un conjunto de matones sin ideología no le molestaba: allí estaban, disponibles para un barrido o un fregado, el Partido Socialista de la Revolución Nacional y, en el otro extremo, la Alianza Libertadora Nacionalista. Una hazaña más de la ‘comunidad organizada’ [...] donde todo marchaba en armonía, ‘todos unidos’, y hasta izquierdas y derechas apoyaban de consuno al sistema justicialista y a su líder...” (Luna, 2013b:60-61)

“Perón, consciente de la crisis que amenazaba a la revolución nacional, emprende conversaciones con algunas destacadas personalidades políticas de izquierda. Entre otros lo entrevista el Dr. Enrique Dickman, uno de los fundadores del Partido Socialista. Basta una conversación informal entre el Presidente y el viejo político, para que sus correligionarios [...] decreten su expulsión. [...] Sin embargo, no está solo. Muchos compañeros lo acompañan en la comprensión de los grandes cambios ocurridos en el país y en la clase trabajadora desde 1945. [...] Así nace, en el año 1953, el Partido Socialista de la Revolución Nacional. [...] Algunos pensadores del nacionalismo burgués han considerado el “giro a la izquierda” de Perón en 1952-53, como un hecho puramente táctico, una maniobra diversionista, algo así como una avivada para dividir a la oposición. Pensamos, por el contrario, que el llamado de Perón a la izquierda, y la búsqueda casi angustiada de apoyos en ese sector, evidenciaba la quiebra del peronismo como instrumento político, su incapacidad para afrontar las exigencias de la lucha nacional en la hora de crisis, y la necesidad de dotar al proceso de la revolución de un arma política adecuada, con una ideología socialista. Es decir, el proceso que en 1945 había tomado por un camino de emergencia, retomaba o por lo menos trataba de encontrar su rumbo originario.” (Rivera, 1971: 5)

*V*isiones opuestas, polares, como las que anteceden, contribuyen en ocasiones a enmarcar un campo de discusión. La primera, con matices, ha pervivido en la historiografía como un pesado lastre. Sin proponérselo necesariamente –por el propio peso

o *fuerza material* que cobran las ideologías cuando encarnan en un determinado grupo social–, esa visión convirtió a la primera formación partidaria de izquierda filoperonista en poco menos que un “objeto indigno” de estudio para los historiadores. Los fantasmas de la *cooptación* y la *manipulación*, que hasta nuestros días sobrevuelan siempre que se trate de *populismo*, parecen haber desterrado al Partido Socialista de la Revolución Nacional a la región de los meros artificios. *Se trató de una simple maniobra gubernamental*, y allí está para probarlo el hecho de que prácticamente no sobreviviera a la *caída* del peronismo. El ministro Borlenghi –monje negro– instrumentó una hábil estratagema urdida por Perón –genio maligno– para conducir a un bienintencionado y ya anciano Enrique Dickmann a la vía muerta de la colaboración con un *régimen exhausto* que tan solo lo utilizó como un ariete para dividir al tradicional Partido Socialista. Consumado el propósito, simplemente, fue desechado. En apariencia, el PSRN nada más tenía para decirnos.

La segunda cita impugna algunos de esos lugares comunes, pero ciertamente incurre en otros, de algún modo, opuestos. Corresponde a lo que un autor denominó con acierto “*el mito del PSRN*”. En el clímax del primer idilio entre marxismo y peronismo, entre fines de los años sesenta y comienzos de los setenta, la experiencia fue reivindicada por algunos de sus protagonistas, revisitada por ciertos intelectuales e idealizada como una primera expresión de un *socialismo nacional*, despojado de los vicios que habían conducido a las principales corrientes de la izquierda argentina a oponerse obstinadamente al peronismo en sus orígenes. La crítica coyuntura de comienzos de los cincuenta vio nacer, por fin, a la izquierda que, comprendiendo cabalmente el significado del peronismo como frente de liberación nacional y la misión rectora que a su interior le era señalada a la clase obrera, intentó religar a la revolución popular del ‘45 –acaudillada *en la emergencia* por un líder *bonapartista*– con su *rumbo originario* y su natural destino socialista. Incluso se atribuye al líder una comprensión similar de las limitaciones y potencialidades de su movimiento. Ante la *quiebra* de su proyecto policlasista, Perón buscó, a tientas, dar impulso a una herramienta política superadora. El PSRN se nos presenta, así, como manifestación germinal de la *esencia inconsciente* –socialista nacional y revolucionaria– del peronismo.

*

*

*

Introducción

Como ya adelantamos, el propósito fundamental de este primer capítulo es ofrecer un panorama general del contexto social y político en que surgió el Partido Socialista de la Revolución Nacional, así como un recorrido narrativo y descriptivo por las principales alternativas que le dieron origen y una primera presentación de las corrientes políticas que lo conformaron, procedentes de distintas tradiciones de izquierda y partícipes de muy diversas experiencias previas en lo relativo a sus posicionamientos respecto del gobierno y el movimiento peronista. Para expresarlo gráficamente, digamos que, a lo largo del capítulo, nuestra “lente” se irá aproximando y alejando de su objeto, enfocando alternativamente al contexto más amplio y al específico encadenamiento de sucesos que dan origen al PSRN.

Sin perjuicio de ello, también introducimos en este capítulo un eje problemático ineludible a la hora de abordar nuestro tema. No es otro que el planteado con la selección de epígrafes y el breve comentario que obran como preludio: indagaremos en el carácter que tuvo la relación entre el gobierno de Juan Domingo Perón y el PSRN. Sin pretender una sentencia concluyente, dado que carecemos de las fuentes que documenten en detalle la naturaleza de ese vínculo, nuestra reconstrucción buscará plantear y contrastar algunas hipótesis, abriéndonos paso entre aquellas visiones más sesgadas que señalamos al inicio. Buscaremos poner en tensión tanto la caracterización del PSRN como una “creación artificial” del Estado peronista (reconstruyendo la dialéctica entre el indudable apoyo oficial al partido y los márgenes de autonomía y capacidad de agencia de los actores políticos que se involucraron en su construcción), como el supuesto de una política de “radicalización” o tentativa de “giro a la izquierda” por parte del gobierno peronista que tuviera a la formación de ese partido como una de sus manifestaciones.

Todo ello sin dejar de recordar que, en última instancia, allanar el camino para la lectura de los capítulos centrales de la investigación es el objetivo primario de este recorrido. Para iniciarlo de una vez, nos trasladamos entonces al tórrido verano porteño de 1952.

Perón, Dickmann, la estrategia y la contingencia

A comienzos de 1952, una noticia inesperada conmovió a la política argentina y en particular a los ámbitos de la oposición, donde fue recibida primero con incredulidad y luego con escándalo (Béjar, 1979). Pasado el primer mediodía del mes de febrero, los boletines radiofónicos difundieron un comunicado oficial donde se confirmaba el rumor que circulaba ya por canales menos formales: el doctor Enrique Dickmann, miembro fundador y dirigente histórico del Partido Socialista (PS), se acababa de entrevistar con el presidente Juan Domingo Perón para intercambiar opiniones sobre el denso clima político del país y realizar distintas gestiones ante el Poder Ejecutivo.

La entrevista, se sabría después, había sido concertada en estricta reserva entre dos personas muy conocidas por Dickmann: su hijo Emilio, ingeniero, militante socialista desde la cuna y casado con una hija de Juan B. Justo, y Ángel Borlenghi, un viejo compañero de quien los enconos políticos lo habían alejado hasta entonces.⁶ Este ex militante y dirigente sindical socialista, antiguo líder de la Confederación de Empleados de Comercio, era, para la ortodoxia del PS, la máxima expresión de la traición y el *colaboracionismo* con la *dictadura* que, desde su perspectiva, asolaba al país sin solución de continuidad desde el año 43. Como ministro del Interior de Perón, Borlenghi era quien tenía bajo su órbita a los detenidos a disposición del Poder Ejecutivo Nacional, es decir, a los presos políticos, muchos de ellos socialistas. Además de otros temas que iremos detallando, también por ellos peticionaba Dickmann (Béjar, 1979; Herrera, 2011; Luna, 2013a).

Hacía tiempo que Borlenghi seguía con atención las turbulencias internas de su viejo partido y aprovechaba los contactos que conservaba en su estructura para azuzarlas a favor del gobierno. Pero más allá de su incidencia en la gestión de la entrevista y de su presencia en el encuentro, el artífice último de la sorpresiva jugada, que formaba parte de una estrategia más ambiciosa, era el propio Perón. Billarista a varias bandas, el presidente perseguía distintos y simultáneos objetivos. Por un lado, acicateaba una nueva crisis interna en el PS, un partido que si bien estaba lejos de su gravitación de antaño y de ser una amenaza seria para la *Comunidad Organizada*, poseía una historia y una tradición que lo ubicaban entre sus antagonistas a tener en cuenta. De todas las corrientes de oposición, la conducida por Nicolás Repetto y Américo Ghioldi se había convertido en la más irreconciliable en su repudio al gobierno peronista, haciendo del antiperonismo un

⁶ Borlenghi había mantenido una amistad estrecha con Enrique Dickmann y, sobre todo, con su hermano menor, Adolfo. Catorce años menor que Enrique, a quien consideraba “hermano y padre”, Adolfo Dickmann también había llegado a ser un reconocido dirigente del PS, pero había fallecido sorpresivamente en 1938, a la edad de cincuenta años (Tarcus, 2007: 187; Béjar, 1979: 88)

verdadero sello identitario (García Sebastiani, 2005). Por otra parte, el encuentro con Dickmann formaba parte de una convocatoria más amplia a distintos grupos de oposición, con el objetivo de aflojar en alguna medida las crecientes tensiones del sistema político argentino y propender a la *Unidad Nacional*, una aspiración que, a fin de cuentas, figuraba desde un comienzo en el corpus doctrinario del peronismo y a la cual no había renunciado ni siquiera en sus horas de mayor radicalidad (Perón, 1948: 59, 117, 393-404).⁷

Un tercer propósito de la entrevista, sostienen –desde ópticas muy disímiles– distintos autores, habría sido el de alentar la formación de una expresión política afín al gobierno, pero no de identidad peronista sino socialista; una suerte de “ala izquierda” dentro del amplio *Movimiento Nacional* liderado por Perón. Los enfoques difieren en cuanto a las finalidades atribuidas a ese impulso estatal. Algunos autores se inclinan por señalar la preocupación del gobierno peronista por el creciente abstencionismo de las fuerzas opositoras, de lo cual resultaría una deslegitimación de sus triunfos electorales; otros refieren a la necesidad de *oxigenar* un régimen político y un movimiento que, como veremos, empezaban a dar muestras de cierto anquilosamiento. En cualquiera de estos casos, el impulso a una expresión de izquierda patrocinada desde el gobierno tendría entre sus propósitos el de canalizar (política y electoralmente) el descontento que comenzaba a manifestarse en algunos sectores de la sociedad, particularmente en las filas del movimiento obrero, evitando un drenaje de votos hacia los partidos de oposición (Galasso, 2007: 235; Herrera, 2011: 92; González, 1995: 211; Luna, 2013b: 60).

Es que, al margen de lo que podría indicar una lectura superficial, la situación del gobierno al iniciarse el año 52 era contradictoria. Por un lado, el general Perón se hallaba en la cúspide de su popularidad, camino a asumir su segundo mandato como presidente. Prestaría juramento sobre una nueva Constitución Nacional, reformada por iniciativa del Partido Peronista y que había introducido en su preámbulo “*la irrevocable decisión de constituir una Nación socialmente justa, económicamente libre y políticamente soberana*”, consagrando así las banderas justicialistas como doctrina nacional. Bajo esa nueva Carta Magna, el presidente había sido reelecto en noviembre del año anterior con un histórico

⁷ Como señala Aboy Carlés (2007: 2), un elemento característico del *populismo* (categoría en la cual inscribe desde luego al peronismo) es la ambigüedad del sujeto *pueblo* que está en el centro de su apelación: El autor, en coincidencia con Laclau, destaca “la coexistencia en el populismo de dos tendencias contradictorias como son la constitución de una ruptura fundacional en la que el pueblo se constituye antagónicamente respecto del bloque de poder [...] privilegiando una exclusión radical en el seno de la comunidad política, y, por otra parte, la pretensión hegemónica de representar a la comunidad política como un todo”. Esa tensión entre una dimensión agonial (el *pueblo* en oposición irreconciliable con la oligarquía) y otra consensual (el *pueblo* como sinónimo de la nación en su conjunto), hace a la peculiaridad del tipo de liderazgo de Perón y otros líderes *populistas*.

62,4% de los sufragios, obtenidos además sobre una base electoral extraordinariamente ampliada por la incorporación al padrón de las mujeres y los habitantes de los territorios nacionales.⁸

Por otra parte, sin embargo, el bienio 1950-1951 no había sido fácil para el gobierno y el panorama económico no auguraba tiempos mucho mejores. El impactante crecimiento de los primeros años se había visto comprometido a partir de 1949 por la combinación de diversos factores exógenos e internos. Aquel año, la economía argentina había presentado indicios claros de la primera crisis cíclica del modelo de industrialización por sustitución de importaciones iniciado a mediados de los 30 y reimpulsado en la posguerra por el gobierno peronista. Crisis cíclicas, digamos de paso, a las que el país se acostumbraría en las décadas siguientes, pues su principal factor determinante era estructural: el propio crecimiento económico generaba un incremento en la demanda de insumos industriales, maquinarias y energía que, en determinado punto, no alcanzaba a ser cubierto por la producción local y las divisas generadas por las exportaciones –reducidas, a su vez, por el crecimiento del consumo interno debido al mayor poder adquisitivo de la población (Ferrer, 2010: 203).⁹

A ese elemento estructural se agregaban algunas particularidades del proyecto industrialista y redistributivo encarado por el peronismo, basado en la transferencia de parte de la extraordinaria renta agropecuaria de posguerra al sector manufacturero a través del IAPI (organismo estatal que monopolizaba el comercio exterior). Ese esquema entró en crisis por el deterioro general de los términos del intercambio para los países productores de materias primas, situación agravada para la Argentina por el veto estadounidense a la inclusión de sus productos en los planes de reconstrucción de Europa. Esa sensible reducción del flujo de divisas hacia el país se vio agudizada, además, por dos ciclos de sequía que redujeron drásticamente los saldos exportables, comprometiendo así el crecimiento de una economía interna –sobre todo urbana e industrial– que se había expandido con vigor en los años previos, alentada por el fomento al crédito industrial y el

⁸ Para tomar dimensión de este salto en la apoyatura electoral del peronismo, compárense los guarismos de 1951 con los de 1946. El 24 de febrero de ese año Perón había sido electo presidente con el 52,4 % de los votos, totalizando 1.486.866 sufragios por la sumatoria de cuatro listas (Partido Laborista, UCR Junta Renovadora, Partido Independiente y Alianza Libertadora Nacionalista), mientras que el 11 de noviembre de 1951, fue reelecto por el Partido Peronista y el Partido Peronista Femenino con 4.745.000 votos (62,4 %), es decir, más que triplicando –en términos absolutos– los guarismos de la elección anterior (Torre, 2002: 54).

⁹ Sobre esta dinámica pendular de la economía argentina –los llamados ciclos económicos *stop & go* característicos del modelo de industrialización sustitutiva– y sus correspondencias con el periodo de inestabilidad política abierto con el derrocamiento del gobierno peronista, v. O'Donnell (1977)

impulso al consumo a través de la expansiva política de ingresos encarada por el gobierno (Gerchunoff y Antúnez, 2002; Rapoport, 2007)

La súbita dificultad para sostener el crecimiento de la economía, mantener acotada la creciente inflación y garantizar el poder adquisitivo de los trabajadores se había traducido tempranamente en un recambio ministerial. Miguel Miranda, hombre fuerte de la conducción económica en los años de bonanza, fue reemplazado en enero de 1949 por el más “ortodoxo” Alfredo Gómez Morales (Ortiz, 2015:119). En ese marco se registró un previsible incremento de la conflictividad entre el capital y el trabajo, dado que la inflación presionaba sobre el poder adquisitivo de los salarios, provocando distintos movimientos huelguísticos, algunos de ellos de considerable envergadura, como el de los trabajadores de la industria del azúcar a fines de 1949 y los ferroviarios en el verano siguiente.¹⁰ Esos conflictos estuvieron lejos de contar con la simpatía de antaño por parte del gobierno, que los atribuyó a conspiraciones de los *enemigos de adentro y de afuera* y los reprimió con dureza (de hecho, varios de los presos socialistas por los cuales intercedería Dickmann habían sido detenidos en la huelga ferroviaria).

A comienzos de los 50, a esas dificultades económicas y tensiones sociales se agregó un creciente malestar en la Iglesia y sectores de las Fuerzas Armadas, expresado de manera inequívoca en el minoritario pero sintomático conato golpista de septiembre de 1951, encabezado por el general Benjamín Menéndez. Esa sorda inquietud eclesiástica y castrense, que venía acumulándose por motivos diversos, había encontrado un catalizador en la oposición a la finalmente frustrada candidatura de Eva Perón a la Vicepresidencia de la Nación, impulsada por la Confederación General del Trabajo (CGT) y proclamada en el *Cabildo Abierto Justicialista* de agosto de 1951, la concentración popular más multitudinaria registrada en el país hasta entonces.¹¹ Luego de su *renunciamento* por cadena de radiodifusión el 31 de agosto y su conmovedora alocución del último 17 de Octubre, Evita no había vuelto a hacerse presente ante sus descamisados y ahora, la causa de esa ausencia era conocida por todos. En el ánimo del pueblo peronista, el pesar y la incertidumbre por su deteriorada salud no dejaban lugar para expresiones de júbilo por la contundente ratificación plebiscitaria del rumbo iniciado en 1945.

¹⁰ Sobre la huelga en los ingenios azucareros del norte nos detendremos específicamente en el capítulo 5. Sobre el conflicto ferroviario de 1950-51, v. Aldao (2018) y las referencias en Doyon (2002: 381 y 2006: 309).

¹¹ Para un análisis pormenorizado de las tensiones crecientes entre el gobierno peronista y las corporaciones eclesiástica y militar, remitimos a los clásicos estudios de Caimari (1995) y Potash (1986), respectivamente.

En ese particular contexto, sembrado de contradicciones que no dejarían de desplegarse, el presidente Perón había aprovechado su mensaje radiofónico de año nuevo para tender la mano a la disminuida oposición en un llamado a la unidad de los argentinos:

“Quiero que el año nuevo nos encuentre a todos espiritualmente unidos en una inquebrantable voluntad de justicia, de libertad y de soberanía [...] Los planes y los proyectos que en esta noche construyen diez y siete millones de argentinos dependen del camino que la patria emprenda y de los derroteros que la patria siga. [...] En este año que termina el pueblo ha renovado su confianza en el justicialismo. Espero que ya no queden dudas acerca de cuál es la voluntad soberana de los argentinos. En esta pausa de la lucha, a la que una tradición milenaria reviste de júbilo y de amor, yo me permito decir a los adversarios que nos quedan, que depongan sus odios y sus rencores y acaten la voluntad del pueblo que quiere trabajar en paz por su grandeza y por su felicidad. No les pido que cejen en su lucha. Les reclamo una oposición política leal y franca, de procedimientos honrados y dignos del nombre y de la herencia de argentinos que poseemos.”¹²

Enrique Dickmann no fue el primero ni el único miembro de la oposición que recogió el guante; también lo había hecho ya –aunque con absoluta discreción– el conservador Reynaldo Pastor, presidente del Partido Demócrata y único diputado nacional por esa fuerza (notemos al pasar que el acercamiento se dio luego de fracasada la conspiración de Menéndez, que lo había contado entre sus promotores civiles); y pronto se sumaría uno de los principales dirigentes comunistas, Juan José Real, quien, como veremos, exploraría por esos meses una vía de “frente popular unido” con el peronismo (tentativa que, al igual que en el caso de Dickmann, terminaría pagando con la expulsión de su partido). (Galasso, 2007: 227; Luna, 2013a: 156; Real, 1976).

En cualquier caso, si la *unidad nacional* no prosperó ni entonces ni en sucesivos llamados, es indudable que el objetivo de mínima, sembrar discordias en el ya de por sí desarticulado frente opositor, daba algún resultado. En cuanto a la tercera finalidad atribuida a la iniciativa presidencial, el impulso a un *ala izquierda* dentro o al lado del amplio movimiento peronista, su análisis –y el de sus motivaciones– nos acompañará a lo largo de todo este capítulo

Del bronce partidario al destierro. La expulsión de Dickmann

Volvamos la mirada hacia Enrique Dickmann y su partido. Superado el momento de desconcierto, la dirección socialista reaccionó a la noticia de la entrevista con tanta premura como severidad. El mismo 1º de febrero el Secretario General interino del PS, Ramón Muñiz, enviaba una nota a Dickmann en nombre de la Mesa Directiva del CEN, pidiéndole explicaciones en forma perentoria respecto de su sorpresivo movimiento. El

¹² “Dirigió un mensaje por radiotelefonía el presidente de la República”. *La Nación*, 1-1-52: 1. De todas formas, a renglón seguido, el Jefe de Estado contrapesaba el llamado con una amonestación: “Pero quiero advertirles que ya no seré tolerante con los procedimientos que intenten burlar la voluntad del pueblo, que es mi supremo afán y la primera ley de la verdadera democracia.”

viejo dirigente respondió, dos días después, manifestándose sorprendido por el tono “*un tanto imperativo y un tanto dictatorial*” de la requisitoria. Respecto del contenido de la conversación, remitía al comunicado difundido por los medios de prensa (que él mismo había redactado) y rechazaba la intimación a brindar mayores detalles, ya que, según afirmaba, “*el Comité Ejecutivo conoce demasiado mi opinión sobre el asunto, y no debo al Comité ningún informe, y mucho menos, al Secretario interino ni a la Mesa Directiva*”. Sólo ante el próximo Congreso partidario daría todas las explicaciones del caso. También reiteraba que había acudido a la Casa Rosada como simple ciudadano, a título estrictamente personal y no en ejercicio de ninguna representación, por lo cual no cabía sanción alguna.¹³

La respuesta de Dickmann –si lo había pretendido– estuvo lejos de apaciguar a sus camaradas. Aun sin esperarla (el mismo día del descargo), la pluma más conspicua del socialismo, desde su exilio en Montevideo, redactaba un dictamen lapidario sobre su conducta.

“Apenas repuesto del estupor que me causó la noticia de la entrevista Dickmann Perón [...] me considero obligado a dar una opinión sobre la misma, más que para hacer pública mi censura por la inexplicable conducta de Dickman –lo que también es necesario[...]– para contribuir a fijar criterios definidos sobre el problema político que se alude en el comunicado oficial de la entrevista [...]. Me refiero al problema de la ‘necesidad de una convivencia democrática entre los ciudadanos, los partidos políticos y el Gobierno, contribuyendo así a afianzar la unidad nacional’”.¹⁴

Aunque desde luego reserva los pasajes más duros para el presidente, el firmante, Américo Ghioldi, también fija una clara posición sobre la actitud del experimentado dirigente socialista, a quien reprocha haber concurrido a la Casa de Gobierno sin el consentimiento de sus compañeros de partido, prestándose cándidamente a una maniobra oficial:

“La entrevista [...] se realizó sin el conocimiento y la autorización previa del partido; [...] llegó a conclusiones insuficientes, dejó por lo menos cuestionado al invitado y puede producir momentánea confusión en las mentes y los corazones. [...] Para Dickmann [...] la entrevista es una dolorosa ingenuidad a la que no tiene derecho a sus años y con su experiencia.”¹⁵

En cuanto al convocante y sus propósitos, Ghioldi atribuye el llamado conciliador del gobierno a una debilidad política que imagina profunda, acaso terminal. Desde ya, desconoce en el primer magistrado toda vocación genuina de conciliación e, incluso, la capacidad de concebirla –y para fundamentar esa convicción, no desdeña el recurso a

¹³ “Voto General. Asunto disciplinario Enrique Dickmann”. Abril de 1952. Archivo CeDInCI. p. 1. Allí se recopilan todas las notas y resoluciones formales del incidente.

¹⁴ Américo Ghioldi, “Mi opinión sobre la entrevista Dickmann-Perón”. Reproducción de un artículo publicado en el diario “El sol” de Montevideo. Archivo CeDInCI.

¹⁵ *Ibid.*

explicaciones de orden psicológico. Por todo ello, reafirma la línea intransigente del PS y remite la única pincelada optimista de su escrito al momento en que la presencia de Perón deje de hacerse sentir en la vida nacional, aunque deja inexplicados los medios de realización de tal prodigio:

“Dada la situación económica del país, conocido el hecho de que el ejército no está con el gobierno [...], es evidente y notorio que el problema argentino no puede ser más grave. [...]. Perón parece estar convencido que el problema necesita solución, así lo dijo al menos en el discurso de fin de año cuando ofreció paz, tendida la mano a los argentinos de la Argentina y del extranjero. Después del discurso ha buscado contacto con hombres políticos de los varios sectores políticos. Parece ser exacto que en sus visitas a todos los cuarteles del país el ministro de ejército ha dicho que cesó la revolución y ahora comienza la conciliación [...]. He analizado bien las circunstancias y pesado factores y hombres, he puesto en el empeño máxima cautela realista y he llegado a la conclusión [...] que Perón está temperamental y psicológicamente poco preparado para una convivencia democrática. Sin Perón el país recuperará en el término de horas su propia confianza. [...]. El Partido Socialista, a pesar del doloroso episodio, proseguirá sin variar en un ápice su posición de lucha anti totalitaria.”¹⁶

El lugar y la fecha del escrito condensan un significado que el firmante prefiere no dejar implícito: “*Montevideo, 3 de febrero, el día de Caseros*”. En el centenario del derrocamiento de Rosas por el Ejército Grande, los opositores que habían emigrado al Uruguay evocaban con nostalgia aquella gesta y soñaban con reeditarla, augurando un destino similar para la *segunda tiranía* encabezada por Perón y, por qué no, para sí mismos, como resistentes y futuros libertadores. (Desde la otra margen del Plata –y del abismo político que surcaba a la nación–, unos versos de autor desconocido, escritos tiempo antes y popularizados en la voz de Alberto Marino, invertían esa pretensión con ácido sarcasmo: “*Democrático exilado/ sos allá en Montevideo/ pero aquí te llaman reo/ por el Código Penal*”).¹⁷

Sobre esas filiaciones y *usos del pasado* nacional, donde las querellas entre peronismo y antiperonismo se superponían de manera compleja con las polémicas historiográficas recrudescidas desde los treinta, hablaremos largamente en los próximos capítulos. Regresemos ahora a Ghioldi, quien merece sin duda un párrafo aparte. Se trataba del primer dirigente que, sin formar parte de la vieja guardia socialista (aquella forjada entre otros por Juan B. Justo, Nicolás Repetto y el propio Dickmann), había llegado a igualar –y en alguna medida, a eclipsar– la influencia de sus miembros supervivientes. Aunque su ascenso en la estructura y la consideración partidarias había sido progresivo durante toda la década del treinta, el lugar indiscutido que Ghioldi conquistó como

¹⁶ *Ibid.*

¹⁷ “Oda a Perón”. Canción interpretada por Alberto Marino (ca. 1948). La frase, vale aclarar, no se refiere específicamente a Ghioldi, quien huyó al Uruguay luego de participar en el apoyo civil al fallido golpe de Menéndez en septiembre de 1951 (Béjar, 1979: 84), sino genéricamente a los opositores emigrados a la capital oriental.

referente político y teórico del PS se debió, sobre todo, a su implacable oposición al naciente peronismo, plasmada en los editoriales de *La Vanguardia* desde que aquel ignoto e inquieto coronel Perón comenzara a ganar, desde la Secretaría de Trabajo y Previsión del gobierno surgido del golpe de junio de 1943, la adhesión de sectores cada vez más amplios de la clase trabajadora.¹⁸

Aunque el posicionamiento *anti totalitario* frente al nuevo fenómeno había sido prácticamente unánime entre la dirigencia y los cuadros del PS, nadie como Ghioldi encarnó –y lo haría cada vez más– ese rechazo visceral e irreductible a todo lo que el peronismo significaba y representaba. Además del mordaz editorialista de *La Vanguardia*, fue el intelectual que con mayor empeño se propuso, en sucesivas y voluminosas obras, fundamentar la caracterización del peronismo no sólo como una forma autóctona de totalitarismo (el *fascismo criollo*), sino como un *error*, una aberración anti-histórica que desafiaba la concepción evolutiva y progresista que el socialismo abrazara desde su fundación; aberración de la que el autor no exculpaba, de ninguna manera, a las masas obreras y populares que adherían al movimiento (Altamirano, 2002:30-31 y 2011:21-24; Herrera, 2016: 7).

Bajo la inspiración de Ghioldi y la conducción del decano Nicolás Repetto, el PS sostenía una posición cada vez más irreductible frente al *régimen* peronista. Esa intransigencia había llevado a los socialistas, por ejemplo, a decretar la abstención electoral por primera vez en su historia: en las elecciones de convencionales constituyentes de 1948, el partido no presentó candidatos en repudio a la falta de garantías democráticas. Era una medida inédita, que no había adoptado ni en los años del fraude conservador posterior al golpe de Estado de 1930, ni bajo el restrictivo régimen electoral previo a la Ley Sáenz Peña. De manera similar, el CEN, que como órgano de conducción partidario se había entrevistado con los presidentes de la Concordancia e incluso con el general Ramírez luego del golpe de 1943, sostenía una política de total aislamiento respecto del gobierno peronista (Béjar, 1979: 84, 93). En esa tesitura, tenía prohibido a los militantes del partido, bajo apercibimiento de expulsión, todo acuerdo o negociación con el *régimen* (Herrera, 2016:179).¹⁹

¹⁸ En el fragor de la campaña electoral de 1946, esos editoriales habían sido recopilados y republicados, bajo el título “*Palabras a la Nación. A través de los editoriales de ‘la Vanguardia’*” (Ghioldi, 1945).

¹⁹ Algunos militantes que veremos integrarse al PSRN, como José Oriente Cavallieri y otros que no lo harían, como Dardo Cúneo, habían sido expulsados entre 1948 y 1951 por mantener conversaciones con el presidente u otros funcionarios del Poder Ejecutivo. Según sostiene Herrera, desde 1948 el PS vivía una suerte de *estado de excepción interno*, ya que el Consejo Nacional había facultado al Comité Ejecutivo para

Basados en el testimonio del ingeniero Emilio Dickmann, distintos autores coinciden en que su padre no consideró la expulsión entre las potenciales consecuencias de su accionar. Pensaba que, dada su vasta trayectoria al servicio del PS, no se le aplicaría esa sanción extrema y lograría abrir un debate sobre lo infructuoso del tipo de oposición que el partido venía ejerciendo (Béjar, 1979; Herrera, 2011; Luna, 2013a). Se equivocaba. El 5 de febrero el CEN emitía una resolución en la que, al cabo de dieciséis extensos considerandos, disponía por unanimidad de sus miembros presentes:

“1º) “Excluir al ciudadano Enrique Dickmann del seno del Comité Ejecutivo Nacional del Partido Socialista; 2º) Someter al pronunciamiento de la totalidad de los afiliados socialistas en condiciones estatutarias, mediante consulta por el método del voto directo, la expulsión del Partido Socialista del ciudadano Enrique Dickmann; (...)”²⁰

Al día siguiente, la Mesa Directiva enviaba una circular a todos los centros socialistas. Allí se comunicaba la drástica resolución y también se reproducía una declaración del CEN sobre los “*anhelos de convivencia democrática*” atribuidos al gobierno por distintos medios periodísticos.²¹ Junto con la indisimulada desconfianza con que recibe el supuesto llamado, el órgano partidario hace pública su lectura respecto de las intenciones que habrían llevado al gobierno a convocar a Dickmann:

“[...] como lo ha manifestado en reiteradas ocasiones, y recientemente en un telegrama dirigido al Presidente de la República –que no fué contestado-, el Partido Socialista estima que existe un verdadero anhelo nacional de restablecimiento de las condiciones de vida democrática [...].[...] el Partido Socialista alienta el anhelo de la pacificación de los espíritus y el de la unión de la familia argentina en el goce y el perfeccionamiento de las libertades heredadas; [...] para llevar a cabo tan alto y patriótico propósito estima que es una responsabilidad del gobierno dar los pasos necesarios a tal fin, no por la conquista de tal o cual personalidad ni por medio de la anarquización y el sometimiento de los partidos, sino eliminando los motivos de encono.”²²

Poniendo la responsabilidad exclusiva de la pacificación del lado del Poder Ejecutivo, el CEN aprovechaba para volver a desautorizar y fustigar la acción de Dickmann. Así, en menos de una semana, la conducción partidaria acusó recibo del golpe y actuó con celeridad para disipar cualquier “*momentánea confusión en las mentes y los corazones*” y abortar cualquier adhesión o empatía que la actitud del respetado dirigente pudiese despertar en las filas del partido. En el mes de abril se hacía llegar a cada afiliado un boletín resumiendo las alternativas del caso junto con un sobre para emitir el voto.²³ La

tomar todas las medidas tendientes a purgar de sus filas “con la mayor diligencia” a los militantes sospechados de actuar en connivencia con el gobierno peronista.

²⁰ “Voto General. Asunto disciplinario Enrique Dickmann” (cit.). p. 2

²¹ *La Nación*, 2-2-52 p.2 “La convivencia democrática” (editorial). En su nota de *El Sol*, Ghioldi también aludía a esta nota editorial, a la que acusaba de “ingenua y candorosa”.

²² “Puntualiza apreciaciones sobre anhelos de convivencia democrática el Comité Ejecutivo Nacional del Partido Socialista”, 6-2-52. Documento adjunto a la circular enviada a los centros socialistas comunicando la sanción disciplinaria contra Enrique Dickmann. Archivo CeDInCI.

²³ “Voto general. Asunto disciplinario Enrique Dickmann” (cit).

expulsión de Dickmann, cofundador del *viejo y glorioso* PS junto a Juan B. Justo, se consumó finalmente el 31 de mayo, apoyada por 4150 sufragios contra 667 (Herrera, 2016: 185)

La premura de la reacción partidaria parece responder –insistimos– al desconcierto y la urgencia por imponer una “sanción ejemplar”, más que a la previsión del hecho. Es difícil que la dirección socialista haya imaginado el paso dado por Dickmann. Es cierto que éste venía tomando prudente distancia de las resoluciones más recalcitrantes hacia el peronismo, como la abstención en las constituyentes de 1948, y que, sintomáticamente, su nombre había dejado de figurar a la cabeza de las listas en alguna de las elecciones de los años previos. Pero también lo es que en sus “*Recuerdos de un Militante Socialista*” (Dickmann, 1949) aún reivindicaba en toda la línea la lucha *anti totalitaria* del PS contra el peronismo,²⁴ e incluso un año después había apoyado a la conducción frente al cuestionamiento más significativo que esa línea política había sufrido hasta entonces: el expresado por Julio V. González, miembro del CEN, en el XXXVII Congreso partidario celebrado en 1950. Antes de continuar, nos detendremos brevemente en este episodio, ya que creemos que resume buena parte de los dilemas del PS frente al peronismo.²⁵

En aquel congreso, el hijo de Joaquín V. González había advertido que el PS –que integraba hacía dieciocho años– se hallaba en un “*punto muerto*”; y si bien mantenía la caracterización del peronismo como *dictadura*, los fundamentos de su planteo revelaban sugestivas divergencias con algunos de los supuestos más arraigados en el partido. Su propuesta consistía en una redefinición de los objetivos programáticos del socialismo: concretamente, sostenía que, para salir de aquel punto muerto, el partido debía ordenarse en adelante por el *programa máximo*, anticapitalista y de socialización de los medios de producción, consagrado en la declaración de principios del PS.

Esta postura, claramente a la izquierda de la dirección partidaria, contenía, en palabras de Carlos Altamirano, dos *herejías*. La primera de ellas era el reconocimiento implícito de que el socialismo se había transformado de hecho en un partido liberal-democrático, prácticamente indiferenciado de otros partidos de oposición como el

²⁴ Así se lo recordarían de manera mordaz e insistente sus antiguos compañeros del CEN. “El Comité Ejecutivo del Partido Socialista contesta al Ciudadano Enrique Dickmann”, *Nuevas Bases* n° 34, abril 1952. Archivo N. Galasso.

²⁵ Julio V. González era para ese entonces un dirigente de cierta importancia en el PS, pero decididamente no pertenecía al núcleo duro de la conducción forjada por Juan B. Justo. Hijo de Joaquín V. González, se había incorporado al partido recién en 1932, luego de una destacada participación en el movimiento de la Reforma Universitaria. Se consideraba a sí mismo un reformista que incursionaba en la arena de la política partidaria para llevar los principios de la Reforma a las instituciones del Estado, lo que siempre había despertado algunos resquemores entre sus compañeros de partido. Para un desarrollo más amplio de la polémica Gonzalez - Ghioldi, que aquí resumiremos brevemente, v. Herrera (2003; 2016: 135)

radicalismo y la democracia progresista, que habían incorporado a sus plataformas diversos puntos equivalentes al *programa mínimo* del PS, como algunas medidas de nacionalismo económico, el reconocimiento de las reivindicaciones obreras y la legislación social. La segunda *herejía* fue la afirmación, esta vez explícita, de que ese programa mínimo había perdido vigencia frente a las medidas económicas y la legislación social y laboral sancionadas por el peronismo, sosteniendo que “*no es mucho lo que quedaría por conceder al obrero en punto a ventajas de vida y trabajo*” dentro de los marcos del capitalismo, de lo que se desprendía la necesidad de adoptar el programa máximo. Es decir que González, sorprendentemente, estaba reconociendo que la *dictadura peronista* había realizado parte del programa histórico del socialismo (Altamirano, 2002: 41).²⁶

A estas dos “*herejías*” planteadas por Altamirano se podría agregar una tercera: la afirmación de que la clase obrera había alcanzado en esos años un “*alto grado de madurez política y social*” que la haría receptiva al programa máximo del partido. En suma, el planteo de González, tal vez sin proponérselo, conmovía pilares centrales de la postura oficial del PS frente al peronismo. Quizá por esa razón recibió una dura y dedicada réplica del propio Américo Ghioldi, quien sin medias tintas le respondía que, desde el ascenso del nuevo gobierno, la clase obrera había “*perdido vigor gremial y capacidad política*”, participando “*en movimientos histéricos e hipnóticos para la idolatría de un mandón militar*” (Herrera, 2005: 356)²⁷. La posición de González no tenía chance de imponerse en el congreso partidario. Pero de todos modos, con él las diferencias respecto de cómo lidiar con el *hecho peronista* habían llegado por vez primera a la instancia máxima de discusión del partido, de la mano de un miembro del Comité Ejecutivo. Además, el hecho de que el propio Ghioldi hubiera puesto un especial empeño en rebatir a González dejaba traslucir que las dudas sobre la línea del partido se habían apoderado de un sector de su militancia.

La decisión tomada por Dickmann –paradójicamente, alineado con Ghioldi en el congreso de 1950–, debe inscribirse sin dudas en ese contexto de crisis partidaria. Si González había graficado la situación del partido con la figura del “*punto muerto*”, Dickmann usaría dos años después una imagen aún más patética, al afirmar que el PS se estaba encerrando en un “*callejón sin salida*”. De allí, insistía, había tratado de ayudarlo a salir con su iniciativa de entrevistarse con el presidente (Dickmann, 1952). En efecto, la

²⁶ Herrera (2016:152) disiente con esta afirmación y, en cambio, sostiene que esa interpretación de la propuesta de González (que el peronismo había realizado el “programa mínimo” del PS) fue un recurso retórico de su antagonista, Américo Ghioldi, para desacreditarlo ante el Congreso partidario.

²⁷ Como señala Herrera, luego del congreso, la intervención de Ghioldi sería publicada por el PS, como una nueva ratificación de la toma de posición frente al peronismo (Ghioldi, 1950)

fidelidad del viejo dirigente a la organización parecía incommovible. Consumada la drástica reacción del Comité Ejecutivo, y aun refrendada su expulsión por el voto abrumadoramente mayoritario de los afiliados, su convicción de dar la discusión al interior del PS se mantendría firme durante casi un año. Su último intento en ese sentido se daría en el XXXIX Congreso partidario, realizado en Mar del Plata en abril de 1953, al cual se dirigiría unilateralmente solicitando una nueva instancia de apelación que no sería siquiera atendida. Sólo luego de frustrada esta gestión, Dickmann parecería dispuesto a poner su nombre y su prestigio al servicio de una nueva empresa política.

¿Plan preconcebido o tacticismo? El “caso Real” y los orígenes del PSRN

Mientras Dickmann pugnaba en vano por hacerse oír entre sus viejos compañeros, Perón insinuaba otra convocatoria que parecía ampliar o incluso trascender las fronteras de su movimiento. No iba dirigida esta vez a las fuerzas de oposición, sino genéricamente a los trabajadores; pero introducía en la apelación un giro que la hacía particularmente atractiva para eventuales interlocutores en el espectro de la izquierda. A fines de abril de 1952, el presidente pronunciaba un discurso en el ministerio de Trabajo y Previsión ante un conjunto de delegaciones obreras, en el que convocaba a la conformación de un “*frente popular unido*” contra la explotación del capitalismo internacional y sus agentes internos.

“En el mundo de hoy, en este mundo capitalista, los pueblos viven un sistema de explotación. Esa explotación no es solamente interna, sino que la más difícil y la más brava es la explotación internacional. Y si el gobierno está con su pueblo tiene que defenderlo y, en consecuencia, se enfrenta con los intereses internacionales que son los que lo explotan [...]. Observen ustedes que en el orden interno hay individuos que también luchan aquí contra nosotros, algunos convencidos, otros pagados y otros equivocados. Están combatiendo contra sus propios intereses, porque la capitulación en estas condiciones del pueblo argentino y su gobierno supondría siempre una situación peor que la actual, porque nos van a querer hacer pagar la plata que han perdido en estos cinco años que nosotros estuvimos trabajando [...]. [...] la situación para nosotros es bien simple. Lo que nosotros tenemos que presentar a la amenaza de afuera y a los traidores que adentro están al servicio de los de afuera, es un frente popular unido, un frente del pueblo.”²⁸

Sin ser en absoluto el eje vertebrador del discurso, el uso de la fórmula “frente popular” no podía ser inocente en boca de Perón. Esa expresión formaba parte del léxico corriente de la izquierda (no sólo argentina, sino mundial) desde hacía casi dos décadas, cuando en 1935 –tras el ascenso del nazismo en Alemania– fuera adoptada como lema y estrategia fundamental por la Internacional Comunista. La estrategia del frente popular había consistido en la conformación de amplias coaliciones en las que los comunistas de cada país debían confluir con los partidos socialistas y con las fuerzas liberal-democráticas

²⁸ “El pueblo unido vencerá a la amenaza y la traición” (nota de portada). *Democracia*, 24-4-52. pp. 1,8

en un programa mínimo de “*defensa de las libertades y la cultura*” amenazadas por la contrarrevolución nazi-fascista (Pasolini, 2017; Saïtta, 2001).

No obstante, la consigna que en Francia había llevado al gobierno al socialista León Blum y en España había encendido las llamas de la revolución y las alarmas de la reacción, desencadenando la guerra civil; la misma que, incluso, en el vecino Chile había llevado al gobierno en 1938 a una coalición de socialistas, comunistas y radicales apoyada por sindicatos obreros, federaciones estudiantiles y movimientos indigenistas, encontró siempre una traducción problemática en el escenario argentino. A este lado de los Andes (y del Atlántico), la apelación frentepopulista combinó, alternativa y muchas veces confusamente, el espíritu del antifascismo con el del antiimperialismo –en buena medida, adaptándose a los vaivenes de la política exterior soviética en el incierto contexto de entreguerras (Cattaruzza, 2009: 173; Galasso, 2007: 130). Si en 1937 la línea del frente popular había llevado al comunismo y al socialismo obrero (desprendimiento de izquierda del PS) a apoyar la candidatura presidencial de Marcelo T. de Alvear sin el concurso de los socialistas, cinco años después se había llegado a barajar, bajo similar inspiración, y ahora con el PS como primordial impulsor, una nueva postulación a la primera magistratura del general Agustín P. Justo (revestido ahora, al menos en la consideración de los socialistas, de súbitas credenciales democráticas). Mucho más conocida es la culminación de este accidentado derrotero, expresada en la conformación de la Unión Democrática para tratar de impedir el triunfo del coronel Perón en las elecciones de 1946, coalición que aglutinó desde austeros dirigentes sindicales de reconocida militancia comunista hasta terratenientes de rancio linaje conservador, bajo el auspicio de la embajada norteamericana conducida por el extrovertido Spruille Braden.²⁹

Paradójicamente –y acaso sobreestimando la vocación revolucionaria de la izquierda argentina–, cerrar el paso a la formación de un frente popular que pudiera recrear en nuestro país un escenario de convulsión social como el que había llevado a España a la guerra civil, había sido uno de los objetivos del GOU (Grupo de Oficiales Unidos o Grupo Obra de Unificación), la logia militar que impulsó el golpe de junio de 1943 y proyectó al coronel Perón al primer plano de la política nacional (Cattaruzza, 2009: 184; Potash, 1984). Casi

²⁹ En el particular contexto de 1945-46, el ánimo frentepopulista había llegado a su clímax tras la victoria conjunta de la URSS y las potencias occidentales sobre el Eje Berlín-Tokio. El “espíritu de Yalta” dio lugar incluso al desarrollo de una corriente al interior del comunismo internacional: el “browderismo” (que tomaba su nombre de Earl Browder, dirigente del PC de los Estados Unidos) postulaba el inicio de un largo periodo de armonía y concurrencia entre las potencias capitalistas y socialistas emergentes de la guerra, lectura que se traducían en una política de conciliación y colaboración en los ámbitos nacionales. Sobre la influencia del “browderismo” en la posición del PC argentino, v. Schulman (2001).

una década después, era el propio Perón, desde la cúspide del poder, quien insinuaba una convocatoria a su conformación; y la fuerza que pareció acudir al llamado fue nada menos que el comunismo.

Al día siguiente del discurso presidencial, el Comité Ejecutivo del PC redactó un extenso documento acogiendo positivamente la propuesta, titulado de manera inequívoca “*Por un frente popular unido*”; lo publicó en su prensa y lo distribuyó generosamente entre su militancia (Real, 1976: 161). Dejemos en claro que esa recepción no iba de suyo. Los comunistas seguían siendo férreos opositores al gobierno de Perón, aun cuando, desde 1946, hubieran sustituido el intransigente mote de “*nazi-peronismo*” por la ambigua política de “*apoyar lo positivo y criticar lo negativo*” de las medidas gubernamentales, tratando de diseccionar cuidadosamente -con más empeño que acierto- entre sectores *progresistas* y los *reaccionarios*, tanto del gobierno como de la oposición. La reforma constitucional del '49, sin embargo, había reconducido al partido a una caracterización categórica del peronismo: “*régimen corporativo de tipo fascista*”. En esa tesitura, de hecho, el PC acababa de denunciar con dureza las entrevistas de Perón con Pastor y Dickmann, caracterizando la política de conciliación nacional como una componenda entre los “*sectores reaccionarios del peronismo*” y de la “*oposición sistemática*”, los dos extremos de aquella polaridad imaginada, de los que el PC pretendía mantenerse equidistante (Altamirano, 2011: 25; Amaral, 2008; Jáuregui, 2012).

Es que, probablemente, ni en el ánimo de Perón ni en la consideración de sus diferentes interlocutores, la política de conciliación encarada a comienzos del año y la ensayada en abril con la convocatoria a un *frente popular unido* fueran concebidas como una sola y misma iniciativa. De hecho, así como los comunistas habían fustigado el acercamiento de Perón con Dickmann (no diferenciando al patriarca socialista de los *opositores sistemáticos* de derecha), quienes en él se iban a encaramar para impulsar una nueva empresa socialista en colaboración con el gobierno no manifestaron un particular entusiasmo por el llamado “*frentepopulista*” del presidente, ni mucho menos por la supuesta adhesión comunista a la convocatoria.

Decimos *supuesta* adhesión porque el acercamiento del PC al gobierno peronista duró pocos meses y finalmente quedó asociado a una figura individual: el secretario de organización del partido, Juan José Real. En ausencia de Victorio Codovilla, principal dirigente y teórico del comunismo (y nexos directos del PC argentino con el de la URSS), Real quedó al mando de la estructura partidaria en el momento en que el aparente cambio de orientación respecto del peronismo se llevaba a cabo. Según la versión del propio Real

(1976:162), esta reorientación política generó una enorme expectativa en la militancia comunista, pero ese entusiasmo llevaba implícita –y en más de un caso, explícita- una crítica a la conducción partidaria por su anterior cerrazón frente al peronismo, situación que el grupo dirigente no estuvo dispuesto a tolerar. Esto explicaría el hecho de que la experiencia se haya clausurado abruptamente en enero de 1953 con la expulsión de Real, al regresar Codovilla al país desde la URSS. El líder indiscutido condenó al “*brote nacionalista burgués*” que se había apoderado del partido en su ausencia y presentó al secretario de organización como único artífice y responsable de esa política, lo que era equivalente a su defenestración.³⁰

Si nos detenemos en este incidente interno del Partido Comunista, un tanto lateral al objeto de nuestra investigación, es porque, con independencia de las razones que lo llevaran a interesarse abiertamente por la convocatoria “frentepopulista” de Perón –y luego a retroceder en la iniciativa con la misma resolución con que la había encarado-, el “caso Real” podría hablarnos con más claridad de una incipiente vocación del gobierno peronista por entablar un diálogo más fructífero con distintas expresiones de izquierda, a diferencia del “incidente Dickmann”, iniciado en el marco de una estrategia gubernamental que buscaba establecer nexos con fracciones opositoras de todo el espectro ideológico.³¹

Sin ser un aspecto prioritario de la política gubernamental, y no implicando siquiera una renuncia a las inflexiones anticomunistas que fundamentaban la *Tercera Posición* (matiz discursivo incluso acentuado en 1952-53, dada la búsqueda de un acercamiento diplomático con los Estados Unidos),³² la convocatoria a conformar un gran *frente*

³⁰ Aun cuando esta versión pudiera estar teñida por la subjetividad de Real, es claro que el frustrado acercamiento al peronismo no es atribuible a su sola iniciativa. Había sido el Comité Ejecutivo (incluido el propio Codovilla) el que había firmado y publicado el documento “*Por un frente popular unido*”, apresurándose a recoger la supuesta iniciativa presidencial. Aníbal Jáuregui (2012) propone una hipótesis respecto de la función que cumplió el antiperonismo en la lógica del PC en aquellos años, que nos puede ayudar a comprender este incidente partidario. Sostiene Jáuregui que el rechazo al peronismo no era en absoluto unánime en las filas comunistas, pero habría cumplido la función de reforzar la cohesión y la verticalidad del partido, en una lógica propia de la época estalinista. Así, frente al desafío planteado por las iniciativas “revisionistas” respecto de la postura adoptada frente al peronismo (tanto la de Real como la encabezada por Rodolfo Puiggrós en 1946), el antiperonismo de la dirigencia habría estado destinado a conservar la disciplina interna, la autonomía y la identidad partidaria.

³¹ Nótese cómo, una vez más, la dimensión *agonal* y la dimensión *consensual* del discurso *populista* (Cf. Aboy Carlés, cit. en nota 2) se superponen en los mensajes e iniciativas presidenciales sin contradicción aparente.

³² En este sentido, restaría indagar (pero excede el objeto de esta investigación) si ese relativo “giro pro-occidental” de la diplomacia peronista en 1953, plasmado en la visita al país de Milton Eisenhower (hermano y delegado del presidente de los Estados Unidos) en Julio de ese año y la sanción, al mes siguiente, de una ley de inversiones extranjeras concesiva hacia los capitales internacionales, no estuvo también entre las razones del abrupto abandono de la línea “filo-peronista” encarada por el PC en 1952 y la consecuente expulsión de Real. En cualquier caso, sabemos que la acusación al gobierno de encubrir bajo una retórica

popular, así como el objetivo declarado al enunciarlo (aunar fuerzas contra la reacción), introducen un matiz que permite dar crédito a la hipótesis del aliento estatal a la conformación de un “ala izquierda” al interior –o al lado– del heterogéneo *Movimiento Nacional* conducido por Perón. Pero, en cualquier caso, es evidente que se trata de una política poco sistemática, que va desarrollándose de manera más empírica que planificada y, por eso mismo, reconoce, como veremos, momentos de manifiesto impulso por parte del gobierno, seguidos de largos periodos en que ese interés por la construcción “desde arriba” de una izquierda afin parece disiparse o, al menos, quedar relegado respecto de necesidades políticas más acuciantes.

Empero, si el interés por la empresa fue fluctuante por parte de quienes promovieron la convocatoria (esto es, el ministro del Interior y el propio presidente), no lo será en el de los convocados. Intentaremos demostrar que fue este impulso “desde abajo” (de parte de los militantes socialistas y de otras vertientes de izquierda), mucho más que los estímulos gubernamentales, lo que dio el empuje decisivo a la conformación del PSRN y, sobre todo, aseguró su supervivencia con relativa autonomía del oscilante interés oficial.

Entre rumores, bombas e incendios.

Un aspecto soslayado por quienes señalan el impulso oficial como única causa del surgimiento de una formación de izquierda afin al peronismo es, justamente, el del atractivo de la empresa para sus participantes. Descartamos aquí las versiones –surgidas en el fragor de la disputa interna del PS– que giraban en torno de la venalidad de ciertos dirigentes e, incluso, de algunas prácticas extorsivas del gobierno hacia los socialistas para forzarlos a la colaboración. Estas versiones se circunscribían en buena medida en la figura de Enrique Dickmann y, sobre todo, apuntaron a su hijo Emilio. Se supone que el joven ingeniero Dickmann, en su condición de contratista del Estado, a cargo de una empresa constructora que pasaba por una delicada situación financiera, habría sido quien impulsó a su anciano padre a abjurar de su fe socialista para arrojarse a los brazos del *tirano*. Como vimos al inicio de este capítulo, esta versión permeó la interpretación de algunos investigadores (Luna, 2013), en una expresión extrema de aquellas lecturas que, a nuestro juicio, tienden a ver al PSRN como una creación artificial del *régimen* peronista (Béjar, 1979: 89; Herrera, 2011: 92).

nacionalista una política de “entrega” a los Estados Unidos, sería una constante de la prédica comunista hasta el derrocamiento de Perón.

Además del atractivo que ofrecen las hipótesis conspirativas, la explicación centrada en la venalidad o las presiones gubernamentales ayuda a cubrir un flanco que ciertamente se presta al desconcierto: el del imprevisto cambio en la actitud del veterano dirigente socialista, quien en 1949, nada menos que en sus memorias, ratificaba juicios tan negativos como concluyentes respecto del peronismo, pero al cabo de dos años dejaba estupefacta a la plana mayor de su partido al entrevistarse sorpresivamente con el presidente Perón y, a partir de allí, iniciaba paulatinamente un curso de crecientes reconocimientos a la obra del gobierno justicialista. Creemos, no obstante, que ese cambio de perspectiva bien podría responder a otras causas, ya que en esos dos años transcurrieron algunos hechos de inevitable impacto en la percepción política de la militancia socialista.

El aplastamiento de la huelga ferroviaria, en la que el partido había cifrado grandes esperanzas, pero sobre todo la contundente ratificación del arraigo popular del peronismo en las elecciones de noviembre de 1951, que parecía disipar toda expectativa de que la crisis económica devolviera chances electorales a la oposición en general y al PS en particular, no dejaba mucho más que dos cursos de acción posibles: o el partido se deslizaba a la acción conspirativa con fines destituyentes, o bien adoptaba una posición más pragmática, que buscara alguna solución de compromiso con el gobierno ratificado en las urnas. Aun antes de las elecciones de noviembre, Américo Ghioldi ya había optado por la primera alternativa, al participar de los preparativos y comprometer apoyo civil (en caso de éxito) a la intentona golpista del general Menéndez, apuesta que le valió su último exilio en Montevideo (Béjar, 1979: 84; Luna, 2013a: 110,151). Dickmann optó evidentemente por la segunda; y el Comité Ejecutivo, que no se había comprometido con el accionar de Ghioldi pero tampoco lo desautorizó, fue tan implacable como hemos reseñado aquí con el hasta entonces venerable decano socialista, de lo que se deduce nítidamente su toma de posición.

Pero incluso si se reconociera aquel carácter espurio al ingreso de los Dickmann a la órbita del gobierno peronista, esa constatación estaría lejos de explicar la formación del PSRN. En efecto, cualquier explicación que se concentre en la acción individual del viejo dirigente dejará por fuera del análisis las múltiples repercusiones que tuvo su accionar. No nos referimos tanto a las consecuencias al interior de un PS ya totalmente abroquelado en una posición irreductible hacia el peronismo (aun cuando no es un dato del todo despreciable que el 16% de los afiliados que votaron en la consulta a las bases del partido se pronunciara en contra de la expulsión de Dickmann), sino más bien a la repercusión en sus márgenes, entre aquellos afiliados o ex afiliados que se habían alejado previamente del partido o habían sido expulsados de él por su cercanía con el peronismo. Y en segundo

término, debemos notar también un efecto posterior, sobre un espectro más amplio, cuando aquellos socialistas disidentes conformen un primer núcleo con pretensiones de fundar una nueva empresa política (el denominado Movimiento Socialista, antecesor del PSRN) y a ella se incorporen diversos y dispersos grupos de extracción trotskista.

Concretamente, podemos formularnos una pregunta: ¿por qué habría izquierdistas de tan diversas raleas dispuestos a acudir al llamado oficial en un momento de crisis e incipiente debilidad de un gobierno al que, en muchos casos, habían combatido hasta poco tiempo antes? La hipótesis que sostiene que era el gobierno quien giraba a la izquierda y buscaba, en consecuencia, apoyos en ese sector, peca como mínimo de unilateral. El año en que la iniciativa cobró forma, 1953, será el del acercamiento diplomático con los Estados Unidos, la ley de radicación de inversiones extranjeras y la renuncia expresa a los ambiciosos proyectos de reforma agraria que circulaban profusamente desde la campaña electoral de 1946.

Ese año estuvo marcado, además, por nuevas turbulencias y dificultades para el gobierno peronista, encaradas ahora por un aparato estatal y gubernativo que evidenciaba cada vez más signos de fatiga. En apariencia, el peronismo se hallaba sólidamente instalado en el poder, ratificando una y otra vez su amplia mayoría electoral³³ y controlando cada vez más resortes institucionales y ámbitos de la sociedad civil (medios de prensa y radiodifusión, asociaciones gremiales y profesionales). Pero, paradójicamente, este mismo –relativo– acercamiento al ideal de la *Comunidad Organizada* iba ligado a un evidente proceso de regimentación y burocratización que contrastaba con el ímpetu revolucionario de los primeros años (Maceyra, 1984: 65; Galasso, 2010: 339).

En el plano social, la reivindicación de las conquistas y los Derechos del Trabajador (consagrados constitucionalmente en 1949, junto con los de la Familia y de la Ancianidad) se veía contrapesada, desde 1952, con un insistente llamamiento a “*producir más y derrochar menos*” (Torre, 2002: 65; Gerchunoff y Antúnez, 2002: 173). Asimismo, el desafío “*herético*” que planteara el tumultuoso movimiento peronista a las jerarquías sociales y

³³ Por ejemplo, el domingo 12 de abril de ese año, en paralelo con los turbulentos hechos que describiremos a continuación, se desarrollaban las elecciones para constituir las autoridades de las nuevas provincias Presidente Perón (Chaco) y Eva Perón (La Pampa) y elegir sus representantes en el Congreso Nacional. La oposición (con excepción del Partido Comunista chaqueño) se abstuvo de participar, por lo que los candidatos peronistas superaron el 90% de los votos y obtuvieron la totalidad de los cargos en disputa. v “Constitución de poderes en dos nuevas provincias” (editorial). *La Prensa*, 15-4-53, p. 2. Disponibles las actas de escrutinio en Patrimonio Legislativo, archivo digital: <https://apym.hcdn.gob.ar/uploads/expedientes/pdf/4-ov-1953.pdf#page=5> ; <https://docs.google.com/gview?url=http://apym.hcdn.gob.ar/uploads/expedientes/pdf/3-ov-1953.pdf&embedded=true>

raciales de la vieja Argentina *europaea y cosmopolita* con la irrupción de las masas y su impronta plebeya, obrera y criolla, dejaba paso, en las omnipresentes representaciones iconográficas oficiales, a una imagen armónica, un “*mundo feliz*” ordenado alrededor de nuevas jerarquías, con el Estado y el líder en su cúspide (James, 1990:40; Gené, 2005).³⁴

A estos fenómenos no podía permanecer ajena la *columna vertebral* del movimiento peronista. La integración y subordinación de las organizaciones sindicales al Estado había sido un proceso operado sin solución de continuidad desde el ascenso del peronismo, con la disolución del efímero Partido Laborista en 1946 y el desplazamiento de uno de sus referentes, el telefónico Luis Gay, de la secretaría general de la CGT a comienzos del año siguiente. Ese proceso se había institucionalizado en el Congreso extraordinario de abril de 1950, con la modificación estatutaria que sellaba la incorporación formal de la central obrera al movimiento peronista, la adhesión a su doctrina y el apoyo manifiesto a la candidatura de Perón para un segundo mandato presidencial (aunque, bien pronto, la *rama sindical* haría valer su peso específico dentro del movimiento, al tratar de imponer la candidatura de Eva Perón a la vicepresidencia, como ya hemos mencionado).



Cabe decir que de esa integración y subordinación al aparato estatal, los trabajadores y sus dirigentes gremiales habían obtenido beneficios materiales y simbólicos impensados un puñado de años atrás. A las sensibles mejoras salariales y la legislación laboral se sumaba el reconocimiento y fomento a la expansión de sus organizaciones, la incorporación de éstas a la toma de decisiones públicas en distintos ámbitos, el acceso a la justicia a través del fuero laboral, los planes de vivienda, la expansión del sistema previsional, de salud y de educación pública, entre otras mejoras, plasmadas en la

sanción constitucional de los Derechos del Trabajador. Como sostiene Daniel James (1990), el peronismo supuso un cambio drástico en la posición y el peso relativo de la clase trabajadora en la sociedad (imagen)³⁵, consumando su integración a la comunidad política

³⁴ Esta síntesis y paráfrasis de los conceptos de Daniel James y Marcela Gené para graficar el pasaje “*de la herejía al mundo feliz*” pertenece a la historiadora Ayelén Fiebelkorn (2014, mimeo).

³⁵ “Dignificación del trabajador”. *La Nación Argentina: justa, libre y soberana*, Control de Estado de la Presidencia de la Nación 3a. ed., Buenos Aires, 1950, p. 154 (extraído de Fiebelkorn, 2014, *cit.*). Valiéndose del recurso típico de la contraposición “ayer/hoy”, en el segundo cuadro la figura del trabajador no sólo queda *nivelada* simbólicamente con las que representan a los otros estratos sociales, sino también en el *lugar central* que se le asignaba en la iconografía peronista (v. Gené, 2005: 84 y ss.).

nacional y resignificando la noción de ciudadanía en una nueva *dimensión social*, en virtud de la cual los trabajadores se vincularon con el Estado no sólo en calidad de individuos, sino también *como clase*, a través de sus organizaciones gremiales.

Nos permitimos esta breve digresión para referir a la integración subordinada del movimiento sindical al Estado justicialista sin dejar de lado nuestra distancia respecto de las interpretaciones centradas en la *cooptación* de dirigentes y la *manipulación* de las bases obreras, visión que implica, necesariamente, la pasividad y heteronomía de los sujetos. Aunque no deje de utilizar alguno de esos términos, el análisis de Louise Doyon (2002, 2006) aporta claridad respecto de lo compleja que resultó la relación entre las organizaciones sindicales y el gobierno peronista, en la cual la tendencia a la burocratización y la verticalidad del movimiento sindical respecto de las directivas estatales convivió con una acrecentada capacidad de organización, negociación y movilización, con el acceso a nuevos espacios de poder y con la constante necesidad de legitimación de las dirigencias ante sus bases, resultando en un proceso dinámico que nunca terminó de cristalizarse. Lejos de la imagen de un líder que reinaba omnímodo sobre una masa obrera inerme,³⁶ se trataba de un pacto de lealtad y beneficio mutuo que imponía límites a ambas partes y debía ser ratificado y “renegociado” en forma permanente.

Aclarado este punto, nos situamos nuevamente en la coyuntura. Las restricciones económicas de comienzos de los 50 no podían dejar de repercutir en la dinámica de ese vínculo estrecho y a la vez complejo entre el Estado justicialista y su rama sindical. Ya hemos visto que los movimientos huelguísticos de 1949 y 1950-51 habían sido sofocados e intervenidos los sindicatos que los habían promovido. En 1952, la CGT era convocada a refrendar y fiscalizar el cumplimiento de un acuerdo de precios y salarios que incluía la suspensión de las convenciones colectivas durante dos años, reforzando, en un contexto de crisis, el rol de la central como garante de la *paz social* antes que como vehículo de las demandas obreras. La tarea encomendada no resultó sencilla ni mucho menos gratuita para la dirigencia gremial. Los años siguientes fueron testigos de un significativo recambio en el elenco dirigenal de numerosos sindicatos y en la propia cúpula de la CGT, debido al desprestigio en que cayeron las conducciones. En la celebración del 17 de Octubre de 1952 se produjo un hecho inédito que evidenciaba el estado de ánimo de las bases. José Espejo, Secretario General desde 1947, fue silbado y abucheado por la concurrencia, lo que

³⁶ Recuérdese, por ejemplo, la extrema caracterización de Américo Ghioldi al respecto)

sumado a presiones y disputas internas, selló su suerte –y la de todo el Comité Ejecutivo– al frente de la central obrera (Doyon, 2002: 390).

Si un hecho marca en el plano simbólico el cambio en el humor social y, de algún modo, el punto de inicio de la crisis definitiva de la primera experiencia peronista, ese hecho es sin duda la muerte de Eva Perón. Mucho se ha dicho y escrito sobre la especial contribución de Evita a la impronta popular del movimiento y el gobierno peronista. Lo disruptivo de su propio desempeño como Primera Dama (inédito tanto por el alto perfil que cobró como por su origen social y su condición de actriz) dio paso rápidamente a una también inédita participación en las decisiones públicas. La devoción que despertó entre los trabajadores y los humildes y la especial identificación que logró entre las mujeres de esa condición (sensibilidades acaso potenciadas pero de ningún modo explicables por los recursos propagandísticos del Estado) fue el espejo invertido del proverbial encono que excitó su figura en el campo antiperonista y las clases acomodadas –y, podríamos agregar, las veladas reservas que despertaba en los sectores más conservadores del propio bloque social y político que sostenía a Perón en el gobierno. Su encendida oratoria, su incansable labor al frente de la fundación de ayuda social que llevaba su nombre, el trato distinguido y personal que dispensaba a los demandantes de esa ayuda, su vínculo directo con la dirigencia sindical y su rol como nexo entre el gobierno y el movimiento obrero son algunos de los elementos más mencionados por autores de tendencias y perspectivas tan dispares como Marysa Navarro (2002), Norberto Galasso (2012), José María Rosa (1989), Milcíades Peña (2012), Félix Luna (2013), Mariano Plotkin (1993) o Vera Pichel (1993).³⁷

Una fortuita coincidencia en las fechas marca lo vertiginoso de la actuación pública de Evita. Si bien había acompañado activamente a Perón en la campaña de 1946, fue el 26 de julio de ese año cuando su voz se oyó por primera vez en un mensaje oficial por radio del Estado, dirigido a las mujeres peronistas. A ellas mismas se dirigía tres años después, ahora personalmente, el 26 de julio de 1949, cuando en el Teatro Cervantes anunciaba la creación del Partido Peronista Femenino, que organizaría el masivo empadronamiento de las mujeres y su mayoritario apoyo a la reelección de Perón (Navarro, 2002: 334,342). Lo sucedido el 26 de julio de 1952 no necesita ser recordado. Quizá en lo breve de esta parábola resida la explicación de que en el pueblo peronista su figura haya ascendido a

³⁷ En el próximo capítulo veremos que esta última autora, en su juventud, formó parte del Instituto de Estudios Económicos y Sociales, una organización en principio apartidaria pero muy ligada al PSRN. Vera G. de Pichel, periodista nacida en Junín, de militancia comunista, había forjado con Evita, en sus años de actriz, una amistad que mantuvo hasta los últimos días, cuya evocación dio lugar, cuatro décadas después, a la biografía citada.

alturas míticas, su repentina y agresiva enfermedad haya sido equiparada a un martirio y su muerte a un sacrificio en el altar de la patria y sus descamisados. Evita pasó por la historia argentina con la fuerza del huracán y su inesperada ausencia dejó en el movimiento peronista un vacío que ni el luto masivo y cuasi obligatorio, ni los innumerables homenajes, ni el puntual recordatorio de su *paso a la inmortalidad* cada día a la hora 20:25 pudieron cubrir.

Pero ni siquiera la conmoción generada por la muerte de la *Jefa espiritual de la Nación* dejaba lugar para una tregua en el clima de crispación política que vivía el país. Luego de un brevísimo armisticio durante el masivo y extenso funeral, que logró incluso el milagro de inspirar una respetuosa necrológica de Nicolás Repetto en el periódico socialista *Nuevas Bases*,³⁸ los enconos brevemente suspendidos se reanudaron con todos sus bríos

En 1953, lo peor de la crisis económica parecía ir quedando atrás luego del plan de estabilización del año anterior. Al costo de algunos retrocesos en materia distributiva, el plan de 1952 había logrado reencauzar las variables macroeconómicas más alteradas por el cambio de coyuntura internacional y los desajustes en los precios internos que mencionáramos al comienzo del capítulo (Rapoport, 2007: 389). La *Nueva Argentina* de Perón, evocando incansablemente la memoria de Evita, encaraba con optimismo el Segundo Plan Quinquenal. Sin embargo, el problema de la inflación, aunque atenuado, persistía y, en consecuencia, los salarios –congelados por la suspensión de las convenciones colectivas durante 1952 y 1953– perdían poder adquisitivo frente al aumento de los bienes de consumo masivo. A esto se agregaban, además, algunos problemas en el abastecimiento de productos de primera necesidad como la carne.

Como respuesta a esas dificultades, el gobierno fijó una lista de precios máximos y fiscalizó con severidad su cumplimiento, lanzando una fuerte campaña “*contra el agio y la especulación*” que tuvo relativo éxito en los primeros meses de su implementación, pero al costo de incrementar las tensiones en la sociedad. En el marco de la campaña se produjeron numerosas detenciones, clausura de comercios y decomiso de mercaderías. Estas medidas malquistaron a los comerciantes con el gobierno y también con consumidores que habían

³⁸ Para una reproducción extensa de esta nota, v. Luna (2013: 171). También la prensa comunista adhería al duelo, publicando en su portada una foto de Eva Perón y una franja de luto, aunque este gesto sea acaso menos sorprendente, dado que en julio de 1952 el PC se hallaba embarcado en el ensayo de acercamiento al peronismo relatado más arriba.

sido llamados, junto con los sindicatos, a participar activamente de la campaña controlando y denunciando las maniobras de especulación y desabastecimiento (imagen).³⁹



De esta manera, muchos comerciantes pequeños y medianos se sumaban al cada vez más nutrido universo de

los sectores medios urbanos enemistados con el gobierno. Al igual que otros grupos como los propietarios de viviendas en alquiler (cuyas prerrogativas se veían recortadas por la ley de alquileres y sus ingresos nominales congelados en un contexto inflacionario), habían sido beneficiados en términos materiales por el gran crecimiento de los primeros años, basado en la expansión del consumo interno; pero en la nueva etapa signada por la estrechez económica, empezaban a vivir las crecientes regulaciones estatales en sus fuentes de ingresos como una intromisión inaceptable. Se sumaban así a los núcleos que, desde un comienzo, habían rechazado al peronismo por razones ideológicas (profesionales, intelectuales y estudiantes universitarios embanderados en el *antifascismo* del '45) o en virtud de una “*reacción jerarquizadora*” ante la irrupción de la *masa peronista* en la arena pública, rechazo que conjugaba elementos de distinción clasista con una diferenciación étnico-racial entre los *descendientes de los barcos* y los *cabecitas negras* llegados del interior (Garguin, 2009; Adamovsky, 2009: 276; Grimson, 2019: 53).

En el mes de abril de 1953, esos descontentos acumulados se condensaron bajo una forma que adoptarían con creciente frecuencia hasta el derrocamiento del peronismo: el escándalo moral. El día 9, Juan Duarte, hermano de Evita y secretario privado de la Presidencia, se quitó la vida en medio de una investigación interna sobre negociados en el comercio de carnes que lo tenía como principal sospechoso (en un momento en que la crisis en el abastecimiento de ese producto era particularmente acuciante). El día anterior, Perón había dado un discurso radiofónico que fue entendido como un aval a las denuncias

³⁹ “Personal de la policía federal labrando el acta respectiva de infracción a las disposiciones de represión del agio y la especulación en la despensa de Boyacá 1301 al 1305”. *La Prensa*, 12-4-53, p. 2. Nótese la importante afluencia de público que presencia la clausura del local comercial.

y una quita de apoyo a Duarte.⁴⁰ Los rumores sobre un supuesto asesinato no tardaron en difundirse en el medio antiperonista y el pesado silencio oficial en torno del caso no hizo más que alimentarlos.⁴¹

En ese tenso clima se desarrolló una jornada de violencia política que si no ha quedado marcada en la memoria argentina es probablemente por la magnitud de las violencias que la habrían de suceder. Con la intención de fortalecer la posición del gobierno ante lo que se consideraba una campaña de caos económico y difamación pública orquestada por los *enemigos de adentro y de afuera*, la CGT decretó un paro general y convocó a una concentración en la Plaza de Mayo para el día 15 de abril. (El hecho de que se apresurara la convocatoria estando tan próxima la jornada ritual del 1° de mayo habla en sí mismo de la gravedad que el gobierno y la central obrera reconocían a la crisis). El día señalado, como en tantas ocasiones, el presidente salió al balcón de la Casa de Gobierno y



dirigió su discurso a una plaza colmada. Pero el clima festivo típico de las concentraciones peronistas del *Día de la Lealtad* o la *Fiesta del Trabajo* cedió su lugar, esta vez, a una atmósfera cargada de tensión. Los hechos se precipitaron cuando un artefacto explosivo estalló en una confitería de la calle Hipólito Yrigoyen, adyacente a la plaza y, minutos más tarde, otro lo hizo en la estación Plaza de Mayo del subterráneo. El saldo del atentado fue de cinco muertos según la prensa de los días siguientes, aunque las distintas investigaciones reportan seis o siete, probablemente por el posterior deceso de alguno de los heridos, que rondaron el centenar de acuerdo a todas las fuentes (Luna, 2013b: 31; Rosa, 1989:107; Torre, 2002:62). Como módico acto de reparación, recogemos además de la cifra, los nombres y los rostros de las víctimas (imágenes)⁴².

⁴⁰ "Denunció el Jefe de Estado la existencia de un plan coordinado para alterar el estado político del país" (nota de portada). *La Prensa*, 9-4-53 pp. 3-5

⁴¹ Distintas versiones mantuvieron viva durante siete décadas la improbable hipótesis del asesinato, desde los informes de la comisión investigadora comandada por el siniestro *Capitán Gandhi* durante la dictadura de Aramburu, hasta publicaciones recientes en las que no se oculta la intención de parangonar los casos Duarte y Nisman (De Elía, 2020).

⁴² *La Prensa*, 17-4-53, p. 4; 16-4-53, p. 6; Según se recoge en el informe oficial sobre los bombardeos a la Plaza de Mayo de Junio de 1955, que computa entre sus antecedentes los sucesos de abril de 1953, el diario *Clarín* del 3 de mayo de ese año informó el nombre del sexto fallecido: José Ignacio Couta (Portugheis, 2015: 72).



Tras las detonaciones, Perón radicalizó el tono de su discurso, dando lugar a uno de los “diálogos” característicos entre el líder y el pueblo congregado en la plaza:

“Compañeros: Estos, los mismos que hacen circular rumores todos los días, parece que hoy se han sentido más rumorosos, queriéndonos colocar una bomba. Ustedes ven que cuando yo, desde aquí, anuncié que se trataba de un plan preparado y en ejecución, no me faltaban razones para anunciarlo. Compañeros: Podrán tirar muchas bombas y hacer circular muchos rumores, pero lo que nos interesa a nosotros es que no se salgan con la suya, y de esto, compañeros, yo les aseguro que no se saldrán con la suya. Hemos de ir individualizando a cada uno de los culpables de estos actos y les hemos de ir aplicando las sanciones que les correspondan.... Compañeros: Creo que, según se puede ir observando, vamos a tener que volver a la época de andar con el alambre de fardo en el bolsillo!”⁴³

La reiteración del apelativo “*Compañeros*” a intervalos breves habla de un discurso que debe ser interrumpido y retomado reiteradamente, dejando ver la tensión y el desconcierto del momento, así como el estado de crispación de la multitud ante el atentado. En una de esas interrupciones, la crónica registra, junto con las aclamaciones a Perón, un contundente reclamo desde la plaza: “¡Leña!, ¡Leña!, ¡Leña!”. Sin duda partícipe del estado de conmoción general, el presidente responde con una arenga intempestiva:

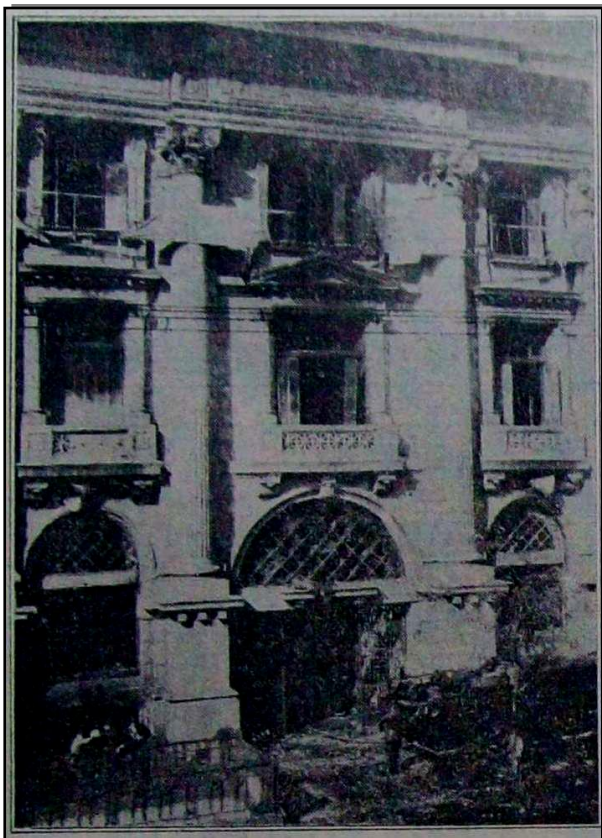
“Eso de la leña que ustedes me aconsejan, ¿por qué no empiezan ustedes a darla? Compañeros: Estamos en un momento en que todos debemos de preocuparnos seriamente, porque la canalla no descansa, porque están apoyados desde el exterior. [...] Todo esto nos está demostrando que se trata de una guerra psicológica organizada y dirigida desde el exterior, con agentes en lo interno. Hay que buscar a esos agentes, que se pueden encontrar si uno está atento, y donde se los encuentre, colgarlos en un árbol.”⁴⁴

⁴³ Reproducido íntegramente en el sitio del Instituto Nacional Juan Domingo Perón de Estudios e Investigaciones Históricas, Sociales y Políticas: <https://www.jdperon.gov.ar/2020/04/15-de-abril-de-1953-discurso-de-juan-domingo-peron/>

⁴⁴ *Ibid.*

Algunos autores hacen foco en la permeabilidad de Perón a las demandas de la multitud en este tipo de concentraciones, en las que un hecho emergente transforma el encuentro ritual y jerárquico entre el líder y sus seguidores en un intercambio dialógico de cierto carácter asambleario. El discurso aquí analizado guarda cierta similitud, en este aspecto, con otro que tendrá lugar más de dos años después, el 31 de agosto de 1955, en la última concentración peronista antes del golpe de Septiembre. En esa alocución, más recordada por la historiografía, el contundente clamor popular convertirá un mensaje concebido inicialmente como un llamado a la conciliación en la enardecida arenga del *cinco por uno* (Vasallo, 2008, 2019). El discurso que nos ocupa es muy similar. Si bien su tono inicial no había sido especialmente condescendiente, da un giro drástico al producirse las explosiones y ante la enardecida reacción de la multitud.

Traemos a colación la coyuntura crítica de 1955 a los fines comparativos para poner en contexto la desmesura del discurso de Perón y relativizarla como causa eficiente de los hechos posteriores. Salvando las distancias entre los dos discursos y sus contextos,



podemos decir que, en ambas ocasiones, la apelación del líder a una violencia letal por parte de sus seguidores no traspasó el límite de la amenaza verbal y sería contrapesada con insistentes llamados a la concordia y la pacificación. Sin embargo, es cierto que en abril de 1953, la reacción ante el inédito acto terrorista no se circunscribió a la esfera discursiva. Esa noche, luego de desconcentrarse las principales columnas, algunos grupos permanecieron encuadrados y se dirigieron hacia distintos sitios identificados con la oposición: el selecto Jockey Club y las sedes partidarias del PS (imagen)⁴⁵, la UCR y el Partido Demócrata

⁴⁵ “Fachada del edificio de la Casa del Pueblo [...] luego de haber sido sofocado el incendio provocado por quienes fueron agredidos en momentos en que desfilaban frente al local” *La Prensa*, 17-4-53, p. 3. Como puede verse, el relato oficial intentó atribuir la responsabilidad primaria del incidente a quienes se encontraban en el local partidario.

fueron asaltadas e incendiadas ante la pasividad de la policía federal y el cuerpo de bomberos.

Si nos detuvimos especialmente en este luctuoso encadenamiento de hechos es también porque, junto con el Jockey, los daños más severos fueron sufridos por la Casa del Pueblo, sede histórica del PS y de la biblioteca obrera “Juan B. Justo”. El ataque a este baluarte y símbolo de la tradición socialista no será indiferente para los protagonistas de nuestro relato. En el próximo capítulo veremos cómo lo elaboraron los grupos de esa extracción que, por estos meses, se hallaban en plena tarea de conformación de una nueva corriente de izquierda en apoyo del gobierno peronista. En cuanto a la dirigencia tradicional, el incendio de la sede partidaria y de la importante biblioteca que albergaba no era más que la confirmación de todas sus certezas respecto del peronismo: una nueva muestra de la *barbarie rosista* y el *fascismo* inherente a las *hordas* peronistas que lo habían promovido.⁴⁶

Soltando amarras. Del Movimiento Socialista al PSRN

Justamente por esos días aciagos, en paralelo a estos hechos, se desarrollaba en Mar del Plata el XXXIX Congreso del PS, aquel en el que Dickmann hiciera su último intento de hacerse oír por sus antiguos camaradas. Como dijéramos antes, sólo luego de frustrada esa tentativa el viejo dirigente se comprometió públicamente con la empresa promovida por distintos grupos de militantes socialistas previamente expulsados o alejados del PS por su simpatía con el gobierno y alentada –ahora abiertamente– desde el ministerio del Interior.

Las entrevistas entre el ministro Borlenghi y los socialistas disidentes eran cubiertas, entre otros, por el diario *La Prensa*, en manos de la CGT desde su expropiación a la familia Gainza Paz a comienzos de 1951.⁴⁷ En enero de 1953 ya figuraba entre los animadores del grupo el ingeniero Emilio Dickmann, quien al mes siguiente también se sumaba a la comitiva que acompañaba al presidente Perón en su viaje a Chile (Herrera, 2011: 92). Junto con el joven Dickmann y otros socialistas recién expulsados, entre los visitantes a la Casa Rosada figuran Carlos María Bravo –hijo de otro socialista ilustre, Mario Bravo–,

⁴⁶ Las denuncias del PS se centrarían exclusivamente en el ataque sufrido por las sedes opositoras y en la anuencia de la policía y los bomberos ante los sucesos, haciendo omisión de la acción terrorista que los había desencadenado. Esa visión, aunque con mayor sutileza, ha permeado la interpretación de algunos historiadores. Por ejemplo, Tulio Halperín Donghi (1972: 77), menciona el “estallido de varias bombas” en Plaza de Mayo pero omite llamativamente la existencia de víctimas fatales y heridos, para destacar luego el “incendio oficioso” de las sedes opositoras y el “trato atroz en las prisiones del régimen” a los sindicatos como autores de los atentados.

⁴⁷ Cf. “Visitaron al M. del Interior varios afiliados socialistas”. *La Prensa*, 22-1-53. Archivo de N. Galasso.

Saúl Bagú, Pedro Juliá, José O. Cavallieri, Juan Unamuno y Norberto D’Atri. Algunos de ellos, alejados del partido con anterioridad, ya venían colaborando públicamente con el gobierno desde el Instituto de Estudios Económicos y Sociales y su publicación *Argentina de Hoy*.

Una vez desembarazado el doctor Enrique Dickmann de su lealtad al *viejo y glorioso*, los escindidos ven en su prestigio –sumado al apoyo gubernamental– una posibilidad de disputar la representación socialista a la conducción histórica, para lo cual conforman, a mediados de 1953, el Movimiento Socialista (MS). El 8 de agosto, en el Salón Augusteo de Unión e Benevolencia, en la Capital Federal, la agrupación realiza su acto público de lanzamiento. El cierre del mitin queda a cargo de Dickmann, quien dedica buena parte de su discurso a defender su acercamiento al gobierno peronista y denunciar, en contraposición, la inconducente oposición llevada adelante por el Comité Ejecutivo del PS.

La batalla entre el viejo tronco socialista y la nueva expresión afín al gobierno se libró en el terreno político y también en el judicial. Allí los disidentes contaron con un fallo favorable de la justicia federal, que declaró caducas las autoridades partidarias y los reconoció a ellos como titulares de la personería y los locales partidarios, incluida la derruida Casa del Pueblo. También fue cedido al MS el histórico órgano de prensa del socialismo. Los talleres gráficos de *La Vanguardia* habían sido clausurados en 1947 por una disposición municipal que todo el arco opositor había denunciado como un acto de censura y su reapertura había figurado entre las peticiones que formulara Dickmann en su primera entrevista con Perón.⁴⁸ En consecuencia, en septiembre de 1953 hacía su aparición *La Vanguardia (Tercera etapa)*, subtítulo *Órgano oficial del Partido Socialista*. En el primer número se publica una “*Declaración del Movimiento Socialista asumiendo la conducción del Partido*”⁴⁹, por lo que, en adelante, el grupo se arrogará la representación partidaria y denominará *ex conducción* o *dirección conservadora* al elenco dirigente tradicional. La dirección del periódico es ofrecida a Dickmann, quien haciendo gala de su extendida trayectoria partidaria, declina la invitación lamentando no estar en condiciones de asumir “*por novena vez*” esa responsabilidad.⁵⁰

⁴⁸ Desde la clausura de *La Vanguardia*, la conducción tradicional del PS se había embarcado en diferentes empresas editoriales. Luego de algunos intentos fallidos (*El Socialista*, *Tribuna Socialista*, *La Lucha*), desde 1950 venía editando el periódico *Nuevas Bases*, dirigido por Nicolás Repetto, con el cual el partido intentaba recuperar una voz pública luego de la pérdida de su representación parlamentaria y el cierre de su órgano tradicional. Por otra parte, el grupo radicado en el Uruguay, encabezado por Américo Ghioldi, lanzó *La Vanguardia. Edición en el exilio*, que se publicaba como suplemento de *El Sol*, periódico socialista de ese país, y se introducía clandestinamente en la Argentina (Herrera, 2016: 3-4; Martínez Mazzola, 2010)

⁴⁹ *La Vanguardia (Tercera etapa)* [en adelante, *LV*] N°1, 11-9-53, p. 4

⁵⁰ *LV* N° 2, octubre 1953, p. 1

La nueva conducción formal del PS fue partícipe, según reporta *La Prensa*, de una renovada iniciativa de distensión política encarada desde el Ministerio del Interior.⁵¹ La acción terrorista de abril en Plaza de Mayo, que luego se sabría había sido orquestada por grupos tan extremos como aislados, había encendido las alarmas en el gobierno respecto de una conspiración de mayor escala, desencadenando en los días posteriores a los hechos una ola de detenciones que comprendió desde los principales referentes de la oposición política (los conservadores Reynaldo Pastor y Adolfo Vicchi, los radicales Ricardo Balbín y Arturo Frondizi, los socialistas Nicolás Repetto y Alfredo Palacios, entre muchos otros) hasta reconocidas figuras del campo intelectual *democrático* como Victoria Ocampo. Desbaratado el foco terrorista y comprobada la desproporción de la redada, desde el ministerio del Interior se alentó a los partidos de oposición a que petitionaran por la libertad de sus militantes, dando a publicidad una carta (previa a los hechos de abril) dirigida a Borlenghi por el reconocido dirigente conservador Federico Pinedo, preso desde el año anterior. La maniobra de Borlenghi, que dejaba expuesto a Pinedo en una actitud desprovista de todo heroísmo, dio el resultado esperado: poco a poco los partidos fueron accediendo a la magnanimidad oficial y sus militantes a la libertad ambulatoria. El renovado clima de distensión condujo finalmente al tratamiento de una ley de amnistía en diciembre de ese año (Halperín Donghi, 1972: 77; Luna, 2013b: 66).

En ese marco, el presidente Perón volvió a convocar a Enrique Dickmann a la casa de gobierno, pero no se trataba esta vez de una entrevista privada, sino de un acto oficial. Al graduarse de la Facultad de Medicina en 1905, al militante socialista le correspondía recibir la medalla de oro por su destacado desempeño académico, pero las autoridades le habían negado la distinción en razón de sus inclinaciones políticas. En un gesto de especial deferencia hacia el viejo dirigente, que podía ser leído también como un aval al Movimiento Socialista en formación, Perón le otorgaba oficialmente al Doctor Dickmann la medalla diez lustros adeudada. La presencia del veterano líder socialista en la Casa Rosada era también un gesto que contribuía al clima de distensión y concordia que el oficialismo pretendía promover con la ley de amnistía. Pero una vez más, se trataría de un frágil armisticio entre una batalla y la siguiente (Luna, 2013b: 59).

1954 sería un año de repunte económico, reapertura de las negociaciones paritarias y, por lo tanto, de reactivación del activismo sindical y marcada recuperación del salario real de los trabajadores. Sin embargo, será también el año en que se desate el conflicto entre el

⁵¹ V. “Afiliados al P. Socialista súmanse al anhelo de convivencia pacífica”. *La Prensa*, 22-7-53. Archivo de N. Galasso.

gobierno y la jerarquía de la Iglesia Católica, que incrementará a extremos inéditos la polarización política y logrará aglutinar súbita e inesperadamente a la heterogénea oposición al peronismo, llevando, al cabo de un año de tensiones profundas y violencias inéditas, al derrocamiento del gobierno (Cattaruzza, 2009: 223). En el clima de relativa calma que precedió a la tormenta, se convocaba a elecciones, en virtud de la nueva periodicidad de los mandatos legislativos dispuesta en el texto constitucional de 1949.⁵² El gobierno encontró la forma de transformar esa elección parlamentaria en un nuevo plebiscito que renovara su legitimidad popular, convocando a cubrir, junto con las bancas de diputados y senadores, el cargo de Vicepresidente de la Nación (Potash, 1984: 219). La candidatura renunciada por Evita en 1951 había sido asumida finalmente por Juan H. Quijano, el mismo dirigente correntino, de bajo perfil y vieja estirpe radical que había acompañado a Perón en la contienda electoral de 1946 y durante toda su primera presidencia. Sin embargo, antes de jurar su segundo mandato, en abril de 1952, Quijano había fallecido dejando vacante el primer lugar en la línea sucesoria presidencial. Prácticamente legalizando una situación de hecho, el Partido Peronista postuló para cubrir ese puesto al contraalmirante Alberto Teisaire, quien en su condición de Presidente Provisional del Senado venía ejerciendo la titularidad del Poder Ejecutivo cuando Perón se ausentaba del territorio nacional.

En esas elecciones, convocadas para el 25 de abril, hará su debut electoral el Partido Socialista de la Revolución Nacional. El nombre de la agrupación, denominada hasta entonces Movimiento Socialista o Partido Socialista (sin aditamentos) surge de una contingencia burocrático-legal más que de una decisión orgánica. Recordemos que, en primera instancia, la justicia había cedido los bienes y la personería del PS al nuevo agrupamiento referenciado en Dickmann e impulsado desde el Ministerio del Interior. No obstante, ante la apelación de ese fallo por parte de la vieja conducción partidaria, la Cámara Electoral dictó una resolución “salomónica”, habilitando a ambas tendencias a presentarse en las elecciones legislativas. Para ello, dispuso que, en tanto se resolviera la

⁵² La función representativa de los legisladores no cambiaba en la nueva Constitución respecto de la de 1853: los diputados representaban al pueblo de la nación y los senadores a las provincias (art. 41). Sí lo hacía la forma de elección del Senado y la duración de los mandatos. La vieja constitución establecía la renovación de la Cámara de Diputados por mitades cada bienio y de la de Senadores por tercios cada tres años, mientras que, de acuerdo a la nueva, las dos cámaras del Congreso debían renovarse por mitades cada tres años y sus miembros eran electos por voto directo de la ciudadanía (arts. 44 y 49), eliminando la intermediación de las legislaturas provinciales para los senadores de las provincias y la del Colegio Electoral para los de la Capital. También se establecía el voto directo y la posibilidad de reelección del Presidente y Vicepresidente de la Nación, formando las provincias, la capital y los territorios nacionales un distrito único, es decir, suprimiendo el Colegio Electoral (arts. 78 y 82).

controversia de fondo, las dos fracciones quedaban autorizadas a inscribirse como Partido Socialista, para lo cual debían adosar un distintivo a la sigla común. Así fue que, mientras los antiperonistas optaron por la denominación “PS - Casa del Pueblo”, el Movimiento Socialista adoptó la de “PS - Revolución Nacional”, que mantendría hasta su disolución en 1956 (Herrera, 2016: 191).⁵³

Llegamos así a la instancia en que, por primera vez, una organización política que reclamaba su pertenencia al socialismo y a la tradición de izquierda, se presentaba a elecciones, actuando pública y legalmente, con un discurso y un programa que combinaban esa pertenencia con el apoyo a las orientaciones fundamentales del gobierno del general Perón. Hasta este punto, podríamos inscribir la génesis del PSRN en el proceso que un autor definiera certeramente como “*la crisis peronista del Partido Socialista*” (Herrera, 2012); crisis abierta con el ascenso del peronismo y que, contra lo esperado por la dirección partidaria, no haría más que profundizarse luego de su derrocamiento en 1955 (Torti, 2009). Sin embargo, limitar el fenómeno a ese aspecto nos daría una visión fragmentaria, por cuanto el surgimiento de la nueva agrupación abrió una veta para la acción de otros grupos de izquierda, procedentes de tradiciones muy diferentes al PS, que buscaban desarrollar nuevas experiencias militantes para salir de su aislamiento político (Altamirano, 2002: 42).

¿Un puente hacia la clase obrera? Grupos trotskistas en el PSRN

Recapitemos. La conmoción generada en las filas y la periferia del PS por la expulsión del histórico dirigente Enrique Dickmann dio lugar a una convergencia entre diferentes grupos de militantes socialistas alejados o expulsados del partido por su afinidad con el peronismo; convergencia que, al cabo de diversas vicisitudes partidarias y legales, decantó en la formación del Partido Socialista – Revolución Nacional. Ahora bien, justamente cuando la iniciativa (apoyada y alentada desde el gobierno) cobró incipientes formas orgánicas y, sobre todo, cuando se propuso constituirse en un nuevo partido que interviniera en la disputa político-electoral, comenzó a resultar atractiva para otros grupos de izquierda que poco o nada tenían que ver con la tradición del viejo partido de Juan B. Justo o que, incluso, denostaran previamente tanto a esa expresión política como al acercamiento de Dickmann al gobierno y el carácter *estatizante* de la nueva agrupación (volveremos oportunamente sobre estos y otros matices). Nos referimos a un conjunto de

⁵³ Como destaca Herrera, la elección del distintivo “Casa del Pueblo” por parte de los socialistas de Repetto y Ghioldi era todo un posicionamiento luego de los sucesos de abril de 1953. De todas maneras, antes de la presentación formal de las listas, el partido decidió retirar sus candidatos, alegando nuevamente la falta de garantías democráticas para el ejercicio de su actividad proselitista. Por otra parte, como veremos luego, los socialistas de la Revolución Nacional, en su disputa por los símbolos partidarios, también intentarán recuperar y poner en funcionamiento la vieja sede socialista.

agrupamientos trotskistas que, a los fines analíticos, agruparemos en tres corrientes. En este apartado las presentaremos de manera muy sintética, ya que a cada una de ellas dedicamos un capítulo de nuestra investigación.

Estas expresiones del disperso movimiento trotskista argentino parecieron coincidir en la evaluación de que la incipiente empresa política encarada por quienes siguieron a Dickmann en su travesía por el desierto al que lo habían confinado sus viejos camaradas, abría para ellas una oportunidad de extender su radio de acción y así llegar con su prédica a sectores más amplios de la clase trabajadora. El patrocinio estatal al nuevo partido, sin perjuicio de los riesgos que implicaba para la *independencia de clase* que todos los grupos trotskistas defendían celosamente, les aseguraba por otra parte las ventajas de desarrollar su política en el marco de la legalidad, un incentivo no menor para grupos que habían sufrido los rigores del trato que el gobierno peronista dispensaba a los partidos de oposición en general y a los de izquierda en particular. Como veremos, algunos de sus militantes habían conocido la cárcel y el exilio por su participación en movimientos huelguísticos ilegalizados y reprimidos, mientras otros habían sufrido la clausura de sus publicaciones y la sistemática negativa a sus solicitudes de personería electoral. Incluso uno de los trotskistas más proclives al gobierno desde sus inicios, Jorge Abelardo Ramos (columnista del diario *Democracia* y del suplemento cultural de *La Prensa*), había experimentado en carne propia el furor anticomunista de Emilio Visca, diputado peronista de extracción conservadora que, al frente de una comisión investigadora del Congreso Nacional, dispusiera el decomiso de todos los ejemplares de su *opera prima*, titulada *América Latina: un país*.

Aprovechemos esta mención puntual para presentar a la primera de las corrientes trotskistas, cuyo tratamiento encararemos en el tercer capítulo. Tímidamente en un comienzo y con mayor protagonismo a medida que la crisis política se vaya agudizando, encontraremos militando en el PSRN al grupo de Ramos y otros núcleos trotskistas que –años después– adoptarían la denominación de Izquierda Nacional. Los consideramos como unidad a los fines analíticos debido a su origen común, la similitud de sus postulados y sus esporádicas tentativas de confluencia, más allá de las duras polémicas y enfrentamientos en que, como veremos, se trenzaron de manera recurrente. De todas las corrientes –tanto socialistas como trotskistas– que integraron el nuevo partido, estos grupos eran los únicos que no tenían que justificar, soslayar o renegar de ningún pasado antiperonista, ya que, desde las jornadas de Octubre del ‘45, habían caracterizado al

peronismo como un fenómeno progresivo en la lucha por la liberación nacional y, en alguna medida, habían saludado la adhesión de los trabajadores a la nueva causa.

Desde aquel intenso verano de 1945-46, a través de las publicaciones *Frente Obrero* y *Octubre*, estos grupos habían venido sosteniendo la necesidad de apoyar, desde una perspectiva *socialista revolucionaria* (como los trotskistas gustaban definirse para diferenciarse tanto del socialismo reformista como del comunismo) la experiencia de los trabajadores en el disruptivo movimiento popular. Lo hacían en abierta polémica con la postura antiperonista de las izquierdas más consolidadas (PS y PC), a las cuales habían elegido como blanco predilecto de su crítica y ya comenzaban a denominar –como nunca dejarían de hacerlo– “*izquierda antinacional*” o “*cipayá*”. Más aún, consideraban que si el ascenso obrero de posguerra había sido canalizado por una expresión *bonapartista* como el peronismo en lugar de expresarse en partidos de clase, eso se debía precisamente a la *defección* o, directamente, la *traición* de las direcciones socialista y comunista, tanto en el terreno político como en el sindical. Podría decirse, entonces, que el interés de estos grupos por una formación como el PSRN, más allá de los recelos que pudiera provocar la procedencia partidaria de sus dirigentes o el patrocinio gubernamental, era en buena medida previsible.

En la atribución de responsabilidad a socialistas y comunistas por la emergencia del peronismo coincidían, sin dudas, los otros agrupamientos trotskistas que se integraron al nuevo partido; pero éstos de ningún modo habían deducido de ello, hasta el momento, la necesidad de apoyar críticamente al gobierno o reconocerle legitimidad al movimiento peronista como expresión de la clase trabajadora argentina. Sin embargo, quizá inesperadamente –y por motivos bien distintos de los recién mencionados–, uno de los grupos trotskistas más refractarios al peronismo desde sus inicios, el Partido Obrero Revolucionario (POR) conducido por Nahuel Moreno, siguió con atención las alternativas que acompañaron el surgimiento del Movimiento Socialista. En el interés del ministerio del Interior por atizar y capitalizar la crisis del PS, el POR creyó ver el síntoma de un incipiente proceso de *desperonización* de la clase obrera sobre el cual el gobierno buscaba operar de manera preventiva y en el que el trotskismo debía también –en sentido opuesto– tratar de incidir, a la vez que aprovechaba la legalidad de la nueva expresión política. Fue así que, sin desdeñarse en principio de sus duras críticas al peronismo, el POR definió, a partir de las elecciones de abril del '54, el desarrollo de una política de *entrismo* en el PSRN (v. capítulo 4).

Si de entrismo se trata, esa táctica –habitual para muchas secciones de la IV Internacional desde los años 30– había sido adoptada de manera recurrente por la tercera formación trotskista incorporada al PSRN. Se trataba del grupo estructurado en el norte argentino en torno de un carismático abogado y agitador sindical, Esteban Rey, quien había iniciado la década peronista animando la sección jujeña del PS. Sucedió que, para combatir en las urnas a la que consideraban la réplica *criolla* de los fascismos derrotados en Europa, el partido de Repetto y Ghioldi había permitido el ingreso en su estructura a diversos grupos y militantes trotskistas, incluidos algunos previamente expulsados de la organización por su faccionalismo izquierdista –como era el caso del propio Rey. De este modo, la del noroeste fue la única de las corrientes trotskistas del PSRN que había participado orgánicamente de la Unión Democrática en tanto integrante del PS, aun cuando no coincidiera necesariamente con la táctica frentista adoptada por la dirección partidaria.

El entrismo de Rey y su grupo en el PS había sobrevivido a la derrota de la UD, perdurando hasta la disolución de la sección jujeña por orden del CEN a mediados de 1947. Aunque siempre con argumentos propios, Rey y los suyos enfrentaron al peronismo desde dentro del PS y lo siguieron haciendo tras la expulsión, dando impulso a una nueva formación trotskista, el Movimiento Obrero Revolucionario (MOR). No obstante, la vida del MOR sería efímera: su actuación más destacada tendría lugar en la huelga de los trabajadores de la industria azucarera a fines de 1949, que llevaría a su líder al penal de Devoto y al grupo a una virtual disgregación (ver capítulo 5).

Primeros esbozos de organización.

Si los incentivos para embarcarse en la nueva empresa socialista patrocinada por el gobierno son imaginables en el caso de los grupos precursores de la Izquierda Nacional, y en el del POR *morenista* contamos con abundante documentación sobre las caracterizaciones, discusiones y resoluciones que lo llevaron a involucrarse en la iniciativa, no podemos decir lo mismo respecto de los trotskistas del norte argentino. Las fuentes disponibles no nos brindan pistas acerca de las motivaciones que impulsaron al grupo de Rey, luego de tan dura experiencia, a ingresar al Movimiento Socialista. Pero lo cierto es que los norteños fueron los primeros en acudir a la amplia convocatoria que los socialistas disidentes hicieran para dotar de carnadura militante y extensión territorial a la nueva fuerza política.

A fines de 1953, cuando el MS aún se reclamaba Partido Socialista (sin aditamentos) y buscaba reorganizar las federaciones provinciales en torno de la nueva conducción reconocida por el Estado a través de la justicia federal, vemos ya al grupo del noroeste

claramente comprometido con esa tarea. En el último número del año, *La Vanguardia* da cuenta de una “*Intensa actividad socialista en todo el país*”. Allí se publica un “*Manifiesto de la Federación Jujeña*” en el que el grupo reconoce los logros y conquistas de la Revolución Nacional y saluda el desplazamiento de la vieja conducción partidaria, augurando un pronto reencuentro del socialismo con la clase trabajadora. Asimismo, se informa de varios actos en distintos puntos del país, en los cuales Esteban Rey compartía la tribuna con Emilio Dickmann, Carlos M. Bravo, Oriente Cavallieri y otros dirigentes del grupo socialista.⁵⁴ Al cabo de unos meses, Rey activaría sus contactos en las provincias de Tucumán y Salta para conformar el Secretariado del Norte del PSRN.

En la misma página de *La Vanguardia* se informa que una de las federaciones que se hallaba en curso de *reorganización* a fines de 1953 era la de la provincia de Buenos Aires. Esa sería la vía de ingreso para el grupo de Nahuel Moreno, que, como mencionamos, venía siguiendo con atención la formación del MS y evaluando la posibilidad de darse una política al respecto. En particular, el éxito que reconocen a la temprana incursión de Rey y su grupo al interior de la nueva formación socialista parece estar entre los factores que convencen al POR de sumarse, con todos los recaudos del caso, a la empresa.⁵⁵ Adoptada esa orientación, el partido trotskista construirá su baluarte en la Federación Bonaerense del PSRN, especialmente activa en la zona sur del Gran Buenos Aires, y editará su propio periódico, *La Verdad*.

Curiosamente, quienes desde años atrás habían bregado por el desarrollo de una expresión partidaria que defendiera las posiciones del *socialismo revolucionario* al interior del campo de la Revolución Nacional (esto es, los grupos precursores de la Izquierda Nacional) fueron los últimos en sumarse orgánicamente a la iniciativa. Aunque sabemos de su colaboración en la campaña electoral de abril de 1954, los nombres de sus militantes no aparecen en las listas electorales del PSRN ni entre los oradores de sus actos proselitistas. Luego de las elecciones, estos grupos se constituirán como Federación Socialista de la Capital del nuevo partido (aunque intentarán movilizar también a algunos grupos afines en otros puntos del país). Tendrán su sede en uno de los locales históricos del PS de la ciudad de Buenos Aires, en la calle Austria 2156 del barrio de Recoleta, donde funcionará el Centro “Manuel Ugarte”, erigido en homenaje a un escritor poco antes fallecido y militante

⁵⁴ LV N° 7, 31-12-53, p. 2

⁵⁵ Utilización de la legalidad. Informe para el C.C. del 22-11-53. [Partido Obrero Revolucionario] Archivo digital Fundación Pluma <http://fundacionpluma.info:8080/xmlui/handle/123456789/561>.

socialista de turbulenta relación con la dirección histórica del PS –a quien volveremos a mencionar en más de una ocasión.

Mientras tanto, el sector proveniente del Movimiento Socialista, con Emilio Dickmann (Secretario General del partido) como referente y el prestigio de su padre como estandarte, había ocupado las instalaciones de la derruida Casa del Pueblo, parcialmente inutilizable a causa del incendio del mes de abril.⁵⁶ En uno de sus salones principales, como refleja *La Vanguardia*, fueron consagradas en asamblea de afiliados tanto la plataforma partidaria como las listas de candidatos para las elecciones de 1954.⁵⁷ En estas peculiares condiciones, que evidencian lo incipiente y, en buena medida, improvisado de la nueva organización, los militantes del PSRN encararon la campaña electoral buscando atraer la atención del electorado obrero y socialista.

¿Del Movimiento Nacional al Partido Obrero? Programa electoral del PSRN

La breve campaña proselitista ofreció el marco propicio para que la formación debutante pusiera a prueba en el terreno electoral su novedosa apelación socialista. Los pocos materiales de campaña que llegaron hasta nuestras manos revelan algunas de las complejidades del experimento. Sobre la primera de ellas, referida a la diversidad de tendencias que lo conformaban, nos detendremos en los próximos capítulos, cuando analicemos en profundidad a cada una de esas corrientes. Un argumento ordenador, común a todas ellas, fue la crítica sin concesiones a las fuerzas opositoras en general y, en especial, a los partidos de izquierda que se posicionaban en abierta hostilidad a la *Revolución Nacional*, comenzando, desde luego, por el viejo PS.

“Los cuadros socialistas se disponen a restituir a las confrontaciones cívicas del país la jerarquía que corresponde a una total concurrencia de todas las corrientes de pensamiento. Restablece de tal modo, la nueva dirección partidaria, el ejercicio de una función esclarecedora, que es la razón de ser del Partido

⁵⁶ A partir de su cuarto número, de comienzos del mes de noviembre, el órgano de prensa había trasladado su “redacción y administración” de la calle Loria 1194, en el barrio de Boedo, a la casa histórica de la Avenida Rivadavia (*LV* N° 4, nov. 1953, p. 1). La sede de la calle Loria también tenía su tradición, aunque más ligada al anarquismo que a la historia del PS. Allí había funcionado el teatro libre “Florencio Sánchez” y, previamente, había sido lugar de reunión de distintas sociedades obreras de filiación anarquista desde las primeras décadas del siglo (Otazú, 2002: 133). El desembarco de los socialistas en esta sede data de 1940, pero su incorporación al PSRN no se debió a la ocupación de los locales partidarios por la manda judicial, sino a la influencia que sobre el centro de Boedo había conservado José O. Cavalieri, expulsado del PS en 1948 como mencionáramos anteriormente.

⁵⁷ “Revivió con el calor popular la histórica Casa del Pueblo. Recuperóse para el Socialismo”. *LV* N° 9, mar. 1954, p. 1. Derrocado el gobierno peronista y disuelto el PSRN por decreto 4072/56, los locales partidarios serían devueltos al viejo PS. Sin embargo, la Casa del Pueblo sería clausurada definitivamente y demolida años después (hasta la actualidad, el lote que ocupara en la avenida Rivadavia al 2100 de la Capital Federal permanece baldío). Por su parte, el local de la calle Austria 2156 funciona hasta la actualidad, como “Centro cultural y biblioteca popular Carlos Sanchez Viamonte” (v. sitio institucional: <http://www.carlossviamonte.com.ar/>)

Socialista [...]. Rectificamos entonces un grueso error de la caduca conducción conservadora, que consistió en negar la presencia activa de nuestra agrupación en las contiendas cívicas, con el pretexto –similar al de la oligarquía– de la falta de garantías para la oposición.”⁵⁸

En esa misma tesitura, los candidatos del PSRN desafiarán a los postulantes por la oposición a un debate público, en lo que probablemente fuera un vano intento de ser reconocidos por sus oponentes como algo más que una fuerza *títere* de la *dictadura* peronista.⁵⁹ Algunos materiales proselitistas aprovecharán incluso la hipotética posibilidad de que la oposición pudiera hacerse con el cargo de Vicepresidente, colocándose en la línea de sucesión presidencial, para advertir que en las próximas elecciones debía evitarse el regreso de radicales y conservadores al gobierno de la Nación:

“Una de las causas que explican el origen del peronismo y su permanencia durante tanto tiempo en la política nacional –pese a que su ciclo de realizaciones se ha cumplido– es el carácter de nuestra bendita oposición: radicales y conservadores son el ejemplo más acabado de antiobrerismo y reacción disfrazados de progresistas. [...]. Tras el grito de libertad se esconde el deseo de volver a los viejos tiempos de los ferrocarriles, los teléfonos, el gas, el Bco. Central en manos de imperialismo, de La Prensa en manos de los archioligárquicos de la familia Paz [...]. Partidos de capitalistas y terratenientes, la U.C.R. y el P.D. son la peor escoria de la política argentina, y no deben volver al gobierno del país. Aquel que quiera la miseria para la clase obrera [...], la entrega al imperialismo, que vote a los radicales sin programa ni principios! Los que quieren impulsar hacia adelante la Revolución Nacional –superando de esta manera el peronismo por la vía progresista y obrera– que vote al Partido Socialista (Revolución Nacional). No hay otra salida.”⁶⁰

Además de la condena a la oposición, vemos en este fragmento el otro denominador común a todas las corrientes del PSRN (con excepción, quizá, del trotskismo *morenista*). Se trata de la búsqueda de un tono que conjugara el apoyo al rumbo general que el país había adoptado el 17 de octubre de 1945 (fecha que no se duda en señalar como instancia liminar en el devenir de la Argentina y en especial, de su clase trabajadora) con la búsqueda de un discurso propio, incluso crítico respecto de ciertos déficits y falencias señaladas a la gestión gubernamental. Si la desinencia que daba nombre propio al nuevo Partido Socialista –la *Revolución Nacional*– obraba en los materiales de agitación electoral como una suerte de sinónimo y, a la vez, eufemismo para referirse desde cierta distancia al gobierno de Perón (Herrera, 2011:99), también fue, como acabamos de ver, la fórmula que

⁵⁸ “Hay que prepararse para la lucha” *LV*. N°8, enero 1954, p. 1

⁵⁹ “Dickmann y Bravo invitan a discutir a los candidatos radicales”. *Socialismo* N°1, abril 1954: 3

⁶⁰ “Radicales y conservadores no deben volver al gobierno”. *Socialismo* N°1, abril 1954: 1.

permitió al PSRN postularse como la agrupación política llamada a profundizar sus alcances y trascender sus limitaciones.

Así fue como la plataforma partidaria puso el foco sobre el problema del salario obrero, deteriorado por el incremento del costo de vida, e insistió también en la necesidad de profundizar la política de nacionalizaciones en sectores estratégicos de la economía nacional, a la vez que no se privó de reclamos puntuales como la derogación de la ley de residencia. Otro punto sobre el cual el partido hizo especial hincapié fue la reforma agraria, medida que se consideraba impostergable para minar las bases de la oligarquía terrateniente, aun cuando había sido públicamente descartada por el presidente Perón pocos meses antes (Luna, 2013c, 41). En el mismo número de *La Vanguardia* que informaba de aquella asamblea en la Casa del Pueblo “recuperada para el socialismo”, se publica íntegra la plataforma electoral del partido, que reproducimos *in extenso*:

“Un cuerpo de ideas, denso en su contenido, revolucionario en su proyección, progresista en su tendencia, es en síntesis la Plataforma Electoral que el Partido Socialista –Revolución Nacional– presentará en la próxima lucha comicial. [...]: 1) *Defenderá*: las conquistas obtenidas por la clase trabajadora y las realizaciones tendientes a asegurar la justicia social, la independencia económica y la soberanía política de la Nación, contra todo intento de la reacción interior o exterior [...]. 2) *Profundizará*: el actual proceso económico, político y social hasta la realización de los objetivos socialistas. Para esos fines [...] a) Propiciará una legislación indispensable para otorgar a la clase trabajadora participación en las ganancias, control obrero en la administración y contabilidades. b) Propenderá a la nacionalización de los servicios públicos y de las grandes empresas de capital privado para ponerlas al servicio de los intereses colectivos [...] c) Promoverá la reforma agraria por medio de la nacionalización de los latifundios [...]. Nacionalización de las estancias, con administración de los trabajadores, consumidores y el Estado. d) Propugnará la más amplia Unión Aduanera de los países de Latino-América [...] como un paso previo para la Constitución de los Estados Unidos Socialista de Latino-América. e) Se opondrá activamente a toda penetración del Imperialismo y prestará franco apoyo a todo movimiento de liberación en el mundo [...]. 3) *Realizará*: [...] una legislación, que entre otras contemple [...]: a) Prescindencia del Estado en materia religiosa. b) Sanción de la ley del divorcio. c) Salario mínimo vital y escala móvil. Participación preponderante de la clase trabajadora en la determinación y control de precios y salarios. [...] d) Ocupación plena de acuerdo con los principios constitucionales que garantizan el derecho al trabajo. Incautación por el Estado de toda fábrica que cierre o despida en masa [...]. [...] seguro social contra la desocupación. e) Derogación de la ley [de residencia] 4.144 f) Extensión a los trabajadores del campo de todos los beneficios de la legislación social que protege a los trabajadores de las ciudades. g) Creación del Banco de la Vivienda Popular, para la solución integral del problema de la vivienda, considerándolo como un servicio público. h) Seguro agrario nacional de protección a los pequeños productores y cooperativas. i) Desarrollo intensivo de la cooperación en todos sus aspectos. k) Autarquía del país, en combustibles y energía.

Nacionalización del Petróleo. l) Desarrollo de la industria pesada y de las industrias extractivas, con control obrero. m) Planificación integral de los servicios médicos y asistenciales [...] mediante la nacionalización de la Medicina. n) Planificación del transporte ferroviario, automotor, aéreo y naval [...] o) Planificación de una cultura popular, al servicio de la liberación nacional del imperialismo y de la liberación social del capitalismo interior. p) Participación de los estudiantes en el gobierno de las Universidades e Institutos de Altos Estudios.⁶¹

El ambicioso programa, quizá algo desmesurado para la magnitud de la fuerza política que lo impulsaba, no surgía espontáneamente, de la sola superposición de los históricos postulados socialistas con las flamantes banderas del justicialismo; ni siquiera de su hibridación con los radicalizados planteos trotskistas. Sin dejar de reconocer peso al primero de esos factores y alguna incidencia concreta al segundo,⁶² debemos notar también que la plataforma del nuevo partido recoge diversas tradiciones de la disidencia al interior del propio PS. Tanto la prédica “maximalista”, en el sentido de trascender el reformismo del socialismo argentino para abogar por medidas más profundas, tendientes a la socialización de los medios de producción (cuya última expresión orgánica, previa al *incidente Dickmann*, había sido el planteo de Julio V. González en el Congreso partidario de 1950), como las inflexiones latinoamericanistas y antiimperialistas presentes en el programa del PSRN, hunden sus raíces en la propia historia de polémicas, crisis y escisiones del partido fundado por Juan B. Justo (Herrera, 2006; v. capítulo 2).

Esta plataforma, en base a la cual el PSRN se lanza a la campaña electoral, es sostenida tanto en los números de *La Vanguardia* previos al comicio, como en una publicación de alcance local, *Socialismo*, lanzada por el centro partidario de General San Martín en el mes de abril de 1954, con un claro fin proselitista. Allí se reproduce el mismo documento programático, rotulado como “*un programa obrero, anticapitalista y anti-imperialista*”⁶³, evidenciando acaso la influencia de la Federación Bonaerense (trotskista *morenista*) en la redacción del folleto. La publicación incluye una sección reservada a la disputa por la intendencia, en la que no se ahorran duras críticas a la administración peronista del municipio, vertidas tanto por el socialista Héctor Martínez, candidato a intendente, como por los candidatos a concejales Rubén Marranti y Bartolomé Colevatti

⁶¹ “Una plataforma nacional y americana revolucionaria”, *LV* N° 9, mar. 1954.

⁶² Por ejemplo, la consigna “*Estados Unidos Socialistas de América Latina*”, inserta en el programa del PSRN, es un préstamo de las proclamas de la IV Internacional, como veremos en el tercer capítulo.

⁶³ “La plataforma del Partido Socialista = Revolución Nacional”. *Socialismo* N° 1, abril 1954, p. 4.

(este último también candidato a diputado nacional).⁶⁴ La trayectoria de Marranti y Colevatti es una buena muestra de la riqueza de matices de la nueva agrupación. El primero, expulsado del PS en 1946, había recalado en el trotskismo y desde esa filiación había militado contra la conducción peronista de los gremios metalúrgico y textil, lo que le había costado despidos y expulsiones. Un cambio en la táctica sindical del *morenismo* (previo incluso a su cambio de orientación política) lo había reinsertado en el gremio metalúrgico, de la mano de una lista opositora, aunque integrada mayoritariamente por activistas peronistas.⁶⁵ Colevatti, por su parte, era un militante de gran trayectoria en el socialismo. Como cuadro político y sindical, militante de La Fraternidad, había sido uno de los socialistas detenidos en la huelga ferroviaria de 1950-51 y liberados por el indulto presidencial tras la primera gestión de Enrique Dickmann.

Más allá del enfoque comunal, *Socialismo* se orienta especialmente a la disputa por las bancas parlamentarias y la organización de la campaña nacional y provincial en el territorio de San Martín. Informa de un exitoso acto en el municipio y convoca asimismo al cierre de campaña, ambos con la presencia de los candidatos a diputados y senadores nacionales por la provincia de Buenos Aires y también por la vecina Capital Federal (Susana Tasca, Carlos M. Bravo, Emilio Dickmann).⁶⁶ El candidato a Senador Nacional por la provincia de Buenos Aires, Alfredo Muzzopappa, entrevistado por el medio, se pronuncia en torno del tema que lo obsesiona: la reforma agraria.⁶⁷ Este tema ocupa también uno de los titulares que encabezan o cierran cada una de las cuatro páginas de *Socialismo*: “*La única forma real de liquidar a la oligarquía es nacionalizando la tierra*”. Otros destacados proclaman: “*Por los Estados Unidos Socialistas de Latino América*”; “*Reclamamos 1.100 pesos de salario mínimo y escala móvil*”; “*Por la nacionalización de toda empresa de interés público, nacional o extranjera, con control obrero*”. En este marco, resalta especialmente el anuncio que cierra la portada, desbordante de optimismo. Coherente con la nota editorial, “*Definición socialista*”, que reniega tanto de la filiación

⁶⁴ “La comuna de San Martín está igual que en la época de los conservadores” (entrevistas a Héctor O. Martínez, Rubén Marranti y Bartolomé Colevatti). *Socialismo* N° 1, abril 1954, p. 4

⁶⁵ De esta primera renovación de cuadros sindicales al interior del peronismo emergerían dirigentes de la talla de Andrés Framini y Augusto Timoteo Vandor.

⁶⁶ “El martes 6 de abril iniciamos con un gran acto en la plaza San Martín nuestra campaña proselitista en el partido”. *Socialismo* N°1, p. 3; “Cerramos nuestra campaña en la plaza San Martín el jueves 22, a las 19 horas” (recuadro). p. 1

⁶⁷ “Todas las conquistas logradas, corren inminente riesgo de perderse si no se soluciona el problema agrario, nos dice A. Muzzopappa”. *Socialismo*. N°1, p. 2. Muzzopappa se contaba entre los militantes socialistas de reciente acercamiento al peronismo. Se había retirado del PS luego de acompañar la posición de J.V. González en el congreso de 1950, para luego integrarse al Instituto de Estudios Económicos y Sociales y colaborar en su publicación, *Argentina de Hoy*, desde donde encaró una prédica constante en pos de la reforma agraria (Herrera, 2016: 167)

peronista como de la antiperonista y aboga “*por la formación de un partido obrero*”, el pie de portada augura: “*El Partido Socialista (Revolución Nacional) será el partido de la clase trabajadora*”.

¿Con la venia del General? Apuntes sobre el mito del PSRN

Algunos de los autores que se interesaron específicamente por la experiencia del PSRN, e incluso otros que lo abordaron tangencialmente, se refieren a una intervención periodística del presidente Perón en su apoyo, que probaría de modo manifiesto el interés del primer magistrado por la suerte del nuevo partido Socialista surgido bajo sus auspicios. Aprovechemos la ocasión para introducir una breve referencia sobre el panorama mediático de la Argentina durante el segundo gobierno peronista. Como señaláramos anteriormente, al iniciar Perón su nuevo mandato, el gobierno había logrado poner bajo su órbita prácticamente a todos los medios de prensa y radiodifusión. Si el novel *Clarín* había sabido abjurar de forma rauda y diligente de su fervor *antifascista* –antiperonista– de 1945 y el tradicional diario *La Prensa* había sido expropiado a la familia Gainza Paz por ley del Congreso Nacional y entregado a la CGT en febrero de 1951, el único baluarte de la otrora prensa antigubernamental, *La Nación*, al tiempo que cubría con estricta puntualidad y circunspección la cargada agenda presidencial, se contentaba con esbozar sutilísimas críticas y elípticas exhortaciones al gobierno, que apenas dejaban entrever la verdadera ideología de sus propietarios y directores.

La tendencia a la uniformidad en la opinión publicada no alcanzaba sólo a los medios que habían militado en la oposición. También la prensa afín al gobierno era comprendida en ese proceso de regimentación a que hiciéramos referencia más arriba. Uno de esos medios era el diario *Democracia*, que desde 1945 y junto a otras publicaciones de dispar tirada y tendencia ideológica (como *La Época*, *El Pueblo*, *El Laborista* y *El Líder*) había buscado hacerse un lugar defendiendo las posiciones peronistas en el adverso panorama mediático de aquella primera contienda electoral. Creado en la urgencia de la campaña con la vocación de contrarrestar en alguna medida la abrumadora hegemonía de los diarios que apoyaban a la fórmula de la Unión Democrática, el vespertino fundado por Manuel Molinari y Mauricio Birabent, que ponía a la reforma agraria en el centro de su prédica, había procurado llegar a un público de sectores medios rurales y urbanos de sensibilidad liberal y reformista, poco proclive, en principio, al mensaje del coronel Perón.

Con el paso del tiempo, sin embargo, esa peculiaridad se fue diluyendo en paralelo a los proyectos gubernamentales de reforma agraria y en beneficio de una reproducción

mucho más vertical de los enunciados oficiales. En el caso de *Democracia*, el proceso fue muy precoz debido a los discretos resultados del vespertino como medio comercial. Ya entre fines de 1946 e inicios de 1947, el medio había sido adquirido por el grupo ALEA, dirigido por el empresario y ministro Miguel Miranda y por el mayor Carlos Aloé, quien llegaría años después a ser gobernador de la provincia de Buenos Aires. A partir de entonces, el diario comenzó a actuar como uno de los tantos voceros officiosos del gobierno, cubriendo especialmente la agenda de Eva Perón y, a partir de 1949, las actividades del flamante Partido Peronista Femenino. Ese cambio en la línea editorial –coincidente con su conversión en matutino– implicó también la inclusión de nuevas secciones y columnas de opinión. Entre estas últimas se destaca la aparición, entre 1951 y 1952, de la columna semanal “*Política y estrategia*”, firmada por *Descartes*, seudónimo tras el cual se hallaba nada menos que Juan Domingo Perón (Díaz, 2018, 2020; Pelazas, 2007).

Aun cuando hacía tiempo que las columnas de *Descartes* habían dejado de publicarse,⁶⁸ se supone que el presidente Perón habría utilizado el mismo diario *Democracia* para hacer conocer, entre marzo y abril de 1954, una carta o artículo en el que respaldaba públicamente la presentación electoral del PSRN. Así lo sostiene Enrique Rivera en el artículo del que extrajimos uno de los epígrafes que dan inicio a este capítulo (Rivera, 1971: 9). Posteriormente, otros autores (Galasso, 1983: 80; Coggiola, 1985:136), reproducirán la misma afirmación, aunque siempre citando como fuente el trabajo de Rivera. Resulta, no obstante, que nuestra consulta de archivo, que comprendió la colección completa de *Democracia* durante los meses previos a las elecciones de abril de 1954, no ha dado, lamentablemente, con esa prueba tan categórica del espaldarazo presidencial al nuevo Partido Socialista.

No es del caso señalar el equívoco como una falsificación. El artículo de Rivera, escrito pasados más de quince años, no fue concebido con una finalidad historiográfica sino estrictamente política, por lo que acaso no le sea exigible un rigor minucioso en la cita de sus fuentes. Se trata de una evocación destinada a resaltar la importancia del PSRN (más concretamente, de una de sus corrientes internas) como precursor de una *izquierda nacional* con la que el autor se identifica. Como mencionamos al comienzo del capítulo, esa corriente –más aún en el clima de época en que Rivera escribe su artículo– será la que más contribuya a la construcción de un “*mito*” en torno del PSRN como expresión germinal de una izquierda sensible a la cuestión nacional y abierta al diálogo con el

⁶⁸ Díaz (2018: 2) contabiliza 88 artículos firmados por *Descartes* todos los jueves entre enero de 1951 y septiembre de 1952 y una última contribución, aislada, que se publica el 30 de junio de 1953.

peronismo (Herrera, 2011: 86). El argumento del autor se construye en base a documentos y memorias partidarias y personales que, al cabo de los años –tradición oral mediante–, suelen cargarse de omisiones y torsiones, como –todo indica– sucedió en este caso. Otro tanto sucederá, como veremos a continuación, con los guarismos electorales del socialismo de la Revolución Nacional.

Debtut (y despedida) electoral del PSRN

Fuera o no con el aval público y manifiesto del primer mandatario,⁶⁹ finalmente llegó el día de los comicios. El 25 de abril de 1954, el Partido Socialista – Revolución Nacional presentaba sus candidatos a senadores y diputados nacionales por la Capital Federal y las provincias de Buenos Aires (imagen)⁷⁰, Tucumán, San Juan, Santiago del Estero y Jujuy. En las provincias del interior y en las secciones capital, tercera y quinta de la provincia de Buenos Aires, presentaba listas de candidatos para las legislaturas provinciales, mientras que en algunos municipios del distrito bonaerense, como Quilmes, Matanza, Almirante Brown, 4 de Junio



(Lanús), Gral. San Martín, Avellaneda, Mercedes y Mar del Plata, competía también en las elecciones municipales, tanto para el cargo de intendente como de concejales.

En la Capital y la provincia de Buenos Aires, las listas legislativas fueron encabezadas por el sector dirigente, proveniente del PS (Emilio Dikmann, Juan Unamuno, Carlos María Bravo, Alfredo Muzzopappa, Pedro Juliá, Santiago Flamini, entre otros) e integradas también, en territorio bonaerense, por militantes del trotskismo *morenista* como Horacio Lagar. Otros miembros de este grupo aparecen, asimismo, encabezando o integrando las listas municipales de algunos distritos del Gran Buenos Aires, como 4 de Junio (donde Daniel Pereyra es candidato a intendente y Elías Rodríguez, Mirta Henault y

⁶⁹ Si no descartamos totalmente que ese espaldarazo presidencial al PSRN haya existido (aunque ciertamente nos inclinamos por la hipótesis de un mito transmitido oralmente), es por la posibilidad de que la confusión de Rivera pudiera circunscribirse al medio en que fue publicada la nota. Además del diario *Democracia*, hemos consultado con el mismo fin y resultado el diario *La Prensa* y la revista *Mundo Peronista* de los meses previos a las elecciones.

⁷⁰ Boleta electoral del Partido Socialista – Revolución Nacional, provincia de Buenos Aires. Archivo librería “Gallo Rojo” – MAS

Hugo Fucito se postulan para el Concejo Deliberante) y San Martín (donde vimos al activista sindical Rubén Marranti como candidato a concejal). Mientras tanto, la presencia del grupo de Esteban Rey es notoria en las listas de las provincias norteñas: el propio Rey encabeza la lista tucumana como candidato a senador nacional e integra, al mismo tiempo, la lista de diputados provinciales por la provincia de Jujuy, mientras algunos de sus compañeros más estrechos, como Genaro Brizuela, José Sabate y Francisco Cuenya encabezan o completan las listas legislativas de esas dos provincias.⁷¹ En cuanto a la disputa por la vicepresidencia, el Consejo Nacional del partido había optado por no presentar candidatura para ese cargo, alegando lo desproporcionado del esfuerzo que una campaña nacional demandaba para la incipiente organización, por lo cual dio su apoyo al candidato del Partido Peronista, Alberto Teisaire.⁷² El miércoles 21 de abril, en la Plaza Constitución, el PSRN cerró su campaña electoral con un acto en la Plaza Constitución de la Capital Federal. Entre otros dirigentes, tomaron la palabra Emilio Dickmann, Juan Unamuno, Bartolo Colevatti, Susana Tasca, Pedro Juliá y Daniel Pereyra, culminando el evento con el discurso de Enrique Dickmann (Herrera, 2011: 98).

A la hora del escrutinio, sin embargo, la cosecha del PSRN fue por demás escasa, sobre todo en comparación con el ambicioso objetivo que se había planteado. Para erigirse como una representación nítidamente obrera que se ubicara en los márgenes del frente policlasista conducido por Perón, a fin de impulsar una radicalización de la *Revolución Nacional* hacia objetivos socialistas, como expresamente prescribía la plataforma partidaria, 22.516 votos (0,28 % del total a nivel nacional) parecía ser una cifra más que insuficiente. También lo era, por cierto, para disputar la representación socialista a la vieja guardia de Ghioldi y Repetto y, en general, el espacio electoral de la izquierda en un sentido más amplio. Desagregados por distrito, los guarismos del PSRN no fueron mucho más alentadores: en la categoría Diputados Nacionales obtuvo, por la provincia de Buenos Aires 10.957 votos (0,46 %), en la Capital 8.272 (0,53 %), en Tucumán 1.285 (0,41 %), en Jujuy 779 (1,19 %), en Santiago del Estero 749 (0,39 %) y en San Juan 474 (0,35 %) (Cantón, 1968: 154)⁷³. Sólo en la provincia de Jujuy, donde probablemente haya tenido influencia la presencia del conocido activista Esteban Rey, el PSRN lograba superar el 1%

⁷¹ “Los candidatos del pueblo”; “Recuérdelo en el cuarto oscuro”, *LV* N°10, abril 1954. p. 4

⁷² “El partido frente a los comicios del 25”. *LV* N° 9, marzo 1954, p. 3

⁷³ Calculamos los porcentajes sobre la cantidad de sufragios emitidos, sin descontar votos blancos y nulos.

de los votos, mientras que en la Capital no alcanzaba a la mitad de los votos que el PS había obtenido en las elecciones de 1951.⁷⁴

Respecto del resultado electoral del PSRN, se dio en la historiografía una confusión similar a la señalada en relación a la supuesta nota del general Perón en el diario *Democracia*. De hecho, el equívoco se origina en el mismo artículo de Enrique Rivera, quien afirma que, en su “*bautismo de fuego ante las masas*”, el socialismo de la Revolución Nacional obtuvo cien mil votos, aseveración de la que deduce una serie de conclusiones políticas:

“Los elementos de vanguardia de la clase obrera y del peronismo expresaron de esta forma su desconfianza frente a la burocracia adúlona y tranquilizadora [...] [...] estos 100.000 votos indicaban la expectativa de la vanguardia del pueblo argentino ante el surgimiento de una nueva fuerza que, integrando el proceso de la revolución nacional, debía superarla mediante nuevos métodos de lucha.” (Rivera, 1971: 9)

Quizá sea, nuevamente, cierta idealización y mitificación del hecho evocado, visto en retrospectiva desde un contexto muy particular, lo que lleva al autor a distorsionar la cifra del resultado electoral. En cualquier caso, este desliz ha sido ya corregido. Si bien algunos textos posteriores arrastraron el error de Rivera respecto del resultado electoral (Galasso, 1983: 80; Maceyra, 1984: 104), otros autores ya habían dado cuenta, tempranamente, de la cifra real obtenida por el PSRN (Cantón, 1968: 155; Béjar, 1979: 92) y otros, incluso, de la disparidad hallable en los distintos trabajos (Coggiola, 1985: 136). Finalmente, el consenso en torno de la cifra real logró imponerse, alcanzando incluso a uno de los autores que previamente habían validado la cifra arrojada por Rivera (Galasso, 2007: 244; Herrera, 2011: 98; Luna, 2013c: 245).

El resultado de las elecciones de abril cierra una primera etapa en la vida del naciente PSRN. Como afirma Herrera (2011: 99), la pobre performance electoral del partido parece enfriar el interés gubernamental por el proyecto. Los dirigentes más estrechamente ligados al ministerio del Interior, como Emilio Dickmann y Juan Unamuno, pierden posiciones al frente de la organización, al tiempo que *La Vanguardia (Tercera etapa)* y el efímero *Socialismo* del municipio de San Martín interrumpen su tirada inmediatamente después de

⁷⁴Sin dejar de coincidir en la evaluación de lo escaso de la cosecha del PSRN, señalamos un matiz con Herrera (2011: 99) quien afirma que “a título de comparación, el PS había sacado en 1951, ya en plena crisis, casi 30.000 votos en la Capital Federal”. Los datos aportados por Cantón (1968: 141) nos hablan en realidad de un resultado mucho más modesto para el socialismo capitalino en 1951: 18.180 votos, es decir que el PSRN habría conservado casi la mitad (y no la cuarta parte) del ya reducido electorado socialista. En base a los mismos datos, podemos observar que, el mismo lapso 1951-54, el P. Comunista registró un pequeño salto electoral, de casi 21.000 votos a 27.500, y Concentración Obrera (viejo desprendimiento del PC), pasó de 1.200 a 3.200 votos, sobre un total de electores relativamente constante. Posiblemente estas dos fuerzas hayan recogido el resto de los votos fugados del socialismo abstencionista.

las elecciones, lo que probablemente indique una pérdida de apoyo logístico y financiero de parte del gobierno nacional.

Sin embargo, lejos de disgregarse, los grupos que se habían coaligado en el nuevo partido con urgencia y cierta precariedad, apremiados por el calendario electoral, no darían por fracasada la experiencia con el resultado de los comicios. En lo sucesivo, seguirían buscando nuevas formas de organizarse e intervenir en la política nacional haciendo valer la nueva sigla partidaria. El PSRN, entendido como un laboratorio político en el que distintas corrientes de izquierda iniciaban o profundizaban sus relecturas del fenómeno peronista, intentando entablar un diálogo políticamente productivo con sus bases obreras y populares, daba apenas su primer paso. El hecho de que aparentara poco promisorio, no impidió que el nuevo partido comenzara a tomar vida propia más allá del fluctuante interés del gobierno peronista por su devenir.

Conclusión ; Todo bajo control?

En estas páginas hemos intentado ofrecer un panorama general del contexto en que surgió y se conformó el PSRN, así como una primera presentación de los actores que dieron vida a esta experiencia política, recorrido que esperamos allane el camino para la lectura de los próximos capítulos. En cuanto a estas líneas finales, preferimos dedicarlas a recapitular lo analizado respecto de la relación entre el nuevo partido socialista y el gobierno de Perón, ya que el evidente impulso y apoyo gubernamental a la iniciativa ha dado lugar a diversas interpretaciones que, en más de un caso, creemos, enturbian el análisis más que aclararlo. En cierta forma, si volvemos al inicio del recorrido, podemos notar que las distintas elucubraciones respecto de las finalidades que pudieron impulsar al presidente Perón a recibir a Enrique Dickmann en la Casa de Gobierno en febrero de 1952, y luego a prohijar la formación de una expresión socialista afín a su gobierno, devienen algo abstractas, ya que poco nos aclaran respecto del curso que adoptó finalmente la historia.

El llamado a la pacificación y la unidad nacional lanzado a comienzos del '52, en consonancia con la entrevista Perón-Dickmann, sonaba ya como un eco lejano a mediados de 1954 y, a medida que transcurrieran los meses, se tornarían más y más inaudible. Sin dejar de ser un recurso retórico al que el presidente y otros actores políticos acudirían de forma esporádica, esos intentos serían, también, cada vez más efímeros e inconducentes, hasta desembocar en el conflicto abierto, la masacre de junio de 1955 y el golpe de Estado de septiembre. En ese sentido, si la entrevista con Dickmann tuvo realmente la vocación de distender los ánimos e inaugurar una relación política más *civilizada* entre gobierno y

oposición, su resultado no puede catalogarse más que como un fracaso. De hecho, la propia formación del Movimiento Socialista y, luego, del PSRN, no hizo más que introducir definitivamente la polarización peronismo/antiperonismo al interior del propio campo socialista. La vieja conducción, aferrada desde años atrás a una postura irreductible frente al gobierno, denunció como una maniobra artera la convocatoria a Dickmann y, luego, como un atropello dictatorial el otorgamiento de la personería, los locales y la prensa partidaria al sector disidente. No reparó, desde luego, en su propio autoritarismo al expulsar sumariamente a uno de los dirigentes más prestigiosos y respetados del PS, cofundador del partido junto a Juan B. Justo, medida que no constituía, en realidad, más que el corolario de una larga serie de sanciones y expulsiones previas a quienes cuestionaron de manera más o menos frontal la política de intransigencia adoptada por el PS.

Otra finalidad atribuida al presidente Perón cuando se analiza su convocatoria a Dickmann y el posterior impulso al MS/PSRN, fue la de prohijar la formación de un *ala izquierda* del amplio movimiento nacional que encabezaba, preparando una fuerza de relevo que estuviera presta a apoyar una radicalización de la política gubernamental. Creemos que esta hipótesis se sustenta menos en el análisis de los hechos que en la proyección hacia el pasado de una tesis en boga durante los últimos años sesenta y primeros setenta, que es justamente cuando esta interpretación sobre los orígenes del PSRN cobró forma. Nos referimos a la idea de la continuidad y, en última instancia, identidad entre la Revolución Nacional y la Revolución Socialista, es decir, entre el peronismo y el socialismo. Como vimos, si el análisis empírico nos revela algún posible indicio de una apertura hacia la izquierda por parte del gobierno, éste sería más visible en el breve acercamiento del comunismo a su esfera, orientado por Juan J. Real y sustentado en una supuesta convocatoria presidencial a la conformación de un *frente popular unido*, que en la convocatoria a Dickmann y el primer impulso al MS/PSRN.

De todas formas, el nuevo enfriamiento de las relaciones entre el peronismo y el comunismo llegó pronto y se dio en ambas direcciones, con la expulsión de Real del PC y la readopción de un discurso fuertemente anticomunista por parte del gobierno. En cuanto al socialismo filoperonista, sus primeros pronunciamientos públicos, desde la entrevista Perón-Dickmann hasta bien entrado el año '53, siguieron apareciendo más ligados a los *anhelos de convivencia pacífica* que a un programa de radicalización de la Revolución Nacional. Esta inflexión, no obstante, se hace presente con la reaparición de *La Vanguardia* en septiembre de 1953 y, con más claridad, en la plataforma partidaria con que

el PSRN se presenta a las elecciones de abril de 1954, contando ya con el aporte de distintos grupos trotskistas; aporte que, dicho sea de paso, difícilmente estuviera en los planes de Perón y de Dickmann en febrero de 1952.

Un tercer móvil atribuido a la política gubernamental hacia el socialismo (y también, en este caso, hacia el comunismo) fue el de canalizar política y electoralmente el descontento que en las filas del movimiento obrero y los sectores populares pudiera haber generado la crisis económica y los conflictos laborales de los primeros años 50. Si ese hubiera sido el objetivo de la estrategia oficial, no sería suficiente constatar que no fue logrado, habida cuenta del pobre resultado electoral del PSRN. Tendríamos que hablar, también, de un error de diagnóstico y de pronóstico por parte de los impulsores gubernamentales de la iniciativa, ya que tampoco se materializó el temor que habría llevado a pergeñar el aliento a una expresión socialista dócil al gobierno y afín a su doctrina. Nos referimos a la supuesta prevención respecto de un crecimiento de las opciones de izquierda refractarias al peronismo. El Partido Comunista, que se supone el principal foco de esa preocupación, logró un muy módico incremento de votos entre 1951 y 1954, probablemente atribuible a la abstención del socialismo antiperonista. La polarización entre un peronismo ampliamente mayoritario y una cristalizada minoría antiperonista, cercana al tercio del electorado y expresada casi exclusivamente en la Unión Cívica Radical, parecía no dejar lugar, en el plano electoral, para la emergencia de otras opciones, por más cercanas o distantes que se presentaran respecto de la política oficial.

Lo que consideramos erróneo, en última instancia, es atribuir a los actores una fría (diríase, *maquiavélica*) visión estratégica, en virtud de la cual todos los sucesos finalmente acaecidos deben hallar su explicación en un supuesto plan, preconcebido en sus más pequeños detalles. Esto vale para Enrique Dickmann y otros actores implicados en la trama que dio como resultado la constitución del PSRN, pero sobre todo para el general Perón, cuya bien ganada fama de astuto conductor y constructor político termina trastocada en una imagen de *genio maligno*, que urde y desarrolla prolijamente un plan para dividir al PS y seguir arrinconando a una oposición ya disminuida. Si bien se mira, el “incidente Dickmann” fue un episodio de cierta magnitud, pero no dejó de ser uno más de una crisis partidaria que lo antecedió y excedió ampliamente; crisis que continuaría incluso –de hecho, se profundizaría– luego del derrocamiento del peronismo, cuando los “libertadores” de 1955 devolvieran *La Vanguardia* y la derruida Casa del Pueblo a sus antiguos propietarios.

En definitiva, como hemos anticipado, creemos que es conveniente, como criterio general, reponer en el análisis el peso de los factores contingentes para comprender el devenir de esta historia y, podríamos agregar, de la historia política en un sentido más amplio. A modo de ejemplo, ¿era descabellada la creencia de Dickmann de que evitaría la expulsión en virtud de su trayectoria y abriría con su sorpresiva actitud una discusión al interior del PS? ¿Qué hubiese sucedido de abrirse esa posibilidad? Desde luego, esas preguntas son de imposible respuesta, pero revelan justamente el abanico de nuevas posibilidades que se abre ante cada cambio de escenario. El PSRN no fue más que el producto de una serie de acontecimientos que, sin dudas, encuentran su explicación en el particular contexto sociopolítico de los primeros años 50, en que un gobierno peronista que había alcanzado la cúspide de su poder y popularidad comenzaba a dar algunas muestras de incipiente agotamiento y esbozaba a tientas distintas iniciativas políticas. Pero así como, obviamente, reconoce sus causas, el surgimiento del PSRN es también, en alguna medida, producto una serie de hechos contingentes.

Creemos que esto no hace al objeto menos digno de atención. Por el contrario, consideramos que el verdadero interés del PSRN reside, más allá de las inciertas motivaciones y la fluctuante atención por parte del gobierno peronista, en los grupos que se avinieron a la convocatoria en un momento en que la aparente fortaleza del proyecto justicialista dejaba entrever algunas grietas de su incipiente crisis estructural. Es en los grupos que se incorporaron por muy diversos motivos e incentivos a la nueva agrupación, donde pensamos que debe ponerse el foco, ya que allí reside la riqueza de esta experiencia política, mucho más que en las fluctuantes iniciativas gubernamentales respecto de actores políticos que lejos estaban de ocupar el centro del escenario en un drama argentino que pronto se convertiría en tragedia. A esto dedicaremos los próximos capítulos, iniciando nuestro recorrido por los grupos de militantes socialistas que dieron el primer impulso a la organización.

Capítulo 2

De Juan B. Justo a Perón

Usos y relecturas del pasado nacional y la tradición socialista

“Un grupo de ciudadanos animosos, honestos y laboriosos se han dado a la tarea de retomar la bandera gloriosa del otrora viejo y glorioso partido Socialista; retomarla en sus manos y darse la difícil, la muy dura tarea de reconstrucción del partido Socialista en sus viejos preceptos, dados en forma inconvencible por el doctor Juan B. Justo.”

Enrique Dickmann, Salón Augusto, 1953

“A eso [...] ha quedado reducido el minúsculo grupo de los llamados socialistas, huérfanos de la poca representación obrera que les quedaba [...] y de ahí que, apenas perfilada nitidamente la revolución económica que emprendió el hoy Presidente Perón [...], el socialismo electoralista fuera abandonado por los obreros y los militantes más capaces y representativos, asqueados por las traiciones de que eran víctimas.”

Joaquín Coca, Hechos e Ideas, 1947

Esta vez, no son investigaciones ni evocaciones postreras de la historia, sino dos de sus protagonistas, quienes nos abren el paso, desde los extremos, para abordar una realidad siempre más matizada. Se trata de dos viejos conocidos, compañeros de partido en los lejanos años veinte y de bancada parlamentaria en los treinta. Nacidos en el Viejo Continente, pero argentinos y socialistas por adopción y por convicción, ambos –para la posteridad y para nuestra fortuna– entregaron sus memorias a la imprenta.

Hasta aquí, las coincidencias, pues si bien se mira, ya en el título de esas memorias hay señalado un contraste. Enrique Dickmann se presenta como *“militante socialista”*; Joaquín Coca, como *“diputado obrero”*. Uno y otro, en algún sentido, personificaron con fidelidad las dos almas en pugna que, desde el mismo momento de su fundación en los años de la Argentina oligárquica, encarnaron en el Partido Socialista. Dos almas que no habían encontrado la paz en medio siglo de historia partidaria; y nunca la encontrarían.

Claro que una de ellas siempre había prevalecido y el doctor Dickmann (hasta aquella extraña mañana de febrero del '52) la había corporizado de manera cabal. Primer afiliado del viejo y glorioso Partido Socialista. Ocho veces director de *La Vanguardia*. Escritor y polemista incansable. Profesional destacado (aunque una arbitraria disposición –revertida finalmente por el presidente menos imaginado– lo hubiera privado de su

medalla de honor y la actividad partidaria le hubiese quitado más tiempo del debido al ejercicio de la medicina). Sobre todo y ante todo, custodio de la tradición forjada por su compañero, colega y maestro, el doctor Juan B. Justo. Defensor de la ortodoxia partidaria frente a todas las disidencias que la cuestionaron –de ahí lo paradójico de su última apuesta política, imperdonable para sus viejos camaradas.

Coca, nacido artesano y gremialista, hijo y nieto de militantes obreros, había expresado una de las formas típicas del desafío a esa ortodoxia. El *alma discolora* del socialismo argentino, la que tantas veces se había interpuesto en la marcha racional, orgánica, progresiva del Partido hacia la realización de sus preclaros objetivos programáticos, había encarnado en disidencias de muy distinto tenor –casi siempre a la izquierda de la conducción– y provocado sucesivas crisis y escisiones. Coca no se contó, por cierto, entre los socialistas que se deslumbraron con la Revolución de Octubre o coquetearon luego con el comunismo, pero sí lo hizo en la corriente que, desde el fondo de los tiempos, cuestionaba –con más tenacidad que éxito– el excesivo predominio de la acción parlamentaria sobre el trabajo gremial y de los doctores sobre los obreros en el Partido. Pero además –esta vez, casi en solitario–, había bregado contra la obstinada cerrazón del socialismo hacia el tumultuoso y desconcertante movimiento yrigoyenista. Apenas iniciada la década del 30, el Partido, que había sido implacable con la *política criolla* de don Hipólito, se embarcaba, con Dickmann como artífice, en un frente electoral con el más orgánico –diríase, civilizado– Partido Demócrata Progresista, mientras Coca pregonaba en vano una alianza antioligárquica con el radicalismo derrocado y proscrito.

Quince años después, las distancias se acentuaban hasta asemejarse a un abismo infranqueable. El doctor Dickmann pronunciaba desesperadas arengas antifascistas para evitar, a como diera lugar, el triunfo del coronel Perón, “*el candidato imposible*”; Coca, ungido en esas mismas elecciones por el Partido Laborista, presidía el Colegio Electoral que lo proclamaba Presidente de los argentinos. Si el primer movimiento nacional del siglo XX había comenzado a separar con nitidez sus caminos, la irrupción del segundo parecía hacerlo de manera definitiva.

Pero la Historia siempre tiene otros planes.

*

*

*

Introducción

Esas dos vertientes de la tradición socialista, que alegóricamente denominamos *las dos almas* del socialismo argentino, se encontrarán una vez más, con todas las complejidades del caso, en el interior y en los márgenes de la experiencia política que analizamos. De eso hablaremos en el presente capítulo, dedicado al núcleo originario del PSRN, formado por los grupos y militantes de extracción socialista que simpatizaron con la disruptiva decisión de Enrique Dickmann de entrevistarse públicamente con el presidente Perón y, más tarde, tras su expulsión de las filas partidarias y la serie de sucesos relatados en el capítulo anterior, se aglutinaron en torno de su figura para promover una nueva formación socialista con el patrocinio del gobierno peronista.

Provenientes de una cultura de izquierda en general refractaria al peronismo, y procedentes en particular de una formación partidaria que, como el PS, se había posicionado orgulloso en las antípodas del gobierno del general Perón, estos militantes, para dar sentido a sus nuevos derroteros, se vieron impulsados a encarar una revisión tanto del fenómeno peronista como de su propia historia y tradición partidaria. Como veremos, esa necesidad se tornaba más imperiosa cuanto más reciente era el pasado antiperonista de quienes adoptaban ahora esa postura más afín a la *Revolución Nacional*.

Para analizar este proceso de reconfiguración de la identidad política socialista a la luz del fenómeno peronista, introducimos en este capítulo un eje de análisis que nos acompañará también en el próximo: la cuestión de los *usos del pasado*.⁷⁵

Como sostiene Alejandro Cattaruzza,

[...] la organización de interpretaciones del pasado por parte de un partido político es un fenómeno complejo, que se desarrolla en múltiples dimensiones, enlaza prácticas variadas e impacta en distintos planos. Naturalmente, las miradas partidarias hacia el pasado pueden hallarse en libros de historia, que resultan los soportes tradicionales de las interpretaciones más formalizadas, producidas por dirigentes, militantes letrados o intelectuales encuadrados en la agrupación. Pero también aparecen recurrentemente en la prensa partidaria, por ejemplo, argumentos menos desarrollados, imágenes más breves o más toscas, evocaciones de ocasión. Todavía más allá, el sistema de símbolos y rituales que el partido pone en juego en sus actos públicos, en las celebraciones de sus héroes, en sus movilizaciones, ofrecen un relato, si bien disperso y discontinuo, de la historia de la organización y, en ocasiones, del pasado de la nación. (2008: 171)

⁷⁵ La funcionalidad de la apelación al pasado como herramienta de legitimación, no sólo por parte de los estados sino también de actores de la sociedad civil, fue analizada por Eric Hobsbawm en una obra que puede considerarse clásica (2002[1982]). Siguiendo esas elaboraciones, para el caso argentino, Lilia Ana Bertoni (2007) analiza la construcción de la tradición patria por parte del estado nacional, mientras que Aníbal Viguera (1991) reconstruye en la diacronía los usos y mutaciones de una tradición surgida del movimiento obrero: el 1º de Mayo. Por su parte, en sucesivos trabajos, Alejandro Cattaruzza nos aporta el énfasis en el carácter agonístico de la construcción del pasado argentino y su relación con las disputas políticas (2001, 2007a) y se adentra asimismo en el análisis de las visiones del pasado sostenidas –y también reformuladas– por las organizaciones partidarias (2007b, 2008), como veremos de inmediato.

El caso de los socialistas que se avienen a una confluencia con el peronismo tiene una especificidad que lo dota de particular interés: por tratarse de un proceso de ruptura y reorientación política, de cierta transición o hibridación entre dos identidades (la socialista y la peronista) que venían siendo consideradas contrapuestas –no sólo por el “sentido común” de la época, sino también por varios de los propios militantes que promovían esta relectura–, difícilmente nos encontremos con aquellas *visiones formalizadas* a las que se refiere el autor. En efecto, más que imágenes coherentes, canonizadas e incuestionadas del pasado nacional o de la tradición partidaria, nos encontraremos con un panorama de crisis, reconfiguraciones y disputas por los sentidos del pasado, proyectados desde un presente también bajo revisión.

En las siguientes páginas veremos el lugar que ocupó la reinterpretación del pasado, tanto nacional como partidario, en la articulación de un reformulado discurso socialista en apoyo del peronismo. Comenzaremos por un apartado referido a las lecturas predominantes en el socialismo argentino, desde su surgimiento hasta la irrupción del peronismo; lecturas que, más allá de algunos matices que apuntaremos, podemos inscribir claramente en la tradición liberal. En los tres apartados centrales analizaremos cómo y en qué medida esa tradición fue reinterpretada por los militantes socialistas que conformaron el PSRN. Comenzaremos por los postulados del propio Enrique Dickmann, reconocido por todos como una autoridad en virtud de su vasta trayectoria partidaria, para detenernos posteriormente en el análisis de dos publicaciones ligadas a este espacio político: *La Vanguardia (Tercera etapa)*, subtítulo *órgano oficial del PS*, a través del cual los socialistas afines al peronismo buscaron disputar la representación partidaria a la vieja conducción antiperonista, y *Argentina de Hoy*, periódico editado por el Instituto de Estudios Económicos y Sociales, un organismo conformado con anterioridad y definido como apartidario, pero conducido –sobre todo en los años que nos ocupan– por figuras de reconocida extracción socialista.⁷⁶

En los tres casos, la mirada se enfocará sobre determinados ejes: la revisión de la propia tradición socialista y, en particular, del lugar que se asigna en ella a su fundador, Juan B. Justo; las lecturas sobre la experiencia yrigoyenista, donde historia nacional e historia partidaria se entrecruzan de manera compleja; y, por último, las interpretaciones globales respecto de la historia argentina y en qué medida éstas se tensionan, modifican o

⁷⁶ Los ejemplares de *Argentina de Hoy* (en adelante, *AH*) consultados para este capítulo me fueron facilitados por el historiador Norberto Galasso en su estudio particular, aunque algunos números faltantes en su colección fueron consultados en el Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierda – CeDInCI, al igual que la colección de *La Vanguardia-Tercera etapa* (en adelante, *LV*).

resignifican cuando son observadas a través del prisma del *hecho peronista*. Finalmente, a modo de conclusión, se intentará reponer una visión de conjunto en base a un breve ejercicio comparativo de los tres casos analizados, sin perder de vista la relación entre estas relecturas del pasado y el contexto de revisión del presente en que ellas se produjeron.

El Partido Socialista, heredero y custodio de la tradición liberal

Las primeras visiones del pasado argentino formuladas por el PS se inscriben, desde luego, en el clima intelectual propio de la época de su fundación a fines del siglo XIX. Más específicamente, estuvieron mediadas por la temprana adhesión del partido, fundado en 1896, a la Segunda Internacional impulsada por Friedrich Engels tras la muerte de Karl Marx. La imposición, por aquellos años, de una concepción marxista fuertemente imbuida de evolucionismo caló hondo en el pensamiento de los socialistas argentinos, particularmente en las concepciones del fundador y principal teórico del partido, el doctor Juan B. Justo. Según esa lectura del marxismo –que sintetizamos tal vez en demasía– el desarrollo de las sociedades humanas estaba sometido a *leyes* constatables y se daba con arreglo a principios racionales. La profundización del intercambio mundial y la consecuente interdependencia de todas las zonas del globo eran consideradas como catalizadores de esa evolución. Por lo tanto, los sistemas y relaciones sociales *tradicionales* –esto es, precapitalistas–, eran vistos como obstáculos que cederían inexorablemente ante el desarrollo de las fuerzas productivas de la moderna economía capitalista. Una vez removidas esas trabas premodernas, la propia dinámica capitalista acrecentaría las filas del proletariado, sujeto histórico de la transición al socialismo. Por otra parte, esta transición ya no era proyectada como una mutación revolucionaria, sino como un proceso gradual, operado por las propias tendencias de la sociedad burguesa y a ser orientado por los socialistas, a través de la conquista de espacios institucionales por medio de la participación político-electoral (Adelman, 2000).

Desde ese punto de vista, el desarrollo capitalista de la Argentina y su inserción en la economía mundial eran concebidos por los socialistas como una condición necesaria para su proyecto de constituirse en la representación orgánica del proletariado argentino. Por oposición, las fuerzas que durante el siglo XIX habían opuesto resistencia al avance del proceso modernizador (los caudillos, las montoneras y, en buena medida, las *razas autóctonas*), fueron consideradas como rémoras del pasado e incluso como barreras anti-históricas, destinadas a sucumbir ante la implantación de un orden social superior (Acha, 2009: 25-30).

Dentro de esta lógica, el marco político-institucional que los socialistas consideraron históricamente necesario para la modernización del país fue la instauración de un orden laico, liberal, republicano y democrático, que, retrospectivamente, vieron encarnado en diferentes próceres del “panteón” canonizado por la historiografía liberal: al ecuménico San Martín, las evocaciones partidarias añadían a Mariano Moreno, Bernardino Rivadavia y, en especial, a hombres de la Generación del 37 como Sarmiento, Echeverría y Alberdi. La antítesis de ese orden democrático-liberal también había tenido para el PS una clara expresión en la historia argentina: el régimen de Rosas, asimilado a todas las tendencias consideradas retardatarias, desde la herencia cultural de la colonia, hispana y católica, hasta la forma autoritaria de gobierno y el tipo de liderazgo paternalista del *Restaurador* sobre una masa esencialmente rural, pauperizada e iletrada.

El derrocamiento de Rosas en Caseros y la sanción de la Constitución del 53, siempre de acuerdo a la lectura hegemónica en el PS, no había llegado a significar la total supresión de una cultura política arcaica, caracterizada por el caudillismo y los vínculos clientelares. Esa *política criolla*, conjunto de prácticas atribuido no sólo a los conservadores sino también a la emergente Unión Cívica Radical, constituía, a ojos de los socialistas, una rémora del pasado que debía ser erradicada y reemplazada por una democracia moderna, basada en la acción de partidos orgánicos, con ejes programáticos claros y representativos de los intereses de los distintos sectores de la sociedad burguesa en formación. Desde ya, el PS se consideraba a sí mismo como el único partido de este tipo en el espectro político argentino y se reivindicaba no sólo como representante de la clase trabajadora, sino como un factor de modernización del sistema político en su conjunto (Martínez Mazzola, 2008: 115, 198)⁷⁷.

En síntesis, el socialismo participaba de una lectura de la historia nacional tributaria de la tradición liberal-democrática, civilizatoria y progresista, de la cual se veía como continuación y culminación (Martínez Mazzola, 2010). En ese marco, no es casual que cuando comenzara a despuntar el revisionismo histórico de cuño rosista, éste encontrara a los socialistas entre sus principales detractores. En efecto, hacia 1930, el apego del PS por el “panteón liberal” se hallaba virtualmente incólume. Ese año, un Alfredo Palacios recientemente reincorporado a las filas partidarias reivindicaba

⁷⁷ Es notable que aún en fecha tan tardía como 1972, el Partido Socialista Democrático, una de las agrupaciones en que se dividió definitivamente el socialismo en 1958, siguiera definiendo al viejo PS (y, desde ya, al PSD en tanto “heredero legítimo”) como “la única agrupación política y social orgánica, programática y doctrinaria del país, empeñada en una tarea de organización, educación y elevación material y moral del pueblo argentino” (Partido Socialista Democrático, 1972:7)

"como patrimonio de nuestro pueblo la nobleza espartana de San Martín, el idealismo febril de Rivadavia, la progresista inquietud de Alberdi, el anhelo ascendente de Sarmiento, el justiciero fervor de Echeverría, el sentido democrático de Mitre." (cit. en Cattaruzza, 2001:438).

Tal vez el enunciado cobre mayor elocuencia en boca de Palacios, pues podría leerse como una profesión de fe por parte de quien, en 1915, había protagonizado un duro incidente partidario en el que no estuvo ausente la *cuestión nacional*. La polémica en torno de ella se contó entre las causales que habían llevado finalmente a la expulsión de Palacios y a su posterior –aunque fallido– intento de conformar una expresión socialista alternativa, denominada sintomáticamente Partido Socialista Argentino (Galasso, 2007: 23; Martínez Mazzola, 2008: 226, 252). Quince años más tarde, al cabo de una destacada trayectoria en el movimiento de la Reforma Universitaria, Palacios se reintegraba al viejo tronco partidario junto con un nutrido contingente de reformistas y, poco después, era electo senador nacional. Aquella reafirmada adhesión al “panteón” liberal no le impedía a Palacios expresar una muy extendida corriente de pensamiento que, en la década del treinta, reivindicó y revalorizó al “*otro país*” encarnado en el interior, que comenzaba a ser visto como reserva de la *verdadera nacionalidad* en un marco de crisis de la autoimagen de la Argentina como *país europeo* (Halperín Donghi, 2003).

Es que ni siquiera el partido de Juan B. Justo –para más, recientemente fallecido, con lo que la pérdida de un líder de su talla significa para la identidad de una fuerza política–, podía permanecer ajeno a la crisis del “consenso liberal” en cuyo marco había surgido. En efecto, durante la década del 30, mientras ese paradigma sufría embates por derecha e izquierda, el PS se dejaba influenciar por un clima de época fomentado desde el Estado y transversal a casi todas las identidades políticas, consistente en la revaloración de un conjunto de tópicos antes menospreciados por la tradición liberal. La expresión más visible del fenómeno fue sin dudas la exaltación del gaucho como símbolo de la nacionalidad argentina. Si bien esta apropiación “desde arriba” de la tradición gauchesca había reconocido un primer impulso hacia el Centenario, en especial con las célebres conferencias de Leopoldo Lugones en el teatro Odeón (donde propusiera la elevación del *Martín Fierro* a poema épico nacional), es en el contexto de los 30 que fue abrazada decididamente como “política de Estado” (Adamovsky, 2019: 59; Cattaruzza, 2001: 467).



modismos criollos. Su protagonista, un peón rural que relata sus penurias y las injusticias de que es víctima, se interpela a sí mismo desde el propio título, "*Pucha, que soy sonso*", para llegar finalmente a la conclusión de que, para mejorar su condición, debe votar por sus verdaderos representantes, los candidatos del Partido Socialista:

¡Pucha que soy sonso!
 El patrón m'explota,
 por cuarenta pesos me hace echar los lomos
 en jornadas diarias de más de doce horas...;
 pa cuidar l'hacienda,
 pa domar a juerza de talón y lonja
 el tremendo estinto fiero de la bestia,
 rebanar las lomas,
 y tirar alambres en la pampa "nuestra".

Y de yapa estotro
 pa votar al amo cuando es candidato,
 p'arrimarle el voto
 en las eleciones pa ser diputao
 [...]

Pero no, ¡canejo!,
 basta de sonceras,
 tardé en darme cuenta, pero aura comprendo,
 v'acabarse el sonso, ya verán, ¡por ésta!
 [...]
 Los cuarenta pesos que me paga el amo
 no pagan mi voto,
 aura veo claro...
 basta de abusarse de este pobre crioyo
 que sólo decía, sintiéndose esclavo: ¡pucha que s
 sonso!

Dende hoy y pa siempre ésta es mi consina:
 votar el Partido de los Socialistas.⁷⁸

El gaucho, en especial corporizado en la figura de *Juan Pueblo*, ya no desaparecería del discurso socialista. Pero es indudable que esas moderadas relecturas respecto de la tradición liberal se verían obturadas en buena medida por la irrupción del peronismo, frente al cual el PS, como vimos en el capítulo anterior, se postuló desde un comienzo como polo antitético. Esa antítesis se presentó de distintas maneras. Una de ellas,

⁷⁸ "¡Pucha que soy sonso!", díptico editado por el Partido Socialista. s/f. Archivo CeDInCI. Nótese cómo en este material persiste aún en el discurso socialista una apelación en términos de clase, aspecto que, como veremos, tenderá a diluirse en la década siguiente en pos de una prédica eminentemente "cívica".

tal vez la más conocida, fue el clivaje democracia/fascismo, según el cual el peronismo venía a representar una variante de los totalitarismos que comenzaban a declinar al otro lado del Atlántico. En esta tónica, a fines de 1943, *La Vanguardia* no dudaba en considerar al incipiente fenómeno como un exotismo, una implantación ajena a toda tradición nacional:

“No hay (...) nada argentino que explique la aberración de un nacionalismo totalitario, estatocéntrico y estatolátrico. Este es un nacionalismo simulado y de contrabando. (...) No tiene más antecedentes que el fascismo italiano, el totalitarismo hitlerista, y el corporativismo sindicalista de Franco. (...) ¡Por eso el pueblo repudia semejante ‘nacionalismo’ extraño a la substancia argentina!”⁷⁹

Sin embargo, con el correr de los meses, en las caracterizaciones socialistas del naciente peronismo se iría abriendo paso la denominación de *fascismo criollo*, que combinaba aquella homologación con los totalitarismos europeos con una inscripción del fenómeno en la historia nacional. Así, el PS encontró en el pasado una fuente fundamental de inspiración, apelando a la dicotomía sarmientina entre *Civilización y Barbarie*, piedra basal de la tradición del liberalismo argentino. Bajo esa lectura, no sólo el peronismo reconocía un claro antecedente en la *tiranía rosista*, sino que la lucha del socialismo y otras fuerzas antiperonistas podía filiarse en la de los hostigados –e ilustrados– opositores al Restaurador (Correa, 2013; Martínez Mazzola, 2010).

Ya vimos el uso que hará Ghioldi de esa memoria anti-rosista cuando se produzca el encuentro entre Dickmann y Perón, enfatizando el lugar y la fecha desde donde lance su admonición: “*Montevideo, 3 de febrero, el día de Caseros*”. Desde luego, no se tratará de un recurso novedoso: de ese juego de paralelismos a cien años de la *primera tiranía* venía valiéndose el socialismo, por lo menos, desde 1945. Veamos, a modo de ejemplo, una descripción de las jornadas del 17 y 18 de octubre, donde el parangón de las masas peronistas con los candombes del *Restaurador* se reforzaba con una alusión a las crudas representaciones echevierrianas de la plebe porteña en *El Matadero*:

“Los dictadores necesitan ‘proteger’. Rosas [...] protegía a unos pocos negros. Desde los patios de sus barrios orilleros, se desplazaban sobre el centro de la ciudad poniendo en las calles los gritos y el bullicio de su adhesión a la dictadura [...]. Un día se pasearon por las calles de Buenos Aires, ebrios de entusiasmo, precedidos de sus candombes y marimbas. [...] Los policías del señor gobernador protegían la marcha bulliciosa y amenazante de los candombes federales. Los candombes tenían venia oficial para atemorizar, para insultar vecinos, para pintar paredes si lo querían. [...] Las otras noches, hemos tenido en Buenos Aires visiones de candombes. Sólo el color estaba ausente. Esos personajes que acaso no hayan sido mejor pintados que en ‘El matadero’, de Echeverría, habían tomado las calles bajo segura protección oficial. Y no faltó el vitor amenazante y la injuria soez, la pared pintada con textos de torpeza,

⁷⁹*La Vanguardia*, 11-12-1943, cit. en Burdman (2008: 11)

la agresión [...] al transeúnte. Ese candombe blanco tenía de clase obrera argentina en 1945, lo que en 1845 tenía de pueblo porteño el candombe negro. Es decir, nada”⁸⁰

Unos meses antes, ese maridaje entre la apelación antifascista y la tradición sarmientina se había encontrado con una coincidencia que no podía aparentar más venturosa para los socialistas: la rendición de Berlín ante las tropas aliadas coincidió exactamente con el centenario de la primera publicación del *Facundo* en el diario *El Progreso* de Chile. En la víspera del aniversario, *La Vanguardia* publicaba una extensa nota titulada, como era de esperarse, “*Civilización y Barbarie*”. Luego de relatar las circunstancias de la publicación de la canónica obra y enaltecer la lucha de su autor contra la tiranía, el artículo finalizaba llamando al lector a la reflexión y la acción consecuente en defensa de la tradición amenazada:

“Para los argentinos la enseñanza del ‘Facundo’ [...] impone un compromiso indeclinable. Como definición de vida y como norma de acción. Meditemos en ello, con la seriedad y gravedad de la hora actual, y que las generaciones por venir no nos acusen de haber tolerado, en ningún instante, por cálculo o cobardía, que se malograra el legado y la lección gloriosa de nuestros mayores. Si así fuera, no mereceríamos seguir llamándonos argentinos”.⁸¹

Si bien es cierto que el *ilustre sanjuanino* siempre había tenido un lugar asegurado entre los próceres predilectos del PS, desde fines de los 30, su figura –y la famosa antinomia a ella asociada– escaló hasta lo más alto en el panteón socialista. En este aspecto debemos notar, una vez más, la particular impronta que Américo Ghioldi imprimió a la prédica del PS en esos años. Como reconstruye Ricardo Martínez Mazzola (2011), la inscripción del PS en la tradición del liberalismo argentino, evidente desde su fundación, reconoció, no obstante, diferentes modulaciones a lo largo de las décadas. Bajo el liderazgo de Justo, se había expresado fundamentalmente desde una óptica economicista, como sinónimo de liberalismo económico o “librecambio”, aspecto que –agregamos nosotros– quedó plasmado incluso en la nota editorial del primer número de *La Vanguardia*, cuando el órgano socialista se presentaba ante los lectores anunciando: “*Venimos a difundir las doctrinas económicas creadas por Adam Smith, Ricardo y Marx*”.⁸²

Tras la muerte de Justo y al cabo de otras inflexiones que aquí omitimos, hacia fines de los 30, ya de la mano de Ghioldi (maestro normal de profesión), tendió a

⁸⁰ “Candombe blanco”. *La Vanguardia*, 23-10-45, p. 4.. También el Partido Comunista, en el semanario *Orientación* del 24 de Octubre, acudía en numerosos artículos a idéntica analogía entre rosismo y peronismo. En uno de ellos se asimila la consigna “¡Viva Perón!” a la rosista “¡Viva la Santa Federación!”, que “*estremecía en las noches del Buenos Aires de entonces*”, sosteniendo que, un siglo después, “*Viva Perón es nuevamente el rosismo. Viva Perón es la barbarie desatada sobre el país. [...] Viva Perón es repetido por elementos al margen de la civilización*”. “¡Viva Perón!: Grito de muerte”. *Orientación*, 24-10-1945, p.2.

⁸¹ “Civilización y Barbarie”. *La Vanguardia*, 1-5-1945, p. 4..

⁸² *La Vanguardia* N°1, 7-4-1894, cit. en Panella (2004: 144)

imponerse en el discurso partidario una lectura que hacía mucho mayor hincapié en otra faz de ese ideario socialista imbuido de liberalismo: su dimensión ética y pedagógica, que lo concebía en términos de virtud cívica, libertades públicas y valores civilizatorios que debían ser inculcados a la ciudadanía. Esta dimensión también se hallaba presente desde los primeros años (hemos visto, en ese sentido, cómo el PS se daba a sí mismo la misión de modernizar de conjunto la cultura política nacional), pero en el nuevo contexto cobró una relevancia mayor, subsumiendo a los aspectos sociales y económicos antes preponderantes. En el mismo sentido, y también profundizando una tendencia previa,⁸³ el discurso partidario tendió a ampliar –y desdibujar– su sujeto de interpelación: el PS ya no buscaba representar primordialmente a la clase trabajadora, sino que se presentaba como “*órgano de la Nación*” y concebía a *La Vanguardia*, medio encargado de desarrollar aquella labor cívica y pedagógica, como “*órgano de la razón pública*” (Burdman, 2008: 10). En este marco, la referencia a Sarmiento, como inspiración de esa política voluntarista, estructurada en torno de la pedagogía y los valores civilizatorios, se tornaba, más que conveniente, prácticamente ineludible (Martínez Mazzola, 2011: 46).⁸⁴

En suma, si la irreductible oposición al peronismo había conducido al PS a reafirmar, e incluso a exacerbar, su previa adscripción a la tradición liberal y a la narrativa de la historia argentina a ella asociada, la adhesión al gobierno de Perón por parte de militantes provenientes de sus filas planteaba a éstos la necesidad de echar una nueva mirada hacia el pasado nacional y hacia la trayectoria previa del socialismo: ¿Debía reconsiderarse el lugar que el peronismo ocupaba en la historia argentina, inscribiéndolo de alguna manera en la genealogía reivindicada por la tradición partidaria? ¿O correspondía, más bien, revisar alguno de los fundamentos tenidos como válidos por esa tradición? En los siguientes apartados veremos cómo estas alternativas, que no se excluían necesariamente, se expresaron en el discurso de estos actores políticos.

⁸³ Sostiene Martínez Mazzola (2008: 250) que, ya desde la Ley Sáenz Peña, que marca de algún modo el inicio de la política de masas en nuestro país, las campañas electorales del PS tendieron a interpelar a un “pueblo” de carácter más indefinido, en desmedro de la apelación al proletariado.

⁸⁴ Al mismo tiempo, el recurso a Sarmiento nos habla, por otra vía, del mismo proceso de inscripción del PS en un movimiento más amplio de “nacionalización” de distintas expresiones políticas e intelectuales a que hicieramos referencia más arriba, en relación a la adopción de la figura del gaucho. De esta manera, la adscripción al paradigma liberal seguía incólume, pero ya no recurría “a *Smith y Ricardo*”, sino que hundía sus raíces en el liberalismo argentino a través de intelectuales como Sarmiento y Alberdi.

Enrique Dickmann: Recuerdos (y replanteos) de un militante socialista

Si el incidente suscitado en el PS a partir de la entrevista Perón-Dickmann fue excepcional, no lo fue tanto por el tenor de las diferencias que en él se ventilaron. El acercamiento del experimentado dirigente al gobierno fue sin duda sorpresivo, pero no se trató de un caso excepcional, ni mucho menos del primero que se producía en el socialismo. En efecto, desde la irrupción misma del peronismo, el PS se había visto tensionado por la recurrente aparición de grupos o dirigentes que cuestionaban la postura del Comité Ejecutivo (Herrera, 2016:175). A la temprana desertión de cuadros sindicales de distinta envergadura, que llegaron incluso a ocupar puestos destacados en el gobierno de Perón,⁸⁵ se sumó el esporádico surgimiento de distintas expresiones que cuestionaban, en mayor o menor medida, las caracterizaciones o la línea política de la conducción. En todos los casos, esas controversias terminaron con el alejamiento, expulsión o degradación de los disidentes (Herrera, 2006; Torti, 2009).

Lo novedoso del “incidente Dickmann” fue que, en parte por el apoyo oficial y en parte por la trayectoria del protagonista, terminó dando lugar a la conformación de una nueva expresión política, surgida en gran medida por el reagrupamiento de algunos de aquellos desgajamientos previos (Herrera, 2016:186). Como sosteníamos en el capítulo anterior, la idea de conformar un nuevo espacio político parece haber estado lejos de los objetivos que se planteara Dickmann a comienzos de 1952, al punto que éste –aún luego de su sumaria expulsión– no dejó de reclamar por todos los medios y ante todas las instancias partidarias una revisión de la sanción extrema que se le había aplicado. Esa insistencia, que explica el lapso de año y medio transcurrido entre su entrevista con Perón y el lanzamiento del Movimiento Socialista (MS), revela también un fuerte apego por la organización y la tradición partidaria que había contribuido a forjar durante medio siglo. Por otro lado, también es significativo el hecho de que los sectores más entusiastas en la promoción de una nueva expresión socialista, antagónica a la vieja conducción y proclive a la colaboración con el gobierno, sintieran la necesidad de contar con el aval del viejo dirigente para presentar el proyecto en sociedad. Como sabemos, eso sucedió finalmente el

⁸⁵ Además del ya mencionado Ángel Borlenghi, que desempeñó hasta 1955 el estratégico cargo de Ministro del Interior, también provenían de la militancia sindical socialista el canciller Juan Atilio Bramuglia, ex abogado de la Unión Ferroviaria y el secretario de Trabajo y Previsión (luego ministro de Trabajo) José María Freire, proveniente del gremio del vidrio.

8 de agosto de 1953, en un acto realizado en el Salón Augusteo de Buenos Aires, con Dickmann como orador central.⁸⁶

En su extenso discurso, Dickmann despliega su crítica al Comité Ejecutivo y reivindica en toda la línea su accionar, ahora fundamentado ya no sólo en la necesidad de promover un diálogo civilizado entre el gobierno y los partidos políticos de oposición, sino también en un reconocimiento explícito de la obra de gobierno del general Perón. Para nuestro interés más específico, su alocución contiene, también, diversas alusiones al pasado nacional y, sobre todo, una fuerte reivindicación de la tradición partidaria encarnada en la figura de Juan B. Justo. Desde luego, Dickmann denuncia que no había sido él, sino la conducción de Repetto y Ghioldi, quien se había apartado de esa tradición, llevando al partido a un virtual ocaso y poniendo en peligro el fruto de medio siglo de organización:

“[...] el viejo y glorioso partido Socialista casi prácticamente no existe. Los centros socialistas están cerrados, los afiliados están retraídos, nadie va a una asamblea. Después de ver el resultado que el método les ha dado, el trágico resultado, la destrucción total del partido; después de sufrir yo el inmenso dolor de ver quemada la Casa del Pueblo que fue casi exclusivamente obra mía; después de ver quemada la biblioteca Juan B. Justo con sus 50.000 ejemplares, que fue fundada por mí; después de ver destruida la imprenta, obra en gran parte mía; después de ese inmenso dolor, casi no he podido protestar, porque cuando se tira una bomba en medio de una multitud inocente, y se mata y se hiere sin piedad, después cualquier cosa que pasa es como vidrios rotos en una casa incendiada.”⁸⁷

Si pudiese definirse un punto en que la política del PS se había desviado de la senda indicada por la tradición, ese punto se situaba, de acuerdo a Dickmann, entre la conformación de la Unión Democrática –“*con aquella fórmula tan castrada, tan inocua, que uno mira atrás con cierta pena*”– y la negativa a reconocer que, a partir de febrero de 1946, la revolución del 4 de Junio se hallaba legitimada democráticamente:

“Al día siguiente de la elección, consagrado el movimiento revolucionario por una gran elección popular, el partido debía haber retomado su marcha de antes, su fondo antioligárquico, su fondo contra la intransigencia absurda de la política criolla [...]. Debía haber recuperado su origen histórico y social de un partido de clase y no de oposición, de un partido sin la intransigencia que según la definición del doctor Justo era la mácula de la política argentina. [...] ¿Por qué hemos tratado peor [...] a este gobierno, que al gobierno fraudulento del general Justo [...]? ¿Por qué la abstención del Partido Socialista, que ha nacido en el país contra la absurda abstención radical?”⁸⁸

En este pasaje, junto con la reivindicación de Juan B. Justo, se desliza también la de la firme oposición del PS al radicalismo yrigoyenista. Además de las lapidarias referencias a la táctica de la abstención y el principio de la intransigencia, asociados de manera

⁸⁶ El discurso de Dickmann es reproducido por las dos publicaciones que analizamos en este capítulo. Dado que sendas reproducciones registran ligeras variantes entre sí, es del caso aclarar que el siguiente análisis, salvo indicación en contrario, se basa en la publicada en primer término. AH N° 28, agosto 1953, pp. 1,8.

⁸⁷ AH, N° 28, agosto 1953, p. 8.

⁸⁸ *Ibid.*

inescindible a la figura de Yrigoyen, recordemos que el término *política criolla*, dotado en sí mismo de una fuerte carga peyorativa y europeizante, había sido el utilizado por los socialistas de antaño para equiparar a conservadores y radicales. Es decir que, en el discurso de Dickmann, la revalorización del peronismo no venía acompañada, como ocurrirá en otros casos, de una rehabilitación de la primera experiencia nacional-popular del siglo XX.⁸⁹

A la hora de ponderar las políticas del peronismo en el plano económico, Dickmann acudía a una argumentación similar: no era él, sino la conducción que lo había expulsado del partido, quien se apartaba de la tradición iniciada por Justo.

“¿Cómo no considerar una revolución nacional este movimiento? [...] la nacionalización de los ferrocarriles la hemos pedido desde que aparecimos en el escenario del país [...]. Se nacionalizaron los ferrocarriles, y el llamado partido Socialista del viejo e inexistente comité denunció el acto. [...] Nosotros, los socialistas que seguimos la gloriosa tradición del maestro Justo, aplaudimos y estimulamos la obra de la nacionalización de los ferrocarriles. [...] La nacionalización de los teléfonos, ¿no la hemos exigido nosotros? [...] La nacionalización del comercio exterior fue una exigencia socialista [...]. Esto ha hecho este gobierno, ¿Y no merece nuestro aplauso y nuestro apoyo?”⁹⁰

Ahora bien, si la operación consistía en postularse como heredero legítimo de la tradición justista, ¿cómo inscribir al peronismo en una genealogía histórica pasible de ser reivindicada desde la óptica tradicional del PS que, como vimos, reconocía una fuerte raigambre liberal?

Antes de profundizar en esta cuestión, debemos dejar sentado, así sea al pasar, que, por estos años, la asimilación entre peronismo, rosismo y revisionismo histórico era más un argumento de la oposición que un tópico reivindicado o asumido por las “voces oficiales” del elenco peronista (Cattaruzza, 2003). En efecto, el mismo impulso que llevaba al peronismo a proclamarse como *Doctrina Nacional* y rehuir de definiciones ideológicas demasiado rígidas, lo inclinaba a prestar poco interés a las querellas político–intelectuales respecto del pasado, reavivadas especialmente desde los años treinta. Sería recién con posterioridad a 1955 cuando el peronismo, desde la voz rectora de su líder, se consustanciara con una narrativa revisionista, en buena medida como réplica a la expresa

⁸⁹ A este respecto, notemos que también al escribir sus memorias, en 1949, Dickmann mantenía una visión hipercrítica respecto del gobierno de Yrigoyen. Aún al evocar el golpe del 30, sentenciaba: “Fue muy triste el final de un gobierno demagógico, jactancioso, arbitrario y prepotente, que no supo defenderse y cayó ignominiosamente”. A continuación, reproducía y reivindicaba expresamente el durísimo manifiesto que el Comité Ejecutivo del PS había publicado cinco días después del golpe, donde se justificaba la revolución por la *criminal defraudación* de las esperanzas populares por parte del la UCR, la *prostitución* de las instituciones, la *violación* de la Constitución, los *delitos e ilegalidades*; en suma, el *empeoramiento de todo lo malo* y la *destrucción de todo lo bueno que ese partido recibiera de gobiernos anteriores* (Dickmann, 1949: 289).

⁹⁰ *AH*, N° 28, agosto 1953, p. 8.

reivindicación de la llamada “línea Mayo–Caseros” por parte de la dictadura que lo había derrocado (Halperín Donghi, 1970; Quattrocchi Woison, 1995; Stortini, 2004).

Habida cuenta de esto, puede decirse que antes de 1955, la adhesión o simpatía por el peronismo no implicaba, necesariamente, abrazar o rechazar de plano alguno de los relatos en pugna sobre la historia nacional. No obstante, dada la filiación revisionista de diversos grupos que –a derecha e izquierda– apoyaban al gobierno y el hecho de que los socialistas estuvieran entre las corrientes que más habían insistido en combatirlo en nombre de la tradición liberal y en base a su asimilación con la *tiranía rosista*, era de esperar que, para un miembro fundador del PS, un acercamiento tan claro como inesperado al gobierno de Perón implicara, en alguna medida, la necesidad de inscribirlo en una tradición de *civilización y progreso* de la cual, hasta pocos años antes, él mismo lo considerara antítesis. Tal vez algo de esta incomodidad se trasluzca en el siguiente pasaje de su alocución:

“Se ha dicho cómo yo, que era un gran defensor de la Constitución del 53, puedo ser ahora defensor ardiente de la de 1949. Pero eso es razonar con los pies y no con la cabeza. Yo he sido gran partidario de la Constitución del 53 [...], porque aseguró las libertades políticas argentinas, porque se hizo una Constitución de tipo burgués individualista, pero de gran progreso, porque nos liberó de la dictadura de Rosas; pero desde que aparecimos en el escenario político argentino exigimos la reforma de la Constitución [...] Y cuando llegó la época de reformarla [...], nosotros decretamos la abstención.”⁹¹

La reivindicación de la Constitución que sentó las bases jurídicas de la Argentina liberal, que incluía al pasar una explícita reafirmación de su repudio al régimen de Rosas, muestra a las claras que a sus 78 años, y tras medio siglo de desempeñar roles protagónicos en el PS, Dickmann no estaba dispuesto a renegar de una tradición política que él mismo había contribuido a forjar. Es este, probablemente, el sentido de su esfuerzo por construir una genealogía en la que la experiencia peronista se eslabona no sólo con la tradición del liberalismo argentino, sino también con la otra vertiente en que abrevara el socialismo en sus lejanos orígenes: el marxismo.

“Pertenece al país cuyos delegados, en el año ochenta y tantos, proclamó ‘América para el mundo’; ‘América para la humanidad’, oponiéndola a la otra fórmula: ‘América para los americanos’. Pertenece al país donde [...] el general Mitre, proclamó que la victoria no da derechos, después de haber triunfado en el Paraguay (?)”⁹². Pertenece a un país donde [...]

⁹¹ *AH*, N° 28, agosto 1953: 8.

⁹² Este signo de interrogación, inserto en la reproducción del discurso publicada en *Argentina de Hoy* –y ausente en la de *La Vanguardia*– señala un equívoco por parte de Dickmann, por cuanto la frase “La victoria no da derechos” se atribuye a Sarmiento y no a Mitre. Pero también puede resultar revelador de una tensión entre la visión del pasado propuesta por el orador y la sostenida por los editores del periódico, de igual procedencia socialista pero, como veremos oportunamente, proclives en general a una lectura del pasado más afín al revisionismo. En cualquier caso, es digno de atención que *AH* se permita, a diferencia de *LV*, este leve gesto de “irreverencia”, al señalar el error del histórico dirigente, revelando quizá un menor grado de devoción por la autoridad que emanaba de su vasta trayectoria partidaria.

Sarmiento dijo que la mejor cosa que había que hacer en la república era educar al soberano [...] Y pertenecemos a un país donde un Presidente [...], el 1º de Mayo de 1953 [...] desde los balcones de la Casa Rosada dijo: ‘Trabajadores del mundo: Organizáos’. Esta es la frase del Manifiesto Comunista, de Engels y de Marx, escrito hace un siglo.”⁹³

La Vanguardia (Tercera etapa): Defensa y reinención de la tradición partidaria

Si la primera entrevista de Dickmann con Perón puede explicarse por un móvil esencialmente individual, su progresivo acercamiento al gobierno justicialista, coadyuvado por la negativa de sus viejos compañeros a tramitar sus demandas al interior de los órganos partidarios que había integrado durante cinco décadas expresó también, en alguna medida, el activismo de grupos socialistas opuestos a la dirección de Repetto y Ghioldi y proclives a un entendimiento con el Poder Ejecutivo (Herrera, 2016: 186). Como ya hemos reseñado, entre las peticiones de Dickmann en aquella primera entrevista se encontraba la reapertura del histórico órgano socialista, *La Vanguardia*, clausurado desde 1947 por orden gubernamental. Sin embargo, esta medida se hizo efectiva recién en septiembre del año siguiente, cuando la escisión ya cobraba forma y contaba con el evidente impulso del ministerio del Interior y sus terminales en el Poder Judicial, que en primera instancia reconocieron la personería legal y la titularidad de los bienes y el órgano de prensa al MS (Herrera, 2011: 96)

Como puede imaginarse, toda esta situación fue denunciada en forma sistemática por la ilegalizada conducción antiperonista, que, con los menguados medios a su alcance, e incluso con el concurso de otras fuerzas de oposición, intentó resistir la medida. No nos detendremos aquí en los pormenores de esa disputa;⁹⁴ lo que nos interesa indagar es cómo se articuló desde las páginas de *La Vanguardia*, en su nueva línea editorial, un discurso socialista en apoyo del peronismo, y en qué medida ese discurso se nutrió de la apelación y revisión del pasado nacional y la tradición partidaria.

Desde su primer número, el mismo en el que se anuncia que el MS “*asume la conducción*” del partido, *La Vanguardia (Tercera etapa)* se embarca en la reclamación de la legitimidad socialista, en permanente contraposición con la política de la “ex-

⁹³ AH, N° 28, agosto 1953: 8.

⁹⁴ Remitimos para un desarrollo más amplio de esta controversia a las referencias en Herrera (2016: 187), y a las ediciones de *La Vanguardia en el exilio* allí citadas, así como a diversos documentos inéditos disponibles en el archivo del CeDInCI, entre otros : “A propósito de una resolución del Juez Electoral Dr. Miguel J. Rivas Argüello. Declaración del Comité Ejecutivo Nacional del Partido Socialista”, 26-9-53; “Intervención de la Sociedad Anónima Editora ‘La Vanguardia’. Se procura la destrucción del Partido Socialista con recursos curialescos, en la esperanza de disimular el despojo”, s/f [ca. sep. 1953]; “A propósito de una maniobra. Declaración del Comité Ejecutivo Nacional del Partido Socialista en reunión del 23 de noviembre de 1953” (desmiente supuestas conversaciones con el Movimiento Socialista).

conducción” o *“dirección conservadora”* (como se alude en la publicación a la conducción antiperonista). En ese afán, el reeditado periódico parece abrigar la intención de dirigirse, en primer término, a un público específico: los viejos lectores de *La Vanguardia*, simpatizantes de los principios y partícipes de la tradición del socialismo. Esa pretensión de continuidad, presente en el nombre y el estilo tipográfico de la publicación, se refuerza desde el título de su primera nota editorial: *“Nuevamente en la calle”*:

“No es la primera vez que, a lo largo de medio siglo de diálogo con los trabajadores, interrumpimos la conversación para volverla a empezar. [...] Somos [...] el instrumento de un movimiento definido y, naturalmente, vivimos las alternativas y los avatares de ese movimiento. Cumplimos esas tareas sencillamente, como cumple su jornada el obrero y como Juan B. justo quería que se hiciera.”⁹⁵

Los artículos de *La Vanguardia* no tienen firma, lo cual parece hablar de una unidad de criterio entre sus colaboradores, que se refleja en la coherencia –y, por qué no, cierta monotonía– de su línea editorial. En cuanto al recorte analítico que nos proponemos en este capítulo, debemos señalar que en sus páginas las apelaciones al pasado nacional no ocupan un lugar destacado. El énfasis se pone más bien en una lectura del presente, resaltando el valor de las transformaciones impulsadas por el gobierno peronista y su congruencia con los postulados del socialismo. Para ello, en la citada nota editorial se parte de una caracterización de la situación internacional, en cuyo marco se inscribe a los movimientos nacionales de América Latina y, específicamente, al peronismo:

“Reanudamos nuestra predica en circunstancias realmente excepcionales en la vida del mundo. Una profunda revolución, la revolución socialista, alumbrada en el cielo de los pueblos y en la perspectiva esperanzada de los que trabajan, piensan y sufren. [...] América, particularmente la América Latina, avanza también por la senda de la revolución. [...] se perfilan poderosos movimientos nacionales con una concepción y una orientación socialistas que quieren liberar a sus pueblos [...] Y en ese panorama internacional y continental, nuestro país vive el proceso de su propia transformación.”⁹⁶

En este fragmento, los nuevos redactores de *La Vanguardia* se postulan como continuadores de la tradición del Partido Socialista, pero lo hacen sin dejar de posicionarse en algunas de las discusiones que, como mencionamos al comienzo de este capítulo, habían cruzado –de manera expresa o velada– la historia de la organización. Por un lado, la *“profunda revolución socialista”* que se evoca como marco y horizonte, estaba desde hacía tiempo por fuera del lenguaje corriente del PS, pero eso no había impedido que, periódicamente, surgieran tendencias a la izquierda de la conducción que reclamaban, con mayor o menor intensidad, retomar esas viejas banderas (Herrera, 2006)⁹⁷.

⁹⁵ “Nuevamente en la calle” (edit.) *La Vanguardia (Tercera etapa)*, N°1, 11-9-53, p. 1

⁹⁶ *Ibid.*

⁹⁷ Según demuestra Herrera, el grueso de los militantes que conformaron el Movimiento Socialista y luego el PSRN (Juan Unamuno, Carlos María Bravo, Saúl Bagú, José Oriente Cavalieri, Luis Ramiconi, Pedro Juliá,

Por otra parte, la inscripción de los movimientos nacionales latinoamericanos –incluido el peronismo– en el mentado proceso mundial de transición al socialismo iba al meollo de otro conjunto de discusiones entrelazadas de manera compleja y siempre urticantes en el socialismo argentino. Nos referimos a la problemática del imperialismo, la *cuestión nacional* y, sobre todo, sus diversas y contradictorias manifestaciones en América Latina. Antes de continuar, nos detendremos en este punto que consideramos de gran importancia.

Las dificultades que el PS había mostrado desde sus inicios para lidiar con la realidad latinoamericana ofrecen otra clave para comprender no sólo sus desencuentros con los movimientos nacionales de base popular en la Argentina, sino también las constantes tensiones a que el partido se vio sometido. Las recurrentes expresiones críticas hacia la conducción –por periodos asimiladas y por momentos expulsadas del tronco partidario– no sólo habían centrado sus cuestionamientos en aquel clivaje “clásico” (si cabe el término) entre reforma y revolución o, como mencionáramos al comienzo del capítulo, entre acción parlamentaria y acción sindical. También había sido recurrente motivo de discordia la forma en que un partido proletario de izquierda, orgulloso en principio de su filiación internacionalista, debía inscribirse en la política nacional, así como la posición a adoptar ante el avance militar, diplomático y económico de los países de desarrollo capitalista avanzado sobre las regiones periféricas y las naciones *atrasadas*.

Aún inmerso en el clima ideológico de entresiglos y a pesar del origen cosmopolita de buena parte de su primera generación de militantes, el PS argentino debatió con frecuencia –y no sin discordias– la pertinencia de adoptar los símbolos nacionales en sus actos públicos o participar en las celebraciones patrias (Becerra, 2005). Algo de esto se ventiló en el incidente partidario que terminara con la expulsión de Palacios en 1915, más allá de las cuestiones disciplinarias que la precipitaron finalmente (Martínez Mazzola, 2008: 252). De todas maneras, podría decirse que, en este aspecto, la tendencia a una progresiva “nacionalización” del PS no se vio interrumpida por ese episodio; por el contrario, en el nuevo escenario abierto con la Ley Sáenz Peña, la necesidad de interpelar a un electorado

entre muchos otros) venía animando, desde años atrás, distintas disidencias a la izquierda de la vieja conducción del PS. Los nombrados, por ejemplo, habían participado, en 1936-37, de la ruptura que diera origen al Partido Socialista Obrero, al que nos referiremos en el apartado siguiente. En el trabajo citado (2006) y en otros (2003, 2011), caracterizados todos por una reconstrucción detallada de las polémicas internas del socialismo, el autor busca esas líneas de continuidad, expresadas “*a veces por carriles subterráneos*” (2006: 96), entre las sucesivas rupturas y disidencias de izquierda del socialismo, desde la década del 30 hasta el cisma de 1958, pasando por la expulsión de Dickmann y la formación del PSRN. En este sentido, lo que el mismo Herrera, en otro escrito (2012), denomina la “*crisis peronista*” del PS, sin perder su especificidad, es también enmarcable en otra de más larga duración.

cada vez más masivo, nacido o naturalizado argentino, tendió a imponerla por la vía de los hechos. El núcleo dirigente, más allá de algunas reticencias, debidas sobre todo a la necesidad de contener políticamente a una base partidaria aún muy heterogénea en cuanto a sus orígenes nacionales, no opuso gran resistencia a este curso.

Pero había una cuestión más nodal, desde el punto de vista teórico y político, que la ventaja o inconveniencia de marchar con la bandera celeste y blanca junto al estandarte rojo. Se trataba del lugar que se reconociera a la nación como instancia legítima de acumulación política y social en el contexto de una economía mundial que, a medida que avanzaba el nuevo siglo, más traicionaba su promesa de un avance armónico y progresivo hacia una modernidad en la cual terminarían por converger todos los pueblos del orbe. Si en 1914 quedaba alguna confianza en esa promesa, el estallido de la Gran Guerra en el corazón del *mundo civilizado* se encargaba de disiparla o, al menos, de poner a prueba la fe de los más devotos.

Cómo dijéramos antes, la visión general del PS respecto del devenir histórico estaba fuertemente impregnada de aquel evolucionismo. Desde ese marco conceptual, tendía a considerar la expansión capitalista de los centros industriales sobre las periferias como un factor de progreso, en la convicción de que el tránsito al socialismo se hallaba supeditado a la creciente interdependencia de las naciones en el mercado mundial. Esa concepción, más allá de alguna condena ética ante hechos puntuales o críticas generales al recurso de la intervención militar, dejaba poco lugar para la denuncia consecuente del imperialismo como un fenómeno inherente al desarrollo capitalista y lesivo para las naciones periféricas, coloniales o semicoloniales.

En descargo de Justo y sus camaradas, debemos decir que esa dificultad para conceptualizar la cuestión nacional y la problemática del imperialismo en las primeras décadas de su actuación era, en alguna medida, tributaria de la escasa elaboración teórica del marxismo al respecto, comenzando por los propios Marx y Engels.⁹⁸ Otro panorama parecía abrirse con el estallido de la guerra, a raíz de las mucho más elaboradas –y conocidas– tesis leninistas sobre el imperialismo. No obstante, éstas no fueron fáciles de asimilar para una dirección socialista que, a partir de la Revolución de Octubre y la formación de la Tercera Internacional (que habían tenido como consecuencia directa una

⁹⁸ Algunas elaboraciones más matizadas del primero, que acaso hubieran habilitado lecturas menos dogmáticas en el PS argentino respecto de las tareas socialistas para Latinoamérica y otras regiones *atrasadas*, habían sido tardías y, sobre todo, serían conocidas muchos años después (v Aricó, 2009)

nueva escisión en el PS),⁹⁹ tendió a sospechar de tales planteos como expresiones surgidas de la influencia comunista –cuando no de su infiltración– en las filas partidarias.

Eso en cuanto a las fuentes marxistas en que hubiera podido abreviar el socialismo para conceptualizar la cuestión nacional. Pero no sólo de allí provenían las voces que empezaban a alertar sobre el fenómeno imperialista y, muy especialmente, a denunciar el avance norteamericano sobre la América Latina. Un creciente sentimiento antiimperialista, basado en una apelación cultural más que socioeconómica, se abría paso en el continente desde comienzos de siglo; y si bien su repercusión fue más tenue en la cosmopolita Argentina que en el resto del continente, no dejaría de expresarse en las filas del PS, donde contó como principal abanderado a una figura ajena al riñón del grupo dirigente consolidado en torno de Justo, pero en modo alguno insignificante dentro de la estructura y la consideración partidaria: el escritor Manuel Ugarte.

Proveniente de una familia patricia y parte de una generación de escritores hispanoamericanos inclinados a rescatar esa identidad cultural para el continente, la apuesta estética de Ugarte estuvo, desde el comienzo, muy ligada a una posición política. Aún antes de afiliarse al PS, mantuvo contactos con el *arielismo* de José Enrique Rodó y un vínculo estrecho con otros escritores que abrigaban inquietudes similares, como Rubén Darío, Amado Nervo o Rufino Blanco Fombona. La guerra hispano-norteamericana de 1898 despertó en esa generación una profunda sensibilidad *antiyanky*, que Ugarte no habría de abandonar a lo largo de su vida.

Desde su afiliación al socialismo en 1903, el escritor asumió roles de considerable relevancia, como la representación partidaria ante los congresos de la Segunda Internacional. Allí se sorprendió de las posiciones colonialistas de algunos delegados europeos y sostuvo sus primeras polémicas en torno de la cuestión nacional. Esas diferencias no dejaron de reflejarse en las páginas de *La Vanguardia*, donde en 1908 ya se pronunciaba decididamente a favor de las luchas antiimperialistas de las naciones oprimidas, lo que llevó a sus primeros cruces con la conducción. En 1911, luego de publicar su obra más resonante, *El porvenir de la América española*, donde propugnaba la unión hispanoamericana como única alternativa para detener el expansionismo de la amenazante potencia anglosajona, Ugarte emprendió una exitosa gira por distintos países de Latinoamérica, donde disertó ante nutridos auditorios obreros y estudiantiles (Galasso, 2012; Tarcus, 2007: 666).

⁹⁹ En efecto, el propio Partido Comunista argentino tuvo su origen en una ruptura a la izquierda del PS, producida en 1918 y denominada originalmente Partido Socialista Internacional.

A pesar de los mutuos y crecientes recelos entre el escritor y la dirección socialista, el partido lo postuló como candidato a Senador Nacional por la capital para las elecciones de 1913 (aquellas que, tras la renuncia de Ugarte por encontrarse fuera del país, terminarían consagrando a Enrique del Valle Iberlucea como el primer socialista en acceder a la cámara alta), lo que nos habla de un prestigio bastante consolidado como literato y referente político. Sin embargo, el ofrecimiento partidario y la cordial declinatoria de Ugarte serían los últimos gestos de distensión, ya que poco después se desataba una serie de incidentes que terminaría forzando su alejamiento del PS: la frialdad con que fue recibido por el partido tras su gira era seguida de un confuso reto a duelo con Palacios que motivó el pedido de expulsión para ambos.

Antes de que la sanción se hiciera efectiva, no obstante, fue Ugarte quien se alejó del partido invocando una cuestión de principios: el propio Juan B. Justo, desde *La Vanguardia*, había incluido, en un artículo que saludaba al pueblo colombiano en el aniversario de su independencia, nada menos que una reivindicación de la secesión de Panamá. La independencia panameña –como se sabe, instigada abiertamente por los Estados Unidos en pos de la construcción del canal interoceánico– era celebrada como un factor que contribuiría al progreso de Colombia. Tras la réplica de Ugarte, tan dura como previsible, y la posterior reafirmación de Justo en sus conceptos, el primero abandonó las filas partidarias.

Elegimos detenernos en la figura de Ugarte porque volveremos a ella en más de una oportunidad; pero además, lo hacemos porque expresa, quizá mejor que ninguna otra, una tensión y una complejidad característica del PS. ¿Cómo un partido que, doctrinariamente, mostraba evidentes limitaciones para conceptualizar la cuestión nacional en un país periférico y dependiente, contenía en su seno, al mismo tiempo –aunque no sin conflictos, como acabamos de ver– a figuras tan potentes y revulsivas como Ugarte? Otro tanto puede decirse, con las particularidades de cada caso, de dirigentes del peso de Alfredo Palacios o intelectuales de la talla de José Ingenieros. Sin pretender uniformar trayectorias tan disímiles en cuanto a procedencias y derroteros posteriores, los tres se caracterizaron por cultivar un socialismo ciertamente *discolo*; una fe socialista teñida de marcados tonos personales. Hacia mediados de la década de 1910, los tres coincidían en una acentuada vocación antiimperialista y latinoamericanista que habría de convertirlos, a su turno, en “héroes” del movimiento de la Reforma Universitaria que estaba a punto de iniciarse (Ugarte, sin ir más lejos, sería el orador principal en el acto de lanzamiento de la Federación Universitaria Argentina).

¿Por qué figuras como Ugarte, Palacios o Ingenieros elegían al Partido Socialista para librar sus batallas? ¿Por qué los dos primeros, luego de las agrias discusiones que habían motivado su alejamiento en los años diez, retornaban al viejo redil nada menos que en 1930 y lo hacían acompañados de sus discípulos forjados en el movimiento reformista? Es difícil responder esas preguntas –y explicarnos esas conductas– si reducimos la complejidad del PS a la imagen de una cerrada secta cosmopolita y extranjerizante.

Dicho esto, no podemos dejar de notar que estas tendencias, que nutrieron al partido de matices diversos y buscaron ponerlo en diálogo con la cuestión nacional en el marco latinoamericano, no lograron torcer el rumbo que le era impreso por el núcleo dirigente más próximo a Justo. La insuficiencia teórica del socialismo en este punto quedó al descubierto frente a procesos cardinales de la historia continental como la Revolución Mexicana, con su tumultuosa combinación de reivindicaciones democráticas, sociales, agrarias y nacionales. El sesgo evolucionista de su mirada, una vez más, le jugaría al socialismo una mala pasada. Luego de una tenue simpatía por el reformismo maderista, la condena a la *barbarie*, el *caudillismo* y la *anarquía* que, a ojos de los socialistas, se cernían sobre el convulsionado territorio mexicano tras el asesinato del primer líder revolucionario, no tardaron en llenar las páginas de *La Vanguardia*. Con el correr de los meses, la sección que cubría los sucesos mexicanos pasaba de titularse “*La Revuelta Mexicana*” a “*La Barbarie Mexicana*” o “*La Republicueta Mexicana*” (Yankelevich, 1994: 23).

En ese marco, el mismo PS que invocaba el sagrado derecho de los pueblos a defender su independencia, el derecho de gentes y las convenciones internacionales para condenar sin ambages la invasión alemana de Bélgica en el inicio de la conflagración europea (Martínez Mazola, 2008: 258), apenas unos meses antes, había justificado el desembarco norteamericano en el puerto de Veracruz, en razón de la incapacidad del gobierno mexicano para garantizar el orden en su territorio y el “*compromiso solemne*” asumido por los Estados Unidos de reducir su intervención a ese efecto.¹⁰⁰

Sería recién con la relativa estabilización de la situación mexicana impuesta por Venustiano Carranza y Álvaro Obregón en 1917, y en virtud de una agresiva y exitosa campaña continental por parte del carrancismo, que los socialistas argentinos comenzarían

¹⁰⁰ Vale la pena reproducir *in extenso* algunos extractos del órgano socialista: “La doctrina de que cada nación es dueña absoluta de hacer y deshacer su vida interna, sin contralor, es muy cómoda para algunas seudodemocracias mestizas sudamericanas [...] El gobierno responsable de la violencia y la desorganización de la vida mexicana debe rendir cuentas ante el tribunal del mundo, porque la humanidad entera es solidaria con los hechos que pasan en la vida interna de cada pueblo”. “[...] los propósitos confesados de los Estados Unidos al intervenir militarmente en México, son para restablecer en aquel país anarquizado el imperio de la ley y el orden [...]. Es un compromiso solemne que el pueblo norteamericano contrae con el mundo civilizado, y que esperamos sabrá cumplir.” *La Vanguardia*, 24-4-14, cit. en Yankelevich (1994: 29,30)

a modificar su visión respecto de la –ahora así nombrada– Revolución Mexicana (Yankelevich, 1994).

Años después, la nueva camada de militantes reformistas ingresada al partido de la mano de los reafiliados Palacios y Ugarte sería la principal promotora de una vinculación con otra expresión del nacionalismo democrático y antiimperialista del continente: el aprismo peruano y sus terminales en la Argentina (Sessa, 2013: 93). Una vez más, nos queda la impresión de que esos diálogos se debían más a la acción de figuras y tendencias que el grupo dirigente admitía y cobijaba –en una posición subordinada– que a una asimilación teórica y política del fenómeno. Algo similar sucede por estos años a nivel de la política doméstica, con los contactos que en aquellos años mantiene el senador Palacios con referentes del grupo radical yrigoyenista FORJA (Halperin Donghi, 2003), al cual la ortodoxia partidaria, por su parte, no diferenciaba sustancialmente de las vertientes del revisionismo nacionalista y católico de simpatías corporativistas, falangistas o fascistas. Es probable que la conducción partidaria “dejara hacer y dejara pasar” aquellos matices, siempre y cuando no llegaran a cuestionar frontalmente su rol rector al frente de la organización, tanto en el plano organizativo como en el doctrinario.

También en este aspecto, podríamos decir que la emergencia del peronismo abroqueló al partido en sus viejas certezas, a la vez que dejaba en evidencia las limitaciones de su mirada hacia la realidad continental. En 1945, en un intento de inscribir al naciente peronismo en un marco latinoamericano, Nicolás Repetto había esbozado una categoría que, combinando los mentados clivajes de democracia/autoritarismo y civilización/barbarie, englobaba a regímenes tan distantes en el tiempo y el espacio como los del Dr. Francia en Paraguay, Porfirio Díaz en México, Leguía en Perú y Machado en Cuba: las “*Dictaduras Indo-americanas*”.¹⁰¹

Si se hizo algo extensa la tangente que tomamos, la creímos necesaria para mostrar que, al inscribir al peronismo en el marco de una *revolución socialista mundial* que reconocía una expresión específica en los movimientos nacionales de la América Latina, los socialistas de *La Vanguardia (Tercera Etapa)* buscaban apropiarse de la tradición del PS, presentada como unidad de sentido y referenciada en el *Maestro* fundador; pero lo hacían sin dejar de provocar en ella una torsión, inscribiéndose a sí mismos, a su vez, en

¹⁰¹ *La Vanguardia*, 9-10-1945, pp. 1 y 3.

una línea de continuidad con las expresiones que, al interior del partido, habían sido críticas de la conducción histórica.

Partiendo de esa lectura, la nota editorial, que ahora retomamos, señala –tal como hiciera Dickmann en su discurso– la “*insensatez*” de la actitud adoptada por la “*ex conducción*” socialista (sindicada como única responsable de la pérdida de gravitación del PS en la década precedente) frente a este movimiento nacional que, en los hechos, estaba realizando puntos sensibles del viejo programa del partido y al que ahora se define, sin ambages, como revolucionario:

“Seríamos torpes en grado de insensatez si desconociéramos la existencia de este proceso que ha alterado fundamentalmente nuestras instituciones sociales, políticas y económicas. La ignorancia de este fenómeno [...] ha conducido a la dirección socialista a los acuerdos, pactos y alianzas con las fuerzas del conservadurismo, de la oligarquía y del imperialismo, arrastrando al partido socialista a posiciones negativas, estériles e inconducentes que le han restado todo prestigio y ascendencia en las masas, prestigio laboriosamente conquistado por las legiones de militantes idealistas que se han sucedido en la vida fecunda y gloriosa de la agrupación.”¹⁰²

En estas últimas líneas vemos cómo aquella reivindicación de la tradición del viejo PS se funde con cierta idea de redención, de rescate de una cultura partidaria que ha sido malversada y traicionada. En consecuencia, si la editorial se había iniciado con la imagen –por cierto, ficcional– de una simple reanudación de una tirada que se había visto interrumpida como tantas otras veces, encuentra su cierre en una afirmación grandilocuente: “*Desde ahora, el socialismo vuelve al pueblo, de cuyo regazo no debió alejarse nunca jamás.*”¹⁰³

Es por ello que, si el pasado nacional prácticamente no aparece en las páginas de *La Vanguardia* como herramienta de legitimación de su nueva posición política, sí lo hace, de manera nítida y constante, el del Partido Socialista. En ese sentido, el “prócer” más exaltado en la publicación no es otro que Juan B. Justo. En la disputa por la legitimidad con la “*dirección conservadora*”, la reivindicación de la tradición partidaria ocupa un lugar de primerísimo orden, citando a Justo como fuente de autoridad en innumerables artículos y titulares. Su imagen aparece en cuatro de los diez primeros números –dos veces lo hace en la portada– y las omnipresentes citas o paráfrasis de algunos de sus postulados se presentan como axiomas que deben guiar la acción del socialismo en la nueva etapa, en oposición a los “*malos discípulos del Maestro*”.¹⁰⁴ Así lo expresa, por ejemplo, un artículo en el que se atribuye a Justo haber vaticinado la revolución peronista:

¹⁰² “Nuevamente en la calle”. *La Vanguardia (Tercera etapa)*, N°1, 11-9-53, p. 1

¹⁰³ *Ibid.*

¹⁰⁴ “Bajo el signo del conservadurismo actúan los malos discípulos del Maestro Justo”. *LV* N° 4, noviembre 1953, p. 3

“El Anti-Justo se caracteriza por su egolatría, por su falta de sensibilidad [...], al revés del Maestro Justo, que creía en la capacidad de creación histórica del pueblo, y en particular de la clase obrera [...]. Pudo así Justo decir en la Cámara de Diputados [en 1915]: ‘[...] Dentro de pocas décadas [...] -tal vez veinte o treinta años-, si las clases gobernantes no se apresuran a hacer suyas las reivindicaciones claras y fundadas de la clase trabajadora, VAMOS A ASISTIR EN ESTE PAÍS A UNA REVOLUCIÓN, QUE HA DE IMPONERSE EN UNA U OTRA FORMA [...]’. La notabilísima predicción del Maestro se está viviendo, excepto en el papel que Justo asignaba al Partido Socialista en la profetizada revolución, gracias al anti-Justo que desde el fallecimiento del Maestro lo ha conducido por caminos tortuosos de inepticia, cuando no de la apostasía.”¹⁰⁵

En este fragmento vemos cómo la exaltación de Justo adquiere ribetes cercanos al misticismo. La referencia al viejo líder como *el Maestro* era tradicional en las evocaciones partidarias, pero aquí se complementa con términos cargados de reminiscencias religiosas (el carácter *profético* de sus afirmaciones, la *apostasía* de sus *malos discípulos*, caracterizados por su *egolatría* y motejados directamente como *el Anti-Justo*), en un registro que no deja de ser sugestivo de parte de una publicación socialista. Por lo demás, la nota postula un argumento generalizado en la publicación: el que señala la muerte de Justo en 1928 como el punto a partir del cual había comenzado aquel proceso de decadencia que llevara al PS al estado crítico que tornaba impostergable la tarea de su regeneración. Según se señala en otro artículo, luego del deceso del líder fundador

“...[los] responsables [...] del Partido Socialista, no fueron ni antiimperialistas, ni anticapitalistas, ni antiirriburistas, ni antijustistas, pero, sí fueron antirradicales y antiperonistas, definiéndose así como enemigos de todo movimiento popular en el cual intervinieran la clase obrera o la clase media en masa. No comprendieron [...] una de las más hondas enseñanzas del Maestro, y es que el Partido Socialista no puede ser anti nada ni anti nadie: es siempre afirmativo y constructivo, y debe marchar adelante en medio de los otros partidos, en ocasiones ‘valiéndose de las rencillas que dividen a las facciones de la política criolla’, que es como decir, la política oligárquica, conservadora y tradicional.”¹⁰⁶

En este pasaje vemos un claro ejercicio de reinención de la tradición partidaria en función de las necesidades políticas de la hora. Como era de rigor, se recurre a la enseñanza del *Maestro* para desautorizar la política del PS bajo el liderazgo de Repetto –en este caso, su intransigencia tanto anti-radical como antiperonista. No obstante, la pretensión de eximir a Justo de toda responsabilidad sobre el anti-radicalismo resulta llamativa, por cuanto el líder fundador había ocupado el más alto cargo en el partido y en la bancada parlamentaria socialista durante el periodo de ascenso de la UCR, el primer gobierno de Yrigoyen y el de Alvear. En el mismo sentido, y según hemos visto, la frase que se le atribuye exhortando al partido a “*valerse de las rencillas entre las facciones de la política criolla*” muy difícilmente excluyera al radicalismo como allí se sugiere.

¹⁰⁵ “Justo predijo la revolución”. *LV* N° 3, octubre 1953, p. 4. El mismo artículo es republicado meses después, en el número en que se lanza la campaña electoral del PSRN, bajo un título similar: “Notable profecía del Maestro Justo”. *LV* N° 10, abril 1954, p. 1

¹⁰⁶ “Bajo el signo del conservadurismo...”

Si bien quedaba disminuida en comparación con su irreductible antiperonismo, la dureza que había tenido la oposición del PS al radicalismo era difícil de negar; y tanto el hecho de haber estado dirigida especialmente hacia la figura de Yrigoyen y su estilo de liderazgo *caudillesco* y *personalista*, como la caracterización del vínculo entre el radicalismo y sus bases populares en términos de *demagogia*, tenían evidentes puntos de contacto con los argumentos esgrimidos luego frente al peronismo. En suma, aquella enemistad del socialismo con el primer movimiento nacional de base popular del siglo XX distaba de ser una innovación introducida por Repetto o Ghioldi. Sin embargo, la lectura propuesta era, sin duda, más conveniente en función de contraponer una línea política correcta, supuestamente señalada por Justo, con otra, equivocada y contraproducente, adoptada tras su muerte.

Otro intento de construir un Juan B. Justo asimilable a la nueva adscripción de *La Vanguardia* se despliega en forma de polémica. Jorge Abelardo Ramos, con quien los militantes socialistas estaban a punto de confluir en la experiencia del PSRN, acababa de prologar *El porvenir de América Latina*, del mencionado escritor socialista y latinoamericanista Manuel Ugarte.¹⁰⁷ En el segundo número de *La Vanguardia*, una nota saluda con entusiasmo el hecho editorial y exalta la trayectoria de Ugarte, aunque el fin último de la reseña parece ser otro: expresar el desagrado de los socialistas por la “*notoria injusticia*” de las críticas que Ramos había dirigido en su prólogo contra Juan B. Justo. La defensa del *Maestro* no se basa, desde luego, en una reivindicación de sus posturas en las polémicas con Ugarte –cuyo tenor hemos señalado–, sino en un intento de soslayar esas controversias, buscando equiparar la vocación nacional y antiimperialista de ambos personajes. Pretensión audaz que, al mismo tiempo, intenta distinguir sutilmente el “rigor científico” de los contendientes:

“Compartimos el propósito del prologuista en el sentido de reivindicar a Ugarte, deliberada y sistemáticamente silenciado en su propio país, a pesar de su obra prolifera, y saludamos [...] la edición de este libro [...]. Esta valoración [...] no puede, sin embargo, justificar la notoria injusticia en que el prologuista incurre con respecto a [...] Juan B. Justo. [...] Justo tenía ideas bastante claras sobre el imperialismo y las expresó sin duda, con tanta precisión sociológica como el literato Ugarte.”¹⁰⁸

Luego de citar algunos pasajes en los que Justo había advertido sobre la importancia de “*conservar la autonomía*” en un “*mercado universal del que somos una simple provincia*” o cuestionaba “*nuestra servidumbre al capital extranjero*”, el artículo

¹⁰⁷ Se trataba, con una ligera y reveladora alteración en el título, de una reedición del ensayo *El porvenir de la América española*, publicado por Ugarte en 1910 y promocionado en su gira latinoamericana de 1911 a 1913.

¹⁰⁸ “Justo, fué un Combatiente de la lucha Anti imperialista”. LV N° 2, Oct. 1953: 4

reconoce vagamente “*presuntos errores*” atribuibles al contexto histórico en que el líder fundador había desarrollado su acción, para finalizar ofreciendo la siguiente hipótesis:

“El maestro del socialismo [...] [no] tuvo tiempo de vislumbrar los acontecimientos [...] que agudizarían las contradicciones del capitalismo internacional [...], porque de haber vivido en nuestra época, Justo habría impreso una orientación coherente de lucha al movimiento y el Partido Socialista habría permanecido fiel a sus grandes líneas doctrinales.”¹⁰⁹

Esta hipótesis acerca de cuál habría sido la posición de Justo ante la nueva realidad se enlaza con un programa socialista actualizado, que debía contemplar decididamente la lucha antiimperialista por la liberación y la unidad latinoamericana, en la línea planteada históricamente por Ugarte y, según el articulista, también por Justo:

“El Partido Socialista, en estos momentos, reivindica el espíritu combativo del proletariado argentino, ubicándose [...] en el mismo plano de lucha de los movimientos latinoamericanos que [...] pugnan por alcanzar la liberación de los pueblos del hemisferio y la creación de una confederación que complemente sus economías [...]. No negamos al prologuista [...] sus razones para reivindicar a Ugarte, pero nos parece impropio disminuir los méritos sobresalientes de pensador y militante socialista de Juan B. Justo.”¹¹⁰

Como podemos ver, en las páginas de *La Vanguardia* los usos del pasado en función de la legitimación política se proyectan con mayor énfasis sobre la historia del socialismo que sobre el pasado nacional. Sin embargo, hubo un hecho en el cual esas dos dimensiones se hallaban superpuestas, planteando un conflicto entre la memoria oficial, impulsada desde un Estado peronista que también buscaba *construir su tradición*, y la memoria partidaria, que se veía afectada en su ícono máspreciado:

“Hace tres o cuatro años, la municipalidad de la Capital instituyó el nombre de ‘avenida 17 de octubre’ a una arteria de la ciudad. Nos parece lógica la medida. El día 17 de octubre tiene una significación muy particular para el movimiento peronista [...] No censuramos [...] el nombre ‘17 de octubre’. Pero sí nos parece desacertada la medida en cuanto con ella si bien se exalta un hecho de indudable trascendencia histórica, se reemplaza el nombre de una figura excepcional, también de proyecciones históricas, como es Juan B. Justo [...]”¹¹¹

Nos permitimos otra breve digresión para poner en contexto la controversia. Durante la década del 30, transcurridos seis años desde el fallecimiento de Juan B. Justo, probablemente por impulso de la siempre nutrida bancada socialista en el Concejo Deliberante de la Capital Federal, la intendencia porteña, a cargo de Mariano de Vedia y Mitre por designación del presidente Agustín P. Justo, había accedido a homenajear al líder socialista dando su nombre a la importante avenida que se construía sobre el legendario arroyo Maldonado.¹¹² El primer tramo de la gran obra de entubamiento había finalizado en

¹⁰⁹ “Justo, fué un Combatiente ...”

¹¹⁰ “Justo, fué un Combatiente ...”

¹¹¹ “Reparación necesaria”. LV N° 2, Oct. 1953: 1

¹¹² Ordenanza N° 5.572/1394, B.M. N° 3.693. (Cf. Piñeiro, 2003: 313)

1937 y, desde entonces, el maestro del socialismo argentino había contado con una estratégica arteria capitalina que honraba su memoria.

Sin embargo, con el advenimiento del peronismo, la hostilidad recíproca y manifiesta entre el PS y el nuevo movimiento se había trasladado también al terreno de los símbolos y la memoria histórica. En 1950, una nueva resolución municipal ordenaba sustituir el nombre de Justo por el de 17 de Octubre en la nomenclatura urbana, medida que ni siquiera los buenos oficios de Enrique Dickmann ante el primer mandatario habían logrado revertir. Ante esta situación, algo incómoda para militantes socialistas que buscaban acercarse al peronismo sin renegar de su tradición, *La Vanguardia* propone una solución salomónica, satisfactoria para ambas partes y, en este caso, para ambas memorias:

“Pensamos que la ciudad es amplia, y en su amplitud tiene multitudes de arterias de significación urbana, en las que caben, con legítimo orgullo, tanto el hecho histórico que recuerdan los trabajadores, como la figura de Justo que éstos lo veneran”¹¹³

Como vimos hasta aquí, tanto en el discurso de Dickmann como en los artículos de *La Vanguardia* se intenta integrar al peronismo en la tradición del Partido Socialista, ya sea inscribiéndolo en la genealogía liberal-democrática reivindicada históricamente por la agrupación –en el primer caso–, o bien soslayando referencias generales al pasado nacional y haciendo hincapié en los *principios fundacionales* de una tradición partidaria a la vez exaltada y reinterpretada –en el segundo. A continuación, pondremos el foco sobre otro grupo de militantes que, si bien provenían del mismo PS y no abjuraban de esa identidad, venían arrastrando desde décadas atrás una conflictiva relación con la conducción partidaria, lo cual dotaba a su mirada de matices peculiares.

Argentina de Hoy: Viejos socialistas, entre la tradición y el revisionismo

Mucho antes de que Dickmann diera el sorpresivo paso de entrevistarse con Perón, un grupo de militantes de extracción socialista ya venía participando de un espacio en el que confluían la identidad de izquierda y el apoyo al gobierno justicialista. No se trataba, en este caso, de una agrupación partidaria. El Instituto de Estudios Económicos y Sociales (IEES), fundado a mediados de 1950 por militantes e intelectuales de procedencia tanto socialista como comunista, buscaba constituirse más bien en una “usina de ideas” que pudiera nutrir a la administración peronista y “orientarla” en el sendero de transformaciones estructurales con un sentido socialista (desde el llamado a profundizar la política de nacionalizaciones y la planificación estatal de la economía, hasta la insistencia

¹¹³ “Reparación necesaria...”

en la necesidad de una profunda reforma agraria, una de las preocupaciones recurrentes de la institución). Se trataba, como define Carlos Herrera (2009:94), de una empresa político-cultural que procuraba articular un discurso de izquierda en apoyo del gobierno, trascendiendo la esfera intelectual para insertarse en el plano político y, sobre todo, influir concretamente en la acción gubernamental. La labor del Instituto combinó distintos frentes de acción y niveles de elaboración, en el afán de generar lo que hoy se denominaría un *think tank* al servicio de la administración peronista.

El periódico *Argentina de Hoy. Organo del Instituto de Estudios Económicos y Sociales* hacía su aparición un año después, en agosto de 1951, probablemente con el propósito de sumar voluntades provenientes de la izquierda en el contexto de la campaña por la reelección del general Perón. En ese marco, el Instituto organizaba también –con amplia cobertura del flamante órgano de prensa– el “*Congreso de los Hombres de buena voluntad*”, una iniciativa tendiente a federar grupos afines al gobierno pero ajenos a la estructura orgánica del Partido Peronista en distintos puntos del país. El cierre del evento, a veinte días de las elecciones de noviembre, tuvo como invitado y orador principal al propio presidente (Herrera, 2009: 96). Por fuera de ese hecho, y no obstante el desarrollo de diversas actividades e iniciativas (informes, congresos, ciclos de conferencias), la publicación de *Argentina de Hoy*, que se sostendría sin solución de continuidad hasta el fin del gobierno peronista, fue la producción más palpable y efectiva del IEES (Herrera, 2014).

Dado que los puestos directivos del periódico y del instituto fueron ocupados por dirigentes provenientes del socialismo, bien podemos inscribir al proyecto en esa tradición política. Aunque en los primeros años participó de la experiencia el sector de extracción comunista liderado por Rodolfo Puiggrós y Eduardo Astesano, para 1952 casi todos sus miembros se apartaron del IEES y su colaboración en *Argentina de Hoy* se haría cada vez más esporádica, hasta cesar completamente.¹¹⁴ Quien permanecerá como colaboradora del periódico y ocupando incluso puestos jerárquicos en el IEES es la periodista Vera G. de Pichel. También expulsada del PC en 1946 e incorporada al Instituto con el grupo de Puiggrós, Pichel sería años más tarde una de las biógrafas de Evita (con quien había

¹¹⁴ Según refiere Acha (2006: 141), el interés del sector socialista del IEES por impulsar la creación un nuevo partido político en la órbita del gobierno (que decantaría en la formación del PSRN), estuvo entre los principales motivos del alejamiento del grupo comunista, más celoso de mantener una independencia organizativa respecto del oficialismo. Tras su retiro, además de la permanencia de Vera Pichel que mencionaremos de inmediato, subsistieron en la publicación distintos guiños a la cultura comunista, entre los que se destaca una laudatoria necrológica de Josip Stalin (*AH* N° 23, 1-3-53. p. 1). Asimismo, colaboran esporádicamente algunas figuras asociadas al aparato cultural del PC argentino (como es el caso de Elías Castelnuovo, a quien encontraremos luego en el PSRN) e incluso de otros países, destacándose una colaboración de Pablo Neruda a la que aludiremos páginas más adelante.

forjado una amistad bastante estrecha desde años antes de su fulgurante ascenso político) y, a partir de allí, se dedicaría a rescatar la historia de otras mujeres argentinas. Su presencia merece destacarse en un medio (y no nos referimos sólo a *Argentina de Hoy*, sino, en general al de la izquierda afín al peronismo) en que la participación femenina parece haberse abierto paso más lentamente que en el propio movimiento peronista.

La acción del IEES y la prédica de su órgano de prensa, entonces, se desarrollaron en torno de dos ejes: la producción de conocimiento técnico específico sobre la realidad económica y social del país y la elaboración político-ideológica. En este último aspecto, como veremos, la búsqueda de articular un discurso socialista de apoyo al peronismo comprendió, entre otros tópicos, una vocación de reinterpretar la historia argentina. Pero antes de adentrarnos en ese tema, veamos cómo la trayectoria de algunos de sus principales impulsores repercutió en la relación de *Argentina de Hoy* con la tradición del *viejo y glorioso* PS.

Para algunos promotores de la publicación, como el propio director del IEES, Juan Unamuno, y el veterano gremialista y ex diputado Joaquín Coca, a quien ya hemos presentado, las discrepancias con la dirección del PS venían de lejos. Ya en la coyuntura inmediata al golpe de 1930, en su obra *El Contubernio, memorias de un diputado obrero*, Coca se había mostrado muy crítico de la política del partido que integraba y había representado en el Parlamento.

Como hemos visto, aun sin participar en la conjura, el PS había simpatizado de forma apenas velada con el derrocamiento de Yrigoyen y se encaminaba a una coalición con el Partido Demócrata Progresista de cara a las amañadas elecciones de noviembre de 1931. Marcando un claro contrapunto con la conducción partidaria, Coca, aún sin dejar de reprobar al gobierno derrocado, condenaba enfáticamente el golpe de Septiembre y denunciaba las componendas que lo habían propiciado, urdidas entre las fuerzas conservadoras y los sectores “*contubernistas*” de la UCR y el PS. Se refería, desde luego, al radicalismo antipersonalista y, en especial, a la fracción socialista escindida en 1927 bajo el nombre de Partido Socialista Independiente y el liderazgo de Federico Pinedo y Antonio de Tomaso; pero no dejaba de notar cómo el anti-yrigoyenismo había logrado impregnar al viejo partido de la clase obrera hasta permitir que en su seno surgiera una corriente que terminaría por confluir con la oligarquía desplazada del gobierno en 1916. Por añadidura, el ex-diputado se manifestaba en contra de la proclamada “Alianza Civil” entre su partido y los demoprogresistas de Lisandro de la Torre, propugnando en su lugar

un frente único con el yrigoyenismo proscripto, por considerarlo una fuerza antioligárquica representante de las clases medias (Coca, 1931: 97, 107, 109).

Una manifestación más clara de estas desavenencias –y también más profunda y extendida en sus alcances– podemos hallarla algunos años después, en la experiencia del Partido Socialista Obrero (PSO). En 1937, a una década de la escisión “libertina” de Pinedo y De Tomaso, una nueva rama se desgajaba del viejo tronco socialista; esta vez, motorizada por un *ala izquierda* notoriamente influenciada por el comunismo. La fracción izquierdista actuaba en el partido desde fines de los años veinte, pero fue hacia mediados de la década siguiente cuando logró, desde sus bastiones en la juventud y –sobre todo– en la federación mendocina, disputar la conducción del partido al viejo elenco dirigente encabezado por Nicolás Repetto y en el que ya comenzaba a descollar Américo Ghioldi, portavoz del CEN en los agitados congresos partidarios de 1934, 1935 y 1936.

Entre los motivos de la dura disputa no estuvo ausente, desde luego, la lucha por el control de la estructura y los órganos de decisión partidarios, centrados en el cuestionamiento a lo que se juzgaba un excesivo centralismo por parte del CEN. En términos doctrinarios, la impugnación del grupo de izquierda volvía sobre algunos nudos problemáticos muy conocidos en el PS y ya mencionados aquí: la crítica al parlamentarismo, la necesidad de reencauzar y priorizar el vínculo con la clase trabajadora en el plano sindical y político, la conveniencia de recuperar el “programa máximo” contenido en la histórica declaración de principios y la incorporación, al programa partidario, de la cuestión nacional y la problemática del imperialismo. También introducía nuevos tópicos, emergentes en la coyuntura, como el antifascismo y el frente popular. En el XXX congreso partidario (junio de 1936), el ala izquierda logró finalmente imponer algunas de sus mociones, contrarias a los criterios del CEN. Pero la experimentada conducción encontró (y en buena medida, forzó) los medios estatutarios para retener el control del partido, disolviendo la federación mendocina y expulsando a los izquierdistas.

En repudio a esos métodos, más que en virtud de una completa adhesión a los postulados del ala izquierda, un grupo de dirigentes socialistas de la Capital, denominado *Comisión Pro Unidad del PS*, se manifestó solidario con los disidentes y denunció su expulsión como un acto “dictatorial”. Es en este grupo, que a pesar de haber votado junto con la izquierda en los últimos congresos venía procurando mantenerse equidistante en el debate, donde encontramos a Coca, nuevamente diputado nacional desde 1934, y a Unamuno, electo concejal el mismo año. La declaración no ahorra críticas al CEN y no

dudaba en señalar a la muerte del *maestro* Justo como el inicio de un “unicato” que pretendía dirigir al partido sin control de sus bases.¹¹⁵

La respuesta del CEN no se haría esperar. Demostrando poca sutileza respecto de la *cuestión nacional* también en lo relativo a la convulsionada República Española, *La Vanguardia* denomina despectivamente “Junta de Burgos” a la Comisión pro Unidad, por el hecho de estar presidida por el catalán Coca y animada entre otros por el vasco Unamuno. Desde allí se lanzan durísimos ataques contra el grupo, que no harán más que acelerar su confluencia con el ala izquierda, desembocando finalmente en la fundación del PSO (Herrera, 2006: 138).

La nueva empresa socialista, sin embargo, no lograría echar raíces ni rendir frutos tangibles, debido a su extrema dificultad para hacerse un lugar definido en el espectro político. Lanzado a la izquierda del PS y tensionado desde su génesis por la atracción gravitatoria del PC, varios de los principales dirigentes del socialismo obrero terminarían por incorporarse a las filas comunistas. Quienes no estuvieron dispuestos a seguirlos, abandonaron el partido denunciando, justamente, su copamiento por parte del comunismo¹¹⁶ y, en muchos casos, solicitaron –con diversa suerte– su reingreso al PS. Desangrado en disputas fraccionales y reabsorbidos sus elementos más dinámicos por las dos expresiones tradicionales y mayoritarias de la izquierda, el socialismo obrero mantendría una existencia residual hasta su disolución *de facto* tras el golpe de 1943 (Herrera, 2006: 140).

A pesar de su rápido naufragio, la experiencia del PSO sería revalorizada como un importante antecedente por las corrientes que, décadas después, buscaron dotar de una impronta más decididamente *nacional* a la identidad socialista. En efecto, se trató de la primera formación de izquierda que articuló su programa en torno de la consigna de la *liberación nacional*. Partiendo de la caracterización de la Argentina como un país

¹¹⁵ “Por motivos de disciplina, por adhesión inveterada a la unidad obrera y socialista, y por estar alejados tanto del grupo de la derecha como el de la izquierda que actúan en el seno de nuestro partido, hemos guardado silencio hasta este momento ante los hechos que vienen ocurriendo en él”. [...] “La actitud del C.E. es la consecuencia directa de la introducción en el partido de un nuevo concepto de su organización y dirección que se ha ido difundiendo en él desde la muerte del maestro Justo, y que consiste en centralizar toda la iniciativa partidaria en el Comité, y convertirlo en centro de un unicato que dirigiría sin control al partido. [...] Reclamamos el respeto a nuestras viejas costumbres democráticas, el imperio del Estatuto y la convocatoria a un congreso extraordinario del Partido para que sin exclusiones odiosas y en asamblea soberana pueda zanjar las dificultades presentes, tonificar el espíritu de la masa afiliada y trazar la ruta que nos permita cumplir La Grande tarea que el país reclama del Partido Socialista”. “A los afiliados y simpatizantes, a los centros y federaciones del Partido Socialista”, documento de la Comisión Pro Unidad del PS, 14-1-37. Archivo CeDInCI.

¹¹⁶ Esta fue la actitud adoptada por el grupo de Coca, quien en 1940 escribirá un folleto de marcados tintes anticomunistas, titulado elocuentemente “*Quinta columna bolchevique*” (Cf. Tarcus, 2007: 136).

semicolonial “*sometido a la penetración del capital financiero*”, el PSO proclamaba en su primera declaración la necesidad de “*eleva al plano nacional a la clase obrera*” y a “*los más amplios sectores populares*”, para “*construir una Argentina grande, libre y próspera*”; y sentenciaba: “*en la República Argentina, la lucha por el socialismo es –al mismo tiempo– una lucha por la Liberación Nacional*” (Herrera, 2009: 91).

Esta centralidad de la cuestión nacional en el programa partidario ya había estimulado algunas relecturas sobre el pasado argentino, llevando al PSO a transformar dramáticamente sus juicios históricos, respecto de los sostenidos años antes por el ala izquierda del PS. Si la querrela con la conducción se había traducido a comienzos de los 30 en un sobrecargado internacionalismo y un consecuente denuedo hacia toda filiación del socialismo en una tradición nacional, el socialismo obrero se inclinaba por disputar con la vieja guardia justista el sentido de algunos tópicos caros a la tradición del PS. Así fue como el nuevo partido rehabilitó, por ejemplo, a los hombres de la Generación del 37 – antes desechados por el ala izquierda del PS– como adalides de la *emancipación nacional*, resignificando a Alberdi, Sarmiento y Echeverría en clave popular y antiimperialista (Martínez, 2014).¹¹⁷

Desde luego, en esos abruptos giros discursivos que marcaron el tránsito del ala izquierda al PSO se dejaba ver la influencia inmediata del PC argentino y mediata de la Internacional Comunista. La sustitución de la línea ultraizquierdista de *clase contra clase* por la mucho más moderada del *frente popular* tenía mucho que ver con estas torsiones, y así lo reconoce y reconstruye la misma autora (Martínez, 2014: 30, 36). También influyó seguramente el contexto más general: como hemos mencionado, la década del 30 se caracterizó en el plano cultural por un vasto movimiento de *nacionalización* que comprendió a un amplísimo espectro de expresiones sociales y políticas (Cattaruzza, 2001; 2008: 186). Pero quizá convendría indagar, también, respecto del aporte que pudo haber hecho en este sentido el sector de Coca y Unamuno, insospechado, como hemos visto, de influencias comunistas y que, años antes, se había mostrado –al menos en la pluma de su principal referente– abierto a un diálogo más fluido con la tradición nacional-popular representada por el yrigoyenismo.

Dejamos planteada esa intuición sólo a modo de interrogante, pues bueno es recordar que el PSO obra aquí como antecedente y no como objeto de análisis específico.

¹¹⁷ Al respecto, es interesante confrontar el trabajo de Martínez con el artículo de Javier Guiamet, contenido en el mismo volumen, que nos brinda un panorama de las evocaciones “oficiales” del PS en el 50° aniversario de la muerte de Alberdi y Sarmiento (Guiamet, 2014: 87).

Liquidado ese intento de organización socialista alternativa y entrada la década del cuarenta, el peronismo, cómo puede imaginarse, será el factor que renueve las discordias entre la antigua “Junta de Burgos” y quienes así la habían motejado. En rigor, no se trataba ya de un debate intrapartidario, por cuanto los ex dirigentes de la Comisión pro Unidad no habían regresado al viejo partido tras el fracaso del PSO. Sólo Juan Unamuno, y recién en 1945, solicitaba la reafiliación al PS, pero ésta le era denegada,¹¹⁸ mientras Coca se embarcaba directamente en la construcción del Partido Laborista para culminar presidiendo el Colegio Electoral que proclamaba a Perón y Quijano como presidente y vicepresidente de la Nación.

Con distintos ritmos, entonces, aquellos viejos militantes, provenientes del tronco socialista pero cada vez más críticos de su conducción, se acercan al peronismo para terminar confluyendo en la experiencia del IEES y *Argentina de Hoy*. De hecho, algunos venían colaborando en otras publicaciones afines al gobierno, como la revista *Hechos e Ideas*,¹¹⁹ y lo harían también en el diario *La Prensa* luego de su expropiación en 1951. Desde esos espacios, los viejos socialistas no escatimaban críticas a su antiguo partido. En un artículo de 1947, Coca denunciaba

“la manifiesta influencia [de] la oligarquía [...] en los antiguos partidos populares, [...] que hoy tiene su expresión en los titulados [...] socialistas [...], que así como antaño trataron en toda forma de impedir el normal funcionamiento de los gobiernos del Presidente Yrigoyen, hoy están unidos en la tarea antihistórica de obstaculizar la política [...] [del] gobierno revolucionario. [...] No se crea que esta tendencia antiobrera de los jefes del llamado partido Socialista es de ahora: es antigua, pues hace muchos años que su dirección está en manos de ‘intelectuales’ con mentalidad oligárquica, algunos de ellos procedentes de la flor y nata de la oligarquía.”

Esta situación, para el autor, era consecuencia directa de

“...el abandono [...] de las rutas históricas y su separación de las masas obreras para entregarse al más crudo electoralismo en interés exclusivo del gremio de candidatos a que ha quedado reducido el presunto partido Socialista.”¹²⁰

¹¹⁸ Este rechazo a la reafiliación de Unamuno no deja de ser llamativo, ya que en el contexto de la formación de la Unión Democrática, el PS se daba una política de amplio reclutamiento (veremos en el capítulo 5, por ejemplo, cómo el CEN consintió a sabiendas el ingreso de diversas fracciones trotskistas, incluso algunas previamente expulsadas del partido). Unamuno no había adherido al peronismo en sus primeras manifestaciones (de hecho, en el acto por el primer aniversario del IEES esbozaría una autocrítica al respecto –cf. Herrera, 2009:93), pero acaso su vieja y estrecha amistad con Ángel Borlenghi, para ese entonces ya uno de los principales articuladores del frente peronista en el plano sindical y político, haya estado entre las razones de la desconfianza y el consecuente veto socialista a su reingreso.

¹¹⁹ Junto con Coca y Unamuno, en esta vieja publicación ligada históricamente al radicalismo yrigoyenista, interrumpida en los 30 y reeditada en los años peronistas, encontramos también a Adolfo Abello, periodista del diario Clarín y, desde esa expertise, Secretario de prensa del IEES y director de *AH*. v. “La tercera posición argentina en la política internacional”. *Hechos e Ideas. Publicación de cuestiones políticas, económicas y sociales*. Año VI, Tº XI. Buenos Aires, 1951, pp. 331-348. Sobre esta nueva etapa de la revista *Hechos e Ideas*, v. Cattaruzza (1993)

¹²⁰ “La revolución y los titulados socialistas”. *Hechos e Ideas...*, Año VI, Tº XI. Buenos Aires, 1947. pp. 37-41.

En una tónica muy similar, ya en *Argentina de Hoy*, Juan Unamuno se remonta a la historia en busca de un antecedente de las acciones conspirativas de 1953 contra el gobierno de Perón y, en general, de la política antiperonista adoptada por el PS y otras fuerzas de la oposición. También lo halla en la época yrigoyenista y, más concretamente, en la coyuntura de 1930:

“...ahora [...] se conjuran las mismas fuerzas que entonces derrocaron a Yrigoyen y posibilitaron el régimen uriburista. El núcleo central, como entonces, lo constituyen los elementos de la oligarquía terrícola y vacuna [...]. Junto a ellos, los políticos conservadores, radicales y socialistas. [...] Entonces, en 1930, la suerte acompañó a los rebeldes. [...] La oligarquía se afirmó en el poder y la Nación entró en un periodo de cruenta reacción. [...] se entregó todo al imperialismo, porque así convenía a los intereses de la clase que volvió al poder, después de la frustración de la experiencia de 1916.”¹²¹

En ambos artículos, la experiencia yrigoyenista queda reivindicada, pero más que por atributos propios, por la naturaleza de las fuerzas que se le opusieron y la derrocaron (*las mismas* que detentaban el poder antes de 1916 y que hostigaban ahora al gobierno peronista) y por contraste con la reacción oligárquica que la había sucedido. La mención de “*los políticos socialistas*” por parte de Unamuno refiere, más que al propio PS, al socialismo independiente, que participara directamente en el golpe contra Yrigoyen y en los posteriores gobiernos de la Concordancia. Pero esos matices entre las agrupaciones socialistas de antaño, que habían dado lugar a duras disputas, poco parecen importar en 1953. El autor los soslaya, acaso en forma deliberada, para presentar al socialismo de 1930, como un todo, actuando en connivencia con el resto de la oposición política y las fuerzas oligárquicas, a fin de trazar un claro paralelo entre el anti-yrigoyenismo del pasado y el antiperonismo del presente.

Además de la genérica reivindicación del yrigoyenismo, lo que se destaca de estos fragmentos es la crítica de los autores a la trayectoria del PS y lo que de allí se deduce en cuanto a su posición respecto de la tradición partidaria. En este sentido, si bien la referencia de Coca al “*abandono de las rutas históricas*” por el PS parece rescatar una tradición de la cual la conducción se había apartado, el punto de inicio de tal desviación se torna difuso. La crítica, incluso, podría comprender a la orientación fijada por el propio Juan B. Justo, a quien no se menciona pero tampoco se excluye expresamente del comentario.¹²²

¹²¹ “Concomitancias reveladoras y elocuentes”. *AH* N° 26, junio 1953: 1.

¹²² Recordemos que en la crisis partidaria de 1937, el documento emitido por la Comisión Pro Unidad, firmado por Coca y Unamuno, había fijado taxativamente el deceso del *Maestro* como un punto de inflexión en la crisis de conducción del PS.

En general, la figura de Justo, exaltada hasta la apoteosis por Dickmann y por *La Vanguardia* en su nueva línea editorial, no es especialmente reivindicada en *Argentina de Hoy*; incluso algunos artículos se permiten cuestionar expresamente al fundador del PS. Es el caso de otra nota de Unamuno que, en detrimento de éste, reivindica la trayectoria de Lisandro de la Torre. Resaltando las convicciones *antiimperialistas* del líder santafesino, el autor recuerda (y recoge) sus críticas a los férreos principios librecambistas de Justo, por ir éstos en perjuicio de la industria nacional y, en última instancia, también de los trabajadores.¹²³

En ambas facetas de la crítica (a su vieja postura anti-yirigoyenista y a la marcada convicción liberal de su fundador), podemos ver atisbos de argumentos que serán centrales en la impugnación de la Izquierda Nacional al PS. Esa corriente, como veremos *in extenso* en el próximo capítulo, tendrá como uno de los pilares de su construcción identitaria la condena a la izquierda “*cipaya*”, “*antinacional*” y “*antipopular*” representada por el PS y el PC (Galasso, 2007). Basado en indicios como estos, Omar Acha (2006) define al IEES como “*la primera articulación de la Izquierda Nacional argentina*”, por cuanto sus pronunciamientos combinan un discurso socialista con la defensa del proyecto peronista (al cual se identifica con el interés de la nación toda) y con esa denuncia a las formaciones de izquierda tradicionales. Si bien no acordamos plenamente con esa afirmación, veremos que algunos de los intelectuales del IEES no serán ajenos al surgimiento de esa sensibilidad política. En todo caso, preferimos inscribir la acción del Instituto y la prédica de *Argentina de Hoy* entre sus antecedentes.

En cualquier caso, es evidente que la ruptura con la vieja tradición justista se ve con mucha mayor nitidez en *Argentina de Hoy* que en *La Vanguardia*. Un claro ejemplo de este desapego por los antiguos símbolos partidarios es la reacción ante el incendio de la histórica Casa del Pueblo. El tratamiento de los hechos en el número posterior es elíptico (no se menciona expresamente el atentado opositor ni la represalia peronista), pero nada ambiguo en su posicionamiento. La nota editorial llama a profundizar “*la Revolución, hasta sus últimas consecuencias*”, extirpando el activo “*brote contrarrevolucionario*” del que señala como promotores a radicales y socialistas. Y para no dejar dudas, la portada se

¹²³ El título de la nota es elocuente: “A L. de la Torre no se le traspapeló el imperialismo”. *AH* N° 15, 30-6-52, p. 1. No era la primera vez que desde la publicación se recurría a la reivindicación póstuma de De la Torre para denostar al PS. En el número anterior, una nota destacaba la soledad del “*recio líder antiimperialista*” en su célebre denuncia sobre el negocio de las carnes, ante la indiferencia de sus colegas socialistas en el Congreso de la Nación. *AH* N° 14, 31-5-52, p. 6

cierra con la oda “*Al fuego*”, de Pablo Neruda, fechada expresamente en abril de 1953 y, según se afirma, enviada por el autor en especial para *Argentina de Hoy*.¹²⁴

Esta débil identificación con la tradición del PS no obstó para que la entrevista Dickmann-Perón despertara un considerable entusiasmo en la publicación, que brinda una importante cobertura al acontecimiento. El número posterior a la entrevista lleva como título central “*Dickmann desenmascara a la Casa del Pueblo*”. La portada se dedica casi íntegramente al acontecimiento: se adjunta una fotografía del dirigente, se reproduce su carta al Comité Ejecutivo que acababa de expulsarlo y se lo invita públicamente a encabezar un acto en el Luna Park. En la nota de invitación, sin embargo, el IEES se declara ajeno a las disputas internas del PS e incluso “*al margen de las banderías políticas*”:

“Su actitud y su conducta [...] escapan a los límites de una polémica partidaria, que no nos incumbe ni nos interesa [...]. Por eso, el Instituto de Estudios Económicos y Sociales, que está al margen de las banderías políticas, se permite ofrecerle y asegurarle su tribuna, para que exteriorice plenamente, con absoluta libertad, su pensamiento político.”¹²⁵

Ahora bien, en la misma portada, Unamuno aprovecha la ocasión para ajustar cuentas con la larga historia de crisis internas del PS, en un recorrido que deja ver la marca de su biografía militante. A pesar de su tono claramente impugnatorio, el autor no deja de abrigar esperanzas en una futura regeneración, aunque desde ya, no se espera que ésta provenga del interior del viejo partido, sino –tal vez anticipando la próxima jugada– de un “*vasto movimiento socialista*”:

“La historia del Partido Socialista [...] es la historia permanente de fecundas manifestaciones ideológicas, ahogadas y destruidas bajo la mordaza de la disciplina. [...] En cada uno de estos episodios, invariablemente, la alta dirección partidaria logró avalar su conducta. Siempre encontró el resquicio estatutario [...] o la ficción del voto general. Como lo encontrará, sin duda, para sancionar a Enrique Dickmann, no obstante que su gesto ha conmovido gratamente a la opinión pública y a la militancia socialista. [...] Por eso, nos preguntamos con angustia esperanzada ¿no habrá llegado el instante histórico de promover un vasto movimiento socialista, sin limitaciones ni estancos a los variados matices del ideal?”¹²⁶

Al interior del número se suceden las congratulaciones y mensajes de apoyo a Dickmann por parte de los miembros del IEES, destacándose el saludo de Joaquín Coca, quien tal vez sintetice las dos posiciones anteriores, aparentemente contradictorias, al diferenciar tajantemente entre “*el socialismo*” y “*el Partido Socialista*”.

“Pocos saben, como se yo, la valentía moral que se necesita en el Partido Socialista para tomar actitudes como la suya [...]. Creo, como usted, que ha prestado un gran servicio, pero más al socialismo que al Partido Socialista, pues en cuanto a éste, creo que ha llegado tarde”.¹²⁷

¹²⁴ “La Revolución, hasta sus últimas consecuencias” y “Al Fuego”. *AH* N° 25, Mayo 1953: 1

¹²⁵ “Dickmann hablará en la tribuna del Instituto”. *AH* N° 11, 29-2-52: 1

¹²⁶ “La dirección del PS contra el socialismo”. *AH* N° 11, 29-2-52: 1

¹²⁷ “Gran servicio al socialismo; en cuanto al Partido, creo que ha llegado tarde” *AH* N° 11, 29-2-52: 3

En efecto, la reivindicación de la identidad socialista está presente en *Argentina de Hoy*, pero se da totalmente desligada del antiguo tronco partidario y se postula en paralelo con la afirmación de la pertenencia justicialista, que se asume sin reservas. En este sentido, la *lucha por la legitimidad* con la vieja conducción del PS, que vimos tan presente en *La Vanguardia*, no es un tema de interés para la publicación. Si bien el propio Unamuno será un decidido impulsor del MS e integrará las comitivas que se entrevisten con el ministro Borlenghi, las disputas internas del socialismo, salvo en el resonante caso de Dickmann, no figuran entre los temas abordados por el periódico. De hecho, el propio interés por el *incidente Dickmann* parece menguar con el correr del tiempo, publicándose en los meses siguientes algunas notas esporádicas que recogen pronunciamientos del veterano dirigente o fustigan a la vieja conducción por sus métodos autoritarios y sus posiciones antipopulares. Cuando finalmente Dickmann se lanza en el acto del Salón Augusteo, *Argentina de Hoy* reproduce su discurso, aunque lo titula de una forma que podría marcar cierta distancia entre los “recién llegados” y quienes venían apoyando a la Revolución Nacional desde años atrás, si no desde su surgimiento: “*Enrique Dickmann hizo la profesión de fe del Socialismo en la Nueva Argentina*”.¹²⁸

Estos posicionamientos reafirman, en definitiva, que la identificación de *Argentina de Hoy* con la tradición del PS es ya muy tenue. Si a lo largo de la publicación subyace cierta búsqueda de un *verdadero socialismo*, queda claro que éste debía caracterizarse por un decidido apoyo (aunque no una integración lisa y llana) al movimiento y el gobierno peronista. Veamos ahora en qué medida esta reconfiguración de la identidad socialista a la luz de la adhesión al peronismo se nutría de una reinterpretación del pasado nacional.

Aunque en un segundo plano respecto de los estudios económicos, *Argentina de Hoy* contó, desde su lanzamiento, con un considerable espacio dedicado al análisis y la divulgación histórica. En un primer momento, la tarea estuvo a cargo de los ex comunistas Puiggrós y Astesano (es bueno recordar que el primero, antes de su expulsión, había fungido como una suerte de historiador “oficial” del Partido Comunista –Acha, 2006). Cuando éstos abandonaron el IEES, ese rol recayó sobre todo –aunque no únicamente– en el joven historiador socialista Norberto D’Atri. Sus artículos, en algunos pasajes, parecen pretender cierta equidistancia entre el relato liberal y las lecturas revisionistas, o al menos entre sus expresiones más sesgadas. Se trata, más bien, de un problema de enfoque. En un

¹²⁸ AH, N° 28, agosto 1953: 1

artículo referido a uno de los puntos álgidos de esa polémica, la guerra del Paraguay, D’Atri lamenta que

“...seguimos sin ponernos de acuerdo, ni sobre los actores, ni sobre los actos de ese gran drama que fue nuestra historia. Y no nos ponemos de acuerdo porque se sigue haciendo la historia en torno a los nombres y no a los hombres. Todos los días o se crea un santuario o se ‘defenestra’ un prócer.”¹²⁹

En el mismo tono se refiere, en otra nota, a la permanente y maniquea polémica suscitada sobre la figura de Sarmiento:

“¿Y qué se logró con todo esto? Crear dos escuelas, dos corrientes, dos bibliografías [...] antagónicas, [...] irreconciliables, [...] sin sustanciación real ni histórica. Son tan sólo dos tablas de valores, en las cuales el nombre de Sarmiento ocupa ambos extremos, según quien sea el que las esgrima. [...] Es que si Sarmiento, santo, se le abren a uno muchas puertas; es que si Sarmiento, réprobo, ídem. Pero si Sarmiento, ni santo, ni réprobo, se le cierran a uno todas las puertas.”¹³⁰

Además de estas menciones en el marco de otras temáticas, D’Atri dedica específicamente un artículo a manifestar su preocupación por la forma en que se daba el debate historiográfico argentino:

“[...] aparecen, unos, fieles y circunspectos adictos a la línea tradicional, a la historia escrita por los descendientes de ‘unitarios’ y vencedores de Caseros [...]. Para ellos, todos aquellos argentinos que llegaron al poder fueron próceres, patricios ilustres, dignos del más absoluto respeto [...]. Frente a ellos se encuentran, envueltos en una aureola de ‘iconoclastas’, los que se llaman pomposamente ‘reversionistas’, los que [...] rinden culto unánime, a Juan M. de Rosas. Para éstos, la auténtica historia argentina se inicia en 1830, ya que la Revolución de Mayo sería un hecho poco menos que intrascendente. [...] son pocos los que liberados de prejuicios sectarios, tratan de reconstruir con honestidad intelectual nuestro pasado.”¹³¹

En otros colaboradores de *Argentina de Hoy*, esa pretensión de equidistancia aparece acentuada hasta adquirir cierto rasgo *naif*. En una nota firmada por J. R. Fernández –cuya trayectoria y procedencia desconocemos– se intentan reseñar los aportes y falencias del revisionismo histórico, concluyendo en un llamamiento a “*deponer prejuicios*” entre los defensores y detractores de los distintos protagonistas del pasado nacional, por entender que, a fin de cuentas, todos hicieron su aporte a la patria:

“Tomar por parcialidades a los hombres no es justo; tampoco lo es fraccionar los documentos o encastillarse en alguno de los bandos en pugna. [...] Por diversos caminos, los varones del pasado [...] aportaron esfuerzos para la erección del lar común. Aciertos y desaciertos, todos son materiales prácticos [...]. Rivadavianos y rosistas tienen que deponer prejuicios [...] Los hombres se sitúan, por lo general, a la derecha, o a la izquierda; pero la patria debe estar en el centro: en el centro de todos los corazones.”¹³²

Lejos de esta cándida apelación a la concordia, D’Atri se reconoce dentro del universo del revisionismo, aunque se diferencia tajantemente de su vertiente rosista y, en

¹²⁹ “Aquellas lágrimas del General Urquiza”. *AH* N° 25, 2-5-53, p. 3

¹³⁰ “Sarmiento, de frente y de perfil”. *AH* N° 30, 1-10-53, p. 5

¹³¹ “Basta de historia escolar y mitológica!”. *AH* N° 18, 1-10-52, p. 7

¹³² “Revisionismo”. *AH* N° 13, 30-4-52, p. 6

especial, de quienes pretendían unir la reivindicación de Rosas con el apoyo al peronismo.¹³³ Además, plantea una objeción metodológica al revisionismo tradicional, proponiendo alejarse de la exaltación de los *grandes hombres* para centrarse en el protagonismo de las *masas populares*. En esa línea, el citado artículo sobre la guerra del Paraguay no se dedica a la reivindicación de Francisco Solano López o el denuedo de Mitre, tópicos recurrentes de las lecturas revisionistas del conflicto, sino que prefiere destacar la “sublevación de Basualdo”, deserción de las tropas entrerrianas destinadas al frente, en desacato a la orden de Urquiza. A través de este acontecimiento, el autor reivindica lo que considera “*el auténtico revisionismo*”, que sólo puede surgir en un contexto histórico como el que ofrece la experiencia peronista:

“Hemos querido recordar el episodio como una modesta contribución para una revalorización social de nuestra historia; que es, como creemos, que se debe enfocar el auténtico movimiento revisionista (que hasta ahora, desafortunadamente, sólo se ha insinuado como un desvalido intento de justificación del rosismo). Porque ahora se puede hacer, porque en la Nueva Argentina el pueblo ha dejado de ser un símbolo, para ser una realidad. [...] porque ya no hace falta ‘tener apellido’ o ser descendiente de algún prócer [...] para escribir historia. Ahora la historia, la escribe el que la realiza: el pueblo.”¹³⁴

Un comentario particular merece el hecho de que uno de los conceptos utilizados para reivindicar a los amotinados de Basualdo sea el de *democracia inorgánica*, acuñado nada menos que por Bartolomé Mitre, anti-héroe por excelencia del revisionismo de izquierda con el cual D'Atri, como veremos, tendía a confluir:

“No es la montonera díscola, que obedece al jefe porque sí.[...] ellos eran hombres que desde hacía mucho tiempo, enhorquetados en un caballo, blandiendo una tacuara, habían salido a defender una bandera, que no era sólo la del caudillo que los empujaba, sino que era la representación rústica del ideal que los movía; eran hombres que habían salido a defender su concepto de la democracia y de la autonomía federal, concepto profundamente inorgánico, es cierto, pero por ser ellos mismos genuina expresión popular, profundamente democrático.”¹³⁵

De hecho, la idea de *democracia inorgánica* había sido retomada pocos años antes por José Luis Romero (1946), historiador ligado al PS, lo cual invita a pensar en la porosidad de las fronteras que separaban a los intelectuales afines al peronismo y aquellos enrolados en la oposición más intransigente. Pero más allá de la autoría del concepto, quizá no sea aventurado detectar, en la reivindicación de la *democracia inorgánica*, una discusión actual con quienes, como el PS, entendían el fenómeno del peronismo como la (re)encarnación de una dictadura basada en el caudillismo y la barbarie, bajo cuyo influjo

¹³³ “Basta de historia escolar...”, cit.

¹³⁴ “Aquellas lágrimas...”, cit.

¹³⁵ *Ibíd.*

las masas (rurales en el siglo XIX, obreras a mediados del XX) actuaban sin ninguna conciencia de sus intereses.¹³⁶

En cualquier caso, en los planteos de D'Atri encontramos una reinterpretación del pasado nacional que plantea una clara ruptura con las lecturas de matriz liberal sostenidas históricamente por el PS. Continuando la tarea iniciada por Puiggrós y Astesano, sus artículos se aproximan a una representación de la Historia Argentina en una clave que, coincidiendo con Herrera (2009, 2014) y Acha (2006), podríamos definir como *revisionista de izquierda, nacional y popular*, aproximándose a las tesis sostenidas con posterioridad por los grupos políticos e intelectuales que conformarían la Izquierda Nacional.

Sin embargo, buscando matizar esta afirmación, mencionaremos brevemente algunos artículos de *Argentina de Hoy* en los que esa ruptura con la tradición liberal no aparece tan clara. Un ejemplo de ello es la serie de artículos titulada “*La historia de nuestro vía crucis agroeconómico*”, publicada a lo largo de varios números y con la cual se buscaba dar sustento a la tenaz militancia del IEES a favor de la reforma agraria. Su autor, Alfredo Muzzopappa, era un periodista y militante socialista de larga trayectoria, que participaba activamente en el Instituto y en la publicación, aunque su ruptura con el PS era mucho más reciente: lo había abandonado tras acompañar con entusiasmo la derrotada moción de Julio V. González en el congreso partidario de 1950, que mencionamos en el capítulo anterior (Herrera, 2016: 167).

Lo interesante para nuestro análisis es que, en estos artículos, Muzzopappa reivindica enfáticamente la acción de uno de los próceres más controvertidos del “panteón liberal”: Bernardino Rivadavia. Su “*visión de estadista*” es resaltada a la par de sus luchas contra el caudillismo, que “*oponía vallas formidables*” al desarrollo de su “*noble política colonizadora*” y llevara al país a “*la era de su anarquía*”. También el empréstito Baring Brothers, suscripto por Rivadavia “*para atender a los gastos de la política de inmigración y colonización*” es avalado junto con la ley de Enfiteusis, considerada “*un estimable*

¹³⁶ Para Américo Ghioldi, como ya hemos citado, la clase obrera bajo el peronismo había “perdido vigor gremial y capacidad política”, participando “en movimientos histéricos e hipnóticos para la idolatría de un mandón militar”. (cit. en Herrera, 2005:356). Es de destacar que Dickmann, en el discurso que hemos analizado, parece no abandonar totalmente el argumento de la irracionalidad del vínculo entre Perón y la clase trabajadora, aunque intenta despojarlo de connotaciones peyorativas, aproximándose de alguna manera a aquella noción de *democracia inorgánica*: “Surgió [...] un gran movimiento popular [...], más por intuición y por instinto que por raciocinio, que ha comprendido que ha llegado el momento de reivindicar sus derechos y satisfacer sus necesidades. Y yo comprendo, yo aplaudo, yo estimo a la clase obrera argentina que ha apoyado a un hombre que supo, quiso y pudo satisfacer en estos momentos sus necesidades y sus aspiraciones. ¿Qué otra cosa quedaba a la clase obrera argentina que hacer eso?”. LV N°1, 11-9-53, p. 2. [las bastardillas nos pertenecen]

antecedente” que, por su “*valor revolucionario y funcional*”, no debía ser omitido “*en la consideración racional de una moderna reforma agraria*”.¹³⁷

En dos oportunidades, las notas de Muzzopappa se ilustran con importantes retratos de Rivadavia, lo que hablaría de una decisión editorial atribuible no sólo al autor. De hecho, en otro artículo de *Argentina de Hoy*, Rivadavia es integrado en la más típica genealogía de próceres del liberalismo, quienes, según se afirma, habían guiado al pueblo argentino en su “*continua lucha por la libertad*”:

“El pueblo argentino ha luchado y continuará luchando por la libertad [...]. Próceres como Moreno, Belgrano, Rivadavia, San Martín [...], lo interpretaron. Echeverría, Alberdi, Sarmiento, contribuyeron a la organización nacional. Los constituyentes del 53, [...], auténticos sabios, con clarividencia de un largo porvenir [...], nos legaron la Constitución [...]. El positivismo de Echeverría, de Alberdi y de Sarmiento tuvo su éxito y su bien para la República en su momento. No podrá negarse.”¹³⁸

Además de los nombres evocados, en la cita se retoma la centralidad de las *grandes personalidades* como artífices de un devenir histórico caracterizado por el avance continuo, racional y positivo de la libertad y la civilización. Se trata, en definitiva, de una visión mucho más próxima a la tradición historiográfica liberal-progresista sostenida históricamente por el PS (Acha, 2009) que a los postulados revisionistas defendidos por D’Atri y otros historiadores del IEES. Destacar –al menos sumariamente– su presencia en *Argentina de Hoy* resulta importante a fin de sustentar lo argumentado en la introducción de este capítulo: que las visiones del pasado sostenidas por estos grupos, por darse en medio de un proceso de ruptura y reconfiguración de lealtades políticas, reflejaban de alguna manera esa *crisis de identidad*, dejando poco margen para lecturas formalizadas y unánimes.

Entonces, si bien podemos considerar los planteos de D’Atri como los más representativos, por ser quien se ocupaba, desde su rol de historiador, de los artículos referidos específicamente a la materia, evidentemente no puede decirse que sus posiciones fueran unánimes en la publicación, lo cual invita a tomar cierta prevención respecto de lecturas unilaterales. Habida cuenta de esta diversidad de miradas al interior del periódico, tal vez cobre mayor sentido aquella apelación un tanto ingenua a “*deponer prejuicios*” entre las diferentes perspectivas historiográficas, sostenida por uno de sus articulistas. Quizá el llamado no fuera sólo un recurso retórico, sino también una manera de limar asperezas –o disimular divergencias– entre los propios colaboradores de la publicación.

¹³⁷ Cf. “El origen de nuestras industrias madres”. *AH*, N° 20, 1-12-52, p. 5 y “La experiencia rivadaviana es un estimable antecedente”. *AH*, N° 29, septiembre 1953, p. 5

¹³⁸ “Un anhelo de dignificación humana fluye de la Constitución de 1949”. *AH* N° 15, 30-6-52, p. 3

Conclusión

En estas páginas hemos procurado reconstruir las miradas que dirigió hacia el pasado un conjunto de militantes políticos que se hallaban embarcados en un proceso de revisión de su presente. A los fines de la exposición, los hemos presentado como dos grupos diferenciados, que se expresaban a través de sendas publicaciones (*La Vanguardia –Tercera Etapa* y *Argentina de Hoy*). Es importante aclarar que este corte tiene bastante de arbitrariedad, por cuanto una mirada más atenta evidencia contactos fluidos entre los dos espacios; contactos que podríamos sintetizar en la figura de Juan Unamuno, director del Instituto de Estudios Económicos y Sociales y activo impulsor del Movimiento Socialista que terminaría accediendo a la personería legal del viejo PS y relanzando su histórico órgano de prensa, con un marcado viraje en su línea editorial. Pero desde luego, las concomitancias no se agotan allí: junto con el de Unamuno, encontramos varios nombres que se repiten en uno y otro grupo (Carlos María Bravo, Alfredo Muzzopappa, Alfredo López, Toribio Rodríguez, Pedro Juliá, entre otros).

A pesar de ello, los matices señalados no son artificiales. En la nueva edición de *La Vanguardia* es notoria la presencia y la impronta de los militantes socialistas apartados o expulsados más recientemente del viejo partido, comenzando por el Secretario General del “nuevo” PS, Saúl Bagú y destacándose, sobre todo, la presencia de Emilio y Enrique Dickmann, aunque este último obrara más como una referencia de autoridad que como dirigente en la acción concreta. Los caminos de las dos publicaciones, incluso luego de formado el PSRN, seguirían siendo asintóticos, no llegando nunca a confluir totalmente.¹³⁹ Más aún, una figura central del IEES y exponente de una vasta trayectoria socialista como Joaquín Coca, se mantendrá al margen de la nueva experiencia partidaria, aun cuando, de algún modo, hubiera abonado a ella desde el mismo surgimiento del peronismo, a través de su permanente empeño en articular proyectos y discursos de izquierda en apoyo de la administración justicialista.

En este sentido, es muy curioso notar que, finalmente, el reencuentro de los dos viejos *decanos* del socialismo, Dickmann y Coca, a quienes elegimos al inicio del capítulo para representar de manera corpórea las disyuntivas históricas del PS, nunca llegó a consumarse en su totalidad. Esta vez, el otrora artífice o acompañante de sucesivas disidencias se mantuvo en un segundo plano, mientras el viejo guardián de la ortodoxia

¹³⁹ A modo de ejemplo, puntualiza Herrera (2009: 102), de cara a los comicios de abril de 1954, *Argentina de Hoy* se muestra más preocupado por exteriorizar su apoyo a la candidatura del contralmirante Teisaire a la vicepresidencia, que por difundir y apoyar las candidaturas legislativas del PSRN.

asumió el peso del escarnio de sus antiguos camaradas, quedando asociado para siempre a su arriesgada apuesta de bendecir la construcción de un Partido Socialista al amparo del *régimen* de Perón.

En ese carácter, y dado que en ambas publicaciones se lo reconoció como una autoridad indiscutida en virtud de su vasta trayectoria, el pensamiento de Dickmann acerca del pasado nacional y la tradición partidaria ha sido analizado por separado y en orden prioritario. Sus planteos se emparentan con los de *La Vanguardia* en la trascendencia que otorgan a la tradición del viejo PS. En ambos casos, las referencias a Juan B. Justo son omnipresentes, dejando la impresión de que toda toma de posición se refuerza si cuenta con el aval de una sentencia dictada por el *Maestro del socialismo*. Por oposición, se empeñan en demostrar que la política del PS no sólo se había desviado de esas enseñanzas, sino que constituía su contracara. En *La Vanguardia*, esa reivindicación de los *principios fundacionales* se ve reforzada, probablemente, por el público al que buscaba dirigir su mensaje. En ese afán, el pensamiento de Justo y la tradición partidaria *se reinventan* en función de las opciones políticas del presente.

Muy distinta es la postura de *Argentina de Hoy*, donde la apelación a la autoridad de Justo está prácticamente ausente. Por añadidura, se nota una actitud distante hacia todos los símbolos y tradiciones históricas del PS, como queda demostrado con la indiferencia –o el apoyo– ante el incendio de la Casa del Pueblo. Así pues, la *lucha por la legitimidad socialista* está lejos del interés de esta publicación. Tal vez esto también se explique en parte por el público al que se dirigía el periódico, que no se presentaba como órgano de prensa de un partido, sino de una institución que aspiraba a abarcar un amplio espectro temático, combinando la elaboración político-ideológica con la producción de conocimiento específico sobre diversas áreas. Aunque también es probable que la historia de conflictos y desavenencias –que llevaba décadas– entre la conducción del PS y algunos de los más destacados colaboradores de *Argentina de Hoy* tenga su peso a la hora de explicar su distanciamiento respecto de los íconos más caros a la memoria del socialismo. En este sentido, es curioso notar que la disposición a revisar los viejos postulados y la libertad para criticar a las *vacas sagradas* de la tradición partidaria parecen directamente proporcionales al tiempo transcurrido en cada caso desde la ruptura con el *viejo y glorioso* PS.

En cuanto a las visiones del pasado postuladas por estos actores políticos, podemos distinguir entre aquellas más inmediatas, en las cuales el análisis histórico se confunde con el balance político, y los esbozos tendientes a construir y proponer relatos globales sobre la

historia nacional. Entre las primeras podemos ubicar, claramente, las evocaciones del periodo yrigoyenista y de su abrupto desenlace. En *Argentina de Hoy*, el yrigoyenismo es reivindicado, aunque de manera algo difusa: más bien por analogía con el peronismo y por contraste con las fuerzas que se conjuraron para derrocarlo en el '30, entre las cuales se incluye sin medias tintas al socialismo. En *La Vanguardia*, la evocación de ese período parece ser un tema algo espinoso, por cuanto una reivindicación del yrigoyenismo podía implicar, así fuera implícitamente, un cuestionamiento a la política antiyrigoyenista del viejo PS bajo la égida de Justo. Cuando esta contradicción se plantea, sus articulistas recurren a intrincados argumentos retóricos para zanjar la cuestión. Dickmann, por su parte, no se muestra preocupado por revisar ese periodo, reafirmando al pasar su condena a la *intransigencia de la política criolla*, una de las marcas distintivas del yrigoyenismo según la vieja caracterización del PS.

Respecto de las visiones más globales sobre el pasado, deberíamos remarcar lo afirmado oportunamente en cuanto a que el peronismo no fijaba marcos estrechos respecto de las trayectorias o adscripciones previas de sus adherentes, por lo cual un acercamiento a su órbita no implicaba necesariamente una revisión de las concepciones previas de cada actor sobre la historia nacional. Así, podemos encontrar a un Dickmann sólido en su adscripción a la tradición liberal, en la cual intenta, no sin cierta dificultad, inscribir al peronismo. De todas maneras, el viejo dirigente prefiere fijar su mirada en el presente, destacando las realizaciones del gobierno peronista y su congruencia con el programa histórico del PS. Este último aspecto es compartido por *La Vanguardia*, que elige soslayar el debate más amplio sobre el pasado nacional y centrarse en la defensa de la tradición socialista, aunque reformulada en términos que la tornaran más compatible con su adhesión al peronismo. Esto puede ilustrarse, por ejemplo, con el rescate en paralelo de las figuras de Juan B. Justo y Manuel Ugarte como presuntos representantes de un pensamiento latinoamericano y antiimperialista.

Es en *Argentina de Hoy* donde encontramos una vocación más sistemática de construir una nueva genealogía histórica en la cual inscribir al peronismo, destacándose los planteos de Norberto D'Atri como los más representativos de la publicación. Desde este espacio se promueve una ruptura más nítida con el paradigma liberal sostenido por el PS, tendiendo a una visión revisionista de izquierda, nacional y popular, centrada en el protagonismo de las masas más que en los *grandes hombres* denostados por la historiografía liberal y exaltados por el revisionismo. El ejemplo paradigmático al respecto es Juan Manuel de Rosas, cuya figura no es rehabilitada por ninguno de los colaboradores

de la publicación. No obstante, ese impulso revisionista convive, en el mismo periódico, con visiones en las que subsisten líneas de continuidad con la vieja matriz liberal, lo cual obliga a la prevención respecto de lecturas unilaterales que no den cuenta de los matices, las contradicciones y la fluidez de estas visiones del pasado, que reflejan en buena medida un momento de *crisis de identidad* en las adscripciones políticas de quienes las promueven.

En igual sentido, tal vez sea posible ver en estos matices un atisbo de divergencias más pronunciadas que tendrán lugar al interior del PSRN, donde los militantes provenientes del socialismo convivirán con otros grupos más decididamente revisionistas respecto de la historia nacional y abiertamente críticos de la tradición iniciada por Juan B. Justo. Será uno de los objetos del próximo capítulo el reconstruir cómo se procesaron al interior del nuevo espacio político las tensiones entre los grupos que provenían (más o menos orgullosamente) del Partido Socialista y aquellos que impugnaban sin miramientos a esa tradición.

Capítulo 3
Proletarios y criollos
La Izquierda Nacional en busca del
Sujeto de la Historia.

Las patas delanteras en tensión, en el aire, prestas a continuar su galope febril sobre la infinitud de los llanos; las traseras, confundidas con la tierra, como si de ella brotara el caballo y de éste el jinete. Unas matas adustas, solitarias, salpican pobremente la tierra yerma. Inmensidad. Horizonte. Desierto. Espejismo de montañas a lo lejos. Últimos intersticios de libertad.

Jinete y caballo, alazán y montonero, son uno: centauro rústico con sus cuatro ojos fijos en el más allá; mirada incommovible hacia la nada que espera. La muerte. Hacia allí marcha como hipnotizado, decidido, destinado, a su último choque con la civilización. O intenta vanamente huir de ella, de la Historia que desde el puerto irradia sus luces de progreso y de sangre sobre el interior arrasado, sobre la nación desgarrada, muerta antes de nacer y, sin embargo, siempre renaciente.

La mitad animal, briosa, crispada, avanza posesa hacia lo inevitable. La humana, resignada, imperturbable y altiva, sostiene una faca toscamente aferrada al extremo de una tacuara. Con ella anhela vindicar al Chacho, cobardemente lanceado por orden del bárbaro Sarmiento; exhibida su testa como trofeo de guerra.

Vengará al héroe de los llanos, al hijo de Facundo.

Venderá cara su derrota.

La imagen que intentamos recrear en palabras lleva por nombre “El último montonero”. Compuesta por el pintor y dibujante criollista Osvaldo Gasparini, abre el primer ensayo histórico de Jorge Abelardo Ramos, *América Latina: un país*, publicado por editorial Octubre en 1949. Que un intelectual trotskista como Ramos la haya escogido para iniciar su incursión sin retorno en la historia argentina es por demás revelador. Casi a modo de *Advertencia al lector*, Ramos parece anunciarnos, a través del cuadro de Gasparini, que la utopía revolucionaria ya no se corporiza sólo en el moderno proletariado industrial, en los correosos obreros que, surgidos de las entrañas

del avance capitalista, anuncian el futuro de la humanidad. También lo hace en los cuerpos arrasados por ese progreso: el gaucho a caballo, la tradición criolla, la tierra mestiza, la lanza tacuara.

Volvemos a la ilustración y aguzamos la mirada. Vemos que Gasparini desdibuja los contornos de sus nítidas figuras justo allí donde se unen la tierra con el caballo y éste con el montonero. Algo similar sucederá en la obra más leída y celebrada de Ramos, donde las masas populares *son la encarnación* de la Nación misma –como substancia y como proyecto– y, a su vez, *encarnan* en los sucesivos caudillos que las lideran.

Tierra, caballo y montonero en la obra de Gasparini; nación, masas y caudillos, en la de Ramos, son Uno y Trino.

*

*

*140

¹⁴⁰ Si bien quedará asentado a lo largo del capítulo, preferimos enfatizar también aquí que algunas figuras retóricas utilizadas en este preludeo fueron tomadas en préstamo. La figura “centauro rústico” para referir al *gaucho de a caballo* pertenece al propio Ramos (1957:169) y la inversión del lema *Civilización y Barbarie* como acusación a su propio autor, el “bárbaro Sarmiento”, fue postulada nada menos que por José Hernández, en su ensayo biográfico *Vida del Chacho* (Hernández, 1967:7).

Introducción:¹⁴¹

Paradójicamente, eso que parece estar anunciado en la página inicial del primer ensayo histórico compuesto por el autor (a la postre) más reconocido de la corriente que dará en llamarse Izquierda Nacional (IN), tardaría en realidad varios años en cobrar una forma acabada. La centralidad que esta corriente atribuiría a las *masas populares* (gauchas, criollas, mestizas, oriundas del litoral o el interior profundo y consustanciadas con la causa federal-provinciana) como protagonistas permanentes y excluyentes del drama histórico argentino, sería el punto de llegada –y no el de partida– de una articulación discursiva, político-historiográfica, que se había ido conformando entre los años de la década peronista y los primeros que sucedieron a su cruento desenlace en 1955; años coincidentes, aunque no de manera exacta, con la experiencia del PSRN.

Hablamos de un discurso político-historiográfico por la excepcional importancia que, como veremos, la IN otorgó a la relectura de la historia argentina como uno de los pilares de su corpus doctrinario y matriz identitaria. En este capítulo nos dedicaremos, justamente, a reconstruir la lenta y compleja urdimbre de esa trama discursiva, en la cual la narrativa histórica será un tópico central pero no único, y, de modo similar, el aporte de Ramos será de importancia decisiva, pero en modo alguno excluyente.

Comencemos por delimitar nuestro objeto específico. Se trata de una corriente de márgenes difusos, que acaso podríamos graficar como un esquema de círculos concéntricos. En su límite exterior, el apelativo “izquierda nacional” puede remitir, en sentido lato, a un amplio espectro político-intelectual que, sobre todo en las décadas del sesenta y setenta del siglo pasado, buscó conciliar determinados principios del marxismo (una lectura materialista de la historia centrada en la lucha de clases, un horizonte socialista para el proyecto nacional) con la adhesión al ideario nacional-popular y, más concretamente, al peronismo (identificado como punto o fase de inicio de ese proceso revolucionario con perspectiva socialista).¹⁴² Sin embargo, consideramos que esa definición amplia no contempla la diferencia –importante a nuestro modo de ver– entre las versiones más radicalizadas del propio movimiento peronista (la tendencia revolucionaria, izquierda peronista o peronismo revolucionario)

¹⁴¹ Algunos pasajes del presente capítulo fueron desarrollados en base a producciones previas, tanto propias (Correa, 2018) como en colaboración (Fiebelkorn y Correa, 2019)

¹⁴² Pensemos, por ejemplo, en la prédica y la acción de intelectuales del “pensamiento nacional” como Juan José Hernández Arregui, o de dirigentes políticos como John William Cooke, que, si adoptásemos este criterio, bien podrían considerarse pertenecientes a la tradición de la Izquierda Nacional.

y los grupos que, aun apoyándolo *críticamente*, se mantenían al margen de él, postulando la necesidad de construir un partido autónomo con vocación de disputar desde una posición independiente, de izquierda y propia de la clase trabajadora, la conducción del mucho más amplio y heterogéneo movimiento nacional (Acha, 2009: 208).

Adoptando este criterio más restrictivo, la IN comprendería a algunos grupos de extracción trotskista afines al peronismo, así como a la fracción escindida del Partido Comunista bajo el liderazgo de Rodolfo Puiggrós. No obstante, lo cierto es que sólo los primeros adoptarían para sí el nombre de Izquierda Nacional e intentarían embarcarse, después de 1955, en sucesivas empresas políticas bajo esa denominación.¹⁴³ Así es que, en un sentido aún más estricto, a ellos nos referiremos centralmente en estas páginas. En concreto, se trata de dos agrupamientos trotskistas ya discernibles hacia 1945 en la publicación de los periódicos *Frente Obrero*, dirigido por Aurelio Narvaja y *Octubre*, orientado por Ramos. Distintos autores señalan a Narvaja como el orientador y principal teórico de la primera tendencia, pero su bajísimo perfil público y su propensión a ocultar bajo diversos y cambiantes seudónimos la autoría sobre sus pocos escritos publicados, hicieron que otros integrantes del grupo, en especial Enrique Rivera, cobren una notoriedad mayor. (Los escritos que analizaremos en profundidad en este capítulo, como veremos, llevan la firma de Rivera, aunque en más de un caso se da por descontada la colaboración con Narvaja y otros miembros de la agrupación). Esta particularidad, sumada al hecho de que esta tendencia nunca se constituyó finalmente en partido político, condujo a que, al referirse a ella, tanto sus integrantes como quienes reivindicaron retrospectivamente su legado y los investigadores que la analizaron, la denominen por el nombre de aquella publicación inicial: “Grupo Frente Obrero”. Lo opuesto sucede con la tendencia que publicara *Octubre*: la atrayente personalidad de su hiperactivo y desenvuelto conductor, polemista incansable y cultor de una pluma tan ligera como punzante, resulta en que, quienes buscan distinguir con mayor precisión su círculo de pertenencia más próximo de la corriente más amplia que contribuyó decididamente a animar (esto es, la IN *in toto*), designen a aquel núcleo con el nombre propio del líder: “Grupo Ramos” (Galasso, 1983, 2007; Ribadero, 2017; Rivera, 1971; Tarcus, 2007: 455, 547).¹⁴⁴

¹⁴³ En la década del sesenta, Jorge Abelardo Ramos impulsará el Partido Socialista de la Izquierda Nacional (PSIN) y a inicios de la década siguiente, la que será su organización más conocida, el Frente de Izquierda Popular (FIP), que, en 1973 convocará al electorado a “apoyar a Perón desde la izquierda”.

¹⁴⁴ En el grupo Frente Obrero, además del mencionado mentor teórico (Aurelio Narvaja) y quien desempeñó el rol más activo como publicista (Enrique Rivera), se destaca la presencia de los hermanos

Durante todo el periodo peronista, las relaciones entre el grupo Frente Obrero y el grupo Ramos fueron fluctuantes. La afinidad en sus postulados fundamentales y la debilidad organizativa de ambos agrupamientos los impulsaron a aunar esfuerzos de manera recurrente; pero la desconfianza mutua y las disputas por el liderazgo (quizá también, por qué no, la incompatibilidad de caracteres que acabamos de reseñar) llevaron una y otra vez al fracaso de esas iniciativas unitarias, culminando, como veremos, en una abierta ruptura a mediados de 1955, en la cual las polémicas teóricas y políticas se superpusieron más de una vez con acusaciones personales y morales. A la postre, ambos grupos reclamarían para sí el título de “precursores” y, en alguna medida, disputarían la autoría sobre las tesis políticas e historiográficas de la IN. (Por ejemplo, Frente Obrero hará gala de haber caracterizado al peronismo como un fenómeno *progresivo* en la lucha por la liberación nacional desde el mismísimo 17 de Octubre, preocupándose por dejar claro que Ramos adoptó esa caracterización con posterioridad y, en buena medida, por su influencia. Veremos que algo similar sucederá en relación a las lecturas del pasado nacional).

En muy apretada síntesis, podemos decir que el discurso de la IN se asentará sobre tres ejes principales. En primer lugar, el *apoyo crítico* a la experiencia peronista, en tanto ésta se sostenía en una adhesión activa de la clase trabajadora y era juzgada como una fase *progresiva* en la perspectiva de la construcción del socialismo, sobre todo en relación a las tareas ligadas a la *liberación nacional*: independencia económica, industrialización, planificación estatal de la economía, política exterior soberana, etc. (No está de más recordar que se trataba de una posición francamente minoritaria en el concierto de la izquierda argentina durante el primer peronismo). El segundo eje es el que ya hemos anunciado: la revisión del pasado argentino en clave nacional-popular, opuesta a la llamada “Historia oficial” liberal, consagrada en el discurso académico y difundida por el sistema escolar, pero, a su vez, distante del revisionismo de cuño rosista que había proliferado desde los años treinta (Acha, 2009: 206 ; Devoto, 2004). Por último, pero no menos importante, la IN desplegará una durísima crítica a las izquierdas preexistentes, en particular –aunque no únicamente– contra los partidos

Ángel y Adolfo Perelman, quienes habían llegado a ocupar roles dirigentes en la huelga metalúrgica de 1942 y en la posterior fundación de la Unión Obrera Metalúrgica (el primero de ellos, escribiría una crónica testimonial sobre el 17 de Octubre –Perelman, 1961), y de los abogados Carlos Etkin y Hugo Sylvester. Por su parte, el “Grupo Ramos” estaría integrado en estos años por Adolfo Murray, Alberto Converti, Hugo Kiernan y, a partir de 1949-50, quien sería durante décadas el principal lugarteniente de Ramos: Jorge Enea Spilimbergo. Otros militantes más renombrados de esta formación, como Alberto Belloni, Ricardo Carpani o un joven Ernesto Laclau, se integrarían a ella con posterioridad a los años que nos ocupan.

Socialista y Comunista. Este tercer tópico se nutre de los dos anteriores, por cuanto la condena a socialistas y comunistas se fundamenta tanto en su tenaz oposición al peronismo, como en su adhesión a aquella lectura de la historia argentina de matriz *civilizatoria y progresista*, tributaria en última instancia de la tradición liberal, de la que hemos hablado en el capítulo anterior en relación al PS. La identidad de la IN, de hecho, se construirá en buena medida como espejo invertido de esas izquierdas - “*antipopulares*”, “*antinacionales*” o “*cipayas*”. Desde luego, esos tres ejes guardan una estrecha interrelación entre sí y, como veremos, en los años coincidentes con la experiencia del PSRN (formación que estos grupos no sólo integraron, sino que reivindicarían luego como una instancia fundacional), se hallaban en pleno proceso de cimentación.

Para analizar la conformación de esta nueva identidad política podemos servirnos de la propuesta teórica de Gerardo Aboy Carlés (2001), quien define a tales identidades como

“el conjunto de prácticas sedimentadas, configuradoras de sentido [que] se constituye[n] y transforma[n] en el marco de la doble dimensión de una competencia entre las alteridades que componen el sistema y de la tensión con la tradición de la propia unidad de referencia” (:54).

En el caso de la IN, la dimensión de la *alteridad* estará puesta en primer plano de manera explícita y, de algún modo, exacerbada, ya que, como hemos dicho, su identidad se construye prácticamente *en oposición* a las izquierdas más consolidadas. Pero también el aspecto de la *tradición* nos presenta una veta de gran riqueza para el análisis, por cuanto una nueva identidad política, en su proceso de conformación, necesita inscribirse en un *continuum* de experiencias y luchas que le den sentido a su práctica presente. Haciendo uso de otra referencia teórica, mucho más visitada, podemos decir que, en el periodo que analizamos, los grupos que conformarán la IN se encuentran, probablemente sin saberlo, en plena tarea de *invención de su tradición* (Hobsbawm, 2002). En ese trance, volverán la mirada al pasado en dos direcciones: hacia la historia de la propia izquierda argentina (en especial, de su primera expresión partidaria, el PS) y hacia la historia nacional.

Luego de derrocado el peronismo –y de disuelto el PSRN en el marco de la inefable cruzada “libertadora” del general Aramburu y el almirante Rojas–, hacia fines de la década del 50 el discurso histórico de la IN hallará una expresión más formalizada (Ramos, 1957; Spilimbergo, 1958; Belloni, 1960), sistematizando un corpus interpretativo que, en sus trazos generales, no sufrirá grandes modificaciones en las décadas sucesivas,

llegando incluso hasta tiempos muy recientes (Gutiérrez, 1975; Galasso, 1983, 2010). En cambio, en el período que estudiamos aquí, esas lecturas y relecturas del pasado se encuentran aún en estado de fluencia (Acha, 2009), es decir, distan de ser coherentes y homogéneas. Creemos que es justamente esa fluidez de las interpretaciones lo que torna particularmente interesante el estudio de estos grupos político-intelectuales en aquellos años formativos.

A través de una incansable producción de documentos, ensayos y artículos en diversos periódicos y revistas, manteniendo entre sí aquellos acercamientos esporádicos y corrosivas polémicas, estos viejos militantes trotskistas fueron dando forma a una nueva identidad política en el poco amigable ámbito de la izquierda argentina. A ellos prestaremos, lógicamente, la mayor atención en este capítulo, aunque también intentaremos poner de relieve su interacción, al interior del PSRN, con los militantes provenientes del PS, quienes de algún modo contribuyeron –a veces como colaboradores y otras como antagonistas en el debate interno– a la conformación de esa identidad emergente.

Por esta compleja interacción entre tradición socialista e impugnación trotskista al interior del PSRN comenzaremos nuestro recorrido, dado que para ello hemos dejado abierto el camino al final del capítulo anterior. Posteriormente, en los apartados centrales, nos detendremos en la configuración del discurso histórico de la (futura) Izquierda Nacional, prestando especial atención al lento surgimiento, como elemento articulador de esta narrativa, del “sujeto histórico” *masas populares*, que veremos omnipresente en las expresiones más “formalizadas” a que nos hemos referido, pero no así en sus primeras manifestaciones. Indagaremos concretamente en qué consisten esas masas populares: quiénes las integran, de dónde provienen geográfica y étnicamente y qué relación tienen, a lo largo de la historia, con el moderno proletariado industrial, en quien una corriente que aún reclamaba sus credenciales marxistas seguía cifrando sus seguras expectativas de transformación social.

Ese “otro” indispensable. La función de la tradición justista en la construcción identitaria de la IN

En el capítulo anterior hemos visto que los militantes socialistas que se aproximaban al peronismo y confluían en la experiencia del PSRN sostuvieron distintas miradas respecto de la tradición partidaria en que se habían formado: algunos pretendían filiar directamente la *Revolución Nacional* peronista con las ideas del

Maestro Justo, mientras otros tomaban distancia de sus preceptos, evidenciando un mayor desapego –o incluso irreverencia– hacia su figura. Esos matices respecto de la tradición justitista no son hallables entre los grupos trotskistas que analizamos aquí. Amén de sus discrepancias en otros aspectos, el grupo Frente Obrero y el de Ramos coincidían en una reprobación sin concesiones al viejo PS.

Las críticas trotskistas a una fuerza socialdemócrata eran previsibles en relación a las grandes líneas doctrinarias: el movimiento surgido –en principio– de la tendencia más radicalizada de la Internacional Comunista (la *Oposición de izquierda* al stalinismo) pocos puntos de contacto podía tener con el característico reformismo, legalismo y parlamentarismo del PS y demás fuerzas enroladas en la alicaída Segunda Internacional. (Aun así, como veremos en otro capítulo, no habían sido pocas las agrupaciones trotskistas que, desde los años 30 y en distintas latitudes del globo –incluida la Argentina–, habían buscado en los viejos partidos socialistas, mediante la táctica del *entrismo*, un refugio ante el vendaval de hostigamiento político que se desataba desde la URSS y la Komintern contra los seguidores del “renegado Trotsky”).

La crítica trotskista al PS no sería ajena, no obstante, al proceso de “nacionalización” de las izquierdas argentinas al que aludiéramos en el capítulo anterior. Progresivamente, esa crítica se iría nutriendo, en el plano local, de posicionamientos antagónicos ante coyunturas políticas tan concretas como decisivas. La condena al partido de Ghioldi y Repetto por parte de los trotskistas argentinos, en efecto, fue anterior al surgimiento del peronismo. La adhesión entusiasta del PS (y, a partir de 1941, también del comunismo) a la causa de las potencias aliadas durante la guerra mundial ya había merecido el repudio de la virtual totalidad de los grupos *cuartistas*, embanderados en un intransigente internacionalismo que denunciaba sin cortapisas el carácter interimperialista del conflicto.¹⁴⁵

Incluso en los años previos, cuando la nueva conflagración mundial ya se dejaba ver en el horizonte, el incipiente trotskismo argentino tomaba abierta posición en contra de todo alineamiento del país en el probable conflicto. Esta posición (sin desmerecer la pertinaz militancia de Liborio Justo, a quien nos referiremos en breve) mucho tuvo que

¹⁴⁵ Es interesante notar que, en este punto, la intransigencia internacionalista del trotskismo terminaba coincidiendo, en el plano político coyuntural, con las posiciones nacionalistas que, desde la derecha antiliberal hasta el radicalismo yrigoyenista de FORJA, defendían de modo igualmente intransigente la neutralidad argentina ante el conflicto europeo de alcance global. Habida cuenta de este antecedente, acaso resulten menos sorprendentes algunos cruces e hibridaciones posteriores entre estas corrientes, como será el caso de la primera incursión de Ramos en el ensayo histórico (1949), encomiada por Manuel Gálvez y José María Rosa (Fiebelkorn, 2017: 61).

ver con un hecho que conmocionó al medio trotskista local: la entrevista que, en 1938, el viejo líder bolchevique exiliado en México había concedido al ebanista Mateo Fossa en su fortaleza de Coyoacán. La informal directiva que, a través de Fossa, emitía Trotsky para las secciones latinoamericanas de la IV Internacional, aunque incurriera al pasar en cierta homologación (a la postre muy problemática) entre el fascismo y determinados regímenes latinoamericanos, era taxativa respecto de la necesidad de colocar la contradicción entre naciones oprimidas y potencias imperialistas por sobre la dicotomía entre democracia y fascismo:

“En Brasil existe hoy un régimen semifascista que ningún revolucionario puede ver sino con odio. Supongamos, sin embargo, que mañana Inglaterra entrara en un conflicto militar con el Brasil. [...] En este caso, yo estaré de parte del Brasil ‘fascista’ contra la Inglaterra ‘democrática’. ¿Por qué? Porque el conflicto entre esos dos países no será una cuestión de democracia o fascismo. Si Inglaterra triunfara, pondría a otro dictador fascista en Río de Janeiro y colocaría una doble cadena alrededor del Brasil. Si, por el contrario, el Brasil fuera el que triunfara, ello daría un poderoso impulso a la conciencia nacional y democrática del país y llevaría al derrocamiento de la dictadura [...]. Verdaderamente, hay que tener la cabeza vacía para reducir los antagonismos mundiales [...] a la lucha entre fascismo y democracia. Bajo cualquier máscara, hay que aprender a distinguir a los explotadores, dueños de esclavos y ladrones.”¹⁴⁶

Respecto de otra hipótesis mucho más plausible, la de la inminente guerra mundial, alertaba:

“Ambos campos imperialistas tratarán de arrastrar a los países latinoamericanos en el remolino de la guerra para esclavizarlos completamente después. El vacío ruido ‘antifascista’ sólo prepara el terreno para los agentes de uno de los campos imperialistas. Para recibir la guerra mundial preparados, los partidos revolucionarios de la América Latina deben, desde ya, tomar una actitud irreconciliable hacia todos los grupos imperialistas.”¹⁴⁷

Bien sabemos que el orden de prioridades del PS ante esas disyuntivas fue más bien opuesto al que prescribiera Trotsky para sus discípulos latinoamericanos. Durante los años 30, en especial tras el estallido de la guerra civil española y de manera definitiva con el inicio de la conflagración mundial, el antifascismo se convirtió en un potente vector de movilización política, actuando de hecho como una *lingua franca* en la que se comunicaron y entendieron sectores radicales y conservadores de sensibilidad liberal con socialistas y comunistas, sin olvidar a la mayor parte de la intelectualidad y un amplio abanico de organizaciones de la sociedad civil. En tanto y en cuanto buscó inscribirse en una tradición nacional que se remontaba a los tiempos de Mayo y se nutrió de referencias fuertemente arraigadas en la cultura del país, el antifascismo argentino como apelación política y cultural, estuvo lejos de ser un mero *producto de importación* (Bisso, 2005; Pasolini, 2017).

¹⁴⁶ Fossa, Mateo. *Conversando con León Trotsky*. cit. en Galasso (2007: 88).

¹⁴⁷ *Ibid.*, p. 89.

Las raíces nacionales del movimiento antifascista no impidieron que, a medida que los países del *hemisferio occidental* iban cediendo a la presión de los Estados Unidos para alinearse en su esfuerzo bélico, ese antifascismo fuera traducido cada vez más, en el plano de la política local, como apoyo entusiasta a las potencias *democráticas* y presión sobre los sucesivos gobiernos argentinos para que tomaran partido por ellas en el plano diplomático. Fue esa campaña de creciente intensidad la que dio nuevo impulso a la convergencia entre el socialismo argentino y la tradición liberal. Mientras tanto, los comunistas, quizá los primeros propaladores de la divisa a través de la consigna del *frente popular*, tomaban prudente distancia del convite en razón del pacto germano-soviético de 1939, para sumarse a él nuevamente –y con renovados bríos– a partir de la agresión unilateral de la *bestia nazi* contra la *patria del socialismo*. Todo ello sucedía bajo la reprobatoria mirada de las reducidas fuerzas trotskistas, encastilladas en su férreo internacionalismo proletario.

Cuando la conflagración mundial tocaba a su fin y los vencedores ultimaban en Postdam los detalles del nuevo orden global, el fervor antifascista de la izquierda argentina devino en antiperonismo visceral, como quedara plasmado en las interpretaciones de las jornadas de Octubre del '45 por parte de *La Vanguardia* y el semanario comunista *Orientación* (Correa, 2013). En este nuevo escenario, sin embargo, no todas las tendencias del trotskismo argentino reaccionaron en oposición a sus clásicos antagonistas –stalinistas y socialdemócratas– en el campo de la izquierda y muchas de ellas se enrolaron en la Unión Democrática, o bien se embanderaron en una posición electoral prescindente, aunque de marcado tono antiperonista.¹⁴⁸

Distinto fue el caso de los grupos que nos ocupan. Tanto *Frente Obrero* como, posteriormente *Octubre* adoptaron una postura que, desde una actitud *comprensiva*

¹⁴⁸ Como si se tratase de un muestrario de esta variedad de posiciones trotskistas ante el surgimiento del peronismo, en los próximos capítulos veremos que estas dos últimas posturas fueron las adoptadas, respectivamente, por los grupos orientados por Esteban Rey y Nahuel Moreno, que posteriormente y por motivos diversos se integrarán al PSRN. Por fuera de ellos y de los grupos precursores de la IN (es decir, entre quienes no participarán del PSRN y, por tanto, quedan por fuera de nuestra indagación), podemos encontrar otro matiz. Se trata de la tendencia liderada por *J. Posadas* (seudónimo de Homero Cristalli). El *posadismo*, más allá de su conocido y polémico derrotero posterior, fue durante los años peronistas una de las corrientes principales del trotskismo argentino, llegando incluso a obtener el reconocimiento de la IV Internacional –en curso de reconstrucción tras el asesinato de Trotsky y la segunda guerra mundial– como su sección oficial en la Argentina. La corriente *posadista* sostenía una postura algo ambigua respecto del peronismo: su caracterización del fenómeno como una expresión de la burguesía nacional que organizaba masivamente a la clase trabajadora para resistir la presión imperialista, tenía claros puntos de contacto con la de los grupos que analizamos en este capítulo. Sin embargo, no dedujo de ella la necesidad de un “apoyo crítico” al peronismo, sino que centró su accionar en la militancia sindical al interior de la CGT y en la construcción de un partido de cuadros, una *vanguardia proletaria* que se constituyera en partido revolucionario con total independencia del Estado y de todas las expresiones *burguesas*, incluido el peronismo (Rojo, 2002; Tarcus, 2007: 525).

hacia el proletariado en su adhesión al incipiente movimiento peronista, no perdía la oportunidad de fustigar, una vez más, el posicionamiento de sus antagonistas en la izquierda, a los que atribuían sin rodeos la responsabilidad del apoyo obrero a Perón:

Al gritar ¡Viva Perón! el proletariado expresa su repudio a los partidos pseudo-obreros, cuyos principales esfuerzos en los últimos años estuvieron orientados en el sentido de empujar al país a la carnicería imperialista. Perón se les aparece, entre otras cosas, como el representante de una fuerza que resistió larga y obstinadamente esos intentos y como el patriota que procura defender al pueblo argentino de sus explotadores imperialistas.¹⁴⁹

Así, en los años de ascenso del peronismo, marcado por una *convulsión general* que tocó a todas las identidades políticas preexistentes, comenzaba a delinearse, al interior del acotado pero variopinto universo del trotskismo argentino, una crítica que basaba su reprobación a socialistas y comunistas en un imputado carácter *antinacional* y *antipopular*. Y esa condena, en especial en el caso del PS, se iría proyectando progresivamente hacia el pasado, presentando las posiciones contemporáneas del socialismo como corolario lógico de una concepción hallable en los propios fundamentos del partido y en los escritos de su fundador.

“El Partido Socialista, fundado por Juan B. Justo en 1896, se limitaba a grupos de obreros extranjeros, poco familiarizados con la política y la psicología argentina y [...] un núcleo de intelectuales reformistas. La prédica "socialista" de ese partido ignoró desde sus comienzos la naturaleza semi-colonial del país en que actuaba, aplicando automáticamente principios generales del marxismo [...], pero decolorando su contenido revolucionario. Así produjo justo su tibio liberalismo ilustrado [...]. En realidad, su misión fue traducir la política de los grandes partidos socialdemócratas de los países imperialistas a la realidad nacional [...]. Su predominante carácter porteño completó el sometimiento ideológico a la oligarquía y al imperialismo.” (Ramos, 1949:141).

El PS que no fue. Exhumación e invención de una tradición soterrada

Si no quería incurrir en una contradicción palmaria, la crítica trotskista al *cosmopolitismo europeizante* del PS no podía fundarse sólo en los textos de Marx, Lenin o Trotsky, sino que debía, en la medida de lo posible, complementarse con la reivindicación de una corriente *nacional* en la izquierda argentina. O mejor aún, en el propio Partido Socialista. Así fue como estos grupos rescataron del pasado la figura del discoloro escritor Manuel Ugarte, cuyos altercados con la vieja guardia de Juan B. Justo – que, como repasamos en el capítulo previo, habían girado esencialmente en torno de la *cuestión nacional*– lo habían dejado fuera del PS en dos oportunidades. Para mayor contraste con la línea histórica Justo-Repetto, Ugarte había sido un férreo defensor de la neutralidad argentina en las dos guerras mundiales y coronado su trayectoria de

¹⁴⁹ “La capitulación de los socialistas y stalinistas ante el imperialismo explica el apoyo obrero a Perón”, *Frente Obrero*, N°2. Nov. 1945, p. 1 (cit. en Ribadero, 2017: 42). Para un desarrollo más detallado de las posturas del grupo Frente Obrero ante el ascenso del peronismo, v. Galasso (2007: 140-162)

socialista nacional como embajador del gobierno peronista ante distintos países latinoamericanos. Con el correr de los años, la IN lo erigiría en su gran precursor, en tanto víctima e inmejorable contraejemplo del *socialismo cipayo* (Galasso, 2012b)

Ya en 1951, la muerte de Ugarte en Europa impulsaba a los grupos trotskistas a organizar una serie de homenajes y peticiones por la repatriación de sus restos y, hacia 1953, el nombre del poeta aparecía ligado por dos vías a un nuevo intento de convergencia entre ellos. “Manuel Ugarte” se denominaría el centro socialista que, ya en el marco del PSRN, la fracción de Ramos y la de Rivera y Narvaja impulsaron conjuntamente. También fruto de esa colaboración fue el lanzamiento de la editorial Indoamérica, que, entre otros títulos, reeditaría *El porvenir de América Latina*, con el estudio preliminar mencionado en el capítulo anterior, a cargo de Ramos. Si el título de ese prólogo –“*Redescubrimiento de Ugarte*”– habla por sí mismo, la paráfrasis lugoniana que le da inicio no deja dudas respecto del alcance de una operación intelectual que va mucho más allá del mero reconocimiento a una trayectoria: “*Ha sonado la hora de restaurar una tradición trunca: la tradición de un nacionalismo democrático revolucionario*” (Ramos, 1953: 9,13).

El texto afirma de manera taxativa: “*reivindicamos a Manuel Ugarte como parte de nuestra tradición*”, a la vez que reitera y profundiza las críticas al socialismo de Juan B. Justo, partido *uropeizante, proimperialista, internacionalista mas no latinoamericanista*, que desde la expulsión de Ugarte y Alfredo Palacios en 1914 había reafirmado “*su dependencia de la ideología imperialista*”, preparando “*su ceremonioso ingreso al pantano bradenista*” (Ramos, 1953: 9, 13-14, 24, 40).

Goodbye Justo! Controversias y confluencias en el PSRN en torno a la tradición socialista

En el capítulo anterior vimos la reacción algo perpleja que esta diatriba provocó de parte de los militantes socialistas que, embarcados en la construcción del PSRN, intentaban ligar al peronismo con la tradición de Juan B. Justo. Ahora bien, si desde *La Vanguardia* los “*verdaderos discípulos del Maestro*” habían ensayado cierto discurso conciliador, intentando defender a su mentor de las acusaciones de Ramos sin desmerecer la trayectoria y la obra de Ugarte, los trotskistas no devolverían el gesto. Sin hacer ninguna concesión a sus nuevos aliados, desde *Frente Obrero*, relanzado

fugazmente en 1954 como *Órgano de la Federación de la Capital del PSRN*,¹⁵⁰ aprovechaban la repatriación de los restos del escritor para volver a publicitar la reedición de su obra y reivindicar expresamente los conceptos vertidos por Ramos en el prólogo.¹⁵¹ Eso no es todo: el reaparecido periódico anuncia también la próxima publicación de “*Manuel Ugarte y el socialismo oligárquico*”, escrito por otro militante trotskista, Saúl Hecker, militante de la corriente morenista a fines de los 40 y ahora cercano a las posiciones de Frente Obrero. Aunque el libro no llegará a editarse, *Frente Obrero* publica un avance de su introducción, en la que se define a los teóricos de la Segunda Internacional como “*el virus imperialista inoculado en el movimiento obrero. [...] Todo lo que hicieron –sentencia Hecker– fue prestarnos sus fórmulas, que indigestos traductores repitieron para mayor gloria del capital monopolista*”.¹⁵²

Estos renovados ataques ya no merecen réplica por parte de los socialistas del PSRN, quienes a partir de abril de 1955, al calor del conflicto abierto entre el gobierno y la iglesia católica, retoman la publicación de *La Vanguardia*, ahora con el aditamento *Segunda época*. Esta nueva tirada del periódico socialista guarda algunos contrastes con *La Vanguardia (Tercera Etapa)*, analizado en el capítulo anterior. Las referencias a la tradición del viejo PS y, en particular, a la figura de Justo, pierden presencia de manera notoria. Sólo se traen a colación esporádicamente, para reclamar cierta autoridad en materia de reformismo laico, pero lejos están del tono apoteótico que viéramos en la tirada anterior del periódico socialista. Una vez más, la vieja tradición es reivindicada para condenar a quienes se habían “*desviado*” de ella –esto es, el PS opositor, paradójicamente alineado con la jerarquía eclesiástica en el cada vez más beligerante frente antiperonista. Sin embargo, la defensa (y reinención) de la figura de Justo y sus postulados en función de la adhesión al peronismo, dejan de ser, evidentemente, una marca distintiva de la publicación.

En consecuencia, si consideramos al PSRN de conjunto y lo observamos en la diacronía, podemos ver una tendencia hacia una mayor uniformidad en las lecturas que

¹⁵⁰ Esta nueva edición de *FO* no tendrá mejor suerte que la anterior en cuanto a su continuidad, llegando a lanzarse un único número. Esta vez, en el marco de la colaboración en el Centro Manuel Ugarte del PSRN y en editorial Indoamérica, el periódico invita a los lectores a leer el estudio preliminar de Ramos y cuenta además con la colaboración de Jorge E. Spilimbergo, ya incorporado a su núcleo más próximo.

¹⁵¹ La Comisión Nacional de Homenaje por la repatriación de los restos de Manuel Ugarte reunía a un interesante abanico de figuras del peronismo y de los sectores de izquierda e intelectuales que le eran afines. Estaba integrada por Elías Castelnuovo, Carlos María Bravo, Rodolfo Puiggrós, John W. Cooke, Saúl Hecker, Jorge E. Spilimbergo, Jorge A. Ramos, Enrique Rivera y Juan Unamuno. (Pulfer y Melon Pirro, 2019:65)

¹⁵² “Convocamos a recibir los restos de Manuel Ugarte”; “Cuarenta años de silencio para el libro de un combatiente”; “Manuel Ugarte y el socialismo oligárquico”. *FO*, N° 1, Oct. 1954, pp.1, 2, 4.

circulan en la agrupación respecto de la tradición socialista forjada por Juan B. Justo. En las postrimerías del gobierno peronista, por la vía de los hechos, parecen imponerse -o al menos tornarse hegemónicas- las visiones más abiertamente impugnatorias respecto de aquella tradición partidaria, silenciando o relegando a quienes aún pudieran identificarse con ella al interior de la nueva formación socialista. Esa tendencia a un acercamiento de los ex-militantes socialistas a los postulados de la IN en formación se profundizará luego del derrocamiento del gobierno peronista y se expresará en la experiencia del semanario *Lucha Obrera*. Y así como es visible en lo relativo a la impugnación de las viejas corrientes de izquierda, también lo será respecto de las relecturas de la historia nacional, como veremos en los siguientes apartados.

El llamado de la tierra: Trotskismo y cuestión nacional; bonapartismo y criollismo

El debate Justo-Gallo y la cuestión nacional

Si alguna ventaja tenían los grupos trotskistas a la hora de construir una genealogía histórica que diera cuenta de su acercamiento al peronismo era que, a diferencia de sus futuros compañeros de ruta provenientes del PS, ellos no cargaban con el peso de una adscripción previa con la cual lidiar. El trotskismo no sólo era una tendencia relativamente reciente en Argentina, sino que, además, sus primeras formaciones no habían contado a la historia nacional entre sus temas de interés.

Aun así, en los turbulentos años 30, la *cuestión nacional* había entrado también en los debates del incipiente movimiento trotskista argentino, constituido en aquel entonces por una constelación de pequeños grupos intelectuales atravesados por constantes rupturas, fusiones y realineamientos en los que, más de una vez, las polémicas teórico-políticas disfrazaban rencillas y disputas personales. El más trascendente de esos debates inaugurales se dio a fines de la década, en torno del carácter que (se suponía) tendría la revolución socialista en la Argentina, dividiendo aguas entre la posición de Antonio Gallo y la de Liborio Justo (Tarcus, 1996: 89; Galasso, 2007: 79).

Gallo había sido, junto con su amigo y mentor teórico, el crítico y filósofo Héctor Raurich, uno de los precursores de las disidencias izquierdistas en el socialismo y el comunismo que, desde fines de los veinte, dieran origen al trotskismo en la Argentina, mientras que Justo (alias *Quebracho*, hijo del primer presidente de la Concordancia) había recalado en las filas trotskistas luego de una resonante ruptura con el PC a

mediados de la década siguiente. A pesar de lo reciente de su conversión, *Quebracho* llegaría rápidamente a ser la figura más gravitante del trotskismo argentino en esta época fundacional. Si ello pudo tener alguna relación con el capital cultural, simbólico y material implicado en su procedencia aristocrática, también el debate al que nos referimos tuvo mucho que ver con el ascenso de su estrella, que sintomáticamente se apagaría con los primeros atisbos del fenómeno peronista (Galasso, 2007: 119; González, 1995: 60).

Si la ruptura de Justo con el comunismo no había sido discreta, su ingreso formal a la IV internacional lo sería aún menos. “*Cómo salir del pantano*” (1939) fue el título de un folleto en el que fustigaba “*el ambiente cerrado de pequeñeces, mentiras, chismes y mistificaciones*” en que se movía el novel movimiento trotskista argentino, al que, no conforme con ello, calificaba (hasta el momento de su arribo) como “*una verdadera tragedia de insignificancia, de mediocridad, de ineptitud, de simulación, de inercia y de simpleza*” (cit. en Galasso, 2007: 74). A pesar del carácter corrosivo e irascible que le atribuyeron todos quienes compartieron sus andanzas en aquellos años, y que lo llevarán a ser protagonista central de un nuevo capítulo de esa historia de intrigas y descalificaciones mutuas que él mismo denunciaba, *Quebracho* lograría el reconocimiento de sus pares y, sobre todo, de quienes retrospectivamente reconstruyeron la historia del trotskismo argentino, incluso desde muy diversas perspectivas (González, 1995: 62, 74; Coggiola, 1985; Galasso, 1983:29). Su aporte principal al movimiento, además de la puntual traducción y difusión de la palabra del líder exiliado en Coyoacán, serían sus tesis sobre la liberación nacional.

Justo caracterizaba a la Argentina como una semicolonía oprimida y deformada en su estructura económica por el imperialismo británico y planteaba, en consecuencia, la liberación nacional como la tarea fundamental de la hora. Pero a diferencia del comunismo o el socialismo obrero, que por esos años levantaban la misma bandera adosada a la estrategia del *frente popular*,¹⁵³ *Quebracho* sostenía que las tareas democráticas, agrarias y antiimperialistas –propias de la *revolución burguesa* en el esquema marxista clásico– debían ser encaradas por la clase obrera, dada la debilidad e incapacidad histórica de la burguesía nacional para llevarlas adelante; es decir, inscribía

¹⁵³ La ruptura de Justo con el comunismo –del que, bueno es apuntar, no había sido un militante orgánico– se había desencadenado, justamente, a raíz de su desacuerdo con la política del *frente popular* antifascista. La “carta abierta” con que hiciera pública esa ruptura se difundió en la revista *Claridad* (una de las publicaciones más características de la cultura de izquierda) en noviembre de 1936. En el número siguiente, la carta de Justo fue contestada de un joven Rodolfo Puiggrós, aun plenamente consustanciado con la línea oficial del PC (Tarcus, 2007: 333)

la consigna de la liberación nacional en la perspectiva de la Revolución Permanente postulada por Trotsky. Ello no impedía, no obstante, el apoyo táctico que el proletariado pudiera dar a las fuerzas burguesas que, eventualmente, entraran en contradicción con el imperialismo y buscaran apoyo en las masas para enfrentarlo.

A pesar de basar sus análisis en los mismos referentes teóricos, los grupos animados por Antonio Gallo e inspirados por Héctor Raurich sostenían una postura diametralmente opuesta a la de Justo. Si coincidían con él en la frontal oposición al frente popular propuesto por el comunismo, lo hacían en virtud de un rechazo a toda política de alianza de clases. Por eso mismo, también atribuían esa “desviación” policlasista a *Quebracho* y sus seguidores, dado que éstos se mostraban proclives –al menos en la teoría– a apoyar en determinadas condiciones a los movimientos de liberación nacional liderados por la burguesía de los países oprimidos por el imperialismo. Es decir que, si para Justo el frente popular (antifascista) y el frente nacional (antiimperialista) eran principios distintos y en alguna medida opuestos, para Gallo y Raurich constituían dos expresiones –igualmente perniciosas– de la colaboración de clases. Esto viene a cuento, una vez más, de las complejidades que siempre halló la recepción y “traducción” de las grandes líneas teórico-políticas del marxismo internacional (ya fuera socialdemócrata, leninista, stalinista o trotskista) en el terreno concreto de la política argentina.

En realidad, las divergencias estratégicas que comenzaban a abrirse en el movimiento cuartista partían de caracterizaciones muy diferentes de la estructura económica de la Argentina. Si Justo no dudaba en identificarla como un país semicolonial con tareas democrático-burguesas pendientes y perentorias, Gallo y Raurich sostenían que la economía capitalista argentina había alcanzado un alto grado de desarrollo, que ponía al conflicto entre la burguesía y el proletariado como el eje excluyente de la acción política del trotskismo, desestimando las tácticas y consignas antiimperialistas. En síntesis, a partir del debate Justo-Gallo, los trotskistas argentinos se dividieron entre los partidarios de la *liberación nacional* como fase necesaria del proceso revolucionario y quienes postulaban su carácter *puramente socialista*, programas que se derivaban del grado de desarrollo capitalista atribuido en cada caso a la economía argentina: *atrasado* o *semicolonial* para los primeros; *desarrollado* para los segundos.

Si la política se rigiera por las leyes de la lógica formal, podríamos decir que de las tomas de partido en esta polémica se desprendieron los diferentes posicionamientos

en el trotskismo argentino respecto del fenómeno peronista; pero esto no ocurre así como principio general, ni sucedió de esa forma en el caso particular. De hecho, el propio Justo sería implacable con el peronismo, pero más aún con quienes, desde el trotskismo, “*quisieron adoptar las posiciones de Quebracho y se hicieron abanderados de la liberación nacional y hasta pretendieron presentarse como descubridores*”. Si esta referencia, expresada años después, pudiera ser algo ambigua, su direccionamiento a Ramos y al grupo Frente Obrero se hace a continuación tan explícito como despectivo: “*de internacionalistas abstractos [...] se hicieron nacionalistas estrechos. Del panamericanismo pasaron al latinoamericanismo de Manuel Ugarte. De epígonos del Viejo [Trotsky] se transformaron en grasitas de Eva Duarte*”¹⁵⁴

Los míticos orígenes de la IN: Octubre y Frente Obrero

La diatriba de Justo, una vez más, tenía algún componente de resentimiento personal, pero se basaba también en algunos datos concretos. En efecto, tanto Ramos como Enrique Rivera (a quien veremos firmar los escritos de Frente Obrero ligados al estudio de la historia argentina) habían abrazado la causa trotskista bajo su liderazgo para, pocos meses después, romper con él de la manera violenta que era característica. Ramos y Rivera se habían iniciado juntos en la actividad política, militando en la Unión de Estudiantes Anarquistas a fines de los 30. Desde allí, junto con otros futuros integrantes de la IN como Adolfo Perelman y Adolfo Murray, recalaron en el grupo de Justo, pero terminarían imponiendo sus posiciones al viejo mentor y expulsándolo de la organización.

Lo llamativo es que, luego de esa agria disputa, el paso siguiente del grupo fue su incorporación a la Liga Obrera Socialista (LOS) dirigida por Gallo y orientada por Raurich. A ella se unió también un pequeño núcleo trotskista de la provincia de Santa Fe, liderado por el otro futuro precursor de Frente Obrero, Aurelio Narvaja (Ribadero, 2017:30). Aunque no esté claro que Ramos, Rivera y Narvaja hayan hecho suyas las tesis de Gallo y Raurich en su paso por la LOS, es evidente que la divisoria de aguas en torno de la cuestión nacional no les era aún impedimento para compartir un espacio común con quienes, pocos años después, ellos mismos inscribirían sin ambages en el lote de las “*izquierdas antinacionales*”.

¹⁵⁴ Liborio Justo, *Estrategia Revolucionaria* (1957), cit. en Galasso (2007: 165)

En cualquier caso, Ramos y Rivera pronto abandonaron también a Gallo para crear una agrupación propia (llamada Vanguardia Obrera Leninista) y desde allí se integraron, en 1941, a la fallida experiencia del Partido Obrero de la Revolución Socialista (PORS), único intento –promovido por un enviado de la IV Internacional– de unificar a todos los grupos trotskistas de la Argentina. Fue en el marco del PORS que sus caminos comenzaron a separarse por primera vez. El germen de lo que sería el grupo Frente Obrero se volcó a la militancia sindical aprovechando la posición que algunos de sus miembros habían logrado en la huelga metalúrgica de 1942 y en la directiva de la flamante UOM, proceso del que no participaron Ramos y sus más allegados. Es así que, pasados algunos años –y ya producido el previsible naufragio de aquel intento algo artificial de unir a todas las fracciones trotskistas–, vemos aparecer las mentadas publicaciones *Frente Obrero* y *Octubre*, en los álgidos meses de septiembre y noviembre de 1945 respectivamente.¹⁵⁵

Mientras el periódico dirigido por Aurelio Narvaja adoptaba desde su primer número una visión claramente enmarcada en las tesis de Liborio Justo y se mostraba proclive a apoyar al emergente peronismo, la revista orientada por Ramos, surgida de un acuerdo entre su grupo y algunos de los discípulos de Raurich, mostraba una postura más ambigua y, en buena medida, refractaria al nuevo movimiento. Sin embargo, la ruptura de ese acuerdo y un nuevo acercamiento al grupo de Narvaja y Rivera, condujeron a *Octubre*, a partir de su segundo número, a cierta homologación con los postulados de *Frente Obrero* (Galasso, 1983:61; Ribadero, 2017:36). De todos modos, la confianza entre los viejos camaradas de juventud nunca volvería a ser plena, dando inicio al ciclo de recurrentes confluencias y rupturas descripto al inicio del capítulo.¹⁵⁶

Lo cierto es que, a partir de ese momento, ambos grupos, ya fuera coaligados o de manera independiente, defenderían la tesis de la liberación nacional, a la cual pusieron definitivamente en el centro de las tareas revolucionarias para la Argentina. Ese renovado hincapié en la cuestión nacional, junto con el apoyo a un movimiento que se

¹⁵⁵ En rigor, dado que el órgano oficial del extinto PORS se había denominado también *Frente obrero*, el grupo de Narvaja y Rivera debió añadir a ese nombre el aditamento “*Segunda época*”. Es a esta segunda tirada (de la que sólo se publican dos números, en septiembre y noviembre de 1945) que nos referimos en todas las citas y menciones a Frente Obrero (*FO*). Aprovechamos la referencia para notar que la idea de continuidad presente en el nombre de la publicación habla de la importancia que la identidad trotskista tenía aún para estos grupos en 1945, como veremos a continuación.

¹⁵⁶ El acercamiento entre los dos grupos es notorio cuando *FO* deja de publicarse tras su segundo número y Rivera aparece como colaborador en los números 3 y 4 de *Octubre*, publicados entre enero y abril de 1947. Sin embargo, esa colaboración cesa en el número 5, aparentemente motivada por nuevos desacuerdos, en este caso, en torno de la valoración que hace Ramos de la burguesía industrial argentina (Galasso, 1983: 64).

proclamaba como la encarnación misma de la tradición patria, probablemente hayan estimulado el interés de estas agrupaciones trotskistas por la historia argentina. Así fue, entonces, como el pasado nacional comenzó a ocupar un lugar cada vez más significativo en sus debates y sus intervenciones públicas.

Hasta ese momento, el férreo internacionalismo de las formaciones trotskistas argentinas las había llevado a mostrar poco interés por la historia nacional. El énfasis puesto en un proletariado industrial de reciente formación como el sujeto excluyente de la revolución socialista invitaba a relegar en el análisis la consideración de un pasado premoderno, cuya superación era pensada como condición necesaria para el desarrollo capitalista y la posterior transición al socialismo. El conjunto de las clases oprimidas, desde la pequeña burguesía urbana hasta el campesinado y los indígenas, eran evocadas en calidad de *aliadas* de la clase obrera y llamadas a actuar bajo su dirección. Este programa, aún en la variante *nacional* pregonada por Liborio Justo, partía de una lectura de la estructura de clases presente e implicaba una apuesta a futuro, pero no necesitaba, en principio, entroncar esa *misión* del proletariado y sus aliados en una tradición previa de lucha nacional.

En este sentido, lo dicho en el capítulo anterior respecto del PS podría hacerse extensivo a las distintas vertientes del “marxismo ortodoxo” (leninista, stalinista y aún trotskista), cuya matriz conceptual invitaba *prima facie* a adoptar una actitud celebratoria o, cuanto menos, justificatoria del avance del “progreso” capitalista sobre una formación social caracterizada por sus resabios “feudales”, sus relaciones sociales “atrasadas” y sus vínculos políticos “caudillescos”. De hecho, como ya hemos reseñado, esa había sido la visión dominante entre los intelectuales socialistas e incluso comunistas, quienes confluían así en una lectura convergente en esencia con el relato histórico liberal condensado en la poderosa dicotomía sarmientina entre “*Civilización y Barbarie*” (Vg., Justo, 1898; Ponce, 1947). Y, como recordamos, no obstante algunas revisiones parciales durante los 30, la emergencia del peronismo había abroquelado a esas izquierdas en una identificación –incluso exacerbada– con esa lectura de la historia.

Si bien se mira, aquí podemos hallar otro posible aliciente para la incursión historiográfica de Ramos, Rivera y sus compañeros. Si la izquierda encuadrada en la Unión Democrática había agitado contra el peronismo la bandera de la tradición histórica liberal y la divisa sarmientina, su antítesis trotskista se veía estimulada a

fundar su simpatía por el nuevo movimiento y las masas obreras que le daban apoyatura, en una visión alternativa de la historia nacional.¹⁵⁷

De Trotsky a Bolívar

Un tercer incentivo lo podemos encontrar en la original apropiación que estos militantes comenzaban a hacer de determinados escritos, declaraciones y posicionamientos de su mentor teórico, León Trotsky. Es bueno señalar que la reivindicación de la identidad trotskista –y la disputa por la legitimidad de esa adscripción con otras formaciones que la reivindicaban en función de orientaciones políticas divergentes, cuando no opuestas– era aún una preocupación central de estos grupos en la coyuntura de 1945.¹⁵⁸ Aunque ese interés por las querellas endogámicas del movimiento trotskista comenzará pronto a diluirse (por ejemplo, se abstendrán de participar en la extenuante batalla que, a partir de 1948, librarán las tendencias lideradas por J. Posadas y Nahuel Moreno por ser reconocidas como sección argentina de la IV Internacional), las referencias al viejo líder bolchevique, y en especial las citas que transcribiremos a continuación, seguirán formando parte del acervo teórico de la IN durante muchos años, aunque combinadas de manera algo ecléctica con otras –y muy variadas– fuentes doctrinarias.

En concreto, nos referimos a aquellos escritos en los que un Trotsky ya exiliado en México comenzaba a prestar una atención específica a la realidad del continente latinoamericano. Por un lado, la nueva internacional surgida bajo su influjo había incorporado a su programa la consigna “*Por los Estados Unidos Soviéticos de Sud y Centroamérica*”:

"Sud y Centro América sólo podrán romper con el atraso y la esclavitud uniendo a todos sus estados en una poderosa federación. Pero no será la retrasada burguesía sudamericana, agente totalmente venal del imperialismo extranjero, quien cumplirá este objetivo, sino el joven proletariado sudamericano, destinado a dirigir a las masas oprimidas. La consigna que

¹⁵⁷ Muchos años después, ya consolidada la IN como identidad política, uno de sus principales animadores, Jorge E. Spilimbergo (1974:37), planteará en términos de *necesidad* una idea similar: “Desprovistos del soporte internacional de que gozaban los socialistas —agentes ingleses— y los comunistas —agentes de la burocracia soviética— los trotskistas se vieron obligados a echar pie a tierra y compensar su desamparo con lo único que da sentido y consecuencia a la teoría revolucionaria: su capacidad de compenetrarse con el país, de encarnarse en sus tradiciones vivas y proyectarlo en una síntesis programática real”.

¹⁵⁸ Ambas publicaciones se inscriben explícitamente en esa disputa por la legitimidad trotskista desde sus primeras notas editoriales, con lo que ellas implican en tanto “declaración de principios”. Mientras *Octubre* afirma inscribirse en la “III Internacional de los tiempos de Lenin y Trotsky, la Oposición Comunista de Izquierda más tarde, la IV Internacional hoy”, *FO* pretende levantar “un programa general cuya médula la constituye la tesis central del Congreso de Fundación de la IV Internacional” (cit. en Ribadero 2017:36).

presidirá la lucha [...] será, por lo tanto: ‘*Por los Estados Unidos Soviéticos de Sud y Centro América*’.”¹⁵⁹

Esta proclama, probablemente, revistiera un carácter meramente declarativo y propagandístico (en el mismo manifiesto, la IV Internacional proponía “*oponer a la locura de la Europa capitalista el programa de los Estados Unidos Socialistas de Europa como etapa previa en el camino a los Estados Unidos Socialistas del Mundo*”) ¹⁶⁰, pero ello no impidió que fuera destacada por los grupos trotskistas que analizamos y enlazada con una tradición intelectual de considerable arraigo en el continente (quizá más que en la Argentina) que hacía de la unidad latinoamericana contra el expansionismo norteamericano el centro de su apelación. Entre sus hitos más destacados podemos contar, desde comienzos del siglo XX, la experiencia de la editorial América, el arielismo, el *indoamericanismo* de inspiración aprista y, para el caso argentino, una vez más, la militancia de Manuel Ugarte y otros intelectuales de compleja filiación en el socialismo, cuya sensibilidad juvenilista y latinoamericanista los hiciera empalmar oportunamente con el movimiento de la Reforma Universitaria (Quattrocchi Woisson, 1995: 82)

A través de esas mediaciones político-intelectuales, los trotskistas buscarían dotar aquella consigna programática de la Internacional de una mayor profundidad histórica y raigambre local, inscribiéndola en una larga tradición de luchas por la emancipación y la unidad continental que sabrían remontar hasta el momento mismo de las guerras de independencia y simbolizar en las figuras de José de San Martín y, sobre todo, Simón Bolívar. Así pues, si en su correspondencia privada Jorge Abelardo Ramos llegaba a considerar “*De Bolívar a Trotsky*” como posible subtítulo para su primer ensayo histórico *América Latina: un país*,¹⁶¹ podemos decir que el derrotero intelectual seguido por él y sus compañeros fue, más bien, el opuesto.

¹⁵⁹ “La guerra y la Cuarta Internacional”, folleto del Secretariado Internacional de la Liga Comunista Internacional (antecesora de la IV Internacional), 10-6-34. (cf. versión digital consultada en <https://www.marxists.org/espanol/trotsky/ceip/escritos/libro3/T05V225.htm>). Desatada la guerra, la IV Internacional (ya constituida) citaba textualmente este mismo fragmento. v. “Manifiesto de la Cuarta Internacional sobre la guerra imperialista y la revolución proletaria mundial”, mayo 1940, en https://www.marxists.org/espanol/trotsky/ceip/escritos/libro6/T11V201.htm#_fnr. En 1961, Enrique Rivera, bajo el seudónimo Juan Ramón Peñaloza, publicaría una reseña biográfica y selección de escritos del revolucionario ruso titulada *Trotsky ante la Revolución nacional Latinoamericana*. Allí reproducía el mismo fragmento con algunas modificaciones, probablemente en pos de un mayor impacto político, traduciendo la consigna como: “*Por los Estados Unidos Socialistas de América Latina*” (1961: 61).

¹⁶⁰ “Manifiesto de la Cuarta Internacional ...” (cit.)

¹⁶¹ Carta de Ramos a Alfredo Terzaga, 29-8-1948, cit. en Ribadero, 2017: 70

17 de Octubre, 18 de Brumario. Peronismo y bonapartismo en los orígenes de la IN

Por otra parte, la tesis de la liberación nacional como primera fase de la Revolución Permanente en los países oprimidos, que flotaba en la atmósfera del trotskismo argentino desde las acrisoladas intervenciones de *Quebracho*, cobraba nuevo impulso en los años de ascenso del peronismo. En ese contexto, los grupos que publicaban *Frente Obrero* y *Octubre* volvieron sobre algunas declaraciones de Trotsky durante su exilio mexicano. A la luz de la experiencia cardenista, el ex jefe del Ejército Rojo había dejado algunas definiciones respecto de cómo posicionarse cuando los gobiernos de países semicoloniales, aun cuando no abrazaran un programa socialista, tomaban medidas “*de autodefensa nacional*” acosados por la presión del imperialismo. En referencia a la nacionalización del petróleo mexicano, afirmaba:

“Para desacreditar la expropiación a los ojos de la opinión pública burguesa, se la presenta como una medida ‘comunista’. La ignorancia histórica se combina aquí con la mentira consciente. El México semicolonial lucha por su independencia nacional, política y económica. Tal es, en el estado actual, el contenido fundamental de la revolución mexicana. La expropiación del petróleo [...] es una medida profundamente progresista, de autodefensa nacional. [...] El proletariado internacional no necesita identificar su programa con el del gobierno mexicano [...] Sin abandonar su propia fisonomía [...] tiene la obligación de atacar implacablemente a los bandidos imperialistas [...]. La causa de México [...] es la causa de toda la clase obrera del mundo. La lucha alrededor del petróleo mexicano es una de las escaramuzas de vanguardia de los combates futuros entre opresores y oprimidos”.¹⁶²

Pero más allá de dar y pregonar el apoyo a medidas puntuales, a partir del análisis de procesos como el mexicano, el viejo revolucionario reflexionaba acerca de las peculiaridades de las formas de poder estatal surgidas, en los países *atrasados*, de la compleja relación de fuerzas entre una burguesía nacional disminuida frente al imperialismo y un proletariado nacional cada vez más gravitante:

“En los países industrialmente atrasados el capital extranjero juega un rol decisivo. De ahí la relativa debilidad de la burguesía nacional en relación al proletariado nacional. [...] Como el capital extranjero no importa obreros sino proletariza a la población nativa, el proletariado nacional comienza muy rápidamente a jugar el rol más importante en la vida nacional. [...] Esto crea condiciones especiales de poder estatal. El gobierno oscila entre el capital extranjero y el nacional, entre la relativamente débil burguesía nacional y el relativamente poderoso proletariado. [...] Bajo tales condiciones, en la medida en que el gobierno nacional intenta ofrecer alguna resistencia al capital extranjero, se ve obligado [...] a apoyarse en el proletariado. Esto le da al gobierno un carácter bonapartista sui generis, de índole particular. Se eleva, por así decirlo, por encima de las clases. [...] [Los gobiernos] difieren entre sí en que algunos intentan orientarse hacia la democracia, buscando el apoyo de obreros y campesinos, mientras que otros implantan una cerrada dictadura policíaco militar.”¹⁶³

En el capítulo siguiente veremos cómo esta alternativa planteada al final de la cita habilitará lecturas opuestas del fenómeno peronista por parte de las distintas corrientes

¹⁶² Trotsky, León. “México y el imperialismo británico” (1938), cit. en Trotsky (1998)

¹⁶³ Extractos de Trotsky (1939 y 1940b)

del trotskismo argentino, e incluso algunas variaciones en la diacronía. El hecho es que, en casi todos los casos, las interpretaciones trotskistas del peronismo hicieron uso del concepto de *bonapartismo*, que casi un siglo atrás había migrado de la historia francesa a la teoría marxista a raíz del célebre panfleto *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*.¹⁶⁴

Con un fin polémico más que teórico, Karl Marx analizaba allí la crisis de la segunda República francesa y el golpe de Luis Napoleón Bonaparte, que dio inicio al segundo Imperio en 1852. En un contexto de agudización de la lucha de clases, la concentración del poder en la figura de Napoleón III había sido la solución –precaria e inestable– que el orden burgués había encontrado ante una crisis sin resolución entre las distintas facciones de las clases dominantes y con la amenaza del proletariado como factor determinante. Aún con sus matices grotescos, la solución bonapartista estaba en relación con la necesidad de preservación de la dominación burguesa. Bajo el gobierno de Bonaparte, sostiene Marx, “*el Estado parece haber adquirido una completa autonomía*”. El Emperador, “*como poder ejecutivo convertido en fuerza independiente, se cree llamado a garantizar el orden burgués*”, pero a su vez, “*quisiera aparecer como el bienhechor patriarcal de todas las clases*” (Marx, 2000 [1852]: 13, 88, 94, 95).

El sarcástico desdén que cruza todo el escrito lleva adherido un pronóstico: el del inminente fracaso, por vía revolucionaria, de aquella reedición *farsesca* de la *tragedia* bonapartista de comienzos de siglo. Pero como sabemos, el decurso posterior de la historia no daría la razón a ese optimismo revolucionario de Marx y el segundo emperador Bonaparte gobernaría Francia durante dos décadas. Quizá ese inesperado éxito de “*Napoleón, el pequeño*” (como lo llamara su otro detractor célebre, Víctor Hugo) haya estado entre las razones que explican que aquel ensayo de intervención política fuera revisitado –y el concepto de *bonapartismo* reutilizado y reelaborado– por teóricos marxistas de la talla de Engels, Lenin, Gramsci o Trotsky. Tomando como punto de apoyo el análisis de Marx, entonces, algunos de sus sucesores fueron definiendo y delimitando los rasgos característicos del *bonapartismo* como categoría analítica (Borón, 2000: 37; Ribadero, 2017: 49).

¹⁶⁴ Era un objetivo de esta tesis –en particular, de sus capítulos referidos a las vertientes trotskistas del PSRN– la reconstrucción de las distintas lecturas del concepto de bonapartismo en la teoría marxista, culminando en la citada referencia de Trotsky a los bonapartismos *sui generis* surgidos en los países dependientes y las distintas apropiaciones que esa reflexión habilitó en el trotskismo argentino en relación al peronismo. Creemos que esa vacancia ha sido cubierta con suficiencia en la tesis de Martín Ribadero (2017: 46 y ss.), razón por la cual remitimos a ella, sin perjuicio de que volvamos sobre el tema esporádicamente a partir de aquí.

Si hacemos abstracción de los matices, podemos decir que este concepto –o su homólogo gramsciano, el *cesarismo*– remite a una excepcional centralización del poder (en el marco de una tendencia general a la autonomización relativa del aparato estatal respecto de los intereses inmediatos de las clases dominantes) en un individuo que irrumpe en la escena histórica con los atributos de líder providencial –asimilable, en cierta medida, a lo que Max Weber denominaría luego un *liderazgo carismático*. En coyunturas marcadas por la agudización de la lucha de clases, la crisis de dominación burguesa y la consecuente inestabilidad política, esos líderes emergen pretendiendo asumir un rol de árbitros y garantes del orden, elevándose por sobre los distintos intereses de clase, no identificándose con ninguno de ellos, pero al mismo tiempo, oscilando permanentemente entre uno y otro. De ahí la aparente paradoja de un orden estatal que se presenta, al mismo tiempo, como omnímodo y extremadamente frágil e inestable.

El primer uso original del concepto de *bonapartismo* por parte de Trotsky fue su aplicación al vertiginoso proceso de concentración del poder soviético en la figura de Stalin (cuestión que, desde luego, queda por fuera de nuestro análisis).¹⁶⁵ El segundo no es otro que el citado previamente: desde su exilio mexicano, el ex jefe del Ejército Rojo ponía de relieve la peculiaridad de los regímenes que, según su entender, entraban dentro de esa categoría, con las particularidades propias de un orden estatal semicolonial en la época del imperialismo. Los gobiernos de las débiles burguesías periféricas, encorsetados entre la asfixiante presión imperialista y la cada vez más consistente (e inquietante) presencia del proletariado nacional, adoptaban aquel carácter “*bonapartista sui generis, de índole particular*”. A diferencia del bonapartismo *clásico*, que pretendía elevarse por sobre las fracciones de las clases dominantes para arbitrar entre ellas y garantizar el orden burgués apareciendo como benefactor de todas las clases, el bonapartismo *sui generis* tenía la particularidad de expresar a gobiernos burgueses de países dependientes que, si pretendían resistir las crecientes imposiciones del imperialismo, se veían obligados a apoyarse en la movilización del proletariado,

¹⁶⁵ V. Trotsky, L., “Otra vez sobre la cuestión del bonapartismo”, publicado en *Quatrième Internationale* (1937). Allí defiende el uso del concepto –aplicado hasta entonces a regímenes surgidos en las crisis de dominación burguesa– como categoría de análisis de la *degeneración* stalinista del *estado obrero* surgido de la Revolución de Octubre. Consultado en https://ceip.org.ar/Otra-vez-sobre-la-cuestion-del-bonapartismo#_ftn1. Anteriormente, en su clásico *La revolución traicionada*, sin perjuicio de catalogar al régimen de Stalin como *dictadura bonapartista*, Trotsky asimilaba su ascenso con la reacción termidoriana de la primera Revolución Francesa (1937:85).

“llegando incluso a hacerle concesiones, ganando de este modo la posibilidad de disponer de cierta libertad en relación con los capitalistas extranjeros” (Trotsky, 1939).

Estas definiciones del viejo líder soviético fueron traducidas por *Frente Obrero y Octubre* como una virtual “autorización” a unir sus fuerzas al esquema de amplias alianzas policlasistas propuesto por nacionalismos populares como el cardenismo y, más concretamente, el peronismo, al que caracterizaron decididamente como expresión de una *revolución nacional* que llevaba adelante –no sin vacilaciones e inconsecuencias– las tareas relativas a la liberación nacional que, tarde o temprano, debían recaer sobre los hombros de su único caudillo consecuente: el proletariado. Fue esta particular interpretación del legado de Marx y Trotsky lo que condujo a las fracciones de Rivera y Ramos a fundamentar su “apoyo crítico” al peronismo y, también, creemos, a buscar en el pasado las raíces nacionales de la lucha del proletariado argentino, ya que, como dijera el propio Marx en el *Dieciocho Brumario*, *“la tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos”*; pero en el curso de las revoluciones burguesas –y esa era de algún modo la fase de la Revolución Permanente que los trotskistas argentinos creían estar atravesando a mediados del siglo XX–,

“la resurrección de los muertos [sirve] para glorificar las nuevas luchas y no para parodiar las antiguas, para exagerar en la fantasía la misión trazada y no para retroceder ante su cumplimiento en la realidad, para encontrar el nuevo espíritu de la revolución y no para hacer vagar otra vez a su espectro” (Marx, 2000:14).

La memoria de los derrotados y la argamasa criollista.

En definitiva, si la apelación al pasado buscó, en el marco latinoamericano, ligar la consigna de los *Estados Unidos Soviéticos de Sud y Centro América* con la gesta bolivariana, en el plano nacional tendría como principal finalidad enlazar la lucha del proletariado argentino (que los trotskistas seguían considerando como la clase señalada para ponerse al frente de la *revolución nacional*, trascendiendo así las limitaciones del *nacionalismo burgués* peronista que la dirigía), con una tradición previa de luchas nacionales. ¿Cómo debía abordar una izquierda marxista –que se pretendía antítesis de las izquierdas marxistas preexistentes– la historia de un país que, hasta la plena inserción de éste en el mercado capitalista mundial, había estado signada por la tumultuosa presencia de malones, gauchos, caudillos y montoneras? ¿Cabía seguir pensando a estos actores como “obstáculos al progreso”, rémoras de un orden social

perimido, llamadas a desaparecer de manera inexorable? De adoptar esa perspectiva, insistimos, la “razón histórica” estaba en el ejército de línea más que en las montoneras por él derrotadas; del lado de Mitre y Sarmiento, más que de Facundo y el “Chacho” Peñaloza.

El camino escogido por Ramos, Rivera y sus camaradas intentará ser el opuesto: la reivindicación de los derrotados y la rehabilitación de los condenados por la “Historia Oficial”. Tomar este sendero implicaba ciertos riesgos para una corriente de izquierda, por cuanto el sentido del término “revisiónismo histórico” aparecía fuertemente asociado a una corriente intelectual disidente de matriz católica, hispanista y antiliberal, pero sobre todo, antiizquierdista. Evidentemente, eran riesgos que estaban dispuestos a asumir, y así fue que estos pequeños núcleos trotskistas se lanzaron a la empresa de indagar en el pasado argentino con el fin de articular una narrativa histórica revisionista sin renegar de su pertenencia al marxismo.

De lo que se trataba, entonces, era de tejer un nexo entre las antiguas epopeyas y los nuevos desafíos, inscribiendo de alguna manera la lucha de la moderna clase trabajadora en una genealogía que remitiera no tanto a la tradición del proletariado mundial como a la historia de la nación argentina en su marco latinoamericano.¹⁶⁶ El desafío, para una narrativa marxista, consistía en determinar cuál era el “sujeto histórico” que había protagonizado, a lo largo de un siglo y medio, aquella lucha por la emancipación y la unidad continental que ahora cobraba nuevos bríos en cabeza de la clase obrera peronista ¿Cómo unir en una misma narrativa, en un relato coherente, a la gesta de Mayo con el 17 de Octubre, a las montoneras federales con el proletariado peronista, a los caudillos de a caballo con el Coronel del Pueblo?

Como veremos, el tejido de esa trama argumentativa será el objetivo –por momentos explícito– de los primeros estudios y ensayos históricos de los escritores de la IN en formación. Consideramos que en esa gradual articulación discursiva tuvo un lugar digno de atención un fragmentario y difuso, pero asimismo arraigado y potente cúmulo de narrativas históricas y visiones del pasado que circulaban profusamente

¹⁶⁶ De hecho, cuando la IN logre articular su discurso histórico, el movimiento obrero surgido del aluvión inmigratorio de fines del siglo XIX, concentrado principalmente en Buenos Aires y orientado por el Partido Socialista (y en menor medida por el anarquismo), tenderá a ser considerado un elemento “exótico” y cosmopolita, formado de espaldas a las luchas más genuinas del pueblo argentino (Belloni, 1960; Gutiérrez, 1975), invirtiendo en su carga valorativa –pero reafirmando en sus términos– la clásica tesis de Gino Germani sobre la división entre una *vieja* y una *nueva* clase obrera. Volveremos sobre ello al final del capítulo.

entre las clases subalternas argentinas desde fines del siglo XIX, por medio del fenómeno cultural de masas más importante de las décadas transcurridas entre la modernización periférica de la Argentina y la irrupción del peronismo. Nos referimos al criollismo popular.

En un trabajo reciente, Ezequiel Adamovsky (2019) aborda el muy estudiado fenómeno del criollismo desde un punto de vista particular: reconstruyendo las formas en que el gaucho, como símbolo de la nacionalidad, se convirtió en un objeto de disputa –nunca saldada– entre el bloque dominante y las clases subalternas. Desde las últimas décadas del siglo XIX, la literatura popular criollista, inaugurada con el extraordinario éxito de *El gaucho Martín Fierro* de José Hernández y devenida en fenómeno comercial a partir de *Juan Moreira* de Eduardo Gutiérrez, obró como un vector de integración sociocultural, y también político, de las clases subalternas. Artistas e intelectuales de ideas anarquistas adoptaron tempranamente al gaucho como emblema de resistencia antiestatal y antiaristocrático. Con la emergencia del yrigoyenismo y, sobre todo, del peronismo, este aspecto antielitista no haría más que profundizarse. Lo *criollo*, entendido como sinónimo de *popular* y corporizado en la figura del gaucho, obró como representación de lo *nacional*, en contraposición a una oligarquía extranjerizante a la que se identificó con la oposición a esos movimientos.

Pero más allá de las apropiaciones estrictamente políticas, sostiene Adamovsky, el criollismo popular fue un lenguaje constitutivo de la identidad de las clases subalternas argentinas, en oposición a los imaginarios propuestos e impuestos desde las élites dominantes. Una de sus hipótesis centrales es que el discurso criollista sirvió para poner de relieve la heterogeneidad étnico-racial de las clases populares, poniendo en entredicho, de manera explícita aunque no abiertamente confrontativa, el mito de la Argentina como nación blanca y europea. De esa misma manera –no beligerante pero igualmente subversiva– el criollismo obró como canal de circulación de memorias populares y visiones de la historia nacional opuestas al relato liberal difundido por el sistema escolar; y lo hizo desde mucho antes de la emergencia del revisionismo histórico como corriente intelectual.

Por ejemplo, en muchas de las manifestaciones del criollismo popular, que además de la literatura comprendió a la iconografía, el cancionero, el circo y el teatro, las figuras del gaucho y el montonero federal eran asimiladas hasta hacerlas

prácticamente indistintas. Ambos eran presentados como víctimas de un Estado que los perseguía injustamente, buscando erradicar su modo de vida tradicional en pos de imponer un proyecto cuyo carácter “civilizatorio” quedaba en entredicho. Estas manifestaciones culturales abrieron también una brecha para la reivindicación de figuras denostadas por la “Historia Oficial” emanada desde el Estado, no sólo con antelación, sino también con matices respecto del revisionismo propugnado en los 30 por intelectuales de derecha y centrado en la reivindicación de Rosas como emblema de autoridad. El criollismo popular se inclinó más bien por rescatar a los caudillos del interior y sus huestes federales, con especial énfasis en la figura del “Chacho” Peñaloza (a la sazón, reivindicado y biografiado por los propios Hernández y Gutiérrez).

Sin proponerse, desde luego, la articulación de un relato histórico coherente y contrapuesto a la visión liberal hegemónica, los autores criollistas la cuestionaban en puntos nodales, dando voz a los derrotados y marginados por el avance del “progreso” liberal y legitimando sus resistencias. En base a estos elementos, Adamovsky plantea como hipótesis la existencia de un “*revisionismo popular*”, surgido de una “*doble circulación*” entre las memorias populares –transmitidas oralmente o mediadas por los autores criollistas– y la producción de distintos historiadores revisionistas, entre ellos Jorge Abelardo Ramos (Adamovsky, 2017:87, 93; 2019:133).

Como anticipamos al comienzo del capítulo, cuando la IN logre sistematizar sus postulados historiográficos, el componente *criollo* y la procedencia del interior serán rasgos característicos y fundamentales de las *masas populares*, ese “sujeto histórico” que obrará finalmente como la argamasa que provea unidad y coherencia interna a su narrativa de la historia. Las masas populares serán presentadas como el puntal incólume de un proyecto de nación industrial y autónoma, opuesto al de semicolonias pastoril impulsado por la oligarquía porteña y el Imperio Británico. Ese juego de pares dicotómicos profundamente imbricados entre sí –Interior/Buenos Aires; nación/anti-nación; masas populares/oligarquía–, será sin duda el eje ordenador de la narrativa histórica de la Izquierda Nacional.

En las siguientes páginas veremos cómo fue configurándose este relato de la historia argentina durante los años de conformación de la IN como corriente político-intelectual. Lo haremos, centralmente, a través de cuatro escritos de Ramos y Rivera: *América Latina: un país* (Ramos, 1949); *José Hernández y la Guerra del Paraguay*

(Rivera, 2007[1954]); *Cuadernos de Indoamérica* (Rivera, 1955a,b,c)¹⁶⁷ y *Revolución y Contrarrevolución en la Argentina* (Ramos, 1957). Luego de observar panorámicamente los postulados generales de cada obra, nos detendremos en un aspecto particular, pero en modo alguno secundario: cómo pensaron estos autores a aquellas *masas populares*: su composición étnica, las causales de su intervención política, sus canales de expresión, su autonomía o heteronomía respecto de las elites y su continuidad y mutaciones a lo largo de la historia argentina, desde las guerras independentistas hasta el 17 de Octubre. Asimismo, de manera colateral, veremos algunas expresiones, en el plano de las lecturas del pasado, de aquella interacción, al interior del PSRN, entre los grupos trotskistas y sus compañeros provenientes del Partido Socialista, algunos de los cuales terminarían confluyendo en esta nueva sensibilidad política en formación.

En busca de un nuevo panteón: La línea divisoria (y a quién colocar de cada lado)

A pesar de la vocación marxista que impulsaba a los promotores del incipiente revisionismo trotskista de la historia argentina, uno de sus focos de interés prioritario siguió puesto en el análisis de las “grandes personalidades”. En este sentido, uno de los ejes de la articulación discursiva que nos ocupa fue la construcción de un nuevo “panteón” de próceres, que reemplazase tanto al de la “Historia Oficial” liberal fundada por Mitre, como al postulado por el “Revisionismo Histórico” rosista, de cuño antiliberal, hispanista y católico. Conforme aquella lectura binaria del devenir histórico, la IN trazará una clara línea divisoria entre personajes representativos de las fuerzas nacionales o anti-nacionales, populares u oligárquicas. Analizados desde este punto de vista, los matices entre las cuatro publicaciones no son menores. Más allá de compartir la matriz de análisis y coincidir en puntos importantes como el denuedo al proyecto rivadaviano y al mitrismo (expresiones acabadas de la oligarquía porteña) o la reivindicación de los caudillos federales del interior, el yrigoyenismo y el peronismo, sus divergencias son también notorias.

¹⁶⁷ La datación de los *Cuadernos* presenta una particularidad. Se trata de una publicación a mimeógrafo del grupo Frente Obrero, inmediata a la ruptura definitiva con Ramos (julio de 1955), con el claro objetivo de impugnarlo en términos políticos, intelectuales e incluso, morales. Allí se afirma que algunos de los artículos, en particular la crítica historiográfica a *América Latina: un país*, habían sido escritos por Rivera en 1952, lo que ha llevado a algunos autores (vg. Galasso, 1983, 2010) a dar por cierta esa data. Si bien es posible que se trate, efectivamente de elaboraciones previas que se mantuvieron inéditas mientras el acuerdo con Ramos permaneció vigente, tomamos su fecha de publicación como el criterio más riguroso para citar la fuente.

En *América Latina, un país*, Ramos caracteriza a la Revolución de Mayo como un golpe de Estado de la élite porteña, pro-británico, impulsor del librecambio y causante de las guerras civiles argentinas. En consecuencia, reivindica a Saavedra y al Deán Funes como defensores de los pueblos del interior, en detrimento de un liberal y centralista Moreno, atribuyendo a la doctrina liberal un carácter progresivo en Europa, pero reaccionario en América Latina. Luego pondera a Rosas por haber encarado una política proclive al desarrollo de un capitalismo independiente e identifica a Caseros como la derrota de ese proyecto de autonomía nacional. Por otra parte, caracteriza a Roca y Juárez Celman como representantes de la oligarquía terrateniente y continuadores del régimen semicolonial establecido por Mitre, lo que repercute en una visión positiva de la Revolución del 90 como movimiento antioligárquico (Ramos, 1949).

En *José Hernández y la Guerra del Paraguay*, aunque sin polemizar abiertamente con Ramos –con quien aún permanecía unido en sus proyectos políticos y editoriales–, Rivera propone una visión alternativa en todos esos puntos. Mayo es presentado como una revolución democrático-burguesa (truncada por la insuficiencia de sus bases materiales) y el liberalismo político como una fuerza progresiva, motor del impulso revolucionario; Moreno como su mayor exponente y Saavedra como representante de la facción conservadora que lo desplazara. El rosismo es interpretado como una nueva expresión de la clase terrateniente bonaerense tras el fracaso rivadaviano, de lo que resulta una valoración positiva de la Confederación urquicista y el señalamiento de Pavón –y no Caseros– como hito que marca la derrota de las fuerzas nacionales y un nuevo ascenso de la oligarquía porteña. En consecuencia, el general Roca, como exponente de la Liga de Gobernadores del interior y jefe del Ejército Nacional que derrota en el '80 a Mitre e impone la federalización de la ciudad-puerto de Buenos Aires en beneficio de las provincias, es considerado el líder de una línea nacional-democrática, en la que militara también el autor del *Martín Fierro* (Rivera, 2007).

En los *Cuadernos de Indoamérica*, editados a mimeógrafo cuando la ruptura de Frente Obrero con Ramos era ya definitiva, Rivera mantiene todas esas caracterizaciones y hace explícita la polémica con *América Latina: un país*, ahondando exhaustivamente en dos puntos: la interpretación de la Revolución de Mayo (1955b) y del régimen de Rosas (1955c). La acusación a Ramos es categórica: su obra expresaba una deformación nacionalista y constituía una apología del rosismo. La condena al liberalismo de Mayo y la exaltación de figuras como el Deán Funes y, en especial, el

Restaurador no habían tenido otro fin que congraciarse con el elemento nacionalista-clerical (piénsese en lo que implicaba esta acusación en el momento más álgido del conflicto entre el gobierno peronista y la jerarquía eclesiástica).¹⁶⁸ En el corolario de su crítica, Rivera y su grupo ponen de manifiesto el fin último de su incursión historiográfica: “*Si nosotros buscamos en el pasado histórico las tradiciones que apuntalen el ‘nacionalismo revolucionario del presente’ –¿y qué otro valor puede tener si no nuestra investigación histórica?– no podemos tomar como ejemplo el rosismo*” (Rivera, 1955c: 16, 24).

Finalmente, en 1957 Ramos publica *Revolución y Contrarrevolución en la Argentina*, donde reformula varios de los postulados de *América Latina: un país*, recogiendo en muchos casos (aunque sin mención alguna) las críticas de Rivera. Esto le será reclamado en más de una ocasión por los militantes de Frente Obrero, quienes se atribuirán la autoría de las tesis históricas de la IN y acusarán a Ramos de haberlas adoptado sin reconocerles su aporte (Galasso, 2007:292). Más allá de esta disputa, podemos decir que *Revolución y Contrarrevolución* hace las veces de “síntesis” de las obras y controversias previas, sentando las bases de una perspectiva historiográfica que se asentará en lo sucesivo.¹⁶⁹

Allí se estabilizan las interpretaciones respecto de los personajes históricos que adscriben a cada uno de los proyectos en pugna. Moreno, Belgrano y San Martín, Artigas, López y Ramírez, Dorrego y Facundo, Urquiza y Alberdi, el Chacho y Felipe Varela, José Hernández, Roca y la Generación del 80, Yrigoyen y Perón, son reivindicados, con mayor o menor énfasis, como protagonistas del proyecto *nacional* (en el estricto sentido que esta corriente otorga al término, como sinónimo de defensa de la soberanía y búsqueda de un desarrollo autónomo), enfrentado a los sucesivos planes de entrega de la oligarquía, tendientes a consolidar la posición de la Argentina

¹⁶⁸ No era la primera vez que la crisis entre el gobierno y la Iglesia tenía sus réplicas en las recurrentes polémicas de los dos grupos trotskistas. Entre fines de 1954 y comienzos de 1955, Hugo Sylvester, de Frente Obrero, había presentado ante sus compañeros una moción para cambiar el nombre del Centro Manuel Ugarte por el de José Ingenieros, dada la conocida fe católica del primero y la militancia laica del segundo. Sostenía que “en el momento que vive la República, conservar su nombre [...] implicaría un confusionismo que debemos evitar.” Sylvester, Hugo, “Proyecto de petición”, cit. en Ribadero (2017: 162)

¹⁶⁹ En efecto, Ramos presenta a *Revolución y Contrarrevolución*, como “síntesis de los puntos de vista de toda una generación”. Sin embargo, aunque en su prólogo reconoce haber reformulado “en parte o totalmente la interpretación de hechos o personajes de nuestro pasado” respecto de *América Latina: un país*, reivindica también esa obra como la que planteara “por primera vez un nuevo enjuiciamiento de la historia argentina”, a la vez que previene: “a los buscadores de papeles viejos les recordaré, con una sonrisa, las palabras de Menéndez y Pelayo: ‘Nada envejece tan rápido como un libro de historia’” (Ramos, 1957: 12)

como semicolonias del imperialismo. Este último proyecto es identificado más claramente con fracciones de clase –la burguesía comercial porteña, los ganaderos bonaerenses– y se expresa en personajes como Rivadavia o Mitre y fuerzas como el partido Conservador del cambio de siglo, el radicalismo alvearizado, la Concordancia justista y la Unión Democrática (incluidos, desde luego, los partidos Socialista y Comunista). Incluso, el relato habilita momentos en que determinados personajes “cruzan” esa línea divisoria, sellando, ya sea una parcial “redención” (el Sarmiento de los últimos años –*provinciano al fin*–, enfrentado a Mitre y ácido censor de la oligarquía terrateniente), o bien una claudicación (Urquiza desertando en Pavón y colaborando con la guerra del Paraguay; Roca entrando en componendas con el mitrismo).

Expuestos esos notorios giros hermenéuticos en la “superficie” del relato (esto es, en la valoración de algunos de sus hechos y protagonistas más destacados), nuestra atención se centrará especialmente en un segundo matiz entre los escritos de la IN en formación: el referido a las clases sociales que, de acuerdo a una visión que se sigue reclamando marxista, estarían “por detrás” de aquellos actores protagónicos. En el prólogo de las dos obras de Ramos, por ejemplo, se enuncia con claridad la pretensión de haber “*desnudado las leyes*” subyacentes o, dicho en términos clásicos, el *motor de la historia argentina y latinoamericana*:

“La historia del continente [...] estuvo contraída a elaborar una imagen desfigurada e iconográfica de nuestro pasado [...]. Esa distorsión de palimpsesto [...] obedeció al choque de grandes intereses materiales. [...] su rasgo preferido es negar la acción de las clases en la historia americana. No supone ironía agregar que esta concepción interesada ha sido forjada por la clase dominante. Este trabajo no ha desechado en masa los materiales y documentos reunidos por la historia aceptada. La tarea del autor ha sido buscar en su fárrago las zonas de contacto y desnudar las leyes sumergidas”. (Ramos, 1949: 7-8)

“He examinado sin cortesía las clases, los partidos y los próceres heredados. El análisis me llevó a ver en algunos héroes, bandidos, y en muchos bandidos, héroes. Pero esta inversión de valores, por más espectacular que sea, está subordinada en la obra, al propósito de establecer una inteligencia conductora entre los tumultuosos hechos que narro. La anécdota sólo me ha servido para desnudar la ley o el complejo de intereses que se movía detrás de los actores.”(Ramos, 1957: 11)

Así es como la inspiración marxista del autor, que en tal carácter busca validar su estudio en una matriz ordenada por las luchas de clases, se conjuga con una narrativa que, en lo sustancial, se despliega como una historia ideológico-política de las élites (Acha 2009: 227). Si esta observación es especialmente válida para el caso de Ramos, cuyos ensayos tienen esta pretensión de abarcar de conjunto la historia argentina,

también lo es, a pesar de su carácter más fragmentario, para los textos de Rivera, como veremos oportunamente.

Ahora bien, las clases en lucha, telón de fondo sobre el que actúan los “grandes protagonistas”, también distan de ser idénticas en el primer ensayo de 1949, en las réplicas del grupo Frente Obrero y en la “síntesis” de 1957. En rigor, uno de los polos de la contradicción (la alianza entre la oligarquía terrateniente y la burguesía comercial porteña, subordinada al imperialismo y representada en el plano político por el unitarismo rivadaviano y el liberalismo mitrista, que hallan sus terminales en la Concordancia de los 30 y la Unión Democrática de 1945), sí permanece prácticamente inalterado en los cuatro escritos. Será en el polo opuesto, el de las fuerzas que representan el impulso hacia un proyecto nacional, en donde se evidencian discontinuidades más claras. Éstas, a nuestro juicio, se relacionan con la cuestión arriba mencionada, referida al “sujeto histórico” que, desde los tiempos de la independencia, enarbolara las banderas de la emancipación y la unidad continental. Como veremos en los apartados siguientes, las obras analizadas ensayan respuestas diferentes a este problema.

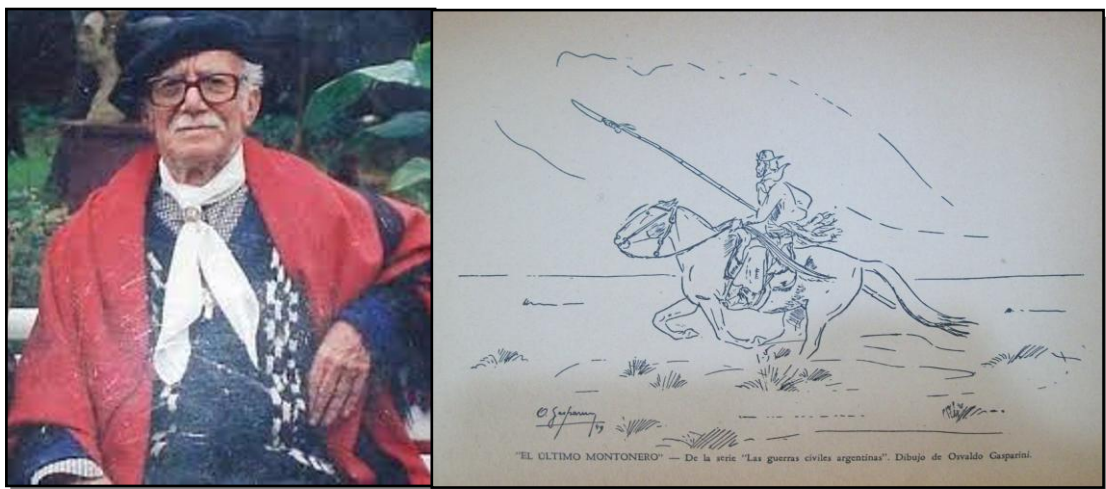
De los márgenes al centro: Las masas populares en la narrativa histórica de la IN

Los ocho años que transcurren en paralelo a este debate político-historiográfico entre grupos trotskistas no dejarán de impactar en sus elaboraciones respecto del pasado nacional. Si tomamos las obras de Ramos, que inician y culminan el ciclo, veremos que ellas no sólo reflejan cambios en las posturas y concepciones del autor –atribuibles algunos, seguramente, a la dura crítica asestada por Rivera–, sino también contextos sociopolíticos radicalmente divergentes: la primera obra ve la luz en el apogeo del proyecto peronista, el mismo año en que la hegemonía del nuevo movimiento en el plano político se plasmaba en la sanción de una nueva Constitución Nacional hecha prácticamente a su imagen y semejanza; la segunda, significativamente, lo hace el año en que el gobierno de facto de Aramburu y Rojas, a través de una convención constituyente amañada, reinstaura –pobremente remozada– la vieja Constitución de 1853, tras derrocar, proscribir y reprimir ferozmente al peronismo y a sus bases obreras, en un clima de abierta revancha política y social. Es por eso que, antes de analizar el último escrito, nos detendremos en ese factor de contexto y, sobre todo, en su

repercusión en el campo político e intelectual en que se inscribían los historiadores militantes de la IN.

América Latina: Un país (1949)

La edición original de *América Latina: un país*, como detallamos en la écfrasis que da inicio a este capítulo, se abre con una ilustración a página completa. “El último montonero”, de Osvaldo Gasparini, representa a un gaucho montando a caballo y portando una lanza de tacuara. Aunque la ilustración parece representar a un gaucho-montonero anónimo, no es casual que, al interior de la obra, Ramos utilice la misma figura –“*el último montonero*”- para referirse al Chacho Peñaloza (Ramos, 1949: 4, 110).



Como señala Ezequiel Adamovsky (2017:88), la representación de Gasparini (imagen) responde a los cánones de la literatura e iconografía popular criollista a que nos hemos referido al introducir su hipótesis. Esa ilustración, así como la reivindicación de Peñaloza y otros caudillos del interior o la exaltación de la figura de José Hernández, en su doble carácter de militante del federalismo provinciano y escritor de *Martín Fierro* y *Vida del Chacho*, parecerían, efectivamente, colocar a *América Latina: un país* en la línea de aquel “*revisionismo popular*” propuesto por Adamovsky, nutrido fundamentalmente de los tópicos criollistas. Lo mismo podría decirse respecto de determinados pasajes de la obra, como el que transcribimos a continuación:

“Las provincias, aún después de Caseros, de Cepeda y de Pavón, continuaban bajo la influencia de los caudillos federales, cuyo poder patriarcal-autoritario emanaba del apoyo popular [...]. Los caudillos [...] eran antiguos soldados de la Independencia, de las guerras civiles, de los ejércitos irregulares. [...] Sus grados militares reconocidos no alteraban, sin embargo, la base primera de su poder efectivo, que eran las autonomías provinciales. Los generales seguían siendo jefes populares. [...] La épica anónima de las masas que los siguieron acompañar silenciosamente con su sangre el triunfo de la ‘civilización’ sobre la ‘barbarie’” (Ramos, 1949: 107)

Reivindicación del federalismo provinciano, legitimidad popular de los caudillos y tradición oral se conjugan en este fragmento. Sin embargo, más allá de esos elementos y los antes señalados, sostendremos que la apelación criollista y, en general, la presencia de las *masas populares* en *América Latina: un país* son poco sistemáticas. Lejos están de ocupar el lugar central de la narrativa propuesta por Ramos. Si nos remitimos al prólogo, que en toda obra preanuncia sus postulados centrales, hallamos sólo una fría referencia a *las masas*, muy distante del tono épico que el mismo Ramos, como veremos, empleará años después:

“El primer producto importado por la civilización sajona al mercado chino fué el opio. En América Latina los intelectuales y militares sorprendentemente ‘democráticos’ [...] introdujeron el estupefaciente del liberalismo [...] y aherrojaron a las masas de esclavos, gauchos, campesinos e indios. Esas masas desarrollaban lentamente bajo el putrefacto régimen español, las industrias regionales, suprimidas violentamente por la invasión comercial británica y los fusiles de sus agentes nativos.” (Ramos, 1949:9)

Esta visión es coherente, por ejemplo, con la caracterización de la Revolución de Mayo como un golpe orquestado por la aristocracia porteña a espaldas y en contra de esas masas, con el fin de instaurar el librecomercio en función de sus intereses comerciales ligados a Inglaterra:

“Doscientas cincuenta personas ‘de pro’ dieron en Buenos Aires un golpe de estado. [...] Su naturaleza social se desprende de las clases participantes: la aristocracia criolla [...] y su punta de lanza, los intelectuales y militares sin carrera bajo el yugo ibérico. Las grandes masas explotadas permanecieron fuera de la conspiración. Fue, en realidad, un motín del despotismo ilustrado criollo contra el despotismo burocrático de España” (:67).

El *triunfo de la “civilización” sobre la “barbarie”*, las masas *aherrojadas* y totalmente al margen del acontecimiento fundacional de la historia argentina, son imágenes que no parecen dejar la impresión de un sujeto histórico que pueda encarar las tareas de la liberación nacional y la unidad continental postuladas por Ramos. De hecho, sin dejar lugar a equívocos, el prólogo se cierra con una apelación a la clase social que, a juicio del autor, ha levantado nuevamente esas banderas que fueran arriadas a comienzos del siglo XIX:

“La unificación política de América Latina, dejada en pie por Bolívar, ha sido puesta hoy en el juego de la historia por una nueva clase [...]: la burguesía industrial latinoamericana y sobre todo argentina. Este libro estudia su ascenso, sus conquistas, su frustración” (:10)

La cita habla a las claras del contexto en que el libro vio la luz: el momento de mayor pujanza de la economía peronista, cuando apenas comenzaban a aflorar los síntomas de la primera crisis del modelo de industrialización por sustitución de importaciones, pudo haber influido en la percepción de Ramos para formular este aventurado pronóstico. Aunque la búsqueda de los gérmenes de una industria nacional

en las manufacturas artesanales del interior heredadas de la economía colonial será un argumento persistente en los sucesivos escritos de Ramos y otros autores de la IN, esta exaltación de la burguesía industrial argentina es distintiva de *América Latina: un país*. O acaso sea más exacto decir que el ensayo de 1949 obra, en este punto, como corolario de un momento en el devenir intelectual de Ramos, quien desde la revista *Octubre* venía sosteniendo firmemente la hipótesis de que, bajo el peronismo, la burguesía nacional argentina se lanzaba a una ambiciosa política de hegemonía continental.¹⁷⁰

Desde esa perspectiva, Ramos presenta al diferendo entre librecambio y proteccionismo como el eje excluyente del conflicto que enfrentara a Buenos Aires con el interior, a la ciudad con la campaña, a unitarios con federales, relegando al plano de la mera “*ficción*” las aristas sociales y culturales del cruel enfrentamiento:

“El interior se protegió automáticamente con sus aduanas mediterráneas en el orden económico y con las lanzas de sus caudillos en el plano político. [...]. La lucha entre la cultura urbana y la barbarie rural fué una ficción. En realidad, la ciudad (Buenos Aires), representaba el canje de los productos ganaderos por artículos industriales ingleses; vale decir, el comienzo de una economía colonial basada en materias primas [...]. La campaña (provincias del interior), significaba el desarrollo de las industrias artesanales hacia formas técnicas superiores y el necesario y progresivo ensanche del mercado interno. Esto último implicaba un desarrollo capitalista independiente, la integración relativa de una ‘nación’ y su efectiva soberanía política.” (Ramos, 1949: 84-86)

Es en defensa de ese sistema –¿protoindustrial?– basado en las manufacturas artesanales que se habrían levantado las masas del interior, lideradas por los caudillos, bajo la bandera federal. Veamos ahora cómo describe Ramos la composición de esas masas:

“El sistema unitario, preconizado por los ganaderos y comerciantes, encubría la dictadura de Buenos Aires sobre las provincias [...]. El sistema federal tendía, por su parte, a la conservación de las industrias artesanales del interior [...]. En el curso de esta lucha se habían alzado, haciendo temblar sus lanzas sobre las deliberaciones doctorales, las masas de la campaña. El ejército plebeyo de los caudillos se nutría de diferentes sectores sociales. Los gauchos de las pampas ganaderas y los peones rurales, los artesanos de las manufacturas, los campesinos pobres, los trabajadores de tropillas de transporte del interior.” (Ramos, 1949: 74)

Retengamos los términos utilizados –gauchos, peones, artesanos, campesinos, troperos– a los fines de la comparación con las obras posteriores, tanto de Rivera como del propio Ramos. Pero antes de pasar a su análisis, nos detendremos en un punto distintivo de *América Latina: un país*: la reivindicación de Rosas como artífice de una “*evolución argentina hacia un ciclo capitalista independiente*” (:105); quien habría logrado elevarse “*por encima de su clase de origen* [los ganaderos y saladeristas

¹⁷⁰“La cuestión argentina y el imperialismo yanqui”, *Octubre* N° 2, nov. 1946, p.2; “La política continental de la burguesía argentina”, *Íd.*, N° 3, ene-feb.1947, p. 4 (cit. en Ribadero, 2017: 53, 63).

bonaerenses] *para abarcar el conjunto del problema nacional*" (: 89) y abrazar incluso una política con "*visión continental*" (:102).

Si en alguna de estas definiciones se deja ver la sombra del concepto de bonapartismo, tan presente en los análisis trotskistas sobre el fenómeno peronista, la asimilación se hace explícita al final del capítulo dedicado al Restaurador, cuando al pasar (deslizado en un paréntesis) se alude a él como el "*Bonaparte criollo*" (:104). Es más, a través de este curioso juego de paralelismos, Ramos parece endosar a la figura de Rosas su propia caracterización y pronóstico respecto del peronismo: "*Que Rosas se apoyó en las masas desposeídas es un hecho; satisfizo en parte sus reivindicaciones, las movilizó en apoyo de su política, las traicionó finalmente. Eso también es un hecho*" (: 93).

El valor histórico de Rosas, entonces, radicaría en parte en su carácter de líder popular, pero mucho más en su rol de artífice y garante de la unidad nacional en pos de un desarrollo capitalista endógeno. En este matiz, el planteo de Ramos tiene más puntos de contacto con el revisionismo rosista propugnado por los intelectuales del nacionalismo católico que con aquella tradición oral que circulaba a través de la literatura criollista, donde el Restaurador permanecía, en general, anatemizado como un dictador sanguinario. En efecto, su reivindicación en *América Latina: Un país* se da no sólo en detrimento de la oposición unitaria, sino también de los caudillos del interior, con sus tendencias particularistas y *feudales*:

"El caudillo Rosas al frente de sus orilleros, negros y gauchos [...] representó, incomparablemente más que los unitarios afrancesados [...] una política 'democrática'" (:104). "A su dictadura le debe el actual estado argentino no ser un mosaico de impotentes provincias (como Centro América) [...]. La dictadura de Rosas unificó de hecho las provincias del Río de la Plata, ahogando las antiguas tentativas aislacionistas de los caudillos" (:102) "Hasta la llegada de Rosas se vive la etapa de fragmentación y dispersión del antiguo Virreynato español, el desconcierto de la independencia política. Rosas inaugura el período de la formación nacional a través de los feudos de los caudillos." (: 103)

En consecuencia, la batalla de Caseros es presentada como el inicio de un largo ciclo de debilitamiento estatal, subordinación al capital europeo y afianzamiento de la clase terrateniente y comercial porteña (: 104, 105), que solo comenzará a revertirse hacia el cambio de siglo, con el ascenso del radicalismo y, en particular, de la figura de Yrigoyen:

"El verdadero jefe del radicalismo será Yrigoyen [...], el nieto de mazorqueros. [...] Yrigoyen continúa la línea popular de Rosas, aunque apoyado en una base social cada vez más precisa. Es el primer político nacional de la nueva edad. [...] De las nuevas clases levantadas por el desarrollo económico [...] extraería toda su fuerza y significación". (: 140) "Con su gobierno comienza a manifestarse, confusamente aún, la presencia de una política burguesa nacional, cuyo respaldo [...] provenía de la pequeña burguesía y de grandes sectores del proletariado" (: 145)

Aquí Ramos esboza un argumento que en su obra del '57 veremos virtualmente omnipresente: la búsqueda de lazos (históricos, genealógicos, incluso sanguíneos) entre los sucesivos emergentes del proyecto *nacional*, o bien entre éstos y las masas que representan. En este caso, se destaca que Yrigoyen es “*nieto de mazorqueros*” y en ese carácter retoma la “*línea popular de Rosas*”. Sin embargo, una vez más, las masas – incluso definidas ya como proletariado– aparecen actuando sólo “*en respaldo*” de una “*política burguesa nacional*”. Aun cuando esos intereses pudieran ser concurrentes, la jerarquía en que son presentados coloca a las masas en una posición periférica, subordinada a la política yrigoyenista de “*ensanchar el mercado interno para la joven burguesía*” (: 148). Como se anunciara en el prólogo, el demiurgo de *América Latina: un país* es la burguesía nacional. Y también lo será a la hora de crear las condiciones para la emergencia del peronismo:

“Diez años después de la muerte de Yrigoyen –el primer jefe de la burguesía argentina- una revolución militar restablecería su continuidad política, devolviendo el poder a su madurada clase y engendrando en sus filas un nuevo caudillo. El proceso visible comenzaría el 4 de junio de 1943.” (:163) “La radicalización mundial de postguerra [...] coincidió con el surgimiento de la burguesía nacional. Ella encontró en perón a su más resuelto y lúcido político.” (: 171)

Sin embargo, dando un giro a la argumentación, Ramos sostiene que en el momento álgido del conflicto, sería la clase obrera del “*cinturón rojo de Buenos Aires*” (:175) la que rescatara de la reacción oligárquica a Perón y, con él, a una burguesía nacional aún no plenamente consciente del rol que estaba llamada a desempeñar. Recién en ese contexto, las masas –no casualmente, obreras– logran colocarse en el centro de la escena e imponer “*su propia decisión*”, aunque la burguesía nacional, representada por Perón, limará “*hábilmente sus aristas*”:

“Con la fuerza motriz del proletariado, el movimiento nacional alcanzó su manifestación más acusada. [...] Cuando fué detenido el coronel, la burguesía industrial no comprendía aún su verdadero rol. Se replegó sin lucha, implorando al cielo una buena solución aduanera. [...] En ese instante preciso el proletariado impuso su vigoroso sello a los barrios céntricos de la ciudad, transformando la situación bruscamente [...], derrotando a la coalición imperialista de un solo golpe. La burguesía nacional, por medio de Perón, fue a su zaga, limando hábilmente las aristas del movimiento [...]. Las ‘chusmas’ obreras impusieron su propia decisión, inaugurando una nueva época en la política argentina” (:176-77).

Hasta la irrupción proletaria del 17 de Octubre, entonces, el actor determinante en las luchas nacionales es, aún con todas sus vacilaciones e inconsecuencias, la burguesía. Además del factor contextual antes mencionado (esto es, el momento de mayor pujanza de la economía peronista a fines de los '40), es probable que también subyazca en esta visión la persistencia de una visión normativa en los términos del marxismo clásico, que consideraba el desarrollo de la burguesía industrial como

conditio sine qua non para el posterior ascenso y actuación independiente del proletariado en el plano político. En este aspecto, podríamos decir que, más allá de las deudas con autores revisionistas o tópicos del criollismo popular, Ramos no deja de ser, después de todo, un intelectual trotskista buscando “*desnudar las leyes*” predeterminadas por el canon de la ortodoxia marxista.

Probablemente esto guarde relación con una notoria ausencia en *América Latina: un país*. Un aspecto que queda fuera del campo de análisis (y que, como veremos, será central en la concepción posterior de Ramos) es la dimensión étnico-racial de los antagonismos argentinos. Los conflictos que atravesaran la historia nacional, como hemos visto, aparecen fundados en razones estrictamente políticas, sociales y, fundamentalmente, económicas: un proyecto industrial frente a uno pastoril; la doctrina proteccionista frente al librecambio; el federalismo del interior frente al centralismo porteño. Queda claro que las *masas populares* obran como soporte –mas no artífices– del primero de esos proyectos. Pero cuando se describe la composición de esas masas, salvo en la mención de los *negros* que apoyaron a Rosas, se omiten las marcas étnicas, apelando preferentemente a categorías ocupacionales –*peones, artesanos, campesinos* y luego *obreros*–, o bien a expresiones que denotan posiciones de inferioridad en la jerarquía social y territorial –*chusmas, plebeyos, orilleros*–.

Aquí encontramos nuevamente una distancia respecto del discurso criollista que, paradójicamente, vivía uno de sus últimos auges en los años del primer peronismo (Adamovsky, 2019: 153). Como hemos reseñado, el criollismo popular, desde su irrupción a fines del siglo XIX, había actuado como un potente vector para cuestionar el imaginario de la *Argentina europea*, poniendo de relieve el componente mestizo y multiétnico del bajo pueblo. Sin confrontar abiertamente con el discurso dominante, la cultura criollista se había encargado de reivindicar como marcas positivas, expresivas de una “argentinidad auténtica”, la procedencia del interior, las herencias culturales y fenotípicas indígena y africana y su mestizaje con el elemento hispánico. En el imaginario criollista, lo “morocho”, lo “indio”, lo mestizo, no eran ocultados de manera vergonzante sino, por el contrario, reafirmados con orgullo (Adamovsky, 2015; 2019: 93)

Muy poco (en rigor, casi nada) de esta faz –quizá la más disruptiva del criollismo popular– se deja ver en las páginas de *América Latina, un país*. De hecho, la propia figura del gaucho (de obvia centralidad para el discurso criollista, en cuanto sintetizaba todos los sentidos de lo nacional-criollo) es abordada sin demasiado énfasis. Aunque se le dedica un apartado específico, en él sólo se describe su la posición socioeconómica

del gauchaje en el periodo tardocolonial y el impacto que sobre su modo de vida tuvo el conflicto desencadenado a instancias de la elite librecambista porteña en mayo de 1810 (Ramos, 1949: 75-78). El término *gaucho* queda reducido, así, a una categoría ocupacional (y asimilado a otras tantas, como jornalero, peón, tropero, etc.); o bien asociado a un *modo de vida* libre y semi-nómada, o, a lo sumo, a un *estilo* que provoca “*la indignación de la sociedad porteña ‘culto’*” (: 85). Pero su entidad étnico-racial no merece comentario ni abre interrogante alguno, ni cumple ningún papel en el conflicto entre “Civilización y Barbarie”, fundado –reiteramos– en determinaciones económicas, sociales y políticas, a las que se adosa en alguna ocasión valoraciones morales.¹⁷¹ No hay, definitivamente, una marcada heroicidad en el gaucho de *América Latina: un país*; y si la hubiera en alguna medida, ella no aparece fundada en marcas étnico-raciales.

Igualmente llamativa es la virtual ausencia del término *criollo* para referir a las masas populares que intentaran resistir el avance del proyecto “civilizatorio” impuesto desde Buenos Aires. La fuerte carga reivindicativa que este término poseía en la tradición del criollismo popular, que lo consideraba sinónimo de “argentino”, no se registra en el texto de Ramos. Más aún, en las pocas ocasiones en que la palabra es utilizada, lo es en un tono sutilmente despectivo: “*terratendientes criollos*”, “*aristocracia criolla*” o “*despotismo ilustrado criollo*” para referir a la élite porteña u otras oligarquías americanas del periodo independentista; “*Bonaparte criollo*” en aquella peculiar referencia a Rosas (: 44, 67, 104). Paradójicamente, se trata de una connotación más similar a la utilizada por las “izquierdas ilustradas” a las que Ramos tanto denostaba,¹⁷² que al sentido que el término tenía en la tradición popular criollista –y que el propio autor, como veremos, le daría posteriormente.

Lo que surge de estas constataciones, en definitiva, es la ausencia de una pregunta por el origen de las masas populares y, en última instancia, de la nación. La pregunta por sus raíces hispánicas, indígenas o negras, su tipo y grado de influencia en la formación nacional, la cuestión del mestizaje o el impacto del aporte europeo debido a la inmigración posterior, parecen exceder totalmente el campo de interés de Ramos en 1949. Ni qué decir de los pueblos indígenas que habitaban los territorios incorporados

¹⁷¹ Entre muchos pasajes que podríamos mencionar, en los que Ramos despliega su mordacidad característica, citamos a modo de ejemplo el siguiente: “...los gauchos rotos no habían pasado por la Universidad y, por consiguiente, no estaban en condiciones de entregar con eficacia su país a la exquisita corte de St. James. El despotismo ilustrado reservaba para sí ese alto privilegio.” (Ramos, 1949: 85)

¹⁷² Recuérdense las diatribas del Partido Socialista contra la “*política criolla*” practicada por conservadores y radicales, así como el “*nacionalismo criollo*” enrostrado a Alfredo Palacios cuando fuera expulsado del partido en 1915 (Svampa, 1994: 65, 155; Galasso, 2007: 25)

al Estado argentino con la *Conquista del desierto*, observados desde una posición de alteridad y superioridad. En el escueto pasaje referido al tema, se los describe en los siguientes términos:

“Desde el río Salado hasta el Cabo de Hornos se extendía un inmenso territorio, poblado únicamente por unos pocos ‘infieles’: 20.000 indígenas en total. Se encontraban en los estadios medios del salvajismo, como tribus nómades. No ejercían la agricultura; vivían ‘a lo gaucho’, en plena posesión de la pampa. Cimarrones de la civilización, pareciera lógico que su ocupación principal fuera cazar ganado cimarrón, alzado de las estancias fronterizas. Lejos de intentar su asimilación hacia formas superiores de vida, la aristocracia terrateniente usó su propia pedagogía; apeló al ejército de línea.” (:132-133).

Como vemos, aún desde una postura condenatoria hacia la solución militar adoptada por los terratenientes y el Estado, la visión de Ramos respecto de la cuestión indígena está fuertemente aferrada al paradigma evolucionista basado en la tríada ascendente *salvajismo-barbarie-civilización* para pensar el devenir de las sociedades humanas. En uno de los capítulos introductorios, referido a la conquista y colonización de América, el autor explicita ese marco de análisis, cuando fundamenta sus postulados en las elaboraciones de Engels sobre las sociedades prehistóricas “*de acuerdo a la clasificación realizada por Morgan acerca de los períodos históricos*” (:30-34). Más adelante veremos hasta qué punto los escritos posteriores de Rivera y Ramos permanecen ligados a este paradigma y las consecuencias que, a nuestro criterio, tiene esa adscripción teórica sobre algunos de los postulados historiográficos de la IN.

La crítica de Frente Obrero. José Hernández y la Guerra del Paraguay (1954) y Cuadernos de Indoamérica (1955)

América Latina: un país fue recibido de manera dispar por el campo intelectual y político argentino. Por su particular reivindicación de Rosas, algunos autores nacionalistas como Manuel Gálvez o José María Rosa lo acogieron con beneplácito –no exento de sarcasmo en algún caso.¹⁷³ Sin embargo, al mismo tiempo y, paradójicamente, desde la misma franja del espectro ideológico, el diputado peronista Emilio Visca, al frente de la Comisión de Actividades Antiargentinas del Congreso Nacional (la llamada *Comisión Visca*, de poco feliz recuerdo), procedía al secuestro de todos los ejemplares en circulación de la obra, en razón de la declarada filiación marxista de su autor.

¹⁷³ En ese tono, Rosa declaraba: “saludamos alborozados la conversión al rosismo de los trotskistas” (Galasso, 2005, cit. por Fiebelkorn, 2017:60)

Desde la izquierda, como vimos en el capítulo anterior, un joven historiador socialista, Norberto D'atri, abogaba en el periódico *Argentina de Hoy* por un “auténtico movimiento revisionista” que se centrara en el protagonismo de las masas populares; pero al mismo tiempo, fustigaba especialmente a quienes pretendían “enlazar la corriente ‘rosista’ con la senda por la que avanza la Revolución Nacional”. La crítica se basaba en la caracterización del Restaurador como

“...el ‘patrón’ del puerto y la aduana de Buenos Aires, lo que le permitió a su clase, la burguesía ganadera y saladeril, cuyo máximo exponente era el propio Rosas, dominar al resto del país. Pero las condiciones de los trabajadores, de la incipiente y rudimentaria clase trabajadora de aquel entonces, no mejoró un ápice. En contraposición con la revolución que conduce Perón, que se basa precisamente en haber dado a nuestra poderosa clase trabajadora posibilidades insospechadas”.¹⁷⁴

No está claro que la acusación estuviera dirigida especialmente a Ramos, habida cuenta de la filiación peronista de buena parte de los historiadores rosistas (Stortini, 2004). De cualquier modo, es bueno señalar el contrapunto, dado que pronto D'atri y sus compañeros confluirían con el grupo de Ramos y Frente Obrero en la formación del PSRN. Sin apartarnos del eje vertebrador de este capítulo, ordenado alrededor de la polémica entre los grupos trotskistas, veremos luego cómo estos intercambios, influencias mutuas y en algún caso, colaboración con los militantes de extracción socialista, se harán más abiertos y explícitos hacia el final del gobierno de Perón.

Como sabemos, la crítica que no deja lugar a duda respecto de su inspiración en la obra de Ramos llegó, justamente, de parte de sus camaradas –y adversarios– trotskistas del grupo Frente Obrero, bajo la firma de Enrique Rivera. En *José Hernández y la Guerra del Paraguay* (2007[1954]) la polémica se plantea de manera elíptica, por cuanto los antiguos compañeros y sus respectivas agrupaciones se hallaban nuevamente embarcadas en un proyecto político y editorial en común: el Centro socialista Manuel Ugarte, enrolado en el PSRN; el fugaz relanzamiento del periódico *Frente Obrero* como órgano de la federación capitalina del nuevo partido y la editorial Indoamérica. Es este sello el que lanza la obra de Rivera, cuyos objetivos están ínsitos en su título: reivindicación de Hernández –y con él, del federalismo provinciano enfrentado al mitrismo– y denuncia de la Guerra del Paraguay como punto culminante de la ofensiva porteña contra el interior argentino y sus aliados en los países vecinos. No obstante, Rivera aprovecha unos extensos apartados introductorios para dejar sentadas las posturas más generales del grupo Frente Obrero sobre la historia argentina

¹⁷⁴ “Basta de historia escolar y mitológica!”. *Argentina de Hoy* N° 18, 1-10-52, p. 7

(y en especial, aquellos implícitos contrapuntos con *América Latina: un país: su opuesta interpretación del liberalismo de Mayo, el rosismo y el roquismo*). Hacia mediados de 1955, cuando el acuerdo con Ramos se rompa en los peores términos, la crítica de Rivera y sus compañeros se tornará cáustica y manifiesta, con la publicación de *Cuadernos de Indoamérica* (1955).¹⁷⁵

Esa diferencia en el tono de las publicaciones, de todas formas, no es relevante para nuestra indagación, ya que sus postulados historiográficos son idénticos. Por ello las analizaremos de manera conjunta. Los escritos de Rivera, en general, tienen un estilo mucho más sobrio y analítico que los de Ramos (nos referimos, desde luego, a los pasajes dedicados al análisis histórico, omitiendo las líneas consagradas en los *Cuadernos* a las querellas personales con su oponente). El autor evita las afirmaciones demasiado estridentes y, sobre todo, se preocupa por respaldarse en los postulados *marxistas*, tal como éstos eran entendidos por el grupo Frente Obrero. Especialmente en los *Cuadernos*, se sostiene de manera recurrente la necesidad de un “*análisis marxista de la historia*”, en contraposición con la “*falta de marxismo*” o “*antimarxismo*” atribuido a Ramos (Rivera, 1955c:17,18).

Basado en este paradigma, el análisis remite permanentemente a una de las “leyes” indiscutidas del marxismo de aquellos años: la de *correspondencia necesaria* entre el desarrollo de las fuerzas productivas, la estructura económica (relaciones sociales de producción) y la superestructura jurídica, política e ideológica de una formación social determinada. Esta idea, expresada sintéticamente en el célebre prólogo de la *Contribución a la crítica de la economía política* (Marx, 1980:5), había sido elevada poco menos que a la altura de un dogma por las distintas vertientes del marxismo hasta

¹⁷⁵ El primero de los *Cuadernos*, publicado en julio de 1955 está especialmente dedicado a fustigar a Ramos y a su antiguo compañero y codirector de la revista *Octubre*, Mauricio Prelooker (seud. Niceto Andrés), quien igualmente se había distanciado del autor de *América Latina: un país* mucho antes de la ruptura de éste con Frente Obrero. De todos modos, el grueso de las críticas se dirige efectivamente contra Ramos y se titula de manera inequívoca: “Un caso de ubicuidad política” (Rivera, 1955a). El grupo Ramos responderá un mes más tarde, al lanzar una nueva publicación titulada *Izquierda*, cuya contraportada contiene un “Comunicado sobre la expulsión de tres provocadores”. La nota informa de la expulsión de Rivera, Carlos Etkin y Hugo Sylvester –grupo FO- del Centro Manuel Ugarte. Tal como afirma Martín Ribadero (2017:161) al tratar los pormenores del incidente, “viejas prácticas que habían caracterizado a las sectas trotskistas volvían a emerger”. Dos años después, otro reconocido intelectual trotskista, adversario declarado de ambas tendencias de la IN, se servirá de varios argumentos esgrimidos por Rivera en los *Cuadernos* para lanzar un duro ataque contra Ramos, a raíz de la publicación de *Revolución y Contrarrevolución en la Argentina*. Nos referimos a Milcíades Peña y su ácido libelo titulado “Desvergüenza y contravergüenza en la cortesana roja de Apold (a propósito de un libro de J. A. Ramos)”. *Estrategia de la emancipación nacional*. N°1, sept. 1957, pp. 141-151.

bien entrado el siglo XX, y las corrientes trotskistas no eran la excepción en este aspecto.¹⁷⁶ En base a ese principio, Rivera sostiene que la ideología liberal y las prácticas democráticas corresponden a un determinado estadio del desarrollo capitalista, ciertamente no alcanzado en el Virreinato del Río de la Plata. Dado que la Revolución de Mayo había sido una expresión local de un único proceso revolucionario hispanoamericano, desencadenado con la invasión napoleónica a la península, cuando ese proceso fue derrotado en el centro (España), su réplica en el Río de la Plata quedó aislada, generándose una profunda contradicción entre su avanzado programa liberal-democrático y sus bases materiales precapitalistas. En síntesis, Mayo habría sido una “*revolución burguesa sin burguesía*”:

“En la América hispana, la revolución democrática iniciada por las Juntas se encontró, casi inmediatamente, enfrentada con la contradicción entre una base material insuficiente para la ideología y la política adscriptas a una etapa mucho más avanzada del desarrollo histórico.” (Rivera, 2007:20) “...el carácter ‘internacional’ de nuestra Revolución de 1810, su estallido ‘prematureo’, una revolución burguesa sin burguesía, pero con elementos liberales en la clase media de las ciudades –abogados, militares-, choca con nuestra estructura económico-social insuficiente.” (Rivera, 1955c: 17)

En este punto, la lectura de Rivera sobre Mayo contiene sugestivas reminiscencias de la interpretación canónica en el trotskismo sobre la *degeneración* estalinista de La Unión Soviética. Una revolución que, conforme a la aplicación de aquellas “leyes” del desarrollo histórico, estaba llamada a triunfar en los centros más desarrollados pero, finalmente derrotada allí, logra sobrevivir en un área periférica, marginal y atrasada, produciéndose un desfase entre la avanzada ideología del núcleo dirigente y las escasas bases materiales para llevarla a la práctica. En consecuencia, los objetivos revolucionarios –factor subjetivo, superestructural por antonomasia– se *desvirtúan* por la insuficiente base material –factor infraestructural por excelencia. Así entonces, tal como un siglo después el bolchevismo y la democracia soviética degenerarían en dictadura burocrática estalinista, el ideario liberal-democrático de Mayo había degenerado, en Buenos Aires, primero en liberalismo oligárquico y luego en dictadura rosista; y en el interior, en –también desvirtuada, “*desconexa*”, “*desdibujada*”– democracia popular:

¹⁷⁶ En palabras de Marx: “...en la producción social de su vida los hombres establecen [...] relaciones de producción que corresponden a una fase determinada de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se levanta la superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social. [...] Al llegar a una fase determinada de desarrollo las fuerzas productivas materiales de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes [...] y se abre así una época de revolución social.”

“el principio de la soberanía del pueblo [...] se convirtió en un obstáculo para el dominio de la clase librecambista [...], pues la mayoría de la población estaba contra ese sistema ruinoso. [...] ‘la oligarquía bonaerense’ [debió] luchar posteriormente contra ese ideario [...] que recogieron los caudillos del interior, en la forma desconexa en que podían hacerlo, dada la insuficiencia de base material (tuvieron que apoyarse en las masas rurales que representaban la democracia popular, pero no liberal burguesa).” (Rivera, 1955b: 12). “Al producirse la separación [de España], nuestro liberalismo quedó constreñido a la base material que le proporcionaba la oligarquía porteña y se hizo antinacional, librecambista, portuario, por una parte, o se desdibujó en el interior, donde las necesidades de la guerra civil obligaron a los liberales antioligárquicos a ceder el comando a los caudillos que llevaban tras sí el impulso de las masas rurales.” (Rivera, 1955b: 15)

En principio, entonces, los caudillos y la montonera entran en la revolución como la expresión democrática “posible”, en el marco de una sociedad que no había desarrollado sus fuerzas productivas al nivel necesario para sostener una democracia burguesa “normal”. Se les reconoce así, de todos modos, una participación en el proceso revolucionario que Ramos les había negado.

“...ejercitando precisamente la soberanía del pueblo proclamada por la Revolución [...], tenemos ahora gobernadores surgidos por elección popular, legislaturas y diputados para los sucesivos congresos constituyentes. Ramos omite por completo [...] la extensión nacional que tuvo la revolución. Y los pueblos de las provincias [combaten] al despotismo unitario. Y el sentido esencial del federalismo, a pesar de todas las contradicciones impuestas por el atraso económico y social, reside justamente en que intenta reivindicar plenamente el ideario de Mayo frente a su desvirtuación unitaria. (Rivera, 1955b: 26)

Esto no quita que Rivera comparta en un punto el argumento de Ramos, por cuanto atribuye el alzamiento de las masas del interior a la defensa de las industrias regionales, con el agregado de presentar esa revuelta como una reacción “desesperada”, “obligada”, “improvisada” frente a la avasallante política librecambista del unitarismo porteño.

“El comercio libre, implantado por el gobierno de Buenos Aires, provocó la desaparición [...] de las industrias del interior; [...] la movilización del ejército de línea por los unitarios [...] para someter a las soberanías provinciales [...] obligó a la resistencia armada, debiendo improvisarse el paisanaje en ejército irregular [...]; la provincia de Buenos Aires se había adueñado de la renta aduanera del puerto único, arrebatando así la riqueza y el crédito nacionales, a la abrumadora mayoría del pueblo argentino. Todo esto engendró ruinas, miserias [...] e introdujo el desquicio; fue lo que llevó a esa ‘barbarie’ que mentaba Sarmiento, ‘barbarie’ cuya causa motora residía en la civilizada Buenos Aires (Rivera, 1954: 31).

Este argumento, que daremos en llamar “exculpación de la barbarie”, será analizado en profundidad más adelante. Por ahora consignemos que en esencia, el razonamiento, y en particular el énfasis puesto en el puerto y la aduana de Buenos Aires como “*llave de la política nacional*” (Rivera, 2007: 22), son tributarios de las lúcidas elaboraciones de Alberdi en su exilio europeo. Éste había postulado que Buenos Aires, liberada de la dominación española, había mantenido sus privilegios de capital virreinal en detrimento de las provincias interiores, haciendo las veces de una nueva “metrópoli”

que, a través de su monopolio sobre la aduana y el puerto único, usufructuaba en exclusividad las rentas de todo el país. Ese rol expoliador de la *Provincia-Metrópoli* sobre las demás (ejercido sin distinción por el unitarismo, el rosismo y el mitrismo) es lo que para Rivera determina, en última instancia, el levantamiento del interior. Pero las formas que éste adopta, es decir, la montonera y el caudillaje, son puramente reactivas ante la acción porteña y carecen de todo sentido *progresivo*:

“El liberalismo del interior, privado de sus bases materiales [...] se encontró entre dos fuegos: por un lado, el *caudillaje de frac* [Alberdi], bonaerense, por el otro, la montonera; los ejércitos lanzados sobre las provincias hicieron surgir y dieron primacía a los hombres capaces de dirigir la resistencia armada al unitarismo, los caudillos, que llevaron a las masas rurales pauperizadas a la arena de la lucha. Apartadas del trabajo productivo, debiendo vivir de lo que encontraban entre dos combates, introdujeron el elemento de hostilidad social hacia los elementos liberales más o menos acomodados de las ciudades, que se tradujo en el saqueo y el despojo [...]. Esta *guerra de clases entre la plebe y la gente principal* [Paz] [...] resulta de la descomposición de todo un régimen económico social y carece de contenido progresivo. Es un resultado directo de la política unitaria.” (Rivera, 2007: 31) [Las frases en *cursiva* son atribuidas a los autores mencionados]

Prosigamos con el relato de Rivera. Aunque se muestre extremadamente crítico de Rosas, el autor reconoce que éste gozó de un amplio apoyo de las masas populares de la ciudad y la campaña bonaerense, que defendieron su régimen como alternativa al unitarismo que amenazaba erradicar su modo de vida tradicional. Ese apoyo popular es atribuido a que Rosas...

“...desarrollaba una política antiliberal, basada en conservar las formas económico-sociales heredadas de la Colonia. [...] tenía la adhesión del *gauchaje*, clase precapitalista y, por tanto, inaccesible a las consignas de la democracia burguesa.” (Rivera, 2007: 68)

Conociendo la matriz de análisis, podemos inferir que un régimen basado en formas económicas y fuerzas sociales tan claramente *regresivas* no puede estar llamado a sobrevivir. En efecto, la caída de Rosas no tardará en producirse, a pesar de su popularidad, pues responde a una *necesidad histórica*:

“aunque [Rosas] aún contaba con el apoyo de la masa popular, que veía aproximarse, tras Urquiza, a la marea unitaria rediviva, comprendió que no debía apelar a él, pues ello significaba ponerse en contra de la misma oligarquía y atacar sus bases. [...] En el momento crítico, aquel ‘caudillo’ abandonó a los gauchos a su propia suerte. Las masas populares [...] quedaron así sin expresión política. [...] la rebelión de Urquiza [...] responde a una necesidad histórica tan ineluctable como progresiva. Si la oligarquía, para derribar un régimen ya anacrónico, apela al caudillo de Entre Ríos, éste se moviliza, también, en función de los intereses del Litoral, contrarios a la dictadura portuaria y da intervención, asimismo, al interior mediterráneo, proteccionista y nacionalista en su entraña” (Rivera, 2007: 45-46).

Volvamos sobre las primeras líneas ¿Acaso, una vez más, la figura de Rosas se nos aparece como una sombra de los temores y prevenciones trotskistas, respecto de las limitaciones y posibles inconsecuencias del liderazgo bonapartista que se hallaba al frente de la –ya comprometida– Revolución Nacional? No podemos más que dejar

planteada la conjetura y proseguir con el relato de Rivera. Según su perspectiva, el vencedor de Caseros, a pesar de haber derrocado al dictador “popular” bonaerense con apoyo de los unitarios, lideraba una coalición de intereses tan diversos que terminaría enfrentado a aquéllos y colocado al frente de las fuerzas nacionales, cuando Buenos Aires amenazara con separarse del resto de las provincias. En este contexto, las masas – incluidas las bonaerenses- dan su apoyo a la Confederación en oposición a la oligarquía porteña que encaraba su ofensiva final contra el gaucho:

“la causa nacional, encarnada por la Confederación [...], ha de encontrar apoyo, por primera vez [...] en la masa popular de la Provincia de Buenos Aires. La oligarquía enfrenta ahora, decididamente, a las masas populares; la persecución del gauchaje se inicia, hasta su destrucción. [...] carente de sentido nacional, con su aparato unitario que sólo ve el extranjero, tiene odio rabioso y xenófobo hacia el criollo. En vez de procurar que la transformación se realice sobre bases nacionales busca, ante todo, liquidarlas.” (Rivera, 2007:47)

Estos giros argumentales dejan a las masas en un rol ciertamente subordinado a las cambiantes alianzas entre las fracciones de la élite. Son evocadas como apoyatura y elemento de legitimación del proyecto nacional. Se les atribuye incluso una marcada ductilidad para intuir la traición de un caudillo (Rosas) o reposicionarse apoyando a otro a quien antes vieran como una amenaza (Urquiza), frente a la existencia de una amenaza mayor. Pero es difícil hallar en estas páginas algún grado de protagonismo popular que pueda incidir en la dinámica de los acontecimientos.

La política de persecución al gaucho llegará a su apogeo cuando la oligarquía porteña se apodere del poder nacional bajo Mitre. En ese contexto se produce la destacada intervención de José Hernández como vocero de la causa nacional y denunciante implacable del mitrismo, tanto de sus campañas militares contra los caudillos del interior –que incluyen el asesinato del Chacho por el “*bárbaro Sarmiento*” (:59) –, como de la guerra del Paraguay. A partir de aquí, el lejano eco de las masas sólo se escuchará a través de la pluma del creador de *Martín Fierro*.

Lamentablemente, aquí se detiene el recorrido de Rivera. Sólo una breve alusión permite conocer su caracterización del roquismo (también apoyado por Hernández) como nueva expresión de un nacionalismo democrático con base en el interior, que consigue la “*legítima restitución al pueblo argentino de su capital nacional indebidamente retenida por una sola provincia*” (2007: 54), pero nada podemos inferir del rol atribuido a las *masas populares* en esa coyuntura.¹⁷⁷ Este recorte temporal limita

¹⁷⁷ La reivindicación de Roca por Frente Obrero (que, al igual que otros tópicos, Ramos incorporará en su obra de 1957) puede tener su origen en la influencia del otro referente –y mentor teórico– del grupo, Aurelio Narvaja, quien, en un testimonio oral recogido por Norberto Galasso (2007: 223), afirmaba: "Soy

parcialmente nuestro ejercicio comparativo con las obras de Ramos, aunque no impide, como hemos visto, tener un panorama de las concepciones generales del autor –y de su grupo– sobre la historia argentina.

Retomando otro de los ejes de este análisis, debemos dejar sentado que Rivera tampoco demuestra gran interés por el componente étnico de las *masas populares* que intervienen en los conflictos argentinos. En el último fragmento citado, alude difusamente a un “*odio xenóforo*” hacia el criollo por parte de la oligarquía, pero esa única afirmación no es explicada, ni retomada posteriormente. De igual manera, al comienzo del escrito, afirma que la Revolución de Mayo “*aconteció toda entre españoles peninsulares y españoles nativos, trascendiendo luego a mestizos e indígenas*” (Rivera, 2007: 19), pero estos últimos no vuelven a aparecer en el relato, que no ofrece tampoco ninguna pista respecto de que su presencia pueda estar supuesta en los conceptos de “*masas populares*”, “*masas rurales*”, “*gauchos*”, “*gauchaje*”, etc. Nuevamente, la cuestión étnica, respecto de las *masas* que sostienen el proyecto nacional, aparece como un punto ciego de la argumentación. Esto probablemente pueda ser atribuido al concepto de nación con el que opera el autor, donde otra vez encontramos la huella de un marxismo fuertemente imbuido de evolucionismo:

“La unidad nacional tiene su fundamento superestructural más importante en el idioma, que crea lazos indestructibles entre los hombres que habitan un solo territorio, mas exige, para concretarse, el predominio cada vez más acentuado del capitalismo como modo de producción en el seno de la comunidad idiomática; solo la destrucción de todos los órdenes anteriores de la economía –caracterizados por su tendencia aisladora y particularista- o su subordinación al proceso de expansión capitalista echa los cimientos de la nación.” (Rivera, 2007: 20-21)

Si no conociésemos la postura de Rivera, esta cita bien podría ser suscripta por alguno de los tantos historiadores marxistas que consideraban a los gauchos, los caudillos y las montoneras como la expresión más palmaria de esas “*tendencias aisladoras y particularistas*” o a las industrias artesanales del interior como un “*orden anterior de la economía*”, cuya destrucción “*echa los cimientos de la nación*”; historiadores contra los que la IN descargará sus más duras –y a nuestro juicio, justificadas- críticas. Lo que podemos ver aquí, sin embargo, es que son los términos de la ecuación (esto es, cuáles elementos son *progresivos* y merecen desarrollarse y cuáles

nieto de un capitán roquista e hijo de un radical provinciano. Mi familia es de Córdoba y estudié en Santa Fe, donde concurrían muchos estudiantes del interior. Ello me facilitó la comprensión del problema nacional [...]. Esas circunstancias peculiares de mi vida me permitieron entender la importancia del roquismo en el 80.”

son *regresivos* y merecen perecer), más que la matriz teórica subyacente, lo que es cuestionado. Volveremos sobre este punto en un próximo apartado.

Ese mismo sesgo evolucionista, al igual que en Ramos, queda expuesto en el tratamiento de los pueblos aborígenes situados fuera del territorio nacional, sometidos durante la *Conquista del Desierto*. A propósito de la “*guerra incesante contra el indio*”, Rivera pinta un elocuente cuadro que asimila a la campaña bonaerense en tiempos de Rosas con la España feudal:

“la guerra de la reconquista, que en España galvanizó a los antiguos godos, tenía en la provincia la forma de la guerra incesante contra el indio. El patrón de la estancia no era sólo un hacendado, sino un jefe militar y el casco de la estancia, el ‘castillo’ para la defensa, con fosos y puentes como en la vieja Europa. El orden que representaba el estanciero no era solo el orden de ‘su’ propiedad, sino también el de la defensa de la sociedad en la que el gaucho vivía; debe notarse que los indios invasores del sur no eran autóctonos, despojados de sus tierras, sino que provenían de la Patagonia y del sur de Chile [...]. El reinado del gaucho libre, pastoreando ganado cimarrón, era cosa del pasado frente al malón indígena y así la estancia fue expresión, no solo del propietario, sino también foco natural donde se centralizaba la defensa y centro de la agrupación social.” (Rivera, 2007: 37)

El indio aparece entonces como un *otro* en el aspecto lingüístico, territorial, civilizatorio e, incluso, como extranjero en términos de las fronteras convencionales entre los Estados-Nación modernos, en tanto proveniente de Chile. Un *otro* absoluto, hasta el punto de obrar como factor de cohesión de la sociedad bonaerense en base a una solidaridad entre el patrón de estancia y el gaucho frente al peligro del malón, responsable a su vez -antes que los estancieros- del fin del “*reinado del gaucho libre*”.

Del lado del socialismo. Realineamientos, tensiones e hibridaciones en las lecturas del pasado nacional.

En paralelo a estas querellas entre los grupos trotskistas (e incluso, como veremos, entrelazadas con ellas en algunos casos), continuaba desarrollándose aquel complejo proceso “revisionista” entre los militantes del *núcleo originario* socialista del PSRN, quienes continuaban expresándose a través de *Argentina de Hoy* y, a partir de abril de 1955, retomaban la publicación de *La Vanguardia (Segunda Época)*. En la primera publicación vemos que, a medida que la crisis política se profundiza y el gobierno peronista se acerca a su traumático final, los análisis históricos van tornándose más esporádicos.¹⁷⁸ Pero aun algo relegadas, esas miradas al pasado presentan una mayor homogeneidad que en los primeros años de la publicación (cuando

¹⁷⁸ Incluso el propio Norberto D’Atri, hacia 1955, combina sus intervenciones historiográficas con algunos artículos de política nacional e, incluso, de interés general. vg., “La CGT, pilar de la lucha contra la reacción oligárquico-clerical” *AH* N° 45, enero 1955; “La expansión del turismo popular”, *AH* N° 47, marzo 1955, p3

–recordemos– los artículos de Norberto D’Atri coexistían con visiones más afines a la vieja matriz liberal del socialismo argentino). Se consolidaba así la tendencia hacia una lectura revisionista de la historia, que confluía en lo esencial con la de los grupos de Ramos y Rivera.¹⁷⁹

En rigor, D’Atri seguía oscilando entre inscribir su lectura del pasado (afín a la visión de la incipiente IN) como una variante del amplio movimiento revisionista, y colocarse por fuera de la dicotomía entre esa corriente y la “*historia clásica*” liberal. Sin embargo, por otra parte, no dudaba en proclamarse a sí y a sus compañeros de *Argentina de Hoy* como “*Los precursores de una nueva interpretación de la historia*”, trayendo a colación –incluso citando en nota al pie– sus propios artículos de años anteriores, como aquel referido a la guerra del Paraguay y la “*sublevación de Basualdo*”, analizado aquí oportunamente. En un artículo que condensa esas tensiones interpretativas, D’Atri se hace lugar para distinguir puntual y elogiosamente a Jorge Abelardo Ramos entre un nutrido contingente de reconocidos historiadores y ensayistas de las más diversas tendencias, que habían sido entrevistados por el semanario *Esto Es* (una publicación de interés general) a fin de reflexionar sobre el panorama del debate historiográfico argentino y pronunciarse sobre el siempre urticante tema de la repatriación de los restos de Rosas.¹⁸⁰ Al respecto, sostenía:

“De la citada encuesta, en que cada uno encendió [...] sus mejores luces, quedamos más a oscuras que antes. Porque cada uno se aferra a una serie de supuestos que considera irrevocables [...]. Salvo la expresión decidida y audaz, pero todavía inmadura, de Jorge Abelardo Ramos [...] sólo puso una nota de veraz objetividad la contestación de [...] Busaniche.¹⁸¹

Los adjetivos adosados a la intervención de Ramos (“*decidida y audaz*”, pero “*inmadura*”) parecen seleccionados con precisión para dejar sentada, al mismo tiempo, la afinidad de perspectivas y la preeminencia reclamada por D’Atri para sí y para *Argentina de Hoy*. Como vemos, la disputa por la “paternidad” de los postulados de la IN parece haber nacido junto con esa identidad política desde los años de su conformación y exceder a las rencillas político-intelectuales y personales entre Ramos y Frente Obrero.

¹⁷⁹ v. “La Revolución de Mayo y el ‘Plan Moreno’”. *AH* N° 49, mayo 1955: 5; “Belgrano, el Reformador”. *AH* N° 50, junio 1955: 8.

¹⁸⁰ De la encuesta participan, entre otros, Carlos Ibarguren, Ricardo Levene, Julio Irazusta, Enrique de Gandía, Ernesto Palacio, José María Rosa, Rodolfo Puiggrós, José Luis Busaniche, Gabriel del Mazo, Jorge Abelardo Ramos y Ricardo Zorraquín Becu. Todo parece indicar que el objetivo de la encuesta, publicada por entregas a lo largo de varios números, fue despertar el interés de los lectores para anunciar, como su corolario, el lanzamiento de la *Historia de la Argentina*, de Ernesto Palacio (Pulfer, 2015).

¹⁸¹ “¡Dejemos a los muertos en paz!”. *AH* N° 42, octubre 1954: 3.

Donde se advierte un renovado afán por indagar en el pasado nacional es en la nueva edición de *La Vanguardia*. Si bien el análisis histórico sigue sin ser un eje prioritario para la publicación, las referencias al pasado, aun dispersas y menos sistematizadas que en *Argentina de Hoy*, están presentes y, también aquí, parecen alejarse del relato histórico liberal-progresista del viejo PS para aproximarse al *revisiónismo de izquierda* en formación. Así lo evidencia, por ejemplo, una nota que busca historizar el conflicto del gobierno con la jerarquía eclesiástica. Su mismo título, “Síntesis criolla de los conflictos entre la Iglesia y el Estado”, dice mucho si lo miramos desde la perspectiva propuesta en nuestro análisis: el término *criollo* aparece ahora, en las páginas de *La Vanguardia, Segunda época*, envuelto en un aura claramente reivindicativa.

En esa tónica, si bien el articulista reconoce mérito a las reformas rivadavianas en materia de cercenamiento de privilegios eclesiásticos, ve necesario aclarar que “*nuestra valoración de Rivadavia difiere fundamentalmente del mito creado por la historiografía liberal, que desgraciadamente cometieron el error de compartir algunos intelectuales que actuaron en las filas del socialismo*”. Otro tanto sucede con Roca y Juárez Celman, a quienes el autor lamenta tener que reconocer alguna virtud (en obvia referencia a las leyes de educación laica, registro y matrimonio civil), ya que “*no somos panegiristas de la oligarquía en dos de sus más conspicuos representantes*”.¹⁸²

Curiosamente, cuando los socialistas de *La Vanguardia* se aproximaban a una lectura revisionista de la historia argentina, en aparente confluencia con sus compañeros trotskistas del PSRN, Ramos abandonaba su vieja caracterización de Roca como “*el político característico de la clase terrateniente*” (1949:134) para adoptar, como hemos visto, una postura coincidente a la de Frente Obrero respecto de esa figura. No tenemos que esperar a su nuevo libro de 1957 para ver este cambio de perspectiva: en su contestación a la mencionada encuesta de *Esto es*, ya reivindicaba a Avellaneda como “*representante de los intereses provincianos*” y a la federalización de la ciudad de Buenos Aires “*impuesta por Roca y los intereses nacionales*”, para sentenciar: “*Así fue como el mitrismo porteño forjó la leyenda del antirroquismo*”¹⁸³

Si tal afirmación no era lo suficientemente contundente, a mediados de 1955, ya producida la sonora ruptura con Frente Obrero, el grupo Ramos, desde la flamante

¹⁸² LV N° 2, mayo 1955: 3

¹⁸³ Entrevistas a Jorge Abelardo Ramos y Ricardo Zorraquín Becú. En *Esto Es*. N° 32. 6-7-54 (reproducidas en Pulfer, 2015: 52)

revista *Izquierda* y a través de la pluma de Alberto Converti, destaca “*el poderoso avance que experimentó el país con la reconquista de su capital histórica, al federalizarse Buenos Aires por la lucha de las provincias interiores bajo la dirección del General Roca*”, a la vez que, con un ojo puesto en el presente, denuncia que “*pese a su pregonado ‘liberalismo’ europeizante, la oligarquía ganadera y la burguesía comercial porteña simpatizaron con la Iglesia*” en sus intentos de “*jaquear la política progresista de Roca.*”¹⁸⁴

La idea-fuerza que había llevado a los dos grupos trotskistas a coincidir finalmente en el rescate de una figura tan controversial como Roca era, evidentemente, el antimilitarismo, con el cual *La Vanguardia* también confluye hacia 1955. En los últimos números del periódico, ya próximos al golpe de septiembre, Mitre es fuertemente impugnado como “*el campeón del separatismo bonaerense [...] alzado en armas contra el Ejecutivo Nacional*”, “*conductor y defensor de los más grandes terratenientes de la oligarquía*”, a quien “*debemos [...] la guerra más infame que hubo en la América del Sur. Esa guerra contra el Paraguay, que en ese momento era la nación más democrática y progresista del continente.*”¹⁸⁵

Esta convergencia discursiva con algunos planteos de los militantes trotskistas del PSRN se traduce incluso en la colaboración de Carlos Etkin, del grupo Frente Obrero, en el último número de *La Vanguardia*. Pero llamativamente, la nota de Etkin se aparta de un tópico que, aún con distintos tonos y matices, venía concitando un marcado consenso en todas las publicaciones que venimos analizando, incluido el propio órgano socialista. Nos referimos a la reivindicación de Yrigoyen como un caudillo popular antioligárquico, asediado y finalmente derrocado por las fuerzas de la reacción (entre las que se incluía al viejo PS). En su artículo, por el contrario, Etkin considera a esta visión “*radicalmente falsa*”, ya que el carácter progresivo que pudiera haber tenido el yrigoyenismo quedaba disminuido por “*su política siempre vacilante y contradictoria*”. Esa “*interpretación simplista*”, que procuraba “*idealizar la figura de Yrigoyen*” había sido “*iniciada por los escritores del ‘nacionalismo’ católico*” y secundada por “*escritores pseudomarxistas*”.¹⁸⁶

Esta última referencia es inequívoca: apunta directamente a la fracción de Ramos, con la cual el grupo Frente Obrero, como sabemos, venía de romper lanzas. En efecto,

¹⁸⁴ “El vaticano, aliado del imperialismo”. *Izquierda*, N° 1, agosto 1955: 6

¹⁸⁵ “Un falso gigante visto por un pigmeo auténtico”. *LV* N° 4, julio 1955: 4 y “Respuesta juvenil al Doctor Palacios”. *LV* N° 6, sept. 1955: 1

¹⁸⁶ “Hay que rodear a Marcelo”. *LV* N° 6, sept. 1955: 4

en el primer número de la revista *Izquierda*, –lanzada en agosto de 1955, es decir, un mes antes de la invectiva de Etkin–, Jorge E. Spilimbergo había dedicado un extenso artículo a “*La crisis histórica del radicalismo*”, donde reafirmaba una reivindicación de Yrigoyen idéntica a la que postulara casi un año antes en el mismísimo *Frente Obrero*, cuando ambos grupos aún permanecían unidos.¹⁸⁷ Es decir que el arrebato antiyrigoyenista de Etkin bien podría atribuirse, una vez más, a las agrias disputas entre pequeños grupos, más que a una reflexiva relectura del pasado. (Apoya esta intuición el hecho de que, antes y después de este incidente, el grupo Frente Obrero sostendría una valoración esencialmente positiva del yrigoyenismo como expresión –aun vacilante– de un nacionalismo democrático y popular).

Sin embargo, contiguo a la nota de Etkin, aparece otro artículo –sin firma– en que la crítica a Yrigoyen es llevada al extremo. Se titula “*La Mazorca radical*” y atribuye al radicalismo de 1916 “*odio burgués [...] contra la clase trabajadora*”, “*designios de dominación absoluta de la República*”, “*avidez de lucro personal*”, “*corrupción administrativa*”, “*inepcia como gobernantes*” e “*instintos brutales y mazorqueros*”.¹⁸⁸ Luego de recordar la Semana Trágica y la represión de la Patagonia, la nota narra con estremecedora minuciosidad una sesión de tortura a un militante obrero en los corralones municipales de la Capital, en 1917. Según se afirma, el fusilamiento sumario del huelguista, a punto de consumarse, fue suspendido por orden verbal del propio Yrigoyen, quien ordenó “*que se le conmute la pena de muerte por una pateadura*”, lo que condujo a la reanudación de los tormentos, que culminaron con el estampado de la “*marca municipal*” con un hierro incandescente sobre el cuerpo de la víctima. Esta escena dantesca, concluye el articulista, es “*tan propia para divertir a una tribu de salvajes, como para avergonzar e indignar a hombres civilizados*”.¹⁸⁹

La lectura del artículo nos transporta a dos emblemáticas referencias literarias: la escena final de *El matadero* de Esteban Echeverría y, nuevamente –de manera casi explícita– a la dicotomía entre *Civilización y Barbarie*, tan cara al imaginario liberal del socialismo antiyrigoyenista y, sobre todo, antiperonista. Ciertamente es que, en el clima de extrema polarización política que precedió al derrocamiento del peronismo, el argumento antiyrigoyenista podía ser utilizado como arma contra la oposición radical.

¹⁸⁷ “La crisis histórica del radicalismo”. *Izquierda* N° 1, agosto 1955: 14-16; “La traición a Irigoyen o la intransigencia de Sabattini-Frondizzi”. *FO*, N° 1, Oct. 1954: 3

¹⁸⁸ Algunos de estos conceptos, de manera sorprendente, nos remiten al comunicado que el Comité Ejecutivo del PS emitiera pocos días antes del golpe de septiembre de 1930

¹⁸⁹ “La mazorca radical”. *LV* N° 6, sept. 1955: 4

Lo que resulta llamativo es el tono de la crítica, que causará desconcierto en quien busque una armónica uniformidad en el deslizamiento de los grupos socialistas del PSRN hacia posturas afines al revisionismo de la IN en formación (que, como seguiremos viendo, hacía de la crítica a la dicotomía sarmientina uno de sus argumentos principales).

Una vez más, las fuentes nos muestran un vasto proceso de reconfiguración de identidades políticas que comprende, como una de sus expresiones, la reinterpretación y relectura del pasado nacional; proceso que reconoce una tendencia general pero nunca está exento de complejidades, matices, torsiones y contradicciones. A esto nos referimos cuando hablamos de un discurso político-historiográfico en pleno proceso de conformación o en *estado de fluencia*. De una de esas *notas disonantes* nos serviremos para dar entrada al próximo apartado, donde introduciremos un factor de contexto que obró como catalizador de la articulación de una narrativa de la historia argentina más acabada y distintiva de la IN.

En el último número de *La Vanguardia, Segunda época*, que por su fecha de edición ha de haber circulado entre proclamas golpistas, expresiones de júbilo en las zonas pudientes y sorda indignación en los barrios obreros, una nota buscaba indagar sobre un sector social que, por su activa y masiva participación en los hechos del '55, empezaba a despertar un interés y ocupar un lugar creciente en los análisis políticos. Ese tema, el de la *clase media* (como actor emergente y como objeto de interés), lo remitimos al próximo capítulo, cuando lo abordemos a través de las miradas de otra corriente del PSRN. Por lo pronto, nos detendremos en un detalle del artículo de *La Vanguardia* que también –al igual que su temática– logra captar con precisión el clima de época. Su autor, cuya identidad desconocemos, elige para rubricarlo un revulsivo seudónimo: “*El cabecita negra*”.¹⁹⁰

La (tardía) irrupción del “cabecita negra” en el ensayo político nacional

La publicación de *Cuadernos de Indoamérica e Izquierda* se interrumpe con el golpe de Estado, al igual que la tirada de *Argentina de Hoy*. En cuanto a *La Vanguardia*, sus talleres gráficos serán restituidos de inmediato a sus antiguos propietarios, que prontamente incorporarán la voz del órgano socialista al coro *democrático* que salude la proscripción de partidos políticos, el asalto de

¹⁹⁰ “Apuntes para la historia de la clase media argentina”. LVN° 6, sept. 1955, p. 2

organizaciones gremiales y, finalmente, los fusilamientos de junio de 1956. (Los duros cuestionamientos que esa línea de acción despertará en las bases del PS, y que llevarán a un nuevo cisma en 1958, quedan más allá de nuestro objeto de indagación)¹⁹¹. La mayoría de los militantes que impulsaban aquellas publicaciones se reagruparán, entre fines de 1955 y comienzos de 1956, en la exitosa pero efímera experiencia de *Lucha Obrera*, que abordaremos en el último capítulo de esta obra.

Entre estos acontecimientos y la publicación del último escrito que analizaremos en este capítulo transcurrieron dos años de profunda conmoción social y política, que no podía dejar de repercutir en el campo intelectual. La dictadura instaurada en 1955 tuvo la extraña peculiaridad de proponerse erradicar una experiencia de profundo arraigo popular, bajo el argumento de considerarla una *aberración* ajena a la historia argentina que, como una pesadilla, debía ser condenada al olvido. Una visión alternativa, surgida también del gobierno de facto, prefirió identificar al *régimen depuesto* como una “*segunda tiranía*” heredera del rosismo, postulando, en oposición, la *línea Mayo-Caseros* como depositaria de la auténtica tradición nacional (CNI, 1958). En las filas del movimiento derrocado y sus corrientes afines, el cruento desenlace de la década peronista impuso la necesidad de formular un balance, que en muchos casos trascendió la propia experiencia que acababa de truncarse para inscribirla en una narrativa de más larga duración, en oposición a ambas variantes del nuevo discurso oficial. En ese clima de conmoción y búsqueda de nuevos paradigmas que explicaran tanto la irrupción del *hecho peronista* como su abrupto final y nutrieran de nuevos imaginarios a la resistencia popular, hizo su aparición en la literatura un actor que, hasta ese momento, no había visto correspondida en el mundo intelectual su disruptiva presencia social y política.

Desde el mismo surgimiento del peronismo se percibió con claridad que se producía un cisma en la sociedad argentina. Ese conflicto, patente e inocultable, fue interpretado (o eufemizado) de las formas más diversas. Desde el campo antiperonista se lo presentó preferentemente como una lucha entre democracia y autoritarismo, entre libertad y fascismo, entre progreso y reacción o, a lo sumo (una vez más) entre civilización y barbarie. Por su parte, el emergente peronismo recurrió al ya conocido clivaje entre pueblo y oligarquía, entre trabajadores y “empresarios explotadores”, entre

¹⁹¹ Para un abordaje pormenorizado de esa crisis partidaria y sus derivas en el surgimiento de la *Nueva Izquierda* en los 60, v. Tortti (2009),

patria y antipatria. Como puede verse, se trata de dicotomías sociales, clasistas, ideológicas, morales, pero en ningún caso étnico-raciales.

Las visiones que interpretaron la emergencia del peronismo como la irrupción de los “cabecitas negras” (migrantes internos provenientes del norte del país) en el ámbito urbano, se abrieron paso lentamente y de forma compleja. La identificación partió, en principio, desde el campo antiperonista, a través de una operación metonímica, consistente en tomar a una parte de las heterogéneas masas peronistas como el todo representativo del nuevo movimiento. Así, los “sectores más establecidos” de la sociedad (Torre y Pastoriza, 2002: 304), preferentemente urbanos, identificaron a la clase obrera con el “cabecita negra” y a éste –sólo a éste- con el peronismo. De esa manera, la diferencia social y política se racializaba (Grimson, 2019: 87-97; Garguin, 2009).¹⁹² Pero aun desde el antiperonismo, sostiene Alejandro Grimson, “*quienes guardaban algún pudor respecto de las ideas raciales [...] trastocaron la diferencia ‘negra’ en ‘rural’, ‘étnica’, o de culturas políticas. Por ello, ‘negro’ y ‘cabecita negra’ estaban a la vez ausentes en la escritura y omnipresentes en la oralidad*” (2016: 23). Así, la figura del “cabecita negra” –y, con ella, la dimensión étnico-racial del conflicto peronismo/antiperonismo- permanecerá prácticamente invisibilizada en el registro escrito hasta después del golpe de 1955.

Del lado del peronismo, a diferencia de lo que había sucedido con otros términos despectivos como *descamisado*, la apropiación y reivindicación del término “negro” o “cabecita negra”, con la consecuente inversión de su carga peyorativa, también fue un fenómeno tardío y complejo. Por empezar, nunca fue asumido por los líderes del movimiento en el gobierno, sino por expresiones políticas y culturales que lo apoyaban desde los márgenes y las bases. En este punto, la cultura popular criollista hizo nuevamente un aporte considerable como canal de expresión de visiones disidentes (aunque no necesariamente confrontativas) respecto de la cultura dominante, sostenedora del mito de la “Argentina europea”. Como señala Adamovsky (2015, 2019),

¹⁹² Garguin aborda este proceso de *articulación racial* para comprender, desde una perspectiva *constructivista* respecto de las clases sociales, la emergencia de una identidad de clase media en la Argentina, proceso estrechamente ligado al cisma peronismo/antiperonismo. Ante la palmaria evidencia que contradecía el arraigado mito de una Argentina homogéneamente “blanca” y de ascendencia europea, esa adscripción étnico-racial pasó a ser reivindicada como rasgo distintivo por una parte de la sociedad. Ésta, frente al desafío plebeyo de los “cabecitas negras”, se reafirmó, por oposición, en su adscripción étnica (blanca-europea) y de clase (media). Desde este punto de vista, el antiperonismo no fue una opción política circunstancialmente abrazada por una clase media preexistente, sino un factor constitutivo de su propia identidad de clase (v. también Garguin, 2007). Volveremos sobre este tema en el capítulo siguiente.

los años del peronismo fueron testigo de un renovado impulso del criollismo popular, que obró nuevamente como vector de una reivindicación de la composición mestiza y multiétnica de las clases subalternas, políticamente identificadas con el peronismo.

Sin embargo, este fenómeno de autoadscripción étnico-racial, que venía gestándose durante los gobiernos peronistas, también debería esperar hasta después de 1955 para hacer eclosión. En primer lugar, porque emergería como respuesta a la estigmatización racializante del “cabecita negra” por el antiperonismo, pero también debido a la ausencia de un cuestionamiento al imaginario de la “Argentina europea” desde el Estado peronista, que en su fuerte vocación integradora, plasmada en el ideal de la “Comunidad Organizada”, no había estado dispuesto a tomar partido por una redefinición tan radical del *ethnos* nacional. Derrocado Perón y desatada la revancha clasista y racista contra el movimiento depuesto, desde fines de los 50 y durante la década siguiente, la reivindicación del peronismo como expresión de una “verdadera Argentina” *criolla* que, proveniente del interior profundo y representada por el “cabecita negra”, había (re)conquistado el espacio físico y simbólico del poder de manos de una oligarquía extranjerizante (hecho perfectamente simbolizado por la ocupación de la Plaza de Mayo el 17 de Octubre), se difundió velozmente entre la militancia peronista. Para ello fue de gran importancia el aporte de distintos intelectuales, pertenecientes o afines al movimiento derrocado. Una de las primeras obras de esa serie fue justamente *Revolución y Contrarrevolución en la Argentina*, de Jorge Abelardo Ramos, a cuyo análisis nos abocamos a continuación.

Revolución y Contrarrevolución en la Argentina (1957)

El argumento que acabamos de describir aportó a la narrativa de la emergente IN el elemento que le dio unidad y consistencia, y que caracterizará al discurso de esa corriente en las décadas siguientes. *Revolución y Contrarrevolución* hace las veces de “síntesis” de las obras y discusiones previas. Lo hace en el sentido de formalizar las genealogías de “héroes y antihéroes” de la historia argentina que la IN adoptará en adelante, pero, sobre todo, aporta ese argumento ordenador de la narrativa histórica: el del protagonismo de las *masas populares* como fundamento de la nación y baluarte en la lucha por su realización, elemento que está anunciado desde el subtítulo de la obra: *Las masas en nuestra historia*. Allí cobra consistencia y carácter manifiesto la idea de una continuidad esencial en este “sujeto histórico”, desde la Revolución de Mayo hasta el 17 de Octubre, como se afirma explícitamente en el prólogo:

“Las corrientes políticas de hoy no son sino prolongaciones renovadas de grandes fuerzas que arrancan desde nuestros orígenes”. [...] alrededor de 1940 y en los años turbulentos que siguieron, observóse en Buenos Aires, ciudad cosmopolita como todos los grandes puertos, la afluencia de un tipo humano nuevo, antes desconocido, extranjero, en suma. El despecho faccioso designará más tarde como ‘cabecitas negras’ [...] a esa multitud que llegaba a la ciudad imperial y se quedaba para siempre. Esta segunda argentinización de Buenos Aires cobró estado público en las grandes huelgas generales de 1945. ¿De dónde venían esos hombres y mujeres?, parecía preguntarse el ciudadano orgulloso de su tipo europeo, que [...] se consideraba dueño del país. En sucesivas oleadas los argentinos del interior habían llegado a la capital en 1820, con los montoneros de López y Ramírez; en 1859 acamparon en San José de Flores con las legiones urquicistas; encuadrados en el ejército de provincianos dirigidos por Roca, impusieron en 1880 la nacionalización de Buenos Aires; en 1916 Yrigoyen inundaba de plebeyos la Administración Pública; en 1945 el viejo montonero, transformado luego en peón y ya obrero industrial, salía a la calle para fijar un nuevo rumbo al destino de los argentinos. En el inconsciente colectivo de nuestro pueblo [...] esa irrupción política se sentía como el corolario moderno de una lucha revolucionaria secular.” (Ramos, 1957: 7, 10)

Varios tópicos se condensan en este extracto. En primer lugar, la delimitación de rigor entre “el interior” –que en esta ocasión, mas no siempre, comprende también al litoral en las referencias a López, Ramírez y Urquiza¹⁹³ y Buenos Aires. La referencia a esta última como un cuerpo casi extraño a la Argentina (de ahí la “*argentinización de Buenos Aires*”) se refuerza con la contraposición entre “*los argentinos del interior*” y “*el ciudadano [porteño] orgulloso de su tipo europeo*”. Aquí encontramos una clave de análisis que no estaba presente en los textos anteriores, por lo que nos detendremos en ella especialmente: al factor geográfico (interior/Buenos Aires) que a primera vista podría no expresar más que los ya enunciados intereses económicos contrapuestos (proteccionismo/librecambio; distribución/centralización de los recursos aduaneros), se suma fuertemente el elemento étnico-racial y cultural: la Argentina “europea”, portuaria, cosmopolita, frente a la Argentina profunda, criolla, del interior.

Aunque la elocuente figura de las “*dos Argentinas*”, nacida en los años 30 y muy presente en las querellas intelectuales durante el primer peronismo (v. Altamirano, 2011:35) no esté enunciada en esos términos, su espíritu se deja ver a lo largo de toda la obra. Y con toda claridad, es en una de esas Argentinas donde reside la auténtica tradición

¹⁹³ Dejemos planteada –al menos marginalmente– esta arista de la argumentación: en el esquema binario propuesto por la narrativa de la IN, el litoral ocupa un lugar complejo. Si bien en algunas coyunturas (Liga de los Pueblos Libres, Confederación urquicista) se ve a esta región como parte del “interior” en sentido amplio –por oposición a Buenos Aires–, en otras se remarca su posición ambigua y oscilante en esa disputa nodal. Esta ambigüedad es atribuida a la naturaleza de la economía litoraleña, basada en la ganadería, lo cual haría propender a estas provincias a un entendimiento con Buenos Aires en defensa del librecambio. Pero al mismo tiempo, se postula que esta región se ve especialmente afectada por el control bonaerense sobre el puerto, los recursos aduaneros y los ríos interiores, lo que la impulsa a unir fuerzas con las provincias del interior en sentido estricto (Córdoba, norte y Cuyo). En más de una ocasión, incluso, la derrota de las fuerzas nacionales frente a las oligárquicas será explicada por una “traición” de las provincias del litoral, cuyos líderes (Estanislao López en 1820, Urquiza en 1861) pactan con Buenos Aires en función de intereses mezquinos.

nacional. Veamos cómo describe Ramos, a través de esa lente, la mirada desde el puerto hacia el interior:

“Es fácil presumir el odio profundo que debían suscitar en la culta ciudad las tentativas de los caudillos interiores tendientes a organizar la Nación. [...] se escribió una literatura ultrajante destinada a presentar a los hombres del Interior como la encarnación de la barbarie, y a los bolicheros, importadores, apacentadores de vacas y picapleitos porteños como la manifestación más eminente del progreso y las luces. La mirada desdeñosa que aquella Buenos Aires dirigió siempre hacia el interior, en todas las épocas (hasta nuestros días), era la mirada del “blanquito” europeizante frente al pobre “negrito” perdido en su rincón provinciano. Chusmaje, montoneros, gauchos malos, matreros, roquistas, peludistas, peronistas son categorías que se insertan en una constante política de la vida argentina.” (Ramos, 1957: 41-42).

Es notable, en contraste con la obra anterior, la extrapolación de los motes contemporáneos “*negrito*” y “*blanquito*” a los actores políticos y sociales del siglo XIX. Si en 1949 la entidad étnico-racial de las clases en lucha permanecía invisible, en 1957, por el contrario, aparece hipervisibilizada, al punto de obrar como el factor que habilita una mirada transhistórica, omnicomprendiva del devenir argentino. Tal como había hecho el peronismo con la figura del *descamisado*, Ramos apela a la inversión y reivindicación de esos términos peyorativos utilizados por la “*desdeñosa Buenos Aires*” contra los argentinos del interior, pero además, pone un marcado énfasis (ausente tanto en el discurso oficial peronista como en su escrito anterior) en el carácter mestizo de esos *gauchos*, *montoneros*, *chusmas* o *descamisados*, en fin, de esas *masas populares* que funcionan ahora como fundamento del movimiento nacional y se expresan a través de sucesivos líderes y caudillos:

“...los caudillos y las masas por ellos encarnadas, impusieron su vigorosa fisonomía a nuestro drama nacional. La época de las masas y las lanzas abraza setenta años de nuestra historia [1810-1880]. [...] lo que hoy constituye la República Argentina fue el escenario de un duelo sangriento. [...] Los héroes de esta gesta han sido lapidados por los historiadores de la oligarquía triunfante.” (Ramos, 1957: 39)

No deja de ser significativa la figura utilizada: los caudillos no sólo lideran, dirigen, expresan a las masas, sino que las *encarnan*, lo que da una imagen de unidad esencial, orgánica, sin fisuras ni disonancias, tal como anticipáramos en el preludio de este capítulo.¹⁹⁴ La legitimidad de su liderazgo, además, emana de su destreza militar y su pasado como guerreros de la independencia:

“Los caudillos, expresión política de las masas de la campaña, se transformaron en generales. Y los antiguos guerreros de la Independencia, de regreso a la tierra natal, se convirtieron en caudillos de sus provincias respectivas.” (Ramos, 1957: 53)

¹⁹⁴ Incluso, cuando alguno de esos caudillos los traicione, como sucede con Urquiza luego de Pavón, las masas pronto encontrarán en quien *encarnar* nuevamente: en ese caso, Ricardo López Jordán (Ramos, 1957:185)

Este argumento se eslabonará a lo largo de toda la obra. Así como el general independentista se transforma en caudillo y éste en gobernador federal, una vez derrotado el viejo federalismo, sus restos se reconstituirán para dar lugar al Partido Autonomista Nacional bajo el liderazgo de Roca (:210, 221). Cuando la oligarquía pervierta al PAN, sus bases y cuadros intermedios migrarán al yrigoyenismo (:280, 305) y finalmente al peronismo, al caer la UCR en manos alvearistas. A diferencia de lo que sucedía en *América Latina, un país*, no hay en esta obra un corte abrupto y un hiato de medio siglo entre la derrota de las últimas montoneras por Mitre y el ascenso de los movimientos populares del siglo XX, sino una clara línea de continuidad. El movimiento de las masas presenta flujos y reflujos, pero se manifiesta de manera sostenida. Este recurso argumental es el que da unidad al relato: el proyecto nacional *encarna* en las masas y éstas en sucesivos líderes y caudillos. Si éstos defecionan o son vencidos por la oligarquía, el torrente popular, como un río subterráneo, encuentra un nuevo cauce, una nueva expresión política en la cual expresarse (:387). Es así como los *guerreros* de la independencia, los *gauchos* de Güemes o Artigas, los *montoneros* de Facundo y el Chacho, los *chinos* de Roca, la *chusma* yrigoyenista y los *descamisados* peronistas pueden ser considerados, sin dificultad, como un mismo “sujeto histórico”.

Una de las argamasas que decididamente contribuyan a cimentar esa unidad discursiva será, ahora sí, la tradición criollista. En *Revolución y Contrarrevolución*, los puntos de contacto con distintos tópicos del criollismo popular son mucho más notorios que en cualquiera de los textos que hemos analizado. En especial, las páginas dedicadas a las últimas montoneras y la guerra de la Triple Alianza revelan esos vasos comunicantes con las visiones de la historia presentes en el imaginario y la tradición del criollismo popular. En primer lugar, por el relieve que se otorga en el relato a esos sucesos, en tanto punto nodal de la imposición de Buenos Aires sobre el interior argentino y las regiones rioplatenses desmembradas del antiguo Virreinato, el Uruguay y el Paraguay, cuyas fronteras con la Argentina –sobre todo en el caso oriental– siempre habían sido difusas en el imaginario criollista. En segundo lugar, por la exaltación de José Hernández, “el Chacho” Peñaloza y Felipe Varela, es decir, del federalismo provinciano, sus caudillos y montoneras (ahora sí, en detrimento de un Rosas claramente devaluado respecto del ensayo de 1949). Pero también, la influencia del criollismo se deja ver de manera directa en algunas fuentes citadas por el autor:

“La tradición nacional ha recogido en los humildes versos del payador Gabino Ezeiza la ráfaga de indignación que agitó a nuestros pueblos cuando la ciudad de Paysandú, sin fortificaciones, fué bombardeada durante un mes por la escuadra brasileña: *‘Heroica Paysandú, yo te saludo...!’*” (Ramos, 1957: 182)

“Olegario Andrade, (...) (también conocido como poeta, y desconocido como luchador) cantó a Paysandú: *‘¡Sombra de Paysandú, sombra gigante/ que velas los despojos de la gloria/ urna de las reliquias del martirio/ espectro vengador!’*” (: 183)

La apelación a estas fuentes, basadas en las denuncias de los protagonistas (desde Olegario Andrade hasta el propio José Hernández y su hermano Rafael, herido en Paysandú) y en la tradición oral recogida y difundida por cantores populares como Gabino Ezeiza (payador afro-argentino, casado además con una bisnieta del “Chacho”), acerca a Ramos, con mayor nitidez que en su obra anterior, a aquel “*revisionismo popular*” referido por Adamovsky (2017, 2019: 133-152).

De todas formas, podría decirse que en estos aspectos, la diferencia entre las dos obras de Ramos es, por decirlo de alguna manera, de grado más que de fondo. En efecto, vimos ya que la reivindicación de los caudillos provincianos y la exaltación de Hernández como escritor y militante federal estaban también presentes en *América Latina: un país* y –quizá más enfatizadas aún, aunque con un tono más sobrio y menos épico– en el escrito de Rivera sobre *José Hernández y la guerra del Paraguay*. Donde la ruptura con esos textos precedentes es mucho más clara es en la centralidad que se reconoce al gaucho en el drama nacional y, sobre todo, en el énfasis puesto en su condición de *criollo*, entendido esto, además, como sinónimo de *mestizo*.

“Este hombre clásico de nuestras llanuras será el héroe central de la historia argentina. Por extensión, gaucho será desde las guerras civiles todo nuestro criollaje, esa aleación racial formada por el vástago del español y de indio, cuando no de indio puro, que constituirá el tipo étnico fundamental del país, antes de complementarse con la irrigación sanguínea de la vieja Europa.” (Ramos, 1957: 34)

Hemos aquí una concepción muy diferente de la enunciada en el escrito anterior. Los términos *gaucho* y *criollo* no sólo son enfáticamente reivindicados sino que resultan –“*por extensión*”– prácticamente indistintos. Ese gaucho-criollo es ahora el “*héroe central de la historia*” y el “*tipo étnico fundamental del país*”, formado de la aleación entre el elemento hispano heredado de la colonia y el indio americano, complementado *después* (ya veremos en qué medida) con el aporte inmigratorio.

Ahora bien, aún en el marco de esa clara ruptura con las conceptualizaciones previas respecto de la entidad y orígenes del pueblo-nación argentino (aspecto que seguiremos desarrollando), hay otros tópicos y argumentos que perduran, marcando

líneas de continuidad y también ciertos lastres teóricos. Al igual que en las obras anteriores, por ejemplo, la crítica a la “Historia Oficial” liberal está en buena medida centrada en la impugnación de la antinomia sarmientina entre civilización y barbarie. Si en *América Latina: un país*, Ramos la había caracterizado como una “*ficción*”, en su nueva obra la cataloga como una “*falsa antítesis*”:

“...la oligarquía escribió nuestra novela histórica en los textos semisagrados que nuestros jóvenes aún creen [...]. A ella sirvió el famoso manifiesto titulado ‘Facundo’, que Sarmiento subtuló con una antítesis tan falsa como su libro: ‘Civilización o Barbarie’” (:40)

Sin embargo, creemos que una mirada más atenta nos revela nuevamente que, más allá de lo declamativo, o incluso de la intención del autor, la antítesis permanece incólume, dándose en todo caso una disputa por sus sentidos. En principio, simplemente se invierten sus términos, atribuyendo la barbarie a los supuestos civilizados, es decir, a las fuerzas porteñas que asolan el interior y luego el Paraguay. Ramos no pretende originalidad en este argumento: al igual que en las obras previas, cita la denuncia de José Hernández al propio autor de aquella dicotomía, el “*bárbaro Sarmiento*”, en ocasión de la ejecución del Chacho Peñaloza (:171), para luego traer a colación el vibrante manifiesto de Felipe Varela en oposición a la Guerra de la Triple Alianza, un “*bárbaro capricho*” del “*caudillo Mitre*” (:190-91).¹⁹⁵

Como anticipáramos en referencia a la obra de Rivera, otro uso de la antinomia sarmientina, que a nuestro juicio la cuestiona sin conmovir sus fundamentos, es el que podríamos denominar “exculpación de la barbarie” del interior provinciano. Afirma Ramos:

“Mientras Buenos Aires se perfumaba y bailaba el minué [...], el interior era reducido a la desesperación; diezmado por las guerras de independencia, arruinadas por la invasión de mercaderías británicas y usurpadas sus rentas por la orgullosa metrópoli, las provincias argentinas se replegaron. Surgieron entonces jefes armados al mando de tropas irregulares que defendieron como pudieron ‘las autonomías’. Los caudillos aparecieron cuando Moreno había dejado de existir y con él una política genuinamente nacional. Así nació el ‘federalismo’, resultado del despojo de la riqueza argentina por una sola provincia” (Ramos, 1957: 33).

Desde ya, la observación, fundada en aquella crítica de Alberdi, no carece de fundamento. Pero en el afán de denunciar la expoliación de las riquezas nacionales por la *Provincia-Metrópoli*, Rivera y ahora Ramos reducen el papel de las provincias a la mera “reacción” ante la acción de Buenos Aires. Así, los caudillos, la montonera y sus

¹⁹⁵Más allá de su evocación por Ramos, no deja de ser notable que los propios contemporáneos y protagonistas de las tragedias rememoradas hubieran recurrido, para deslegitimar a su enemigo, a los mismos epítetos con que éste los señalara y denigrara. Esto nos habla de una disputa por el “sentido auténtico” de la civilización, es decir, en alguna medida, de un universo cultural y un marco conceptual compartido por los antagonistas, en el que, como veremos a continuación, también se insertarán – creemos que de manera algo tardía– los autores de la IN.

banderas federales pierden agencia y relieve, al ser vistas sólo como consecuencia de la ruina causada por el libre cambio y único medio –“*desesperado*” – de responder a la prepotencia porteña. Surgen, una vez más, *por defecto* –“*cuando había dejado de existir una política genuinamente nacional*”. Su barbarie, en última instancia, no es puesta en discusión (ni reivindicada desde cierta épica plebeya), sino más bien comprendida y perdonada:

“Los horrores de la guerra civil proyectaron su sombra amenazante: la Constitución Unitaria engendraba el caudillaje y la montonera. Buenos Aires creaba la barbarie, la ciudad ‘unitaria’ impulsaba el separatismo. [...] impedidas por la prepotencia porteña de controlar el puerto nacional y frenar la ola de mercaderías extranjeras, las provincias levantaron aduanas interiores y protegieron así, con métodos ‘bárbaros’ las industrias territoriales. El ‘federalismo’ no reconoce otras causas. (Ramos, 1957: 46)”

Con el mismo argumento, Ramos explica, paradójicamente, la entrada en escena del “*héroe central de la historia argentina*”: el gaucho.

“El triunfo del libre cambismo y la orientación oligárquica después de la caída de Moreno señala la aparición histórica del gauchaje en nuestra vida política. Este hombre clásico de nuestras llanuras será el héroe central de la historia argentina” (Ramos, 1957: 34).

En último análisis, lo que permanece incuestionado, nuevamente, es aquel paradigma evolucionista sintetizado en la tríada *salvajismo-barbarie-civilización*. Es cierto que las tesis de la IN marcaron una clara ruptura (muy auspiciosa a nuestro juicio) con las visiones que desde la izquierda reivindicaban con cierto candor la “progresividad histórica” de la inserción argentina en la economía capitalista mundial, celebrando en consecuencia la extinción de la *arcaica* industria artesanal, la derrota del caudillaje *feudal* y la asimilación (y supresión) de las *razas autóctonas* por la inmigración europea (Justo, 1898; Ponce, 1947). Pero en algún punto, aun desde una posición opuesta, también ellas permanecieron atadas a aquel viejo paradigma.

En efecto, la crítica de la IN parece orientada a determinar cuál era la vía más adecuada para arribar a la “*civilización*”: era el proteccionismo en lugar del libre cambio; el desarrollo endógeno de la industria artesanal del interior en lugar de la exportación de materias primas y la inversión de capital extranjero; y ahora, la preeminencia de la población *criolla* sobre la inmigración europea. Desde esta óptica, el proyecto antinacional impuesto por Buenos Aires es condenado por ser la contracara de la *civilización* que pregona: *es bárbaro* por sus métodos y *produce barbarie* en el interior sometido. Barbarie que, insistimos, no es negada ni menos aún reivindicada, sino “exculpada”. Es a la falsedad de la promesa *civilizatoria* del liberalismo elitista porteño, y no a la promesa en sí, adonde apunta el cuestionamiento.

Esta denuncia, fuertemente revulsiva en la pluma de Alberdi, Hernández o Varela, reconoce algunas limitaciones para revisar la historia argentina un siglo después, sobre todo si se buscaba poner a las *masas populares* en el centro de la escena. Podría decirse que Rivera y Ramos intentan “defender” históricamente a los caudillos y sus huestes montoneras, pero lo hacen dentro del mismo marco conceptual de quienes los consideraban meras excrecencias, expresiones residuales de un orden social perimido y, como tales, condenados a la desaparición por la fuerza de las (supuestas) “leyes de hierro” del desarrollo histórico. En definitiva, la discusión con la “Historia Oficial” liberal y sus variantes marxistas queda reducida a determinar qué elementos eran *progresivos* y cuáles un obstáculo a erradicar en pos de un progreso anhelado en común.

Esas limitaciones quedan de manifiesto, nueva y claramente, en las referencias a los pueblos originarios. En este caso, no vemos ninguna ruptura en la concepción de Ramos, tanto respecto de su obra del '49 como de la producción de Rivera en nombre de Frente Obrero.

“Los estancieros vivían bajo el constante temor del malón [...] La provincia misma carecía de límites precisos. En sus confines, a una noche de golpe, se movía la indiada. El malón [...] marcaba con su rastro de incendio las ciudades ‘de frontera’. La naciente oligarquía veía en la eliminación del indio la condición primera de su consolidación económica definitiva. [...] Se trataba de llevar la ‘civilización’ contra el indio, sin buscar incorporarlo a su seno. Ello no obstaba para que los partidos políticos argentinos se apoyaran, alternativamente, en algunos caciques amigos como fuerzas de choque de nuestras disputas civiles. Todos – porteños y provincianos- se acusaron recíprocamente de utilizar la lanza bárbara para fortalecerse en las batallas. Lo cierto es que ninguno intentó ofrecer al indio un nivel superior de vida, asimilándolo a la sociedad argentina.” (Ramos, 1957: 219)

Este tratamiento respecto del “*problema del indio*” hace casi innecesario aclarar que Ramos no ve contradicción alguna en la reivindicación de Roca como líder nacional-democrático, expresión renovada del federalismo del interior y *encarnación* de las masas populares. El joven general, luego de innumerables soluciones fallidas, simplemente “*propone el plan que en definitiva habrá de triunfar y que consistía en llevar una operación ofensiva destinada a arrojar a los indios más allá del Río Negro*” (: 220)

Como vimos más arriba (y retomaremos prontamente), Ramos reconoce la “*sangre indígena*” como un aporte primordial al pueblo-nación argentino, esas *masas gauchas* y *criollas* que constituyen el fundamento del proyecto nacional, pero esa reivindicación es en buena medida alegórica, como en la mayoría de los discursos *indigenistas* latinoamericanos que, desde comienzos del siglo XX, habían procurado *reinventar* las identidades nacionales basados en el paradigma del mestizaje racial y

cultural. Desde las elaboraciones surgidas de la Revolución Mexicana hasta la Revolución Nacionalista boliviana de 1952, pasando por el aprismo peruano, esas apelaciones *indigenistas* buscaron rescatar el elemento originario –antes negado o despreciado– pero fundido en una nueva “síntesis”, en la cual el horizonte seguía estando determinado por el paradigma de la *modernización* del Estado y las sociedades latinoamericanas (García Linera, 2008; Kourí, 2010; Sessa, 2009). Lo indígena obraba como una herencia racial y cultural que, combinada con el elemento europeo, se integraba a una nación que seguía pensándose homogénea. En última instancia, la sangre india debía unirse –y por tanto, diluirse– en el torrente de la civilización. Parece ser en estos términos que nuestros autores lamentan que el indio no hubiera sido “*incorporado a la civilización*” (Rivera) o “*asimilado hacia formas superiores de vida*” (Ramos).

Nos detendremos brevemente en el caso del aprismo, por sus comprobados vínculos intelectuales con la futura IN.¹⁹⁶ Su reivindicación de los pueblos indígenas como sujeto del cambio social es compleja. Aunque el líder de la APRA, Víctor Raúl Haya de la Torre, hubiera hecho afirmaciones tan radicales como que “*el indio sigue siendo la base étnica y social económica de América*”, o que “*la nueva revolución de nuestra América será revolución de base y de sentido indio*” (1954: 15), en los hechos, el aprismo buscó integrar (y subordinar) a las comunidades indígenas en un amplio *frente antiimperialista*, y a reivindicarlas muy genéricamente, en tanto clase explotada, como campesinos más que por en razón de su especificidad étnica y cultural, otorgándoles incluso una relevancia menor que otros intelectuales peruanos contemporáneos como José Carlos Mariátegui o Luis Valcárcel (Sessa, 2009).

Acaso como producto de esas lecturas, *Revolución y Contrarrevolución*, si bien sigue arrastrando aquel lastre evolucionista para pensar a los pueblos indígenas de la Patagonia,¹⁹⁷ tiene un desarrollo mucho más elaborado que el trabajo previo de Ramos respecto del mestizaje. Hemos visto cómo describe ahora el autor –en contraste con su obra de 1949– el componente étnico de la masa gaucha-criolla: una “*aleación racial formada por el vástago del español y de indio*” que constituyó “*el tipo étnico fundamental del país, antes de complementarse con la irrigación sanguínea de la vieja*

¹⁹⁶ El propio nombre del proyecto editorial que impulsan Ramos y Rivera, *Indoamérica*, había sido acuñado por Haya de la Torre, cuya recopilación de artículos y conferencias, titulada “*¿Adónde va Indoamérica?*” fue editada por el sello (Haya de la Torre, 1954). El vínculo es también mediato: tanto el fundador de la APRA como los fundadores de la IN reconocen la influencia de algunos “precursores” en común, como nuestro conocido Manuel Ugarte. Para los vínculos entre Ugarte y Haya de la Torre, v. Galasso (2012: 164).

¹⁹⁷ Dejemos aclarado, así sea al margen, que Haya de la Torre, en la obra referida, tampoco abandona el mencionado esquema evolucionista basado en la tríada salvajismo-barbarie-civilización (1954:11).

Europa.” Hemos aquí una visión de la Argentina muy alejada de la idea del “crisol de razas”, que, como sabemos, no comprendía a todas ellas, sino a las “razas” europeas, excluyendo a la población indígena y negra, que se suponía extinta o absorbida (o en trance de serlo) por el aluvión inmigratorio (Quijada, 2000; Garguin, 2009). El *tipo étnico fundamental del país* es ahora el de aquel gaucho-criollo (términos que, como remarca el autor, resultan indistintos) surgido del mestizaje indohispánico. Pero la alquimia aún no estaría completa sin una profunda compenetración con el entorno geográfico:

“El sol y la lluvia, los animales cerriles y la holganza, el paisaje tremendo, la astucia derivada del conflicto con la naturaleza [...], la soledad, la fuerza y la destreza física que todo el medio le imponía hicieron del gaucho un admirable ejemplar humano. Conoció al caballo, libre como él, y lo hizo su lugarteniente y su camarada, su torre de vigía, su carro de combate. Inventó sus armas, heredó otras del indio salvaje y se acopló a la naturaleza hostil hasta dominarla con una sabiduría que a los civilizados pareció milagrosa.”¹⁹⁸ (Ramos, 1957: 34).

Las reminiscencias románticas (¿sarmientinas?) de este cuadro se refuerzan, para el caso riojano, con una reivindicación de las labores *primitivas* y de la profunda religiosidad de las masas y sus caudillos, aspectos que son contrastados con la imagen de una urbe cosmopolita, avasallante y corruptora:

“Era la Rioja de Facundo y El Chacho un territorio poblado de gentes frugales, laboriosas y duras. Bajo un cielo virgen apacentaban majadas de chivos o cultivaban su pedazo de tierra, cuyos propietarios tradicionales remontaban sus derechos al origen de la Conquista. Las mujeres manejaban el telar primitivo; el criollo más humilde llevaba un sonoro apellido castellano, oscuro vástago de un soldado de casco y coraza. En el paisaje penetrado de grandeza ha señalado [Vicente Fidel] López un parentesco singular con el medio físico de la narración bíblica [...]. La versación de Facundo en las Sagradas Escrituras confirma la observación del historiador; la fe católica [...] constituiría su escudo frente a la híbrida Buenos Aires, con sus gringos escépticos, su prepotencia, su codicia mercantil” (Ramos, 1957: 169).

Es que no sólo el gauchaje reconoce aquel origen mestizo que lo enaltece frente a la Argentina “europea” enclavada en Buenos Aires. También algunos de los caudillos que *encarnan* a esas masas criollas reúnen en su propia sangre la gallardía del conquistador español y la bravura de los pueblos indígenas. Tal es el caso de Pancho Ramírez:

“El Gral. Francisco Ramírez [...] era descendiente del Marqués de Salina, Don Juan Ramírez de Velazco, conquistador y fundador de ciudades [...]. ‘Cabalgador mancebo’, con la sangre guaraní dibujándole el rostro anguloso y viril, montado con gracia nativa en un alazán hermosamente puesto” (Ramos, 1957:53).

En la semblanza del Chacho Peñaloza, la omisión de sus marcas genealógicas o fenotípicas es lo de menos frente a su condición de “heredero” de Facundo y una

¹⁹⁸ Nótese, nuevamente, el uso desaprensivo de los términos ‘salvaje’ y ‘civilizados’, lo cual corrobora una vez más lo incuestionado del paradigma evolucionista, al punto de utilizarlo con total naturalidad.

descripción de su figura que lo hace indistinguible de las huestes gauchas que lidera y representa:

“En la tierra de Quiroga, esencia misma del tipo argentino más puro, quedaba un antiguo soldado suyo, formado en el fuego de nuestras luchas civiles [...]. Era Angel Vicente Peñaloza, que ostentaba el grado de General de la Nación, porque en la génesis heroica de nuestro ejército encontrábase el guerrero gaucho, de melena sujeta por una vincha, armado de lanza y fundido al caballo infatigable como un centauro rústico” (Ramos, 1957: 169).

La reivindicación de la raíz *criolla* de la Argentina en oposición a la hibridez de la “*Salónica descaracterizada*”¹⁹⁹ que crecía a orillas del Plata será, a partir de *Revolución y Contrarrevolución*, una nota distintiva de la concepción historiográfica de la IN. Para Ramos, ese componente gaucho-criollo, mestizo, forjado en las pampas, la campaña del litoral y –preferentemente– el interior mediterráneo, es el que tenderá a incorporar posteriormente al elemento europeo aportado por la inmigración, al revés de lo supuesto en el paradigma del “crisol de razas”. Esto se ve claramente planteado en la única expresión del movimiento nacional en que se reconoce a los inmigrantes (en rigor, y no casualmente, a sus hijos) un lugar de importancia: el yrigoyenismo.

“... los hijos de los inmigrantes habían echado raíces en la Argentina. [...] estaban orgullosos de su país: muchos de ellos se sentían más argentinos quizás que el propio patriarcado gobernante, aliado ya definitivamente al imperialismo. Por eso exigían participar en la vida política nacional. El radicalismo de Yrigoyen abrazó este gigantesco sector del pueblo y lo fundió naturalmente con todos los elementos nacionales heredados del roquismo, radicados en las provincias mediterráneas. (Ramos, 1957: 306)

También en este caso, el líder “*refleja*” directamente a las masas que lo sostienen:

“En la persona del caudillo se reflejará la naturaleza histórica de su movimiento. Hipólito Yrigoyen es hijo de un vasco y de una argentina, a diferencia de Roca, argentino por ambas ramas; se funden en él el criollaje fundador y el aluvión inmigratorio” (Ramos, 1957: 306).

Esta incipiente síntesis entre la Argentina criolla y la “descendiente de los barcos”, no obstante, no logrará cuajar y consolidarse, ni mucho menos anular el conflicto nodal que ya lleva más de un siglo. Cuando el proyecto yrigoyenista muestre sus limitaciones, la oligarquía se reapropiará del control del Estado y Buenos Aires volverá a ser el reducto de la “civilización”, de la *intelectualidad extranjerizante* de la revista *Sur*, del estudiantado versado en los pormenores del conflicto europeo e indiferente a la política argentina (:345-47). Mientras tanto, en los funerales de Yrigoyen, las masas hacen su último acto de presencia antes de quedar de nuevo –aunque siempre transitoriamente– huérfanas:

“Esas masas desposeídas, semiproletarias o rurales, dispersas a lo largo de la República, sucesoras del alsinismo clásico o del roquismo provinciano, nunca más serán radicales; [...]”

¹⁹⁹ La figura es atribuida por Ramos a Leopoldo Lugones (Ramos, 1957: 59)

quedarán flotando, a la deriva, hasta que los formidables acontecimientos de 1945 las lancen nuevamente hacia nuevos rumbos.” (:357-58)

En efecto, aun en el contexto de la *década infame*, el acelerado proceso de industrialización comenzará a preparar las condiciones para la “*nueva argentinización*” de Buenos Aires. Entre los nuevos fenómenos que se producen en torno de la Capital, no será uno menor la procedencia geográfica y la composición étnica del nuevo proletariado que se concentra en sus suburbios:

“[...] las nuevas industrias [...] ya no pueden importar mano de obra europea: incorporan a sus fábricas a los criollos de nuestras provincias interiores, que vivían en plena economía natural, mal comían como peones de estancia o mal dormían como jornaleros en las chacras. Estos obreros serían los [...] que la oligarquía despechada y ciega llamaría ‘cabecitas negras’ quince años más tarde.” (:352)

El carácter criollo del nuevo proletariado no sólo es un factor de primer orden para explicar el posterior ascenso del peronismo, sino también la condición de posibilidad de una sutura en aquella herida que desgarró a la Argentina desde sus inicios; de una nueva síntesis entre el interior y Buenos Aires que realizara, de alguna manera, aquella incumplida promesa modernizadora del proyecto “civilizador”.

“El país estaba maduro para emprender el camino de la industrialización y de la modernización de su estructura jurídica y política. La clase obrera ya no era extranjera, como a principios de siglo; los ‘cabecitas negras’ provenientes del interior provinciano rodeaban Buenos Aires: lo mejor del Interior se había unido a la capital histórica de los argentinos. Buenos Aires había dejado de ser la vieja ciudad improductiva, comercial y burocrática del cosmopolitismo especulador.” (: 425-26)

Sin embargo, esta síntesis se revelará nuevamente imposible cuando la política laboral del coronel Perón despierte la reacción oligárquica y ésta logre movilizar tras de sí los viejos prejuicios de la urbe cosmopolita. Ello desencadenará los sucesos de Octubre, que no representan otra cosa que una nueva irrupción en el centro urbano de la vieja argentina criolla, ahora establecida en los suburbios y transformada nada menos que en Clase Obrera. Una vez más, el conflicto se presenta como una disputa entre dos Argentinas opuestas e irreconciliables. Una vez más, la dicotomía entre *Civilización y Barbarie*, repudiada pero nunca abandonada, sobrevuela el escenario. No casualmente, su evocación del 17 de Octubre contiene, como una parábola, la referencia al episodio más lejano de aquel enfrentamiento secular entre la capital europea y el interior criollo:

“Buenos Aires es ocupada por centenares de miles de trabajadores enfurecidos. Sus consignas son primitivas, pero inequívocas [...]; su indumentaria modesta, su actitud provocativa, sus gritos destemplados, causan horror a los espectadores [...] que presencian estupefactos la conquista de Buenos Aires. Algunos en camiseta [...], otros montados en caballos [...], trepados en el techo de tranvías [...], otros con los pantalones arremangados hasta la rodilla [...], lanzando burlas soeces a los caballeros bien vestidos que miraban las manifestaciones en silencio [...], profiriendo ironías gruesas o epítetos agresivos, esa gigantesca concentración obrera inauguraba el 17 de Octubre un nuevo capítulo en la historia argentina. [...] Jamás se había visto cosa igual, excepto cuando los montoneros de López y Ramírez, de

bombacha y cuchillo, ataron sus redomones en la Pirámide de Mayo, aquel día memorable del año 20.” (Ramos, 1957: 414).

En suma, trazando un paralelismo con el propio argumento de Ramos, podemos afirmar que las *masas populares* –que ahora sabemos, además, gauchas, criollas, mestizas– como sujeto de la Historia y fundamento de la Nación, parten desde una posición periférica en *América Latina, un país* y en las obras de Rivera para ocupar una indiscutida centralidad en *Revolución y Contrarrevolución en la Argentina*. Podríamos decir, alegóricamente que, al cabo de años de elaboraciones, polémicas y reformulaciones, plasmadas en las sucesivas obras y escritos analizados, las masas irrumpen y “*conquistan el centro*” de la narrativa histórica de la IN.

Conclusión. Hacia una nueva narrativa de la Historia Nacional

A lo largo de este capítulo hemos rastreado los vectores a través de los cuales fue configurándose, durante los años del primer peronismo, la articulación discursiva que llevaría a algunos grupos político-intelectuales de origen trotskista a forjar, ya en el posperonismo, una nueva identidad política: la Izquierda Nacional. Si bien los tres vectores que identificamos al comienzo –apoyo crítico al peronismo, crítica irreductible a las tendencias de izquierda preexistentes y reinterpretación del pasado nacional en clave revisionista de izquierda– son inescindibles y todos ellos fueron esenciales en esa reconfiguración identitaria, hemos prestado especial atención a los dos últimos, ya que en torno de ellos surgieron las elaboraciones más peculiares a esta corriente y se dieron, también, las recurrentes polémicas de estos grupos militantes, tanto entre sí como con sus nuevos socios políticos al interior del PSRN, provenientes del tan denostado Partido Socialista.

Hemos visto cómo la crítica trotskista al PS, aunque constante en su intensidad, fue variando en sus tonalidades a lo largo de la década peronista y, en especial, en sus últimos años, coincidentes con la experiencia del PSRN. Lo que podríamos denominar la “nacionalización” de esa crítica, plasmada en la reivindicación de una tradición nacional y latinoamericanista que se postula soterrada al interior del PS y se corporiza en la figura del escritor Manuel Ugarte, se produjo en esa coyuntura y dio lugar a intercambios de distinto tenor entre los militantes trotskistas que ingresaban al PSRN y sus nuevos compañeros de ruta provenientes del socialismo de Juan B. Justo. En líneas generales, hemos mostrado que la figura del *Maestro* del socialismo sufrió embates cada vez más contundentes y menos contestados al interior del PSRN, consolidándose

tendencialmente, al interior de la nueva formación partidaria, un *sentido común* fuertemente crítico de la tradición del PS. Al respecto, reforzando esta hipótesis, en el último capítulo veremos esta interpretación plasmada en algunos pronunciamientos públicos del PSRN.

Dicho esto, consideramos que es en torno del tercer tópico señalado, el de la reinterpretación del pasado nacional, que esta corriente en formación aportó su argumento más novedoso; el que, poco después del derrocamiento del peronismo y la disolución del PSRN, le daría una fisonomía singular y definida en el universo político-intelectual argentino. En este aspecto, hemos intentado reconstruir, en primer lugar, los estímulos que pudieron haber guiado a estos grupos trotskistas a bucear en las profundidades de la historia argentina y, luego, los debates que, ya inmersos en ella, fueron configurando una narrativa histórica articulada en torno del clivaje *nación/antinación* y sus equivalentes *Interior/Buenos Aires* y *masas populares/oligarquía*. Si esa matriz es visible desde la primera de las obras analizadas (Ramos, 1949) y común a todas ellas, sus variantes también son notables, tanto en lo relativo al “panteón” de próceres a los que se identifica, desde el fondo de los tiempos, con el impulso *nacional-federal-popular*, como en lo concerniente a las clases en lucha que, desde una perspectiva que aún reclamaba su pertenencia al marxismo, se postulan como fundamento último de ese proyecto nacional.

Ese sustrato popular que la narrativa de la IN en formación intenta rastrear desde los tiempos de Mayo, y que obraba como antecedente del moderno proletariado industrial que daba apoyo y carnadura a la Revolución Nacional peronista, encontrará pronto su nominación: las *masas populares*. A ellas encontramos distintas alusiones, tanto en aquel primer ensayo de Ramos (1949) como en las posteriores contribuciones de Enrique Rivera (1954, 1955) y también, no lo olvidemos, en los artículos del socialista Norberto D’Atri en el periódico *Argentina de Hoy*. (Si en este capítulo, dedicado principalmente a los grupos trotskistas, le hicimos también lugar al aporte de los intelectuales de extracción socialista, es para reforzar nuestra hipótesis, que retomaremos al final, de que el discurso político-historiográfico de la IN no surgió de uno u otro “precursor”, sino de una elaboración colectiva, lentamente conformada por años de intercambios, polémicas e influencias recíprocas).

Sin embargo, en todas esas primeras formulaciones, la presencia de las *masas populares* en el relato es fragmentaria –cuando no apenas nominal– y, en todo caso, carente de densidad como eje articulador del discurso. Es en la última de las obras analizadas, y bajo un nuevo contexto social y político, que la avezada pluma de Jorge Abelardo Ramos (1957) logra poner en el papel el fruto de aquellas elaboraciones e intercambios previos (en sus palabras, siempre propensas a la hipérbole, la “*síntesis de los puntos de vista de toda una generación*”). El elemento que aparece en esta obra y que a nuestro juicio es central; el que constituye el argumento que da unidad y coherencia interna a este discurso político-histórico, es no sólo el de la centralidad de las *masas populares*, sino también el de su *encarnación* o *reflejo* en la figura de los caudillos que las lideran y representan y, sobre todo, la idea de su *continuidad esencial*, como un mismo sujeto que se recrea constantemente a lo largo de la historia, desde las guerras independentistas hasta el 17 de Octubre. Podríamos decir que, si en las obras y escritos precedentes, las masas populares estaban presentes *como concepto*, Ramos logra, en *Revolución y Contrarrevolución en la Argentina*, elevarlas a la altura de *mito movilizador*.

Sostuvimos así que, más allá de la originalidad de Ramos y la sedimentación de aquellas elaboraciones previas –suyas y de sus camaradas–, un elemento determinante está dado por el contexto. En especial, por la irrupción en el ensayo histórico y sociopolítico argentino de la figura del “cabecita negra”, que desde hacía años estaba tan presente en la atmósfera del debate público nacional como ausente en la literatura. En este aspecto, *Revolución y Contrarrevolución* es un emergente más de una serie de obras que tematizan ese conflicto étnico-racial antes negado o eufemizado. Proyectándolo retrospectivamente, Ramos, valiéndose además de tópicos criollistas de fuerte pregnancia popular, eleva ese cisma a eje articulador de su narrativa histórica. La puesta en el centro de la escena del *gaucho-criollo-mestizo* alzado en armas, protagonista de las levantiscas montoneras, que a través de diferentes mediaciones trasmutará finalmente en el *obrero-descamisado-cabecita negra* de la Argentina peronista era, muy probablemente, un argumento impensable en 1949. Por el contrario, en 1957 se inscribía en un extendido clima de época político-intelectual.

Esa idea de una continuidad esencial, de unas *masas populares criollas* que se recrean constantemente a lo largo de la historia, desde las guerras independentistas hasta el 17 de Octubre, fue un argumento dotado de una enorme potencia simbólica y

política en el contexto de la reacción antiperonista, ya que hacía aparecer como factible y hasta inevitable la promesa de una nueva –y pronta– irrupción popular. Probablemente, a este factor haya debido *Revolución y Contrarrevolución en la Argentina* su masiva acogida por el público lector –suerte que no tuvo la obra anterior de Ramos, ni la de Rivera, ni la de D’Atri.

No se trata aquí de juzgar el “rigor científico” de esa narrativa histórica, sino de destacar su efectividad como artefacto de apelación político-cultural. Como es sabido, la idea de que, por procedencia geográfica, étnica y cultural, la “clase trabajadora peronista” que ocupara el centro de la escena nacional en 1945, no descendía “de los barcos” sino “de las montoneras” (en tanto *espejo invertido* de la tesis germaniana de la división entre una *vieja clase obrera* de origen inmigratorio y tradición clasista y autónoma y una *nueva* de origen provinciano, heterónoma y pasible de ser integrada al proyecto populista como masa en disponibilidad) fue ampliamente refutada por la sociología y la historiografía. Sin embargo, la refutación científica no anuló la potencia política que esa imagen tuvo por aquellos años. Esto, seguramente, se debe a que esa imagen, ese mito, no surgió de un original aporte de Jorge Abelardo Ramos, ni de ninguna otra “pluma”, sino de un fermento social y político en el que las ideas alimentan y se alimentan de las luchas populares.

Capítulo 4
Preludio al “entrismo morenista”:
el Partido Obrero Revolucionario en la
Federación Bonaerense del PSRN.

Buenos Aires, 5 de noviembre de 1962.

Señor General
Juan D. Peron
S/ Despacho
MADRID.-

Estimado y recordado General:

Me dirijo a Usted en su carácter de máxima e indiscutida dirección de nuestro Movimiento Peronista para hacerle llegar mis puntos de vista sobre la compleja situación actual del país y el Movimiento. Como no sé si Ud. me conocerá creo que se hace necesario que intente primeramente una pequeña presentación, que podrá ampliar oralmente el portador de la presente, compañero Guaresti.

He sido uno de los militantes del movimiento Nacional que junto con el Ingeniero Dickman hemos fundado el Partido Socialista de la Revolución Nacional, de cuyo Comité Ejecutivo he sido parte. Desde entonces y hasta su disolución por parte de la Justicia Fusiladora, he sido uno de los dirigentes del P.S.R.N., para ser posteriormente - en compañía de Angel Bengochea - fundador del periodico "Palabra Obrera". Actualmente me encuentro detenido a disposición del P.E., como tantos otros luchadores de la liberación nacional y la justicia social.

... *L*a carta se sumerge en consideraciones tácticas sobre la coyuntura nacional y estratégicas respecto de las necesidades del Movimiento. A la hora de firmarla, el remitente prefiere hacerlo con su verdadero nombre, Hugo Bressano, dejando de lado el seudónimo con que hacía más de veinte años lo había bautizado Liborio Justo, Quebracho, hijo del (infame) general-presidente y, de algún modo, “padre fundador” del trotskismo argentino. Poco había durado aquel padrinazgo. Apenas iniciada la década del 40, Bressano había roto lanzas con Justo para lanzarse a vivir su propia aventura como dirigente político. Sin embargo, conservaría para siempre aquel seudónimo: *Nahuel Moreno*. No le iría mal. Con el correr de las décadas, ese nombre quedaría asociado a la corriente más influyente del trotskismo argentino (y tal vez, latinoamericano) hasta la muerte de su mentor en 1987: el “morenismo”.

Pero estamos recién a comienzos de los sesenta. Hace cinco años que Moreno y sus compañeros se encuentran volcados a una táctica audaz: el “entrismo” en un movimiento policlasista en el que se organiza, resiste y cifra sus esperanzas la clase trabajadora argentina. La carta del dirigente trotskista al líder exiliado en Madrid – ignoramos si alguna vez respondida– se refiere al periódico *Palabra Obrera*, órgano de prensa político-sindical lanzado por la agrupación en 1957, justamente en consonancia con la adopción de la táctica entrista. Sin embargo, acaso buscando la empatía del destinatario, Moreno trae a colación el antecedente de nuestro Partido Socialista de la Revolución Nacional y se preocupa, incluso, por ostentar un vínculo con los Dickmann, no sólo con el *Ingeniero* referido en el cuerpo de la carta (Emilio Dickmann), sino también, y en especial, con su padre, el *Doctor*, a quien no olvida mencionar en la posdata:

Se despide de Ud. devota y respetuosamente

Hugo BRESSANO

P.D. En el Departamento de Policia me cuidó una magnifica persona que se dice peronista: Fernandez. Me ha asegurado que estuvo en su custodia y gozó de su absoluta confianza. Le puedo asegurar que es emocionante charlar con él sobre Usted. Surge de sus relatos una humanidad que ya le conocíamos, pero que se confirman una vez mas. El Doctor Enrique Dickman, que me distinguia con sus confiancias, me había asegurado hace mucho lo mismo.

¿Mero artificio retórico para tocar la memoria afectiva del líder, distante siete años del poder, a miles de kilómetros de su patria y sin perspectivas de un próximo retorno? ¿O el PSRN había sido también, realmente, un hito importante en la memoria política de Moreno y su organización?

*

*

*200

²⁰⁰ Fuente: “Carta [de Hugo Bressano] al General Juan Domingo Perón (Madrid)”, 5-11-1962. Archivo digital Fundación Pluma: <http://fundacionpluma.info>. En este fascímil y en todos los extractos de fuentes del presente capítulo se respeta y reproduce la grafía del original.

Introducción

Aún antes de la muerte de León Trotsky a manos de un agente stalinista en agosto de 1940, que abrió una diáspora nunca resuelta en la IV Internacional, las luchas fraccionales ya eran una característica constitutiva del trotskismo argentino. Desde sus primeras expresiones en la década del 30, como mencionamos en el capítulo anterior, las rupturas y los enfrentamientos fueron una constante en las filas cuartistas de nuestro país. También lo fueron los frágiles acuerdos y realineamientos que dieran lugar a grupos tan variados como efímeros. De ello resulta una multitud de siglas que amenaza con hacer sucumbir al observador más tenaz (¿cómo asegurarse de no incurrir en error al distinguir al GOM del GOR, a éste del MOR y del POR y a este último del PORS, pero también de la UOR y la LOR, pasible de ser confundida, a su vez, con la LOS?).

Quizá debido a esa miríada de nomenclaturas, que, por su cantidad y similitud, se prestan fácilmente al equívoco, a medida que algunas de las corrientes trotskistas argentinas fueron logrando cierto grado de cohesión y continuidad en el tiempo, fue haciéndose común el designarlas, de manera informal, a partir del nombre o seudónimo de sus dirigentes. En los años que nos ocupan, retirados a cuarteles de invierno los viejos antagonistas Antonio Gallo y Liborio Justo, las querellas trotskistas se dirimieron principalmente entre el Grupo Cuarta Internacional, dirigido por *J. Posadas* (seudónimo de Homero R. Cristali) y la corriente orientada por Hugo Bressano o *Nahuel Moreno*. Fueron esas formaciones las que, a partir de 1948, disputaron a brazo partido la membresía argentina en la reconstituida IV Internacional; disputa que sólo quedó zanjada en 1953, cuando la propia internacional se fracturó y ofreció, en consecuencia, distintos –y opuestos– cobijos a sendas expresiones argentinas. El caso es que, con el correr de los años, las denominaciones “posadismo” y “morenismo” se impusieron en la jerga de la militancia de izquierda por sobre las siglas partidarias. Y esas nominaciones informales, atribuidas a estos grupos por terceros –en general, adversarios–, fueron finalmente adoptadas de manera coloquial por los propios nombrados. (Si bien se mira, no otra cosa había sucedido con el propio término “trotskismo”, acuñado con ánimo infamante por las usinas stalinistas en la década del veinte y, finalmente, acogido como propio por los seguidores del líder asesinado en Coyoacán).

En el caso que analizaremos en este capítulo, esa forma coloquial quizá buscara, además, hacer abstracción de los frecuentes cambios de nombre de la organización. Como veremos, en los años que cubrirá nuestro análisis, el partido fundado por Moreno actuó bajo tres sellos diferentes: Grupo Obrero Marxista (1943-48), Partido Obrero Revolucionario (1948-54) y Federación Bonaerense del PSRN (1954-56). Y sería sólo el comienzo de una verdadera tradición, ya que la corriente *morenista* conocería, además de estas, otras seis denominaciones en vida de su mentor.²⁰¹ La mayoría de esos cambios en la nomenclatura partidaria estuvieron relacionados con los frecuentes “giros tácticos” que llegarán a ser un sello característico de esta organización. En ese sentido, Horacio Tarcus destaca la *“ductilidad política que siempre caracterizó a esta corriente [y que] le permitió muchas veces jugar en la práctica un margen de maniobra que no siempre toleraba el discurso”* (1996: 108). Veremos hasta qué punto es acertada esta afirmación analizando en profundidad el primero de esos virajes.

Como adelantamos en el primer capítulo, al momento de la creación del PSRN, surgido de una serie de acciones deliberadas y factores contingentes (sobre todo, la confluencia entre la estrategia movimientista del general Perón y la más resonante crisis interna del castigado Partido Socialista desde el inicio de su gobierno), el grupo orientado por Moreno se denominaba Partido Obrero Revolucionario (POR) y no difería, en lo sustancial, de la tónica de fuerte condena al peronismo que era mayoritaria en la izquierda argentina. Sin embargo, para las elecciones legislativas de abril de 1954 –aquellas que cubrieron también el cargo vacante de Vicepresidente de la Nación– el POR definió súbitamente su ingreso en la nueva agrupación socialista alentada desde el ministerio del Interior, pasando, en pocos meses, de aquella postura abiertamente refractaria al peronismo a una táctica de “frente único”, en el terreno sindical y político, con los trabajadores que lo apoyaban. Una vez decidida la participación en el PSRN, el POR tomó el control de su Federación Bonaerense (FB), con sede en Avellaneda e influencia en la zona sur del Gran Buenos Aires, donde tenía su mayor inserción

²⁰¹ Tras la disolución del PSRN, Moreno y sus seguidores impulsarían el efímero Movimiento de Agrupaciones Obreras, que terminaría confundiendo su nombre con el de su órgano de prensa, el ya mencionado Palabra Obrera. Tras el abandono de la táctica entrista en el peronismo (1962), Bressano fundaría sucesivamente el Partido Revolucionario de los Trabajadores (surgido de una fusión con el FRIP de Mario Santucho), el P.R.T.- La Verdad (tras romperse ese acuerdo político), luego el Partido Socialista de los Trabajadores (en alianza con un sector disidente del PS) y, finalmente, el Movimiento al Socialismo (MAS). En suma, la corriente “morenista” reconoció nueve denominaciones distintas bajo el liderazgo de su fundador. Tras su muerte, en 1987, el MAS atravesó una profunda crisis y fragmentación, lo que no impidió que, hasta la actualidad, diversas corrientes escindidas de aquel tronco partidario se reivindicaran como continuadoras de la tradición morenista.

política y sindical. Desde ese momento, la corriente morenista actuó bajo esa denominación y editó el periódico *La Verdad, órgano de la Federación Bonaerense del PSRN*.

No fueron pocos los contemporáneos, más tarde las memorias partidarias y, finalmente, los investigadores que atribuyeron este primer giro táctico del morenismo a una mera duplicidad. En general, esa fue la visión de los militantes e investigadores adscriptos a la Izquierda Nacional –corriente a la que, como vimos en el capítulo anterior, el balance de la experiencia del PSRN también incumbe en primera persona. Estos autores no vieron en el cambio de línea del POR (partido al que inscriben sin más en el lote de las “izquierdas anti-nacionales” junto con el socialismo y el comunismo) más que una maniobra oportunista a la que dedican, en consecuencia, sólo algunos comentarios marginales (Rivera, 1971: 15; Galasso, 1983: 81; 2007: 239). Mucho más dedicada –y corrosiva– será la crítica proveniente de otras expresiones trotskistas adversas al morenismo. El extremo en este sentido es la obra de Osvaldo Coggiola, quien fustiga el “*viraje de 180 grados*” del POR, al que contrasta, con indisimulado regocijo, con su “*furibundo antiperonismo*” previo. La justificación teórica ofrecida por el morenismo para este giro (como veremos, la profundización de la ofensiva imperialista norteamericana desde comienzos de los 50) revelaría, lisa y llanamente, una “*elevada dosis de estupidez o caradurismo*” (Goggiola, 1985: 134).²⁰² Críticas posteriores de similar tenor (quizá no tan estridentes pero tampoco menos condenatorias) juzgarán las posiciones del morenismo en estos años como expresión germinal de uno de sus *vicios* característicos: el entrismo en el movimiento peronista, al que prácticamente consideran iniciado con el ingreso al PSRN, revelaría la falta de una estrategia de construcción de una dirección revolucionaria por parte del morenismo; su permanente *seguidismo* a la clase obrera que pretendía acaudillar (Cámara, 1997; Castelo, 2000, 2002a, 2002b:). En palabras de Fernando Castelo, la corriente morenista “*invierte la función del partido: de vanguardia de la clase a retaguardia, provocando el subdesarrollo de la función de dirección intelectual de la organización*” (2002b: 1).

²⁰² Sin temor a exagerar, podemos caracterizar a la obra de Goggiola como una diatriba contra todas las tendencias trotskistas que actuaron en los *años peronistas*, aunque direccionada especialmente contra el morenismo. Como sostiene Tarcus, la militancia de Coggiola en el Partido Obrero, tendencia surgida en 1964, lo habilita para relatar la historia de las corrientes trotskistas previas como una “sucesión ininterrumpida de errores, malentendidos, claudicaciones y corruptelas. No se entiende entonces por qué un legado teórico tan rico como el de Trotsky [...] es recogido durante décadas sólo de modo bastardo por figuras como los Ramos, los Moreno, los Posadas y la historia tiene que esperar hasta 1964 para que un grupo de jóvenes recoja ese legado de modo consecuente. Hasta entonces, la historia del trotskismo argentino según Coggiola [...] parece la ‘historia de un loco contada por un idiota.’”(Tarcus, 1996:39)

Opuesto, desde luego, fue el balance de los propios impulsores de la iniciativa y de quienes la reivindicaron *a posteriori* junto con todo el legado de la corriente, comenzando por algunos escritos de madurez del propio Nahuel Moreno (1989:181) y culminando en la obra que, pocos años después de su muerte, buscó abarcar de conjunto la trayectoria de esa corriente, coordinada por el dirigente Ernesto González (1995). A uno de sus coautores debemos también un artículo que aborda específicamente la actuación del morenismo entre 1954 y 1957, es decir, desde la FB hasta el inicio de la experiencia entrista en el peronismo (Camarero, 1997). Estos trabajos reivindican la actuación de la FB del PSRN como fruto de una *oportuna rectificación* de la línea partidaria. Hacia el año 1952 –sostienen los autores–, ante una nueva coyuntura internacional signada por el avance de los Estados Unidos sobre Latinoamérica y expresada a nivel local en la ofensiva “*clerical-patronal-imperialista*” contra la clase obrera y el gobierno de Perón, el POR habría rectificado sus posiciones más sectarias hacia el peronismo. Esa revisión le habría permitido sortear la marginalidad de los primeros años y *confluir con la clase trabajadora*, tanto en la oposición al golpe de Estado como en las primeras manifestaciones de la resistencia peronista.

Aun a sabiendas de que estos trabajos apuntan –en más de un caso, explícitamente– a denostar o exaltar las posiciones del morenismo y su participación en el PSRN, quedando el interés historiográfico subsumido en la posición partidaria de sus autores, su análisis crítico se revela de gran utilidad para aproximarnos a un objeto que prácticamente no ha sido analizado en sede académica.²⁰³ Los traemos a colación, además, porque algunas de sus hipótesis serán retomadas críticamente a lo largo del presente capítulo. Nos proponemos reconstruir empíricamente la trayectoria de esta corriente de izquierda, interpelada desde su mismo surgimiento por la emergencia del

²⁰³ Tarcus (1996: 65-120) dedica algunas páginas a la actuación de la corriente morenista -y unos pocos pasajes a su incursión en el PSRN, como marco de la acción política y la producción teórica de Milcíades Peña, militante de esta corriente entre 1947 y 1958. Por su parte, Marcos Schiavi (2008) estudia el ciclo de huelgas obreras de 1954 y, en ese marco, hace referencia a la inserción sindical del morenismo, embarcado por ese entonces en la experiencia del PSRN (:74-80); pero presta, naturalmente, mayor atención a las tácticas sindicales del grupo que a sus elaboraciones teóricas y posicionamientos políticos. Por otro lado, Daniel De Lucía (2006) inscribe la participación del POR y otros grupos trotskistas dentro del PSRN en una línea de continuidad con numerosas experiencias previas de entrismo trotskista en el PS y otras variantes del socialismo reformista, dejando poco lugar a la especificidad del entrismo morenista en una expresión de izquierda patrocinada por el Estado peronista. Por último, en el único artículo que aborda de conjunto la experiencia del PSRN, Carlos Miguel Herrera (2011) consigna la actuación de la FB, pero su tratamiento queda muy relegado respecto de las tendencias provenientes del socialismo.

peronismo y abordar, en ese contexto, la experiencia de la FB del PSRN a través del análisis bibliográfico y las publicaciones y documentos internos de la agrupación.²⁰⁴

Justamente por tratarse de un punto de quiebre en la trayectoria de la corriente morenista, consideramos que el estudio de su participación en el PSRN se enriquece en su comparación con el periodo previo y en referencia a la orientación adoptada con posterioridad –esto es, el entrismo en el movimiento peronista. En consecuencia, en los primeros apartados indagaremos en los antecedentes y los primeros pasos de la agrupación durante la década de 1940 y los primeros años 50, buscando comprender hasta qué punto su incorporación en la nueva formación socialista implicó un cambio de caracterización respecto del peronismo y su ascendiente sobre la clase trabajadora argentina. Dicho de otra forma, buscaremos determinar en qué medida el ingreso al PSRN fue concebido como una maniobra puramente táctica, basada en consideraciones instrumentales, y en qué medida supuso o fomentó una relectura del fenómeno peronista por parte del morenismo.

En los apartados cuarto y quinto se analizará concretamente la experiencia de la FB y sus posicionamientos en la coyuntura marcada por la crisis y el derrocamiento del gobierno peronista, aunque desde ya, el ejercicio comparativo con el periodo anterior no dejará de estar presente. Veremos allí que la mirada del morenismo en esa coyuntura se dirigió sobre todo al peronismo y a sus bases obreras, pero también al cada vez más beligerante frente antiperonista y, específicamente, al actor social que le aportó masividad y capacidad de movilización; un sector que transitaba en esos años un proceso de activación política y articulación sociocultural en términos de clase. Nos referimos a la *clase media*, poco atendida y problematizada hasta entonces por las izquierdas, pero que, algunos años después, parecerá atraer todas las miradas desde ese sector. (En este aspecto –pero no sólo en él–comenzaremos a ver “preanunciadas” en el PSRN algunas de las discusiones que caracterizarán a la *Nueva Izquierda* del periodo posperonista).

²⁰⁴ Además del periódico *La Verdad* (en adelante, *LVd*), para este capítulo se analizaron distintos números de *Frente Proletario* (*FP*, periódico del POR y de su organización antecesora, el Grupo Obrero Marxista -GOM), editado entre octubre de 1946 y abril de 1954, así como documentos internos de la corriente morenista producidos durante los años 1946-1955. Estos últimos fueron consultados en el nutrido archivo digital de la Fundación Pluma (<http://fundacionpluma.info>). Los números de *FP* fueron analizados en el Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas (CeDIInCI), mientras que la colección de *La Verdad* y materiales anexos (volantes de agitación electoral y sindical, entre otros) fueron consultados en la librería y biblioteca “Gallo Rojo”, del Movimiento al Socialismo (MAS).

En el último apartado, a modo de conclusión, buscaremos recapitular lo analizado a lo largo del capítulo y esbozar algunas líneas acerca de las continuidades y rupturas entre la experiencia de la FB del PSRN y el derrotero posterior de la corriente morenista, marcado por la táctica –que abarcaría un lustro– del entrismo en el movimiento peronista.

De la bohemia al “obrerismo rabioso”. El Grupo Obrero Marxista

El “acta de nacimiento” del trotskismo morenista tiene fecha en 1943 y la forma de un documento de orientación política y organizativa. Cuando fue publicado con alguna formalidad, más de un año después, se le puso como título “*El Partido*”, aunque en la jerga interna fuera llamado de otra forma, que remitía directamente a la tradición leninista: el “*Qué hacer*”. Su autor, desde luego, era Nahuel Moreno (González, 1995: 101). Sin embargo, aunque no reste importancia a ese documento inaugural, la memoria partidaria rescatará como el hito realmente trascendente, fundacional para la organización, el traslado de sus pocos militantes desde el barrio porteño de Villa Crespo a un conventillo en Villa Pobladora, partido de Avellaneda, por entonces la mayor concentración fabril de la Argentina. En ese rincón del cordón industrial que rodeaba –y pronto ocuparía– la opulenta capital, ese grupo de militantes trotskistas, de tan reducido número como corta edad, se proponía profundizar la política de *proletarización* prescripta en aquel documento inicial y ensayada hasta entonces con más voluntarismo que sistematicidad. Nada les costó insertarse en una industria que absorbía y explotaba mano de obra con voracidad, de manera que pronto comenzaron a foguearse en la verdadera lucha de clases. Corría, casualmente, el año 1945.

Décadas más tarde, un experimentado Nahuel Moreno recordaría con cierta condescendencia –aunque sin dejar de reivindicarlos– aquellos primeros pasos:

“Lo que caracterizó inicialmente a nuestro grupo, tanto desde el punto de vista programático, como en cuanto a la práctica, fue un obrerismo rabioso, llamémoslo así. Durante muchos años no se aceptó el ingreso de estudiantes, ni se permitió militar en el movimiento estudiantil. Los estudiantes que por casualidad se captaban tenían que ir a militar al movimiento obrero. Tenían que entrar a fábrica y hacer un trabajo sindical y en la base de los organismos obreros. Esta tendencia obrerista, sectaria, ultra, enfrentaba y trataba de superar el carácter bohemio e intelectual, *declassé*, del movimiento trotskista argentino en su conjunto.”²⁰⁵

²⁰⁵ **Moreno, N.**, *El partido y la revolución: Teoría, programa y política. Polémica con Ernest Mandel* (reed. de *Un documento escandaloso. En respuesta a “En defensa del leninismo, en defensa de la Cuarta Internacional” de Ernest Germain.*) Ed. digital https://www.marxists.org/espanol/moreno/obras/escandaloso/10_0_nm.htm, dic. 2001, prólogo.

En efecto, el mito partidario del morenismo se construiría en lo sucesivo sobre aquella decisión de romper reciamente con el llamado “trotskismo del café Tortoni”, en referencia a las tertulias sin principio ni fin desarrolladas en los bares de la Avenida de Mayo, donde los primeros trotskistas argentinos discurrían sobre diversos temas de política (más internacional que local), teoría marxista, arte y filosofía. La “peña de Raurich” en el Tortoni, el más célebre pero no el único de esos reductos, había sido frecuentada por un adolescente Hugo Bressano, al igual que otros ámbitos como el Teatro del Pueblo, animado por Leónidas Barletta, donde los trotskistas se mezclaban con intelectuales de filiación anarquista y comunista. En otra evocación postrera de aquellos años mozos, el veterano dirigente apelaba a la ironía: “*Si Hemingway escribió que París entre el veinte y el treinta era una fiesta, cuando yo escriba mis memorias voy a decir que entre el cuarenta y el cuarenta y tres el trotskismo argentino era una fiesta*”.²⁰⁶

En efecto, el núcleo que acabaría recalando en el conventillo de Pobladora (o al menos, su líder) no había sido ajeno a la *fiesta*, ni al enmarañado proceso de debates, escisiones, enfrentamientos y realineamientos de los pequeños grupos trotskistas, ordenado muy precariamente alrededor del debate entre Liborio Justo y Antonio Gallo sobre la cuestión nacional. El joven Bressano ingresó en ese submundo hacia 1940 y, luego de un breve paso por el efímero PORS (aquel fallido intento de unificación trotskista promovido desde la Internacional), tomaba partido por las tesis de Justo y se sumaba a su grupo, para el cual escribió sus primeros documentos políticos. Uno de ellos, titulado “*Tres meses de vida en el confusionismo*”, parece rendir tributo al nuevo mentor, no sólo en la defensa de sus posiciones teóricas, sino también en el tono mordaz, cargado de epítetos contra sus ex-camaradas del PORS.²⁰⁷

El vínculo de Quebracho con su joven discípulo siguió el curso que le era natural: la ruptura. Justo expulsó a Bressano, dejándole como legado el seudónimo que lo acompañaría durante toda su vida. Con ese bagaje, Nahuel Moreno, de diecinueve años,

²⁰⁶ Reportaje a Nahuel Moreno (1986, inédito). Cit. en González (1995:78)

²⁰⁷ Los dardos más envenenados de Nahuel Moreno (quien firma ya con su flamante seudónimo) son dirigidos a los miembros de la “ex-VOL”. Como consignamos en el capítulo anterior, Vanguardia Obrera Leninista se había llamado el primer grupo formado por Jorge Abelardo Ramos y Enrique Rivera. A ellos Moreno se refiere como “los pequeño burgueses intriganes: Sevignac [Ramos] e Irlan [Perelman], teniendo por masajistas a Lisar [Rivera] y Eduardo [?] respectivamente.” También define a Sevignac/Ramos como “el chico de los mandados de Therence Phelan [Sherry Mangan, enviado de la IV Internacional]”. Nahuel Moreno, “Tres meses de vida en el confusionismo (sobre mi separación del PORS)”, folleto de la Liga Obrera Revolucionaria, 15-5-42, cit. en Galasso (2007: 125)

reclutó a un grupo de muchachos aún más jóvenes que él y fundó su propia agrupación: el Grupo Obrero Marxista (GOM). En el mencionado documento inaugural llamado “*El Partido*”, Moreno afirmaba: “*Nos empalmaremos en el movimiento obrero, acercándonos y penetrando en las organizaciones donde este se encuentre, para intervenir en todos los conflictos de clase*”.²⁰⁸ Bajo esa consigna, ya instalados en Avellaneda, los jóvenes trotskistas hicieron sus primeras armas en las luchas sindicales. Asesorados por Mateo Fossa (quien debía su prestigio a su condición de auténtico obrero y experimentado sindicalista, así como al hecho de haberse entrevistado con Trotsky en Coyoacán), participaron activamente en la huelga de la carne de 1945, que apoyaron primero “desde afuera”, colaborando con el fondo de huelga y otras iniciativas de solidaridad, para lograr luego una considerable incidencia, en particular en el complejo frigorífico Anglo-Ciabasa, por entonces una de las fábricas más grandes del país, con más de 15.000 operarios (Brienza, 2006). A pesar de la derrota de la huelga, los jóvenes del GOM lograron hacer pié en el sindicato de la carne y establecer contactos fluidos con activistas de otros gremios, además de hacerse con la conducción de una asociación barrial, el club “Corazones Unidos” de Pobladora. La política de *proletarización* parecía rendir frutos con inusitada rapidez.

“A un paso del contrerismo”. El GOM-POR contra el *totalitarismo pro-británico*

Sin embargo, una bien inspirada inserción en aquello que hoy denominaríamos *el territorio* no garantiza, en sí misma, un diálogo político fructuoso entre la corriente partidaria que la encara y el sector social que ella busca organizar y representar. Como sabemos, un hecho inesperado se interpuso en el camino del GOM: la irrupción del peronismo como fenómeno de masas. Uno de los primeros cuadros sindicales que los jóvenes trotskistas lograron ganar para el partido, el obrero textil Elías Rodríguez, recordará de esta manera la accidental –y accidentada– participación suya y de otros militantes del GOM en la decisiva jornada del 17 de Octubre de 1945:

“Hago la reunión en la vereda. 'Miren', dije, 'vamos a hacer una cosa. Entremos ahora y cuando vengan a buscarnos (los piquetes), salimos, ¿eh? Hacemos una reunión al mediodía y votamos si seguimos trabajando o nos vamos a la calle con la demás gente'. Cuando estábamos trabajando llegaron los tipos (del piquete) que venían con garrotes. Entonces subí a la bancada y pegué un grito: '¡Todo el mundo afuera!, vamos a discutir!'. Pero el piquete no me dio pelota. '¡Hay que salir!' y nada más... '¡Viva Perón! ¡Viva Perón!'. Entonces yo digo: 'Así yo no voy a la manifestación... ¡Qué Perón ni que ocho cuartos!' Yo le tenía bronca a los

²⁰⁸ Moreno, N., *El Partido*. Documento del G.O.M., cit. en Vallejo (1988).

milicos y pensaba: éste es un milico que te va a reventar cuando tengas que hacer una huelga. Yo ya estaba en contacto con el GOM pero no estaba militando, participaba en charlas pero nada más. Entonces [...] el que me había presentado a los compañeros del GOM, me dice: 'Elias, la gente te reclama a vos, tenes que estar ahí adelante'. Fui a la puerta de la fábrica y ahí estaban todos los compañeros parados, esperando que yo fuera.”²⁰⁹

La participación de algunos de sus militantes y contactos en las jornadas de Octubre no impidió que el GOM, en los años sucesivos, las caracterizara como una manifestación básicamente orquestada desde el aparato estatal y la dirigencia burocrática de los sindicatos, con anuencia de la policía. Si los trotskistas no incurrieron, como los socialistas y los comunistas, en el desatino de negar la masiva concurrencia obrera en la movilización –ni llegaron a homologar directamente al peronismo con el nazi-fascismo–, la lectura morenista negaría a esa participación proletaria todo reconocimiento de autonomía y conciencia de clase (Correa, 2013:6).²¹⁰ Aún en 1951, moreno caracterizaba de esta manera a las movilizaciones populares que dieran origen al peronismo:

“¿...pertenece la iniciativa al proletariado en su totalidad, en las movilizaciones peronistas [...] del 17 de octubre y 24 de febrero? Nosotros creemos que no, que los obreros más atrasados [...] se limitaron a apoyar a un sector del régimen capitalista contra otro sector. Al ejército, la burocracia y la policía contra políticos, la burguesía industrial y el imperialismo yanqui. La iniciativa jamás pasó al proletariado y éste jamás actuó en conjunto, habiéndose dividido en dos, su sector más capacitado pero reformista con la Unidad Democrática; el más atrasado, con el peronismo.”²¹¹

En efecto, la posición del GOM frente al peronismo fue, desde un comienzo, de abierta oposición, aunque reconocía matices respecto de la postura del socialismo y el comunismo. Por empezar, este grupo trotskista no se alineó, de cara a las elecciones de febrero de 1946, con la opositora Unión Democrática, a la que denunció como un *frente patronal proyanqui*. Su caracterización del emergente peronismo no era más concesiva: sin hacer grandes distinciones entre el régimen militar del periodo 1943-46 y el nuevo gobierno surgido de la ratificación popular del liderazgo de Perón, el morenismo caracterizaba a ambos como expresiones de un *bonapartismo* claramente regresivo, defensor de la vieja estructura económica agro-ganadera de la Argentina, dependiente de Gran Bretaña (Tarcus: 1996: 106).

Este fue uno de los dos ejes en los que el GOM centró su denuncia al peronismo. En verdad, se trata del argumento más peculiar a esta corriente, que insistirá en

²⁰⁹ Testimonio a Elías Rodríguez, 1986, cit. en González, 1995: 119

²¹⁰ En aquel trabajo analizamos comparativamente las lecturas del 17 de Octubre por parte del PS, el PC y el GOM-POR.

²¹¹ Moreno, N. “¿Movilización antimperialista o movilización clasista?”, en *Boletín del Secretariado Internacional*, 1951 (cit. en Galasso, 2007:216).

denunciar al gobierno y al propio Perón como un “*agente británico*” que, si oponía resistencia al desembozado imperialismo norteamericano sobre la región en la inmediata posguerra, lo hacía como representante de la vieja metrópoli en retirada y los intereses económicos locales ligados a ella directamente: la oligarquía vacuna y la industria frigorífica.

En esa tónica, el GOM haría permanente hincapié en el convenio que Miguel Miranda, funcionario a cargo de la economía durante la fase expansiva del ciclo peronista, firmara a fines de 1946 con Sir Wilfred Eady, diplomático encargado por la corona británica para negociar con la Argentina una serie de temas pendientes en la agenda bilateral, en especial, la forma y plazos de pago de las acreencias argentinas resultantes del superávit comercial durante la guerra (denominadas en libras esterlinas y bloqueadas en el Banco de Inglaterra, debido a la decretada inconvertibilidad de la moneda británica), la renegociación del cupo de exportaciones argentinas al Reino Unido y el proyecto de nacionalización de los ferrocarriles argentinos en manos de compañías británicas. El resultado de la negociación se plasmó en el llamado *convenio Eady-Miranda*, juzgado por los trotskistas como una entrega lisa y llana al viejo amo imperial, hasta el punto de denunciarlo como una continuación del pacto Roca-Runciman de 1933. En esta línea se expresaba el primer número de *Frente Proletario*, el órgano de prensa que el GOM, recogiendo su consigna electoral del mes de febrero, lanzaba en octubre de 1946:

“Cuando los partidos de izquierda apoyaban a Tamborini y Mosca como solución a los problemas de los trabajadores, nosotros planteábamos claramente que el movimiento obrero no se podía atar a ningún sector burgués. Ni Perón ni Tamborini, ‘Frente único proletario’ fué nuestra consigna. Los obreros peronistas discrepaban con nosotros en que Perón representara a algún sector burgués, más concretamente al imperialismo inglés. [...] Los hechos desde hace mucho tiempo nos vienen demostrando cómo el gobierno no es más que un agente político de la City de Londres [...] Tamborini hubiera actuado mejor? De ninguna manera; quizás hubiera beneficiado a los norteamericanos y no a los ingleses, pero no al proletariado.”²¹²

Antes de continuar, hagamos un alto para notar cómo el concepto de *bonapartismo*, transversal a todas las corrientes trotskistas a la hora de conceptualizar al peronismo, permitía, sin embargo, usos e interpretaciones muy diversas. Como vimos en el capítulo anterior, el propio Trotsky, con la mirada puesta en Latinoamérica, había habilitado de alguna manera, en el plano de la teoría, la distinción entre “*bonapartismos sui generis*” *progresivos* y *regresivos*. Aunque no utilizaba

²¹² “Perón y el Convenio con Inglaterra”, *FP* N° 1, Oct. 1946, p. 2.

específicamente esos términos, distinguía entre los regímenes bonapartistas que, ante las presiones opuestas del imperialismo y del proletariado, “*intentan orientarse hacia la democracia, buscando el apoyo de obreros y campesinos*”, y aquellos que, por el contrario, “*implantan una cerrada dictadura policíaco militar*” (Trotsky, 1939, 1940.).

Si allí vimos también a distintos grupos trotskistas justificar su *apoyo crítico* al peronismo en una interpretación que lo incluía en la variante bonapartista *democrática*, vemos ahora que, evidentemente, el GOM era mucho más propenso a inscribirlo en su variante *policíaco-militar*. Y pronto veremos también que, hasta bien entrado el segundo gobierno de Perón, el morenismo no tendrá muy en cuenta la distinción propuesta por el fundador de la IV Internacional, asimilando el término *bonapartismo*, sin ningún aditamento, a la variante regresiva y represiva, haciendo de éste un término prácticamente intercambiable por otro de uso muy frecuente en los materiales partidarios: *totalitarismo*.

Hemos aquí el otro pilar de la crítica del GOM, que a partir de su Primer Congreso (diciembre de 1948) adoptaba el nombre de Partido Obrero Revolucionario (POR).²¹³ Como órgano del flamante partido, *Frente Proletario* siguió denunciando las tendencias *totalitarias* del peronismo. El cuestionamiento se dirigía a las restricciones de las libertades democráticas en general (por ejemplo, se opondría en duros términos a la expropiación del tradicional diario *La Prensa* en 1951), pero hacía especial énfasis en el control del movimiento obrero por parte del Estado. Desde esta óptica, el órgano del GOM y el POR llegó a caracterizar a la Confederación General del Trabajo (CGT) como una “*repartición estatal*”, que por su burocratización y regimentación por parte del gobierno peronista, se había transformado en “*el principal enemigo de los obreros*”. En consecuencia, el partido impulsaba la creación de *oposiciones sindicales* que enfrentaran a la central obrera y a las conducciones gremiales que le respondían (Tarcus: 1996:108; Castelo, 2002a: 4; González, 1995:147). Así lo sostenía también un informe redactado por Moreno para un boletín de discusión interno de mediados de 1949:

“Las oposiciones sindicales se han revelado como la única salida [...], organizar a los activistas sindicales contra el enemigo común: la burocracia estatal-cegetista y por dos objetivos comunes: la democracia y la independencia sindical; ese es nuestro objetivo inmediato y concreto que empalma con nuestro viejo análisis: la C.G.T. es el principal freno

²¹³ “Manifiesto fundacional del P.O.R.”, *FP* N° 24, mar. 1949, p. 1 y ss.

y enemigo del movimiento obrero, y nuestra consigna es de largo plazo: POR UN CONGRESO NACIONAL DE OPOSICIONES SINDICALES.”²¹⁴

Es de suponer que el fuerte tono antiperonista de esta prédica limitaba el auditorio de una agrupación que militaba en un movimiento obrero hegemonizado por el peronismo. No casualmente, las experiencias más exitosas de captación de militantes en esos años tuvieron lugar entre jóvenes universitarios ligados al PS, partido que atravesaba una profunda conmoción tras la inesperada derrota de la Unión Democrática. Las tensas asambleas de los centros socialistas eran frecuentadas por los jóvenes del GOM-POR, quienes buscaban sintonizar con los elementos más radicalizados. Una vez ganados para el trotskismo, los jóvenes *pequeñoburgueses* eran incorporados al partido y compelidos a proletarizarse. De esa experiencia provinieron las primeras capas de cuadros políticos e intelectuales de la agrupación, como Milcíades Peña, Ángel Bengochea y Horacio Lagar (De Lucía, 2006; Tarcus, 1996:109). Muchos años después, este último recordaría una anécdota que revela las limitaciones que hallaba el POR en su intento de insertarse en la clase obrera:

“[...] en Berisso y Ensenada subsistían grupos de activistas sindicales [...] del entorno original de Cipriano Reyes [...] y [...] viejos luchadores de origen anarquista, en algunos casos ligados al radicalismo. Nuestro planteo de lucha contra la estatización sindical y la disciplina burocrática y totalitaria de la CGT, eran de hecho una plataforma apta para recoger a este tipo de activismo en crisis [...]. Para nosotros, se trataba de un puente [...] en el intento de penetrar [...] en esa importante concentración obrera.”²¹⁵

Pero además de esas supuestas potencialidades, la orientación trazada traía aparejadas serias limitaciones y riesgos, como reconoce Lagar en el mismo testimonio:

“...[a] fines de 1951 recibí [...] una extraña invitación. Un personaje sobre el que se pedía estricta reserva, deseaba conversar conmigo acerca de cuestiones del movimiento obrero [...]. El lugar de la cita era un edificio del microcentro con un frente de placas de bronce en las que podía leerse el nombre de diversas firmas multinacionales [...]. Un señor de maneras diplomáticas aunque sobrias, mostró enseguida vivo interés por la actividad sindical que presuntamente yo estaba liderando [...]. Mi interlocutor [...] me franqueó con su más amplia sonrisa un vasto horizonte realmente ‘opositor’: si yo aceptaba la responsabilidad de editar un periódico contra la CGT, [...] una cuenta bancaria quedaría de inmediato a mi disposición para solventar el proyecto.”²¹⁶

De la anécdota, el viejo militante extrae una conclusión categórica:

“El puente que buscábamos atravesar no nos llevaba a la clase que quería organizarse y luchar [...]. Los viejos activistas en crisis venidos del Partido Laborista [...] y los

²¹⁴ “Boletín informativo especial que abarca los distintos puntos tratados en reuniones de Comité Central y Congreso del POR” Informe del Comité Central (CC) del 15-5-49. Archivo Fundación Pluma (en adelante, *AFP*).

²¹⁵ “A un paso del contrerismo”, en **Lagar**, Horacio. *Testimonios de la primera década (acumulación primitiva partidaria)*. Bs. As., 1988 (mimeo), pp. 103-105. Archivo CeDInCI.

²¹⁶ *Ibíd.*

sobrevivientes del anarquismo que aceptaban nuestra línea, no empalmaban con esa lucha. Su oposición al gobierno y a la CGT desembocaba en el contrerismo gorila que hacía los primeros preparativos para su golpe de estado reaccionario.”²¹⁷

El grado de veracidad de la anécdota, evocada casi cuatro décadas después en una memoria partidaria, es algo que no podemos dilucidar aquí. Pero consideramos que no esa es la cuestión central. Lo importante para nosotros es la funcionalidad del relato (más o menos veraz; más o menos ficcional; más o menos edulcorado) para la construcción de una memoria colectiva de la organización. Como hemos visto, pocos años después de este esbozo de Lagar, un grupo de jóvenes historiadores, coordinados por otro cuadro histórico de la corriente, se dio a la tarea de recabar documentación y testimonios orales para escribir, en primera persona del plural, la historia del morenismo.²¹⁸ Allí señalan a 1952 como el punto de quiebre entre unos primeros años caracterizados por la marginalidad y el sectarismo respecto del fenómeno peronista y una nueva orientación, fundamentada en un supuesto cambio en las relaciones de fuerza interimperialistas y encaminada a abrir un diálogo más fructífero con los trabajadores que adherían al peronismo.

Evidentemente, en los ochenta esa línea argumental ya era parte de la tradición oral del partido. De esta forma podemos comprender más acabadamente el sentido que tiene el relato de Lagar en sus memorias: a fines de 1951 se habría producido aquel hecho, de cierto carácter *epifánico*, que alertaba al POR sobre los peligros de la orientación partidaria seguida hasta entonces y aconsejaba un cambio de rumbo. Así relata Lagar el momento posterior al misterioso encuentro en el microcentro porteño:

“Mi respuesta [al ofrecimiento] quedó pendiente. Un poco atolondrado, me reuní nuevamente con Hugo [Bressano/Moreno] y con el Vasco [Bengochea] en un bar cercano, e hicimos un rápido cuadro de la situación [...]. Debíamos buscar otros puentes para acceder al liderazgo de las luchas de la clase y desarrollar nuestra política revolucionaria. Habíamos esbozado un paso en el camino del ‘contrerismo’... Pero sólo un paso, y nuestro entroncamiento con la clase [...] nos permitió retirar a tiempo el pie.”²¹⁹

Cierto es que, de hecho, en los años siguientes el POR comenzará a delimitarse más claramente del “contrerismo”. No obstante, como veremos a continuación, este proceso no sería tan inmediato como se sostiene en el relato de Lagar, ni mucho menos, lineal. Estará cargado de contradicciones y zonas grises. En las fuentes partidarias que consultamos, el cambio que la tradición partidaria, retrospectivamente, fecha con

²¹⁷ *Ibid.*

²¹⁸ Nos referimos a Marcos Britos, Hernán Camarero, Germán Gómez y Diego Guidi, coordinados por Ernesto González (1995, 1996).

²¹⁹ “A un paso del contrerismo”.... cit.

certeza en 1952, tarda más en hacerse visible. Como intentaremos demostrar, la incorporación del POR en el PSRN marca un punto más claro en este proceso de reelaboración.

Esperando la *desperonización*. Los dilemas del peronismo, la política sindical y la búsqueda de la legalidad

A pesar de la relativa inserción que había logrado en el plano sindical, a comienzos de la década del 50 el POR todavía buscaba, con poco éxito, la forma de sortear su aislamiento político. El crecimiento que había llevado al puñado de miembros fundadores del GOM a sentirse en condiciones de constituirse en partido en diciembre de 1948 había quedado en entredicho por una constante fluctuación en el número de militantes, registrada en el II y el III Congreso, de 1950 y 1952, respectivamente.

Según el relato de González, el IV Congreso (octubre de 1953) marcó un claro redireccionamiento en la política y la orientación partidarias, abandonando el fuerte sesgo sectario hacia el peronismo, aunque sus resoluciones habrían plasmado cambios operados en los hechos desde 1952. Esta relectura, reiteramos, habría sido estimulada por el análisis de la nueva correlación de fuerzas a nivel mundial (retiro del imperialismo británico y renovada ofensiva norteamericana) y por la coyuntura de crisis económica y política en el país. Esa situación, se suponía, abriría nuevas perspectivas para la construcción del partido por dos vías: En primer lugar, porque la crisis económica reducía los márgenes para la política *demagógica* del peronismo, característica de la bonanza de posguerra, fomentando el descontento en las filas obreras y conduciendo a una pronta *desperonización* de la clase trabajadora. En segundo lugar, porque ante las restricciones económicas y políticas de la nueva coyuntura, el debilitado *régimen* peronista habilitaría nuevos canales para la intervención política que podrían ser aprovechados por el trotskismo (González, 1995: 207, 216).

Respecto de la *desperonización*, ya en 1949, ante los primeros síntomas de crisis económica, un boletín interno partidario la caracterizaba como un fenómeno inminente e, incluso, como un proceso en curso:

“No mas aumento de salarios: No mas huelgas, la sobreganancia que nos saca Inglaterra tiene que salir de Vds. los trabajadores.... ya dicen, pero insistirán el gobierno y los

explotadores. Esto significa la desperonización. [...] la palpamos en los sindicatos en las fábricas, en las barriadas obreras, el obrero peronista rabioso ya no es mas rabioso, duda del movimiento del coronel del pueblo, hasta odia a sus dirigentes gremiales que los ve totalmente patronales [...] El gobierno se lanzará a frenar toda independencia, toda reivindicación para sacar cada vez mayor plusvalía. Esto tendrá una consecuencia: la finalización de la demagogia peronista.”²²⁰

Esta caracterización se mantuvo vigente aun tras la reforma de la Constitución Nacional y la reelección de Perón por una aplastante mayoría de votos. Sin embargo, en los documentos preparatorios del III Congreso partidario (1952), aunque los viejos objetivos permanecen incólumes, podemos detectar algunas líneas tendientes a entablar un diálogo con los trabajadores que adhieren al peronismo.

“Tenemos que comprender que la clase obrera no está convencida de la permanencia de la crisis y de su gravedad. [...] Ni bien el proletariado saque la conclusión de que la crisis es por años nos encontramos frente a una transformación fundamental y cualitativa de la conciencia del proletariado. [...] Nuestro partido debe utilizar por ese motivo al maximo la demagogia gubernamental [...] nuestra política toma en cuenta las necesidades objetivas del proletariado [...]: liquidar la nefasta influencia peronista, liquidar la actual organización estatal del proletariado, barrer la demagogia y la colaboración de clase [...], pero al mismo tiempo toma en cuenta la mentalidad del proletariado [...]. Es así como reivindicamos las promesas peronistas, sobre todo el derecho constitucional al trabajo, para desenmascarar al gobierno y a la burocracia sindical, y fundamentalmente para movilizar al proletariado.”²²¹

En efecto, los números de *Frente Proletario* de 1952 y 1953 buscan recoger, en alguna medida, esta directiva de “utilizar la demagogia” del gobierno para movilizar a la clase; pero no lo hacen en base a una relectura del fenómeno peronista, sino, por el contrario, con el objetivo de evidenciar lo que se considera su verdadera esencia burguesa y pro-imperialista. Como indicaba la circular, una nota de mediados de 1952 reproduce el artículo de la nueva Constitución que consagraba el Derecho al Trabajo, pero al mismo tiempo, se pregunta cómo podría luchar por su cumplimiento la CGT, definida como un “*órgano estatal patronal para el aplastamiento de la clase obrera*”.²²²

En definitiva, si se introducían ciertos giros retóricos en busca de abrir un diálogo con los trabajadores peronistas, su *nivel de conciencia* y sus aspiraciones, éstos se proponían acompañar o, mejor dicho, obrar de catalizador de un proceso de *desperonización* que se veía como un dato objetivo e inevitable en un futuro próximo. En consecuencia, el pretendido diálogo se diluía en un arraigado sectarismo. A modo de ejemplo, es elocuente el tratamiento que hace *Frente Proletario* de la agonía y

²²⁰ “Boletín informativo especial...”, *doc. cit. AFP*

²²¹ “Proyecto de tesis sobre la situación actual y las tareas del partido. Boletín de Discusión para el III Congreso Nacional del Partido”. Octubre 1952. *AFP*.

²²² “Desocupación y carestía... o unidad obrera...quién vencerá?”, *FP* N° 78, 10-7-52, pp. 1, 5

muerte de Eva Perón. En el número posterior al deceso no se registra una sola mención al hecho, cuando sabemos que su honda repercusión había provocado, incluso, expresiones de cierto recogimiento por parte de figuras de indiscutible convicción antiperonista como Nicolás Repetto.²²³ Más aún, en un artículo publicado pocos días antes del anunciado desenlace, el POR fustigaba la iniciativa de la CGT de detraer un jornal a los asalariados para la erección de un monumento y –con escaso sentido de la oportunidad– aprovechaba la ocasión para repudiar a la Fundación Eva Perón, minimizar los alcances de su obra y cuestionar con cierto sarcasmo la “*leyenda de Evita*”, en un registro que no cuesta imaginar ofensivo para un trabajador peronista sensibilizado ante la inminencia de su muerte.

“...no es la primera vez que la CGT en íntima relación con la Fundación saquean los bolsillos de los obreros [...] Esto no es casual, la Fundación [...] es un arma más que esgrime el gobierno para engañar a las masas. Es un impuesto indirecto que sufre el pueblo para financiar parte de la política demagógica del peronismo. [...] El gobierno –lease Fundación– con esta jugosa fuente de ingresos se da el lujo de construir ciudades universitarias o infantiles que benefician a una ínfima minoría de seleccionados [...] Los contados hospitales, escuelas o sanatorios que la fundación construye [...] son aprovechados como excelente recurso propagandístico para mostrar la bondad del régimen y crear la leyenda de la abnegación y desinterés de Evita.”²²⁴

Transcurriría un año más hasta que las páginas de *Frente Proletario* dejaran ver los primeros atisbos de una relectura del peronismo por parte del POR. Ya bien entrado el año 1953, dos artículos de portada del periódico partidario plantean, en un plano hipotético, la posibilidad de que el gobierno *gire a la izquierda* para consolidar su posición en un contexto de restricción económica y ofensiva de la oposición golpista, a la que se identifica inequívocamente como un ariete de la ofensiva norteamericana.

“Los últimos acontecimientos, han acelerado la inestabilidad del peronismo, que se encuentra con las bases de su demagogia en descomposición. La presión de los yanquis y su firme determinación a liquidar al peronismo mediante el golpe de estado, a puesto al régimen ante la necesidad de buscar un apuntalamiento lo más estable posible. [...] creemos que le quedan al régimen dos salidas [...]; o acelerar su bonapartismo, aumentando la represión hacia la derecha y la izquierda, apoyándose más y más en el aparato, o de lo contrario,

²²³ FP Nº 81, 31-7-52. Recordemos que también el Partido Comunista, embarcado en el acercamiento al peronismo orientado por J. Real, había encabezado su periódico *Nueva Era* con una foto de Evita y una cinta de luto, lo que nos habla de una repercusión que, evidentemente, trascendió más allá de las bases peronistas. (Luna, 2013: 171; v. cap. 1, p. ...).

²²⁴ “Menos monumentos y mejores salarios!!” FP Nº 79, 17-7-52, p. 3

volcarse hacia la izquierda, tratando de formar un bloque anti-yanky, y fortaleciendo con ello la corriente antigolpista, [...] apuntalar su prestigio.”²²⁵

El análisis, como adelantamos páginas arriba, parece remitir –ahora sí– a aquellas elaboraciones de León Trotsky en su exilio mexicano. Más allá de algunos matices semánticos, no es difícil advertir la semejanza entre la disyuntiva señalada por Trotsky en el plano teórico y la planteada por *Frente Proletario* para el caso concreto del peronismo. Hasta donde hemos indagado, era la primera vez que aquellas reflexiones del revolucionario ruso (unas de las pocas en que se refirió a los nacionalismos populares latinoamericanos) se hacía entrever en el análisis de la corriente morenista. No obstante, la posibilidad de que Moreno y sus camaradas no hubieran tenido previo acceso a esos escritos de Trotsky es nula, pues otros grupos trotskistas, con los cuales el POR polemizaba asidua y duramente, hacían de su cita un verdadero *leitmotiv*, considerándolos una suerte de aval del viejo líder soviético a su *apoyo crítico* al peronismo y otros movimientos nacionalistas del continente.

Lo más probable es que, anteriormente, aquella reflexión del exiliado en Coyoacán no fuera juzgada correcta por los militantes del GOM-POR en términos teóricos o, como mínimo, adecuada para caracterizar al peronismo. Como hemos visto, el morenismo se había valido, desde un comienzo, de la vieja categoría marxista de *bonapartismo* para referirse al *régimen* peronista. Desde luego, lo hacía en un sentido claramente impugnatorio, referido a sus tendencias *regresivas* y a su control *totalitario* sobre el movimiento obrero. (De hecho, aun en la “*encrucijada*” en que el POR sostiene se encuentra el peronismo en 1953, aquella categoría sigue reservada al polo negativo de la ecuación, en oposición al eventual “*viraje a la izquierda*” del gobierno).

Hasta ese momento, en suma, la hipótesis habilitada por Trotsky, en el sentido de que los gobiernos bonapartistas de países dependientes pudieran adoptar un curso *democrático*, apoyándose en el proletariado y el campesinado para resistir la presión imperialista, no había parecido aplicable al peronismo en la consideración de *Frente Proletario*. Como veremos más adelante, esto cambiaría en los años siguientes; por lo pronto, hacia mediados de 1953, la disyuntiva (radicalizarse en su enfrentamiento con el golpismo pro-imperialista apoyándose en las masas o acentuar un curso *bonapartista regresivo*) ya se planteaba en *Frente Proletario* como de candente actualidad para el

²²⁵ “El peronismo ante la gran decisión: afianzamiento de su bonapartismo, o viraje hacia la izquierda.”. *FP* N° 117, 23-5-53, pp. 1-2; v. también “El gobierno ante una encrucijada”. *FP* N° 118, 30-5-53, pp. 1-3

peronismo. Así lo analizaba también el Comité Central (CC) del POR reunido a fines de junio:

“INFORME NACIONAL: Parte del informe, la fundamental ya ha sido adelantada por los artículos de FRENTE PROLETARIO, de modo que lo fundamental es recapitular la situación al mismo tiempo que subrayar ciertos aspectos particulares. [...] 1o) El gobierno no hace reflejar en su situación más que la disminución sufrida or la renta nacional lo que profundiza los roces entre los distintos sectores sociales.- [...] 3o) Ante esta situación lo fundamental es la co sideracion del imperialismo yankee por un lado, y por otro, la situacion del proletariado, la clase mas solida, mas homogenea, la mas pujante y de lejos la mejor organizada.- El gobierno de Peron en la actualidad no hace mas que oscilar entre estas dos fuerzas, que como hemos dicho anteriormente son las principale del mo mentosactual.”²²⁶

Sin embargo, el juicio sumario –y condenatorio– prevalecería una vez más. Al cabo de pocas semanas, aquella “*encrucijada*” parecía resuelta a criterio del POR, y no precisamente en el sentido del “*giro a la izquierda*” previamente esbozado como hipótesis. La renovada convocatoria del presidente Perón a la *Unidad Nacional*, realizada tras los atentados terroristas de abril de 1953 y la ola de detenciones que los habían sucedido, constituyó para *Frente Proletario* una señal inequívoca de que se imponía la variante *regresiva*. Soslayando el fracaso de las anteriores iniciativas de conciliación –que esta pronto habría de reproducir– e incluso atribuyendo un carácter de mera impostura a una polarización política que ya empezaba a cobrar su tributo en sangre, el órgano partidario se apresura a afirmar categóricamente, en julio del ’53, que gobierno y oposición

“[...] constituyen las dos caras de una misma moneda. Mientras la situación general del país no lo exigía, gobierno y contreras podían darse el lujo de marchar separados y lanzarse gruesos insultos. Hoy ello terminó. Han comprendido ambos que tienen que unirse para enfrentar al peligro común que los amenaza: la clase obrera, que cada vez se moviliza mas y mas amenazadoramente. [...] Las declaraciones de [...] los partidos políticos, la iglesia y el Ministro Borlenghi entran en la variante de la concordia y pacificación nacional que tanto necesitan los bonetes de la burguesía para sellar la unidad nacional contra los trabajadores.”²²⁷

La nueva convocatoria a la unidad nacional también era analizada por el órgano teórico-político del POR, *Revolución Permanente*.²²⁸ Las conclusiones del partido al

²²⁶ “Acta del C.C. del 28 de junio de 1953, informe nacional.” *AFP*. Es del caso volver a subrayar que hemos optado por respetar la grafía original de las fuentes que reproducimos, sin alterar en ningún caso (salvo expresa aclaración) su tipografía, redacción, ortografía y gramática.

²²⁷ “Unión sagrada de la burguesía o frente único proletario?” *FP* N° 125, 25-VII-53, pp. 1-2

²²⁸ La revista *Revolución Permanente. Órgano teórico-político del Partido Obrero Revolucionario* se publicó entre julio de 1949 y 1953 y probablemente fue concebida como material de formación teórica para la militancia partidaria más que como órgano de propaganda. El número que citamos, todo indica que el último de la serie, evidencia un problema de datación: se presenta como publicado en el primer trimestre de 1953 pero refiere (como en este caso de la convocatoria a la unidad nacional) a sucesos transcurridos en la segunda mitad del año.

respecto se presentan de un modo algo enmarañado, pero que de todos modos vale la pena desglosar:

“El triunfo de la unidad nacional del peronismo es indirectamente una consecuencia del apoyo del proletariado al gobierno, ya que el imperialismo yanqui no pudo apoyar sus golpes de estado en ninguna ‘corriente popular’. Aquí está reflejada toda la esencia del peronismo. Gracias al apoyo del proletariado puede imponer una política pro burguesa y anti proletaria. - Esa es justamente la política de unidad nacional del gobierno: unidad burguesa para mejor pactar con el imperialismo yanqui y evitar las especulaciones de éste, unidad burguesa para evitar las inquietudes del proletariado. [...] La imponente unidad nacional tiene sus pies de barro. [...] la unidad nacional del peronismo, como su resultante de las negociaciones con el imperialismo yanqui, no paralizan ni las aspiraciones de Wall Street ni la lucha de la clase obrera. El objetivo del gobierno de frenar a los dos gigantes que más teme, el imperialismo yanqui y la clase obrera, no tendrá éxito.”²²⁹

Es interesante la constatación respecto de la ausencia de una “*corriente popular*” de apoyo a las intentonas golpistas promovidas hasta 1953, que, como hemos visto en el primer capítulo, se caracterizaron por su carácter francamente marginal, tanto en lo relativo a sus apoyos militares como a los civiles. Como veremos más adelante, el POR, actuando ya como Federación Bonaerense del PSRN, prestará especial atención al cambio que implicó, en ese aspecto, la entrada en escena de un actor antes ausente en sus análisis: la *clase media*.

Por lo pronto, en su artículo de *Revolución Permanente*, el POR sigue poniendo en juego –esta vez, sin explicitarla– su particular interpretación del régimen político instaurado entre 1943 y 1946 (interpretación que, adelantamos, también se verá modificada tras su ingreso al PSRN). A través de la iniciativa de la *unidad nacional*, el gobierno de Perón no buscaba, a criterio del morenismo, otra cosa que fortalecer su carácter bonapartista, sellando la unidad de las fuerzas sindicadas indistintamente como *burguesas* (a través de la conciliación de sus representantes políticos), con el fin de conjurar tanto la presión del imperialismo como el temible ascenso del proletariado. La función “arbitral” del líder, ligada de manera inescindible a la noción de *bonapartismo*, permanece restringida a las facciones de la clase dominante. Perón no se apoyaba en la movilización del proletariado para resistir la ofensiva imperialista (como caracterizara Trotsky a los bonapartismos *sui generis* a partir de la experiencia mexicana), sino que aprovechaba el apoyo obrero para sellar férreamente la *unidad de los explotadores* locales, manteniendo “*maniatada*” a la clase trabajadora y negociando con del imperialismo desde una posición de mayor fortaleza relativa. La tentativa, de todas formas, tenía “*pies de barro*”, pues implicaba una profundización de la “*ofensiva*

²²⁹ *Revolución Permanente*, 1er trimestre 1953, pp. 8-9.

*contra la clase obrera” que “acelerará las reacciones obreras y desenmascarará el rol del gobierno”.*²³⁰

En definitiva, a pesar del matiz interpretativo introducido con anterioridad, el POR volvía a ceder a la tentación de no diferenciar entre el peronismo y la oposición. Si la posibilidad de un *giro a la izquierda* se había planteado como una eventualidad poco factible, la “*Unión sagrada de los explotadores*” se presentaba ahora como un hecho consumado que desnudaba, una vez más, la naturaleza reaccionaria del gobierno y la falsedad de su “*poderosa demagogia anticapitalista y antimperialista*”. De allí que la alternativa postulada por *Frente Proletario* ante esa “*Unión sagrada de la burguesía*” fuera, nueva y sintomáticamente, el “*Frente único proletario*”. La consigna electoral de 1946, que había dado nombre al periódico partidario, mantenía, a criterio del POR, una plena vigencia.²³¹

Otro terreno en que el POR introdujo algunas variantes durante estos años fue el frente sindical. Muy ligado a la expectativa de una pronta “desperonización” de la clase trabajadora argentina, y a partir de una experiencia concreta en las elecciones de la Asociación Obrera Textil en enero de 1953, el morenismo cambió su política de *oposiciones sindicales*, basada en la denuncia sistemática del control *totalitario* del movimiento obrero por parte del Ministerio de Trabajo y la CGT, por una táctica más amplia de apoyo a las listas opositoras que surgían en algunos gremios, encabezadas por dirigentes peronistas que se postulaban como alternativa a las viejas conducciones.²³² Entre estos nuevos referentes podemos encontrar algunos nombres que alcanzarán notoriedad en los años siguientes, como Andrés Framini (textiles) o Augusto T. Vandor (metalúrgicos) (González, 1995: 211; Schiavi, 2008:76).

A nivel de la central obrera, *Frente Proletario* había seguido con atención la caída de José Espejo y su reemplazo por Eduardo Vuletich, pero había atribuido este recambio –más allá de resaltar su ligazón con el creciente descontento obrero– a una “lucha de camarillas” dentro del elenco gubernamental y cegetista tras la muerte de Eva

²³⁰ *Ibid.*

²³¹ “Unión sagrada de la burguesía o frente único proletario?” *FP* N° 125, 25-VII-53, p. 2

²³² “Elecciones en el gremio textil”, *FP* N° 95, 15-11-52, p. 3

Perón.²³³ La apuesta del POR era, esencialmente, por el surgimiento de un activismo de base que presionara y, en lo posible, desplazara a las direcciones sindicales más estrechamente ligadas con el *régimen*. La experiencia de agitación en las elecciones del gremio textil, coronada con el triunfo de la opositora lista Verde, incentivó al partido trotskista a adoptar esa misma política de *apoyo crítico* a las listas de oposición en otros gremios como la Unión Obrera Metalúrgica, el sindicato del vidrio o la federación de la carne.

Es como corolario de esta experiencia, recién hacia fines de 1953, que encontramos en los documentos del POR una reflexión que nos recuerda a aquella que Horacio Lagar, en sus memorias, ubicaría en 1951. Las actas del IV Congreso (octubre del '53) contienen un balance bastante ambiguo de la política de *oposiciones sindicales* llevada adelante desde tiempos del GOM, que vale la pena destacar:

“NUESTRA AUTOCRÍTICA: [...] la falta de experiencia en la lucha de clases nos lleva a aplicar la consigna [...] directamente: Formación de Oposiciones Sindicales.- O sea que caímos en una idealización; El proletariado, a pesar de recorrer el camino en la dirección que nosotros preveíamos, no respetaba el esquema que nosotros habíamos imaginado. Nos encontramos que quienes seguían y comprendían la consigna tal como nosotros la aplicábamos eran los obreros “contrera” y por ende nos apartábamos de la verdadera masa obrera. [...] El proyecto [un periódico nacional de oposiciones sindicales] planteaba la unión de todos los elementos que en los distintos gremios estuvieran contra la C.G.T. Pero no podría tener éxito cuando en realidad no había oposiciones sindicales. Este nos pudo haber aislado de la clase obrera, aliándonos a la tendencia pro-imperialista del proletariado. [...] RECAPITULEMOS: 1º) Una línea completamente correcta la de oposiciones sindicales. 2º) Una aplicación errónea no comprendiendo que nuestra claridad teórica, no tenía nada que ver con el grado de conciencia del proletariado.”²³⁴

Consideramos que, más allá de esta última inflexión, que buscaba salvar lo “*completamente correcto*” de la política sostenida hasta ese momento, el tono que predomina respecto de la cuestión sindical es el anunciado al comienzo: la autocrítica. Autocrítica –limitada– respecto de la orientación anterior como forma de fundamentar la nueva. Ahora que las listas opositoras habían comenzado a surgir en distintos gremios, pero lo hacían aún bajo la bandera del peronismo y reconociendo la organicidad de la CGT, el POR adaptaba sus objetivos a las condiciones reales y el *grado de conciencia* del proletariado, obteniendo mejores resultados en su inserción sindical. No obstante, esas mismas intervenciones en el terreno gremial seguían revelando, en muchos casos, más continuidades que cambios en sus lecturas políticas.

²³³ “El 17 de Octubre de 1952: una mascarada que sirvió a la lucha de camarillas dentro de la C.G.T. y el gobierno”, *FP*. N° 92, 24-10-52

²³⁴ “Acta Congreso Nacional del Partido Obrero Revolucionario, IV, 17 de octubre de 1953.”, p. 6. AFP

Veamos para el caso, los términos en que *Frente Proletario* convocaba a los trabajadores textiles a votar por la opositora lista Verde:

“La Azul es la lista oficialista de la camarilla de Hermida ya demasiado conocida por el gremio y la Verde es la encabezada por viejos burócratas [...] que en la ocasión presentan la novedad de sostener un programa sentido por el gremio [...]. Estas elecciones deben servir para movilizar al grueso del gremio y darle conciencia clara de que la ofensiva patronal cegetista podrá ser frenada con la unidad en torno a un programa [...]. En cada sección, en cada departamento, en cada fábrica, y en todas las barriadas deben formarse comisiones de apoyo crítico a la lista Verde. Que estos comités [...] divulguen de todas formas el sentido de su lucha: Apoyo incondicional a las consignas de la lista Verde y denuncia implacable del carácter camandulero y burocrático de sus componentes.”²³⁵

En forma paralela a esta apuesta por incidir en el supuesto proceso de *desperonización* y tratar de capitalizarlo sindical y políticamente, el POR se dio otra táctica para ampliar su radio de acción, consistente en la búsqueda de reconocimiento legal por parte del Estado. El objetivo de combinar la acción conspirativa revolucionaria con una actividad política legal, que la agrupación consideraba importante para agitar su programa ante sectores más amplios que los alcanzados por su práctica sindical, había estado presente desde el surgimiento del GOM, que ante cada convocatoria electoral realizaba infructuosas presentaciones judiciales para obtener la legalidad (González, 1995:135). Sin embargo, no sólo esa personería electoral le fue negada sistemáticamente, sino que, además, *Frente Proletario* fue ilegalizado junto con otros periódicos opositores, por lo que desde comienzos de los 50 aparecía mimeografiado (Coggiola, 1985:121).²³⁶

De todas formas, para las elecciones de 1951, el POR logró hacer su primera experiencia político-electoral bajo una cobertura legal, introduciendo a algunos de sus militantes en Concentración Obrera, un viejo desprendimiento del Partido Comunista que había obtenido la personería electoral. De todos modos, en una reunión de CC del partido, a comienzos de ese año, se aclaraba que esa táctica “*no tiene nada que ver con el entrismo sino con la utilización de los órganos legales de un partido reformista por una organización revolucionaria [...].*” (cit. en González, 1995: 220,250). Aunque el

²³⁵ “Elecciones en el gremio textil”, *FP* N° 95, 15-11-52, p. 3

²³⁶ Ni los autores que reconstruyen la acción del GOM-POR, ni los propios censurados a través de las fuentes de la época, nos revelan el motivo específico del paso a la clandestinidad de *Frente Proletario*. Por la fecha en que se produjo (entre 1949 y 1950), es muy probable que el periódico trotskista haya sido víctima de la ola de clausuras a medios de difusión opositores dispuesta por la *Comisión Visca*, a la cual nos referimos en el capítulo anterior en relación a la publicación del primer ensayo de Jorge A. Ramos (v. arriba, p.)

resultado de la experiencia fue bastante magro tanto en términos electorales como en lo referente a la construcción del POR, sentaba un importante precedente para el futuro.

Factores tan diversos como los analizados en este apartado (la crisis económica y, ligado a ella, el presunto proceso de *desperonización*, que se suponía expresado en la creciente conflictividad gremial y el recambio de direcciones sindicales; los *dilemas* atribuidos al gobierno peronista y, en paralelo, la permanente búsqueda de desarrollar una actividad política legal) parecieron confluir frente a los ojos del POR cuando, a mediados de 1953, el gobierno comenzó a dar un decidido impulso al Movimiento Socialista –la fracción disidente del PS representada por Enrique Dickmann– y, luego, a la formación y presentación electoral del PSRN. Se abrió así una oportunidad que Moreno y sus camaradas no querrían, de ninguna manera, desaprovechar.

1954: Año clave... del morenismo

Aunque consideraba la creación del Movimiento Socialista (MS) como una mera maniobra gubernamental tendiente a canalizar el descontento obrero hacia una expresión de izquierda afín al peronismo, el POR siguió con atención desde un primer momento las alternativas de su surgimiento, suponiendo que éste podría reflejar, aún distorsionadamente, el proceso de “desperonización” del proletariado. Al margen de las recurrentes críticas al carácter “estatizante” de la agrupación, la prensa y los documentos internos del POR le dedican también algunas líneas que dejan ver cierta expectativa respecto de su posible dinámica:

“[El MS] es la tentativa del peronismo de crear un partido con olor a socialismo que en última instancia recoja la herencia del peronismo. Es el chaleco de fuerza que el gobierno le prepara a la clase obrera, cuando ésta rompa con el peronismo y la C.G.T. Este proceso sin embargo no es tan fácil de ser controlado.”²³⁷

“[...] lo que cuenta en el futuro, no es sólo el deseo del gobierno, sino también las posibilidades objetivas de realizar esos deseos. Es a la luz de este criterio que debemos analizar el sentido de estos movimientos, siendo conscientes de que la dinámica de la lucha de clases puede superar [...] a los planes del mejor equipo de habilidosos políticos burgueses o reformistas.”²³⁸

Como vimos en el primer capítulo, para las elecciones de abril de 1954, el MS obtiene la personería legal del viejo PS y adopta luego el nombre de PSRN. Uno de los

²³⁷ “Utilización de la legalidad. Informe para el Comité Central del 22 de noviembre de 1953”. *AFP*

²³⁸ *FP*, 15-8-53, cit. en González (1995: 210)

últimos números de *Frente Proletario*, que analiza las fuerzas en pugna ante la convocatoria electoral, dedica este breve comentario al nuevo partido:

“Hay [un partido] de reciente constitución que queremos destacar: El partido Socialista-Revolución Nacional. Su futuro es un gran interrogante, pues no puede descartarse la posibilidad de que la corriente de desperonización pase por sus filas, sin embargo en la actualidad, no es mas que un grupo de funcionarios, directa o indirectamente ligados al gobierno, con intenciones de canalizar en un sentido peronista y en consecuencia burgués, la futura radicalización proletaria.”²³⁹

Cuando se escribían estas líneas, la dirección del POR ya había decidido formar parte del MS/PSRN, por lo cual podría considerarse un tanto paradójico que se analizara “desde afuera” al nuevo partido y no se llamara a votar por él en las elecciones. Es que, por el momento, el Comité Central prescribía nuevamente la adopción de un “*entrismo parcial*” y de objetivos bien delimitados, manteniendo al grueso de la estructura partidaria por fuera de la iniciativa. Así lo había expresado el documento que emitía la directiva:

“Si el Partido comprende cabalmente la etapa actual [...] debe encarar el entrismo con toda claridad y fijar con toda precisión los objetivos en él. En esta primera etapa esta descartada la posibilidad de realizar una amplia agitación [...]. Tampoco debe ser mira partidaria la posibilidad inmediata de ganar gente [...] Los objetivos son más modestos. De una forma general ellos tienden a brindar al partido una experiencia mas de como utilizar la legalidad existente. [...] El entrismo no debe entorpecer aquellos otros trabajos que reputa el Partido como importantes.”²⁴⁰

En principio, la táctica no se diferenciaba de la adoptada en las elecciones de 1951. La motivaba una consideración de orden instrumental: el PSRN, por contar con la venia del Estado peronista, era una vía apta para desarrollar una actividad partidaria legal que facilitara la confluencia del POR con la “*corriente de desperonización*”. Sin embargo, la dinámica de los hechos transformaría radicalmente los objetivos que el grupo se había trazado, embarcándolo en una experiencia probablemente impensable poco tiempo atrás.

A pesar de la pobre cosecha electoral del PSRN, el POR hizo un balance positivo de la experiencia y un mes después de las elecciones resolvió ingresar íntegramente a la nueva formación, aunque el Comité Central no dejaba de alertar al partido sobre los peligros y las presiones a que estaría sometido, dejando en claro que el entrismo

“no significa diluir nuestra organización [...] más que nunca se mantienen los organismos y la disciplina del POR, que es por medio de su CC y Buró Político y células, quien resuelve lo que se hace o se deja de hacer [...] el POR mantendrá su aparato de publicaciones editando

²³⁹ “El POR frente a las elecciones”. *FP* N° 151, 18-3-54, p. 3

²⁴⁰ “Utilización de la legalidad...” *doc. cit. AFP*

los materiales trotskistas necesarios [...] la actividad del partido que no se puede hacer dentro del PS (RN) se efectuará más activamente que nunca.”²⁴¹

A partir de entonces, el POR actuaría públicamente como Federación Bonaerense del PSRN y, bajo esa denominación, desde agosto de 1954 editaría un nuevo periódico: *La Verdad*. Pero antes de detenernos en su análisis, veamos un documento que es esencial para comprender el cambio de orientación frente al peronismo. Se trata de un folleto teórico-político elaborado por Moreno, titulado *1954, año clave del peronismo*. Por su tono prescriptivo y el uso de la primera persona del plural, es claro que el documento no fue elaborado con miras al público general, sino como un material interno para orientar a la militancia en los lineamientos del giro táctico que se estaba adoptando. Sin embargo, retrospectivamente, el morenismo le otorgará una importancia fundamental, que llevará a su publicación y a sucesivas reediciones.²⁴²

En efecto, el escrito condensa notables cambios en la interpretación de la coyuntura política, económica y social -marcada por la necesidad de constituir un amplio frente para detener la ofensiva patronal e imperialista, a la que se sumaba ahora la Iglesia- y propone una lectura del fenómeno peronista más matizada y atenta a sus contradicciones, aunque no postula necesariamente un cambio en la caracterización de su naturaleza intrínseca:

“Nuestra tendencia debe alentar, destacar y tender a un acuerdo técnico con el gobierno en toda resistencia de éste a los planes yanquis de colonización. Pero no debemos olvidar que [...] no tenemos confianza ni en los métodos peronistas ni en la política peronista de defensa de la estructura actual del país. Por eso [...] seguimos, como desde el primer día, luchando contra la falta de libertades democráticas y contra la estatización sindical, pero, sobre todo seguiremos atacando irreconciliablemente LA VIEJA ESTRUCTURA ESTANCIERIL, FRIGORIFICA, BURGUESA, DEL PAIS, CUYA DEFENSA ENCARNIZADA ES LA RAZON DE SER DEL PERONISMO.” (Moreno, 2001)

De hecho, el factor gravitante desde los primeros análisis del GOM y ausente en este fragmento –el imperialismo inglés-, no lo estaba por iniciativa nacionalista del peronismo, sino que se había retirado del escenario “por su propia debilidad”:

²⁴¹ Documento del CC de Mayo de 1954, cit. en Gonzalez (1995: 250)

²⁴² Efectivamente, el documento original, sin fecha de redacción, se encuentra disponible en el archivo digital de la Fundación Pluma (*AFP*). Fue propuesto como “Informe político del V Congreso del POR” (ya integrado al PSRN). El congreso se realizaría en marzo de 1955, por lo que la fecha de redacción más probable es entre fines de 1954 y comienzos 1955. El título “*1954, año clave del peronismo*”, en rigor, data de su primera publicación como folleto (ed. Elevé, 1971). Tres años después, el texto es incluido, junto a otros materiales, en la recopilación titulada *El golpe gorila de 1955* (ed. Pluma, 1974). Este último título fue reeditado en versión digital por el sitio www.marxists.org (2001) y nuevamente relanzado en formato libro en 2012 (ed. El Socialista). Los fragmentos citados en este trabajo fueron extraídos de la versión digital, que no contiene alteraciones respecto del original.

“[...] el imperialismo inglés, por sus buenas relaciones con el peronismo, consiguió pactos colonizantes [...], pero fue incapaz, por su debilitamiento general, de hacerlos cumplir. La década infame [...] fue enterrada con la nacionalización de los ferrocarriles por agotamiento británico y no por la voluntad antiimperialista del gobierno” (Moreno, 2001)

De todas formas, el POR se autocritica por no haber percibido este fenómeno y sus implicancias, ya que, justamente, el debilitamiento del “imperialismo aliado” habría sido la causa de la necesidad del peronismo de apoyarse en la clase obrera, imprimiéndole su rasgo distintivo respecto de todos los gobiernos anteriores. Así, sin abandonar su vieja caracterización, Moreno se muestra dispuesto a analizar desde una nueva óptica la relación del peronismo con los trabajadores:

“[...] el peronismo juega una dinámica altamente contradictoria. Para defenderse del imperialismo yanqui y de sus agentes en el país, dada la debilidad de los sectores imperialistas y burgueses antiyanquis, le resulta imprescindible apoyarse en la clase obrera; [...] desarrolla la organización sindical en todos los rincones y gremios del país, los levanta, les habla a muchísimos trabajadores por primera vez, de organización sindical y de clase. [...] se dio la paradoja de que a la clase obrera argentina se le puso un esbirro a su lado, para que no se haga nada sin autorización oficial. Pero, ese mismo esbirro le otorgó conquista tras conquista económica.” (Moreno, 2001)

En este pasaje vemos –ahora más nítidamente– la huella de aquella reflexión de Trotsky respecto de los “bonapartismos *sui generis*” característicos de ciertos países dependientes, aunque esta vez el recurso del gobierno a la apoyatura en la clase obrera no aparece como una posibilidad incierta, sino como un hecho consumado. Por lo demás, ciertos giros terminológicos resultan reveladores de la nueva caracterización: aunque el término “*demagogia*” se mantiene inalterable, en la nueva etapa se denominará “*conquistas*”, –incluso “*colosales*” – a lo que durante años, y hasta poco antes, se había llamado “*migajas*”.²⁴³ También respecto de otros temas, junto con los juicios abiertamente condenatorios hacia el peronismo, aparecen expresiones que, de alguna manera, los matizan o compensan: se habla, por ejemplo, de un “*enriquecimiento general de la población*”, de la “*solidez del desarrollo económico del país*”, del “*peso específico extraordinario de la clase obrera*”... en fin, expresiones que, si bien conviven con las críticas vertidas durante años en *Frente Proletario*, muy difícilmente encontrábamos en sus páginas.

Probablemente, el cambio más notorio, el que estará en la base de la nueva orientación, consista en el reconocimiento de que, desde el surgimiento mismo del peronismo, los trabajadores le dieron su apoyo de conjunto y “*como clase*”:

²⁴³ Vg. “El POR frente a las elecciones”. *FP* N° 151, 18-3-54, p. 1

“El peronismo [...] logró el apoyo como clase del moderno proletariado industrial. Este es un acontecimiento de carácter histórico. [...] El apoyo de la clase obrera, en bloque, como clase y en todo el país permitió al peronismo derrotar por medio de las urnas a la unión democrática y posteriormente al radicalismo como avanzada de la colonización yanqui en el país. Estas derrotas forzaron al imperialismo yanqui y los sectores de la burguesía a él ligados, a tratar de zanjar el problema a través de golpes militares.” (Moreno, 2001)²⁴⁴

De esta relectura se desprende la nueva orientación del partido. La presencia y permanencia de la clase obrera en el peronismo, reinterpretado como un *Frente único de hecho* contra la ofensiva yanqui, se traduce en la necesidad de confluir con ella para enfrentar el golpe pro-norteamericano impulsado por la oposición, la patronal y la Iglesia. Y esa confluencia no podía lograrse atacando prioritariamente a la fuerza política que aún concitaba el apoyo de los trabajadores, lo cual exigía adoptar cierta moderación en algunos juicios. Así lo indica un fragmento que, si bien se inscribe en una crítica al Partido Comunista, no es descabellado percibir también como una velada autocrítica o, incluso, un esfuerzo por convencer a sectores de la propia militancia reticentes a la nueva orientación:

“[...] hay que unir a los trabajadores contra la ofensiva capitalista; fundamentalmente, tenemos que unirnos a los trabajadores peronistas. Pero no podremos jamás unirnos a ellos si despreciamos, maltratamos, insultamos y desconocemos, las colosales conquistas que el peronismo otorgó a la clase trabajadora [...], ya que esa es la razón del apoyo de que goza en el proletariado. La unidad de todos los trabajadores es fundamental para nosotros y la comprensión y unidad con nuestros compañeros peronistas es decisiva.” (Moreno, 2001)

Evidentemente, la *desperonización*, que otrora se avizoraba inminente, no sólo no se estaba produciendo, sino que perdía centralidad en una coyuntura signada por la amenaza de golpe pro-imperialista. No obstante, de algún modo y bajo una nueva formulación, aquella expectativa se reactualiza:

“[...] el proletariado industrial, como la nueva clase media e inclusive los nuevos sectores burgueses, todavía no se han estratificado socialmente y no se han sedimentado políticamente. [...] El enriquecimiento general, la reciente formación o fortalecimiento de las clases modernas, han provocado [su] falta de delimitación política [...]. El empobrecimiento general, al acentuar todas las contradicciones económicas y sociales, ponen a la orden del día la sedimentación y actuación política de cada clase y su vanguardia. El proletariado, que ya ha votado como clase por el peronismo [...] buscará su propia representación política y sindical [...]. La formación del Partido obrero es la más importante tarea histórica.” (Moreno, 2001)

El ingreso al PSRN se inscribe en el marco de esta estrategia de construcción de un partido propio de la clase obrera, aunque es visto apenas como un primer paso táctico en la conformación de una organización “*centrista de izquierda legal*”, táctica a

²⁴⁴ Compárese con la caracterización que, aún en 1951, sostenía el propio Moreno respecto de la falta de unidad y autonomía de la clase obrera y, a su interior, del relativo *atraso* atribuido al sector que apoyaba al peronismo (v. arriba, p.)

su vez respecto de la creación de ese partido obrero independiente. Al interior de la nueva organización, el POR se propone actuar como tendencia “*proletaria bolchevique*”, en pugna con las corrientes reformistas. Con este objetivo, se atrinchera en la Federación Bonaerense y edita su propio periódico, *La Verdad*.

La Verdad contra el golpe clerical-patronal-imperialista

La idea de utilizar la legalidad del PSRN para propagandizar aquella necesidad de *sedimentación* de la clase trabajadora en una organización clasista se pone de manifiesto desde la misma campaña electoral de abril de 1954. Así lo sostiene un volante partidario sin firma, pero cuyas consignas evidencian la autoría del POR/FB:

“OBRERO. No vote por los partidos que defienden los intereses de la patronal. VOTE POR UN PARTIDO OBRERO. VOTE POR CANDIDATOS OBREROS QUE DEFIENDAN UN PROGRAMA OBRERO ANTICAPITALISTA Y ANTIIMPERIALISTA. VOTE los CANDIDATOS OBREROS del Partido Socialista (Revolución Nacional). COMPAÑERO OBRERO. FRENE la ofensiva patronal. COMBATA la carestía de la vida y los amagos de desocupación. CON un AUMENTO INMEDIATO DE SALARIOS. [...] CON la REGLAMENTACIÓN POR LEY del DERECHO AL TRABAJO, reconocido por la Constitución. [...] CONTRA el PRINCIPAL ENEMIGO de los trabajadores, contra EL IMPERIALISMO YANQUI. [...] Cada voto obrero a los partidos obreros. Vote los CANDIDATOS OBREROS del Partido Socialista (Revolución Nacional).”²⁴⁵

Este es el eje central y la prédica constante de *La Verdad*, que desde su primer número aparece con el subtítulo “*Por un Partido Obrero, por un Programa Obrero Anticapitalista y Antiimperialista*”, que permanece inalterado en las distintas coyunturas en que actuó la Federación Bonaerense, tanto antes como después del derrocamiento del gobierno de Perón. Al interior de la publicación, son prácticamente omnipresentes los pasajes que delimitan, desde ese clivaje clasista, a la propia organización (expresión de la clase obrera), del gobierno y el movimiento peronista (expresión política de la burguesía). A medida que arrecie la ofensiva golpista, estas sentencias serán matizadas con otras que hacen hincapié en el *respeto* de la FB por la voluntad mayoritaria de la clase obrera de apoyar al peronismo, afirmación que se sostiene luego de su derrocamiento.²⁴⁶ Ello no obsta para responsabilizar en buena medida al propio peronismo por sus *métodos burgueses* de resistencia al golpe, que habrían llevado al trágico desenlace por su confianza en el ejército y su temor a la movilización de la clase trabajadora. Esto nos devuelve al punto de inicio: la necesidad

²⁴⁵ Volante electoral. Archivo librería “Gallo Rojo” – MAS.

²⁴⁶ “Hoy mas que nunca afirmamos nuestra voluntad de luchar por un partido obrero”. *LVD* n° 18, 5-9-55. p. 1; “Estamos contra la disolución del Partido Peronista” *LVD* 22 2-1-56, p. 1

de un partido obrero independiente para defender las conquistas logradas durante el peronismo.²⁴⁷

Otra campaña permanente de la publicación fue la denuncia de los avances del imperialismo norteamericano a escala continental. Bajo esta óptica es interpretado el suicidio de Vargas en Brasil y, en especial, la intervención en Guatemala para derrocar al gobierno nacionalista de Arbenz.²⁴⁸ Para la FB, el ejemplo guatemalteco era ilustrativo no sólo del recrudescimiento de la ofensiva norteamericana, sino también de la inconsecuencia de los nacionalismos *burgueses* o *pequeñoburgueses* para resistirla. Cuando avance la embestida golpista contra el peronismo, la alusión a Guatemala será recurrente, denunciando tanto la intención norteamericana de imponer un gobierno “*tipo Castillo Armas*”, como lo inconducente de la política de apaciguamiento y concesiones a la oposición impulsada por el gobierno peronista en los momentos más álgidos del conflicto.²⁴⁹ En este marco se inscribe también la denuncia de los convenios petroleros con la California, a los que se vincula con una estrategia geopolítica norteamericana de control del Estrecho de Magallanes.²⁵⁰

“El Imperialismo Yanqui se siente cada vez más fuerte ante cada concesión que le va haciendo el Gobierno (Petróleo, ley de radicación de capitales, etc.), y como los capitalistas se orienta al Golpe de Estado. El obrero peronista [...] debe convencerse que solamente su movilización es [...] la garantía del triunfo frente al golpe [...]. Debe convencerse que ni el Gobierno, ni el ejército ni la policía, pueden ser guardianes de sus intereses una vez puestos en juego. Debe tener en cuenta la experiencia de Guatemala, donde el Ejército finalmente se puso del lado de las tropas mercenarias comandadas por el Departamento de Estado Yanqui. ¡UN SOLO FRENTE OBRERO PARA FRENAR AL IMPERIALISMO, A LOS CURAS Y A LOS CAPITALISTAS! ¡PREPAREMONOS DESDE YA PARA RECHAZAR UN NUEVO CASTILLO ARMAS!”²⁵¹

Junto al avance del “*plan de colonización*” en el plano internacional, la “*ofensiva patronal*” en el terreno económico (despidos y suspensiones, incremento de las cotas de explotación, aumentos indiscriminados de precios) es otra preocupación permanente de *La Verdad*. La prensa del POR venía desarrollando esta campaña de denuncia por lo menos desde 1952, pero lo novedoso es el rol que ahora se atribuye al Estado en este conflicto. En ocasiones, éste es directamente omitido, centrando el análisis en la lucha

²⁴⁷ “Por falta de movilización obrera, triunfó la reacción”. *LVD* Boletín especial, 26-9-55, pp. 1-6

²⁴⁸ “Guatemala no fue vencida: fue traicionada”. *LVD* n°1, 20-8-54, p. 1; “Los yanquis quieren hacer del Brasil un nuevo Guatemala”. *LVD* n°2, 11 al 24-9-54, p. 1

²⁴⁹ “Un solo Frente Obrero para frenar al Imperialismo, a los Curas y a los Capitalistas”, *LVD* n° 14, 10-6-55, p.3

²⁵⁰ “No es petróleo lo que quieren los yanquis, sino dominar el Estrecho de Magallanes”. *LVD* n° 18, 5-9-55, p. 2. Nos volveremos a referir a la controversia en torno del convenio petrolero y sus interpretaciones desde el PSRN en el cap. 6, p.....

²⁵¹ “Un solo Frente Obrero ...”, *art. cit.*

cuerpo a cuerpo, incluso a nivel de la fábrica, entre la ofensiva patronal y la resistencia obrera.²⁵² En otros casos, el tándem “*el gobierno y los explotadores*”, de rigor en *Frente Proletario*, es reemplazado por formulaciones más difusas, en las cuales la embestida patronal, corporizada en la Confederación General Económica (CGE), está en colusión con la agresión imperialista y parece trascender o incluso burlar la acción del Estado, al que se reconoce ahora cierta voluntad, por ejemplo, de recomponer el poder adquisitivo de los salarios y contener los aumentos de precios.²⁵³ En el nuevo registro discursivo, el gobierno peronista más bien *cede, permite, habilita* la ofensiva de la CGE, por no ser –volvemos a lo anterior– representante genuino de la clase trabajadora, sino un gobierno burgués que le ha *otorgado* importantes concesiones.

Otro cambio notorio respecto de la política de años anteriores es el tratamiento que merece la CGT. Si bien se sigue criticando su subordinación al gobierno y sobre todo el accionar de sus dirigentes (con mayor o menor énfasis según el gremio de que se trate), se la reconoce como el organismo que nuclea a la totalidad de la clase obrera. Se postula la necesidad de su independencia y democratización, pero delimitándose de las críticas de la oposición, a las cuales se denuncia como una maniobra para dividir y debilitar a los trabajadores.²⁵⁴ En este sentido, podríamos afirmar que el morenismo pasa de la política de denuncia sistemática a la central obrera impulsada desde *Frente Proletario*, a una política de exigencia, reclamando que la CGT se ponga al frente del combate contra la ofensiva patronal y el golpe “*clerical-imperialista*”.²⁵⁵ Incluso, ante medidas controvertidas como los contratos petroleros, hay cierta apuesta a una radicalización de los parlamentarios de extracción sindical, a la vez que se celebra las situaciones de cierto *desborde*, en que las organizaciones sindicales cuestionan las concesiones del gobierno a las patronales o los capitales extranjeros.²⁵⁶

²⁵² “¡Alto a la ofensiva patronal! Unidad en defensa de nuestro nivel de vida”. *LVD* n° 2, p. 1. El mismo número ofrece en su portada un índice de su contenido, cuya sola enumeración es reveladora de esta campaña. Las notas se titulan: “La ofensiva patronal en Siam”; “La ofensiva patronal en Textiles”; “La ofensiva patronal en Johnson y Johnson”; “La ofensiva patronal en Fibraco”; “La ofensiva patronal en los Frigoríficos”; “Precios, salarios y productividad”, etc.

²⁵³ “La suba de los precios dispuesta por los patronos, anula los aumentos de salarios”. *LVD* n° 3, 25-9 al 8-10-54. p. 1

²⁵⁴ “Libertad sindical para reforzar la unidad de la clase obrera”. *LVD* n° 15, 25-6-55, p. 1; “Democratizar la vida sindical es garantizar la unidad obrera”. *LVD* n° 17, 19-8-55, p. 2

²⁵⁵ “Hay que marcar a fuego a quienes sabotearon la movilización obrera del 14 y 16 de Junio” *LVD* n° 15, 25-6-55, p. 3

²⁵⁶ “Hay que rechazar el colonizante acuerdo del petróleo. El bloque parlamentario de la C.G.T. debe obrar en tal sentido” *LVD* n° 17, 19-8-55, p. 1. y “Los obreros de YPF se oponen a los contratos

Esta política respondía a la caracterización que hacía el morenismo de la dinámica interna del movimiento peronista en la coyuntura. Según se pronostica en un documento de discusión partidario posterior al atroz bombardeo en la Plaza de Mayo y el fallido golpe de junio de 1955, el peronismo tendería a reflejar a su interior la creciente polarización social, llevando a una tensión cada vez mayor entre su ala política y su ala sindical:

“La presión de las clases y sus luchas, ya se habría manifestado en el seno del aparato peronista [...] Las votaciones secretas en la Cámara de Diputados habrían demostrado que un amplio sector de diputados del peronismo votaban por los radicales. Es que la presión reaccionaria [...] se hacía sentir [...]. El odio de los hombres de comité y doctores peronistas a la C.G.T. no es mucho menos que el radical. Es decir, el propio aparato que proclama la paz social sufre las consecuencias de la mayor tirantez entre las clases. Este proceso se irá intensificando hasta anarquizar y llevar a una crisis profunda al mov. peronista.”²⁵⁷

En este contexto, se veía como factible cierta confluencia entre las bases y la dirigencia cegetista ya que, como la ofensiva patronal atacaba de conjunto al movimiento obrero poniendo en juego la propia supervivencia de la cúpula sindical, ésta estaría llamada –u obligada– a desempeñar un rol positivo:

“La ofensiva capitalista contra la clase obrera esta provocando un curso general hacia la izquierda de todo el movimiento obrero en su conjunto (aparato, activistas y base obrera). [...] Es así como ha surgido de hecho en la cámara de diputados un bloque obrero en pugna con el del partido peronista [...]. Es que la burocracia comprende que también esta amenazada por la ofensiva patronal y a su manera trata de frenar una ofensiva que la puede liquidar.”²⁵⁸

Además de las presuntas fisuras entre el ala política y el ala sindical del peronismo, la FB del PSRN también buscó explotar los filones que el propio discurso peronista ofrecía para el desarrollo de su política. Por caso, un artículo de *La Verdad* subraya el valor de las tres banderas del peronismo. Aunque se señala que las mismas habían sido “*abandonadas*” por el gobierno y que sólo podrían ser realizadas consecuentemente por un gobierno obrero, en los hechos se les reconoce un gran potencial para impulsar la movilización y concientización de la clase trabajadora:

“Nadie podrá obligar a los trabajadores a que abandonen los postulados que ellos siguieron de la ‘Revolución Peronista’, ni tampoco a que le impriman a éstos el carácter obrero y revolucionario que requieren para ser efectivos. La justicia social no se ha logrado [...]. La independencia económica no ha sido alcanzada [...]. La soberanía política es una ilusión [...]. En la medida que la clase obrera comience a interpretar [...] los postulados de la revolución

petroleros”, *Lvd* n° 18, 5-9-55, p. 3. En el último capítulo veremos que la posición del morenismo respecto del convenio petrolero distaba de ser unánime en las filas del PSRN.

²⁵⁷ “Después del golpe del 16 de junio de 1955”. *AFP*

²⁵⁸ *Ibíd.*

Peronista hoy abandonados por el Gobierno, habrá empezado a tomar conciencia de sus intereses históricos.”²⁵⁹

A diferencia de *Frente Proletario*, y en consonancia con lo postulado en 1954, año clave del peronismo, es claro que *La Verdad* estaba dirigido prioritariamente a los trabajadores peronistas, a quienes buscaba interpelar partiendo de reconocer su adhesión al gobierno y a la CGT. Respecto de esta última, la nueva caracterización de su rol se evidencia en el artículo que analiza la convocatoria al Congreso de la Productividad. Allí se plantea que la central sindical debía discutir democráticamente un programa para intervenir en el Congreso y abogar por la incorporación de “*Ministros Obreros*” en el equipo económico.²⁶⁰ Esta idea de postular a la CGT para ocupar espacios de poder institucional se radicalizó al ritmo de la crisis política, llegando a plantear la consigna de colocar un senador de extracción sindical en la línea de sucesión presidencial:

“En las fábricas, en todos los lugares de trabajo, en las secciones y en los sindicatos deben votarse resoluciones contra el plan reaccionario que quiere la renuncia de Perón. [...] Pero hay una sola forma de impedir DESDE YA que la presidencia caiga en manos de la reacción, y ésta es NOMBRAR YA A UN SENADOR DE LA C.G.T. para la vicepresidencia primera del Senado, que en caso de renuncia de Presidente y Vicepresidente, pase a regir los destinos del país y a cumplir el programa que la clase obrera democráticamente elabore.”²⁶¹

Sorpresivamente, a fines de agosto, Perón puso su renuncia “a disposición de los trabajadores y el pueblo” a través de la CGT y las otras ramas del Movimiento Peronista. *La Verdad* celebra esta actitud como un “*precedente histórico*” y nuevamente propone que, de ser aceptada la renuncia, asuma la presidencia un senador de la central obrera. Ante la contundente manifestación de respaldo obrero a Perón, la FB “*acepta el veredicto popular*”, aunque se sigue manifestando “*a favor de la sustitución del actual gobierno por un gobierno de todas las organizaciones obreras y campesinas*”.²⁶² Más allá del carácter propagandístico y hasta retórico de estas consignas, lo cierto es que muy lejos había quedado aquella lapidaria caracterización de la CGT como un “*órgano estatal patronal para el aplastamiento de la clase obrera*”.

²⁵⁹ “¿Ha terminado la Revolución Peronista? Ahora más que nunca se necesita una ideología y un partido obrero”. *Lvd* n° 16, 5-8-55. p. 4.

²⁶⁰ “Digamos ¡Basta! a la ofensiva patronal en un Congreso del Movimiento Obrero Argentino en el cual se exija que los Ministros del equipo económico sean representantes obreros y no capitalistas” *Lvd* n° 7, 4-1-55, p. 1.

²⁶¹ “No son ellos sino los obreros quienes deben resolver”, *Lvd* n° 16, 5-8-55, p. 2

²⁶² “Hoy mas que nunca afirmamos nuestra voluntad de luchar por un partido obrero”. *Lvd* n° 18, 5-9-55. p. 1

Algo muy similar ocurre con la visión de conjunto del peronismo. Consumado el golpe de Septiembre y ante la disolución del Partido Peronista, *La Verdad* recapitula la experiencia de la década en una clave muy alejada de aquella condena sin ambages a un gobierno “*agente del imperialismo inglés*” y caracterizado por sus tendencias “*totalitarias*”:

“El trío Aramburu-Rojas-Junta Consultiva, odia a la clase obrera y no le perdona al peronismo haberse apoyado en ella ni las conquistas logradas por los trabajadores en los últimos diez años, ni le perdona que los patrones hayan tenido que tratar con más respeto a los obreros, ni tampoco la organización gremial y la unidad en la C.G.T. [...] no puede perdonarle a Perón y a su partido, haber tratado de frenar la penetración del imperialismo yanqui en el país; no puede perdonarle que haya combatido –aún con la debilidad que lo hizo– la provocación clerical que preparó el golpe de estado patronal-imperialista. Estas circunstancias son el fondo real de la disolución del Partido Peronista, cuyos defectos fueron los mismos que los de los gobiernos anteriores, pero cuyas virtudes los supera de lejos.”²⁶³

Una mirada al campo adversario: antiperonismo y clase media

Si la incursión del trotskismo morenista en el PSRN estuvo ligada a una relectura del peronismo, de su ascendiente sobre la clase obrera y de su enfrentamiento con factores de poder del orden local e internacional, otro tanto sucedió con la mirada hacia el antiperonismo, identidad política inescindible de su opuesto y que, si bien nunca había dejado de expresarse de una u otra forma desde los días álgidos de 1945, cobraba nueva visibilidad en las importantes manifestaciones públicas que precedieron al derrocamiento del gobierno de la Revolución Nacional. En concreto, la creciente activación y movilización callejera de los sectores adversos al gobierno despertó el interés de la Federación Bonaerense del PSRN por el segmento de la sociedad que proporcionaba su masividad a esa movilización destituyente: la *clase media*.

Incluso antes de que esa presencia se volviera ostensible en las calles, la corriente morenista había dedicado algunos pasajes de sus intervenciones públicas y documentos internos a analizar a este sector social, en general poco atendido por la literatura marxista de entonces. En efecto, los análisis de ese año tendían a definir a la clase media (en el caso de reconocerle alguna existencia *objetiva*) *por defecto*, teniéndola como una “*categoría residual*”, comprendida por aquellos sectores que no podían definirse estrictamente como burguesía –clase propietaria de los medios de producción– o proletariado –clase desposeída y obligada a vender su fuerza de trabajo (Adamovsky, 2014: 115).

²⁶³ “Estamos contra la disolución del Partido Peronista” *LVD* n° 22, 2-1-56, pp. 1 y 4

Hemos visto que, en el documento partidario que habría de publicarse luego bajo el título *1954, año clave del peronismo*, Nahuel Moreno había postulado la hipótesis de que los años de crecimiento capitalista y “*enriquecimiento general*” habían transformado las relaciones entre las clases, dando preponderancia a aquellas más relacionadas con la producción fabril. En este marco, además de la burguesía industrial y la clase obrera, destacaba –aun en un lugar subordinado– la emergencia de la *moderna clase media*:

“Durante los 10 últimos años de enriquecimiento general hubo un colosal fortalecimiento y renovación de las clases más ligadas a la producción industrial capitalista. La burguesía industrial, la moderna clase media y el proletariado industrial llegaron a tener un nuevo peso específico en las relaciones entre las clases. [...] este crecimiento y mayor importancia han adquirido dimensiones colosales en el proletariado industrial. [...] La clase media, en sus formas antiguas y modernas, juega un rol de gran importancia, pero secundaria” (Moreno, 2001).²⁶⁴

Como recordamos, a lo súbito y reciente de ese período de crecimiento y enriquecimiento atribuye Moreno la escasa *estratificación social* y la falta de *delimitación y sedimentación política* de las clases sociales, mientras que, agotado ese ciclo –sostenía–, “*el empobrecimiento general, al acentuar todas las contradicciones económicas y sociales, ponen a la orden del día la sedimentación y actuación política de cada clase y su vanguardia*”.²⁶⁵ Si de esta premisa se desprendía diáfano el imperativo político de construir un partido pura y genuinamente obrero, también surgía de ella una segunda conclusión sociológica y política: otro segmento de la sociedad que transitaba su proceso de *sedimentación* y, en consecuencia, la búsqueda de su *auténtica* representación política era, a criterio del dirigente, la *moderna clase media*.

²⁶⁴ Moreno (2001)

²⁶⁵ No dejan de ser notables los matices “proto-germanianos” de este enfoque. En la visión de Moreno, lo abrupto y repentino del proceso de modernización de la Argentina redundaba en una configuración social y en expresiones políticas que considera *anómalas* y transitorias. No consideramos impropio relacionar esta caracterización con las tesis que Gino Germani desarrollaba por esos años y hallarían su expresión más acabada tras el derrocamiento del peronismo. Como es sabido, al investigador ítalo-argentino debemos el primer modelo sociológico sobre el *populismo* latinoamericano (Germani, 1962), según el cual el peronismo y otros movimientos populistas representaron la peculiar forma en que se dio el tránsito de una sociedad *tradicional* a una sociedad *moderna* en la región. A la vez que discute con las hipótesis que buscaban homologar al peronismo con el fascismo europeo, el modelo de Germani postula que aquel tránsito hacia la modernidad en Latinoamérica, por haberse dado de modo acelerado, en el lapso de unos pocos lustros, constituye una *desviación* respecto del modelo de los países de industrialización temprana. En un trabajo previo (Correa, 2013) hemos advertido en los análisis de la izquierda respecto del 17 de Octubre de 1945, la presencia (si se quiere, embrionaria) de otro argumento que Germani sistematizaría en su teoría sobre el populismo: el de la “división” entre una *nueva clase obrera* proveniente del interior y una *vieja clase obrera* de origen inmigratorio, con sus supuestas implicancias en el surgimiento del peronismo.

En todo el razonamiento subyace la idea-fuerza de la *correspondencia necesaria* entre el desarrollo de las fuerzas productivas, la estructura económica y la superestructura jurídica, política e ideológica. Como mencionamos en el capítulo anterior, ese principio, basado en el prólogo de Marx a su *Contribución a la crítica de la economía política* (Marx, 1980:5), permaneció incuestionado por las principales corrientes marxistas, como mínimo, hasta mediados del siglo XX (y entre ellas incluimos al trotskismo, a pesar de su proclamado carácter disidente respecto de los cánones socialdemócrata y comunista). Si allí vimos cómo el grupo Frente Obrero *aplicaba* esta ley para ofrecer su explicación de determinados procesos históricos, aquí nos encontramos con otro de sus usos más extendidos: el supuesto de que cada clase social conformaba (o debía conformar) su propia organización política o, visto desde el ángulo opuesto, que las organizaciones políticas existentes respondían (o debían responder) de forma específica al interés de determinada clase o fracción de clase.

Ahora bien, ¿cómo se aplicaba esta fórmula (ciertamente reduccionista, pero hegemónica en los análisis marxistas de la época) al caso concreto de la *clase media*? Es decir, en el marco de la anunciada crisis del proyecto peronista, ¿no era de esperarse que el proceso de *sedimentación política* de las distintas clases tuviera su manifestación específica respecto de los sectores medios? En efecto, y no casualmente, Nahuel Moreno buscaría la respuesta a este interrogante en la Unión Cívica Radical, que ya en aquel entonces –siendo difícil dudar de la adhesión de la clase obrera y los sectores populares al peronismo– comenzaba a ser asociada directamente con los sectores medios.²⁶⁶ Más concretamente, Moreno encontraría esa respuesta en el ascenso de la fracción que, al interior de la UCR, lideraba Arturo Frondizi:

“Las nuevas capas de la clase media, profesionales, empleados, técnicos, el estudiantado, forman la intransigencia frondicista. Es una manifestación [...] del importante cambio que se operó en el país en los últimos 20 años y que se reflejó en la estructura de la clase media, e indirectamente, en el Partido Radical.” (Moreno, 2001)

En esa misma línea, el primer número de *La Verdad* dedicaba un extenso artículo a esta temática, titulado de modo inequívoco: “*La Nueva Clase Media, a través del*

²⁶⁶ Para Ezequiel Adamovsky (2009), la identificación de la UCR como “partido de la clase media” ya era para esta época un tópico fuertemente arraigado en el sentido común, y lo seguiría siendo en las décadas siguientes, incluso en el ámbito académico. Para Enrique Garguin (2007), es recién en la coyuntura que analizamos cuando el radicalismo acepta esta identificación con la clase media (que previamente había rechazado para reclamarse representante de un mucho más abarcativo “pueblo”) y, desde allí, la proyecta retrospectivamente hacia su propio pasado y al de la nación.

sector Frondizzi, es la que quiere dirigir al radicalismo".²⁶⁷ Allí se desarrolla el argumento insinuado en los pasajes antes referidos: la heterogeneidad en la composición de los sectores medios y, en particular, la distinción entre una clase media *nueva* o *moderna* en ascenso y otra *vieja* o *antigua* en retroceso es lo que explicaba la puja interna en la UCR y la tendencia del sector de Frondizzi, representante de la primera, a imponerse. La heterogeneidad de la clase media y las tensiones entre sus distintas capas y fracciones, siempre expresadas al interior del radicalismo, son las claves que permiten al articulista²⁶⁸ explicar los cambios de orientación de la Unión Cívica Radical a lo largo de la historia, así como las disputas a su interior durante la década peronista. Respecto del análisis diacrónico –que se remonta hasta el período pre-yrigoyenista–, sólo diremos que el artículo identifica a la fracción *unionista* de la UCR, heredera del alvearismo, como la expresión de un viejo estrato superior de la clase media, ligado directamente al capital financiero y los intereses norteamericanos.²⁶⁹ Contra el dominio de esa fracción es que habría reaccionado, a mediados de los cuarenta, el Movimiento de Intransigencia y Renovación, aunque éste también reconociera matices a su interior:

“Como consecuencia del triunfo del peronismo [...] [los] sectores antiyanquis del radicalismo [...] toman el comando del partido. Es el triunfo de la intransigencia [...]. Pero en el movimiento intransigente y renovador aparecía una nueva fuerza: la moderna clase media [...] que se había fortalecido enormemente en los últimos años de intenso desarrollo económico. Esta nueva fuerza se unía a los restos de los viejos representantes [...] de los productores nacionales [...] para derrotar al unionismo.”²⁷⁰

La expresión política de la *moderna clase media* urbana actuaría así como el sector más dinámico del nuevo frente que condujo al radicalismo en la etapa peronista; pero al interior de este frente, también heterogéneo en su composición de clase, no tardaría en incubarse una nueva crisis partidaria:

“Los viejos sectores tenían una opinión auténticamente irigoyenista, tradicionalista en sus ideas y métodos políticos, en el abstenerse del programa [...]. Estos viejos sectores están reflejados por Sabattini. Los nuevos sectores por el contrario quieren una estructura y política “moderna”, asimilando la experiencia acumulada durante todos los últimos años por la clase media urbana. Los representantes de esta tendencia son Frondizzi, Balbín, Lebensohn, Nobilia. Esa es la base de la actual crisis del radicalismo.”²⁷¹

²⁶⁷ *LVd* N°1, 20-8-54. p. 2

²⁶⁸ La nota aparece firmada por “M. Marani”, a quien no encontramos firmando otras colaboraciones en *La Verdad*, ni mencionado en ninguna otra fuente relativa al POR/FB del PSRN. Por la prosa y la similitud de los argumentos (y, por qué no, del nombre del firmante), no es de descartar que se trate del propio N. Moreno, aunque no tenemos elementos concluyentes para aseverarlo.

²⁶⁹ Para un análisis más detallado de este recorrido histórico v. Correa (2019)

²⁷⁰ *LVd* N°1, 20-8-54. p. 2

²⁷¹ *Ibid.*

El análisis concluye con un diagnóstico –que encierra también una apuesta política– respecto de la posible dinámica de la fracción frondicista como expresión de los sectores *modernos* de la clase media urbana, retomando el argumento de la *sedimentación* de las clases y la *clarificación* de sus expresiones políticas:

“La crisis del radicalismo, a través de la fracción Frondizzi, refleja la tendencia de un sector de la clase media a darse un programa antiimperialista. La crisis es progresiva, ya que significará un aporte en la clarificación de las ideas y la lucha antiimperialista [...]. La clase media engrosará las filas de los que luchamos contra el imperialismo.”²⁷²

El análisis del POR/FB sobre la clase media, a pesar de no ceñirse expresamente más que a aquel rígido esquema del “marxismo ortodoxo”, introduce algunos matices que lo dotan de mayor complejidad y, por lo tanto, es oportuno comentar. El primer tópico a destacar es, claro está, la mencionada distinción entre una *vieja* y *nueva* clase media, así como su ligazón con el desarrollo de la moderna sociedad industrial. La matriz teórica que subyace en el argumento –el desarrollo de la *moderna clase media* como producto de un proceso de centralización, racionalización y burocratización inherente al desarrollo capitalista– parece evidenciar algún grado de hibridación en el duro lenguaje marxista-leninista-trotskista que la corriente reconocía, al menos explícitamente, como única fuente de validación de sus postulados. El fenómeno de la *moderna clase media* era estudiado en esos años por distintos investigadores en la Argentina y en exterior, desde el norteamericano Charles Wright Mills hasta el futuro fundador de la carrera de sociología de la Universidad de Buenos Aires, Gino Germani. La posibilidad de que Moreno u otros intelectuales de su corriente hayan abrevado en estas fuentes para pensar de modo más complejo la composición interna de la clase media, la dinámica de su desarrollo y su impacto en el plano social y político es algo que no podemos descartar, aunque tampoco afirmar de manera taxativa.²⁷³

²⁷² *Ibid.*

²⁷³ En efecto, la tesis de la diferenciación al interior de la clase media halla su expresión característica en la obra *White Collar: The American Middle Classes* de Wright Mills (1951). Para este autor, con el desarrollo y la concentración capitalista en las modernas sociedades industriales, la *vieja clase media*, conformada por granjeros o arrendatarios, pequeños comerciantes y fabricantes, tendía a declinar en términos relativos y a ser reemplazada por una *nueva clase media* que incluía a profesionales asalariados, técnicos, administrativos y oficinistas (cf. Visacovsky y Garguin, 2009: 17). Como puede verse, tanto la caracterización de la *nueva* clase media como su relación con la dinámica de la modernización capitalista y su tendencia a desplazar a la *vieja* en el plano económico y político, son argumentos muy similares a los postulados por el morenismo. Sabemos con seguridad que, en 1958, Milciades Peña (probablemente el intelectual más prominente del grupo por aquellos años) utilizó la primera traducción española de *White Collar* (1957) en un curso de formación política (Peña, 1958). ¿Habrán tenido acceso Peña o Moreno al original en inglés, o al menos a los conceptos centrales de la obra, en 1954? Por otra parte tenemos a Gino Germani, una fuente quizá más accesible para los trotskistas argentinos. El investigador ítalo-argentino, en efecto, venía abordando esta temática en distintas producciones. Tanto en un informe

Lo novedoso, en cualquier caso, es que una corriente trotskista que concentraba sus modestas fuerzas en la militancia política y sindical en el movimiento obrero, dedicara parte de sus esfuerzos de interpretación de la realidad argentina a la clase media. Como veremos, esto no es excepcional, sino que responde a una preocupación que comenzaba a extenderse en los ámbitos políticos e intelectuales. En efecto, aun cuando Moreno considerara *progresivo* el ascenso de la corriente frondicista al interior de la UCR, en tanto expresión de la *moderna clase media*, a renglón seguido introducía un argumento que se haría muy corriente en la literatura de izquierda posterior al derrocamiento del peronismo: el de la inconsecuencia de la clase media, su incapacidad para abrazar un programa antiimperialista y, sobre todo, su tendencia a diferenciarse y enfrentarse con la clase obrera:

“El frondicismo (...) ha triunfado (...) como consecuencia del mayor peso de las relaciones capitalistas en la actualidad. En un sentido, esa corriente es progresiva, aunque sufre todas las contradicciones de la pequeña burguesía, siendo incapaz de una política independiente. Vota contra el peronismo, por odio pequeño burgués a la clase obrera, a quien observa con envidia por su nuevo peso político y social. Las luchas de la pequeña burguesía contra el imperialismo yanqui en Latinoamérica son observadas con simpatía por el frondicismo pero, al mismo tiempo, éste no se atreve a ir contra la Iglesia.”²⁷⁴

Esta línea de análisis se irá profundizando y radicalizando a lo largo de 1955, a medida que se agudice el conflicto político y arrecien las movilizaciones en oposición al gobierno, a las que los sectores medios, sobre todo de la Capital, aportaron su masividad. En ese contexto, *La Verdad* alerta sobre la intención de los sectores burgueses golpistas de atraer a la clase media hacia sus objetivos reaccionarios.

“Para los capitalistas hay una sola solución (...). (...) apretar el torniquete a la clase obrera para que produzca más cobrando menos. (...) la quieren llevar a cabo de golpe y apoyándose en una mayoría que le proporcionaría la clase media.”²⁷⁵

“...la contra y la burguesía quieren la conciliación para unificar sus efectivos. Para crear su gran partido que apoyándose en la clase media, le permita mediante una mayoría hacer bajar la cabeza a la clase obrera. La burguesía quiere liquidar la influencia de la C.G.T., y de la clase obrera, y para ello necesita derrocar al peronismo, y sacar a Perón de la presidencia. Las manifestaciones radicales y clerical tiene ese significado, hacer que Perón renuncie, para

que realizara por encargo de la Oficina de Ciencias Sociales de la Unión Panamericana (Germani, 1950), como en un trabajo anterior circunscripto a la Ciudad de Buenos Aires (Germani, 1942), señalaba la distinción entre una clase media *autónoma* formada por “*propietarios del comercio, la industria, agricultura y ganadería, arrendatarios agrícolas, profesionales liberales y rentistas*”; y otra *dependiente* compuesta por “*directores y gerentes, jefes y administradores, viajantes, técnicos, suboficiales, empleados y jubilados*”. Si bien utilizaba con cuidado las denominaciones de *antigua* y *nueva* clase media, por sostener que en la Argentina ambos conglomerados conforman en general una clase media “*de formación reciente*”, la distinción sociológica entre las dos fracciones al interior de esta clase opera en el mismo sentido que le daría Wright Mills y el que, como hemos visto, se expresaba también en los análisis del morenismo.

²⁷⁴ *Ibid.*

²⁷⁵ LVN° 15, 25-6-55. p. 1

iniciar ya la nueva era, la era de la entrega total del país al imperialismo yanqui, la era de la ofensiva patronal y del aplastamiento de la clase obrera, la era del hambre y de la miseria.”²⁷⁶

Finalmente, esa apuesta de *la contra y la burguesía* por ganar a la clase media como base de sustentación para lograr un apoyo masivo al golpe de Estado rinde sus frutos, a juzgar por los editoriales de *La Verdad* de las últimas semanas previas al derrocamiento del gobierno peronista:

“...mientras un sector de los capitalistas acepta la pacificación, abandonando –al menos momentáneamente– sus planes de golpe de estado, otro sector, fundamentalmente apoyado en una parte de la clase media, la mas desesperada (...) sigue firme en su plan de preparación civil del golpe de estado.”²⁷⁷

“Evidentemente, la clase media es el verdadero centro de los que exigen la renuncia de Perón. Esto no significa que estén solos. Las mismas fuerzas que intervinieron el 16 de junio son un hervidero de conspiraciones y atentados. Pero el apoyo de la clase media le da fisonomía amplia y popular a este movimiento. (...) ellos se sienten más fuertes que nunca. (...) Su medio actual es el rumor. Quieren mantener latente el estado de subversión reaccionaria. A través de él quieren crear la convicción de que ‘hasta que no renuncie el tirano’ no habrá paz en las calles de Buenos Aires.”²⁷⁸

Una vez consumado el golpe de Septiembre, la publicación se aleja definitivamente del tono “analítico” de un año atrás, que contemplaba la existencia de sectores *dinámicos* y tendencias *progresivas* al interior de la clase media, para dar lugar a la denuncia e, incluso, a cierta resignación respecto de su rol en la lucha de clases –es decir, en la Historia–, depositando sus esperanzas exclusivamente en los trabajadores:

“...pese al palabrerio ‘democrático’ y la borrachera de ‘libertad’ que vive la clase media, el nuevo gobierno será mas reaccionario porque tendrá mas en cuenta las aspiraciones y las necesidades de los capitalistas y el Imperialismo”²⁷⁹

“Si el nuevo gobierno cuenta con el apoyo de la clase media, que una vez mas se presta al juego de la reacción y el imperialismo yanqui (...), los obreros del gran Buenos Aires, los miles de trabajadores que viven rodeando a la ciudad, sus hermanos de Rosario, de Berisso, de todo el país, son los únicos que desde el primer momento resisten la pretensión de los capitalistas y el imperialismo por imponer su gobierno”²⁸⁰

La constatación por parte de la FB del PSRN de que los sectores medios habían tenido un papel relevante en el ciclo de conflictividad que desembocara en el derrocamiento del gobierno peronista nos permite establecer un nexo con desarrollos teóricos actuales sobre la formación de la clase media argentina, en especial por el hecho de que la oposición de este sector social al peronismo no fuera atribuida por el

²⁷⁶ *Ibid.*, p. 2

²⁷⁷ LV N° 17, 19-8-55. p. 1

²⁷⁸ LV N° 16, 5-8-55. p. 3

²⁷⁹ LV, *Boletín Especial*, 26-9-55. p. 2

²⁸⁰ *Ibid.* p. 6

morenismo a determinaciones estrictamente económicas –ni mucho menos a ninguna *esencia democrática* mancillada por el autoritarismo gubernamental–, sino al rechazo hacia la nueva posición social y política que había conquistado la clase trabajadora en esos años. Recordemos que, según Moreno, aun la *progresiva* clase media moderna “*vota contra el peronismo, por odio pequeño burgués a la clase obrera, a quien observa con envidia por su nuevo peso político y social*”.

Ya hemos repuesto, en otra parte de este trabajo, el aporte de distintos investigadores que analizaron el rechazo que la irrupción y la vertiginosa integración política de los “*nuevos obreros*” provenientes de las migraciones internas – estigmatizados con el mote “*cabecitas negras*” – generó en los “*sectores establecidos*” de una sociedad que se pensaba a sí misma como europea y homogéneamente blanca (Germani, 1962, 1973; Grimson, 2016; James, 1990; Torre y Pastoriza, 2002). En las últimas décadas, esta veta ha sido explorada también para comprender específicamente la formación de la clase media argentina. Enrique Garguin (2009) sostiene, efectivamente, que la irrupción de las masas peronistas, asociadas por sus detractores a la figura del *cabecita negra*, al desmentir palmariamente el mito de una nación homogénea en su ascendencia blanca y europea, impulsó a un sector de la población a aferrarse a esa identidad étnico-racial como elemento de diferenciación, reclamando para sí la hasta entonces poco reivindicada pertenencia a la *clase media*. El análisis de Garguin ofrece una hipótesis por demás sugestiva acerca de cómo se articuló *históricamente*, en base a estas categorías raciales, la identidad de clase media –autopercebida blanca, europea y civilizada–, en respuesta al desafío planteado por la emergencia de otra identidad que conquistaba tumultuosamente su lugar en el espacio público –identidad obrera, popular, *criolla* y peronista para quienes la asumían con orgullo; *bárbara, negra* y también peronista para sus detractores–. Desde esta perspectiva, podemos afirmar con Garguin (2007: 108), que el antiperonismo no fue una opción política circunstancialmente abrazada por una clase media preexistente, sino un factor constitutivo de su propia identidad como clase.

Desde ya, la somera referencia de Moreno al “*odio pequeño burgués a la clase obrera*” está lejos de dar cuenta de la complejidad de este fenómeno. Por empezar, su arista fundamental, la étnico-racial, queda fuera de su campo de percepción. Sólo se ve el clivaje clasista en su sentido más estricto: se trata de odio *pequeñoburgués* a la *clase*

obrero.²⁸¹ No obstante, si a esto sumamos la figura de la “*envidia por su nuevo peso político y social*”, podemos ver que el análisis capta, así sea intuitivamente y de manera difusa, la imagen de una “*reacción jerarquizadora*” de la clase media ante una nueva presencia que percibe como una amenaza (Adamovsky, 2009: 276); reacción dotada, además, de un componente más emocional (*odio, envidia*) que racional.

Por otro lado, el hecho de que una corriente que cifraba sus esperanzas exclusivamente en el proletariado dedicara algunas de sus reflexiones a analizar el fenómeno de la activación política de la *moderna clase media*, parece corroborar lo afirmado por Garguin, en el sentido de pensar el periodo peronista como el de la efectiva conformación –y la consecuente visibilización en el plano político– de esa clase. Es interesante notar cómo, en el contexto de polarización de 1954/55, parece hacerse evidente que *algo* estaba cambiando cualitativamente en la (supuestamente preexistente) clase media argentina tras la irrupción del peronismo; *algo* que la hacía digna de atención y análisis por parte de una corriente que no la había considerado un actor relevante hasta entonces.

Volvamos ahora a los posicionamientos de la FB del PSRN cuando ese proceso de agregación social y cultural de la clase media se tradujo en movilización política en sentido estricto. Al respecto, es pertinente notar que tanto el primer artículo de *La Verdad* referido a la crisis del radicalismo, como el escrito de Moreno datan de mediados de 1954 y, a lo sumo, comienzos de 1955, cuando la posibilidad de un golpe de Estado contra el gobierno peronista se dibujaba en el horizonte como una amenaza cierta pero no necesariamente inminente. Con el correr de los meses, sin embargo, los conatos golpistas lograrían, por primera vez, dotarse de una apoyatura de masas inédita desde las movilizaciones *antifascistas* de 1945. La composición de este novedoso apoyo popular a las acciones golpistas es lo que analizan (en rigor, mencionan) los artículos de *La Verdad* previos e inmediatamente posteriores al derrocamiento de Perón. Como hemos visto, la publicación señala expresamente a la clase media como la masa de maniobra de los sectores burgueses e imperialistas que propiciaban el golpe de Estado. Incluso, en un pasaje llega a sindicársela como “*el verdadero centro*” de quienes impulsan la asonada. Ya consumado el golpe, *La Verdad* se lamenta de que la

²⁸¹ Como mencionamos en el capítulo anterior, la dimensión étnico-racial del conflicto entre peronismo y antiperonismo permaneció en general invisibilizada en el discurso político y el ensayo sociológico argentino hasta pasado el golpe de 1955 (Grimson, 2016; v. cap. 3.)

clase media, inmersa en una “*borrachera de ‘libertad’*”, se preste, “*una vez más, al juego de la reacción y el imperialismo*”.

La mirada retrospectiva nos permite inscribir este tipo de análisis en un contexto más amplio; una suerte de *clima de época* que se haría visible en toda su magnitud luego del derrocamiento del peronismo, cuando la clase media comenzaría a ser el objeto de interpelación predilecto de distintos intelectuales y políticos. Efectivamente, la condena a esa clase por su oposición al peronismo y su entusiasta apoyo al golpe del 55 será una *moda intelectual* del inmediato posperonismo, particularmente en el campo de la izquierda. Carlos Altamirano (2011: 99) ha dedicado un interesante ensayo a este tema, señalando la proliferación de una “*literatura de expiación y mortificación*” producida por intelectuales de confeso pasado antiperonista en la década siguiente al golpe. En el centro de la autocrítica de estos escritores se hallaba su propia pertenencia de clase: por su carácter pequeñoburgués, obnubilados por la épica *antifascista* del 45, habían dado la espalda a los trabajadores y celebrado el derrocamiento de un gobierno al que éstos consideraban propio. Desde este “*purgatorio*”, ideológico y a la vez moral, la intelectualidad se dará a la tarea de revisar el periodo peronista y, sobre todo, el papel de la clase media en un drama que la interpelaba en primera persona.

Con algunas salvedades, las lecturas del morenismo pueden considerarse como una temprana expresión de ese movimiento político-intelectual. Aunque los dirigentes de esta corriente jamás se hubieran reconocido como parte de la clase media, por lo cual sus juicios carecen por completo de aquel espíritu autocrítico; y aunque la clase media nunca llegara a ser en sus análisis el objeto privilegiado de escarnio que será en la literatura analizada por Altamirano, en *La Verdad* podemos ver algunos de los argumentos que serán pilares de esa (auto) crítica. Si los mortificados intelectuales del posperonismo condenaron a una clase media “*veleidosa, timorata, moralista, proclive al formalismo y a todas las ilusiones políticas, instrumento y víctima a la vez de los que oprimen a la nación y a las clases populares*” (Altamirano, 2011: 124), para la FB del PSRN, incluso antes del ‘55, esa misma clase sufría “*todas las contradicciones de la pequeña burguesía*”, era “*incapaz de una política independiente*”, estaba cegada por el “*odio pequeño burgués a la clase obrera, a quien observa con envidia*”, actuaba como “*el verdadero centro de los que exigen la renuncia de Perón*”, siendo “*su medio [...] el rumor*”; y finalmente vivía una “*borrachera de ‘libertad’*”, prestándose “*una vez más al juego de la reacción y el imperialismo*”.

De hecho, la Federación Bonaerense no fue la única corriente del PSRN que apeló a esta tónica acusatoria para analizar “en tiempo real” la movilización de los sectores medios contra el peronismo. También lo hizo, como ya hemos mencionado, el último número de *La Vanguardia (Segunda época)*, prácticamente contemporáneo al golpe de Estado, en un artículo firmado, sugestivamente, por “*El cabecita negra*” y titulado “*Apuntes para la historia de la clase media argentina*”. Allí se señala que la clase media, “*no ha contado aún con intérpretes que, en el campo de la política, le den personería y ubicación y siendo movida por la oligarquía, se ha convertido en una fuerza de choque contra el movimiento popular*”.²⁸²

Una atención aún más específica hacia este tema podemos encontrarla en la revista *Izquierda*, del grupo liderado por Jorge Abelardo Ramos (grupo que, al cabo del derrocamiento de Perón, permanecería más constante que los socialistas y los morenistas en su estigmatización de la clase media). Uno de sus nuevos y a la postre fundamentales dirigentes, Jorge Enea Spilimbergo, concentraba su análisis en el fenómeno del “*moralismo*”, entendido como un recurso con que la oligarquía y el imperialismo movilizaban a la clase media en su exclusivo beneficio, como un ariete contra un gobierno que afectaba sus intereses económicos. Azuzando la indignación moral ante la “*corrupción del régimen*”, una clase dominante de inconfesables fines e impresentables credenciales éticas, utilizaba como masa de maniobra a la pequeña burguesía, aprovechando su intrínseca debilidad como clase y su propensión a actuar en virtud de una visión idealista del mundo. Bajo estas premisas, Spilimbergo publicaría en 1956 un artículo titulado “*El moralismo. Utilización oligárquica de la clase media*”. Sin embargo, el interés por el fenómeno ya era visible un año antes, cuando la revista *Izquierda* reprodujera un artículo de muy similares postulados y casi idéntico título: “*El moralismo y la utilización imperialista de la pequeña burguesía*”, publicado por la revista brasileña *Cadernos de Nosso Tempo* en 1954.²⁸³

²⁸² *La Vanguardia (Segunda época)* N° 6, 2da quincena sep. 1955, p. 2.

²⁸³ Para Spilimbergo, (1956: 65), “la predisposición de la pequeña burguesía a absorber la propaganda moralista surge de sus propias condiciones de existencia. Trátase, por lo general, de una clase desligada del esqueleto de toda sociedad: la producción. Al revés de lo que ocurre con los burgueses industriales y el proletariado, su actividad se despliega en el terreno de la superestructura. Sin experiencia concreta de las causas y condicionantes reales, tiende a suplantarse la consideración objetiva de los fenómenos por ‘sistemas’ ideales”. Por su parte, el artículo de *Cadernos* reproducido en *Izquierda* afirma que “La pequeña burguesía (...) es la clase que maniobra los medios de producción sin tener su propiedad. Lo que caracteriza a las clases medias, por tanto, es su status. El pequeño burgués es un proletario con status asemejado al del burgués. Esa dependencia para con las status constituye, psico-socialmente, un poderoso condicionamiento para una visión idealista del mundo”. *Izquierda* N° 2, sep. 1955, p. 13.

Es sintomático que en su número de septiembre de 1955, a punto de consumarse el golpe contra el peronismo, *Izquierda* recurriera a un artículo que analizaba el análogo papel que los “*movimientos de recuperación moral*” habían desempeñado en la ofensiva contra el gobierno de Getulio Vargas; embestida que había llevado al suicidio del presidente brasileño tantas veces homologado con Perón. La reproducción del artículo de *Cadernos* por los editores de *Izquierda* nos habla no sólo de una temprana preocupación respecto del rol desempeñado por la clase media en la desestabilización del orden peronista, sino también de la circulación transnacional de determinados marcos analíticos. En efecto, aunque pudiera parecer una “peculiaridad argentina” debida a la intensa polarización política y social entre peronismo y antiperonismo, el discurso hipercrítico hacia la clase media se inscribió también en un contexto regional marcado por lecturas similares.²⁸⁴

De todos modos, es innegable que la irrupción del peronismo y la efectiva articulación de la clase media como actor sociopolítico en respuesta a ese desafío fue el principal estímulo del *tardío descubrimiento* de esa clase por amplios sectores de la intelectualidad argentina (Garguin, 2007). En la proliferación de artículos y ensayos de mediados y fines de los 50, entre los que se inscriben claramente las interpretaciones de *La Verdad*, *La Vanguardia* e *Izquierda*, las prescripciones respecto de los roles atribuidos a y esperados de la clase media serán la vara con que se mida (con la consecuente severidad) su posicionamiento en el conflicto social y político. En definitiva, si la clase media reunía todas aquellas características negativas, ¿qué es lo que esa clase *debía ser?*, ¿qué se esperaba de ella?, ¿cuál era la “promesa” que recurrentemente traicionaba a causa de su inveterada inconsecuencia y veleidad?

En el ensayo antes mencionado, Altamirano nos ofrece una clave, al recordar que ninguna expresión de izquierda consideraba a la pequeña burguesía como una clase a

²⁸⁴ También para el caso chileno, J. Pablo Silva (2009) sostiene que las izquierdas de ese país adoptaron desde los 50 un discurso fuertemente peyorativo hacia la clase media, basado en las mismas premisas: una clase conservadora y timorata que se abroquelaba con las oligarquías en defensa de sus módicos privilegios y se enfrenta a las clases laboriosas, renunciando a un pretendido “rol histórico” progresista y antiaristocrático. Lo paradójico es que, en Chile, esa crítica se dio en un momento de fuerte radicalización política de los “empleados de cuello blanco”, considerados desde la década del 30 como el *corazón* de la clase media de ese país. Sostiene Silva que esto se dio, en buena medida, por la “importación” de matrices analíticas europeas y norteamericanas, que –a contramano de la noción forjada históricamente en Chile, centrada en los empleados–, asociaban la noción de *clase media* con una emergente burguesía antagonista de la clase dominante. Es esta idea la que condujo a la izquierda chilena a condenar la defeción de una *abstracta* clase media, justamente en el momento en que la clase media *real* era más permeable a sus postulados.

erradicar en pos de la construcción de la sociedad futura. Si bien no era el *sujeto de la historia*, como el proletariado, tampoco era su natural antagonista, sino un sector con cuyo concurso la clase obrera debía contar en su lucha contra los verdaderos opresores locales y foráneos. En este sentido, la misma literatura que atormentaba a la clase media por haber dado la espalda a los obreros peronistas, no otorgaba a esa codena un carácter irrevocable, sino que le ofrecía una vía de redención: unir su destino al de la clase trabajadora (Altamirano, 2011:124-125). Algo similar manifestaba “*El cabecita negra*” en su artículo de *La Vanguardia*:

“no es este [...] el sentido y el destino de nuestra clase media y su desubicación provoca un serio malestar político. [...] por su función está íntimamente vinculada a la clase trabajadora y por ella al pueblo consumidor. Ya forma parte de la nueva estructura de la económica argentina [...]. Está, por tanto, unida a las masas populares y a ellas se debe. Lo peor que le podría ocurrir a esta clase media es la invasión del mercado local por las corrientes del imperialismo. Este hecho sería su destrucción. [...] se la ha utilizado para destruir la Revolución, cuando debería ser uno de sus puntales más firmes. [...] Estamos llevando a cabo una revolución liberadora, que debe contar con el auxilio de las grandes masas laboriosas y la adhesión fervorosa de esta nueva clase media.”²⁸⁵

En un sentido similar, aunque invirtiendo el orden de los términos, aquel pasaje de *La Verdad* que cifraba esperanzas en “*la tendencia de un sector de la clase media a darse un programa antiimperialista*” e incluso afirmaba taxativamente que “*la clase media engrosará las filas de los que luchamos contra el imperialismo*”, alertaba a renglón seguido sobre “*las limitaciones de estos movimientos cuando son dirigidos por la clase media*”, ya que “*solamente el proletariado puede llevar adelante una lucha consecuente contra el imperialismo*”. Es que, en definitiva, para la Federación Bonaerense del PSRN, el dilema de la clase media se resolvía en el terreno de la dirección política. El lugar reservado para ella era el de una “clase aliada” que debía subordinarse a la tutela del proletariado, es decir, al programa del propio Partido. Sólo así la pequeña burguesía desplegaría su potencial; de lo contrario, sería cooptada una y otra vez por la burguesía y el imperialismo, ya que era constitutivamente incapaz de jugar un rol independiente.

Eso explica por qué, aunque aquellas esperanzas en el potencial antiimperialista de la *moderna clase media* se habían visto defraudadas por su adhesión en masa al golpe del 55, pocos años después, en respuesta a un cuestionario de Carlos Strasser,

²⁸⁵ “Apuntes para la historia de la clase media argentina”, *La Vanguardia (Segunda época)* N° 6, 2da quincena sep. 1955, p. 2.

Nahuel Moreno seguía apostando (también él “*una vez más*”) a esa suerte de redención laica:

“las más numerosas capas de [la pequeña burguesía] forman parte del pueblo explotado y por consiguiente es un problema de vida o muerte para la revolución (...) el ganarla o neutralizarla. (...) La pequeña burguesía debe ser parte esencial de la revolución.” (Strasser, 1959: 141)

Conclusión. La FB del PSRN, del *contrerismo* al *entrismo*. Continuidades y rupturas

A lo largo de este capítulo hemos visto cómo una agrupación de izquierda trotskista que se conformó y consolidó en franca y abierta oposición al peronismo, terminó por reconocer a ese movimiento como la opción política (hasta cierto punto, legítima) abrazada por la clase trabajadora argentina. A nuestro juicio –y así intentamos demostrarlo en estas páginas– fue ese reconocimiento, mucho más que el cambio en la lectura de la correlación de fuerzas interimperialistas (argumento esgrimido retrospectivamente por la propia corriente), lo que estuvo en la base del giro que llevó al Partido Obrero Revolucionario a la adopción de una política de *Frente único* con los trabajadores peronistas, tanto en las luchas reivindicativas como en el plano político, en oposición al golpe de estado contra Perón. Otro dirigente de extracción trotskista, también partícipe del PSRN y ya conocido por nosotros, Aurelio Narvaja, señalará con algo de malicia que la decisión morenista de “*estar allí donde están las masas [...] para orientarlas y para evitar la traición [...] a los intereses permanentes de la clase obrera*” (es decir, la política de acercarse al peronismo para estar en contacto con la clase obrera), dejaba de lado una pregunta fundamental: por qué la clase obrera argentina estaba allí, con el peronismo.²⁸⁶

Dicho esto sobre las motivaciones del reposicionamiento partidario, podemos hacer alguna precisión sobre su cronología. La obra que reivindica en su conjunto la trayectoria de la corriente morenista ubica el inicio de esta *rectificación* –porque en esos términos se la presenta– en 1952 (González, 1995: 207, 216). Aquí, por el contrario, consideramos que hasta entrado el año 1954, los documentos y publicaciones del POR nos hablan, en cuanto a las visiones del peronismo y los modos de interpelación a sus

²⁸⁶ Enrique Fernández (seud. de Aurelio Narvaja), informe ante el plenario del PSRN, diciembre 1955, reproducido en *¿Adónde va el peronismo?* Ed. Política Obrera, 1957, p. 13. Archivo N. Galasso.

bases obreras, más de continuidades que de rupturas con el periodo anterior. Miradas con atención, las fuentes del periodo 1952-54 pueden brindar algunos indicios del futuro reposicionamiento, pero éstos probablemente serían imperceptibles si no se volviera a aquellas fuentes desde el conocimiento del acontecer posterior. Sostenemos, además, que el cambio se produjo no tanto en el momento de decidir el ingreso al PSRN –dispuesto en función de consideraciones puramente tácticas como el uso de la legalidad– como posteriormente, una vez embarcado el POR en la construcción de la Federación Bonaerense.

El documento conocido luego como *1954, año clave del peronismo*, redactado entre fines de ese año e inicios del siguiente, resulta revelador del impacto que esta experiencia tuvo sobre los cuadros del POR, a la vez que deja entrever algunas resistencias a la nueva orientación dentro de un partido formado en un antiperonismo que se había expresado, por momentos, en un tono ciertamente virulento. En este sentido, nos resulta más sugestivo pensar que no fue *la Idea* preconcebida por ningún estratega partidario, sino la propia experiencia del partido, es decir, la práctica concreta de interpelación directa a la masa peronista a través del PSRN y la exploración de sus potencialidades, lo que generó un cambio notorio en las elaboraciones, el discurso y la acción (aunque no necesariamente en los objetivos de fondo) del morenismo. En definitiva, nos inclinamos, al igual que otros autores, por la idea de un *giro* o *viraje* bastante drástico en las posiciones partidarias, aunque esto no implica, en nuestro caso, cargar a esa actitud con la valoración condenatoria que se le ha asignado, en términos de mera duplicidad u oportunismo.

La reinterpretación morenista del peronismo y su vínculo con la clase obrera, operada en un contexto de creciente polarización social y política, no podía dejar de impactar, también, en una relectura del antiperonismo. En este aspecto, si bien las denuncias de la FB del PSRN se dirigieron prioritariamente hacia lo que su órgano de prensa denominó hasta el cansancio “*ofensiva clerical-patronal-imperialista*” contra el gobierno y, especialmente, contra la clase trabajadora, hallamos que los documentos y la prensa partidaria pusieron el foco, también, sobre un actor previamente soslayado: la clase media. En un primer momento, hacia 1954, el morenismo siguió con atención y con cierta expectativa la emergencia, al interior de la UCR, de una corriente que, se suponía, expresaba el ascenso de una *moderna clase media* surgida del proceso de modernización operado durante la década peronista. En consecuencia, la caracterizó

como una tendencia *progresiva*, proclive incluso a darse un programa antiimperialista y a confluir con el proletariado y su vanguardia. Con el correr de los meses, sin embargo, la masiva participación de los sectores medios en las movilizaciones destituyentes llevaría a un cambio radical de perspectiva. En una temprana expresión de una matriz de lectura que se generalizaría luego del derrocamiento del peronismo, la FB –al igual que otras corrientes del PSRN– denunciará a la clase media como masa de maniobra de la ofensiva golpista. Globalmente considerados, los análisis morenistas sobre la clase media nos resultan dignos de atención por las complejidades que revelan. En ellos hallamos una singular yuxtaposición de visiones fuertemente normativas, encorsetadas en los rígidos esquemas teóricos legados por el marxismo-leninismo-trotskismo, con ciertas intuiciones que parecían habilitar lecturas más matizadas del fenómeno, sin escapar a un clima de época político-intelectual que tendría a la clase media como objeto privilegiado de escarnio.

Como relatamos al inicio de este capítulo, la política de *Frente único* con los trabajadores peronistas, adoptada por la FB del PSRN, se profundizaría luego del derrocamiento de Perón, primero en el plano sindical y posteriormente en el político, culminando en la táctica del *entrismo* en el movimiento peronista, adoptada a mediados de 1957. Esta evolución se verá expresada con bastante nitidez en la prensa partidaria. Pocos meses después de la disolución del PSRN, en junio de 1956, el antiguo POR lanza el periódico *Unidad Obrera*, cuyo centro ordenador fue la oposición a la intervención de los sindicatos y la CGT por la dictadura de Aramburu y la reorganización del movimiento obrero a nivel de las comisiones internas, cuerpos de delegados y sindicatos. Desde julio del año siguiente, la política de entrismo en el peronismo se expresará en el periódico *Palabra Obrera* (Camarero, 1997; González, 1996). En este aspecto, puede verse una clara línea de continuidad entre la experiencia de la Federación Bonaerense y estas nuevas iniciativas.

El pronóstico de que la crisis económica y la ofensiva patronal harían *sedimentar* a las clases y *clarificarían* sus representaciones políticas, culminando en la conformación de un partido obrero independiente (no otra cosa que la ansiada *desperonización* de la clase trabajadora), evidentemente no se cumplió según lo vaticinado por los ideólogos del POR a comienzos de los cincuenta. Sin embargo, se dio un proceso que, aunque más complejo, tiene puntos en común con aquella noción. Nos referimos al fenómeno de reapropiación clasista de la identidad peronista por parte

de la clase trabajadora durante los primeros años de la resistencia peronista, analizado agudamente por Daniel James (1990:67). Según sostiene Hernán Camarero (1997), el trotskismo morenista, en los años de *Palabra Obrera*, hizo una lectura similar del proceso de radicalización y oposición generalizada de los trabajadores a la autodenominada “Revolución Libertadora” y al rol que en él jugó la identidad peronista como elemento aglutinante de la clase trabajadora y sus prácticas contestatarias. En ese contexto, el entrismo habría sido una apuesta por incidir en ese proceso, capitalizarlo políticamente y *encauzarlo* hacia los objetivos estratégicos del trotskismo morenista. En el último capítulo de este trabajo veremos a la FB del PSRN convocando a la huelga general para el 17 de Octubre de 1955, fecha por cierto ajena a la tradición del trotskismo pero marcada a fuego en la experiencia de la clase trabajadora argentina, en lo que podría verse como un primer esbozo de aquella política, muy anterior a su adopción como “línea oficial” de la agrupación. Es más, como hemos visto, aún antes del derrocamiento de Perón, *La Verdad* buscaba apropiarse de ciertos símbolos y elementos del discurso peronista –como las *tres banderas* del justicialismo– para desarrollar su política, a la vez que analizaba con sumo interés las tensiones entre sus alas política y sindical, apostando a una perspectiva de radicalización de esta última.

Dicho todo esto, sin embargo, no compartimos el criterio de quienes consideran que el ingreso al PSRN es una primera expresión del entrismo morenista en el peronismo (Cámara, 1997:6), ya que entre las dos experiencias también se registran notorios contrastes. Más allá de que el PSRN contara con la venia del Estado peronista, practicar el entrismo en un partido de esas características, conformado por distintas tendencias de izquierda, no constituía ninguna “herejía” para un grupo identificado con la IV Internacional. De hecho, como ya hemos mencionado (y como veremos en profundidad en el próximo capítulo), desde el surgimiento del trotskismo argentino en la década del 30, y siguiendo las prescripciones del propio León Trotsky, distintas fracciones de esa filiación habían ingresado en el Partido Socialista, o bien en agrupamientos escindidos de sus filas o de las comunistas.

Como hemos visto, el objetivo inicial del POR respecto del PSRN se inscribía en esta tradición, proponiéndose impulsar una tendencia *proletaria-bolchevique* al interior de una agrupación *centrista de izquierda*, que no sólo se pensaba al margen del peronismo sino que pretendía capitalizar una *desperonización* del proletariado que se seguía suponiendo inminente. El “salto” teórico se produciría cuando el morenismo

comprobara que, en los hechos, esa desperonización no se producía y buscara incidir, en un marco de crisis y reconfiguración de la identidad peronista, en la disputa por su significado, enfatizando su componente obrero. Esto llegaría al punto de resignificar la vieja sigla POR como “*Peronismo Obrero Revolucionario*”.²⁸⁷ Probablemente se considerara que la ausencia del líder, las vacilaciones de la cúpula sindical y la defección de buena parte del ala política del peronismo brindaba un margen más amplio para esa disputa por el sentido de la identidad peronista; pero en cualquier caso, se trató de un entrismo *sui generis*, extremadamente heterodoxo, en un movimiento nacional-popular que no dejaba de ser definido como *burgués* por el morenismo –de hecho, este carácter “herético” del entrismo en un movimiento “nacionalista burgués” será una de las críticas más recurrentes al morenismo desde otras vertientes trotskistas (Castelo: 2000).²⁸⁸

En suma, podemos encontrar tanto continuidades como rupturas entre la participación del morenismo en la Federación Bonaerense del PSRN y su posterior entrismo en el movimiento peronista –experiencias, por otra parte, desarrolladas en contextos sociopolíticos muy diferentes: una bajo el gobierno de Perón; la otra con el peronismo proscrito y hostigado por el aparato represivo del Estado. De cualquier manera, y aunque el análisis concreto de cómo se operó la transición entre estas dos etapas de la vida partidaria exceda los marcos temporales de esta investigación, podemos afirmar con seguridad que el *entrismo morenista* en el peronismo sería incomprensible sin el preludio de la experiencia política analizada en estas páginas.

²⁸⁷ El periódico *Palabra Obrera*, en efecto, se presentará durante un tiempo como “*órgano del Peronismo Obrero Revolucionario. Bajo la disciplina del Consejo Superior Peronista y del General Perón*”. vg. N° 140, 21-1-1960.

²⁸⁸ El primer argumento de Castelo se centra en las “citas de autoridad” de Engels y Trotsky respecto del entrismo, obviamente contrastadas con el uso de esta táctica por parte del morenismo. Dicho esto, es curioso notar que, a comienzos de los 50, el POR se había opuesto rotundamente a la orientación fijada por la dirección de la IV Internacional, que se dio en llamar, justamente, “entrismo *sui generis*”. Contra esta orientación, según la cual los grupos trotskistas debían ingresar por largos períodos en los partidos Comunistas de occidente, el morenismo adoptó una posición “principista”, en contra del “revisionismo” de la dirección internacional (González, 1995:189), seguramente sin imaginar que, pocos años después, la historia lo pondría del lado de los “heterodoxos” o “revisionistas” en relación al peronismo. En definitiva, como en tantos otros casos, la “ortodoxia” o “heterodoxia” respecto de los (reales o supuestos) lineamientos trazados por determinados referentes teóricos, suelen ser argumentos esgrimidos *ad-hoc* para justificar o denostar determinada posición política.

Capítulo 5 Del Norte vengo bajando... (Tras la huella de Esteban Rey)

*...de un sueño lejano y bello, viday,
soy peregrino
Atahualpa Yupanqui*

*A*gitador. Ese fue, según propios y ajenos, el rasgo distintivo de su personalidad política. Así lo juzgaron, además de cronistas e historiadores, encumbrados dirigentes del más variado ropaje ideológico. Francotirador. Espíritu indómito. Según cuenta la leyenda, vivió el crepúsculo de sus días, a comienzos de este siglo, arengando a sus compañeros de asilo acerca de la necesidad de construir un gran partido revolucionario para tomar el poder y construir el socialismo. “*Agitador trotskista*” lo llamó, aún sin conocerlo en persona (tal vez como una muestra más de su peculiar olfato e intuición política), el presidente de la Nación en un discurso transmitido en cadena oficial, una vez sofocada la huelga de los obreros del azúcar en la zafra de 1949. Aquella tarde de comienzos de diciembre, el nombre de Esteban Rey se elevó sobre los acotados corrillos de la izquierda radicalizada y cruzó las fronteras del Noroeste argentino para llegar a los millones de oídos que, a lo largo y ancho del país, seguían con devota atención, como una misa laica, los mensajes radiofónicos del líder.

Desde el opuesto polo antiperonista, no mucho antes, un alto dirigente del Partido Socialista lo había rotulado de manera semejante. En la circular partidaria que fundamentaba la resolución del Comité Ejecutivo Nacional de disolver el centro socialista de Jujuy y expulsar a todos sus miembros, Juan Antonio Solari alertaba sobre una estrategia general de infiltración de elementos *trotskizantes* en las filas del partido. En ella enmarcaba –y destacaba en especial– la acción del “*perturbador trotskysta*” Esteban Rey, principal dirigente, hasta ese día, de la sección jujeña del PS. La drástica resolución de la dirección partidaria sellaba así la suerte de la última tentativa entrista de los trotskistas norteros en el *viejo y glorioso*.

La misma característica será destacada medio siglo después, ante la noticia de su muerte, por uno de los más reconocidos dirigentes de la Izquierda Nacional, Jorge Enea

Spilimbergo, como corolario de una sentida evocación póstuma: “*no fue, creo, un cuadro ‘profundo’, pero fue un agitador viviente, de firme compromiso con el campo nacional.*”

Agitador y abogado. Agitador y periodista. Agitador en el exilio. Agitador recluso en el penal de Devoto, por alterar el orden de la *Comunidad Organizada*. Agitador preso en la Penitenciaría Nacional, por reivindicar al *tirano prófugo* y denunciar a los *libertadores* que lo derrocaran. Agitador entre los empleados jujeños, entre los cañeros tucumanos y entre los mineros bolivianos que entregaban sus pulmones a la silicosis al sur del río La Quiaca.

A final de cuentas, y a la vuelta de tantas batallas, él mismo, *el Chango* Esteban Rey, se había puesto orgulloso ese sayo: “*Más que un político, que un difusor de ideas, soy un agitador*”.

*

*

*²⁸⁹

²⁸⁹ Fuentes: Comunicación personal con Norberto Galasso; De Lucía (2006); Spilimbergo (2003); Tarruella (1983)

Introducción

Si pudiera reprocharse a esta tesis un excesivo hincapié en la individualidad de determinados dirigentes políticos o cuadros intelectuales por sobre los colectivos que ellos orientaron (grupos ciertamente pequeños, pero, en cualquier caso, plurales), debemos advertir que en este capítulo, el último dedicado a una de las corrientes políticas que hicieron vida al interior del PSRN, ese defecto –si lo fuera– se verá inevitablemente acentuado. Ello se debe, sin duda, a lo que acabamos de reseñar. Más que en cualquiera de los casos precedentes, la peculiar personalidad del dirigente que estas páginas tienen por protagonista tenderá a atraer sobre él nuestra mirada, eclipsando a la (siempre algo difusa) corriente política que forjó y lo tuvo por referente indiscutido. En consecuencia, más que la historia del Secretariado del norte del PSRN (y de sus predecesores, el Movimiento Obrero Revolucionario y la Federación Jujeña del PS), en este capítulo intentaremos reconstruir la historia de Esteban Rey.

Lo haremos poniendo un especial énfasis en los años del primer peronismo, hasta su ingreso en el PSRN, no sin antes pasar revista de sus inicios en la militancia política. Para ello nos serviremos de las completas pero breves biografías escritas sobre el personaje (Galasso, 2008; Spilimbergo, 2003; Tarcus, 2007), así como de las fragmentarias referencias sobre sus posiciones políticas en el marco de obras que abarcan objetos mucho más amplios (Cogiola, 1985; De Lucia, 2006; Galasso, 2007). Pero sobre todo buscaremos, en la medida de lo posible, hacer llegar a los lectores la voz del propio Rey, analizando sus escritos para tratar de sumergirnos en sus análisis, pensamientos, prejuicios e intuiciones respecto del peronismo, un fenómeno que, sin dudas, sorprendió y desafió a la izquierda argentina en un terreno que consideraba propio: el de la conciencia de la clase trabajadora y los sectores populares. Y también, dado que contamos en este capítulo con un testimonio familiar que nos acerca desde otro ángulo al personaje, intentaremos acercarnos a su atrayente personalidad.

De todos los protagonistas de esta obra, quizá ningún otro evidencie de manera más clara el impacto de su paso por el PSRN. Derrocado el peronismo, quien diez años antes se enrolara, aun con matices, en la Unión Democrática; aquel *agitador trotskista* que fuera denunciado en persona por el presidente Perón por su activa participación en la huelga azucarera del 49, que le valiera una larga temporada en el penal de Devoto, será director de *Lucha Obrera*, el órgano de prensa del PSRN en su etapa más virtuosa, cuando logró convertirse por un breve lapso en un canal alternativo para la participación de sectores obreros y populares que adherían al movimiento destituido y proscripto.

A partir de entonces, el acercamiento de Rey al peronismo será lento pero continuo, hasta ingresar al movimiento con su retorno al gobierno, en 1973.²⁹⁰ Desde el conocimiento de ese derrotero posterior, el PSRN podría pasar –y ha pasado– prácticamente inadvertido, como una poco significativa “estación de paso” en una biografía política marcada desde 1945 por un devenir constante del trotskismo obrerista al peronismo. Sin embargo, creemos que, más que esa “estación de paso”, El PSRN fue, para Esteban Rey, –abusando de la poco lograda metáfora– una “estación de transbordo”, que marcó en muchos aspectos un punto de inflexión en su trayectoria político-intelectual. Una vez más, el efímero PSRN se nos revela como un laboratorio político-ideológico, catalizador de experiencias de reconceptualización y reconfiguración de identidades políticas.

De la Reforma universitaria a la Revolución proletaria

Nacido en la capital tucumana en 1915, el “chango” Rey, como lo apodaban sus compañeros, debió finalizar sus estudios secundarios en la provincia de Jujuy. El traslado fue la única forma de evitar su expulsión del Colegio del Sagrado Corazón de Tucumán, dado que, ya en su primera juventud, protagonizó allí una importante huelga estudiantil. En su nuevo destino, además de finalizar sus estudios, Esteban se enamoró de quien sería su esposa, una muchacha proveniente de una tradicional familia jujeña. Sin embargo, la reprobación familiar al romance de la joven “marquesa” con el revoltoso estudiante tucumano motivó una nueva migración, para contraer matrimonio y recalar finalmente en la ciudad de Córdoba, donde Rey cursó la carrera de abogacía a mediados de los 30.²⁹¹

²⁹⁰ En los años que median entre la disolución del PSRN y su ingreso al peronismo, las posiciones de Rey son muy asimilables a las sostenidas por la Izquierda Nacional (v. Strasser 1959; Rey, 1959, 1962). De hecho, sin contarlo necesariamente entre los propios, distintas vertientes de la IN tienden a considerarlo como un valioso “compañero de ruta”. Además de la afectuosa remembranza de Spilimbergo (2003) aludida en el preludio a este capítulo, podemos mencionar la inclusión de la entrada “Esteban Rey” en el diccionario biográfico *Los Malditos*, coordinado por Norberto Galasso (2008:392). Simbólicamente, podría determinarse el momento exacto en que Rey pasa de esa posición afin a la IN (siempre celosa de mantener cierta distancia en su *apoyo crítico* al peronismo) a su integración al movimiento justicialista: para las elecciones de marzo de 1973, acepta ser candidato extrapartidario del Frente de Izquierda Popular liderado por Jorge Abelardo Ramos, pero antes del comicio declina esa candidatura para apoyar directamente al Frente Justicialista de Liberación. Durante la tercera presidencia de Juan D. Perón, Rey se desempeñó como funcionario del Ministerio del Interior encabezado por Benito Llambí. Según su propio testimonio (en Terruela, 1983: 62), asesoró a Perón desde su regreso definitivo al país hasta su fallecimiento, escribiendo incluso el discurso que el Presidente leyó ante el Congreso Nacional el 1° de mayo de 1974, conocido a la postre como su *testamento político*.

²⁹¹ Testimonio de Silvia Rey Campero, hija de Esteban Rey. Entrevista con el autor. La referencia “nobiliaria” que la entrevistada trae a colación se debe a que la tradicional familia Campero, de la que provenía su madre, Irma Beatriz, descendía efectivamente del Marqués del Valle del Toxo, conocido comúnmente como Marqués de Yavi. El título nobiliario estuvo vigente desde 1708 hasta 1820, año de deceso de su cuarto y último depositario, Juan José Feliciano Fernández Campero. v. “Genealogía molecular

En la tradicional universidad de la provincia mediterránea aún resonaban los ecos de la Reforma del 18. A pesar del restrictivo contexto de la *década infame*, la ciudad vivía un clima de cierta efervescencia intelectual y política, no sólo debido a ese impulso reformista en el ámbito universitario, sino también a la presencia de distintos grupos de militantes exiliados de países vecinos, particularmente bolivianos y paraguayos opuestos a la guerra del Chaco. Uno de ellos, el boliviano Gustavo Navarro, más conocido como Tristán Marof, fue quien acercó a Rey, luego de fugaces recaladas en la UCR y la periferia del Partido Comunista, a las posiciones del trotskismo.²⁹² Bajo la influencia de Marof, el joven Esteban, militante de la Federación Universitaria de Córdoba, conformó y lideró el Grupo Marxista-Leninista, primera agrupación trotskista de la provincia mediterránea, donde se iniciaron también otros conocidos militantes y dirigentes del trotskismo argentino y la futura Izquierda Nacional, como Homero Cristalli (“J. Posadas”), Alfredo Terzaga y Carlos Etkin (Tarcus, 2007: 569; Galasso, 2008:393)

La guerra entre Parguay y Bolivia (1932-1935), en cuya gestación se descontaba la injerencia de las compañías petroleras estadounidenses, había reavivado la llama antiimperialista entre la juventud y la intelectualidad sudamericana y, en nuestro país, los bríos latinoamericanistas del reformismo. Publicaciones como *Flecha. Por la paz y la libertad de América*, dirigida nada menos que por Deodoro Roca (otrora redactor del *Manifiesto Liminar* de la Reforma), celebraron el fin del conflicto pero también prestaron especial atención a su solución diplomática, desconfiando de las gestiones del canciller argentino Saavedra Lamas como mediador y llamando a que fueran los pueblos movilizados quienes garantizaran la paz en el continente (Bergel, 2016). En ese contexto, y bajo similar inspiración, Rey impulsó, junto a Marof y sus compañeros del grupo boliviano Túpac Amaru, otra revista político-cultural, *América Libre*. Bajo el seudónimo *Ed. King*, escribió allí algunos artículos de actualidad argentina en los que se deja ver, además de la retórica trotskista, alguna influencia del POUM español, otra vertiente de la izquierda antiestalinista que por esos años vivía su breve apogeo.²⁹³

de los descendientes del Marqués de Yavi” (resumen), en <http://sedici.unlp.edu.ar/bitstream/handle/10915/5976/Resumen.pdf?sequence=1&isAllowed=y>

²⁹² Entre los paraguayos exiliados en la Argentina se destacaba la figura de Oscar Creydt, también dirigente estudiantil reformista y militante del Partido Comunista del Paraguay, del que luego llegaría a ser Secretario General. A pesar de su común oposición a la guerra del Chaco, las querellas entre Creydt y los trotskistas bolivianos no tardarían en estallar y expresarse en distintas publicaciones de la izquierda argentina, como la célebre *Claridad* de Buenos Aires o las más efímeras *Flecha* y *América Libre* publicadas en la ciudad de Córdoba, a las que nos referiremos a continuación (Bergel: 2016: 6).

²⁹³ El Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM) se había conformado por la unidad de distintas corrientes de izquierda, entre ellas la conducida por Andreu Nin, de procedencia trotskista aunque enemistado con el viejo líder soviético. Una de las principales consignas del POUM, “la Unificación

También en compañía de Marof y sus camaradas del grupo Túpac Amaru, Rey asistió en la capital cordobesa al congreso fundacional –en el exilio– del Partido Obrero Revolucionario boliviano, que llegaría con el tiempo a ser la formación trotskista más influyente de Latinoamérica por su gravitación en el poderoso proletariado minero del país andino y su papel en la revolución de 1952 (Bergel 2016: 6).

Mientras tanto, a nivel mundial, el incipiente movimiento trotskista discutía su estrategia en un clima por demás hostil. La sostenida apuesta de Trotsky por una expansión de la revolución soviética hacia los centros industriales del viejo continente se veía cada vez más comprometida, debido al evidente reflujo de la marea revolucionaria de la primera posguerra, el ascenso de los fascismos y la inapelable imposición del stalinismo y su teoría del *socialismo en un solo país* como doctrina oficial de la Internacional Comunista (o *Tercera Internacional*) fundada por los bolcheviques al calor de la Revolución de Octubre. Luego de años de dura persecución, la Oposición de izquierda liderada por el ex jefe del Ejército Rojo estaba definitivamente fuera de la internacional y los partidos comunistas de cada país tenían al “trotskismo” (que aún se resistía a autodenominarse de esa forma) como enemigo declarado.

En ese contexto, el desterrado líder soviético buscaba nuevos cursos de acción para los reducidos grupos que aún lo reconocían como el auténtico depositario de la tradición bolchevique, mientras maduraba la oportunidad de coaligarlos en una nueva organización mundial.²⁹⁴ Los viejos partidos socialistas enrolados en la Segunda Internacional, tensionados periódicamente por expresiones de izquierda que cuestionaban el curso reformista de sus direcciones, ofrecían a los trotskistas una alternativa viable para volver a insertarse en organizaciones de masas, debido a su régimen partidario, mucho más laxo que el *centralismo democrático* de los partidos comunistas –centralismo que, como ellos mismos sufrieran en carne propia, había llegado a extremos inauditos bajo el estalinismo. Particularmente, las juventudes socialistas de distintos países vivían un proceso de radicalización en el que Trotsky y algunos de sus seguidores –ciertamente, no todos ellos– cifraban esperanzas y consideraban necesario incidir. Así fue como surgió la política del *entrismo* trotskista en los partidos socialdemócratas, ensayada en distintos contextos nacionales (Astarita, 2014).²⁹⁵

Marxista y la creación de Alianzas Obreras” aparece como corolario programático del artículo de “Ed. King” en el último número de la publicación cordobesa. “¿A dónde va el país?”, *América Libre* N° 5, dic. 1935: 3-4.

²⁹⁴ La IV Internacional impulsada por Trotsky sería fundada finalmente en septiembre de 1938 en París.

²⁹⁵ Uno de los más notorios disidentes respecto de la política del entrismo fue el mencionado Andreu Nin (v. nota anterior), cuya ruptura con Trotsky –y la posterior fundación del POUM– se debió, justamente, a su

La Argentina fue justamente uno de esos países. Como ya hemos visto, hacia mediados de la década del treinta el PS atravesaba una situación como la que acabamos de describir. La vieja dirección partidaria forjada por Juan B. Justo, que luego de su muerte tenía en Nicolás Repetto a su principal referente, se veía acosada por un *ala izquierda* nutrida sobre todo de cuadros juveniles y del interior del país e influenciada notoriamente por los planteos comunistas en torno del fascismo y el imperialismo, entre otros asuntos medulares de la época. Como podemos recordar, en el congreso partidario de 1936, esa fracción de izquierda logró imponer sus posiciones, a lo que el Comité Ejecutivo Nacional respondió disolviendo la federación mendocina (bastión de la disidencia) y expulsando a los izquierdistas, quienes, junto a otros grupos que abandonaron el partido en repudio a la conducta del CEN, fundaron en 1937 el Partido Socialista Obrero (PSO) (Herrera, 2006).

Aunque, efectivamente, tanto el ala izquierda del PS como luego el PSO evidenciaban una notable influencia del comunismo, muchos de los embrionarios grupos trotskistas argentinos vieron en este incidente interno del socialismo una oportunidad para desarrollar su política, en línea con aquella recomendación del líder exiliado en Coyoacán. Los cordobeses del Grupo Marxista-Leninista se hallaban entre ellos, y así fue que ingresaron al PS justo a tiempo para ser expulsados y sumarse al experimento del socialismo obrero (De Lucía, 2006).

Entrismo, como ya sabemos, era algo muy distinto de alineamiento. De 1937 data el primero de los escritos polémicos de Esteban Rey, firmado ahora bajo el seudónimo *Nicolás León*. Desde su mismo título, “¿Apoyo al radicalismo o frente único obrero?”, se mete de lleno –y delata su posición– en un tema nodal de las polémicas que cruzaban a la izquierda argentina en esos años: la cuestión del frente popular y su compleja implementación en la política local. El giro de la Internacional Comunista, de la línea *de clase contra clase* (consistente en un irreductible enfrentamiento con las restantes fuerzas políticas, incluso de izquierda) a la del frente popular, coincidió azarosamente en 1935 con un cambio importante en la política argentina: ese año, la Unión Cívica Radical levantó la abstención electoral sostenida desde 1931. Por lo tanto, la fuerza llamada a encabezar y hegemonizar el gran *frente democrático* no podía ser otra que el radicalismo. Sin embargo, el viejo movimiento popular de Hipólito Yrigoyen (conducido ahora por el siempre más moderado Marcelo T. de Alvear) se hallaba cada vez más comprometido con el régimen

rotunda negativa a ingresar en el Partido Socialista Obrero Español (PSOE), táctica recomendada enfáticamente por el viejo líder bolchevique. Sobre las directivas de éste respecto del entrismo en partidos de izquierda reformistas o “centristas” a comienzos de los 30, v. Trotsky (1933) y los extractos citados en Castelo (2000: 6)

político y económico surgido del golpe de Estado que lo había desplazado del gobierno y proscrito *de facto* pocos años atrás.²⁹⁶

Eso no impidió que el clima de ideas internacional tuviera su expresión en la Argentina para las elecciones presidenciales de 1937, donde la convocatoria a una gran coalición contra la reacción y el fraude encontró eco en amplios sectores políticos, intelectuales y sindicales. Como volvería a suceder ocho años después, la expresión electoral de ese *frente democrático* tuvo bastante de formal: los socios menores de la coalición (Partido Demócrata Progresista, PC y PSO) se limitaron a apoyar las listas de electores de la fórmula Alvear-Mosca, postulada por la UCR y finalmente derrotada mediante el fraude por el binomio Ortiz-Castillo de la Concordancia. El Partido Socialista, por su parte, se mantuvo al margen de la coalición y presentó fórmula propia.

Rey y su grupo se manifestaron en contra de la resolución del PSO de apoyar a la fórmula radical, pero tampoco llamaron a votar por el PS. En su folleto, *Nicolás León* brega por la conformación de un *frente único* entre las distintas expresiones partidarias y sindicales de izquierda, aunque no ahorra duras críticas a todas ellas. Respecto de quienes postulaban el apoyo al radicalismo bajo la consigna del frente democrático, señalaba:

“Ellos sostienen [...] que es más fácil unir a lobos con corderos –burguesía explotadora y proletarios explotados, en un frente popular– que a los corderos contra el lobo –proletarios contra burguesía. Han llevado con esto la cuestión hasta el absurdo, y el absurdo en política es la antesala de la derrota.”²⁹⁷

Ello no implicaba, en modo alguno, una valoración positiva de la política adoptada por el socialismo:

“[...] comunistas y socialistas obreros critican que [el PS] haya proclamado candidatos propios para las elecciones, y su crítica en realidad, es una crítica a la independencia del movimiento político proletario. [...] Nosotros no aceptamos esta crítica pero decimos al mismo tiempo que la política electoral independiente de los socialistas, no es más que un disfraz con que se cubren todos sus demás colaboracionismos. No criticamos la independencia del P. S., porque no existe [...]”²⁹⁸

De todos modos, como ya relatamos, la experiencia del PSO languideció por su dificultad de encontrar un lugar propio en el espectro de la izquierda, sus discrepancias

²⁹⁶ Si tanto aquí como previamente hablamos de una traducción problemática de las directivas de la Internacional Comunista en la arena local, en la política del PC argentino ante el radicalismo encontramos un claro ejemplo de ello. Así como la adopción del Frente Popular coincidió con el regreso de la UCR a la arena electoral bajo la conducción de Alvear y redundó en una caracterización mucho más benigna del radicalismo por parte del PC, la ultraizquierdista *clase contra clase* había coincidido en 1928 con la segunda asunción de Yrigoyen a la presidencia de la Nación. En virtud de esa orientación, el caudillo radical fue caracterizado por el comunismo local como “*fascista*” e indiferenciado de los sectores golpistas, tanto civiles como militares. Aún en 1932, el órgano partidario *La Internacional*, sentenciaba: “El radicalismo no es el punto opuesto del uriburismo: es el uriburismo con otra vestimenta, es el uriburismo de otro color pero con igual contenido” (Piro Mittelman, 2020: 11).

²⁹⁷ “¿Apoyo al radicalismo o frente único obrero? Córdoba, julio 1937. p. 29

²⁹⁸ *Ibíd.*, p. 7

internas, la presión de las fuerzas que lo atraían desde el exterior (esto es, la influencia cada vez más notoria del PC sobre sus cuadros dirigentes) y la resistencia de quienes las combatían.²⁹⁹ En cuanto a los trotskistas, podemos imaginar su suerte en un partido cada vez más influenciado por el estalinismo. La federación mendocina, hegemonizada por los sectores filocomunistas, solicitaba a fines de 1938 “*que la Junta Ejecutiva pida a los centros respectivos la separación de aquellos afiliados que se les compruebe que directa o indirectamente realicen tareas trotskistas dentro del partido*”³⁰⁰.

Aunque subsistiera formalmente hasta el golpe del 4 de junio, para 1940 el PSO estaba prácticamente disuelto. Un año después, los dispersos grupos trotskistas que actuaban en el país, tanto los que participaron de la experiencia entrista como los que se habían mantenido al margen de ella, encaraban aquel primer intento de unificación a instancias del enviado de la IV Internacional Terence Phelan: el Partido Obrero de la Revolución Socialista (PORS). Ya hemos hablado de su previsible fracaso, debido no sólo a las insolubles discrepancias teóricas y políticas entre los grupos, sino también a la acusación a su promotor internacional, desde el propio partido, de actuar como agente de los Estados Unidos. Si lo traemos nuevamente a colación es para señalar que, en su congreso fundacional, realizado en diciembre de 1941, Esteban Rey era designado como funcionario rentado, lo que nos habla de la posición que el tucumano había logrado en la consideración de los medios cuartistas de la Argentina. No obstante, dado que la designación implicaba el traslado a la Capital Federal, el dirigente rechazó la renta para seguir participando de la organización desde su grupo asentado en la ciudad de Córdoba (Tarcus, 2007:569), lo que nos revela, acaso, una escasa propensión a someterse a la férrea disciplina partidaria que, al menos desde el *Que hacer* de Lenin, reclamaban las organizaciones revolucionarias a sus militantes.

Pero no se trataba sólo de una cuestión de disciplina partidaria. La negativa de Rey obedecía también a consideraciones de índole personal y, sobre todo, familiar; las mismas que, tiempo antes, habían frustrado su posibilidad de ser el segundo trotskista argentino en entrevistarse con el líder de la Cuarta Internacional. Según nos relata su hija evocando la tradición familiar, en 1939 todo estaba listo para que Esteban viajase a Coyoacán. Ya había mantenido, incluso, comunicación epistolar y telefónica con el propio Trotsky, quien se había mostrado interesado en los contactos que el tucumano mantenía con distintos grupos

²⁹⁹ Nos referimos al sector socialista de Juan Unamuno y Joaquín Coca, quien en 1940 denunciaría el copamiento del socialismo obrero por el PC en su folleto “Quinta columna bolchevique” (Tarcus, 2007: 136. v. cap. 2, p.)

³⁰⁰ *Avance. Semanario de los trabajadores*, 1-10-38. cit. en De Lucía (2006)

cuartistas de Sudamérica. Mucho más arduas, sin embargo, resultaron las tratativas familiares: una esposa que cursaba su primer embarazo se opuso terminantemente a la realización de aquel viaje. La entrevista, en consecuencia, fue aplazada, pero nunca llegaría a concretarse, ya que la muerte sorprendió a Trotsky días antes de que su homónimo, León Rey Campero, llegase al mundo.³⁰¹

Todo indica, en efecto, que durante estos años nuestro personaje se vio tensionado entre su militancia política y su proyecto familiar. Su esposa, Irma Beatriz Campero, no estaba dispuesta a abandonar su Jujuy natal, hogar de la familia durante generaciones, para ir detrás de los sueños revolucionarios de su amado Esteban. Él era consciente de que el acontecer político de la Argentina se definía esencialmente en su sobredimensionada ciudad Capital, pero ella, descendiente de una familia tradicional del norte argentino, se resistía al desarraigo que ello implicaba.³⁰² Así, la negativa de Rey de asumir las responsabilidades propias de un *revolucionario profesional* para el incipiente PORS parece haber obedecido a algo más que el carácter díscolo o indisciplinado que empezaba a atribuírsele en los círculos trotskistas.

En consecuencia, fue en la tierra materna donde los Rey Campero constituyeron finalmente su hogar. Luego del previsible estallido del PORS, en los primeros años cuarenta la familia se trasladó a la capital jujeña, donde Esteban estableció su estudio de abogados en sociedad con Hugo Genaro Brizuela, joven letrado egresado de la Universidad Nacional del Litoral (Kindgard, 2020: 106). Erróneo sería deducir de este movimiento algún grado de *aburguesamiento* por parte de nuestro personaje. El estudio, como profundizaremos más adelante, se abocaba en especial a patrocinar a trabajadores de distintos gremios y a asesorar legalmente a sus sindicatos. Y la actividad de Rey, coinciden los biógrafos, no se reducía a la presentación de escritos y recursos, sino que se manifestaba de cuerpo presente en las acciones, actos y asambleas sindicales, donde tomaba la palabra y daba encendidas arengas (Tarcus, 2007: 569). Esto pronto le acarrearía inconvenientes con las autoridades, pero también le aseguró cierto reconocimiento en el medio local, particularmente entre los trabajadores.³⁰³ Mientras tanto, desde la lejana Buenos Aires, las radios hablaban con frecuencia cada vez mayor de un coronel que también sabía tratar con ellos.

³⁰¹ Testimonio de Silvia Rey Campero, hija de Esteban Rey. Entrevista con el autor.

³⁰² *Ibid.*

³⁰³ Por ejemplo, en la misma biografía (Tarcus 2007: 569) se afirma que la primera detención de Rey en el año 1945, debida a su participación en una huelga de la construcción en la capital jujeña, fue motivo de una amplia (aunque infructuosa) campaña de solidaridad en las provincias del norte.

Entristas reincidentes ante el ascenso del peronismo. El PS sección Jujuy

Cuando el doctor Esteban Rey solicitó su readmisión en el Partido Socialista, del que había sido expulsado años antes por su activismo trotskista, la dirección nacional se hallaba embarcada en la conformación de la Unión Democrática para combatir al que suponían el émulo argentino de los regímenes fascistas derrotados en Europa. Aún antes de aprobada su ficha de afiliación, Rey y su grupo ya actuaban, con el consentimiento tácito del CEN, como sección jujeña del PS (De Lucía, 2006). No sin incomodidad, pues como hemos visto los trotskistas estaban lejos de simpatizar con la política del frente popular, el centro socialista de Jujuy se vio de esta manera embarcado en la campaña *antifascista* de la Unión Democrática contra el incipiente peronismo.

Como veremos oportunamente, entre las causales de disolución del centro jujeño y expulsión de sus miembros, ocurrida dos años más tarde, la dirección socialista les achacará haber saboteado la campaña electoral en su zona de influencia. Sin embargo, lo cierto es que las disidencias de Rey y sus compañeros con la política del CEN estuvieron fundadas más en la fórmula adoptada para enfrentar al peronismo, plasmada en la conformación de la UD y la adopción de un programa eminentemente liberal-democrático, que en la propia necesidad de combatirlo. En un documento editado en plena campaña electoral, la sección jujeña caracterizaba de esta manera al emergente peronismo y su influencia sobre la clase obrera:

“El ‘peronismo’, movimiento en sus directivas y propósitos de defensa de los intereses capitalistas con lenguaje demagógico de izquierda, está realizando en todas partes la división del movimiento sindical.”³⁰⁴

El folleto fundamenta esta última afirmación en un argumento caro a la izquierda antiperonista desde las jornadas de octubre: aquel que años más tarde sería canonizado en sede académica por el fundador de la sociología argentina:

“La dirección ‘peronista’ ha tratado [...] de separar en todas partes a la clase trabajadora más atrasada, a los jóvenes sin experiencia sindical, a las mujeres recién incorporadas a las fábricas y a los desclasados, de las direcciones y de los viejos líderes sindicales [que] en su mayor parte permanecieron fieles a sus antiguos sindicatos. Así fue como el ‘peronismo’ creó gremios con masa pero sin dirigentes. Así fue como lanzó a estos sindicatos ‘dirigidos’ contra las viejas agrupaciones y contra las antiguas corrientes sindicales.”³⁰⁵

En efecto, afirmaciones similares, que de algún modo podrían definirse como “precuroras” de la tesis germaniana de la división de la clase trabajadora, y que incluso destacan el origen rural y provinciano de los nuevos contingentes obreros, pueden verse

³⁰⁴ “El Partido Socialista sección Jujuy y la FOTIA”, Tucumán, enero 1946: 22

³⁰⁵ *Ibid.*: 22.

también en las lecturas socialistas, comunistas y de otras corrientes trotskistas respecto de la movilización del 17 de octubre de 1945 (Correa, 2013).

Esta caracterización, de todas formas, no implicaba, a criterio de Rey y sus compañeros, sustraerse del proceso de organización de ese *nuevo* proletariado incorporado por el peronismo. Justamente, un claro matiz de la sección jujeña con la posición oficial del PS –que también será recordado por el CEN al proponer su disolución– es el referido a la política sindical. Los jujeños desoyen la directiva partidaria de defender a los alicaídos *sindicatos democráticos* opuestos a la Secretaría de Trabajo y Previsión y de no participar en aquellos enrolados en la *colaboracionista* CGT. En casi abierta polémica con la dirección socialista, postulan la necesidad de no prestarse a “*maniobras divisionistas*” que “*favorecen a la burguesía*”. Aunque la autoría de tales maniobras es atribuida al Estado y a su candidato, los socialistas norteños reivindicán, concretamente, su participación en la recién creada Federación Obrera Tucumana de la Industria del Azúcar (FOTIA), que había tenido un rol destacado en las jornadas de Octubre. Poniendo como eje excluyente la “*unidad del proletariado*”, el líder de la federación jujeña sostiene de manera taxativa: “*lucharemos desde dentro de la FOTIA*”; “*trabajar por ‘sindicatos libres’, explíquese como se explique la cuestión, es trabajar por la DIVISIÓN del gremio azucarero*”.³⁰⁶

Este planteo obrerista, que buscaba colocar a la lucha de clases, en su sentido más estricto, por sobre la disputa que polarizaba a extremos inéditos el escenario político y social argentino, emparentaba la postura de Rey con la del GOM de Moreno y otros grupos trotskistas refractarios al peronismo en ciernes. En esa línea, el folleto de la sección jujeña sostiene que “*no hay diferencia*” entre los dos candidatos en pugna, en tanto ninguno representaba los intereses de los trabajadores y ambos defenderían el orden capitalista.³⁰⁷ Sin embargo, la igualación queda en entredicho unas líneas más adelante, cuando se señala un contraste no menor entre los postulantes a la primera magistratura:

“Perón representa la violencia desembozada y demagógica, [...] Tamborini, la democracia burguesa, lo que le obliga [...] al respeto a las libertades elementales [...]. De allí que nosotros defendamos a la democracia burguesa, en lo que tiene de democracia, es decir: libertades públicas y derechos ciudadanos en contra de Perón y en contra de todos sus enemigos.”³⁰⁸

Si bien no es la tónica preponderante del escrito, un difuso antifascismo subyace en el planteo de la sección jujeña. La marcada preocupación por el control estatal de los

³⁰⁶ *Ibid.*, pp. 25 y 28. A pesar de su denominación, la FOTIA nucleaba no sólo a los sindicatos azucareros tucumanos, que ciertamente agrupaban a la gran mayoría de los afiliados, sino también a los de Salta, Jujuy y norte de Santa Fe (Pilipovsky, 2014:138).

³⁰⁷ “El PS sección Jujuy y la FOTIA”... : 37

³⁰⁸ *Ibid.*: 38



sindicatos, la “*violencia desembozada*” atribuida al naciente peronismo, la “*demagogia*” como herramienta de control de la clase trabajadora, podrían ayudarnos a comprender por qué Rey y sus compañeros elegían al partido de Ghioldi y Repetto, ya posicionado en irreductible oposición al nuevo fenómeno, para desarrollar su política entrista, en un momento en que los sindicatos adherentes a la candidatura del coronel Perón se habían provisto de una herramienta política para canalizar ese apoyo desde una posición de clase y dotándose de un programa propio.³⁰⁹ Volveremos más adelante sobre esto. Por ahora notemos que los socialistas jujeños, trotskistas a fin de cuentas, combaten al peronismo con argumentos y orientaciones propias, de marcado tinte obrerista; pero no dejan de ubicarse, más allá de su disconformidad con la formación de la Unión Democrática, dentro del heterogéneo frente antiperonista que resulta derrotado en las elecciones del 24 de febrero (imagen)³¹⁰.

Tal vez fruto de esa desconfianza en la táctica electoral frentepopulista adoptada por las principales corrientes de izquierda, la victoria del coronel Perón parece sorprender menos a los socialistas del noroeste que a la dirigencia partidaria nacional, cuya certeza en el triunfo de la coalición opositora había sido tan inquebrantable como profundo fue el impacto de su fracaso. El desconcierto en las filas socialistas, como ya hemos mencionado, abre lo que Carlos Herrera (2012) denominó la “*crisis peronista*” del PS, un proceso de largo aliento que no se detendría ni siquiera con el derrocamiento de Perón (por el contrario, culminaría en el gran cisma partidario de 1958) y cuyo último capítulo bajo el peronismo sería justamente la escisión que diera origen al PSRN.

³⁰⁹ De Lucía (2006) señala que el régimen partidario relativamente laxo del PS lo había vuelto atractivo desde siempre para las periódicas iniciativas entristas de distintas corrientes trotskistas. Si bien este factor no puede soslayarse, no es menos cierto que en el polarizado escenario de 1945-46, la opción por el PS indicaba, en sí misma, una toma de posición respecto del peronismo.

³¹⁰ Acto del Partido Socialista en la Sociedad Obrera de Jujuy, ca. 1945-46, probablemente durante la campaña electoral de la UD. La mujer sentada en el centro es Irma B. Campero de Rey, quien asiste en representación de su esposo, en ese momento detenido por su participación en una huelga a fines de 1945 o ya exiliado en Bolivia, como detallaremos más adelante. Archivo personal de Silvia Rey Campero.

Pero estamos recién a comienzos de 1946. En medio del clima de zozobra que embargaba al PS, un centro socialista del barrio porteño de Boedo, en conocimiento del folleto que acabamos de analizar, dirigía una carta a la ciudad de San Salvador de Jujuy:

“Estimado camarada: Ha llegado a conocimiento de este centro que UD ha publicado un folleto sobre la “FOTIA”, del cual tenemos mucho interes de conocerlo, para dilucidar las graves cuestiones de orientación sindical que se discute en nuestro partido. Si es posible podría enviarnos (30) treinta ejemplares [...]. Sin más saludo a UD con la mayor cordialidad y reciba nuestro saludo.”³¹¹

La respuesta a la escueta misiva no se hizo esperar. Fue remitida tres días después, en tres páginas con membrete del estudio de abogados Rey-Brizuela. Más allá de atender el pedido puntual, el remitente aprovecha para compartir con su camarada de la 8ª sección del PS capitalino sus impresiones respecto del resultado electoral:

“Creo, compañero, que las últimas elecciones implican una dura lección para nuestro partido. La derrota ha castigado en nosotros, socialistas, el abandono de las posiciones de clase y revolucionarias que nos pertenecieron y que nos pertenecen, de acuerdo a nuestra declaración de principios y a nuestras concepciones marxistas.- La clase trabajadora [...] votó con un sentido social muy claro.- Entre los que solamente planteaban [...] un punto de vista meramente político –“por la democracia contra el nazismo”– y los que , demagógicamente o como fuera, lo hacían con un contenido social, se decidieron por los últimos.- Faltó el TERCER FRENTE proletario.- Ni democracia burguesa ni demagogia totalitaria: SOCIEDAD SOCIALISTA”.- Esa hubiera sido nuestra posición.”³¹²

Como vemos expresado con claridad, la concepción que íntimamente animaba a los trotskistas norteños era mucho más próxima a la del GOM de Nahuel Moreno (por mencionar un caso conocido por nosotros) que a la directiva de la conducción socialista. Es que, justamente, el intercambio de Rey con los socialistas del centro de Boedo (a la postre, partícipes del Movimiento Socialista y el PSRN) nos ofrece un claro ejemplo de lo que implicaba la táctica entrista de los trotskistas en el viejo partido socialdemócrata. El contexto post-electoral de 1946 parecía inmejorable para el desarrollo de esa política, debido justamente al clima de aturdimiento que embargaba al PS. No se trataba sólo de la derrota electoral, sino también de la pérdida de la representación parlamentaria por primera vez –exceptuados, desde luego, los interregnos dictatoriales– desde la sanción de la Ley Sáenz Peña. En ese contexto, reclamando su pertenencia a la organización, esgrimiendo un discurso reivindicativo de sus banderas fundacionales e invocando incluso la *sagrada* Declaración de Principios, redactada por Juan B. Justo y aprobada en el congreso de fundación del PS, los trotskistas buscaban extender su influencia más allá de

³¹¹ Carta de José Roble (Sec. Subcomisión gremial del PS- sección 8ª) a Esteban Rey. 30-4-1946. Archivo CeDInCI, fondo J. Paniale. La dirección de los remitentes no es un dato a soslayar. Se trata del local partidario de la calle Loria 1194, (mencionado en el cap. 1, p. , nota), que años más tarde funcionaría como primera sede del Movimiento Socialista/PSRN y centro de “redacción y administración” de los primeros números del periódico *La Vanguardia (Tercera etapa)*.

³¹² Carta de Esteban Rey a José Roble. 3-5-1946. Archivo CeDInCI, fondo J. Paniale.

las provincias del norte, tratando de radicalizar a los sectores del viejo partido que pudieran mostrarse proclives a su política.

“La derrota nos ha arrojado hacia atrás. Pero tal vez ello sea para bien.- [...] Nosotros, el Partido Socialista, debemos dejar de ser una expresión de la pequeña burguesía liberal para transformarnos en una vanguardia obrera decidida e implacablemente socialista.”³¹³

Inmediatamente, como corolario de este razonamiento, Rey da un salto lógico hacia una caracterización del peronismo que pronto abordaremos en profundidad:

“Perón, empleando demagógicamente la lucha de clases, ha logrado vencer a la más formidable coalición política que conozca nuestra historia. Debemos aprender. Que no se nos venga de ahora en adelante a decir que los trabajadores no son capaces de determinar la suerte política de la nación.- La clase obrera HA DEMOSTRADO que puede DETERMINARLA.”³¹⁴

Es que, más allá de las tácticas concretas de los trotskistas para ganar influencia en las filas del PS, es indudable que los meses posteriores a las elecciones del 24 de febrero fueron, forzosamente, un momento de balance y deliberación en toda la izquierda –y no sólo en ella– respecto de la caracterización de un fenómeno político y social que evidentemente estaba en marcha y tendía a consolidarse, ahora refrendado en las urnas por el veredicto de un millón y medio de votos, en su gran mayoría obreros y populares. Orientada a ese esfuerzo de conceptualización estuvo una segunda minuta elaborada por Rey en representación de la sección jujeña del PS, titulada llanamente con los interrogantes “¿Qué es el peronismo? ¿Qué es el socialismo?”³¹⁵

A pesar de permanecer en un posicionamiento claramente opositor, algunas definiciones del folleto llaman la atención porque salen de los lugares comunes del discurso antiperonista, comenzando por aquellos que se empeñaban en considerarlo un episodio pasajero, una suerte de malentendido que no tardaría en aclararse (tal era, como sabemos, la postura plasmada en los textos de Américo Ghioldi y predominante en la dirección del propio PS). Rey, por el contrario, sostiene respecto de la nueva coyuntura:

“Es claro que en adelante trabajaremos bajo la presión de nuevas condiciones. Algo ha cambiado en el país. No podemos ignorarlo. [...] Resulta evidente que [la aparición del peronismo] ha conmovido en forma profunda las organizaciones partidarias tradicionales del país. Virtualmente, con su arrolladora fuerza, quebró todas las viejas estructuras políticas.”³¹⁶

A la hora de explicar el resultado electoral, aunque no se priva de definir al presidente electo como un “*candidato militar apoyado por el ejército y los frailes, y*

³¹³ *Ibid.*

³¹⁴ *Ibid.*

³¹⁵ Rey, E. “¿Qué es el Peronismo? ¿Qué es el Socialismo?” Tucumán, dic. 1946. Se trata en realidad de la exposición de Rey ante un congreso partidario a mediados de abril de ese año, luego transcrita como folleto. Se edita en diciembre de 1946 con un prólogo de Lázaro Barbieri, quien militó con Rey, por lo menos, hasta la huelga azucarera de 1949 (cf. Spilimbergo, 2003). Años después, Barbieri sería gobernador de Tucumán (1963-66) por la UCR del Pueblo.

³¹⁶ *Ibid.*, pp.11,14.

sustentado por todo el aparato del Estado burgués”, admite que “*una mayoría de obreros, pequeños burgueses pobres y campesinos pauperizados*” fueron quienes “*torcieron la elección*” a su favor, debido a que, a diferencia de la oposición, supo plantear los problemas sociales de cara a los trabajadores; e incluso llega a captar de alguna manera lo que Daniel James (1990:40) denomina el “*herético impacto social*” del discurso peronista para la clase trabajadora, con su carga de irreverencia y subversión simbólica de las jerarquías sociales:

“En tanto que nosotros [...] nos reducíamos a repetir viejas y gastadas frases sobre la libertad, la democracia, el nazismo y el fraude [,] Perón, con avisado tino, [...] desnudó el panorama de la explotación capitalista contra los trabajadores [...]. Hizo más: permitió que las organizaciones sindicales [...] se difundieran por todas partes [...]. Toleró la indisciplina y la insurrección verbal contra los patrones.”³¹⁷

Esta constatación de los errores propios y los aciertos del adversario lleva a Rey a reafirmar una caracterización que ya vimos esbozada en el escrito previo a las elecciones y expresada con claridad en la carta a los socialistas de Boedo: la primacía del clivaje clasista por sobre el político-partidario.

“La gente, en esta hora del mundo y del país, se determina, como se determinó en octubre de 1945 y en febrero de 1946, más por situación social de clase que por afinidad política de partido. [...] La derrota [...] ha sido [...] consecuencia del criterio meramente político con que encaramos la cuestión electoral en la que se debatían profundas cuestiones sociales y en las que las masas se polarizaron y se determinaron, antes que nada, por su situación clasista; y este planteo político, equivocado completamente, nos fué impuesto a los socialistas por nuestra participación en la Unión Democrática. [...] Contrariamente, la victoria de Perón es una victoria por haber sabido, demagógicamente, aprovechar la justa teoría de la lucha de clases.”³¹⁸

Atrás quedaba la atribución al peronismo de un ascendiente exclusivo sobre “*elementos desclasados*” y sectores “*atrasados*” de la clase trabajadora. Era ahora caracterizado como un fenómeno que expresaba –aun de manera distorsionada– algo tan genuino como la lucha de clases y las ansias de emancipación del proletariado. La tarea de los socialistas consistía, entonces, en constituirse en abierta expresión de la clase obrera, desligándose de los aliados que –se supone– se lo habían impedido.

“La Unidad Democrática ha terminado para nosotros. Se concretó, de acuerdo a directivas nacionales del partido, al solo efecto de las elecciones del 24 de febrero. [...] Solos nuevamente, [...] levantamos la bandera de la lucha de clases y decimos que no descansaremos hasta no derrotar definitivamente al capitalismo explotador.”³¹⁹

En otro pasaje del discurso, Rey se introduce en una cuestión que desde hacía tiempo, incluso ante las primeras evidencias del fenómeno que daría en llamarse luego *peronismo*, había motivado las reflexiones de distintas corrientes políticas e intelectuales:

³¹⁷ *Ibid.*, p. 11

³¹⁸ *Ibid.* pp. 12-13

³¹⁹ *Ibid.*, pp. 13-14

¿Correspondía ese fenómeno a la tradición argentina? ¿Era el peronismo una expresión de “lo argentino”? Como hemos mencionado en otra parte, las izquierdas que le eran más adversas habían ofrecido una respuesta dual para ese interrogante: por momentos el naciente movimiento era considerado como una aberración ajena a la historia nacional, sólo asimilable a los totalitarismos europeos; pero por otra parte, se lo inscribía también en una genealogía de *caudillismo y barbarie* que se presumía superada tras la *tiranía* de Rosas y cuya reaparición al cabo de un siglo generaba una particular combinación de repudio, incredulidad y estupefacción.

La hipótesis de Rey sólo se asemeja a esa lectura en su ambivalencia: para él, en efecto, el peronismo “era y no era” argentino, pero por razones muy diferentes. En el componente *argentino* que Rey le atribuye también se deja ver, curiosamente, la huella de una arraigada matriz de interpretación del socialismo fundado por Juan B. Justo, según la cual los partidos políticos argentinos adolecían de rémoras tradicionales (la llamada *política criolla*) y, para transformarse en partidos modernos, debían apuntar a representar con claridad los intereses de determinados sectores sociales y adoptar definiciones programáticas precisas (Martínez Mazzola, 2008: 115). En esa línea, Rey sostiene que “*el peronismo es argentino por su confusión ideológica, por la capitalización por fuerzas de derecha, de militares y de frailes, del potencial revolucionario de las masas*”.³²⁰

Si bien se observa, para un dirigente que hablaba en nombre del PS no era poca osadía reconocer un “*potencial revolucionario*” a las masas que apoyaban al presidente electo. Argumentos como este sólo podían hallarse por entonces en la prensa de los pequeños grupos trotskistas que analizamos en el tercer capítulo y comenzaban a hacerse algún lugar en las deliberaciones del comunismo –donde, de todas formas, eran rápidamente sancionadas por la dirección partidaria.³²¹ Volviendo a la argumentación de Rey, hemos aquí el elemento *no-argentino* –o, debiéramos decir, *no sólo argentino*– del peronismo: el triunfo peronista era, según su lectura, “*la expresión local de la lucha obrera contra la burguesía*”; una manifestación de un ascenso revolucionario mundial similar al de la primera posguerra, del cual constituía sólo una primera expresión.

³²⁰ *Ibid.*, p. 15.

³²¹ Nos referimos, desde luego, a la primera repercusión notoria que tuvo la derrota de la UD contra el “*nazi-peronismo*” en las filas comunistas: la disidencia planteada por una célula de militantes ferroviarios apoyada por importantes intelectuales del partido como Rodolfo Puiggrós y Eduardo Astesano. El balance hipercrítico del grupo respecto de la política adoptada frente al peronismo condujo a su inmediata expulsión. Luego de batallar infructuosamente por la realización de un “Congreso Extraordinario” del PC, el grupo terminaría conformando una organización independiente denominada Movimiento Obrero Comunista (v. Acha, 2006; Amaral, 2000; Shulmann, 2001)

Sin dejar de ubicarse en el campo antiperonista, entonces, los socialistas jujeños introducían un matiz importante con la caracterización de la conducción partidaria a la cual, en teoría, reportaban: el peronismo no era reductible a un mero hecho regresivo y totalitario. Por el contrario, más allá de la voluntad de su conductor y sus cuadros dirigentes, el movimiento era considerado una expresión (aunque anómala) de un fenómeno progresivo y necesario que, en su desarrollo y más temprano que tarde, conduciría a una agudización del conflicto de clases; conflicto que el peronismo en el gobierno no estaría en condiciones de conjurar y, mucho menos, de expresar. Esto último era, justamente, tarea de los socialistas:

“El ‘peronismo’ no es el fin de un proceso de lucha social, sino su comienzo. Con él no concluye la lucha sino que empieza. No es el programa de las masas proletarias sino la expresión informe de sus anhelos por tener un programa proletario. Esto que es claro para nosotros lo será también para la inmensa mayoría de los trabajadores [...]. Somos, desde ya, el inevitable futuro. Nada podrá impedir que lo seamos.”³²²

La afirmación poco tenía de retórico. El ontológico optimismo de las corrientes marxistas de aquellos años se pretendía validado por una teoría científica y una auténtica filosofía de la historia. La certeza respecto del futuro de la humanidad acaudillada por la clase obrera y del papel indicado al propio partido como vanguardia consciente de esa clase era una suerte de axioma sobre el que el propio Rey, con trece años más y algunas derrotas sobre sus hombros, reflexionaría autocríticamente.³²³ Por ahora, señalemos que lo notable del fragmento es que una corriente del Partido Socialista, que no se desdice en lo sustancial de su prevención respecto del naciente peronismo, reconozca a éste un lugar en su teleología marxista. Pero justamente en ese marco, a la hora de arriesgar un pronóstico, el optimismo revolucionario juega una mala pasada a Rey:

“El ‘peronismo’ triunfante marcha ahora hacia su disgregación política. [...] Se trata [...] de un movimiento política y socialmente complejo. [...] Dentro del ‘peronismo’ se destaca [...] el sector obrero organizado en su inmensa mayoría en el partido laborista; sector éste que quiere realizar una política proletaria y anti-burguesa. [...] Tiene sus bases de sustentación en el movimiento sindical. Y recibe las presiones y las influencias de ese movimiento. Allí está el origen de su fuerza. Y allí está también, [...] su debilidad.”³²⁴

³²² “¿Qué es el peronismo...”, p. 16.

³²³ Respondiendo la encuesta de Carlos Strasser a distintos referentes de la izquierda argentina, Rey formularía una autocrítica que pareciera una respuesta al fragmento citado: “Creíamos que éramos el país. Más todavía: que el país verdadero estaba representado por nosotros como vanguardia lúcida y que el porvenir nos pertenecía [...]. Sólo mucho más tarde descubrimos nuestra equivocación [...] ¿Fuimos una verdadera izquierda argentina? Los resultados responden por nosotros” (Strasser, 1959: 215).

³²⁴ “¿Qué es el Peronismo? ...”, p. 31. Nótese cómo el vocablo “peronismo”, entrado 1946, permanece entrecomillado, detalle que nos revela, quizá, que la identidad *peronista* se hallaba aún en proceso de conformación. Si bien la denominación había estado presente en las consignas de la campaña electoral e incluso desde los primeros actos de apoyo a Perón como Secretario de Trabajo y Previsión (Grimson, 2019:.....), no contaba aún, por así decirlo, con una “validación” desde el gobierno entrante. Por esos meses, el presidente electo daba la orden de disolver y unificar los diversos grupos que le habían dado apoyo y organizado su victoria electoral (el Partido Laborista, la Junta Renovadora de la UCR y el Partido

Esa debilidad, desde luego, se percibe en la imposible conciliación de esa base de sustentación obrera con la naturaleza capitalista del gobierno y sus compromisos con la burguesía. Por otra parte, en la enumeración de los restantes componentes del frente peronista reaparecen los prejuicios “democráticos”: Rey identifica en primer lugar a los “*fascistas que quieren hacer de la Argentina una potencia imperial*”, a quienes señala como una eventual fuerza de choque de la burguesía industrial contra el proletariado. Luego refiere a un sector “*oportunista, sin principios, que busca puestos cómodos y bien rentados*”, y por último señala a los “*malevos de toda laya y detritus sociales de toda especie*”...³²⁵

Otro pronóstico, más acertado, es que para conjurar el desafío potencial de una clase obrera organizada de forma independiente, Perón impondría la unificación de todo el movimiento.

“Perón comprende el peligro de un movimiento proletario [...] con base sindical amplia y de carácter independiente, como puede ser el laborismo, el que podría de entrada superar los límites de su gobierno e imponerle reivindicaciones que él no puede cumplir, dentro de este régimen social, ni lejanamente. [...] Por eso no quiere un movimiento obrero independiente [...]. De allí que imponga la unión [,] la confusión total de todos los cuadros.”³²⁶

Sin embargo, nuevamente el optimismo conduce a Rey a una conclusión apresurada: la iniciativa presidencial de unificar y *confundir* a todas las tendencias del variopinto movimiento peronista...

... “no tendrá mucha duración. Vendrá la lucha y vendrá la dispersión. Se crearán entonces las condiciones para [...] enseñar de nuevo a los obreros engañados el valor de la vieja consigna marxista: la liberación de los trabajadores será obra de los trabajadores mismos.”³²⁷

Habida cuenta de esta caracterización, debemos notar que la posibilidad de incidir desde su interior en la pronosticada crisis del heterogéneo frente peronista, militando al interior de su expresión obrera –el Partido Laborista– parecía entrar en el terreno de lo impensable para los trotskistas norteros y, en general, argentinos.³²⁸ Aún con todas las

Independiente o “Centros cívicos Coronel Perón”, de raíz conservadora), proponiendo en primer término la denominación de Partido Único de la Revolución Nacional. Sería en el curso de ese proceso de unificación y reorganización partidaria que Perón se decidiría finalmente a identificar su propio nombre con el del movimiento que conducía y la doctrina que buscaba instituir, denominando Partido Peronista a su expresión institucional (Altamirano, 2002b: 232, 234).

³²⁵ *Ibid.*, pp. 31-32

³²⁶ *Ibid.*, p. 33

³²⁷ *Ibid.*

³²⁸ La integración o entrismo de grupos trotskistas en el Partido Laborista fue inexistente hasta donde sabemos. No se planteó siquiera como una alternativa, aun entre los grupos que vieron con simpatía la movilización del 17 de octubre y el triunfo de Perón sobre la UD. Esto no deja de llamar la atención, por cuanto los impulsores del PL (Cipriano Reyes, Luis Gay, entre otros) se proponían una organización independiente de los trabajadores en un partido de base sindical, lo cual, *prima facie*, podría haber despertado interés entre los trotskistas, empeñados por aquellos años en explorar vías de inserción en la clase obrera.

discrepancias con las caracterizaciones o la orientación política y sindical dictada por una conducción partidaria cada vez más irreductible en su antiperonismo, el grupo de Rey seguía considerando al viejo PS como la herramienta más apta para desarrollar una política de agitación sobre la clase trabajadora de las provincias del norte.

Una impresión general que surge de estos primeros escritos es la vocación de Rey, en tanto dirigente y principal teórico del grupo jujeño, de aceptar el desafío conceptual que planteaba el desconcertante movimiento peronista para la izquierda argentina. Con ese fin echa mano de las referencias teóricas más corrientes en el medio trotskista, pero las conjuga de una manera muy singular. Queremos decir con esto que su interpretación respecto de la coyuntura se nutre de varias de las lecturas que por entonces circulaban en el trotskismo argentino, pero a su vez, no se deja encorsetar en ninguna de ellas. Mencionaremos brevemente algunos ejemplos.

Respecto del viejo y arduo debate en torno de la *liberación nacional* como fase necesaria del proceso revolucionario argentino, Rey no toma partido de modo explícito. Su férreo obrerismo, ciertamente, parece inclinarlo por la tesis de Héctor Raurich y Antonio Gallo, en tanto tiende a considerar a la burguesía industrial como la clase dominante a nivel nacional y, por lo tanto, a postular el conflicto burguesía-proletariado como eje central del análisis y tarea excluyente de los socialistas.³²⁹ Sin embargo, esto no le impide, a continuación, bordear (también de modo implícito) el argumento de Trotsky respecto de los *bonapartismos sui generis*, que, como recordamos, constituía un punto nodal para los grupos trotskistas que se acercaban al peronismo, precisamente por considerarlo un fenómeno progresivo en la lucha antiimperialista que juzgaban prioritaria para el desarrollo de la revolución en la Argentina:

“El ‘peronismo’ [es] en parte, producto de la necesidad que tuvo la revolución de 1943 de encontrar nuevas bases de sustentación cuando las fuerzas de la burguesía industrial, arrastrando tras de sí a la clase capitalista, giraron para buscar, contra la revolución, nuevas soluciones políticas [...]. El ‘peronismo’, es así un movimiento político-social de trascendencia obrera que

Oswaldo Coggiola (1985: 107) sostiene que uno de los iniciadores del trotskismo argentino, Pedro Milesi, ya jubilado, se había integrado al Partido Laborista, aunque de manera individual y no como parte de un grupo. Pero incluso este dato –de por sí marginal– es controvertido: en una biografía mucho más reciente se afirma que Milesi, aunque había militado en el terreno sindical con Gay y otros dirigentes laboristas, propició en 1945, “una tercera opción frente al peronismo y la Unión Democrática” (Tarcus, 2007: 424).

³²⁹ “¿Qué es el Peronismo? ...”, p. 29. De hecho, en un medio en que las diferencias políticas solían cobrar fácilmente la forma de enconos personales, contamos para esta época con un indicio de una relación cercana, o al menos de cordialidad y cierto afecto, entre Rey y Raurich, quien también se hallaba embarcado, desde 1945, en una experiencia entrista en el PS. Al editarse el libro que analizaremos en el próximo apartado, su autor dedicará un ejemplar de puño y letra “a Héctor Raurich, amigo y magnífico ejemplo de lo que será el hombre en la sociedad socialista, con afecto de [firma de Esteban Rey]. Marzo de 1947” (Rey, 1947: 7. Ejemplar de la biblioteca del CeDInCI).

sirve de sustentáculo a una estructura capitalista. La contradicción entre la estructura capitalista y el movimiento obrero de masas es la que le otorga esa tónica de inestabilidad, característica capital de todo el movimiento.”³³⁰

En realidad, la apropiación que hace Rey del concepto de bonapartismo es original; diríase *sui generis*, aunque en un sentido muy distinto del planteado por el fundador de la IV Internacional. En algún punto parece revertir a la primigenia concepción marxista, justamente, porque deja al imperialismo –el factor más novedoso en el planteo de Trotsky respecto de los países dependientes– por fuera de la ecuación. Esto nos lleva de nuevo a la tesis de Raurich-Gallo, que consideraba a la Argentina como una formación capitalista relativamente desarrollada, lo que tornaba abstracta la consigna de la liberación nacional como eje programático. Por otro lado, sin embargo, Rey parece recoger e incluso radicalizar el planteo de Trotsky, cuando afirma que el gobierno peronista, ante la defección de la burguesía nacional, se apoyaba esencialmente (aun sin dejar de ser un defensor de la estructura capitalista) en la movilización obrera para sostenerse en el poder.

En otro pasaje del texto, el dirigente del PS jujeño esboza también un argumento que, tiempo más tarde, desarrollará Jorge Abelardo Ramos: el de la vocación expansionista (Ramos diría, *integradora*) de la burguesía industrial argentina sobre el continente sudamericano. En referencia al gobierno surgido del golpe de 1943, afirma Rey que esa clase...

“[...] había [...] establecido una comunidad de puntos de vista con la institución armada. La hegemonía sud-continental de la burguesía industrial argentina que ésta persigue resultaba también, de manera inevitable, la hegemonía militar del ejército argentino sobre todo el continente sudamericano.”³³¹

Páginas más adelante, acude a una analogía histórica para insistir en el mismo argumento:

“[...] el gobierno de la revolución se embarcó en una política de ‘sollverein’³³² económico en América. Propuso y presionó diplomática y económicamente, para obtener tratados de unidad aduanera con Chile, Uruguay, Paraguay y toda América del Sur; tratados que liberarían de derechos aduaneros a los productos industriales argentinos [...]. Para afianzar esta política y para imponerla en su caso a la prusiana, el gobierno de la revolución y la burguesía se lanzaron a dar formas a fabulosos planes americanistas.”³³³

El tiempo pretérito que utiliza Rey para referirse al gobierno del 4 de Junio no es una pura cuestión de estilo: el atribuido hegemonismo *sud-continental* corresponde estrictamente, para el analista, a ese régimen en que la institución armada había dirigido el

³³⁰ Ibid., pp. 30-31

³³¹ Ibid., p. 17

³³² El término “Sollverein” (en rigor, *Zollverein*), remite a la unión aduanera entre los estados de la Confederación Alemana en el siglo XIX, previa a la unificación del Imperio Alemán bajo la hegemonía de Prusia en 1871.

³³³ Ibid., p. 21

Estado como clara expresión de los intereses de la burguesía industrial. Como acabamos de ver, no obstante, Rey consideraba que, en 1945, la burguesía como clase había girado hacia la Unión Democrática, obligando a la revolución de Junio, por medio de su carismático Secretario de Trabajo y Previsión, a cimentar sus apoyaturas obreras y populares.

Si bien se mira, ni el propio peronismo (que por lo menos hasta 1955 seguiría reconociendo al 4 de Junio como fecha fundacional),³³⁴ ni la conducción socialista, ni las distintas vertientes del trotskismo analizadas en los capítulos previos postulaban la existencia de una discontinuidad tan radical entre el régimen militar de 1943-46 (expresión cabal del plan de hegemonía *sud-continental* de la burguesía industrial argentina) y el gobierno surgido de las jornadas de octubre de 1945 y las elecciones de febrero del año siguiente (gobierno capitalista, pero *abandonado* por la burguesía industrial y sustentado en la emergencia en un “*movimiento político-social de trascendencia obrera*” que sería, además, “*la expresión local de la lucha obrera [mundial] contra la burguesía*”). No se trata aquí de juzgar la mayor o menor precisión de estas interpretaciones de la coyuntura política en que los socialistas norteños se proponían intervenir, sino de destacar la vocación intelectual de quien las postulaba. Nos encontramos, en un contexto de ruptura histórica y consecuente incertidumbre, frente a un analista singular de la política y la sociedad argentina. En cualquier caso, algo más que un mero *agitador*.

El general Perón en el espejo boliviano

Tampoco se trataba, sin embargo, del inicio de un camino lineal hacia una postura de izquierda filo-peronista. Nos permitiremos insistir en un punto: más allá de sus discrepancias con la conducción socialista y su matizada interpretación del emergente peronismo, “el Chango” Rey y sus camaradas de la federación jujeña no parecían cuestionarse el hecho de batallar por sus posturas maximalistas al interior del PS, un partido que ya se caracterizaba –y lo haría cada vez más– por su condena sin atenuantes al *hecho peronista*; condena que, con la ratificación electoral del “*candidato imposible*”, comenzaba incluso a dejar de estar restringida al gobierno y al líder, para extenderse también a sus bases obreras y populares.

En esta opción, seguramente, jugaba un importante papel la tradición trotskista del entrismo en los partidos socialdemócratas, táctica en la que los militantes del PS jujeño, o

³³⁴ Sin ir más lejos, los dos periodos de Juan Perón como presidente constitucional se inauguran en esa fecha, mientras que, por ejemplo, el distrito de Lanús, al separarse de Avellaneda y constituirse en municipio, es denominado 4 de Junio, nombre que conservará hasta el golpe de 1955.

al menos el dirigente que los orientaba, eran “reincidentes” como hemos dicho. Sin embargo, es probable que también hayan gravitado en esta decisión ciertos conceptos muy arraigados en la cultura de la izquierda argentina, que como veremos en este breve apartado, se retroalimentaban con el análisis de otras realidades del continente.

Luego de pasar una temporada en prisión entre fines de 1945 y comienzos del año siguiente, debido a su activa participación en un movimiento huelguístico de la capital jujeña, nuestro protagonista cruzó la frontera hacia Bolivia, que por esos días venía de atravesar una de sus recurrentes convulsiones políticas: el derrocamiento y asesinato del presidente Gualberto Villarroel. Ya sabemos que a Rey la política boliviana no le era ajena. Lo hemos visto, en los treinta, denunciando la guerra del Chaco en colaboración con militantes desterrados del país andino, con quienes había hecho sus primeras armas en la militancia trotskista. A mediados de 1946, era él quien llegaba a La Paz en calidad de exiliado y, al mismo tiempo, como cronista de *La Vanguardia* y de *El Intransigente* de Salta para cubrir los recientes sucesos.³³⁵

El teniente coronel Villarroel, ascendido a la primera magistratura en 1943 por un golpe de Estado y luego ratificado como presidente constitucional, promotor de importantes reformas sociales y económicas y acusado por sus opositores de actitudes demagógicas y simpatías nazi-fascistas, ofrecía sugestivas reminiscencias para el observador argentino, con la particularidad de que su ciclo político había finalizado de manera drástica: el 21 de julio de 1946, el presidente había sido sorprendido por una turba que irrumpió en el Palacio Quemado (sede del gobierno), linchado por la multitud y colgado en una farola de la Plaza Murillo (Mires, 1988:251). La revolución había contado con un arco de promotores que iba desde la embajada norteamericana y los “barones del estaño”, hasta los estudiantes universitarios y corrientes de izquierda como el estalinista Partido de Izquierda Revolucionaria³³⁶ y el Partido Socialista Obrero de Bolivia, donde militaba ahora el viejo mentor de Rey, Tristán Marof (Tarcus, 2007:395)

³³⁵ El diario *El Intransigente* era propiedad de David Michel Torino, dirigente radical, gran terrateniente y bodeguero de los valles calchaquíes. El medio, que desde 1943 había expresado una fuerte oposición a la política de Perón en la provincia norteña, sería clausurado por “desacato” en 1949, a instancias de la *Comisión Visca*. (Del Valle Michel, 2009; Luna, 2013b:8). Sobre la reconfiguración de las élites económicas y políticas durante la formación del peronismo en Salta, v. Del Valle Michel, Torino y Correa (2003).

³³⁶ Si bien no existía en Bolivia un partido reconocido como sección oficial por la Internacional Comunista por la URSS, el PIR era la corriente que actuaba bajo la bandera del marxismo stalinista. Como tal, a mediados de los cuarenta centró su política en la conformación de un gran “frente democrático antifascista” contra Villarroel y participó activamente en los sucesos de Julio. Su colaboración con los gobiernos posteriores a la revolución, dominados por “la rosca” minera y terrateniente, le generó un gran desprestigio y un rápido declive. En 1950, sectores escindidos de la juventud del PIR fundaron finalmente el Partido Comunista de Bolivia (Schelchkov, 2021: 3).

Desde una Bolivia aún conmovida por estos sucesos, Rey enviaba sus crónicas, que *La Vanguardia* recopilaría y publicaría en forma de libro al año siguiente (Rey, 1947). Aunque deja registro de algunos contrastes, como la ausencia de los mineros o la desconfianza con que fue recibido el movimiento de Julio entre los campesinos, desde las primeras líneas el corresponsal caracteriza sin dudas al acontecimiento como una revolución popular, democrática y antifascista:

“El 21 de julio de 1946, el pueblo boliviano liquidó en pocas horas a un gobierno de fuerza. [...] Lo que no ocurrió en Alemania y lo que sólo aconteció en Italia tras la invasión aliada [...] se produjo espontáneamente en Bolivia” (Rey, 1947: 7).

En esa misma tónica, a través de una vívida descripción desde el escenario de los hechos, Rey no duda en justificar el linchamiento de Villarroel y algunos de sus colaboradores más cercanos como una medida de justicia popular revolucionaria:

“Recorrimos palmo a palmo el lugar desde donde el presidente derrocado manejaba con mano de hierro a la nación boliviana; y a donde el pueblo llegara, en un instante tal vez único de la historia americana, a pedir cuentas y a cobrar agravios. [...] Frente a la Catedral y al Palacio de Gobierno se levantan separadas pocos metros unas de otras, cuatro [columnas de alumbrado] que ya no son para el pueblo, ni para nosotros, como las demás. Han adquirido una personalidad distinta y simbólica. Pareciera flotar aún a su alrededor, el halo jacobino de la justicia popular revolucionariamente ejercitada” (Rey, 1947: 15).

Más allá de esta reivindicación de la violencia revolucionaria en el momento álgido de la revuelta, el carácter eminentemente cívico y antimilitarista del movimiento que tomó el control del país tras la destitución de Villarroel es referido y destacado en varios pasajes de la crónica del corresponsal argentino:

“El militarismo [...] cavó su propia fosa en la mentalidad de este pueblo boliviano. Mucho años transcurrirán en el altiplano para que un militar pueda salir de sus cuarteles y pretender regir los destinos de su país” (Rey, 1947: 20).

Este aspecto se subraya especialmente en la descripción del clima social que se vivía en la capital del país, donde, por ejemplo, los estudiantes habían asumido la función de controlar el tráfico vehicular tras la disolución de la antigua Dirección General de Tránsito, sindicada como una suerte de organización paramilitar que el gobierno de Villarroel había utilizado para ejercer un control dictatorial sobre la población paceña. Durante el levantamiento, en efecto, esa dependencia había sido copada por los sublevados y su director, el mayor Max Toledo, leal a Villarroel, había corrido su misma suerte a manos de la multitud enardecida. Quizá imágenes como la de los jóvenes universitarios ejerciendo sin uniforme funciones de policía en la capital, invitaran al cronista a una visión algo romantizada de la atmósfera que se respiraba en la ciudad y, por extensión, en el país andino:

“La Paz resulta una ciudad civilizada. Civilizada integralmente. Ni un solo militar. Ni un solo policía con botones metálicos y brillantes. [...] La Paz se ha identificado con su nombre.” (Rey, 1947: 14)

Tal vez en conocimiento del público al que iban dirigidas las notas, lector de publicaciones abiertamente antiperonistas, el cronista se permite, a través del espejo boliviano, una crítica mucho más punzante que en los materiales del PS sección Jujuy hacia quien se invita a ver como el homólogo argentino del presidente derrocado y ajusticiado. Lo hace, por ejemplo, en referencia a la política social villarroelista, apelando a un argumento caro a los socialistas argentinos: el de la autoría primaria de las leyes sociales que el gobierno había impulsado.

“La legislación social, lo comprobamos, no surge del gobierno de Villarroel [...] y lo que debe hacer éste es tan sólo hacerla cumplir. Claro está que se dictan nuevas normas pero la inmensa mayoría [...] no les pertenece” (Rey, 1947: 25).

Si la intención de equiparar al gobierno de Villarroel con el peronista no hubiese quedado ya del todo clara, Rey sucumbe a la tentación de hacerla explícita a través de un comentario sarcástico:

“En una [...] publicación [...] se transcriben las leyes dictadas por el gobierno en beneficio del pueblo: [...] Decreto-ley de rebaja de alquileres [...]. Las [...] estipulaciones sobre cese de desalojos, etc., etc., nos son conocidas perfectamente. [...] El siguiente decreto es el de aguinaldos. Sigue en un todo los mismos lineamientos de algún otro que nosotros también conocemos perfectamente. Casi idénticas palabras [...] Pero, como en las películas, sería del caso adelantarse para decir: ‘Toda semejanza o parecido carece de intención y se debe puramente a la casualidad’” (Rey, 1947: 25).

La equiparación del gobierno peronista con el de Villarroel (y, por carácter transitivo, con el totalitarismo y aun el fascismo) abarca también a la caracterización de sus orígenes: la logia Mariscal Santa Cruz, promotora del golpe que en 1943 llevara al gobierno a Villarroel, es definida como una “*organización de tipo totalitarizante*” que – sostiene Rey– seguía “*las grandes directivas que presidieron en nuestro país el nacimiento del GOU*”, mientras que la fuerza política más gravitante en el gobierno derrocado, el Movimiento Nacionalista Revolucionario, es caracterizado sin rodeos como un partido de orientación fascista financiado por la embajada de la Alemania nazi (Rey, 1947: 33).

En suma, a través de una variada gama de herramientas retóricas –comparaciones, ironías, elipsis, alegorías– las definiciones categóricamente antiperonistas que se eludían o matizaban en los materiales de la sección jujeña del PS (en particular, la caracterización del peronismo como totalitarismo y su equiparación con el fascismo europeo), quedan más expuestas en las crónicas que Rey enviara desde Bolivia a lo largo de 1946. Sin embargo, pocos meses después de su publicación por editorial *La Vanguardia*, el PS decidiría sorpresivamente desembarazarse de los “*elementos trotskizantes*” que habitaban en su

interior y, en consecuencia, disolver su centro en la provincia de Jujuy. El “chango” rey y su grupo deberían buscar nuevos horizontes.

Un intento de organización independiente: El Movimiento Obrero Revolucionario

En el preludio a este capítulo hemos mencionado la circular en la que Juan Antonio Solari puso en conocimiento de los afiliados del PS la drástica resolución de su Comité Ejecutivo respecto del centro jujeño y, en particular, de su dirigente. En ese documento, que data de diciembre de 1947, se fundamenta la medida en el desacato de los socialistas norteños respecto de las orientaciones fundamentales del partido, tanto en el plano político como en el sindical, es decir, en relación a la campaña electoral de 1946 y, sobre todo, a su participación en organizaciones obreras como la FOTIA. En cuanto a Rey, Solari fustiga sus métodos “caudillistas” y sostiene que, a pesar de haber tenido en consideración su anterior expulsión por “*perturbador trotskysta*” al momento de readmitirlo en el partido, “*pensó el Comité Ejecutivo que podía tratarse de una labor llamada a orientarse [...] en el sentido de utilidad para la labor general del socialismo*”, expectativa que finalmente se había visto frustrada.³³⁷

Ese tono de decepción que emana del informe de Solari tiene bastante de retórico. Como analiza Daniel De Lucía (2006), la disolución del centro jujeño se debió más bien a la ruptura de un acuerdo de mutua conveniencia, en virtud del cual los trotskistas habían podido desarrollar su política bajo el paraguas de una organización legal y de conocida trayectoria como el PS, mientras que éste había asegurado –a costa de tolerar el entrismo del discolo abogado y sus camaradas– una presencia en la región del Noroeste al momento de conformarse la heterogénea coalición que se proponía evitar el triunfo electoral del peronismo. Además, por el perfil de Rey y su grupo, ese acuerdo había permitido al socialismo –es decir, a la Unión Democrática– alguna llegada a los sindicatos de la región, en particular a los de la industria azucarera.

Ahora bien, en el clima de desconcierto y catarsis abierto en el PS con la derrota de 1946, la presencia de los trotskistas en los organismos partidarios se había convertido en un verdadero dolor de cabeza para la dirigencia. El caso jujeño no era de ninguna manera el único: el propio informe de Solari afirma que la acción de Rey formaba parte de un fenómeno general de “*infiltración de elementos trotskizantes*” en todo el país, con

³³⁷ Solari, Juan Antonio; *Partido Socialista. Informaciones sobre la disolución del Centro de Jujuy*; Bs. As., diciembre de 1947, cit. en De Lucía (2006).

expresiones diversas en Córdoba, Santa Fe y La Plata. En esa situación de crisis y, para colmo, bajo el asedio de un gobierno peronista en pleno ascenso,³³⁸ el frente interno partidario debía cerrarse a toda costa.

Es a través de uno de esos grupos trotskistas que pescaban en el río revuelto del PS como nos enteramos del siguiente paso del “Chango” Rey y sus compañeros. No es otro que el Grupo Obrero Marxista de Nahuel Moreno, que, sin practicar una política entrista en toda la línea como los jujeños, seguía con atención la crisis en el socialismo y atizaba las acaloradas discusiones que se producían en las asambleas partidarias. En un acta de reunión del Comité Central del GOM, de noviembre de 1947, puede leerse lo siguiente:

“El compañero Moreno informa sobre la expulsión de Rey del P.S., anunciando que éste se apresura a formar un partido, ‘marxista revolucionario’, con todas las ‘izquierdas socialistas’.- Para eso, [Rey] ya ha echo un llamado a todos los centros, para que se solidaricen con él.-”

Ante este pedido, el grupo morenista resolvía apoyar al dirigente expulsado...

"[...] utilizando la influencia que tenemos en el P.S. [...], para lo cual se emite una resolución del Comité Central [...] que dice así: ‘El G.O.M., a través de los simpatizantes y contactos dentro del P.S., en esta emergencia, hace frente común con Rey para romper con la dirección del P.S.’”³³⁹

La tentativa de unir a distintas tendencias del trotskismo y a otras disidencias izquierdistas del PS en un amplio “partido marxista revolucionario” no prosperó; se diluyó en prolongadas negociaciones, que terminaron derivando en el siempre latente proyecto de unificación trotskista y fundación de una única sección argentina de la IV Internacional. En función de esas tratativas y de su persistente militancia en los sindicatos del noroeste, Rey y sus compañeros fundaron su propio grupo, al que denominaron Movimiento Obrero Revolucionario (MOR). Desde su bastión norteño, el MOR logró también hacer pie en la Capital Federal, con la incorporación de un grupo de jóvenes disidentes del socialismo. Uno de ellos era Adolfo Gilly, quien muchos años después mencionaría, en una entrevista de tono biográfico, su paso por la organización (Gilly, 2010:28).³⁴⁰

Ya a comienzos de 1948, sin embargo, el GOM, a través de ciertas trabas burocráticas, ponía paños fríos al ímpetu unitario de Rey:

“La última reunión general del G.O.M. [...] tenía el carácter de Pre-Conferencia Pro Constitución del Partido Sección Argentina de la Cuarta Internacional.- Consecuente con las

³³⁸ Recordemos, por ejemplo, que en agosto de 1947 el gobierno dispuso, a través de una resolución municipal, la clausura de los talleres gráficos de *La Vanguardia*, que debió interrumpir su tirada (Herrera, 2016: 3; cap. 1, p.....)

³³⁹ “Reunión del Comité Central del 11 de 1947. Grupo Obrero Marxista.” Archivo fundación Pluma (en adelante, *AFP*).

³⁴⁰ Junto con Gilly se sumaron al MOR Guillermo Almeyra, Mabel itzcovich, Carlos Lesca y “Chiquita” Constenla (Tarcus, 2007: 569). En 1949, no obstante, Gilly y Almeyra se separarían del MOR para incorporarse a otra organización trotskista, el Grupo Cuarta Internacional liderado por “J. Posadas” (Gilly, 2010: 29).

líneas emanadas de esa Pre-Conferencia, el G.O.M. decide abrir un período de discusión [...]. El G.O.M. no propone la unificación en este momento.- Abre únicamente la discusión sobre todos los problemas que incumben al Partido revolucionario; esta discusión culminará en un Congreso, que será el de constitución definitiva del Partido.”³⁴¹

De todas formas, a los fines de desarrollar esas negociaciones se constituyó un “Comité de Unificación” entre el GOM (que ese mismo año cambiaba su denominación a Partido Obrero Revolucionario - POR), el MOR y la Unión Obrera Revolucionaria (UOR), grupo liderado por Miguel Posse. Los unía, en general, una visión común –de clara oposición– respecto del peronismo. Esto los diferenciaba tanto de los grupos precursores de la Izquierda Nacional, analizados en el tercer capítulo, como del Grupo Cuarta Internacional (GCI) liderado por J. Posadas, que caracterizaba al peronismo de manera algo similar, como un movimiento nacionalista de masas dirigido por un representante de la burguesía industrial y, por lo tanto, progresivo en la lucha por la liberación nacional (aunque no dedujera de ello la necesidad de un *apoyo crítico* al gobierno justicialista) (Coggiola, 1985:118).

Gracias al fluido intercambio de notas, materiales y delegados entre las tres organizaciones del Comité de Unificación, nos enteramos del lugar que ocupaba el MOR en el complejo panorama del trotskismo argentino, así como de ciertas dificultades en su organización y algunas características atribuidas a su líder, incluso por los propios. Esto informa en 1949 un (no identificado) “*delegado del M.O.R.*” ante el Comité:

“Nuestra organizacion ha sufrido una mera escision.-Un grupo de compañeros presentaban frecuentemente posiciones diferentes que hacian cambiar de un dia para el otro la posicion del grupo.- En seguida comprobamos que tenian estrecha concomitancia con G.C.I. y reflejaban sus posiciones. Intentaban subordinar el M.O.R. a G.C.I. [...] En pleno se planteo la separacion de dos de ellos”³⁴²

“En el Norte hay vinculaciones de tipo personal alrededor del prestigio de E. Rey.- Hay grupos de gente obrera completamente desorganizada nucleada unicamente a traves de un trabajo sindical.- En Jujuy hay tambien algo pero completamente desorganizado y sin vínculos. [...]. Rey [...] sostiene una posición muy confusa con respecto a la formación del Partido.- Se le pidió escribiera al respecto.- Su disciplina es muy elastica.”³⁴³

Lo cierto es que, más allá de la “elasticidad” de su líder, el prestigio mencionado en primer término parece ser lo que aseguraba al MOR un asiento en la mesa de negociación de los grupos cuartistas. Además de ser un viejo conocido en el acotado ambiente del trotskismo argentino desde los años treinta, había sabido ganarse un nombre como abogado

³⁴¹ “Compañero Secretario General Grupo Obrero Marxista - GOM; Ruiz, Alberto”. Carta del GOM al MOR y la Unión Obrera Revolucionaria (UOR), 1-4-48. *AFP*.

³⁴² “Orden del día. Comité Pro Unificación POR-UOR”, 1949. *AFP*. Por la fecha del documento y la naturaleza de la polémica, es muy probable que los dos militantes expulsados sean los mencionados Gilly y Almeyra (v. nota 52).

³⁴³ *Ibid.*

defensor de los trabajadores y los sindicatos en lucha, combinando el saber jurídico con sus dotes de *agitador*.

Por esos años, en efecto, el estudio Rey-Brizuela seguía en plena actividad, llevando decenas de demandas ante el flamante fuero laboral, cuyo impulso desde el Estado nacional había contado en la provincia de Jujuy con un decidido acompañamiento por parte de las autoridades locales (Kindgard, 2020). Los trabajadores de los ingenios y de las minas eran parte actora en la mayoría de los expedientes, no sólo por la importancia de esas actividades en la economía local, sino también porque las condiciones de trabajo en esos rubros se habían caracterizado desde siempre por la precariedad y la arbitrariedad patronal.

En ambos gremios se desempeñaba Rey. Sabemos –y hablaremos en breve– de su rol como asesor legal de la FOTIA. En cuanto a los mineros, su estudio jurídico se abocó principalmente al patrocinio letrado de obreros de nacionalidad boliviana que trabajaban en los yacimientos de Pirquitas y El Aguilar, dos distritos del altiplano jujeño. Esa “especialización” se debió, sobre todo, al hecho de que los mineros bolivianos no estaban encuadrados en los sindicatos del rubro, fuertemente encolumnados primero en el laborismo y luego en el peronismo. Según reconstruye Adriana Kindgard en base a fuentes judiciales, el estudio Rey-Brizuela (al cual se sumaría en 1951 otro abogado, Andrés Fidalgo)³⁴⁴ patrocinó entre 1949 y 1955 a 111 trabajadores mineros en juicios por accidentes laborales o por “*enfermedad profesional equiparable a accidente de trabajo*”, como sostenían en sus escritos. Este era el objeto de la gran mayoría de las demandas incoadas, que se centraban en la insalubridad inherente a una actividad que, en más de una ocasión, se llevaba la vida de los mineros. Tal fue el caso de Julia Ugarte Vargas, ciudadana boliviana radicada en La Quiaca, quien en 1950 demandó a la empresa minera El Aguilar con el patrocinio de Rey y Brizuela, logrando finalmente el reconocimiento de la responsabilidad patronal en la muerte por silicosis de su marido y padre de su hija (Kindgard: 2020: 106).

Fue seguramente por esa implantación entre los trabajadores y en los sindicatos de la zona que los otros grupos trotskistas, aun cuando consideraban al MOR como una suerte de “socio menor” del Comité de Unificación, reconocían su preeminencia en el norte argentino. En esa línea, en noviembre de 1949 las tres agrupaciones firmaron un acta-acuerdo para trabajar conjuntamente en el noroeste, en donde la UOR y el POR se

³⁴⁴ Según refiere la misma autora, Fidalgo, oriundo de la Capital Federal pero al igual que Rey graduado en la Universidad de Córdoba y radicado en Jujuy, sería autor, años después, de unos versos alusivos a las penurias del trabajo en las minas, luego musicalizados por Horacio Guarany: “No te cases con minero/ la silicosis lo ama/ y a dos metros bajo tierra/ le está tendiendo la cama” (Kindgard, 2020: 107).

comprometían a someter a la “*disciplina del MOR*” a los militantes que enviaran a la región:

“Considerando la necesidad imperiosa de que el movimiento trotskista haga oír su voz en el seno del proletariado norteño y teniendo en cuenta al mismo tiempo la debilidad de nuestro movimiento en aquellas regiones, la UOR, el MOR y el POR [...] 1.- [...] deciden coordinar sus fuerzas para actuar [...] en Tucumán, Salta y Jujuy. 2.- Dicho trabajo tendrá como objeto inmediato reforzar la actividad de los camaradas del MOR que actúan en esas provincias. 3.- Para ese fin los tres grupos deciden [...] enviar un camarada de la Capital a las provincias del Norte [...] 5.- El camarada delegado estará sujeto a la disciplina del MOR [...] 7.- Mientras dure este acuerdo, la UOR y el POR se abstendrán de realizar ningún trabajo político en las provincias mencionadas.”³⁴⁵

Nuevamente, la implantación en las provincias del noroeste y el respeto que el “Chango” Rey se había ganado entre los trabajadores de esa región constituía el gran activo del MOR en un país cuya estructura “macrocéfala” (con una gran ciudad-puerto que concentraba la riqueza y la población que escaseaban en las provincias interiores) se había reproducido necesariamente en la conformación del movimiento obrero y aún más en la inserción de las corrientes de izquierda a su interior. Así como, años atrás, el PS había tolerado el entrismo de los trotskistas en su sección jujeña porque le aseguraba una presencia política en su zona de influencia, ahora eran los otros grupos cuartistas quienes veían en el MOR una vía de acercamiento al proletariado del noroeste (el inciso 7, intuimos, era una de esas reglas “hechas para romperse”).

Como vimos, el acta comienza aludiendo a una “*necesidad imperiosa*” de que el trotskismo “*haga oír su voz*” en las provincias norteñas. Es que, en paralelo a las rencillas, discusiones y acuerdos entre pequeños grupos, allí se gestaba y desarrollaba un acontecimiento que –suponían– abría para ellos una oportunidad de pasar a la acción y probar su política.

Un agitador en acción: Esteban Rey y el MOR en la huelga de la FOTIA

Existe consenso en afirmar que 1949 señala un punto de inflexión al interior de la “*década peronista*” del 45 al 55. Si ese año marcó de algún modo el punto de apogeo del proyecto justicialista, plasmado en la sanción de un nuevo texto constitucional que identificaba sus principios con los de la nación, fue, al mismo tiempo, el año en que se encendieron las alarmas en relación a la sustentabilidad del proyecto industrialista y redistributivo que el gobierno desplegaba en el plano económico. En el contexto de una economía mundial que se recomponía con rapidez, deprimiendo el precio relativo de los

³⁴⁵ “Acuerdo suscripto por el POR, la UOR y el MOR sobre el trabajo en el Norte Argentino.”, 21-11-49. AFP

productos agrícolas, los excedentes de divisas que proveía el sector primario argentino ya no alcanzaban a cubrir la demanda de una industria nacional en expansión pero aún dependiente de esas transferencias.

El proceso inflacionario derivado de ese estrangulamiento en el flujo de divisas no era fácilmente controlable a través de una política restrictiva en materia salarial, por un lado, porque el propio modelo de industrialización que llevaba adelante el peronismo se basaba esencialmente en la expansión del mercado interno, que requería de un alto poder adquisitivo del sector asalariado y, por otra parte, porque las organizaciones sindicales, sin dejar de reconocerse como parte fundamental del movimiento peronista, no estaban dispuestas a renunciar sin más a los niveles salariales y al poder de negociación que habían conquistado en los años anteriores. En distintos rubros de la cadena productiva, especialmente en los productos de consumo popular, ese precario equilibrio entre un margen de ganancia aceptable por la parte patronal y un poder adquisitivo que satisficiera a trabajadores rápidamente acostumbrados a inéditos niveles de dignidad y consumo fue cubierto en principio por el Estado, a través de subsidios a las empresas. No obstante, esa política sólo aplazaba el problema sin resolverlo, debido a que el creciente déficit presupuestario que implicaba también necesitaba ser cubierto de una u otra manera.

Todas estas tensiones se expresaron de manera aguda a fines de la década del cuarenta en la industria azucarera. Con el fin de contener el proceso inflacionario, el gobierno no autorizaba el aumento de precios reclamado por las patronales del rubro para incrementar sus beneficios, pero tampoco estaba dispuesto a compensarlas con un aumento de los subsidios al sector; por el contrario, a fines de 1948 anunciaba la intención de retirar las cada vez más abultadas erogaciones públicas destinadas a subsidiar el precio de distintos productos de consumo masivo. Mientras tanto, los salarios del sector azucarero también habían quedado ciertamente retrasados frente al aumento del costo de vida y la propuesta de incremento refrendada por el Ministerio de Trabajo y aceptada por la CGT estaba muy lejos de las demandas de los sindicatos del sector, la FOTIA y la FEIA,³⁴⁶ que comenzaron a protagonizar huelgas parciales (en algunos ingenios importantes, como el jujeño La Esperanza) desde los primeros meses de 1949 (Doyon, 2002: 380; 2006: 306).

Agotadas las instancias de negociación, el 14 de octubre de ese año se declaró la huelga general del sector, que en su pico paralizó todos los ingenios de Tucumán, Salta y Jujuy y se extendió, además, a otros gremios en la capital tucumana, poniendo en extrema

³⁴⁶ FEIA: Federación de Empleados de la Industria Azucarera

tensión las contradicciones internas del peronismo en esa provincia, donde la FOTIA había sido un pilar constitutivo del movimiento y conservaba en consecuencia una considerable influencia sobre legisladores y funcionarios provinciales. El conflicto logró además una importante repercusión a nivel nacional. Tal como sucedería un año después con la huelga ferroviaria, la lucha de la FOTIA fue bandera de los partidos y la prensa de oposición, independientemente de su adscripción ideológica. El movimiento fue declarado ilegal por el gobierno, que, luego de una intensa acción de desgaste, a fines de noviembre desató una fuerte represión en los ingenios y en la capital tucumana. Finalmente, el día 29 la huelga fue levantada, sus principales dirigentes detenidos y los sindicatos del azúcar intervenidos por la CGT (Piliponsky, 2014, Rubinstein, 1998).

No podemos decir que el estallido del movimiento haya sorprendido a los militantes del MOR. En su rol de asesor legal de la FOTIA, Esteban Rey seguía con atención, desde sus prolegómenos, las circunstancias del conflicto. De hecho, el único material público del grupo que ha llegado a nosotros, sin fecha de edición pero lanzado con seguridad antes de desatarse la huelga general,³⁴⁷ se orientaba especialmente a los trabajadores del sector. Aunque el folleto parte de un análisis más general respecto de la situación nacional y regional, de ella se desprende un programa para la acción enfocado específicamente en los trabajadores del azúcar. Su título, *“Alerta, trabajadores!..”*, alude a aquella caracterización del contexto. La situación del país se describe como el inicio de una *“nueva época; la época en que la clase capitalista retoma la iniciativa en el combate clasista”* luego de algunos años de conquistas obreras.

En una economía que empezaba a dar señales de crisis, se pronostica la agudización de las tensiones sociales y un avance de la burguesía sobre los derechos y el nivel de vida de los trabajadores. Se trata, en este punto, de una lectura similar a la que proponía el POR de Nahuel Moreno, con el cual el MOR, como sabemos, coordinaba acciones en su zona de influencia. Pero a diferencia del POR, en cuyos análisis el gobierno era señalado de manera insistente como el principal representante e impulsor —en colaboración con la CGT— de esa

³⁴⁷ Rey, Esteban [s/f], *“Alerta Trabajadores!”*. Tucumán, MOR [sin paginar]. Diferimos en este punto con la datación propuesta por De Lucía (2006), quien afirma que el documento se lanzó luego de la derrota de la huelga azucarera. Resulta inverosímil que un documento elaborado desde y para el gremio del azúcar no contenga ninguna mención a un hecho de la magnitud que tuvo la huelga de la FOTIA y su cruento desenlace. Sí remite, por otra parte, a la huelga del ingenio La Esperanza, producida en marzo de 1949 (v. Doyon, 2006: 306), por lo que el folleto fue elaborado, con toda seguridad, entre los meses de abril/mayo de 1949 y el estallido de la gran huelga en octubre. Otro indicio nos lo ofrece el programa propuesto en el escrito, que contiene varios de los puntos que sostendría la FOTIA durante el conflicto. Si las tareas de máxima que se propone Rey en ese programa parecen demasiado ambiciosas para el contexto previo a la huelga, resultarían directamente impensables para un gremio intervenido y al cabo de una derrota de tal magnitud.

ofensiva burguesa contra los trabajadores, en el análisis de Rey la administración peronista no se presenta en ese *rol directivo* del conjunto de las fuerzas patronales. En todo caso, se menciona (y sólo una vez) al sector empresario más ligado al gobierno, señalando a “*las sobreganancias millonarias de la oligarquía industrial-financiera que encabezan hoy Miguel Miranda y los tiburones capitalistas que lo rodean*” como la causa principal del aumento en el costo de vida.³⁴⁸

En ese sentido, sería algo problemático caracterizar el análisis de Rey, sin más, como *antiperonista*. Que el MOR encontraba más afinidades en el medio opositor que en el oficialista es algo que no puede discutirse (ya hemos hablado de los alineamientos del grupo, tanto en la campaña electoral de 1946 como en las disputas internas al interior del movimiento trotskista). Sin embargo, alguna diferenciación tenemos que establecer respecto de aquellas corrientes de izquierda que, como el PS, consideraban al gobierno de Perón como una aberración inasimilable y extraían de ello la conclusión de que nada podría hacerse en la Argentina hasta que ese mal no fuera extirpado de raíz; o que, como el propio POR, lo señalaban sin cortapisas como el “*principal enemigo*” de la clase trabajadora.

Por el contrario, en el tono empleado por Rey en este documento parece haber, incluso, una vocación de negarle a Perón y al peronismo la centralidad que todos le reconocían, para bien o para mal, en la vida política argentina. Extrañamente, quien al cabo de las elecciones de 1946 había reconocido el carácter disruptivo del fenómeno y había hecho un llamado a “*no ignorar*” que algo profundo había cambiado con su llegada, redactaba ahora un extenso folleto –28 páginas– en el que no se menciona el nombre del presidente ni del movimiento por él liderado. Su presencia tácita en el análisis es, desde luego, inevitable y constante, pero se escabulle a través de una gran variedad de rodeos y eufemismos.

¿A qué se debe esta omisión? El grado de abstracción del planteo, que insiste una y otra vez en la centralidad de las clases en pugna (la burguesía *a la ofensiva* y el proletariado que, en consecuencia, debía mantenerse *en alerta* contra su avance) puede brindarnos una primera –y provisoria– respuesta. Sin embargo, consideramos que la clave de ese particular y elíptico estilo de redacción no reside tanto en las concepciones del emisor del mensaje, sino en la identidad política de sus destinatarios. Esteban Rey, en

³⁴⁸ Recordemos, por otra parte, que Miranda había perdido totalmente su influencia en el gobierno con su salida del Consejo Económico Nacional en enero de 1949. Si bien continuaba siendo un importante industrial, se retiró de la vida pública y vivió sus últimos años en Montevideo, donde moriría en 1953

1949, ya no escribe para los lectores de *La Vanguardia* o *El Intransigente*, ni para orientar con sus análisis a sus propios camaradas trotskistas, sino para las bases obreras de la FOTIA, un sindicato que, desde las jornadas de Octubre de 1945, tenía una ligazón indisoluble con el movimiento peronista. Podríamos ver aquí, en consecuencia, un primer esbozo –por cierto, muy embrionario– del lento proceso de *peronización* del dirigente norteño, que no surge de un análisis de la realidad *en abstracto* sino, ante todo, de sus prácticas y su experiencia de *agitación* entre los trabajadores peronistas.

La tarea que Rey plantea como prioritaria y excluyente es la unidad. Unidad de los trabajadores de ingenio “*de la FOTIA y en la FOTIA*”; “*unidad de los obreros azucareros y de la capital*”; “*unión de los trabajadores del norte*”.³⁴⁹ Si esto último se refería a los azucareros, puede decirse que la huelga, en su pico, cumplió con creces esos objetivos en cuanto a su extensión. Pero acierta también Rey, esta vez para su desdicha, en dedicar un extenso apartado del folleto a analizar el decreto en 536/45, referente a los “*delitos contra la seguridad del Estado*”. Denuncia que la norma, “*instrumento insuperable de represión antiobrera [...] destinado íntegramente a establecer la permanencia y seguridad de la sociedad capitalista*”, había estado en desuso mientras la clase trabajadora se hallaba a la ofensiva, pero en el nuevo contexto de avance patronal se volvía a recurrir a su articulado. Plantea, en consecuencia, la urgencia de su derogación.

Empleando una táctica frecuente, el gobierno nacional, una vez sofocada la huelga, concedió unilateralmente las principales demandas de los trabajadores, sobre todo en materia salarial. Esto fue comunicado por radiotelefonía a todo el país por el propio presidente Perón, junto con una condena pública a los cabecillas y agitadores del conflicto. Uno de ellos es bien conocido y, según parece, no sólo por nosotros:

“Compañeros azucareros de Tucumán, Jujuy y Salta: Llegan hoy a mi conocimiento y acción las gestiones realizadas allí por la Confederación General del Trabajo, a fin de terminar con un conflicto que no hubiera tenido razón de existir si no habría sido provocado por la acción de los malos dirigentes, por los comunistas infiltrados, políticos opositores y la falta de previsión y acción local. [...] Merece especial mención la actividad desplegada por el asesor jurídico de la Fotia, doctor Hugo Pizza, radical opositor, ayudista del Partido Comunista, abogado que actuara en la Unión Democrática infiltrado en el gremio [...]. [...] sincronizado con sus colegas de Jujuy, Manuel Colina, asesor de la Fotia y Esteban Rey, conocido dirigente comunista trotskista, constituye el equipo que moviliza toda una ola de agitación utilizada últimamente en la zona azucarera.”³⁵⁰

³⁴⁹ *Ibid.*

³⁵⁰ “Tendrán un aumento del 60% los trabajadores del azúcar. Lo anunció así el Presidente Perón”. *La Gaceta*, 3-12-49, p. 1 (nota de portada). La bibliografía consultada en referencia al conflicto azucarero no nos brinda mayores datos sobre Hugo Pizza y Manuel Colina. Respecto de éste, no obstante, el citado trabajo de

Más adelante el presidente daba una extensa lista de implicados en la organización de la huelga: setenta y dos hombres, de quienes consigna en cada caso nombre, apellido, pertenencia política o rol desempeñado en el conflicto. El hecho de que el “*conocido dirigente comunista trotskista*” fuese distinguido en primer término –junto con Pizza y Colina– dentro del “*equipo que moviliza toda una ola de agitación en la zona*” habla una vez más del lugar que se había ganado entre los trabajadores de la región, en virtud de una actividad que combinaba la asesoría legal con la organización sindical y la propaganda política, aun cuando en esta última faz pregonara un discurso que evidentemente no lograba penetrar en la subjetividad obrera.

La reprimenda gubernamental no se detuvo allí. Al inicio de su discurso, el presidente había anticipado:

“todo cuanto digo está documentado y haré llegar un folleto explicativo para todos, en el que circunstanciamos los hechos y agregaremos los documentos en copia fotográfica, para que ustedes puedan juzgar por sí”.³⁵¹

Tiempo después ese folleto salía a la luz, bajo el título “*Documentos de la TRAICIÓN de los dirigentes de la F.O.T.I.A. y la F.E.I.A. a los trabajadores del azúcar*”. El material, de fuerte tono *macartista*, no revela fecha ni lugar de edición, pero no sólo no se oculta su factura oficial, sino que contiene información que, al menos en parte, sólo podía provenir de fuentes policiales y de inteligencia. En las primeras páginas se transcribe nuevamente el discurso presidencial y en las siguientes, tal como anticipara Perón, se intenta dar sustento documental a sus afirmaciones respecto de los instigadores de la huelga: la cúpula de la FOTIA, que excediendo sus funciones gremiales habría procurado “*armar un electorado propio al servicio de un grupo de dirigentes*”, en connivencia con los “*políticos logreros sin conciencia y sin escrúpulos*” que “*desean servirse de la masa para satisfacer sus intereses personales*”. La enumeración de éstos comienza por los radicales pero se detiene especialmente en los comunistas y, luego, en los trotskistas, para finalizar denunciando la coordinación de todos ellos, “*como en tiempos de Braden*”, con

Adriana Kindgard nos ofrece una completa semblanza. Como abogado y jurista versado en derecho laboral y afiliado al Partido Peronista, había sido uno de los impulsores de la creación de ese fuero en la provincia de Jujuy, integrando el cuerpo de asesores del Departamento de Asistencia Jurídico-Social e impulsando los primeros juicios ante los flamantes Tribunales del Trabajo provinciales. También había organizado el Primer Congreso Obrero de la Provincia de Jujuy, en septiembre de 1948, con el fin de “escuchar la voz de las bases respecto a la forma de encarar y dar solución a los problemas de la clase trabajadora”. Posteriormente, los sindicatos de los ingenios azucareros Ledesma y Río Grande, federados en la FOTIA, lo nombraron como asesor letrado. En 1949, Colina parece haber tomado alguna distancia del gobierno, ya que aparece formando parte de la agrupación peronista disidente “Concentración Obrera 4 de Junio”. A comienzos de noviembre, ya desatado el conflicto azucarero, había sido expulsado del Partido Peronista junto a otros dirigentes de ese grupo (Kindgard, 2020:103).

³⁵¹ “Tendrán un aumento del 60%...” *La Gaceta*, 3-12-49 (cit.).

una campaña de prensa internacional que buscaba desacreditar a la argentina ante la opinión pública mundial.³⁵²

En el mismo orden en que habían sido expuestos los argumentos por el presidente, se presentan a continuación *“Las pruebas irrefutables”*. Aunque todo el material es digno de interés, nos centraremos desde luego en las denuncias a los *“elementos trotskistas”* señalados como promotores del descontento obrero. El primer mencionado, al interior del extenso apartado dedicado al comunismo, es el tucumano José Sabate, militante del MOR, a quien se acusa de haber instigado un conflicto de los empleados municipales de San Miguel de Tucumán en coordinación con dirigentes comunistas:

“La actuación palpable de estos elementos disolventes se la tuvo ya en la huelga de los obreros municipales con la formación de tres comités: el A B y C [...]; en el A se destacaba por su dinamismo el dirigente trotskista JOSÉ SABATE [...], juntamente con el comunista JOSÉ BRAULIO CÓRDOBA del gremio tranviarios. El objetivo perseguido por estos sujetos era el lograr la unión en un esfuerzo común de huelga general de los gremios de la capital con los obreros de la FOTIA.”³⁵³

El apartado titulado específicamente *“De los elementos trotskistas en el conflicto”* se inicia con una contundente apelación nacionalista.

“Los trotskistas, atentos siempre a aprovechar y provocar una situación de descontento en la masa obrera tucumana, estos pseudos teóricos de la lucha constante, son elementos desnaturalizados que desconocen el concepto de Patria, de nacionalidad, de argentinismo – porque es preciso decirlo, es lamentable ver que grupos de hombres nacidos en este suelo [...], a la usanza de teóricos que nunca conocieron nuestra Patria, intentan llevar a la práctica principios y conceptos reñidos con la idiosincrasia de nuestro pueblo– [...].”³⁵⁴

En ese marco, se les atribuye nuevamente el objetivo de *“provocar un conflicto a toda costa en la capital de la Provincia de Tucumán”* con el fin de expandir el movimiento huelguístico en adhesión a los trabajadores del azúcar; todo ello en pos de un único objetivo estratégico: *“sus inútiles intentos de crear un PARTIDO OBRERO REVOLUCIONARIO que respondiera a sus intereses”*.

Como ejecutor primario de ese plan se señala otra vez al *“disolvente”* José Sabate, quien –continúa el informe– *“logró infiltrarse profundamente en las organizaciones gremiales, llegando a obtener el cargo de Vocal 1° de la delegación Tucumán de la C.G.T.”*. No obstante, Sabate es sindicado en realidad como *“hombre de enlace de las directivas impartidas por el abogado Esteban Eduardo Vicente Rey, máximo dirigente*

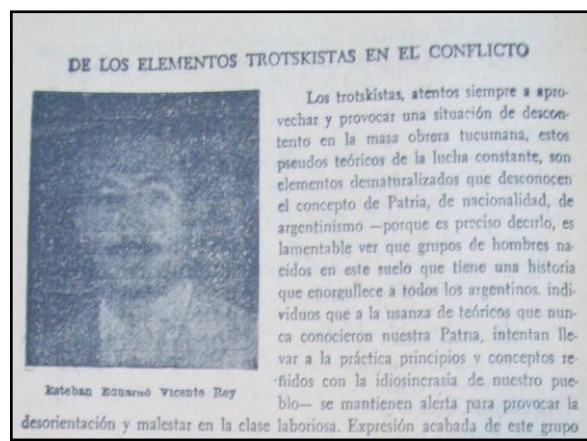
³⁵² “La Traición de los dirigentes de la F.O.T.I.A. y la F.E.I.A. a los trabajadores del azúcar” [1949], pp. 8,10,15.

³⁵³ *Ibid.*, p. 23

³⁵⁴ *Ibid.*, p. 38

de las fuerzas trotskistas en el Noroeste Argentino”, cuya fotografía encabeza la página correspondiente (imagen).

A través de este detallado informe de inteligencia, podemos conocer a los dirigentes y militantes de la célula tucumana del MOR, quienes, según se nos revela, mantenían la vinculación política con Rey desde su última incursión entrista en el PS:



“José Sabate [...] actúa juntamente con los profesores Carlos Francisco Cuenya, Jesús Nazareno Barbieri, el Dr. Fernando Oscar Torres y un grupo pequeño de secuaces —todos ellos expulsados del PARTIDO SOCIALISTA de Tucumán, por haberse desviado ‘de su línea partidaria’—.”³⁵⁵

Efectivamente, de aquel periodo de militancia en el PS, previo a la conformación del MOR y muy anterior a la huelga de la FOTIA, data una carta privada de Rey a Cuenya que se publica en copia fotográfica (y se transcribe íntegra a continuación) como prueba del *plan de agitación* trotskista sobre las provincias del norte argentino, orientado prioritariamente hacia el proletariado azucarero.³⁵⁶ No nos detendremos en ella, sino en otra misiva dirigida desde Jujuy al militante tucumano David Velarde. A pesar de no estar fechada, esta segunda carta remite evidentemente al momento del conflicto y nos muestra por fin a Esteban Rey en su dimensión de *agitador*:

“He leído en ‘La Gaceta’ el comunicado de los obreros [del ingenio] fronterita. Te la adjunto por si Vds. no lo tuviesen a mano. Se trata de ponerse en contacto con ellos. Creo que el folleto puede serles muy útil.³⁵⁷ [...] Tenemos la obligación de no desaprovechar las oportunidades que se nos presenten; ahora debemos ligarnos a esos compañeros. Podemos y debemos generalizar la resistencia del decreto de hambre del 20% organizando una oposición revolucionaria. Se trata de reunir ingenio por ingenio, lote por lote, grupos de trabajadores que estén dispuestos a luchar

³⁵⁵ *Ibid.*, p. 38. El vínculo de Rey con Carlos Cuenya podría ser incluso anterior, habida cuenta de su común militancia en el reformismo universitario. En su juventud, desde fines de la década del 20, Cuenya había sido director de La Voz Universitaria, órgano de prensa de la Federación Universitaria Tucumana, de cuya Junta Ejecutiva formaba parte (cf. La Voz Universitaria, N°10, 15-6-27 p. 1). Al profesor Barbieri, cuyo nombre completo era Lázaro Jesús Nazareno, nos hemos referido previamente (v. nota). Además de estas menciones destacadas, el informe brinda más adelante la nómina completa de los “ciudadanos” que habían colaborado en este “plan desorbitado que lleva por única finalidad la anarquización de los gremios”. La reproducimos a continuación, omitiendo a los ya mencionados Cuenya, Sabate y Barbieri: Hugo Genaro Brizuela, Ernesto Cevallos, Octavio Bernardini, Juan Carlos Sánchez, Hipólito Nicolás Romero, José Gabino Busto, José Vega, Carlos Lesca, Carlos Terraneo, Pedro Pastor, Francisco Ibarra, Lorenzo Rodríguez, Juan Fernando Gómez, Julio Marcelino Caliva, Eduardo Antonio Ardiles, Raúl Domingo Barber, Julio Cristóbal Rivadeneira, Leonardo Ucciardello, Benito Fortunato Lizarraga, Dante Luciano Antonio Salvioli, Ramón Abel Vázquez, David Dante Velarde, Fernando Oscar Torres, Ricardo Manuel Cuenya, Dr. Mauricio Kirschbaum, Eduardo Abril, Cruz René Quiroga, Carlos D’Hiriart, María Amalia Rojas, Luz Delia Ponce, Máxima Del Valle Díaz, Juan B. Ponce, Julio Tello, César H. Costa, Alfredo Figueroa, José Carrasco, Juan B. Díaz, Ángel L. Fanjul y José Villarreal. *Ibid.*, p. 43

³⁵⁶ *Ibid.*, p. 39

³⁵⁷ Muy probablemente se trate del folleto “Alerta, Trabajadores!...”, analizado previamente.

[...]. Si los patrones azucareros no están dispuestos a aceptar el plan que menciono, hay que lanzar desde ahora la consigna: ‘sin la aprobación del plan de mejoras no hay cosecha.’”

Ante la oportunidad que veía abrirse con el estallido del conflicto azucarero, aun sin desconocer las limitaciones de su pequeño grupo de vanguardia, afloraba nuevamente en Rey el optimismo revolucionario que vimos en escritos anteriores:

“Puedes someter [...] estas soluciones a los efectos de su discusión [...]. Pero viejo, hay que actuar; es insignificante lo que hay que hacer y las posibilidades inmensas. Ahora o tal vez nunca. [...] Somos pocos, débiles e incapaces –todo esto es cierto– pero también es cierto que las perspectivas son inmensas y que un pequeño grupo con consignas claras puede alumbrar el nacimiento de [...] una amplia y poderosa dirección revolucionaria. Así están los tiempos.”³⁵⁸

Sin embargo, quizá por hallarse lejos del epicentro del conflicto, la actuación del dirigente jujeño fue abortada tempranamente, algunas semanas antes de desatarse la represión generalizada sobre los huelguistas en Tucumán. Así lo informaba, el día 10 de noviembre, la nota enviada por el corresponsal en Jujuy del tradicional matutino *La Gaceta*:

“**Detención del Dr. Esteban Rey.** En un procedimiento cumplido poco antes de mediodía, personal de la delegación local de la Policía Federal detuvo al doctor Esteban Rey, conocida figura del foro local. Luego de conducido a las oficinas de aquella dependencia, los periodistas entrevistaron al jefe interino, inspector Luis C. Torello, quien se limitó a informar que el doctor Rey estaba ‘demorado’, sin dar a conocer detalle alguno acerca de las causas de su detención. [...] Por otra parte extraoficialmente se informó esta noche que el doctor Rey es acusado de infracción al decreto ley 536/45 sobre delitos contra la seguridad del Estado.”³⁵⁹

La detención del experimentado asesor legal estuvo entre los primeros reveses que sufrió la huelga de la FOTIA, en el marco de la acción de desgaste previa a la represión desatada a fines de noviembre. Para el débil MOR, como veremos, sería un golpe imposible de sobrellevar. En cuanto a sus aliados trotskistas en el norte argentino, éstos se propusieron, sin mucho éxito, visibilizar su acción en el conflicto y su presencia en la región incorporando entre sus consignas la exigencia de libertad para el dirigente preso. Así lo indica una nota enviada por la UOR al Comité de Unificación, aun cuando su tono muestra algo de indiferencia por la suerte del “*camarada preso*”:

“Con respecto al trabajo a realizar [...] en las provincias del norte, la UOR considera que [...] de ningún modo se puede tratar [...] de hacer una simple campaña de agitación en torno a un camarada preso, tenga esa campaña por objeto el hacer popular al trotskismo o lograr la libertad de ese camarada, o ambas a la vez, utilizando la actuación de aquel camarada y las simpatías con

³⁵⁸ *Ibid.*, p. 44

³⁵⁹ *La Gaceta*, 10-11-49, p. 3. El decreto 536/45 incluyó a la huelga en ciertos ámbitos –entre ellos los servicios públicos– entre los delitos contra el Estado y la seguridad nacional y, en general, consideró delito a la acción que hiciere cesar o suspender el trabajo por motivos ajenos al mismo (artículo 33). v. “Ejercicio del derecho de huelga en la legislación argentina”, en Sistema Argentino de Información Jurídica (SAIJ). http://www.saij.gob.ar/doctrina/dacf090001-ramos-ejercicio_derecho_huelga_en.htm

que pueda contar para acercarnos a los trabajadores y darles a conocer nuestro programa y nuestras soluciones sobre los problemas que se le presentan.”³⁶⁰

De todos modos, la suerte ya estaba echada. Rey no sería liberado, sino trasladado al penal de Devoto, en la Capital Federal. Con su líder ausente y el movimiento huelguístico derrotado, el MOR entró en estado de disgregación. Nuevamente recurrimos, para confirmarlo, al registro de otra organización. En agosto de 1950, en el último párrafo de un extenso “*Informe Político sobre el Movimiento Trotskista Argentino*”, en el que se pasa revista de todos los grupos actuantes en el país, de sus posiciones políticas y de las críticas que ellas merecían a criterio de sus redactores, el POR de Nahuel Moreno hacía este balance del extinto grupo norteño:

“Nace [...] como una profunda escisión en el seno del Partido Socialista de su ala izquierda, dirigida por E. Rey, abogado simpatizante del trotskismo.- Durante el año 1947 y 1948 la vida de esta organización es la de una típicamente centrista que se orienta lentamente hacia las posiciones revolucionarias.- La incapacidad política de E.Rey por una parte; la debilidad, a consecuencia de la división del resto del movimiento trotskista por otra, influyen para que este proceso de esclarecimiento se haga ardua y dolorosamente, dejando en su camino un tendal de elementos cansados y desepcionados .- Recien en 1949 se produce el pronunciamiento formal del M.O.R. en adhesion a la Cuarta Internacional.- Pero el grupito que subsiste, llegado tarde y sin posiciones a la arena de la lucha inter-grupos, fatalmente tiene que perecer y así es que sucesivas crisis lo hacen desaparecer.-”³⁶¹

Todo un síntoma del microclima en que se desarrollaban estas polémicas. Al enumerar los factores de la declinación del MOR, el balance del morenismo soslaya el encarcelamiento de su dirigente y la derrota del movimiento huelguístico en el gremio y las provincias donde el grupo tenía su principal inserción. Todo parecía reducirse, desde la óptica del POR, a la “*arena de la lucha inter-grupos*”.

En cualquier caso, es verdad que cuando Rey salió del penal de Devoto, la experiencia del MOR estaba terminada. Sus filas se habían visto raleadas en beneficio de otros grupos trotskistas, como el propio POR morenista y el GCI de Posadas. Entre los años 1950 y 1953 se suceden hechos políticos y sociales de gran impacto (la huelga ferroviaria, la expropiación de *La Prensa*, la persistente crisis económica, el primer conato golpista contra el peronismo, la reelección de Perón y la muerte de Evita) frente a los cuales ni el “Chango” ni su grupo se pronuncian. Tampoco encontramos sus huellas en las biografías ni las menciones de sus camaradas y competidores del movimiento trotskista en

³⁶⁰ “Posición de la UOR sobre el trabajo a realizar en el Norte argentino”. nov. 1949. *AFP*. Si prestamos atención a la fecha del acta-acuerdo entre las tres organizaciones trotskistas, notaremos que es posterior a la detención de Rey y una semana previa al desenlace del conflicto. En todo caso, los refuerzos militantes que arribaron desde la Capital –si es que llegaron a concretarse– pueden haber servido para colaborar en la infructuosa campaña por la liberación del dirigente.

³⁶¹ “Informe Político sobre el Movimiento Trotskista Argentino. Partido Obrero Revolucionario (Ríos, Ignacio)”, 20-8-50. *AFP*, p. 26

sus detallados boletines y minutas. Parecen ser años de recogimiento y reflexión o, por lo menos, de espera.

Nuevos rumbos para una misma causa. De Devoto al PSRN

Entre fines de 1949 y comienzos de 1950, Esteban Rey era trasladado desde la delegación jujeña de la Policía Federal al penal de Devoto, para cumplir el periodo de prisión más largo de su extensa trayectoria como militante político. La duración del confinamiento no está del todo clara. En la bibliografía que refiere al episodio se afirma que se trató sólo de dos meses (Tarcus, 2007: 569), o bien se menciona la detención, pero sin brindar ninguna precisión al respecto (Galasso, 2008: 394). El propio Rey sostendría muchos años después, en un reportaje de tono biográfico, haber estado dos años detenido, afirmación que, más allá de no tener pretensiones de exactitud matemática, coincide con el “silencio documental” a que nos hemos referido. En esa misma entrevista, el ya veterano *agitador* remite también, con algo de sorna y sin ninguna evidencia de rencor, a una anécdota de los años setenta que lo tuviera por protagonista a él y al general Perón, de quien fuera asesor en su tercera presidencia: “*Perón siempre se acordaba de mi paso por la cárcel y mi entrada al peronismo, y me decía, palmeándome, ‘este Rey tiene el temple de la cárcel, está hecho con los metales nobles’*” (Terruela, 1983: 63).

En relación a este tema, nos permitimos aquí una breve digresión que, creemos, viene al caso. El periodista Rogelio García Lupo, quien también había conocido el penal de Devoto en los años del peronismo recordaba, en una entrevista radial de análogo tono biográfico, una anécdota que guarda alguna similitud con el relato de Rey. Evocando su detención durante el segundo gobierno de Perón, relata que su familia pudo llegar al ministro del Interior, Ángel Borlenghi, a través de José Ber Gelbard, presidente de la Confederación General Económica, en cuyo medio de prensa, *Opinión Económica*, García Lupo se iniciaba en el oficio de periodista. Cuando Gelbard intercedió por el joven periodista, el ministro quiso saber cuánto tiempo llevaba preso. Ante la respuesta de que llevaba detenido unos tres meses, Borlenghi soltó con sarcasmo: “*Bueno, no le va a hacer mal...*”.³⁶²

Sin dejar de notar la carga de cinismo contenida en los comentarios de Perón y Borlenghi, por cuanto sugerían “beneficiar” a quienes habían privado de su libertad, es sabido que la experiencia de la cárcel, especialmente en aquellos años, resultaba, en

³⁶² Rogelio García Lupo. Entrevista en el programa “Decime quién sos vos”, Radio Nacional 26-8-2009. Disponible en <https://archive.org/details/decimequienososvos-archive/20090816lupo.mp3>. Min. 16:10.

muchos casos, una instancia en cierto modo “formativa” en la carrera de un cuadro político. El propio García Lupo, a la vuelta de los años, recordaba aquella detención como una “buena experiencia”. Fundamentaba una afirmación en apariencia tan paradójica, recordando, por ejemplo, a las personalidades que pudo conocer en prisión. A partir de esa vivencia personal, reflexionaba acerca del lugar que ocupó el presidio en la historia de América Latina, como instancia de “*generación de vínculos, actitudes políticas, actitudes personales hacia la política...*”.³⁶³ A ese aspecto, referido a la sociabilidad política en el presidio, podríamos agregar también el aprovechamiento –forzado por las circunstancias– que innumerables dirigentes e intelectuales a lo largo de la historia hicieron del tedioso tiempo de detención para la formación teórica, la lectura y la escritura.

El tema merecería, en sí mismo, un desarrollo mucho mayor, que desde luego excede el propósito de este trabajo. En el caso que nos ocupa, no sabemos a ciencia cierta cuánto influyó concretamente en el ánimo y en las concepciones de Rey (y en su derrotero posterior) su larga estadía en el penal de Devoto y cuánto pueden haber incidido otros factores. Pero sí sabemos –y esto buscábamos destacar– que la experiencia de la cárcel nunca es inocua en la biografía de un militante político, máxime cuando éste se reclama revolucionario. Lo cierto es que entre la estadía de Rey en el penal de Devoto y su incursión en el PSRN, aunque medie un lapso temporal, no conocemos ninguna estación intermedia.

Es una vez más la atenta mirada del POR de Nahuel Moreno hacia sus camaradas y competidores en el trotskismo quien nos abre la puerta a algunos pormenores del accionar de nuestro personaje. A fines de 1953, en un informe para el Comité Central en el que evaluaba la posibilidad de practicar el entrismo en el Movimiento Socialista –antecesor del PSRN– la dirección morenista registraba la reaparición en escena de Esteban Rey y su reconstituido grupo de compañeros. Según surge del informe, los trotskistas del noroeste habían tomado la delantera respecto de sus camaradas bonaerenses:

“La aparición del M.S., su reconocimiento y las posibilidades que brinda, movilizó a los distintos grupos trotskistas. El primero en tomar una actitud definida fue E. Rey quien ingresó arrastrando a la vieja gente conocida de Tucuman Salta y Jujuy. Su prestigio y la tremenda debilidad del M.S. lo llevaron rápidamente a la dirección y a hacerlo jugar un rol de cierta consideración. [...] Rey opina que el M.S. tiene que transformarse casi con certeza en el futuro partido de la clase obrera; de ahí que la tarea de los trotskistas actualmente sea fortalecerlo a fin de ayudar a constituir dicho partido, para coparlo ulteriormente.”³⁶⁴

³⁶³ *Ibíd.*

³⁶⁴ “Utilización de la legalidad. Informe para el C.C. del 22-11-53”. [Partido Obrero Revolucionario] AFP

Como sabemos, la historia no tomaría el cauce prescripto por los estrategias de la revolución permanente. El PSRN, más que un camino de “desperonización” y giro a la izquierda de los trabajadores argentinos, hacia la formación de un “*partido de la clase obrera*”, sería una vía de “peronización” (con distintos ritmos y modalidades) de los grupos de izquierda que se incorporaron a sus filas. El solo hecho de ingresar en un partido patrocinado por el mismo *Estado burgués* al que habían dirigido tantas invectivas era un paso novedoso y arriesgado para los trotskistas, siempre celosos de la *independencia de clase* de los *partidos obreros* que tesoneramente se proponían construir. Pero evidentemente, valía la pena correr el riesgo en pos de abrir un diálogo más fructífero con la gran mayoría de trabajadores que adherían al peronismo. Si esa evaluación estuvo (como vimos en el capítulo anterior) en la base del giro operado por el morenismo en 1954, consideramos que Rey había iniciado mucho antes –aun de manera embrionaria– ese tránsito de reconfiguración ideológica; antes incluso de su dura experiencia como *agitador* en la huelga de la FOTIA y como recluso en el penal de Devoto.

La incursión de Esteban Rey y su grupo en el PSRN parece iniciarse, de todos modos, como una renovada tentativa de entrismo trotskista en una nueva variante del socialismo reformista, describiendo un aparente movimiento cíclico que alternaba este tipo de iniciativas (en el PSO, en el PS y ahora en el PSRN) con intentos de organización trotskista independiente (el Grupo Marxista Leninista, luego el PORS y más tarde el MOR). Sin embargo, vista en retrospectiva, la experiencia del PSRN aparece en la trayectoria de Rey con la forma de un “cruce de caminos”, al cabo del cual su pensamiento y su acción se van acercando de manera lenta pero constante al peronismo, consumándose su ingreso al movimiento en 1973. Como nos recuerda su hija, orgullosa, “*cuando volvió Perón al país, pidió tener en su gobierno al “Chango” Rey. Ese irrespetuoso abogado del norte...*”.³⁶⁵

Volvemos a los 50. Aunque su grupo siguió activo en las provincias del Noroeste, Rey logró finalmente (al menos de manera transitoria) su viejo cometido de trasladarse con su familia a la Capital, en donde disputaría espacios al interior de la nueva formación política con los sectores provenientes del PS, el POR y los grupos precursores de la Izquierda Nacional. Con poca coordinación y menos recursos, todas las tendencias del partido defendieron al gobierno peronista ante el golpe que se avecinaba y denunciaron la

³⁶⁵ Testimonio de Silvia Rey Campero. Entrevista con el autor

barbarie de los bombardeos de la aviación naval sobre la población inerme, aspecto que desarrollaremos en el próximo y último capítulo de este recorrido.

También volveremos allí sobre el siguiente paso dado por el PSRN. Cuando el peronismo fue finalmente derrocado, todas las vertientes del partido –a excepción de la Federación Bonaerense comandada por el morenismo– confluirían en una experiencia efímera pero, *prima facie*, exitosa: el semanario *Lucha Obrera*, cuyo director no fue otro que Esteban Rey. Proscrito el peronismo y desprovisto de súbito de la abrumadora (y por cierto, monocorde) cadena de medios de prensa y radiodifusión que pregonaban su doctrina, el humilde periódico del PSRN llegó a lanzar 100.000 ejemplares cada semana, pero por ese mismo motivo cayó rápidamente bajo la mirada de los “libertadores”. Se editaron sólo ocho números antes de su clausura, que coincidió con la ilegalización del PSRN y con una nueva temporada en prisión para su director. Esteban Rey. Preso durante el peronismo por “agitador trotskista” y preso durante la dictadura fusiladora por “agitador peronista”. Preso, en definitiva, por luchar, con errores y aciertos, junto a los trabajadores.

Conclusión

Cuenta la anécdota que en sus tiempos de militancia entre ingenios y cañaverales, el “Chango” Rey fue agredido por un grupo de obreros a los que dirigía una encendida arenga antiperonista. Tiempo después, discutía con militantes del PS, a quienes instaba a “comprender” el fenómeno del peronismo. Ellos intentaron refutarlo recordándole aquel violento episodio con los cañeros. Sin dudar, él respondió: “¿Sabe una cosa? ¡Tenían razón!”

Se supone que quien relata la historia es el propio Esteban Rey. Quien la recoge oralmente, Osvaldo Coggiola (1985: 100), afirma que ambos episodios, distantes entre sí sólo unos meses, ocurrieron a comienzos del periodo peronista, cuando nuestro protagonista animaba la sección jujeña del PS; y que el “segundo acto”, cuando reconoce *razón* a los obreros peronistas tucumanos, es prueba de que Rey “*modificó rápidamente sus posiciones*”.

Ahora sabemos que esto último no fue así. Las posturas de Rey frente al peronismo no se caracterizaron en general, antes de su ingreso al PSRN, por esa actitud “comprensiva”. Más allá de las diversas tácticas que ensayó durante esos años (el entrismo en el PS o la conformación de una organización independiente, el MOR), él y su grupo se mantuvieron aferrados a un intransigente obrerismo, ordenado en función de una estrategia de emancipación de la clase obrera de toda tutela estatal y patronal. Con ese objetivo –y en

paralelo con su actividad como patrocinante de trabajadores ante el Fuero Laboral—, Rey se implicó en la organización y las luchas sindicales, donde combatió el patrocinio del Estado sobre las organizaciones gremiales, a la vez que bregaba por la conformación de un partido obrero independiente de todas las expresiones “burguesas”

Sin embargo, consideramos que las razones que llevaron a Rey y su grupo a sumarse a un partido socialista afín al peronismo, no se hallan sólo en el balance de la derrota de la huelga azucarera y su confinamiento en el penal de Devoto. De hecho, el lapso que media entre su confinamiento y el ingreso en el PSRN es el que se nos presenta más árido en cuanto a las fuentes documentales, debido también a la aparente disgregación de su grupo. Todo ello imposibilita, por el momento, la contrastación de esa hipótesis.

A pesar de su militancia en la oposición al peronismo, las lecturas del fenómeno por parte de Rey contuvieron, desde un primer momento, ciertos matices que las diferenciaban de aquellas condenas sin ambages que caracterizaron a las primeras reacciones de la izquierda ante la irrupción del novedoso movimiento de base obrera y popular conducido por un coronel del Ejército Argentino (nos referimos, desde ya, a los partidos Socialista y Comunista y a casi toda la intelectualidad ligada a una *cultura de izquierda* en sentido amplio, pero también a una mayoría de grupos y personalidades identificadas con el trotskismo). Aun compartiendo un lenguaje común con esas corrientes antiperonistas, vemos en las elaboraciones de Rey un esfuerzo por entender el nuevo fenómeno con sus complejidades y matices, incluso captando intuitivamente algunos aspectos que las ciencias sociales conceptualizarán con el correr de los años. Desde luego, esto nos invita nuevamente a relativizar aquella condición de mero *agitador* atribuida a nuestro personaje por sus contemporáneos y sus biógrafos.

Ese esfuerzo para comprender la realidad trascendiendo o adaptando los esquemas aprendidos, notorio en el análisis inmediato al triunfo electoral peronista de 1946, parece luego diluirse entre comparaciones lineales con el trunco gobierno de Villarroel en Bolivia, desgastantes tratativas para unificar a los grupos trotskistas más reacios al peronismo e intransigentes defensas del proletariado azucarero contra la ofensiva patronal —y también, implícitamente, estatal. Sin embargo, justamente en esa evasiva, en esa omisión en la denuncia del gobierno de Perón, notamos (claro que desde el conocimiento de su decurso posterior) los primeros indicios de su ductilidad para insertarse en las organizaciones obreras de base peronista y entablar un diálogo con ellas. Sin esa aptitud, que lo diferenciaba notoriamente de la prédica de sus aliados del “Comité de unificación” trotskista por esos años, Rey difícilmente hubiera llegado a ocupar aquel rol protagónico

que le cupo en la huelga de la FOTIA, reconocido –desde la condena– por el propio Presidente Perón. Más allá de esos matices, de todos modos, creemos que en esta coyuntura, no podemos dudar a la hora de caracterizar la posición de Rey y su MOR como de clara oposición al peronismo.

Si la mejor prueba para la justeza de la línea política de un grupo de militantes revolucionarios es la lucha de clases, podemos inferir que la derrota de la huelga azucarera de 1949 significó un duro revés para ellos. No sabemos cuál fue el balance inmediato que hicieron de la experiencia, ni cómo los impactó el escarnio público sufrido al ser denunciados en persona, ante la población de todo el país, por el Presidente de la Nación. Pero sí podemos imaginar que todo ello, seguido de la larga estadía de su dirigente en prisión, no puede dejar de influir en la subjetividad de un grupo de militantes políticos y de un referente que, por otra parte, daba pruebas de una particular lucidez.

Lo cierto es que a esos hechos siguió un periodo de retracción y disgregación del grupo, hasta su ingreso en el PSRN, iniciativa en la cual, bueno es aclarar, se embarcaron todos los viejos militantes del MOR y no sólo su peculiar impulsor. Respecto de esta decisión, las escasas fuentes nos hablan, en principio, de una nueva maniobra *entrista* y un plan de *copamiento* de la nueva organización por los *socialistas revolucionarios*, a fin de convertirla en el tan ansiado y nunca conformado Partido Obrero independiente. En esa tesitura seguiría Rey, incluso, en sus editoriales de *Lucha Obrera*. No obstante, la identidad peronista ya no sería caracterizada como un obstáculo, sino como un factor de cohesión y un incentivo para la movilización y emancipación de la clase trabajadora.

Pero eso no es tema de estas líneas, sino del próximo y último capítulo de este trabajo.

Capítulo 6 El PSRN en la encrucijada argentina y los prolegómenos de una Nueva Izquierda (1954-1956)

¿Qué hubiese sido de la Argentina si ante la ofensiva oligárquica, la sublevación de los marinos y la traición de algunos oficiales del ejército, el general Perón hubiera dado la orden de resistir hasta el final?

¿Fue ingenuo al anunciar, cuando la guerra le había sido declarada, que no era ya el jefe de la Revolución Nacional, sino el presidente constitucional de todos los argentinos? ¿Era un desatino tender la mano a una oposición que sólo quería ver a su gobierno derrocado, a su obra arrasada y a su doctrina extirpada de la conciencia y la memoria nacional?

¿Fue demasiado tarde cuando vaciló en volver sobre sus pasos, presentando su renuncia *sólo* ante los trabajadores y aceptando luego ser ratificado *sólo* por la multitudinaria aclamación del pueblo en la plaza? ¿Fue innecesaria su bravata de esa tarde, cuando amenazó a los conspiradores con una respuesta implacable que luego no quedó más que en palabras?

¿Era sensata la alternativa de entrar en combate? ¿Qué hubiese sido si el presidente avalaba la formación de milicias obreras, planteada abiertamente por la Confederación General del Trabajo en los días críticos? ¿Entraba el país en una guerra civil como la que había desangrado a la vieja España; en una espiral de violencia sin fin como la que empezaba a envolver a Colombia; o hubiese sido aquél el doloroso pero definitivo e irreversible alumbramiento de la Nueva Argentina?

¿Hubiera estado dispuesto el ya maduro (y fatigado) general a dar ese paso temerario? Esa Nueva Argentina, basada ahora en el poder que aseguraba *el fusil en el hombro del obrero*, ¿se hubiese mantenido ceñida al *acuerdo justo entre el capital y el trabajo*, o hubiera cuestionado, casi naturalmente, la propiedad privada sobre las tierras, las fábricas y el producto de la exuberante riqueza nacional, expoliada durante generaciones? Quienes con los hechos consumados juzgaron inconcebible para la mentalidad de un hombre de armas la formación de milicias obreras, ¿no hubiesen considerado inverosímil poco antes su violenta ruptura con la Iglesia Católica y el intento de sancionar constitucionalmente su separación del Estado argentino? Y quienes establecían aquella relación de causalidad entre el armamento obrero y un tránsito tan veloz como inexorable

hacia el socialismo, ¿olvidaban que pocos años antes los obreros y campesinos de la vecina Bolivia habían aplastado al ejército regular con sus máusers y sus cartuchos de dinamita sin que ello alumbrara ningún paraíso socialista?

El perfecto dilema entre *el tiempo y la sangre*, planteado por el general Perón a sus militares leales al momento de presentar su renuncia, con la lucidez y la sabiduría que sólo afloran en los momentos cruciales, agregaba a todas aquéllas, otras dos preguntas (que, quizá, las comprendían a todas y habilitaban, a su vez, innúmeras respuestas): ¿Para qué el tiempo? ¿Para qué la sangre?

Honrando su carácter de gran encrucijada histórica, el año 1955 dejó cientos de preguntas como aquellas flotando en la densa atmósfera política de la Argentina. Esos interrogantes, y tantos otros, habrían de apasionar a toda una generación de militantes políticos. Militantes peronistas que buscaban comprender cómo el sueño de una Argentina Justa, Libre y Soberana, que parecía tan al alcance de la mano, se había esfumado y tornado súbitamente en pesadilla. Militantes democráticos que necesitaron ver el odio antiperonista –y antipopular– en función de gobierno para revalorizar al *régimen depuesto* y poner en contexto su autoritarismo plebeyo. Militantes cristianos y otros que nunca lo habían sido, pero encontraron en la causa de los derrotados y perseguidos una épica de redención y una promesa de futuro. Y militantes de izquierda, que por fin comprendían que la adhesión obrera al peronismo no era fruto de ningún embrujo; que comenzaron a preguntarse si aquel tumultuoso movimiento popular de base sindical no había sido acaso el borrascoso inicio de un proceso revolucionario que condujera al socialismo; si esos sindicatos, cuerpos de delegados y comisiones de fábrica que resistían estoicos a cada ofensiva estatal y patronal con el peronismo como bandera, no eran acaso el germen de una futura Argentina obrera y socialista.

Fracasada la ofensiva *desperonizadora* de los fusiladores y disipada la breve esperanza frondicista que entusiasmó a algunos de sus integrantes, esa generación argentina volvería su mirada sobre un peronismo que, conforme pasaban los años, se veía a la distancia y a la luz de los nuevos sucesos, cada vez más reluciente y más promisorio. Y volvió así a 1955 para formularle aquellas preguntas (y tantas otras). Preguntas que, si resuenan hoy como un eco lejano, de tiempos quizá para siempre idos, no es precisamente porque hayan encontrado respuesta.

*

*

*

Introducción

En este capítulo volveremos a abarcar en su conjunto al PSRN, una formación política que, como hemos visto a lo largo de esta investigación, albergó en su interior una variedad de tendencias y matices que amenaza tornar algo dificultosa esa tarea. Veremos sin embargo que, hacia el final de su corta trayectoria, se dieron en el partido distintas tentativas de coordinación y procesos de confluencia entre algunas de sus corrientes internas.

Si bien retomaremos el relato en el punto en que lo dejamos en el capítulo introductorio, tras la poco promisorio presentación electoral del PSRN en los comicios de abril de 1954, nuestro análisis se detendrá especialmente en su intervención en la crítica coyuntura de 1955. En los meses previos y en los inmediatamente posteriores al derrocamiento del gobierno constitucional, el partido de izquierda que había surgido bajo su amparo vivió su momento de mayor actividad, primero defendiendo al gobierno de los cada vez más abiertos embates golpistas y luego, una vez consumado el golpe, buscando articular un discurso y una práctica política que le permitiera, desde una perspectiva claramente socialista, que apelaba con insistencia a la formación de un *partido obrero*, interpelar a la masa de adherentes y simpatizantes del movimiento derrocado, huérfanos ahora de representación política, dado el clima de abierta persecución y hostigamiento que sufría el peronismo.

Buscando un delicado equilibrio entre la reivindicación de lo conquistado en los años de la *Revolución Nacional* peronista, el balance ciertamente crítico de las causas que habían provocado su caída y la pretensión de constituirse en una fuerza de relevo para la clase obrera y los sectores populares, el PSRN buscará en esos meses construir una nueva identidad, obrera y nacional, anticapitalista y popular; y en esa búsqueda dejará sentadas buena parte de las bases sobre las que se articulará la práctica y el discurso de la *nueva izquierda* que habrá de emerger lentamente en el periodo posterior al 55 y hará definitiva eclosión en la década del sesenta.

Balance electoral y reorganización partidaria

Como dejamos mencionado al final del primer capítulo, la discreta performance del PSRN en las elecciones del 25 de abril de 1954 pareció enfriar el relativo interés del gobierno de Perón por la nueva empresa socialista que pocas voluntades había sumado a la causa de la Revolución Nacional. Quizá fuera ese el motivo de que *La Vanguardia (Tercera etapa)* interrumpiera su tirada luego de los comicios. Lo mismo sucedió, al

parecer, con el aún más efímero *Socialismo* del partido de General San Martín. Esta situación –que acaso nos hable de alguna línea de financiamiento interrumpida tras el proceso electoral– nos hace difícil acceder al balance de la experiencia por parte de los militantes socialistas que dieran el primer impulso a la organización.

Tampoco nos ofrece indicios al respecto el periódico *Argentina de Hoy*, que, aunque no sufrió igual interrupción en su tirada y siguió contando entre sus principales colaboradores a reconocidos militantes del PSRN, se mantuvo ceñido a su línea editorial de apoyo resuelto pero *apartidario* al gobierno peronista. En esa línea, tanto la editorial del número posterior a los comicios como una extensa nota de portada, firmada por Joaquín Coca, exaltan una y otra vez el contundente y renovado apoyo de la clase obrera a la Revolución Nacional, sin hacer mención alguna de la corriente socialista que se identificara con sus principios.³⁶⁶ Por su parte, Juan Unamuno y Alfredo Muzzopappa, cuyos nombres habían encabezado las boletas del PSRN en los principales distritos, prefieren dedicar sus análisis a “*La cultura en el Segundo Plan Quinquenal*” y al “*Exceso de cereales en el mercado mundial*”, respectivamente.³⁶⁷ De este silencio no debe deducirse, necesariamente, un balance negativo (y por ello soslayado) por parte de los columnistas, ya que idéntica omisión había hecho *Argentina de Hoy* de la presentación de las listas, la plataforma partidaria y los actos de campaña del PSRN. Se trataba, más bien, como notáramos oportunamente, de una cierta “división de tareas” entre un órgano de prensa partidario (que ahora interrumpía su tirada) y otro que, aún cuando fuera impulsado por algunos de sus mismos integrantes, buscaba orientarse a un público más amplio y abarcar un espectro temático mayor.

Quienes sí nos dejan conocer sus impresiones respecto del resultado electoral del PSRN son algunos de los grupos trotskistas que, con el correr de los meses, comenzaron a consustanciarse con su decisión –algo vacilante en un comienzo– de sumarse a la organización. Comencemos por los animadores del Centro Manuel Ugarte de la Capital Federal, donde, recordemos, volvían a confluír transitoriamente el grupo Frente Obrero y el de Jorge Abelardo Ramos. En rigor, el folleto que analizaremos, fechado en junio de 1954, es el primer testimonio directo que tenemos de la inserción de estos grupos en el PSRN, ya que ninguno de sus militantes había integrado las listas de candidatos ni tomado la palabra en los actos proselitistas del partido. No obstante, de la lectura del material surge

³⁶⁶ “Pueblo y antipueblo” (edit.) y “Sociología electoral”. *Argentina de Hoy* N° 37, Mayo 1954, p. 1

³⁶⁷ *Ibid.*, pp. 3 y 7.

a las claras que, de una u otra forma, habían colaborado en el esfuerzo de agitación electoral.

Aunque su principal actuación se desarrollaría en esta etapa desde el Centro Manuel Ugarte y bajo el sello de la Federación de la Capital, este sector mantenía también algunos contactos en otros puntos del país, que intentaría activar en función de su participación en el PSRN. Una de esas terminales se encontraba en Rosario, de donde era oriundo el mentor teórico del grupo Frente Obrero, Aurelio Narvaja –aun cuando, al parecer, la incursión de Narvaja en las filas del PSRN fue posterior a la de sus compañeros.³⁶⁸ Asimismo, otro agrupamiento afín actuaba desde hacía varios años en la ciudad de Córdoba. Se trataba de un grupo escindido de la juventud socialista local en 1947, tras haber sostenido desde su publicación, *La Chispa*, posturas que reconocían una clara influencia del grupo de Narvaja y Enrique Rivera (Galasso, 2007:190).³⁶⁹ Uno de los antiguos dirigentes *chispistas*, Ernesto Ceballos, aparecerá como colaborador en *Frente Obrero*, reeditado en octubre de 1954, y al año siguiente figurará entre los dirigentes de la federación cordobesa del PSRN.³⁷⁰ Por último, tenemos constancia de otro grupo ligado a esta tendencia en la provincia Presidente Perón (Chaco), encabezado por el abogado Carlos Díaz, quien tras la

³⁶⁸ Norberto Galasso (2007: 235) menciona que, al momento de la formación del PSRN, Narvaja “desconfía” (se entiende que del patrocinio gubernamental al partido o de sus principales impulsores provenientes del PS) y, en consecuencia, decide colaborar “desde afuera, a la distancia, sin incorporarse” al nuevo partido. El dato es fidedigno por cuanto el autor obtuvo el testimonio directo del viejo militante en relación a este período. Aunque desconocemos cuándo ingresó finalmente al partido, lo cierto es que a fines de 1955 Narvaja aparecerá en un rol de cierto protagonismo, presentando un informe ante un congreso partidario (: 275).

³⁶⁹ Según reconstruye el autor, uno de los cuadros de Frente Obrero, Ángel Perelman, había viajado con frecuencia a la provincia a reunirse con el grupo de jóvenes socialistas. Así fue como el primer número de *La Chispa*, coincidente en puntos nodales con las caracterizaciones de Frente Obrero, provocó la inmediata reacción de las autoridades partidarias, quienes convocaron a una asamblea de afiliados para proponer su expulsión. La reunión terminó con incidentes y el grupo finalmente renunció a su afiliación a través de una nota dirigida a las autoridades partidarias nacionales, en un hecho que tuvo alguna repercusión en la prensa local. Más allá del matiz “filo peronista” de los jóvenes cordobeses, el incidente que selló su apartamiento del PS puede inscribirse también en el marco de la política que el Comité Ejecutivo Nacional se dio en 1947 para neutralizar la influencia de distintas corrientes *trotskizantes* al interior del partido, mencionada en el capítulo anterior respecto de la federación jujeña conducida por Esteban Rey. Por otra parte, sabemos que otro conocido intelectual y militante de la futura Izquierda Nacional desarrollaba su actividad en la ciudad de Río Cuarto, Córdoba. Se trata de Alfredo Terzaga (más cercano al grupo de Ramos, con quien lo unía una vieja amistad), aunque no hemos podido constatar de manera fehaciente que se haya embarcado en la construcción del PSRN.

³⁷⁰ La constitución de la federación cordobesa ya había sido anunciada en *La Vanguardia (Tercera etapa)* a fines de 1953, en el marco de la primera tentativa de “reorganizar” las federaciones provinciales luego de que la justicia federal otorgara la personería del viejo PS al Movimiento Socialista. En aquella oportunidad, los militantes del grupo cordobés ligado a Frente Obrero no aparecían ni como promotores de la federación local ni como oradores en los actos del MS en la provincia, lo que refuerza nuestra hipótesis de que los grupos precursores de la Izquierda Nacional no participaron de aquella primera iniciativa de organización del MS/PSRN previa a las elecciones de 1954.v. “Intensa actividad socialista en todo el país” *LV Tercera etapa* N° 7, 31-12-53, p. 2. Sí lo harán, en cambio, de cara al proyectado Primer Congreso del PSRN, cuando “Ceballos” aparece como dirigente de la federación cordobesa y orador en un acto partidario. v. “Preparación del Congreso Nacional Partidario”, *LV Segunda época* N°1, abril 1955, p 2

disolución del PSRN impulsaría las sucesivas formaciones de la Izquierda Nacional en esa provincia del nordeste argentino.³⁷¹

Volvamos, ahora sí, al balance que este sector trotskista hacía, en junio de 1954, respecto del reciente proceso electoral. El análisis comienza con una definición general, caracterizando al resultado de las elecciones como “*un triunfo de las fuerzas populares*”; “*verdadero triunfo, que nosotros saludamos, del pueblo argentino sobre la oligarquía*”. No obstante, la declaración del Centro Manuel Ugarte advierte a continuación que...

“...es visible un proceso de inquietud y fermentación en las masas obreras argentinas, las mismas que salieron a la calle en las jornadas de octubre del 45 para imponer y llevar adelante la revolución nacional y antiimperialista. Y es que esa revolución, obra exclusiva del esfuerzo popular, hoy aparece estancada y amenaza retroceder. El enemigo acecha desde afuera y desde adentro de las filas revolucionarias.”³⁷²

No es necesario aclarar a qué actores se refieren los firmantes cuando mencionan a los enemigos *externos* a la Revolución Nacional; en cuanto a los que actuaban “*desde adentro de las filas revolucionarias*”, mencionan en primer lugar a “*los capitalistas nativos*”, a quienes se acusa de querer beneficiarse en exclusividad de las “*conquistas antiimperialistas*” del proceso abierto en 1945:

“Quieren que los gastos de la lucha antiimperialista, los sacrificios que ella impone [...] las pague íntegramente el pueblo. ¡Pero cuando hay que luchar, ellos se lavan las manos o sabotean! ¿Dónde estuvo la patronal el 17 de octubre de 1945? ¿Quién combatió a Braden y sus lacayos? ¡Fué [...] solamente la clase obrera y el pueblo! [...] Es necesario un fuerte partido obrero para impedir que las victorias que las masas obtienen en la calle se vean escamoteadas por esos capitalistas que nada hacen y todo lo quieren.”³⁷³

Una típica apelación de clase, aunque, en este caso, direccionada específicamente hacia el interior del frente policlasista que gobernaba la Argentina. Pero eso no es todo. La declaración señala también, entre los “*enemigos de las masas populares*”, a la burocracia del Estado, de la cual se afirma que “*odia la Revolución Nacional por la cual vive. Se*

³⁷¹ En 1962, Díaz será cofundador y organizador del Partido Socialista de la Izquierda Nacional conducido por Jorge Abelardo Ramos. Ya entrados los setenta, evidentemente distanciado de la línea política de la nueva formación que impulsaba Ramos (el Frente de Izquierda Popular), el militante chaqueño recordará en su correspondencia, y sin ninguna épica, su paso por el PSRN. Comienza por definirlo como “una creación burocrática de Perón, puesto en el camino de la radicalización de las masas después de las desastrosas sequías de 1951/52”, para agregar luego: “Lo que se denominaría ‘izquierda nacional’, durante una década había quedado sin clientela, por los altos salarios y la satisfacción de las ‘reivindicaciones transitorias’ de amplias capas. Aislada, se había sectarizado. [...] Rivera y Sylvester, por un lado; Ramos-Spilimbergo, por otro, en la Capital; yo desde el Chaco, ingresamos al PSRN como ala izquierda minoritaria. No había, entonces, otra salida.” Carta de Carlos [Díaz] a destinatario desconocido, Resistencia, 26-4-74. Archivo de N. Galasso.

³⁷² “Sobre el cadáver del socialismo oligárquico, afirmamos, junto al pueblo, la voluntad de llevar la Revolución Nacional del 17 de Octubre hasta sus últimas consecuencias”. Folleto del Centro Manuel Ugarte, Junio 1954. Archivo de N. Galasso.

³⁷³ *Ibid.*

adhiera al régimen triunfante y lo estrangula". Probablemente en busca de entablar un diálogo con las bases peronistas, el texto preanuncia una caracterización que hará furor dos décadas más tarde: "*El propio general Perón se ve jaqueado por esa burocracia*".

Con todo, en el corolario del análisis, los militantes del Centro Manuel Ugarte se presentan optimistas, al afirmar que el proletariado estaba dispuesto a combatir a esos enemigos *externos e internos*, que el arma que necesitaba para hacerlo "*ya existía*" y que no era otra que el PSRN. En ese marco, reivindican incluso (exagerándola apenas) la discreta cosecha electoral de la nueva expresión socialista:

"Pese a las dificultades de todo orden que tuvimos que enfrentar para presentarnos a elecciones; pese al fardo en contra del intenso proceso de reorganización partidaria; pese al desprestigio tremendo acumulado por la vieja dirección oligárquica del Partido, VEINTINCINCO MIL VOTOS OBREROS en seis circunscripciones electorales del país son sólo un débil atisbo de una verdad que gana el corazón de nuestra clase: ¡EL PROLETARIADO YA TIENE SU PARTIDO! ¡ES EL PARTIDO SOCIALISTA DE LA REVOLUCIÓN NACIONAL!"³⁷⁴

Podría decirse que la apuesta por la transformación del germinal PSRN en *el partido de la clase obrera*, un partido que representara exclusivamente sus intereses, de manera más acabada que el heterogéneo movimiento policlasista conducido por el general Perón, constituyó un denominador común a todas sus corrientes internas. Esta apelación volvía a revelar, acaso, la incomodidad de las distintas variantes de izquierda (aun las que le eran más afines) con el tipo de construcción *movimientista* que caracterizaba al peronismo –aunque, paradójicamente, al aceptar el convite a participar del PSRN, las distintas variantes socialistas y trotskistas que lo conformaban estuviesen abonando a esa lógica de construcción política. De alguna manera, todas evidencian cierto anhelo de "normalización" o "depuración" del sistema político, en el sentido de que las representaciones partidarias se tornasen más cristalinas respecto de las posiciones de clase. Aunque podría argumentarse que la consigna de la organización del proletariado en partido político venía desde el mismísimo *Manifiesto del Partido Comunista* de Marx y Engels, consideramos que también subyace en estos planteos la impronta del socialismo *fundacional* de Juan B. Justo (tan denostado por las corrientes trotskistas del PSRN), con su insistencia en la formación de partidos orgánicos, programáticos, que representaran cabalmente los intereses de las clases en pugna en la moderna sociedad capitalista.

Claro que este llamado a la formación del *partido obrero* reconocía variadas modulaciones entre las distintas corrientes del PSRN. Así, mientras los militantes del

³⁷⁴ *Ibid.*

Centro Manuel Ugarte bregaban por una expresión obrera y socialista que “depurase” al proceso de la Revolución Nacional de sus componentes burocráticos y retardatarios, otras tendencias casi no disimulaban su apuesta por el PSRN como el estadio inicial de un proceso de “desperonización” de la clase trabajadora argentina. Este era el caso del Partido Obrero Revolucionario de Nahuel Moreno, que, ya constituido como Federación Bonaerense del PSRN, lanzaba en agosto de 1954 su nuevo órgano de prensa, *La Verdad*. El eje cardinal de la publicación, recordamos, era justamente la insistencia en la formación de un *Partido Obrero* que impulsara “un programa obrero, anticapitalista y antiimperialista”. Es en ese marco que el morenismo nos ofrece su balance del proceso electoral:

“Los últimos acontecimientos políticos y sindicales vividos por el país [...] ponen sobre el tapete la urgente necesidad de dotar a nuestra clase del instrumento político: su propio partido de clase, socialista por su programa y métodos de lucha e independiente por su accionar [...]. Las elecciones señalaron indirectamente la necesidad del partido obrero. El repudio a los partidos burgueses opositores (radicales, conservadores, demócratas progresistas), indicado a través de los guarismos electorales, mostraron que la clase obrera no se deja engañar por las falsas promesas de libertad de los que la profanaron [...]. Por otra parte, el apoyo al partido oficialista, efectuado sin ningún entusiasmo, señala el punto alcanzado hasta ahora por la experiencia de los trabajadores, en su mayoría, faltos todavía de un auténtico partido obrero –el nuestro es de reciente creación y poco conocido– apoyaron al gubernamental por inercia, significando así su oposición a los tradicionales. Los votos obtenidos por nosotros, especialmente en los distritos obreros y el repunte en los mismos logrado por los comunistas, reflejan la existencia en la clase obrera de la necesidad de dotarse –como en nuestro caso– de su propio instrumento político de clase o a apoyar –como es el caso de los comunistas– a un partido considerado obrero.”³⁷⁵

Más allá de estos matices en torno al balance de las elecciones, lo cierto es que todas las corrientes que se habían embarcado en la incierta travesía del PSRN optaron por permanecer a bordo. Así, pasado el tiempo electoral, se abrió un periodo de reorganización partidaria. El mismo número de *La Verdad* nos informa que a mediados de septiembre, en la Casa del Pueblo, se había realizado el escrutinio de la elección para renovar el Comité Ejecutivo Nacional (CEN) del PSRN. En su nueva conformación, los socialistas, ahora con Carlos María Bravo como secretario general, mantuvieron el control mayoritario sobre los puestos directivos, tanto del órgano ejecutivo como de la comisión de prensa, aunque en ambos organismos partidarios aparecían también nombres asociados a las fracciones trotskistas que animaban la Federación Bonaerense y el Secretariado del Norte. Los impulsores de la Federación de la Capital, a quienes ya hemos visto consustanciados con la construcción del partido, evidentemente seguían optando por no integrarse a sus cuerpos

³⁷⁵ “La clase obrera necesita un partido obrero”, *La Verdad* N°2, sep. 1954, p. 2

orgánicos, en lo que acaso fuera una política deliberada que, de todos modos, sería revisada meses después.³⁷⁶

Que los militantes de la futura Izquierda Nacional no tuvieran participación en los organismos de decisión partidarios no significaba que sus posiciones carecieran de incidencia en la organización. Por el contrario, sus postulados, en especial los argumentos de su crítica al viejo PS, lograron tempranamente una considerable gravitación en la armazón ideológica y discursiva del nuevo socialismo. Como adelantáramos en el capítulo referido a estos grupos, algunas de sus interpretaciones se irán convirtiendo progresivamente en una suerte de *sentido común* de la organización. Veamos al respecto un documento publicado por el flamante Comité Ejecutivo Nacional al mes siguiente de su conformación, con motivo de lanzarse la primera campaña de afiliación del PSRN.

Nada encontramos allí del viejo intento de presentar al socialismo de la Revolución Nacional como “heredero legítimo” del viejo Partido Socialista, de sus banderas fundacionales y de las enseñanzas del *Maestro* Justo, concentrando los ataques en las *desviaciones* de la *dirección conservadora* encabezada por Repetto y Ghioldi, como advertiéramos al analizar la primera tirada de *La Vanguardia* previa a las elecciones. Aquella apelación, a todas luces infructuosa, cedía ahora su lugar a un esfuerzo por diferenciarse de manera mucho más tajante del viejo partido en su conjunto, retro trayendo la crítica hasta sus mismos orígenes (aunque concentrándola especialmente en los

³⁷⁶ “Se eligió nuevo C. Ejecutivo de nuestro partido”. *Ibid.* Entre los socialistas, además de C.M. Bravo, figuran Emilio Dickmann, Juan Unamuno, José O. Cavalieri, Pedro J. Juliá, Samuel Groissman, Bartolomé Colevatti, Jorge Cesaroni, Santiago Flamini, Miguel Caballero Álvarez, Juan Vescobo y Dionisio Losada. De la Federación Bonaerense podemos identificar a Hugo Bressano, Daniel Pereyra, Horacio Lagar y Rubén Marranti, mientras que por el Secretariado del Norte se integran Esteban Rey, Francisco Cuenya y Hugo Brizuela. El único militante que quizá podríamos ligar a los grupos de la Federación de la Capital es Saúl Hecker, aunque su sinuosa trayectoria al interior de distintos grupos trotskistas desde fines de los 40 nos impide determinar con certeza a cuál de ellos pertenecía al momento de conformarse el CEN. Sabemos que un mes después, un libro de su autoría sería anunciado en Frente Obrero y que en esa agrupación terminará recalando hacia 1955; pero por otra parte, el resto de los nombres asociados al Centro Manuel Ugarte no aparecen aún como integrantes de los cuerpos orgánicos del PSRN. Por otro lado, Carlos Herrera (2011: 100) sostiene que, tras el magro resultado electoral, la aparente pérdida de interés en el PSRN por parte del gobierno se reflejó en la ausencia de los dirigentes más vinculados al Ejecutivo, como Juan Unamuno. Lo cierto es que el ex candidato a diputado nacional por la Capital seguía formando parte tanto del Comité Ejecutivo como de la Comisión de Prensa y, de hecho, sería director de *La Vanguardia* cuando el órgano socialista volviera a publicarse al año siguiente. En cuanto al otro dirigente que obraba desde el comienzo como nexo con el ministerio del Interior, Emilio Dickmann, también aparece integrando ambos organismos. Ciertamente, como puntualiza Herrera (: 104), Dickmann recibiría poco después un cuestionamiento desde las propias filas partidarias, siendo suspendido a comienzos de 1955 en razón de una denuncia por irregularidades en la construcción de viviendas populares. Esa medida disciplinaria se daría en el marco de una disputa con otra fracción socialista, encabezada por Carlos M. Bravo y Unamuno; disputa que, al menos en una primera instancia, pareció resolverse en favor del sector de Dickmann, como desarrollaremos en el próximo apartado de este capítulo.

gobiernos radicales y la década del treinta), a la vez que se hacía eco del argumento que lo señalaba como una simple expresión “municipal”:

“La crisis del socialismo no es reciente. [...]. Desde 1916 a 1943 no fue otra cosa que un grupo local, limitado a la Capital Federal y a uno que otro pueblo del interior. Creció, aparentemente, en excepcionales y no muy recomendables circunstancias para la democracia argentina, en 1932, con el habilidoso, sonriente y agradecido beneplácito de la oligarquía, dueña del poder por el cuartelazo y el fraude, pobre beneficiario de la abstención del partido radical, a cuya caída había contribuido”³⁷⁷

El juicio retrospectivo no se detiene allí. Abarca también a la política gremial del viejo PS, basada en el principio de prescindencia política de los sindicatos, al cual se juzga como *absurdo*, funcional al interés de los grandes empleadores y un obstáculo para la organización sindical en diversas ramas de la producción. La actividad sindical, se señala, había constituido siempre un “*ejercicio secundario*” para la conducción y las débiles iniciativas partidarias destinadas a atenderla no habían sido más que una “*transacción con las corrientes que reclamaban mayor vigor en los problemas obreros*”. Ni siquiera la histórica Declaración de Principios redactada por Juan B. Justo y aprobada por el primer congreso partidario quedaba al margen de la crítica: para el PSRN, aquel texto fundacional enfrentaba “*esquemáticamente*” al capitalismo con la clase obrera, omitía toda referencia a la revolución que acababa de producirse (en 1890), no atribuía ninguna función a la clase media y silenciaba “*la función que competía a la clase obrera en el proceso local*”.

El socialismo de los orígenes, prosigue el documento, “*tendió a importar la estructura del partido Social-demócrata alemán de los tiempos de Bismark, o del laborismo británico*”. En torno suyo se habían agrupado “*elementos de la clase media, de pensamiento influido por las corrientes predominantes en Europa a las que se sigue del modo más fiel posible*”, así como “*los primeros núcleos de trabajadores [...] cuya retribución es más generosa que la que percibían otros sectores todavía dispersos*”, organizados por las corrientes anarquistas. Pero ninguna de esas tendencias, concluye, “*ha percibido la acción que ejerce el capital invasor en la economía local*”.³⁷⁸

Como puede verse, el balance histórico del PS es lapidario respecto del periodo 1916-1943 (con particular énfasis en la década del 30) y más mesurado en relación a los años fundacionales, pero abiertamente crítico en ambos casos. Y los elementos de esa crítica son, en su totalidad, aquellos que venían esgrimiendo los grupos trotskistas que

³⁷⁷ “Partido Socialista Revolución Nacional. Primera Campaña de Afiliación”. Documento del CEN del PSRN, oct. 1954. Archivo de N. Galasso. p. 1

³⁷⁸ *Ibid.*, pp. 2, 3

hacían del ataque al viejo PS un verdadero *leitmotiv*. Al pasar, el documento reivindica, como una frustrada tentativa de rectificación, la breve experiencia del Partido Socialista Obrero, de la cual la mayoría de los militantes socialistas del PSRN, incluido su nuevo secretario general, habían participado.³⁷⁹ Pero además de la propia procedencia y evolución de los militantes socialistas y de la creciente influencia de las corrientes trotskistas incorporadas al partido, al comienzo del escrito se deja entrever otro estímulo para esta ruptura mucho más visible con la vieja tradición partidaria: la propia experiencia de los militantes del PSRN en la campaña proselitista.

“Sesenta años lleva cumplidos el Partido Socialista en la vida del país. Al cabo de ellos, ofrece el cuadro abrumador de su insignificancia. [...] El pueblo lo ha eliminado de la circulación política y su repudio ha sido tan expreso e indudable que –en la pasada campaña electoral– en muchos centros obreros la exhibición del distintivo partidario se tenía por un acto inamistoso y provocaba repulsas de palabra y de hecho. No se ha visto en la historia del movimiento obrero argentino que la masa trabajadora haya repudiado con tanto rencor a una organización como lo ha hecho con este partido.”³⁸⁰

Ya no se trataba, entonces, de convencer a los viejos simpatizantes socialistas de las bondades de la Revolución Nacional y su congruencia con los históricos principios partidarios, sino de explicar a los trabajadores, en su enorme mayoría peronistas, que el nuevo socialismo luchaba en su misma trinchera, contra sus mismos enemigos y ya nada tenía que ver con los antiguos mentores de la Unión Democrática. La tarea, continúa el documento, no era sencilla pero, aun así –sostienen– comenzaba a dar sus primeros frutos:

“Grandes esfuerzos debimos hacer para acceder a los núcleos de trabajadores con nuestras banderas de crítica social en procura de la confianza obrera. Los votos que nuestro partido ha obtenido en el país demuestran que hemos logrado asentar un principio de comprensión en favor de nuestra prédica.”³⁸¹

En cuanto a su presente, la declaración toma abierto partido por el “*pujante proceso de renovación*” iniciado en 1945 y saluda el “*despertar de una nueva conciencia social*”, que ve expresado “*en todos los jóvenes [...] que se han formado oyendo hablar de ‘Justicia social’, ‘Revolución Nacional’, ‘Sindicalismo’, ‘comicios limpios’...*”. En ese orden, no duda en apelar a la tradición del socialismo obrero para sentenciar: “*Nuestra*

³⁷⁹ De hecho, como nota Herrera (2011:101), el documento del PSRN se cierra con una consigna que trae reminiscencias de aquella experiencia política: “Por una voluntad argentina en marcha hacia la liberación nacional y el socialismo”

³⁸⁰ *Ibid.*, p. 1

³⁸¹ *Ibid.*, p. 1

*posición, con relación al nuevo gobierno, no podía ser sino de COINCIDENCIA en el plan anti-imperialista por la circunstancia de haber sido sus precursores”.*³⁸²

Más adelante, sin embargo, se expresa también alguna condicionalidad en ese apoyo a la política del gobierno peronista:

“Los problemas que afectan a la clase trabajadora no tienen solución en la estructura de la sociedad capitalista. Derogada la Constitución de 1853 [...] y sustituida por la moderna de 1949 [...], la estructura del país debe ser innovada en sus aspectos económico, político y jurídico. Estamos en la línea de la Revolución Nacional en tanto esa línea nos dé posibilidades o nos conduzca hacia el socialismo.”³⁸³

En el mismo sentido, el PSRN dedica un tramo de la declaración a dar “*su voz de alerta a la clase trabajadora*” sobre los “*signos*” que “*pueden anunciar la contra-revolución*”:

“Frente a la abierta ofensiva del imperialismo yanqui, que pretende hacer del continente sudamericano una nueva colonia [...] el Partido Socialista de la Revolución Nacional [...] se alarma al observar, en nuestro medio argentino, que la Confederación General Económica reclame contra la vigencia de los últimos convenios colectivos de trabajo y requiera el retaceo o la mutilación de los derechos obtenidos por la clase obrera. La ofensiva del imperialismo yanqui por una parte, y la ofensiva de la Confederación General Económica por otra, se han producido simultáneamente y no, seguramente, por mera coincidencia.”³⁸⁴

Como lectura general, nuevamente podemos ver la caracterización del peronismo como un proceso de liberación antiimperialista amenazado por las contradicciones de clase a su interior, en las cuales el socialismo, desde luego, debía tomar partido por la clase trabajadora. Sin embargo, existían importantes matices en la manera de ordenar en la programática esos distintos niveles de conflictividad. En concreto, no es aventurado interpretar el párrafo citado como una concesión del conjunto partidario a una de sus tendencias, en este caso, la Federación Bonaerense. Desde su órgano de prensa, el morenismo venía denunciando con insistencia esa colusión *patronal-imperialista* que, en el orden interno, identificaba insistentemente con la CGE, señalada como principal artífice de la *ofensiva patronal* contra la clase obrera. Más allá de este matiz, el documento se manifiesta en contra de los aumentos de precios y de toda medida que resienta el consumo interno, ya que “*la reducción del nivel de vida de la clase trabajadora [...] debilita la posición anti-imperialista de la Nación al favorecer la destrucción de la economía local por la crisis.*”

³⁸² *Ibid.*, pp. 6-7

³⁸³ *Ibid.*, p. 7

³⁸⁴ *Ibid.*, pp. 7-8

Por último se presentan las medidas postuladas por el PSRN para superar esa crisis económica y profundizar las conquistas de la Revolución Nacional con perspectiva socialista, que están en línea con el programa que el partido había defendido en la contienda electoral: nacionalización de las industrias fundamentales y los servicios públicos, con activa participación obrera en la administración de las empresas; reforma agraria, nacionalización del latifundio y reparto de las tierras con apoyo del Estado. El texto finaliza con la proclama: “*Queremos ser el Partido de la clase obrera argentina en su acción anti-imperialista en el país y en América Latina; y la herramienta de su emancipación como clase. ¡El Partido Socialista de la Revolución Nacional llama al Pueblo a sus filas!*”³⁸⁵

A poco de asumir sus funciones el nuevo Comité Ejecutivo, el órgano de prensa de la Federación Bonaerense entrevistaba al flamante secretario general y lo presentaba ante sus lectores de una manera por demás elogiosa, en una nota ilustrada con su fotografía. Atento y solícito, el experimentado militante socialista respondía a todas las preguntas de sus nuevos camaradas trotskistas, manifestaba sus opiniones sobre la actualidad, analizaba los desafíos de la hora y exponía sus planes en el ejercicio del alto cargo con que sus compañeros lo habían distinguido.³⁸⁶ Mientras tanto, los trotskistas del Centro Manuel Ugarte relanzaban *Frente Obrero*, donde informaban que la Federación de la Capital realizaba sus reuniones semanales en el local histórico de la calle Loria, en el barrio de Boedo, desde donde los socialistas de José Oriente Cavalieri habían librado sus batallas contra la vieja conducción del PS y donde en 1953 funcionara la primera sede del Movimiento Socialista.³⁸⁷ La unidad y la fraternidad parecían reinar al interior del PSRN. Pero las discrepancias no tardarían en aparecer.

¿Partido chico, problemas chicos? Disputas internas en el PSRN

A comienzos de 1955, aquella aparente concordia pareció truncarse súbitamente y el partido entró de lleno en su primera crisis interna. En el mes de febrero, uno de los artífices de la nueva formación socialista, nada menos que Emilio Dickmann, fue suspendido de sus funciones partidarias en razón de una denuncia sobre irregularidades en un proyecto de

³⁸⁵ *Ibid.*, p. 8

³⁸⁶ Entrevista a Carlos María Bravo, *LV* N° 3, oct. 1954, p. 3.

³⁸⁷ *Frente Obrero*, órgano de la Federación de la Capital del PSRN. N°1, oct. 1954, p. 4

construcción de un barrio obrero (Herrera, 2011: 104). Los promotores de la medida fueron el flamante secretario general Carlos M. Bravo y otros dirigentes de la fracción socialista que controlaba el CEN (Juan Unamuno, José O. Cavalieri, Pedro Juliá), pero no contaron evidentemente con el apoyo mayoritario del partido. En respuesta a esta medida y, según se afirma, al estado de “*quietismo*” en que se hallaba sumido el partido bajo la nueva conducción, el sector de Dickmann y las tres corrientes trotskistas, reuniendo la representación de seis federaciones provinciales (Capital, Buenos Aires, Jujuy, Tucumán, Santiago del Estero y Córdoba), se autoconvocaron en Asamblea General para designar una nueva conducción provisoria y convocar al primer Congreso Nacional partidario –cuya realización, según denunciaban, estaba prevista para el mes de marzo, pero no había sido garantizada por el cuestionado Comité Ejecutivo.³⁸⁸

Aún antes de la sanción del CEN a Dickmann, estos sectores venían impulsando algunas iniciativas conjuntas (y no sería de extrañar que la medida disciplinaria contra el ingeniero fuese una respuesta a ellas). En enero de ese año, varios representantes de los diferentes grupos habían visitado en la localidad de Valle Hermoso, provincia de Córdoba, al anciano Enrique Dickmann, retirado allí en razón de su deteriorada salud. Desde Valle Hermoso había sido emitida una declaración redactada por Dickmann y rubricada por representantes de todas las tendencias presentes. Allí, el veterano dirigente renovaba sus expectativas en...

“la creación de un gran partido nacional, abanderado natural e histórico de la clase trabajadora argentina [...] con respeto para todas las tendencias, sobre las bases de granito de la Declaración de principios redactados por Juan B. Justo. [...] Los principios como base, la unidad y la coexistencia de tendencias socialistas como medios y el trabajo en defensa de los intereses inmediatos e históricos de la clase trabajadora como fin, son mi mensaje y mi consejo” (cit. en Herrera, 2011: 103).³⁸⁹

Ya desatado el conflicto, estos sectores convocaron a la asamblea para el día 12 de marzo. Más allá de dirimir las disputas internas del PSRN, el llamado parece ceñirse al espíritu unitario que inspirara al viejo Dickmann, a juzgar por la incorporación, en calidad de observadores, de los jóvenes Silvio Frondizi, Ricardo Napurí y Marcos Kaplan, del grupo Praxis, que envían una calurosa nota de adhesión “*al congreso de unificación de los grupos socialistas revolucionarios*”. Lo mismo hacen Enrique Dickmann desde su retiro

³⁸⁸ “El significado de la Asamblea”. *La Verdad* N° 9, mar. 1955, p. 2

³⁸⁹ La declaración es firmada por Esteban Rey y Brinze (Jujuy) Hugo Bressano (Buenos Aires), Raúl Barber y Francisco Yuluyac (Tucumán), Bernardini (Santiago del Estero), Cuenya (Salta) y Jorge Jaroslavsky (Capital) (Herrera, 2011:103). La firma de Jaroslavsky –pariente de los Dickmann según señala Herrera– pone en evidencia la ausencia del sector trotskista que actuaba como Federación de la Capital, aunque pronto esa corriente también se integraría a las distintas iniciativas de reorganización partidaria.

cordobés y la Confederación Juvenil del PSRN. La asamblea es presidida por Hugo Brizuela (Jujuy), secundado por los secretarios R. Moiraghi (Buenos Aires) y Jorge E. Spilimbergo (Capital). Ese esquema de conducción paritario entre las distintas tendencias se mantiene en la comisión organizadora del próximo Congreso, a la cual se reviste, hasta su realización, de las facultades ejecutivas revocadas a la conducción anterior. Presidida (claro que de manera simbólica) por Enrique Dickmann, la comisión queda integrada por su hijo Emilio y otros tres socialistas (Flamini, Colevatti y Groisman), cuatro representantes del Secretariado del Norte (Rey, Cuenya, Brizuela y Mansilla), cuatro de la Federación de la Capital (Etkin, Spilimbergo, Ramos y Sylvester) y otro tanto de la Bonaerense (Pereyra, Bressano, Moiraghi y Piepoch). Entre otras resoluciones, se dejaban sin efecto todas las medidas disciplinarias adoptadas por la conducción anterior, comenzando desde luego por la suspensión del joven Dickmann, y se facultaba a la comisión organizadora para convocar finalmente al congreso partidario dentro del plazo de dos meses, garantizando a todas las tendencias y grupos de opinión los medios y la más amplia libertad para difundir sus posiciones.³⁹⁰

El CEN comandado por Carlos M. Bravo, como era previsible, no se allanó a la resolución que pretendía revocar su mandato y crear un organismo ejecutivo *ad-hoc*. Por el contrario, su sector se propuso librar batalla para mantener su autoridad al frente del partido. De esta decisión nos enteramos nuevamente por la cobertura de sus antagonistas de la Federación Bonarense. A través de un comunicado que se publica en portada de *La Verdad* a fines de abril, la corriente trotskista sale al cruce de una versión periodística que había sugerido...

“que el Comité Organizador del Congreso del Partido está por llegar a un acuerdo con el Comité Ejecutivo Fraudulento que fuera repudiado por los afiliados en la asamblea del 12 de marzo pasado, y que a consecuencia de ese acuerdo estaría por aparecer “La Vanguardia”, bajo la dirección del Sr. Unamuno.”

El comunicado de la FB califica esas versiones de “*antojadizas*” y resuelve en consecuencia:

“comunicar a nuestros afiliados, simpatizantes y a la opinión pública en general, que no hay ningún acuerdo con el Comité Ejecutivo Fraudulento, ni lo habrá hasta tanto éste no deponga su actitud provocadora y se someta a la disciplina del C.O. [Comité Organizador] y acate la voluntad de la inmensa mayoría de los afiliados al partido; [y] que el periódico que aparecerá

³⁹⁰ “En asamblea general el partido manifestó su repudio al C. Ejecutivo y su voluntad de construir un Partido Obrero”; “Notas de adhesión a la asamblea”. *La Verdad* N° 9, mar. 1955, pp. 1,2,4

será “IZQUIERDA”, editado en nombre del Comité Organizador del Congreso y no “La Vanguardia”, dirigida por el Sr. Unamuno y el C.E. Fraudulento.”³⁹¹

Si aquellas tratativas, mentadas por la prensa y negadas categóricamente por *La Verdad*, habían existido, no parecen haber llegado a buen puerto, pues los dos sectores en pugna siguieron trazando estrategias paralelas y contrapuestas para hacerse con el control del partido. Lo que sí podemos constatar es que, casi al mismo tiempo que la Federación Bonaerense negaba que *La Vanguardia* fuera a reaparecer, el primer número del órgano socialista, ahora con el aditamento *Segunda época*, salía de la imprenta; y lo hacía, en efecto, bajo la dirección de Juan Unamuno.³⁹² Sin hacer ninguna alusión al conflicto interno, la publicación daba cuenta de una intensa actividad del raleado Comité Ejecutivo, con algunos de sus miembros recorriendo el país para establecer contactos con las federaciones provinciales de cara a un anunciado “*Congreso Nacional Partidario*”. Claro que, al observar en detalle, notamos que se trata de una convocatoria paralela a la que impulsaban el sector de Dickmann y las corrientes trotskistas.³⁹³

Respecto de estas últimas, corresponde hacer una salvedad. En las notas de *La Vanguardia* que cubren la actividad del CEN encabezado por Carlos M. Bravo vemos, desde luego, la presencia de sus aliados socialistas (Unamuno, Cavalieri, Juliá, Vescobo entre otros), pero también, sorprendentemente, la de algunos militantes del Centro Manuel Ugarte de la federación porteña, tanto del grupo Frente Obrero (Enrique Rivera, Ángel Perelman) como del de Ramos (Alberto Converti y Fernando Carpio). Evidentemente, a diferencia de las fracciones de Rey y Moreno, los grupos de origen trotskista que militaban en la Federación de la Capital no habían tomado partido por el sector de Dickmann, sino que permanecían integrados en ambas tendencias a través de distintos emisarios, acaso como un intento de propiciar una reunificación.³⁹⁴

A pesar de la reaparición de *La Vanguardia* y de los esfuerzos del CEN para impulsar o fortalecer organismos partidarios que respondieran a su política, la relación de

³⁹¹ “Comunicado”. *La Verdad* N° 11, 21-4-1955, p. 1

³⁹² Asimismo, no tenemos constancia de que la edición por el Comité Organizador del anunciado periódico *Izquierda* haya llegado a concretarse.

³⁹³ “Preparación del Congreso Nacional Partidario”, *LV Segunda época*. N° 1, abril 1955, p. 3. Es notorio, por ejemplo, el intento de articular una Federación Bonaerense ajena a la influencia del morenismo. Según se informa en el mismo artículo, una “Comisión de Organización del Partido” se proponía realizar, en los siguientes quince días, reuniones con grupos de afiliados en once localidades bonaerenses, pero éstas, salvo en el caso de la capital, Eva Perón (La Plata), y quizá de la localidad de Bernal, no coincidían con los municipios en donde el morenismo concentraba el grueso de su militancia (4 de Junio, Avellaneda, San Martín, Bahía Blanca).

³⁹⁴ v. “Vida Partidaria. Los afiliados de la Capital Federal eligieron pre-candidatos a la Federación”. *LV Segunda época*. N°2, mayo 1955, p. 3

fuerzas al interior del PSRN parece haber favorecido a quienes reconocían al Comité Organizador, surgido de la asamblea general de marzo, como la conducción legítima del PSRN. No sólo por el hecho –nada menor– de contar con la bendición del “padre fundador”, Enrique Dickmann, sino también por la representatividad que aquella asamblea había logrado en cuanto a la cantidad de federaciones locales y la diversidad de corrientes políticas que expresaba.³⁹⁵ Otra “bendición” que podía resultar de peso –en especial para los sectores socialistas que estaban en el centro de la disputa– era, desde luego, la del ministerio del Interior y, en última instancia, del propio presidente Perón. A ese respecto, no tenemos indicios de que el gobierno nacional, que hasta las elecciones de abril había prohiado la conformación del PSRN, se haya interesado demasiado por su decurso posterior y mucho menos por sus rencillas internas. Habida cuenta de ello, es muy poco probable que la administración haya tomado partido por alguno de los sectores en pugna.

Si el contacto de Perón con el viejo Dickmann se había vuelto fluido luego de aquella primera entrevista (y con el correr del tiempo había llegado incluso a ser cálido en el aspecto humano), también es cierto que la llegada que tenía Juan Unamuno a los despachos del ministerio del Interior no había sufrido ningún menoscabo; pero tampoco la de Emilio Dickmann. Es decir que ambas facciones conservaban buenos vínculos con el Estado que había contribuido a la conformación del partido ahora amenazado por las pujas intestinas. ¿Pueden haber llegado desde el propio gobierno los llamados a la concordia dentro del PSRN? No es posible responder con certeza a esa pregunta, pero consideramos que nada tiene de descabellada. La escalada en el conflicto con la Iglesia Católica, coincidente en la cronología con los hechos que relatamos, puede haber obrado como un estímulo para que el gobierno renovara su fluctuante atención a sus aliados en la izquierda.

Cualquiera haya sido la causa, es indudable que, con el correr de las semanas, el conflicto interno, marcado al comienzo por una tensión que ciertamente parecía encaminar al PSRN a un escenario de ruptura (con las sanciones y denuncias cruzadas y, luego, la coexistencia de dos organismos ejecutivos que se desconocían mutuamente y convocaban en forma paralela a sendos congresos partidarios), parece entrar en un compás de espera o, al menos, mantenerse dentro de cierto cauce y tramitarse en un clima más “civilizado”. Los

³⁹⁵ La dificultad del sector de Bravo, Unamuno y Cavalieri para movilizar una masa crítica de afiliados y simpatizantes se refleja, por ejemplo, en la inclusión de sus hijos (Miguel Unamuno, Ulises Bravo y Armando Cavalieri –actual secretario general del sindicato de empleados de comercio) en las nóminas del partido (Herrera, 2011:102). Los nombres de Bravo y Cavalieri (h) figuran, por ejemplo, en la lista de pre-candidatos para la Federación de la Capital publicada en *La Vanguardia* (v. nota anterior).

anunciados congresos partidarios quedan aplazados y ninguna de las publicaciones vuelve a mencionarlos. Probablemente, ahora sí, las partes llegaron a un acuerdo o, como mínimo, a un pacto de no agresión. Es que había urgencias mucho más acuciantes y enemigos ciertamente más temibles.

Antes de la tempestad

En efecto, si un factor puede lograr el prodigio de sacar a una organización política de un clima faccioso y a la postre autodestructivo, signado por extenuantes y a menudo nimias disputas intestinas por pequeños espacios de poder, ese factor es la emergencia de un “enemigo común” que vuelva a poner el foco del conflicto afuera de la propia fuerza. Esto es especialmente cierto cuando la virulencia y peligrosidad de ese enemigo externo amenaza de conjunto a la organización y a los intereses que ésta busca representar.

Así parece haber ocurrido en este caso. Mientras el PSRN atravesaba su pequeña tormenta, en el país comenzaba a desatarse la tempestad. El conflicto entre el gobierno del general Perón y la jerarquía de la Iglesia Católica, que venía *in crescendo* discretamente desde años atrás y en los últimos meses había tomado estado público, estalló en 1955 de manera tan estridente como definitiva. En rigor, como señala la autora que con mayor sistematicidad ha estudiado este tema, el cambio cualitativo que se produjo en los últimos meses del gobierno de Perón no se explica tanto por la dinámica del propio enfrentamiento entre los actores principales, el gobierno y la Iglesia, como por la articulación, en torno de esta última, de una amplia coalición y movilización de los más diversos actores opuestos al peronismo (Caimari, 2002: 470).

Si la oposición al gobierno no había crecido en términos estadísticos (como se viera reflejado en los resultados electorales de 1954, casi idénticos a los de 1951), ciertamente lo hacía en intensidad y activismo. Es más, podría decirse que la aparente cristalización de una holgada mayoría peronista, al tornar ilusoria toda esperanza opositora en un cambio de gobierno por la vía electoral, fortalecía la posición de sus sectores más intransigentes, volcados sin vacilaciones a la acción destituyente. Esta dinámica se aceleró aún más cuando el gobierno se mostró dispuesto a convocar un plebiscito para avanzar en una nueva reforma constitucional que institucionalizara la separación de la Iglesia y el Estado.

El giro anticlerical del gobierno, por otra parte, hacía crecer el descontento o las dudas en las filas de un ejército fuertemente influenciado por la institución eclesiástica

desde los años treinta. Si bien la suboficialidad era decididamente peronista y buena parte de los oficiales permaneció leal al gobierno hasta el final (a diferencia de lo que sucedía con la marina de guerra, siempre más refractaria al peronismo), el conflicto con la Iglesia sin dudas planteó para muchos militares un dilema de lealtades que fue en desmedro de su voluntad de defender el orden constitucional (Potash, 2002: 115).³⁹⁶

La cuestión religiosa, además de alterar la paz en los cuarteles y poner en movimiento a la organizada y nada despreciable militancia católica, fue el inesperado punto de convergencia de las diversas corrientes de oposición, cuyas expresiones políticas más representativas habían combatido pocos años antes, en nombre de los principios laicos, las importantes concesiones que el gobierno peronista otorgara o prorrogara en beneficio de la Iglesia. La “*defensa de la libertad religiosa*” contra la “*persecución*” gubernamental fue el argumento que radicales, socialistas e incluso comunistas encontraron para justificar su paradójico alineamiento con la jerarquía episcopal y su inédita participación en las procesiones de la Inmaculada Concepción y Corpus Christi (Caimari, 2002: 469; Cattaruzza, 2009: 223).

Otra bandera que la oposición supo aprovechar y esgrimir en contra del gobierno peronista fue una que éste consideraba propia y exclusiva: la de la soberanía nacional y la independencia económica. El tema que suscitó la controversia fue el desarrollo de las tratativas con la compañía California Argentina de Petróleo, subsidiaria de la norteamericana Standard Oil, para explorar y explotar yacimientos petrolíferos en el territorio nacional de Santa Cruz. Poniendo el acento en la creciente demanda energética por parte de la industria nacional y el cada vez más abultado déficit de divisas que insumía ese rubro, el gobierno argumentaba que las urgentes inversiones petroleras en el extremo sur no podían ser afrontadas por la empresa estatal YPF, lo que hacía inevitable el recurso al capital extranjero.

La decisión de avanzar estaba tomada. A fines de abril se suscribió un primer acuerdo con “la California”, como se denominó popularmente a la petrolera norteamericana. Sin embargo, dado que el convenio podía ser interpretado como contradictorio con la norma constitucional que declaraba los recursos del subsuelo como

³⁹⁶ Como señala Potash, aun los militares que no estaban políticamente comprometidos con la Iglesia ni mucho menos con ninguna conjura destituyente, comenzaron a sentir la presión de un medio social y familiar que les reclamaba con creciente insistencia tomar partido en el conflicto, y no precisamente en el bando gubernamental.

“*propiedades imprescriptibles e inalienables de la Nación*” (art. 40), una de sus cláusulas, incluida a pedido de la empresa contratista para prevenirse de eventuales litigios, establecía expresamente la necesidad de su ratificación por ley del Congreso Nacional (Torre, 2002: 67; Gerchunoff y Antúnez, 2002:186).³⁹⁷

En un clima político previamente caldeado, el debate tomó estado público con una rapidez inusitada. Las fuerzas de oposición, desde el nacionalismo católico –ya enemistado con el peronismo en razón del conflicto con la Iglesia– hasta el Partido Comunista, encontraron en la cuestión petrolera otro argumento para agitar a la opinión pública y mellar la credibilidad del gobierno. Si la escalada con la Iglesia demostraba desde su perspectiva el autoritarismo desmedido y la irracionalidad de un presidente capaz de traspasar todos los límites de la razón (y también los de la moral, según los rumores que circulaban profusamente en torno de las visitas de jóvenes estudiantes secundarias a la quinta presidencial), el convenio con la California –sostenían– ponía en evidencia que la palabra del gobierno peronista carecía completamente de valor. Si el mismo presidente que había pregonado incansablemente la independencia económica y la soberanía política, fustigando como *vendepatrias* a sus adversarios políticos, entregaba ahora el petróleo argentino al tan vilipendiado *imperialismo yanky*, ninguna promesa que saliera de sus labios debía ser tomada por sincera.

Pero quizá lo más delicado del asunto, desde el punto de vista del gobierno, haya sido la reacción que el proyecto despertó en las propias filas peronistas, consustanciadas con las banderas del justicialismo y poco propensas, en muchos casos, a acompañar el giro pragmático que el presidente ensayaba en materia de inversiones extranjeras. El proyecto, en definitiva, fue recibido por los parlamentarios peronistas con nulo entusiasmo y visible incomodidad. Finalmente, luego de esbozar alguna iniciativa en su defensa, el propio Perón, acaso evaluando la resistencia que había despertado en su propio movimiento y el peligro que entrañaba entregar la preciosa bandera del nacionalismo económico a la oposición, desistió de la iniciativa antes de que fuera tratada por el Congreso (Torre, 2002:67).

³⁹⁷ La ambigüedad jurídica estaba dada por la redacción del artículo 40, considerado uno de los pilares de la constitución peronista en su concepción de la economía política. El párrafo referido a las “fuentes naturales de energía” (“los minerales, las caídas de agua, los yacimientos de petróleo, de carbón y de gas”), si bien los declaraba propiedad inalienable e imprescriptible del Estado, no prohibía expresamente la posibilidad de una concesión, como sí lo hacía de manera enfática el párrafo inmediatamente posterior, referido a los servicios públicos, que, de acuerdo a la norma, “pertenecen originariamente al Estado, y bajo ningún concepto podrán ser enajenados o concedidos para su explotación”.

Si bien todo el arco opositor se sumó al súbito arrebató soberanista en torno del petróleo, el dirigente que realmente logró destacarse en el debate fue el radical Arturo Frondizi. En el fragor de la polémica, el flamante presidente del Comité Nacional de la UCR publicó el libro *Petróleo y Política*, donde fustigaba el contrato con la California como una claudicación ante el imperialismo, sosteniendo que la petrolera estatal YPF era capaz de encarar monopólicamente la exploración y explotación del subsuelo y abastecer las necesidades energéticas del país sin el concurso del capital extranjero (Gerchunoff y Antúnez, 2002: 188). El libro de Frondizi actuó como un verdadero revulsivo en el agitado clima de 1955 y sin dudas constituyó un éxito singular en la carrera política del autor. Éxito que, pocos años después, le sería recordado con ironía y sin miramientos.

Aprovechemos esta referencia para iniciar el recorrido por las tomas de posición del PSRN en torno de estas polémicas. Si la reacción de las distintas corrientes del partido ante el conflicto con la Iglesia fue prácticamente unánime, por lo que sólo recogeremos aquí leves matices, no puede decirse lo mismo respecto de la cuestión del petróleo. Ya hemos adelantado algo, en el capítulo respectivo, acerca de la postura de la Federación Bonaerense: oposición rotunda al convenio (al que se inscribe en una estrategia de control geopolítico de los Estados Unidos sobre el estrecho de Magallanes), exigencia de su inmediata anulación y apoyo a todo pronunciamiento político y sindical en ese sentido, siempre que no proviniese de los sectores “contreras”.

Muy distinto fue el caso de los grupos de origen trotskista que militaban en la Federación de la Capital. En un documento que esta corriente había preparado para la discusión interna de cara al postergado congreso partidario del PSRN, los militantes del Centro Manuel Ugarte defendían, con menos pruritos ideológicos que sus camaradas bonaerenses, la necesidad de las inversiones foráneas en la industria petrolera y, en ese marco, lanzaban al pasar una pregunta que, queriendo ser retórica, resultó profética:

“Es imprescindible para el país producir petróleo con el objeto de impedir la paralización Industrial. Los compromisos que el gobierno argentino pueda sellar con algunos sectores del imperialismo, deben observarse en el cuadro general del proceso revolucionario y, sobre todo, referirse a un interrogante fundamental: Quién controla el poder político? Frondizi en la casa rosada, haría una política más intransigente?”³⁹⁸

³⁹⁸ “La situación política argentina y las tareas del socialismo revolucionario”. Documentos políticos del PSRN. Materiales para el Congreso Nacional del 14, 15 y 16 de abril de 1955. Boletín N° 1, abril 1955, p. 10. Archivo de N. Galasso

Como era de suponerse, el análisis atribuye la postura de Frondizi, su partido y el resto de la oposición política a una artera maniobra para debilitar no sólo al gobierno peronista, sino, de conjunto, al desarrollo industrial del país:

“Los ‘intransigentes’, que no desean ningún contacto espurio con los sectores imperialistas, son casualmente los mismos que atacan a la Revolución argentina, no por estos compromisos, sino por sus grandes medidas de recuperación. Harto sospechosa resulta, pues, esta propaganda de repentino patriotismo desatada por Codovilla, Frondizi o Repetto, y que no responde sino al pensamiento secreto de ahogar el proceso de industrialización argentina.”³⁹⁹

Desde la vertiente socialista del PSRN, Juan Unamuno trata la cuestión petrolera en una crónica de una reunión del presidente con los bloques parlamentarios peronistas, publicada en *Argentina de Hoy*. Lo hace con una circunspección que permite intuir, no tanto una velada disidencia sino, quizá, la comprensión de que el tema podía suscitar polémica entre los lectores. El cronista comienza, justamente, advirtiendo que “*podrá disentirse con los juicios del mandatario, pero se habrá de convenir [...] en que se ha introducido en la vida [...] nacional, la costumbre de dialogar permanentemente con el país.*” Luego de encomiar las aptitudes didácticas y dialécticas del primer magistrado, Unamuno enmarca –y por esa vía, diluye– la controversia petrolera en un contexto más amplio: la necesidad imperiosa de potenciar el desarrollo nacional y, en pos de ese objetivo, promover las inversiones tanto en la producción de hidrocarburos como en la de energía eléctrica y la siderúrgica. En general, no obstante, tiende a consignar los puntos de vista del presidente más que a arriesgar una posición de abierta adhesión a la política oficial de concesiones petroleras.⁴⁰⁰

La columna de Unamuno, de todos modos, reivindica con claridad un previo apoyo de *Argentina de Hoy* a la ley de radicación de capitales extranjeros de 1953, que también fuera vivida por algunos sectores peronistas y afines como un trance amargo impuesto por las necesidades de la hora.⁴⁰¹ Así lo había reflejado, en aquella oportunidad, una nota de *La Vanguardia (Tercera etapa)* que, sin disimular la aflicción socialista, se preguntaba:

“¿Qué clase de optimismo y de eficiencia planificadora son estos que nos ponen a las puertas de un súbito y urgente cambio en las orientaciones nacionales [y] que busca el connubio con

³⁹⁹ *Ibid.*

⁴⁰⁰ “Siderurgia, energía eléctrica y petróleo”. *Argentina de Hoy*. N° 48, abril 1955, p. 1

⁴⁰¹ Ciertamente, la defensa de la ley de inversiones extranjeras había estado a cargo del propio Unamuno. Negando que se tratara de un retroceso para los principios de la Revolución Nacional, el autor recordaba que “el país más ortodoxo en cuanto a la concepción teórica anticapitalista, la URSS, no vaciló en 1921 en crear un régimen preferencial para el aporte del capital extranjero en la reanimación de su maltrecha economía. Facilitó el enriquecimiento foráneo de los que participarían en la electrificación del país, y es conocida la circunstancia de que contó con la colaboración de grandes empresas anglos yanquis”. “Las inversiones extranjeras”, AH N° 30, oct. 1953, p. 1

capitales foráneos, en las primeras de cambio? No creemos que sea cuestión de cubrir ciertas responsabilidades por yerros previsibles, con arbitrios de este tipo que crean no pocas inquietudes en los medios populares. [...] no vemos bien la urgencia de abrir las compuertas a la amenaza de invasión del inversionismo exterior que se cierne sobre nuestra economía, con notable fruición de los monitores de nuestra burguesía industrial que creen –ilusos– que aquella ‘conjunción’ es el desideratum de sus ambiciones.”⁴⁰²

La postura fue otra cuando *La Vanguardia* volvió a la calle en 1955 tras un año de ausencia. De todas formas, debe notarse que los socialistas, probablemente por hallarse más cómodos en su militancia anticlerical, tardaron demasiado en pronunciarse en torno de la controversia petrolera, dejando sentada su postura al respecto recién en el último número del periódico, lanzado pocos días antes del golpe de septiembre, es decir, cuando el convenio con la California ya estaba prácticamente en el olvido:

“Algunos se han asustado ante la amplitud de la extensión concedida y las instalaciones que allí se pueden llevar, en esas iniciales 50.000 hectáreas, como ser: aeropuertos, teléfonos, telégrafos, oleoductos, etc. Todo ello afectaría, según dicen, la soberanía argentina, por tratarse de una gran extensión de tierra y de instalaciones que se reputan de interés militar. Se puede preguntar: ¿Actualmente se ejerce de hecho soberanía alguna en ese desierto? Evidentemente, no. [...] Aquellos que, por sus doctrinas nacionalistas encuentran impropio el proyecto de explotación petrolífera, no hacen otra cosa que postergar prácticamente el desarrollo de la Patagonia. Supeditan la posibilidad de que se ejerzan en un futuro próximo, actos de plena soberanía en esa región porque se lo impiden sus doctrinas. Confunden el ‘hecho’ de la soberanía, con la doctrina de la soberanía, y le dan plena preferencia a esta, dejando a un lado una posibilidad real porque no la encuentran perfectamente acorde con la teoría propia.”⁴⁰³

Como puede verse, las posturas en el PSRN respecto de la cuestión petrolera distaban de ser unívocas, aunque predominaban las posiciones favorables al proyecto –o bien, como principio general, a la necesidad de recurrir bajo ciertas condiciones al concurso del capital extranjero en pos del desarrollo nacional. Contra lo que acaso podría suponerse respecto de una formación de izquierda que se proponía radicalizar las medidas del gobierno al interior del amplio frente identificado con la Revolución Nacional, tanto los socialistas del PSRN como algunos de sus grupos de origen trotskista, no se limitaron a repudiar la campaña de la oposición (llamando a desconfiar de las convicciones antiimperialistas de radicales, comunistas y “socialistas repetunos”), sino que apoyaron concretamente el controvertido convenio con la California, a diferencia, incluso, de muchos militantes peronistas.

Mucho más homogéneas, como ya adelantamos, fueron las posturas partidarias en torno del conflicto con la Iglesia Católica. *La Vanguardia*, en su *Segunda época*, hizo de este tema su campaña central y permanente, retomando incluso, en este punto, la anterior

⁴⁰² “Las desventajas de la afluencia de capitales”. *LV (Tercera etapa)* N° 6, dic. 1953, p. 3

⁴⁰³ “Una solución para el problema energético del país”. *LV (Segunda época)* N° 6, sep. 1955, p. 4

disputa por la legitimidad socialista con la vieja conducción del PS. El recurso a la efigie de Juan B. Justo, tan frecuente en la anterior edición del periódico en 1953-54, reaparece en el segundo número de la nueva tirada, junto con la imagen de Mario Bravo y la de Alfredo Palacios (aun cuando el “primer legislador socialista de América” fuera un activo y reconocido militante antiperonista). Los tres íconos eran traídos a colación con el mismo fin: reivindicar los principios laicos y seculares sobre los que se había asentado la identidad socialista desde los orígenes y denunciar, en contraposición, la postura del PS opositor, acusado de abjurar de aquella tradición en su incongruente alineamiento con el episcopado y su oposición a proyectos gubernamentales como el de divorcio vincular y, sobre todo, el de separación de la Iglesia y el Estado.⁴⁰⁴

En ese marco, los socialistas aprovecharon el giro anticlerical del gobierno para saldar viejas cuentas con uno de los últimos exponentes del nacionalismo ultramontano que perduraba al frente de una dependencia pública. Desde su nombramiento por José Félix Uriburu en 1931, el conocido –y exitoso– escritor Gustavo Martínez Zuviría, quien bajo el seudónimo Hugo Wast contribuyera de manera decisiva a difundir el antisemitismo en la Argentina, se hallaba, como ironizaba *La Vanguardia*, próximo a cumplir sus “bodas de plata” al frente nada menos que de la Biblioteca Nacional. Su cargo más alto (desempeñado en paralelo al de director de la biblioteca) había sido el de ministro de Justicia e Instrucción Pública durante el gobierno del 43. El retroceso de los elementos más recalcitrantes del elenco juniano, a medida que el carismático coronel Perón se abría paso para dar continuidad electoral al gobierno, había impulsado a Martínez Zuviría a renunciar a su cargo en el gabinete, pero no a su rol de guardián y censor de la cultura nacional. Allí continuaba tras casi una década de gobierno peronista, por lo que los socialistas del PSRN, tras pasar revista de su trayectoria política (signada siempre por la “ubicuidad” desde su inicio a comienzos de siglo “como diputado ‘demócrata progresista’ [...] por el voto de los colonos judíos del departamento santafesino de Ceres”) y de su deslucido rol al frente de la biblioteca, se preguntaban con impaciencia y no sin sarcasmo por la oportunidad de su jubilación. Dos meses después, el organismo era intervenido por el Poder Ejecutivo y su director desplazado del cargo. *La Vanguardia*, sin dejar de encomiar la “toma de esta Bastilla del intelecto” y atribuirse por su prédica anterior alguna parte del logro, deslizaba, otra vez con ironía, una crítica a la errante política cultural del gobierno peronista. La

⁴⁰⁴ “Una voz nueva, libre, obrera y socialista”. *LV Segunda época* N°2, mayo 1955, p. 1; “Síntesis criolla de los conflictos entre la Iglesia y el Estado” y “El P. Socialista [R.N.] adhiere al proyecto para separar la Iglesia del Estado”, *id.*, p. 3

intervención de la Biblioteca Nacional, celebraba el articulista, constituía “*un paso tan importante como la disolución de la Comisión Nacional de Cultura que era presidida por un boxeador*”.⁴⁰⁵

En torno de la cuestión religiosa, los matices tantas veces señalados aquí entre *La Vanguardia* y *Argentina de Hoy* son imperceptibles. Desde noviembre de 1954, cuando Unamuno saliera a fustigar las primeras tentativas de crear un partido demócrata cristiano en la Argentina, la publicación del Instituto de Estudios Económicos y Sociales brindaba amplia cobertura a cada discurso o iniciativa presidencial que redoblará la apuesta a la “*reacción oligárquico-clerical*” o “*político-clerical*”, como denominó el mensuario al enfrentamiento con la iglesia, que ya en diciembre de ese año ocupaba el título central de portada.⁴⁰⁶ Mientras el mismo Unamuno y otros articulistas se dedicaban a contrastar la oposición de los radicales a la ley de divorcio vincular con la tradición laica y liberal de las corrientes que conducían a ese partido, Norberto D’Atri hacía una pausa en sus incursiones historiográficas para retratar a las organizaciones llamadas a sostener el apoyo de masas a la Revolución Nacional en la difícil coyuntura de 1955. En ese orden, el historiador definía a la CGT como un “*pilar de la lucha contra la reacción oligárquico-clerical*”, para luego salir al cruce (aunque aludiendo a ellos muy tangencialmente) de los corrosivos rumores que hacía circular la oposición, en un artículo que caracterizaba a la Unión de Estudiantes Secundarios (UES) como una “*conquista revolucionaria para la juventud*”.⁴⁰⁷

El rescate de la vieja bandera anticlerical de la izquierda argentina, flameada ahora por el gobierno de la Revolución Nacional para beneplácito de todas las tendencias del PSRN, tuvo también alguna repercusión en la nueva y agria ruptura entre los grupos que se reunían en el Centro Manuel Ugarte. Justamente este nombre se volvió el inesperado eje de una polémica entre las fracciones que lideraban Rivera y Ramos. El grupo Frente Obrero, siempre más propenso a las observaciones doctrinarias (como, por otra parte, dejarían sentado por esos días en los mordaces *Cuadernos de Indoamérica*), consideró justo y oportuno que el centro de la calle Austria cambiase su denominación, por cuanto Ugarte, además de socialista y antiimperialista, había sido un declarado practicante de la fe

⁴⁰⁵ “¿Cuándo se jubila el director de la Biblioteca Nacional?”. *LV* Segunda época N°1, abril 1955, p. 1; “a cada Visca le llega su Oficial de justicia”. *id.* N°3, junio 1955, p. 1.

⁴⁰⁶ “Esbózase un erróneo movimiento político” *AH* N°43, nov. 1954, p. 3; “La Doctrina Peronista ante la reacción político-clerical”; “Con energía y claridad señaló el General Perón las finalidades de infiltración clerical”. *id.* N°44, dic. 1954, pp. 1 y 3

⁴⁰⁷ “Radicalismo antirradical”; “La CGT, pilar de la lucha contra la reacción oligárquico-clerical”; “oposición contumaz es traición al pueblo”. *AH* N° 45, enero 1955 pp. 1,3,7; “La U.E.S., conquista revolucionaria para la juventud”. *id.* N° 48, abril 1955, p. 7

católica. Un texto que se atribuye a Hugo Sylvester formula la propuesta en un tono que, ciertamente, trasciende el anticlericalismo para rozar el sectarismo religioso:

“En el momento que vive la república, conservar su nombre al frente de los centros de nuestro partido implicaría un confucionismo que debemos evitar. Nuestra intención en materia religiosa debe ser clara y tajante como en todas las otras. [...] El nombre de alguien que se ha proclamado públicamente católico, cualesquiera sean sus méritos, al frente o en los puestos de honor del partido, sería dar pie a futuras dificultades. Sin entrar, repetimos, a discutir los méritos innegables y la brillante personalidad literaria y política de Manuel Ugarte, propongo que el centro que lleva su nombre sea denominado José Ingenieros, como homenaje a este luchador antiimperialista y notable escritor.”⁴⁰⁸

Casi no hace falta aclarar que no eran las condiciones de antiimperialista y escritor –compartidas por ambos personajes– las que motivaban la inclinación por Ingenieros, sino su perfil definidamente laico. Podemos imaginar que Ramos, quizá el primer promotor de la reivindicación trotskista de Manuel Ugarte (desde aquel estudio preliminar a su obra *El porvenir de América Latina*), no recibió con agrado la propuesta de sus camaradas, que, de todos modos, devino abstracta poco tiempo después al desatarse el enfrentamiento abierto entre los dos grupos. En realidad, la discusión en torno del nombre del centro socialista no fue más que un episodio en los aprestos de una ruptura cuyas principales causas ya hemos reseñado, aunque revela, en sí mismo, la importancia que estos grupos reconocieron al conflicto entre la iglesia y el gobierno peronista.

En agosto de 1955 la fracción de Ramos lanzaba su propia publicación, *Izquierda*, en cuyo primer número se informa acerca de la “*expulsión de tres provocadores*” (Rivera, Sylvester y Etkin) del Centro Manuel Ugarte, lo que nos revela que el local socialista siguió funcionando bajo la misma denominación, ahora animado en exclusividad por esta tendencia, con Jorge E. Spilimbergo como secretario general.⁴⁰⁹ Sostener la reivindicación de Ugarte más allá de la religión que profesara no implicaba, de todos modos, una visión más benigna respecto de la cuestión religiosa. En su columna semanal del diario *Democracia*, Víctor Almagro (seudónimo utilizado por el propio Ramos) se transportaba a la Indonesia de Sukarno para reflexionar, a partir de los conflictos sectarios que atravesaban a esa nación, acerca de las relaciones entre la religión y el Estado, concluyendo que...

“...la intervención de los factores religiosos en la política de la nueva República constituye el más grave peligro para su consolidación y modernización. La revolución nacional iniciada en 1945 en Indonesia debe abrir el camino de la secularización del país. La lucha por un estado

⁴⁰⁸ Hugo Sylvester, “Proyecto de petición”. ca. 1955 (cit en Ribadero, 2017: 162).

⁴⁰⁹ “Comunicado sobre la expulsión de tres provocadores” *Izquierda* N°1, agosto 1955, contraportada.

laico es parte indivisible de la ideología Revolucionaria que las naciones jóvenes deben forjar para obtener su completa emancipación nacional y social.”⁴¹⁰

Abstrayéndonos de aquellas rencillas entre grupos y de los matices peculiares a cada tendencia, las corrientes trotskistas del PSRN coincidían en un punto nodal respecto de la cuestión eclesiástica. A la hora de analizar un discurso político, no constituye un elemento menor la nominación de los fenómenos por parte de los actores que buscan interpretar la realidad con el propósito de terciar en su devenir. En este sentido, si el conflicto del gobierno con la jerarquía eclesiástica era interpretado por los grupos socialistas en términos que referían a la política doméstica (“*reacción oligárquico-clerical*” o “*político-clerical*”), sus compañeros de origen trotskista introducían en el análisis –y no precisamente en un lugar subordinado– el factor del imperialismo.

Como hemos adelantado en el capítulo referido a la Federación Bonaerense, su principal consigna de agitación a lo largo del año 55 fue el llamado a enfrentar la ofensiva “*clerical-patronal-imperialista*”.⁴¹¹ Último en la fórmula pero no menos importante, el imperialismo norteamericano era, no sólo a criterio de la FB sino de todas esas tendencias, el factor que ordenaba y coordinaba, en última instancia, al heterogéneo frente antiperonista que se congregaba en las pías y cada vez más nutridas demostraciones públicas de la oposición. Así lo afirmaba, por ejemplo, el Secretariado del Norte del PSRN a través de su órgano de prensa, *Socialismo*:

“Como en 1945, la reacción capitalista y patronal, los agentes imperialistas, y los señores que cortan cupones en Wall Street, se unifican contra los trabajadores y sus conquistas. Ahora cuentan con un nuevo aliado: la Iglesia Católica Apostólica Romana. Transformada la vieja silla de Pedro el Pescador, en tribuna política al servicio del imperialismo yanqui, moviliza sus huestes de curas y curatos en el mundo y en Argentina, para tratar de detener el curso inevitable de la revolución que liberará nacional y socialmente a los pueblos atrasados y semicolonizados de Asia, África y América Latina.”⁴¹²

Esta interpretación partía de un análisis del nuevo alineamiento internacional de la Iglesia Católica en el contexto de la segunda posguerra. Ciertamente es que, derrotados los gobiernos autoritarios y en declive los movimientos antiliberales europeos que –con excepción del nazismo– habían contado con la simpatía más o menos abierta de la Santa Sede, la diplomacia vaticana, ya en las postrimerías de la segunda guerra mundial, había redefinido sus prioridades ante el nuevo orden que se anunciaba en las conferencias de

⁴¹⁰ “El factor religioso es el mayor peligro para la consolidación indonesia”. *Democracia*, s/f [ca. 1955]

⁴¹¹ Nótese también, así sea en este comentario marginal, la diferencia de sentido entre el elemento “*oligárquico*” de la fórmula socialista y el “*patronal*” que prefiere utilizar el trotskismo morenista.

⁴¹² “La nueva Unidad Democrática”, *Socialismo* N°2, ago. 1955 p. 2.

Teherán y Yalta. Aun antes de celebrarse esta última, en la víspera de la navidad de 1944, S.S. Pio XII había revelado en su mensaje a los fieles de todo el orbe una súbita fe, quizá epifánica, en la “*capacidad crítica e interrogativa*” de los pueblos hacia sus gobernantes.⁴¹³ Una vez consumada la derrota del eje –y eso era a todas luces cuestión de tiempo–, la disputa ideológica estaría planteada entre el comunismo soviético y la democracia liberal y así lo entendía a la perfección el vicario de Cristo en la tierra.

Lila Caimari (1995:78) da cuenta de la temprana recepción que ese cambio en la posición de la Santa Sede respecto de la democracia liberal tuvo en nuestro país, tanto en sectores eclesiásticos como en el laicado católico; pero subraya al mismo tiempo su carácter marginal en el contexto de surgimiento del peronismo. Como es sabido, al asumir como presidente constitucional, el coronel Perón heredó y mantuvo durante sus primeros años de gobierno la férrea alianza que sus antecesores *de facto*, los generales Ramírez y Farrell –sin duda con su concurso– habían tejido con el Episcopado argentino. Aquel giro de la diplomacia vaticana, entonces, no por ser verificable logra explicar la evolución de las relaciones entre el gobierno peronista y la jerarquía eclesiástica argentina, su convivencia más o menos armónica hasta 1950, su constante deterioro a partir de ese año y su fractura expuesta a fines de 1954.

Así lo veían, sin embargo, los grupos trotskistas del PSRN. De todos modos, sin dejar de considerar esa “Santa Alianza” *clerical-imperialista* como factor principal, algunos de sus análisis contenían ciertos matices que merecen ser considerados. Para los grupos que venían de romper lanzas en el Centro Manuel Ugarte (tanto para el “grupo Ramos” como para Frente Obrero), la ruptura se explicaba también por la propia dialéctica de desarrollo del proceso de liberación nacional con tendencias hacia el socialismo que veían expresado en la revolución justicialista. Si ésta se había iniciado el 4 de Junio en los cuarteles e impregnada de un envolvente aroma a incienso, la oficialidad nacionalista que asumió su conducción había encontrado rápidamente, a través del coronel Perón, el apoyo de la única clase que podía darle verdadera carnadura: el proletariado. Sin embargo, el posicionamiento (y la esencia) *antinacional* de los tradicionales partidos de izquierda, y su

⁴¹³ “Los pueblos, al siniestro resplandor de la guerra que les rodea, en medio del ardoroso fuego de los hornos que les aprisionan, se han como despertado de un prolongado letargo. Ante el Estado, ante los gobernantes han adoptado una actitud nueva, interrogativa, crítica, desconfiada. Adoctrinados por una amarga experiencia se oponen con mayor ímpetu a los monopolios de un poder dictatorial, incontrolable e intangible, y exigen un sistema de gobierno, que sea más compatible con la dignidad y con la libertad de los ciudadanos” Radiomensaje “benignitas et humanitas” de Su Santidad Pío XII en la víspera de navidad, 24-12-1944 en https://www.vatican.va/content/pius-xii/es/speeches/1944/documents/hf_p-xii_spe_19441224_natale.html

consecuente defeción en el contexto de surgimiento del peronismo, había provocado que la dirección ideológica del movimiento en que se embarcara entusiasta y tumultuosamente la clase trabajadora aquel 17 de Octubre, fuera asumida en la emergencia, de manera ciertamente *anómala*, por los cuadros del vetusto nacionalismo clerical.

El propio desarrollo del proceso revolucionario, razonaban, no hacía más que poner las cosas en su lugar. A las órdenes del nuevo eje Washington-Roma, el Episcopado argentino y sus amanuenses abandonaban raudos el barco de la Revolución Nacional (en el que, por otra parte, hacía tiempo viajaban a disgusto junto con los insolentes obreros) para convertirse en eje articulador de todas las tendencias proimperialistas. En consecuencia, la tarea de la hora era *religar* a la revolución popular argentina con su *verdadera ideología*: el socialismo revolucionario. Así lo entendían estos grupos y así lo volcaban en sus análisis:

“La lucha [...] contra la influencia clerical en la vida argentina [...] propende a reintegrar a la revolución nacional en su verdadera fisonomía democrática. Como herencia del período juniano, en que la revolución intentaba cumplir ‘desde arriba’ y con estilo castrense las tareas nacionales, la Iglesia había quedado ideológicamente adherida al proceso revolucionario, como una excrescencia cada vez más extraña al espíritu del acontecimiento.”⁴¹⁴

Asimismo, en el primer número de la revista *Izquierda*, Alberto Converti repasaba en perspectiva histórica el rol –desde luego, siempre reaccionario– de la Iglesia en el conflicto social, para desembocar en las paradojas y anomalías señaladas respecto de la Revolución Nacional en la Argentina y concluir con un párrafo que nos dejar ver, una vez más, la observancia de estos grupos respecto del credo marxista de la *correspondencia necesaria* entre el movimiento social y su expresión ideológica, al punto de servirse para ello, como un *lapsus* revelador, del cristianísimo concepto de *purificación*:

“La lucha popular contra el Papado extranjero, sirviente del imperialismo yanqui, tendrá la virtud de purificar la fisonomía ideológica de la revolución argentina, suplantándola por un sistema de ideas laicas revolucionarias, las únicas que corresponden al movimiento nacional y democrático de nuestra época. Se abre el ciclo de la revolución ideológica.”⁴¹⁵

Otra arista del conflicto es analizada en un artículo de *Socialismo*. Aunque está titulado de una manera que lo inscribe con claridad en la “macroteoría” de la alianza *clerical-imperialista* (“*Curas y yanquis*”), el análisis del Secretariado del Norte introduce un elemento que hemos mencionado previamente en este trabajo: la movilización, por parte de esa amplia coalición opositora articulada en torno de la Iglesia, de importantes

⁴¹⁴ “La situación política argentina y las tareas del socialismo revolucionario”. Documentos políticos del PSRN. Materiales para el Congreso Nacional del 14, 15 y 16 de abril de 1955. Boletín N° 1, abril 1955, p. 16. Archivo de N. Galasso

⁴¹⁵ “*El Vaticano, aliado del imperialismo*” *Izquierda* N°1, ago. 1955, p. 5.

sectores de la *clase media*. Al respecto, el grupo de Esteban Rey arriesga una hipótesis peculiar, que no habíamos visto en las lecturas de las otras corrientes. Atribuye las medidas de gobierno más resistidas por la Iglesia y aquellas adoptadas en abierta respuesta a su abroquelamiento en la oposición, así como el encuadramiento de los estudiantes en la UES, a una política orientada, justamente, a disputar la influencia sobre los sectores medios:

“[El gobierno] desplazó la acción oficial hacia la clase media. Es únicamente desde este punto de vista que se explica políticamente [...] la ley de divorcio absoluto, la ley de equiparación de hijos naturales y legítimos, la reglamentación de la ley de profilaxis, etc. Es también desde este punto de vista que se aclara la preocupación fundamental del gobierno por ganarse a los muchachos y muchachas [...] con la UES [...]. Es en la clase media donde estas medidas tienen trascendencia. [...] el obrero se casa y se descasa. El gran burgués, generalmente, no se casa, se asocia [...]. Es la clase media la que deseaba y ha alcanzado esta reivindicación. [...] La UES tiende a ganar a los jóvenes de la clase media. Indiscutiblemente. Por la composición social de los estudiantes. Y por la repercusión de esta obra en el seno de sus hogares.”⁴¹⁶

Notemos que, si así se lo hubiera propuesto el gobierno, esa disputa por los sectores medios, particularmente los de la Capital, no parecía rendir frutos. Los rumores sobre la disipada moral del general Perón y su entorno, transmitidos tanto de manera oral como a través de libelos anónimos, corrían clandestina pero libremente por las calles de Buenos Aires. La degradación moral del *régimen*, sostenían sus difusores, había llegado a un punto intolerable. En ese clima de tensión creciente, el 11 de junio, la procesión de Corpus Christi, convocada en abierto desafío a la prohibición gubernamental, logró reunir una heteróclita multitud en el centro de Buenos Aires. La quema de una bandera argentina en el contexto de la manifestación motivó la airada reacción del gobierno y de la CGT, que fue amplificada por la prédica constante de la prensa oficial. Para el jueves 16 se anunció un acto en desagravio a la enseña patria que incluía un desfile aéreo. Por esa razón, nadie se sorprendió ese mediodía al ver los aviones que se acercaban sobrevolando el río con dirección a la Plaza de Mayo.

⁴¹⁶ *Ibid.*, p. 4

“Los hemos visto”. El PSRN ante el terrorismo, la conciliación y el golpe de

Estado

“Hemos visto a los trabajadores llegar desde sus barrios pobres, desde el cinturón proletario de la gran urbe, en camiones, a pie, en ómnibus, armados de palos, de pedazos de hierros, o simplemente armados de su voluntad de cerrar el paso a la reacción de cualquier modo. Los hemos visto en la Plaza de Mayo, en Paseo Colón, en las antiguas recovas de frente al Ministerio de Marina, en las calles barridas por los ametrallamientos, firmes, corajudos, heroicos, muriendo por miles pero invencibles. Bastaba un respiro de las ametralladoras, para que los trabajadores, se lanzaran a la carrera, SIN ARMAS, sobre los focos rebeldes. Los hemos visto. Los hemos visto subidos a los tanques como sobre inofensivos medios de transporte marchando hacia los sectores cubiertos por la metralla sediciosa. Hemos visto mujeres levantando sus puños contra los bombarderos que dejaban caer implacables sus cargas de bombas desde los cielos abiertos a su cobardía. Ellos cubrieron con sus pechos el espacio vacío entre el avance rebelde y la llegada de las primeras tropas leales. Ellos, la “chusma”, los “negros”, los “cabecitas”, los “descamisados”, épicamente, anónimamente, a manos limpias, interrumpieron el curso victorioso de la sedición. Hasta que llegaron las tropas leales. Entonces colaboraron. Estuvieron cien tras cada soldado. Y cada vez que se dio orden de avanzar sobre el Ministerio de Marina, fueron ellos, por millares, los que avanzaron formando vanguardia y sin vacilaciones. Murieron miles. [...]. Allí están ya en el recuerdo. No sabemos cómo se llaman. No figurarán en cuadros de honor ni se les rendirá grandes homenajes. Son los soldados desconocidos de la revolución, son los anónimos defensores de un mundo nuevo y mejor para la humanidad. Por ellos no estamos hoy todos vencidos. Por su vida y por su muerte todavía tenemos derecho a la esperanza. Quienes no los vieron pueden pensar que la clase obrera está vencida. Los que los vimos, los que tuvimos tal vez vergüenza de no tener tanto coraje, sabemos que nadie puede derrotar a semejante clase que produce semejantes héroes.”⁴¹⁷



La nota no lleva firma, pero podemos aseverar, con certeza, que el corresponsal que la envió desde una Buenos Aires aún aturdida por los estruendos y el horror a la redacción de *Socialismo*, en la ciudad de San Miguel de Tucumán, no fue otro que Esteban Rey. El dirigente del Secretariado del Norte del PSRN, como mencionamos en el capítulo anterior, había logrado algún tiempo atrás su viejo propósito de trasladarse con su familia a la Capital para seguir de cerca el acontecer político “nacional”, sin imaginar que eso lo convertiría en testigo presencial de una de las jornadas más aciagas de la historia argentina. No en vano mencionamos también entonces, en más de una ocasión, el “optimismo revolucionario” de Rey. Ante el tétrico espectáculo de la sangre y los hierros retorcidos; de

⁴¹⁷ “Para los que no creían...”. *Socialismo* (Sec. del Norte del PSRN) N° 2, ago. 1955, p. 3; IMAGEN: “El pueblo acude a defender a su líder”, *La Vanguardia (Segunda época)* N° 3, junio 1955, p. 2.

los cuerpos mutilados y las esquirlas incrustadas en los muros, el militante, pudiendo entregar su pluma a la indignación y la maldición a los perpetradores de la masacre impune, elige dedicar su crónica a los *héroes y mártires* de una resistencia quizá nunca tan desigual, a *“los anónimos defensores de un mundo nuevo y mejor para la humanidad”*.

La “fedataria” del documento, quien confirmando nuestra intuición reconoce la prosa de Esteban en aquella crónica, es la niña de seis años que, al día siguiente de los hechos, retiradas las víctimas pero visibles aún los cráteres y los escombros del bombardeo, recorrió el escenario del horror de la mano de su padre: –*“Para que te acuerdes dentro de muchos años, mujercita”*. Pasadas casi siete décadas, el recuerdo permanece indeleble.⁴¹⁸

El 16 de junio de 1955 se iniciaba en la Argentina el ciclo trágico del terrorismo de Estado. Pilotos de la aviación naval, a bordo de naves inscriptas con la insignia *“Cristo Vence”*, despegaron desde la base de Punta Indio para dirigirse al centro del poder político nacional. Pasado el mediodía, descargaron el grueso de sus bombas y municiones sobre la Casa Rosada, la Plaza de Mayo y sus adyacencias, en la franja comprendida entre el Ministerio de Ejército (Edificio Libertador) y la Secretaría de Comunicaciones (Correo Central, hoy Centro Cultural Kirchner). En posteriores y sucesivas incursiones, que se extendieron aproximadamente hasta el atardecer invernal (17.40 hs.), los aviones de la marina atacaron la residencia presidencial de Palermo (antiguo Palacio Unzué, sito entre las calles Austria y Agüero, demolido tras el golpe de Estado de septiembre y hoy sede de la Biblioteca Nacional), el Departamento Central de Policía y otros objetivos, incluido el edificio de la CGT en la calle Azopardo. La orden de bombardear la central obrera, no obstante, fue desacatada por el suboficial radiotelegrafista que estaba encargado de transmitirla.

Ya fracasado el objetivo inicial de asesinar al presidente Perón e instalar un gobierno provisional cívico-militar,⁴¹⁹ los aviones regresaron en sucesivas incursiones y descargaron ráfagas de metralla sobre los cada vez más nutridos grupos de trabajadores que se acercaban a manifestar su apoyo al gobierno. Diversos testimonios dan cuenta de vuelos rasantes sobre las céntricas Avenida de Mayo y Diagonal Norte, con sucesivas cargas sobre la población inerme, así como de las numerosas víctimas por esquirlas, tanto en el

⁴¹⁸ Testimonio de Silvia Rey Campero. Entrevista con el autor.

⁴¹⁹ El triunvirato civil que, junto con dos oficiales del ejército y uno de la fuerza aérea, formaría gobierno de cumplirse los objetivos golpistas, estaría integrado por el dirigente radical unionista Miguel Ángel Zavala Ortiz, el socialista Américo Ghioldi y Adolfo Vicchi del Partido Demócrata Nacional (Potash, 1985: 225, cit. por Portugheis, 2015: 28; Potash, 2002: 117).

epicentro geográfico del ataque como en otras áreas de la ciudad e incluso en su periferia.⁴²⁰ El total de muertes documentadas a causa del ataque asciende a 309 personas, aunque no se trata de una cifra definitiva,⁴²¹ mientras que el número de heridos, siempre más difícil de cuantificar, se estima en torno del millar.

Esta síntesis, quizá más apretada de lo que ameritaría un hecho de esta magnitud, se basa en un informe que, recopilando datos de distintas investigaciones previas, memorias de testigos y protagonistas y nuevos testimonios orales recabados al efecto, el Estado argentino encargó y publicó pasados cincuenta y cinco años del trágico suceso y amplió un lustro después, comenzando a saldar una verdadera deuda histórica (Portugheis, 2015). Antes de regresar con nuestro relato a 1955, nos permitimos un breve comentario para notar con satisfacción que, desde entonces, de manera aún embrionaria pero sostenida, la fecha 16 de Junio, otrora extirpada virtualmente de la memoria nacional –e incluso, en buena medida, de la propia memoria peronista–, comienza lentamente a incorporarse en el calendario ritual de las luchas del pueblo argentino por Memoria, Verdad y Justicia.

Memoria es, precisamente, lo que juraba otra crónica de los hechos publicada en la prensa partidaria del PSRN. Se trata en este caso de la Federación Bonaerense, que tras los sucesos editaba a mimeógrafo un boletín especial de *La Verdad*. Aunque la nota en cuestión no se refiere esta vez a los obreros congregados en defensa del gobierno sino, por el contrario, a los sectores medios y altos que habían apoyado la acción golpista, se inicia con la misma aseveración utilizada por Rey en *Socialismo*, “*Los hemos visto*”. En este caso, justamente por la escena que retrata, la apelación cobra un sentido opuesto, claramente admonitorio:

“Los hemos visto. Los habitantes de la avenida Santa Fe a la altura del novecientos aplaudían desde sus balcones y terrazas cada bomba caída de los aviones, cada ametrallamiento. La ‘tradicional vía del norte’, como anuncian las propagandas, se conmovía de íntima alegría, se sacudía de emoción. Ellos también pensarían que había llegado el fin de los sindicatos, de las comisiones internas. Que aquellas bombas y aquellas balas servirían de castigo ejemplar a los ‘ignorantes obreros’ que estaban en la calle dispuestos a todo por la defensa de sus conquistas amenazadas. Mientras los trabajadores sufrían las descargas que los héroes de pacotilla del barrio

⁴²⁰ Por ejemplo, el ataque a la residencia presidencial no alcanzó su objetivo, pero produjo víctimas fatales, heridos y destrozos en la zona adyacente, reportándose el estallido de una bomba –sin objetivo claro– en la intersección de las avenidas Las Heras y Pueyrredón, que dio muerte al joven Fernando Sarmiento, de 15 años de edad. Asimismo, los aviones que luego del primer ataque se dirigieron al aeropuerto de Ezeiza (tomado por los rebeldes) para repostar combustible, atacaron en su camino a una improvisada concentración obrera en la fábrica de Jabón Federal, en la intersección de la Avenida General Paz y Crovara, dando muerte a un trabajador, Armando Fernández (Portugheis, 2015: 90, 106).

⁴²¹ Como explica el informe oficial en que nos basamos, actualizado al año 2015, persiste aún un número incierto de víctimas cuyos cadáveres no lograron identificarse, como consecuencia de las mutilaciones y carbonización causadas por las deflagraciones (Portugheis, 2015: 141).

norte apuraban desde sus aviones con reconcentrado odio hacia el pueblo, allá, a pocas cuadras pero en un mundo opuesto al de los oprimidos, manos delicadas, manos parásitas aplaudían la matanza. Habrá memoria.”⁴²²

No sólo al *enemigo de clase* estaban reservadas las inectivas del morenismo. Basta recorrer algunos títulos del boletín para constatar que tanto la política del gobierno las semanas previas al golpe (sintetizada por los trotskistas en la afirmación presidencial de que la agitación antigubernamental era fruto de la acción de “*cuatro o cinco curas*”) como, sobre todo, la acción de la CGT antes y durante los hechos del 16, son objeto de severa crítica. La Federación Bonaerense, en efecto, denuncia que “*La C.G.T. no preparó a la clase obrera*” para la decisiva jornada, de lo que deduce, desde luego, la existencia de “*Dos líneas* –la suya propia y la de la conducción sindical– *frente al golpe de Estado*”. Por otra parte, aprovecha para fustigar a sus viejos adversarios del Partido Comunista por su línea “*oportunistista y capitulante*” frente a la Iglesia y por haber “*desarmado a sus militantes*” frente al golpe de Estado. Por último, la FB afirma que la clase obrera había tenido el 16 de junio “*la actuación política más destacada de los últimos diez años*”, aunque aclara también que, aun constatando esa “*importantísima*” intervención obrera, “*no nos anima ningún afán de desconocer la participación del Ejército*”⁴²³.

En efecto, la decisiva participación de las tropas leales en la represión de la acción golpista no es ignorada por ninguna de las corrientes del PSRN, incluso aquellas que, como el Secretariado del Norte, habían hecho un hincapié tan conmovedor como excesivo en la épica de la resistencia obrera y popular. En cuanto a los socialistas, en la única crónica que los redactores de *La Vanguardia* llegan a insertar en una edición que estaba al cierre, se pone un deliberado énfasis en la unidad cívico-militar, colocando en un plano de estricta igualdad la acción del ejército y la del pueblo en la defensa de la Revolución Nacional:

“El dramatismo de la escena, el dolor de la Nación frente a tantas víctimas inocentes, caídas por las bombas y los fragores de la insurgencia suicida, no empañan la grandiosidad de la conducta y de la abnegación del Ejército y del Pueblo, consubstanciados con los ideales de la Revolución Nacional. La lealtad del Ejército y del Pueblo, su decisión, han escrito una brillante página de la historia nacional, de la historia de los pueblos que, con dolor, quieren construir una Patria libre, justa y soberana.”⁴²⁴

Similar equiparación encontramos en la columna de Víctor Almagro (J.A. Ramos) en el diario *Democracia*, donde el autor, además de fustigar una vez más la acción de la

⁴²² “Aplausos en la Avenida Santa Fe” *La Verdad*. Boletín Especial, 25-6-1955, p. 5. Archivo librería Gallo Rojo.

⁴²³ *Ibid.*, pp. 1, 2, 5, 6, 7.

⁴²⁴ “Pueblo y Ejército”, *LV (Segunda época)* N°3, junio 1955, p. 1. Por fuera de esta nota, la única referencia a los hechos del 16 de junio es la imagen reproducida al inicio de este apartado.

“*Internacional Negra*” *clerical-imperialista*, aprovecha la ocasión para difundir su particular enfoque sobre la historia del Ejército Argentino, al que considera fundido desde su génesis con el pueblo-nación:

“Nada más revelador que el motín fracasado para señalar la estrecha alianza entre las fuerzas del Vaticano y el imperialismo. La Internacional Negra se ha convertido en el brazo espiritual de la reacción mundial contra las revoluciones nacionales. [...] La clase Obrera ha dado su inmediata réplica, haciendo honor a su papel de columna vertebral de la revolución argentina. [...] El ejército fundado por San Martín, templado en las guerras gauchas y organizado por Roca y Riccheri cumplió hasta el fin con su deber, apuntalando con su acción las conquistas fundamentales del proceso revolucionario.”⁴²⁵

La derrota de la ofensiva golpista estuvo lejos de dar un respiro al gobierno de la Revolución Nacional. Desde fines de junio hasta su derrota final a mediados de septiembre, el general Perón ensayó a tientas distintas soluciones, tan fugaces como contradictorias. La primera de ellas consistió en un llamado a la pacificación. Desde su primer discurso por cadena de radiodifusión, inmediatamente posterior al sofocamiento de la revuelta y la huida de los aviones de la Marina al Uruguay, el presidente dirigía ese mensaje a toda la población y, en especial, casi en tono de súplica, a los trabajadores:

“Como Presidente de la República, yo pido al pueblo que me escuche en lo que voy a decirle: nosotros, como pueblo civilizado, no podemos tomar medidas que sean aconsejadas por la pasión, sino por la reflexión. No podremos dejar de lamentar, como no podremos reparar, la cantidad de muertos y heridos que la infamia de estos hombres ha desatado sobre nuestra tierra de argentinos. Por eso, para no ser nosotros criminales como ellos, yo les pido que estén tranquilos, que cada uno vaya a su casa. Yo no quiero que muera un solo hombre más del pueblo. Yo le pido a los compañeros trabajadores que refrenen su propia ira, que no cometan ningún desmán. No nos perdonaríamos nosotros que a la infamia de nuestros enemigos le agregáramos nuestra propia infamia.”⁴²⁶

No todos acatarían la exhortación. Pocas horas después del mensaje presidencial, parte de los nutridos grupos de trabajadores que se habían concentrado en la zona céntrica de la capital a raíz de los sucesos, descargaban su justa indignación contra las instituciones que identificaban con las fuerzas golpistas. Esa noche fueron saqueadas e incendiadas las principales iglesias del centro porteño y la sede de la Curia metropolitana. Como destaca Lila Caimari (2002:478), su carácter de instituciones religiosas no agota la explicación de los hechos. No ardió entonces ninguna parroquia de los suburbios, sino las sedes eclesiásticas que, para los adherentes al gobierno, significaban, al mismo tiempo, una clara representación de la oligarquía. El caso es que la acción de la Policía Federal y el Cuerpo de Bomberos tampoco estuvo conteste con el llamado presidencial a refrenar la ira popular.

⁴²⁵ “Buenos Aires, ciudad abierta”, *Democracia*, 17-6-55, p. 1

⁴²⁶ Discurso de Juan Domingo Perón, 16-6-1955. Reproducido en el documental “Perón, sinfonía del sentimiento” de Leonardo Favio. Fragmento disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=GX0EyGRiveg>, minuto 30:00.

Como había sucedido en el Jockey club y las sedes opositoras tras los atentados de abril de 1953, los manifestantes pudieron descargar su cólera contando con la pasividad de las fuerzas del orden.

De todas formas, en los días siguientes el gobierno siguió insistiendo con los gestos pacificadores y el llamado a la conciliación. Se levantó el estado de sitio, se convocó al diálogo a las distintas fuerzas políticas y se abrieron algunos espacios radiales para los líderes de oposición. En cuanto al conflicto con la Iglesia, el proyecto de reforma constitucional para proclamar el carácter laico del Estado argentino perdió su impulso y, como gesto adicional de distensión, fueron apartados de sus cargos los funcionarios públicos más identificados con la postura anticlerical, entre ellos el ministro del Interior, Angel Borlenghi, tantas veces mencionado aquí (Torre, 2002:71).

La postura adoptada por el PSRN ante la política de conciliación presenta algunas ambigüedades. Por un lado, fue la primera fuerza que acudió a la convocatoria presidencial a los partidos políticos (Herrera, 2016: 201). El día 7 de julio, según reflejaba la prensa vespertina, Perón recibía en la Casa de Gobierno a una delegación de su Comité Ejecutivo Nacional, encabezada por el ingeniero Emilio Dickmann, quien manifestaba en estos términos su adhesión a la política oficial:

“Venimos a expresarle nuestra solidaridad con su último mensaje al pueblo [...] que llama a la ciudadanía argentina –a todos los hombres y partidos– a la convivencia democrática, a la conciliación nacional, bajo el amparo de la Constitución y bajo el imperio de la ley. [...] Hemos sido los primeros en proclamar la necesidad de una convivencia democrática entre los ciudadanos, los partidos políticos y el Gobierno en la ya histórica entrevista del Dr. Enrique Dickmann, con el presidente el 1° de febrero de 1952.”⁴²⁷

La mención, probablemente, se refiriese en concreto a un discurso con el que el presidente había sorprendido a la opinión pública declarando el fin de la revolución justicialista: *"La revolución peronista ha terminado. Comienza una nueva etapa que es de carácter constitucional. Yo dejo de ser el jefe de una revolución para pasar a ser el presidente de todos los argentinos, amigos o adversarios"* (cit. en Torre, 2002:71). No obstante, mientras el ingeniero Dickmann ensalzaba públicamente la actitud y la

⁴²⁷ “Expresó su total solidaridad a Perón el Partido Socialista (R.N.)”. Noticias Gráficas, 7-7-1955. Agradezco al profesor y compañero Matías Cortelezzi (*Matías del Abasto*) por haberme facilitado este recorte periodístico, hallado en el marco de sus investigaciones sobre la vida y legado de Carlos Gardel.

convocatoria presidencial, *La Vanguardia* titulaba en letras de molde: “*La revolución ha terminado.... ¡Viva la Revolución!*”⁴²⁸

Si bien la editorial así titulada no deja de valorar el espíritu que impulsaba al jefe de Estado, el mensuario socialista muestra en general una actitud distante respecto de la convocatoria. Así lo revela tanto la nota de José O. Cavalieri, que llama a organizar “*el gran Partido de la Revolución*”, como un comunicado en el que, se supone, el PSRN “*fija su actitud ante la conciliación nacional*”, pero poco dice respecto de ella. El texto, por el contrario, llama a la profundización del proceso, a “*impedir retrocesos*” y sellar la “*unidad socialista*” a plasmarse en la formación de un “*Partido Popular Obrero*”.⁴²⁹

Quien suscribe el comunicado a nombre del partido es Carlos María Bravo, aunque lo hace solamente “*por el Comité Ejecutivo*” y no ya reclamando el cargo de Secretario General. Recordemos que el CEN por él conducido, conformado en octubre de 1954 (y el partido en su conjunto) habían atravesado una fuerte disputa fraccional a comienzos de 1955, originada justamente en un duro enfrentamiento entre el sector de Bravo y el de Dickmann. Si bien la querrela se había mantenido en términos que lograron evitar la ruptura del partido, está claro que las divergencias políticas persistían al interior de la fracción socialista del PSRN. También Juan Unamuno, a quien sabemos alineado con el sector de Bravo, pedía, desde la portada de *Argentina de Hoy*, “*Que la libertad no devore a la revolución*”⁴³⁰

Las corrientes trotskistas, como era de esperarse, recibieron el llamado de Perón a la gran conciliación nacional con una incomodidad que se ve reflejada en sus posicionamientos públicos ante el hecho. El norteño *Socialismo* manifestaba *comprensión* por la postura del gobierno, pero alertaba acerca del uso que de ella pudiera hacer una oposición que lo sabía debilitado. Si la conciliación implicaba conceder mayores libertades democráticas (de expresión, de prensa, de reunión), debía evaluarse con seriedad *a quiénes* y *para qué* eran concedidas, ya que las fuerzas opositoras las usarían contra el pueblo. La oposición, continuaba el Secretariado del Norte, “*no busca la conciliación, sino el*

⁴²⁸ *LV (Segunda época)* N°4, julio 1955, p. 1.

⁴²⁹ “Organicemos el gran Partido de la Revolución”; “El Partido Socialista R.N. fija su postura ante la Conciliación Nacional”, *Ibid.*, pp. 2,3.

⁴³⁰ *AH* N° 51 Julio 1955, p. 1

gobierno”, por lo que “*conciliarse sobre esas bases es seguir el camino de Vargas*”.⁴³¹ De manera similar, la Federación Bonaerense comenzaba manifestando su adhesión a la convocatoria para revelar a continuación sus prevenciones al respecto. Es más, *La Verdad* aprovecha la ocasión para seguir reivindicando como correcto el análisis que hiciera como Partido Obrero Revolucionario del anterior llamado llamamiento gubernamental a la conciliación en el año 53. Lo que en aquella oportunidad había sido caracterizado desde *Frente Proletario* como una política deliberada y casi consumada de “*unión sagrada de los explotadores contra el proletariado*”, era ahora señalado como un “*peligro*” que debía ser prevenido. La solución planteada para evitar ese desenlace, de acuerdo a la Federación Bonaerense, era la implementación de una serie de medidas que garantizara una *amplia democratización*, aunque restringida a “*todos los partidos que se reclaman de la clase obrera*”.⁴³²

Esta diversidad de posturas no impidió que los vientos de conciliación que soplaban desde la Casa Rosada arribaran también a las costas del PSRN. A fines de agosto, en lugar de los anunciados y postergados congresos partidarios, se reunía la primera Conferencia Nacional del partido, donde se daban cita todas sus corrientes internas, así como algunas personalidades independientes de ellas, para fijar su posición en la coyuntura (imagen).⁴³³



⁴³¹ “Conciliación si – Contrarrevolución no”. *Socialismo* N°2, ago. 1955, p. 1. La referencia alude a Getulio Vargas, el presidente del Brasil que el año anterior había tomado la drástica decisión de quitarse la vida ante el asedio de la oposición a su gobierno, de orientaciones asimilables en alguna medida a las del gobierno peronista.

⁴³² “Nuestra respuesta al llamado a la Conciliación Nacional”. *La verdad* N° 15, 25-6-1955, p. 1

⁴³³ Juan Unamuno, Nahuel Moreno, Enrique Dickmann y Elías Castelnuovo en la Conferencia Nacional del PSRN. *LV (Segunda época)* N° 6, sep. 1955 p. 1. Castelnuovo, un intelectual ligado en el pasado al Partido Comunista, se había distanciado de aquella filiación en virtud de su acercamiento al peronismo. Como otros intelectuales de izquierda de similar trayectoria, el escritor era esporádico columnista en *Argentina de Hoy*. vg. “Medidas de protección y estímulo reclama la situación del Escritor Argentino” *AH* N° 49, mayo 1955, p.2

De acuerdo a la crónica de *La Vanguardia*, el sábado 27 y domingo 28 de agosto se daban cita en la Casa del Pueblo 65 delegados, representativos de las federaciones de la Capital Federal, Buenos Aires, Córdoba, Tucumán, Mendoza, Salta, Santiago del Estero, San Juan y Jujuy. La discusión se desarrolló en distintas comisiones (asuntos económicos, asuntos sindicales, asuntos políticos, asuntos latinoamericanos y política exterior y asuntos varios), encargadas de proponer a la asamblea plenaria las resoluciones sobre los temas de sus respectivas competencias. Los despachos de comisión, amén de algunas discrepancias menores, fueron aprobados por votación unánime o mayoritaria de la asamblea. El mayor, aunque ciertamente leve altercado que registra la crónica está dado por un contrapunto entre Jorge Abelardo Ramos y Carlos M. Bravo, cuya respuesta al dirigente del centro Manuel Ugarte nos permite inferir la naturaleza del omitido cuestionamiento:

“Se equivocan los que consideran que estamos aquí desde hace dos años, estamos aquí desde el año 1936, cuando comenzamos nuestra lucha por recuperar para el seno de las masas populares la bandera de un socialismo aburguesado y decadente.”⁴³⁴

Se refería, desde luego, a su mentada participación en el Partido Socialista Obrero, antecedente que, puesto a relucir, no sólo rebatía a Ramos, sino que lo distinguía también de sus camaradas socialistas de mucho más reciente ruptura con el partido de Ghioldi, Repetto, Solari ... y Dickmann; aunque desde luego, nadie hubiera osado cuestionar en la mismísima Casa del Pueblo al respetado decano del socialismo argentino, quien recibió la sentida ovación de la concurrencia. En definitiva, todo se dio, como remarca otra crónica de *La Vanguardia*, en un clima de colaboración y camaradería.⁴³⁵

Las resoluciones giraron en torno de los ejes previsibles: la defensa y profundización de las conquistas sociales y antiimperialistas de la Revolución Nacional (aunque llamativamente, sin alusiones específicas a la grave situación política que atravesaba el país), la unidad latinoamericana, la democratización de la propiedad de la tierra a través de una reforma agraria, la lucha contra el aumento en el costo de vida, entre muchas otras referidas a temas ciertamente muy puntuales, lo que acaso revela lo inesperado del acontecimiento que habría de producirse sólo dos días después.

El 30 de agosto el presidente Perón volvía a sorprender al país, pero esta vez lo hacía para renunciar, no ya a la jefatura de la Revolución Justicialista, sino al propio cargo de Presidente de la Nación. Además de sorpresiva, la medida era inédita por cuanto la dimisión era presentada ante las autoridades del Movimiento Peronista, en sus ramas

⁴³⁴ “La primera Conferencia Nacional del Partido Socialista de la Revolución Nacional”. *LV (Segunda época)* N° 6, sep. 1955 p. 4

⁴³⁵ “Un comentario sobre nuestro Congreso”, *Ibid.*

masculina, femenina y sindical. Si ese gesto constituía, en sí mismo, una admisión tácita del fracaso de la política de conciliación, por cuanto ponía su renuncia a consideración del pueblo peronista a través de sus cuerpos orgánicos y no ante el conjunto de la comunidad política nacional a través de las instituciones representativas consagradas en la Constitución vigente,⁴³⁶ esta aceptación se volvía explícita en el texto de la carta de renuncia, dirigida al interventor del Partido Peronista, Alejandro Leloir, junto con el pedido expreso de que la nota fuera girada tanto al Partido Peronista Femenino como a la Confederación General del Trabajo para su tratamiento.

La reacción de la CGT ante el anuncio presidencial fue inmediata: convocó a un paro total de actividades con movilización a la Plaza de Mayo para el día siguiente. El 31 de agosto de 1955, los trabajadores volverían a colmar la plaza histórica por primera vez luego de los hechos del 16 de junio, sin saber que también se trataría del último encuentro con el líder que ellos mismos habían encumbrado, en el mismo imponente escenario, aquella noche del 17 de Octubre de 1945.

El hecho de que Perón ofreciera su renuncia a la central obrera en lugar de hacerlo ante las instituciones de la *democracia burguesa* fue acogido con entusiasmo por la Federación Bonaerense del PSRN, no sólo porque juzgaba la actitud presidencial como un “*precedente histórico*” en sí mismo, sino también, quizá, porque interpretaba el acontecimiento como una nueva posibilidad abierta a la perspectiva de “*desperonización*” de la clase obrera argentina, aunque ella fuera explorada ahora a través de la propia ala sindical del movimiento. La consigna levantada por la FB ante la nueva coyuntura contemplaba la posibilidad hipotética de que, aceptada que fuese la renuncia de Perón por los trabajadores, asumiera la conducción del gobierno un senador de extracción sindical. Así lo proponía expresamente un volante que sus militantes distribuyeron esa tarde entre la concurrencia:

“Compañeros: El general Perón ha ofrecido su renuncia al país 'si ello contribuye a la pacificación del mismo'. Los únicos que tienen derecho a decidir si se le acepta o no son los trabajadores, quienes con su apoyo en las elecciones de 1946 y 1951 lo han llevado a la presidencia. [...] Solamente un Congreso Nacional de Trabajadores, que represente fielmente el sentir y el pensar de la clase obrera, debe decidir en democrática discusión si Perón se va o se queda. [...] Si los trabajadores resuelven aceptarle la renuncia, el gobierno debe pasar a manos de la clase obrera a través de uno de los senadores de la CGT. Por todo ello, la Federación Socialista Bonaerense (Revolución Nacional) [...], llama a los trabajadores a luchar: ¡Por el respeto a la voluntad popular! [...] ¡Por la convocatoria de un congreso nacional de trabajadores que decida democráticamente sobre la renuncia! ¡Por la elección de un senador de la CGT para el cargo de presidente en caso de aceptarse la renuncia de Perón!” (cit. en González, 1995: 244)

⁴³⁶ Esto era, el Poder Legislativo reunido en Asamblea de ambas Cámaras, conforme lo establecido en el artículo 68 inc. 18 de la Constitución Nacional reformada en 1949.

Como mencionamos en el primer capítulo al relatar los sucesos del 15 de abril de 1953, los hechos ocurridos aquella tarde guardan alguna similitud con la última concentración popular de la década peronista, en tanto puede registrarse en ambos un marcado contraste entre el discurso previsto por el presidente y el finalmente pronunciado. En esos giros radicalizados del discurso presidencial –además, desde ya, del hecho concreto en el caso de los atentados– pudo tener influencia la propia presión de la multitud reunida en la plaza. Recordamos del primer episodio, tras el estallido de las bombas, el rugido de la multitud clamando por “leña” para los perpetradores y la desmesurada respuesta del presidente. El 31 de agosto de 1955, como analizó una historiadora a partir del análisis del archivo sonoro de la manifestación, se dio una interacción similar (Vasallo: 2008, 2019).

Volvamos a poner en contexto esa jornada. Se trataba, como mencionamos, de la primera ocasión en que la multitud podía expresar, en la plaza y frente al líder, su repudio a la masacre del 16 de junio. Dos meses y medio habían transcurrido desde entonces y, desde su perspectiva, nada había cambiado para bien. Durante ese lapso, sólo habían visto a un presidente que desaconsejaba la venganza por aquellos hechos, llamaba a la conciliación a sus adversarios y les brindaba espacios en los medios de radiodifusión. La respuesta de éstos había sido la negativa a condenar –ni siquiera a mencionar– la criminal actuación de la aviación naval. No conformes con ello, habían usado esa tribuna radial para profundizar sus críticas al gobierno y exigir, como única condición para pacificar el país, el alejamiento del presidente que ellos, los trabajadores, habían elegido y ratificado por aplastante mayoría. Desde esa óptica, era imposible que la renuncia presentada el día anterior por el líder no fuera entendida como un triunfo de la reacción oligárquica que sólo ellos, desde esa plaza, podían evitar, tal como lo habían logrado diez años atrás.

La multitud estalló cuando Perón salió al balcón de la Casa Rosada. El presidente, según el testimonio de algunos de sus colaboradores, tenía en sus manos un discurso escrito en el que insistía con la política de la conciliación nacional, pero ante el fervor que expresaba la multitud reunida en la plaza, decidió improvisar sus palabras. La alocución, de todas maneras, se inició en un tono intimista para con el pueblo e insistente en la necesidad de la pacificación. Las reiteradas y radicalizadas intervenciones de la muchedumbre, sin embargo, fueron subiendo el tono de la alocución, que adquirió las características de un diálogo más que de un mensaje unilateral. Así, cuando el líder reivindicaba la “*inmensa paciencia y extraordinaria tolerancia*” del pueblo y el gobierno para con los enemigos de la revolución, la multitud le reclamaba directa y personalmente:

“*¡dales leña!, ¡dales leña!*” y cuando ensalzaba, por caso, la virtud del perdón, la respuesta que llegaba de la plaza era aún más contundente: “*todos los obreros los vamos a colgar*” (Vasallo, 2008: 15).

A partir de este punto, remarca la autora, la crispación fue progresiva y se reflejó en el tono de voz del presidente, que pasó de la indignación a la furia. Y cuanto más dura era la posición de Perón, mayores eran las ovaciones de la multitud que reafirmaban esa dureza. Mucho más conocido es el corolario de este accidentado diálogo entre “el balcón y la plaza”. El presidente lanzó una serie de amenazas que suelen recordarse tanto como se omite reparar en su incumplimiento. Afirmó desde el balcón que “*a la violencia le hemos de contestar con una violencia mayor*”, desatando una explosión de vítores, aplausos y gritos con la consigna “*la vida por Perón*”; y remató con la conocida y temeraria amenaza: “*la consigna para todo peronista que esté aislado o esté dentro de alguna organización es contestar a una acción violenta con otra más violenta y cuando uno de los nuestros caiga, ¡caerán cinco de ellos!*” (Vasallo, 2008: 16).

Los socialistas de *La Vanguardia* reflejan en sus crónicas haber participado “*en el aire y en la calle*” de la tumultuosa concentración pública, a la que definen como una “*versión ampliada de aquel 17 de octubre de 1945*”. Se refieren a la intervención de distintos dirigentes partidarios (Bravo, Emilio Dickmann, Unamuno, Rey) que –“*cada uno en su estilo*”– habían tomado la palabra, desde Radio del Estado, para convocar a la militancia a sumarse a la movilización, así como a la presencia en la plaza de una columna partidaria de composición obrera y juvenil que, bajo la consigna “*los socialistas con la revolución*”, recibiera –según afirman– una calurosa acogida por la multitud allí congregada.⁴³⁷

Tampoco se priva el mensualista socialista de hacer una expresa reivindicación de la violencia revolucionaria como concepto, del llamado presidencial a ejercerla y del derecho y deber del pueblo a acatar ese llamado. En esa tónica, el artículo “*Vigilia en armas*” saluda el anuncio de la CGT respecto de la formación de reservas obreras para colaborar con el ejército en la defensa del gobierno. Pero más explícita aún es la nota que se publica en portada bajo el escueto título “*Cartel*”, del cual podemos inferir, quizá, que su texto reproduce –o simula– el contenido de algún afiche callejero:

⁴³⁷ “El partido en el aire y en la calle” *LV (Segunda época)* N° 6, p. 1. En rigor, como consigna Herrera (2011:105), el discurso de Emilio Dickmann había sido pronunciado por la noche, tras la desconcentración. Allí el dirigente partidario había reafirmado una vez más la adhesión partidaria al gobierno: “En esta grave hora para el progreso de la República, los socialistas revolucionarios están presentes para apoyar la obra de justicia social del gobierno del general Perón”

“¿Usted cree que un régimen de bandoleros, como lo era la oligarquía, podrá ser destruido mediante la persuasión? No. A un pirata no se lo elimina con una bandera de parlamento. [...] ¿Usted cree que la Bastilla se tomó con discursos de barricada, mediante el ‘imperativo categórico’ de Kant o la ‘tesis’ y la ‘antítesis’ de Hegel? No. Se tomó a cañonazos. ¿Usted cree que la revolución rusa triunfó explicándole al zarismo el materialismo histórico de Marx? No. Triunfó asaltando el Palacio de Invierno con fusiles y ametralladoras. ¿Usted cree que se puede [...] esperar prudentemente a que todos esos asesinos nos manden a todos al cementerio? No. No tenemos un pescuezo de repuesto. [...] ¿No ve que si usted no acaba violentamente con la reacción, la reacción acabará violentamente con usted y con la revolución? ¿Acaso el proletariado se puede preparar para la lucha contra la oligarquía armada con un diario revolucionario en las manos y un libro socialista debajo del brazo? ¿Escuchó usted las consignas del presidente? ¿Y entonces? ¿Para qué estamos hablando tanto? Dele, dele.”⁴³⁸

También para el grupo de Ramos y Spilimbergo el 31 de agosto marcaba un punto de inflexión. La demostración popular, analizaban, daba nuevos bríos a un preconcebido “golpe de timón hacia la izquierda” por parte del gobierno peronista. Así lo afirmaba la nota editorial del segundo y a la postre último número de su publicación, que no precisa de la firma de Ramos para que reconozcamos su autoría.⁴³⁹

“La amenaza creciente de la conspiración imperialista después del 16 de junio obligó al régimen bonapartista a comprender dos cosas: Primero, que era impostergable proceder a una democratización de su propia base, en primer lugar, del partido peronista. En segundo lugar, que no solo la CGT debía continuar gravitando en los problemas políticos y económicos del país, sino que la participación obrera en esas cuestiones debía hacerse más amplia, elástica y profunda, puesto que el proletariado constituye la columna vertebral del proceso revolucionario.”

En efecto, la masiva concentración popular en Plaza de Mayo y el belicoso discurso presidencial de esa tarde no hacían más que rubricar, para el dirigente del centro Manuel Ugarte, la decisión política que había llevado al líder a promover la intervención del Partido Peronista, sustituyendo al frente del mismo al “*esencialmente burocrático, burgués, incoloro, inodoro y arribista*” contraalmirante Teisaire por el dirigente de extracción radical Alejandro Leloir. Polemizando con otras tendencias del PSRN, que preferían hacer hincapié en el apellido patricio y la condición de importante ganadero del nuevo interventor, Ramos lo filiaba con “*el radicalismo yrigoyenista tradicional, nacionalista y democrático, proteccionista y antiimperialista*”, ligándolo incluso a la tradición de FORJA, aunque Leloir nunca hubiera formado parte de aquella agrupación.

Si el recambio de las autoridades partidarias (que también había colocado a John William Cooke a la cabeza del PP de la capital) había constituido para Ramos el antecedente más claro de ese giro del gobierno hacia la izquierda, su horizonte estaba marcado, o debía estarlo, por la formación de milicias obreras, única garantía de

⁴³⁸ “Cartel”. *LV (Segunda época)* N° 6, sep. 1955, p. 1; Vigilia en armas”, *Ibid.*, p. 2

⁴³⁹ “Golpe de timón hacia la izquierda”. *Izquierda* N°2, sep. 1955, p. 3

supervivencia del gobierno y “*baluarte de la revolución popular*”, como vemos anunciado en grandes caracteres en la portada de la publicación (imagen). En esa línea, el editorial, fiel al estilo de Ramos, se cierra poniendo la vieja consigna de Lenin en boca del proletariado argentino:

“Frente a toda tentativa del imperialismo de jaquear al movimiento nacional y popular, hay que disponerse a devolver golpe por golpe. Los muertos del 16 de junio son muertos sin sepultura. A los ‘demócratas’ imperialistas, a los nacionalistas oligárquicos vendidos a Wall Street, a los socialistas sin socialismo y a los comunistas de la traición permanente, el proletariado argentino les contesta: el fusil en el hombro del obrero es la única garantía de la democracia.”⁴⁴⁰



La formación de las milicias obreras, como es sabido, fue rechazada de plano por las Fuerzas Armadas y desautorizada por el presidente. Probablemente nunca haya sido considerada con seriedad como una alternativa para revertir la agonía de la Revolución Nacional. Sin saber entonces cómo capitalizar el espaldarazo que le había brindado la masiva y combativa presencia popular en las calles, fracasada a todas luces la política de la conciliación y cerrada también la vía de la radicalización revolucionaria, el gobierno peronista se sumió en la parálisis hasta que un nuevo levantamiento militar lo desalojó del poder. Aunque esta vez contaba con apoyo en sectores del ejército y amenazaba con ataques aún más devastadores sobre la población civil, el bloque golpista seguía siendo débil en el plano militar. Luego de dos días de combates menores, las tropas leales parecían tener controlada la situación y estar en condiciones de sofocar el alzamiento, pero el presidente Perón evaluó que no tenía sentido ofrecer más resistencia, delegando el mando en una junta de generales que negoció los términos de la rendición (Galasso, 2010: 350; Potash, 2002: 122).

Vistos en retrospectiva, los tres meses que mediaron entre la masacre de junio y el golpe de septiembre pueden ser comprendidos como una serie de episodios que constituyen en última instancia un mismo acontecimiento histórico. Más que de un golpe fallido y otro exitoso, se trató de una maniobra destituyente ejecutada por etapas y finalmente exitosa. Pero si el 16 de septiembre se cerraba ese breve ciclo de la ofensiva golpista, tres días después se sellaba otra parábola.

⁴⁴⁰ *Ibid.*, p. 5

Como una ironía de la historia en la que la literatura sobre el hecho no ha reparado en general, el presidente Perón renunció finalmente el 19 de septiembre de 1955, a exactos diez años de aquella masiva Marcha de la Constitución y la Libertad que, al son de *la Marsellesa*, había recorrido las calles de Buenos Aires exigiendo la entrega del gobierno a la Corte Suprema y el retiro de los militares a los cuarteles. El seguro *optimismo democrático* de aquella jornada se había visto empañado un mes después y sentenciado a comienzos del año siguiente, cuando aquel coronel, el “*candidato imposible*”, fuera primero rescatado del ostracismo y luego llevado a la Presidencia de la Nación por las mayorías populares que ellos estaban seguros de representar. Una década después, cerrado ese *ciclo de oprobio*, la democracia tendría su revancha.

Caída del peronismo... ¿ascenso del PSRN?

Una vez consumado el golpe de Estado contra el gobierno peronista, el PSRN vivió, paradójicamente, su momento más promisorio como organización política. No nos detendremos aquí en los pormenores del complejo contexto sociopolítico en que se desarrolló su actividad. Sólo diremos que los primeros conatos de espontánea resistencia obrera lograron ser sofocados con relativa rapidez por un ejército que, si había permanecido leal al gobierno constitucional hasta último momento, se subordinó rápidamente a las nuevas autoridades de facto. Por otra parte, la línea trazada por el primer elenco gobernante de la autodenominada Revolución Libertadora, encabezado por el católico y nacionalista general Lonardi, fracasó rápidamente en su intento de mantener canales de negociación abiertos con los sectores más permeables de la dirigencia política y sindical del Partido Peronista y, en especial, de la CGT; no precisamente porque esos canales estuvieran cerrados por una unánime intransigencia de los personeros del *régimen depuesto*, sino por la presión que éstos recibían de sus efervescentes bases obreras y populares y por la que el propio gobierno sufría de parte de su ala más radicalizada en sus ínfulas *desperonizadoras* (Schneider, 2007: 72-83; Galasso, 2010: 353-358).

Quien hubiese pensado que los trabajadores argentinos sólo se plegaban a “paros oficiales” para asistir sensualizados a la *fiesta del Monstruo*, no podía más que tomar nota, el 2 de noviembre, de la primera –y contundente– huelga general de la CGT contra las nuevas autoridades, que ni siquiera los mejores auspicios de funcionarios y sindicalistas habían podido evitar. La inapelable demostración obrera terminó de agotar la paciencia del sector liberal del gobierno y las fuerzas armadas, representado por el vicepresidente, almirante Isaac Rojas, y selló la suerte de Lonardi y su equívoco lema “*Ni vencedores ni*

vencidos". El 13 de noviembre de 1955 se iniciaba la verdadera cruzada *libertadora*. En menos de nueve meses contados desde el golpe, el pueblo que había escuchado con desconfianza aquella indulgente promesa del piadoso general nacionalista, sabía de proscipciones, persecución y fusilamientos.

En rigor, un previo llamado a la huelga general había partido desde algunos sectores políticos y sindicales peronistas, que buscaron aprovechar la evidente carga simbólica de la fecha 17 de Octubre para movilizar a los trabajadores contra el nuevo régimen de facto. Las distintas fuentes difieren en cuanto a su adhesión y masividad. Lo que es indudable es que esa convocatoria no había partido de la dirigencia de la CGT ni contado con su aval (Schneider, 2007: 78). Entre los arrojados convocantes a esa huelga había figurado la Federación Bonaerense del PSRN:

"La Federación Bonaerense del Partido Socialista Revolución Nacional, que edita el periódico LA VERDAD, asume la responsabilidad histórica, ante el silencio de las direcciones que se reclaman del movimiento obrero, de llamar a TODOS LOS TRABAJADORES A UNA HUELGA GENERAL, EN FORMA PACÍFICA, PARA EL 17 DE OCTUBRE. Recogemos así la voluntad mayoritaria de la clase obrera argentina que considera al 17 DE OCTUBRE, su día de PROTESTA y de LUCHA contra la patronal y el imperialismo [...] Dado que el ejército y los tanques están en las calles, debemos evitar cuidadosamente caer en trágicas y sangrientas aventuras [...]. Es preciso llevar a cabo asambleas de fábricas y secciones, en los mismos lugares de trabajo, para votar la Huelga General y nombrar comisiones y piquetes que la garanticen [...]. Compañeros: la huelga general es hoy día la única forma de demostrar que estamos todos unidos por la defensa de nuestras conquistas sociales y nacionales, que las mantendremos y profundizaremos. ¡NADA DE AVENTURAS Y PROVOCACIONES! ¡TODOS A LA HUELGA GENERAL!"⁴⁴¹

Esa fue, quizá, la primera oportunidad en que el morenismo exploraba decididamente la veta que lo conduciría dos años después a ingresar con armas y bagajes al Movimiento Peronista. Si bien el volante convocaba a la huelga "*recogiendo la voluntad mayoritaria de la clase obrera*", es decir, ubicándose en una postura a la vez respetuosa y distante respecto de la identidad peronista,⁴⁴² quedaba sólo un paso por dar antes de perder ese prurito.

El resto de las corrientes partidarias habían juzgado que aquella huelga, convocada de manera espontánea, sin preparación ni aval de la conducción sindical era, justamente, caer en una "*aventura*", por lo que no adhirieron al llamado y acusaron de "*divisionista*" al sector de Nahuel Moreno. Esta divergencia marcó un punto de quiebre entre la FB y el resto del partido. El POR rompió con la conducción nacional en el mes de diciembre,

⁴⁴¹ "Huelga General para el 17 de Octubre. Federación Bonaerense del Partido Socialista (Revolución Nacional)". Archivo digital Fundación Pluma

⁴⁴² Otro fragmento del volante afirmaba, en el mismo sentido: "No se trata de discutir con los compañeros radicales, comunistas, apolíticos o anarquistas si corresponde o no ese día como protesta. Se trata de un hecho indiscutible: la amplísima mayoría de los trabajadores argentinos consideran al 17 de octubre, como su día de protesta y nuestra organización así lo acepta". *Ibid.*

aunque continuó utilizando la sigla partidaria y publicando *La Verdad*, ahora como “órgano del ‘ala izquierda –mayoritaria– del nuevo Comité Ejecutivo del PS-RN”, lo que evidencia, como afirma Herrera (2011:106), que el sello había logrado cierta visibilidad.

Volvemos al mes de noviembre. En aquellos días en que Lonardi era reemplazado al frente de la *Libertadora* por el general Aramburu y el confirmado vicepresidente Rojas reunía a la flamante –e inefable– Junta Consultiva Nacional integrada por los principales partidos políticos, hacía su aparición el semanario *Lucha Obrera*, órgano oficial del Comité Ejecutivo del PSRN.⁴⁴³ Allí confluían todos los sectores internos del partido (a excepción, reiteramos, del trotskismo morenista). Esa confluencia que llevó al lanzamiento de *Lucha Obrera* partió, en principio, de una necesidad. Como hemos mencionado, las publicaciones *Izquierda* y *La Vanguardia (Segunda época)* se habían visto interrumpidas tras el derrocamiento del gobierno peronista. Eso probablemente obedeciera a la restitución de los bienes partidarios al viejo PS, ya que tanto la ilustre –aunque derruida– Casa del Pueblo como el también histórico local de la calle Austria (Centro Manuel Ugarte en la nomenclatura del PSRN capitalino) funcionaban, al momento del golpe, como sedes de redacción de sendas publicaciones.

También es cierto, no obstante, que en el nuevo semanario se dará, no sin tensiones y disputas por el liderazgo, una convergencia discursiva más marcada que en las publicaciones anteriores. Por el lado de los socialistas, el derrocamiento del peronismo coincidía con el ocaso de Enrique Dickmann, quien moriría en Córdoba a fines de diciembre, aunque llegaría a enviar una última colaboración al flamante órgano partidario.⁴⁴⁴ Esa coincidencia marcó el definitivo eclipse, al interior del PSRN, de la ya menguada autoridad de Emilio Dickmann, a quien no veremos participar de la publicación. La voz socialista en el nuevo periódico estará representada por el sector de Bravo, Cavalieri, Juliá, Losada y Fernando Guerra Bossi. En su redacción volvieron a encontrarse también, a pesar de su fuerte entredicho previo, las dos corrientes de la Izquierda Nacional en formación: veremos allí las firmas de Ramos, Rivera, Spilimbergo, Perelman, Carpio, Hecker, Converti y el cordobés Ernesto Ceballos. El semanario contó también con la colaboración de Elías Castelnuovo y la dirección quedó a cargo de Esteban Rey, lo que se ve reflejado en la inclusión de distintas crónicas sobre la “*llegada de la libertad y la*

⁴⁴³ Para un desglose detallado, por número y por autor, del contenido de esta publicación, de la que aquí sólo consignaremos las que consideramos sus líneas fundamentales, v. Pulfer y Melon Pirro (2019)

⁴⁴⁴ “Sindicalismo y política” *Lucha Obrera [LO]* N° 1, p. 1

democracia” –como ellas mismas ironizan– a las provincias del norte argentino, firmadas por sus viejos compañeros Cuenya y Sabate, entre otros.⁴⁴⁵

El primer número de *Lucha Obrera* dedica su titular de portada al nuevo mentor de la política económica Argentina: “¡Abajo el plan Prebisch! La oligarquía y el imperialismo no ganarán la última batalla”. El director de la CEPAL, quien por encargo del gobierno de Lonardi había trazado un diagnóstico sombrío de la situación económica de la Argentina tras la década peronista, era biografiado con severidad en la prensa del PSRN. Del “*aprendiz de brujo*”, denominado así en razón de su pasado como funcionario del ministerio de Federico Pinedo, “no podemos decir que sea un agente del imperialismo, porque es el imperialismo en persona”, sentencia el primer editorial.⁴⁴⁶ La oposición al denominado Plan Prebisch –la batería de medidas de ajuste adoptadas por el nuevo régimen con aquel informe como sustento–, era en efecto una de las primeras banderas de la Resistencia Peronista y el PSRN no dudaba en empuñarla.

Otra campaña permanente del periódico socialista es la que señala y condena el avance represivo en los distintos ámbitos de la sociedad y puntos del país. Lo hace contrastando de manera permanente esa realidad con la abrumadora prédica acerca del restablecimiento de la democracia y la pluralidad en la Argentina por parte del gobierno y de la “*cadena de la libertad*”, como denomina Esteban Rey, desde sus editoriales, al concurso de los grandes diarios capitalinos con la política de la dictadura:

“Los diarios que integran la ‘cadena de la libertad’ aplauden [...] lo acontecido y procuran convencernos que todo esto sucede para bien de la República. En tanto la ofensiva contra la Confederación General del Trabajo y contra el movimiento obrero, arrecia. Bajo fórmulas democráticas generales y abstractas, se concretan intervenciones y se rompen acuerdos solemnemente firmados.”⁴⁴⁷

Esto último se refiere a las promesas *lonardistas* de no intervención en la CGT. Ellas se habían roto, según Rey, por la propia naturaleza de la revolución y la contrarrevolución, que tendían inevitablemente a desembarazarse de sus elementos más dubitativos y compondores para desarrollar sin mediaciones sus fines estratégicos:

“Esta contrarrevolución, que tiende a la restauración oligárquico-imperialista, debía seguir adelante, debía tender a liquidar la resistencia obrera argentina y, en especial medida, la resistencia organizada y centralizada que representa la C.G.T. Contra ella se hará efectivo este nuevo curso. La reacción tiende a profundizar su sentido y alcanzar sus objetivos más lejanos.”

⁴⁴⁵ v. “Vida del partido” *Lucha Obrera* N° 1, p. 2; “El socialismo revolucionario de Tucumán ante los sucesos del 16 de setiembre último.” *LO* N° 2, p.2

⁴⁴⁶ “¿Quién es Prebisch?” *LO* N° 1, p. 1

⁴⁴⁷ “Frente obrero contra la reacción oligárquica-imperialista”. *LO* N°2, p. 1.

Así explicaba entonces *Lucha Obrera* la crisis palaciega al interior del régimen y la imposición de la línea dura de Aramburu-Rojas, que, como es sabido, se iniciaba con la intervención de la central obrera pero lejos estaría de detenerse allí. La única fuerza capaz de frenar y derrotar la ofensiva oligárquica e imperialista, a criterio del PSRN era, como puede imaginarse, la clase trabajadora organizada en sus sindicatos y su confederación.⁴⁴⁸ Desde esa certeza, *Lucha Obrera* cierra filas en torno de la CGT, publicando en números consecutivos una extensa entrevista al dirigente Andrés Framini. El semanario fustiga de manera permanente la política gubernamental hacia los sindicatos y el aliento de los interventores oficiales a la formación de *gremios democráticos* a cuya vanguardia ubican, desde luego, a los socialistas. En esa línea, el viejo cofundador de la UOM, Ángel Perelman, denuncia:

“Los socialistas operan desde dos pasquines: ‘La Vanguardia’ y ‘La Época’. Su propaganda excede en odio anti obrero y exacerbada histeria al peor fascismo de la década del 30. Pide el exterminio a sangre y fuego: la dictadura en los gremios a punta de bayoneta. Los comprendemos. El pueblo en bloque los repudia. Y sólo por tal método lograrán colocarse a la cabeza de los gremios. Un fantasma quita el sueño a los socialistas: el de las elecciones sindicales. Quieren ahorrarse el trago amargo de su confrontación democrática! [...] Felizmente, hasta ahora, la C.G.T. ha logrado neutralizar la provocación de estos pistoleros oligárquicos. La huelga del 2 de noviembre la paró en seco.”⁴⁴⁹

La denuncia contra la persecución y la censura adopta diferentes tonos y modalidades, que van desde el sarcasmo hasta la indignación. El primero se reserva a las autoridades del régimen, frente a las cuales se intenta acentuar el tono irreverente; la segunda se dirige en especial a los viejos partidos de la *izquierda cipaya* que colaboraban con la política oficial, con especial encono, como acabamos de ver, en el caso del PS. En un primer momento, las críticas son formuladas *en abstracto*, en nombre del pueblo o de la clase obrera, o bien en solidaridad con el hostigado Partido Peronista y los sindicatos asolados por los *comandos civiles*:

“Se han iniciado acciones tendientes a ‘desperonizar’ el país. Una desperonización con ‘comisiones especiales’, ejército en las calles y asaltos a los sindicatos. O mucho nos equivocamos, o nos parece que esta liberación se parece más al totalitarismo que a la democracia tan frecuentemente pregonada y de la cual los ‘liberadores’ parecen tener una interpretación muy particular. Democracia es, en términos concretos el gobierno de la mayoría del pueblo. [...] Preguntamos: ¿De qué modo se ha hecho evidente que el pueblo en su mayoría deseaba ser liberado? No vaya a ser que el reclamo popular consista pronto en que lo liberen de los liberadores.”⁴⁵⁰

⁴⁴⁸ v. “Ganar la batalla sindical contra los trabajadores ‘libres’”. *LO* N°2, 24-11-1955, p. 4; “El ministro de trabajo contra la clase obrera”, *LO* N° 3, 1-12-1955, p. 1. Llamativamente no hemos encontrado hasta el momento, en plumas tan propensas a la ironía como las de Ramos o Rey, ninguna alusión al sintomático hecho de que el interventor de la CGT llevara como nombre Alberto *Patrón* Laplacette.

⁴⁴⁹ “Los pistoleros de la C.O.A.S.I.”, *LO* N° 2, 24-11-1955, p. 3. Otro artículo se titula: “La Vanguardia, órgano de los confidentes policiales”, *Íd.* N° 4, 15-12-1955, p. 3

⁴⁵⁰ “¿Democracia sin el 70% de la población?” *LO* N°1, 10-11-1955, p. 4

Bien pronto, sin embargo, esas denuncias comienzan, con creciente frecuencia, a referirse también al propio PSRN, a sus dirigentes y al mismo periódico, en lo que tal vez sea un indicio de que comenzaba a estar bajo la mira de las nuevas autoridades. El semanario, en efecto, se verá impedido de tener esa frecuencia, pues sufrirá varias clausuras, el secuestro de algunas de sus ediciones y la detención de su director antes de su cierre definitivo en marzo de 1956. La primera de esas acciones de censura es denunciada –y al mismo tiempo reivindicada con orgullo– en la portada del segundo número, que debe salir con una semana de retraso. Además del imponente titular, “*Nos clausuraron*”, un recuadro en la misma portada informa:

“Este es el número secuestrado por la policía especial, la semana pasada. LUCHA OBRERA obtiene así, con esta clausura, su primera condecoración en el campo de la batalla antioligárquica y antiimperialista en curso. No tuvimos ni tiempo ni medios para componer otro periódico. El viejo plomo, cargado con las ideas que no pudieron ser silenciadas, nos sirve para esta aparición.”⁴⁵¹

El mismo 24 de noviembre en que la demorada edición salía a la calle, el general Aramburu firmaba el decreto-ley 3855/55, que disponía la disolución del Partido Peronista y el Partido Peronista Femenino.⁴⁵² Ante esta medida, la portada de *Lucha Obrera* se pregunta: “¿*Qué quiere el gobierno? ¿Imponer la democracia por medio de la dictadura?*”. Y en la siguiente entrega, se permite ironizar: “*Disolvieron el Partido Peronista. Ahora hay más peronistas que antes*”⁴⁵³.

Desde *Lucha Obrera* se denuncian también los intentos, alentados desde el nuevo régimen, de reclutar a algunos de los dirigentes que habían sido apartados, desplazados o defenestrados del gobierno peronista antes de 1955. Ciertos nombres nada menores asociados al primer elenco peronista, como Domingo Mercante y Atilio Bramuglia, así como otros de la vieja guardia laborista (Luis Gay e incluso Cipriano Reyes) volvían a aparecer en la prensa ligados a supuestas iniciativas de crear partidos pseudoperonistas afines al nuevo orden. Esas iniciativas, a denominarse según *Lucha Obrera* “Partido Popular” o “Partido Justicialista”, no prosperarán, pero el PSRN –seguramente sin reparar siquiera en que había sido acusado por sus enemigos de haber surgido como fruto de idéntica manipulación, aunque por parte del *régimen depuesto*– se apresura a denunciarlas como un intento de “*alvearizar*” al peronismo y fustiga a quienes “*quieren repartirse la*

⁴⁵¹ *Lucha Obrera* N° 2, 24-11-1955, p. 1

⁴⁵² Recomendamos la lectura del texto de la norma, disponible en https://www.argentina.gob.ar/normativa/nacional/decreto_ley-3855-1955-296773/texto

⁴⁵³ LO N°3, 1-12-1955 p. 4; *Id.*, N° 4, 15-12-1955, p. 3

piel del oso, sin darse cuenta que el oso sigue viviendo".⁴⁵⁴ Por otra parte, una columna humorística, en la contratapa del cuarto número, daba cuenta también de un término que comenzaba a difundirse rápidamente en el léxico popular. Se titula "*Memorias de un gorila*".⁴⁵⁵

Es que, si la lucha en el terreno sindical era de vital importancia para los redactores de *Lucha Obrera*, la disputa en el plano político lo era aún más. Era la hora, a su entender, de insistir con la creación del Partido.⁴⁵⁶ Si bien se mira, la prédica por la formación de un partido obrero independiente, en muy variadas formulaciones, había estado presente en el PSRN desde el programa con que se había presentado a elecciones en aquel lejano abril de 1954. Sin embargo, esa campaña cobraba nuevo sentido en el contexto de fines de 1955, cuando la clase obrera, que resistía a duras penas la ofensiva patronal y estatal sobre sus organizaciones sindicales, se encontraba huérfana de representación política tras la disolución del PP. Ese mismo factor explicaba, tal vez, el éxito creciente de la publicación, que llegaba a publicar entre 100 y 150.000 ejemplares por número y reunir en sus locales a delegados sindicales y militantes peronistas que buscaban canales alternativos para organizarse contra el régimen de facto (Herrera, 2011: 106; Galasso, 2007: 266). En la opinión de los militantes del PSRN, se presentaba la oportunidad de postularse como los herederos, continuadores y –por qué no– superadores de la Revolución Nacional que el peronismo condujera durante una década. Nadie mejor que Ramos para volcar a la pluma esa certeza:

“El socialismo revolucionario aparece como la gran bandera de la juventud argentina. No es un simple accidente que los hombres del socialismo revolucionario sean los continuadores de la revolución iniciada el 17 de octubre de 1945, ahora ya en un plano más alto. Por nuestra contribución a la dilucidación del carácter histórico del peronismo, por nuestra interpretación del pasado argentino -desde las montañas gauchas a las modernas batallas del proletariado industrial, vástago moderno de aquellas-, por nuestro análisis profundamente nacional de los problemas populares, somos los descendientes legítimos de los grandes movimientos desatados por las masas a lo largo de la historia Argentina”⁴⁵⁷

Sin embargo, ese optimismo encerraba una aporía, que quedaba al desnudo en el título de un artículo escrito por Carlos María Bravo en el número inmediatamente posterior a la disolución del Partido Peronista. "*Ahora, construir el Partido Obrero*". Muchos años

⁴⁵⁴ “Alvearismo peronista?” *Lucha Obrera* N° 1, 10-11-1955, p. 2; v. también en *LO* N°3, 1-12-1955 p. 4, la solicitada del recién disuelto Partido Peronista Femenino, reproducida en la sección “Tribuna Libre”, en la que desmiente cualquier ligazón con supuestas formaciones “laboristas” impulsadas por algunos de aquellos dirigentes.

⁴⁵⁵ *LO* N°3, 1-12-1955 p. 4

⁴⁵⁶ Entre muchos otros artículos, v. “Forjemos el Partido Obrero”, *LO* N° 1, 10-11-1955, p. 2; “Para luchar y triunfar, el proletariado debe crear su propio partido político”, *LO* N° 2, 24-11-1955, p. 4; “Ahora, construir el Partido Obrero”, *LO* N° 3, 1-12-1955, p. 2

⁴⁵⁷ “Una nueva generación entra en escena” *LO* N°3, 1-12-1955 p. 1

después, Jorge Spilimbergo recordaba haber sostenido esa posición al interior del PSRN, pero su recuerdo no era nada indulgente:

“Lucha obrera” superó tirajes de 100.000 ejemplares [...]. En sus columnas se reflejaba la pugna entre [...] posiciones [...], creo hoy, erróneas. Por nuestra parte, opinábamos que, defendiendo al peronismo caído, había que ‘diferenciarse’. Un artículo [...] sintetiza lo peor de nuestra posición: ‘Ahora hay que construir el Partido Obrero’. Lo subrayado es una gorilada, ‘ahora’ que la oligarquía derrocó a Perón, hay que fundar, etc....” (Spilimbergo, 2003)

En los últimos números de *Lucha Obrera* queda en evidencia que los *libertadores* estaban tras sus pasos. El número 4 (15-12-1955) se subtitula “Edición demorada” y denuncia el acoso de la Comisión Investigadora del Papel sobre los talleres donde era impreso el periódico. La misma razón impidió la tirada en tiempo y forma del número 6 (3-1-1956). (Pulfer y Melon Pirro, 2019: 71). En el octavo y último número se informa que Carlos M. Bravo había sido citado a declarar ante esa comisión y su director, Esteban Rey, detenido en la provincia de Jujuy en una reunión con trabajadores de los ingenios. Nuevamente, la portada apela a la ironía para denunciar la persecución: “*Carlos María Bravo ante la Investigadora y Esteban Rey en la Penitenciaría: la ‘Democracia’ funciona*”.⁴⁵⁸ *Lucha Obrera* no volvería a publicarse.

El 1° de marzo aparecía en el Boletín Oficial el decreto 4072/56, firmado por el presidente Aramburu, que ordenaba la disolución del PSRN y el decomiso de sus bienes, por haber servido “*dócilmente a los designios execrables de quien suprimió la libertad y negó el derecho en la tierra de los argentinos, [...] procurando confundir a la opinión pública con el uso de la denominación y el usufructo de los locales y bienes de una organización tradicional de la vida política argentina*”. También se señala el delito de haber formulado “*expresas manifestaciones de adhesión al tirano o a su nefasta política que sumió al país en la más profunda crisis ética e institucional que conoce su historia*” (cit. en Herrera, 2011: 109)

Si *Lucha Obrera* había considerado aquella primera clausura como una “condecoración” de los dictadores, quizá haya recibido con similar orgullo el paso a la clandestinidad junto a los trabajadores peronistas. Aunque ellos ya habían sido despojados de su gobierno en septiembre y de su partido dos meses después, podían al menos, hasta ese momento, reivindicar sus símbolos. Sin embargo, a pocos días de que el PSRN fuera disuelto y privado de sus bienes, otro decreto, mucho más célebre en su iniquidad —el 4161/56—, disponía la prohibición, en todo el territorio nacional, de utilizar “*elementos de afirmación ideológica o de propaganda peronista*”, reprimiendo cualquier expresión

⁴⁵⁸ “LO N° 6, 3-1-1955, p. 1. v. también “La oligarquía del azúcar ha obtenido la detención de Rey” y “Nuestro secretario fue llamado por una ‘investigadora’”. *Ibid.*

pública expresamente relativa al movimiento derrocado o aquellas “*que pretendan tal carácter o pudieran ser tenidas por alguien como tales*”.⁴⁵⁹

Los dirigentes y militantes del Partido Socialista de la (derrotada) Revolución Nacional ingresaban así, codo a codo con sus compañeros peronistas, en una nueva etapa, a la vez adversa y heroica; oscura y memorable; aciaga y gloriosa. Se iniciaba para todos ellos, para los trabajadores y para los sectores populares de la Argentina, la época de la Resistencia.

Conclusión. El PSRN y La Nueva Izquierda

Señalábamos en la introducción de esta tesis que la elección del PSRN como objeto de estudio se basó en la consideración preliminar de que esa formación política habría constituido una temprana expresión de diálogo (desde luego, no exento de tensiones y contradicciones) entre el ideario socialista y el peronismo; relación dialógica que, con posterioridad al golpe de Estado de 1955, y sobre todo durante la década del sesenta, habría de generalizarse. Si a lo largo de los capítulos centrales de esta investigación fuimos explorando las diversas formas en que se operó (en general, en el plano de las ideas) ese novedoso diálogo, quisimos dedicar este capítulo final a analizar la coyuntura y la forma concreta en que esas relecturas del *hecho peronista* por parte de distintas vertientes de la izquierda argentina se tradujeron –con las evidentes limitaciones de una organización de modesto alcance– en una práctica política.

De lo expuesto y analizado en este capítulo surge un balance de la actuación del PSRN en aquella coyuntura por demás crítica. El vertiginoso acontecer político en que la primera formación partidaria de izquierda afín al gobierno peronista debió desarrollar su práctica no fue, por cierto, apacible. Al cabo de su discreto debut electoral, el nuevo partido se dispuso a darse una organización en base a una convivencia de sus distintas corrientes internas. Así vemos que la integración del Comité Ejecutivo Nacional en septiembre de 1954 comprendió a los militantes del viejo Movimiento Socialista y a dos de las fracciones trotskistas del partido, las que conformaban el Secretariado del Norte, con Esteban Rey al frente, y la morenista Federación Bonaerense. Los grupos capitalinos reunidos en el Centro Manuel Ugarte, que ya participaban del experimento aun manteniendo cierta cautela, no tardarían en revisar esa posición e integrarse a las instancias orgánicas del partido.

⁴⁵⁹ https://www.argentina.gob.ar/normativa/nacional/decreto_ley-4161-1956-296876

Sin embargo, pronto se sucedieron las primeras disensiones internas, surgidas al interior del propio núcleo originario (socialista) de la organización, lo que desató una desgastante disputa fraccional entre fines de ese año e inicios de 1955. En paralelo, se desataba el conflicto abierto entre el gobierno peronista y la Iglesia Católica y se desarrollaba el espinoso debate acerca de los contratos petroleros con una subsidiaria de la Standard Oil. Todo indica que la abierta ofensiva de la oposición en torno de estos y otros temas, logró no sólo ganar las calles de Buenos Aires por primera vez desde 1945, sino también, como efecto colateral, posponer las disputas facciosas al interior del PSRN, que se vio llamado a cerrar filas en defensa del gobierno de la Revolución Nacional.

Si los posicionamientos partidarios en torno de la cuestión petrolera y eclesiástica ofrecen una interesante variedad de matices que hemos intentado reconstruir, éstos se reducen ciertamente ante el atroz atentado del 16 de junio. A partir de allí, las distintas tendencias partidarias llaman desde sus respectivas publicaciones y a través de todos los medios a su alcance, a defender al gobierno ante la ofensiva golpista. La convocatoria presidencial a la Conciliación Nacional es recibida en general sin mucho entusiasmo por las distintas corrientes partidarias, a diferencia del abrupto giro (al menos, discursivo) del general Perón hacia la radicalización en el enfrentamiento con las fuerzas opositoras. La masiva afluencia obrera a la Plaza de Mayo y el exaltado discurso presidencial del 31 de agosto son recibidos con fervor en el PSRN y leídos por algunas de sus corrientes internas como la señal de un *giro a la izquierda* por parte del gobierno. Las distintas tendencias partidarias, aun las de procedencia más reformista, se manifiestan favorables, en particular, a la hipotética formación de milicias obreras para defender la Revolución Nacional.

Consumado el golpe de Septiembre, el PSRN se sumará de inmediato a las primeras manifestaciones de la resistencia, pero las diferencias tácticas sobre cómo encarar esa lucha marcan tempranamente la ruptura de la Federación Bonaerense con la organización. El resto de las tendencias se reagrupa en torno de la publicación *Lucha Obrera*, que intenta por unos meses expresar la voz de los perseguidos trabajadores peronistas, pero orientarlos a su vez hacia la formación de un partido obrero y socialista. Si la alquimia no era en sí sencilla, pocos meses después, el PSRN correrá la misma suerte que las restantes agrupaciones más o menos afines al *régimen depuesto*, siendo ilegalizado y disuelto en marzo de 1956, lo cual deja trunca esa incipiente confluencia entre este partido de izquierda y un público masivo identificado con el peronismo.

De todas formas, la represión de la *Libertadora* no logrará evitar –sino que, por el contrario y paradójicamente, estimulará– el mucho más vasto proceso de relectura y

revalorización, por parte de las izquierdas, del peronismo como identidad de la clase trabajadora y factor aglutinante de sus prácticas contestatarias. Los posicionamientos de las distintas corrientes del PSRN, recopilados en estas páginas, presentan muchos de los rasgos que serían característicos de esa *Nueva Izquierda* surgida tras el derrocamiento de Perón: la constatación de la necesidad de acercarse al peronismo (más allá incluso de cómo se lo caracterizara previamente) como medio para vincularse con las corrientes mayoritarias de la clase trabajadora y los sectores populares; la convicción acerca de la posibilidad de radicalizar al movimiento peronista con el fin de *empujarlo* hacia posiciones socialistas; o bien la caracterización de las transformaciones impulsadas por el peronismo como una *primera etapa* de una revolución popular que condujera a la liberación nacional y al socialismo.

En fin, esos y otros rasgos, que atañen tanto a las interpretaciones teóricas y al plano discursivo como a las prescripciones sobre las prácticas políticas a adoptar respecto del peronismo, y que estarían en la base de buena parte de las relecturas del *hecho peronista* que habrían de generalizarse en la década del 60, estuvieron presentes de manera embrionaria en el PSRN y tuvieron, en la encrucijada de 1955-56, como hemos visto, su primera –aunque accidentada– experiencia en la práctica.

Reflexiones finales

*P*ara dar inicio a estas últimas reflexiones, nos gustaría retomar un concepto que quedó planteado en el primer capítulo de este trabajo y, si bien nos acompañó en distintas partes del recorrido, hemos preferido dejar implícito para ser recuperado en estas páginas. Nos referimos al lugar de importancia que, a nuestro entender, ocupa lo contingente, lo imprevisto y la dinámica que las circunstancias y las elecciones de los propios actores del proceso histórico le imprimen, a la hora de analizar su devenir: el del proceso histórico en general, el de la historia política en especial y el de nuestro caso de análisis en particular.

Ya que iniciamos nuestro recorrido con aquella imaginaria (aunque basada en datos fácticos) reflexión de un apesadumbrado Enrique Dickmann frente a la ventana de su casa de Vicente López, observando sin querer hacerlo el *muro infamante* que levantara con premura su antiguo camarada y amigo Nicolás Repetto, intentemos situarnos allí nuevamente para volver a ponernos en su lugar. En el ocaso de una vida consagrada a la construcción del *viejo y glorioso* PS, difícilmente el veterano militante se hubiera imaginado fuera de ese partido y, mucho menos, expulsado y convertido en artífice e inspiración de una expresión socialista disidente, prohijada por un gobierno al que había combatido durante años e impulsada por una variedad de expresiones socialistas y trotskistas con las que había mantenido distintos altercados a lo largo de su vasta trayectoria partidaria. No obstante, el encadenamiento de hechos ocurridos antes de su entrevista con Perón (el encastillamiento de su partido en una postura intransigente que ya en 1951 se había deslizado hacia la acción golpista, la inapelable ratificación electoral del peronismo por casi dos tercios del electorado aún en un delicado contexto socioeconómico, el llamado presidencial –desde esa posición de poder– a la conciliación con los partidos opositores) y los que se sucedieron tras ese encuentro con el presidente (la irreductible posición del partido del que era cofundador y dirigente desde hacía cinco décadas y el apoyo que encontró en aquel heterogéneo conglomerado de grupos de izquierda y en el propio gobierno) lo pusieron probablemente ante una agria disyuntiva: retirarse y renunciar a toda acción política o intentar, desde su nueva y por cierto incómoda posición, incidir, en la medida de sus posibilidades, en la dinámica de una situación política que, si en febrero de 1952 había juzgado preocupante al punto de dar el paso de entrevistarse con el jefe de Estado, en los meses y años sucesivos no haría más que deteriorarse.

Por esa razón consideramos que nada tiene de contradictoria la permanencia del veterano dirigente en el PSRN hasta el fin de sus días (aún limitado por su avanzada edad y su deteriorada salud) con la imagen que propusimos al inicio, de un Dickmann a la vez indignado con sus viejos camaradas y contrariado con su nuevo rol de “busto viviente” de la nueva formación socialista –según la perspicaz metáfora de Carlos Altamirano que hicimos nuestra en aquel opúsculo introductorio. Un dirigente político no siempre –en rigor, casi nunca– elige libremente el campo en que libra sus batallas. Pero uno de la talla y la trayectoria de Dickmann sólo renuncia a ellas el día de su muerte. No nos es posible determinar, por otra parte, si los tan mentados compromisos de su hijo con el gobierno peronista fueron un condicionante –uno más– para el acotado margen de acción del anciano dirigente, pero consideramos que, desde esta perspectiva, esa elucubración pierde consistencia.

Algo similar, aunque con sus propias particularidades, podría decirse de Esteban Rey. Si algo tenía en claro el carismático “agitador” y dirigente norteño era su objetivo de ligarse a los trabajadores para impulsar su organización y sus demandas, intentando orientar esa movilización hacia el objetivo de la independencia de clase y la emancipación del proletariado. Sin embargo, ese principio general puede tener tantas traducciones concretas como iniciativas lo hemos visto tomar en su peculiar trayectoria durante la década peronista. Desde la sección jujeña del PS, es decir, desde la Unión Democrática, combatió a través de una apelación netamente clasista al emergente peronismo (aun cuando se diferenciara en puntos nodales de la estrategia de la conducción partidaria y detectara con lucidez algunos de los rasgos más disruptivos del nuevo y desconcertante fenómeno). Expulsado del socialismo, se embarcó junto a sus camaradas en la construcción de su propia organización, el MOR, donde vimos en acto la tensión entre su militancia en colaboración con las fracciones trotskistas más refractarias al peronismo y su necesidad de interpelar a las bases de un gremio de abrumadora mayoría peronista como la FOTIA. Tal como había sucedido con su participación en el PS, no fue él quien dio por finalizada esa experiencia. Fueron la derrota de la huelga azucarera de 1949, donde tuvieron una destacada participación, y la posterior detención de Rey en el penal de Devoto, los factores que la truncaron y condujeron a los militantes del MOR por nuevos senderos.

Entonces, no son la *corrupción* de Emilio Dickmann y la *indefensión* de su anciano padre ante las presiones del ministro Borlenghi; ni el *quiebre* de la voluntad de lucha de Rey en las *mazmorras del régimen* peronista los factores que explican el ingreso de estos dirigentes al PSRN. Es más; aún si esas hipótesis, por cierto especulativas, se hubiesen

comprobado (o alcanzaran a comprobarse), nos darían una explicación provisoria y parcial del accionar de tres individuos; tres dirigentes dotados de algún predicamento sobre grupos ciertamente más amplios, pero que de ningún modo alcanzarían a dar cuenta cabal del surgimiento de una formación política a la que acudieron tanto sus seguidores como otras tendencias que nada tenían que ver con sus trayectorias previas ni con sus modos de dar cuenta de su accionar.

Otro ejemplo en ese sentido nos lo ofrece el Partido Obrero Revolucionario de Nahuel Moreno. Al cabo de una década de militancia marcada por una clara postura antiperonista, el POR ingresó “tímidamente” al PSRN. Lo hizo primero en forma parcial, con el módico objetivo de aprovechar la legalidad que podía brindarle una expresión socialista amparada por el Estado, y en el marco de un ambicioso proyecto de capitalizar la –supuestamente inminente– desperonización de la clase obrera argentina. Sin embargo, en el curso de esta experiencia, descubriría las potencialidades del diálogo con los trabajadores peronistas, antes tan arduo en razón de las duras invectivas lanzadas desde *Frente Proletario* contra el gobierno de Perón, la CGT o incluso la propia Evita en estado de avanzada enfermedad. Pero desde la Federación Bonaerense del PSRN, ese mismo partido terminará consustanciado con la defensa del gobierno ante la ofensiva golpista, alentará luego las primeras expresiones de la resistencia peronista y, finalmente, decidirá el *entrismo* en el movimiento, hasta reconocerse “bajo la disciplina del General Perón”.

Claro que en el caso de Moreno, a diferencia del de Rey, no podemos hablar de una “conversión”, siquiera incipiente, al peronismo. La experiencia del *entrismo* se dará por terminada en 1962 (curiosamente, muy poco después de la halagüeña carta que el dirigente trotskista enviara al líder del movimiento exiliado en Madrid) y la corriente morenista volverá a embarcarse en distintos y sucesivos armados de más definida impronta izquierdista, siempre opuestos al peronismo.

En su *Crítica de las ideas políticas argentinas*, Juan José Sebreli (2002: 373), no sin ingenio en la ironía, describe de esta forma la acción del líder de la Federación Bonaerense y la de otro de nuestros protagonistas: *"Moreno –acompañado por [Milcíades] Peña– se disfrazaba de peronista para hacer trotskismo en los sindicatos peronistas, en tanto Ramos, a su vez, se disfrazaba de trotskista para hacer peronismo entre la juventud universitaria. Las diferencias no eran tan grandes como para impedirles integrarse en 1954 en el Partido Socialista de la Revolución Nacional"*.

Aspiramos a que, al cabo de nuestro recorrido, haya quedado claro que nuestro enfoque respecto de las identidades políticas es radicalmente distinto. Aún si reconociéramos ese

carácter “falsario” a las intenciones de esos dirigentes, deberíamos preguntarnos de seguido por el impacto de su accionar sobre los sectores que ellos interpelaban o los militantes que atraían a sus organizaciones por medio de esos *disfraces*, así como por las tensiones implicadas en ese supuesto equívoco.

Ya volveremos a Ramos por mejores motivos. En cuanto a Moreno y su organización, creemos que la observación de Sebrelí es tan ocurrente como esencialista y estática, ya que deja por fuera del análisis las consecuencias de esa experiencia en los cientos de militantes políticos y sindicales que pasaron por las filas partidarias y los miles que estuvieron en contacto con su prédica entre su ingreso al PSRN y el fin del entrismo en el peronismo ocho años después. Es por eso que no dudamos en inscribir la táctica del *entrismo morenista* –y por supuesto, sus prolegómenos en la Federación Bonaerense del PSRN– entre las tempranas expresiones de *peronización de la izquierda* que planteábamos, a modo de pregunta, desde el inicio de esta investigación. Más allá de las íntimas convicciones que abrigaran (y mantuvieran) Moreno o Peña respecto del *totalitarismo* peronista, de la *estatización* de los sindicatos, de los *entreguistas* convenios de su gobierno con el imperialismo británico y luego con el yanqui, lo cierto es que la línea de acción que adoptaron, consistente en implicar a su organización en la lógica movimientista del peronismo, no podía dejar de repercutir en su propia organización y su manera de concebir la política. No se puede vestir un *disfraz* y presentarse con él en toda ocasión durante ocho años sin que ello impacte en la propia subjetividad y, sobre todo, en la de aquellos que observan la performance.

¿Usaban también un *disfraz* los socialistas del PSRN cuando, desde *La Vanguardia*, intentaban inscribir al peronismo en la tradición fundada por Juan B. Justo? ¿fue una admisión de su propia *hipocresía* el hecho de que abandonaran esa prédica tras el discreto resultado electoral del PSRN? ¿O fue la caracterización de que era hacia las bases peronistas y no hacia el público de tradición socialista adonde debían direccionar su prédica y que, como ellos mismos manifestaran tras los comicios, el uso de los viejos símbolos partidarios era contraproducente para ese fin? Una vez más, vemos surgir el discurso político de la práctica y la experiencia en el contexto y no (o no sólo) de la previa concepción ideológica de los actores.

En suma, giros tácticos y discursivos como los que vimos a lo largo de la investigación y retomamos brevemente en estas páginas, pueden leerse (y han sido leídos) desde una óptica moralizante: *oportunismo, duplicidad, seguidismo, genuflexión, traición*; o bien desde una perspectiva pretendidamente analítica, pero igualmente prescriptiva:

aquella que los considera en tanto lecturas *correctas* o *incorrectas* en relación a una supuesta *ortodoxia*, socialista o trotskista en este caso.

Distantes de ese enfoque, nos interesó aquí captar el movimiento, la fluidez, hibridación y reconfiguración permanente de las identidades políticas implicadas en esta experiencia (socialismo, trotskismo, peronismo; y podríamos agregar, quizá en un lugar complementario, latinoamericanismo, aprismo, criollismo, nacionalismo y otras a las que quizá no prestamos la suficiente atención, como el laborismo, el sindicalismo y —en un rol ciertamente relegado, aunque no ausente— el feminismo). Hemos intentado, desde esa perspectiva, reconstruir el modo en que se dio, en diálogo con la práctica y el contexto, una reelaboración de las teorías, tradiciones e identidades de referencia de cada uno de los grupos que participaron del PSRN. Más que lo *correcto* o *incorrecto*, lo *ortodoxo* o *heterodoxo* de sus lecturas de la realidad y las prácticas de ellas derivadas, nos ha interesado la creatividad y productividad de esas operaciones de recepción y apropiación de las ideas que orientaban sus prácticas políticas.

En un escueto pasaje de su extenso alegato contra el estructuralismo althusseriano, Edward Thompson define a la experiencia como la “*huella que deja el ser social en la conciencia social*”. Si el historiador británico recupera así la máxima marxista de acuerdo a la cual es el ser social el que determina la conciencia (y no al revés), lo hace ubicando a la experiencia en el centro, como mediador entre ambas esferas, y remarcando al mismo tiempo que el diálogo entre ellas no es unidireccional, sino que opera en ambos sentidos. Pero además, la concepción thompsoniana refiere siempre a una *experiencia en común*, compartida, colectiva (Thompson, 1981: 14, 21).

Es así como hemos pretendido enmarcar esos recorridos en la propia experiencia de los actores. Experiencia que sin duda no es nunca independiente de los modos de leerla desde cierta tradición y determinado lenguaje (socialista, trotskista, nacionalista), pero que tampoco puede reducirse a ellos, sino que incorpora en gran medida la propia acción (con sus consecuencias), la acción de los otros y las circunstancias y condicionamientos en que se desenvuelven; entendida —reiteramos— no como la experiencia individual de los sujetos, sino como parte de una experiencia colectiva, de una experiencia en común.

Estas consideraciones respecto del carácter performativo que reconocemos en nuestro análisis a la experiencia y las prácticas de los actores no se refieren sólo a los grupos y militantes mencionados hasta ahora, quienes debieron realizar un *viraje* más o menos brusco en sus posiciones políticas para ingresar (o al cabo de ingresar) al PSRN.

También comprenden a las tendencias que, incluso desde años antes de su surgimiento, estaban de algún modo *a la espera* de una formación política de esas características. Nos referimos, en primer lugar, a los socialistas que venían apoyando al gobierno peronista y arrastraban viejas querellas con la dirección tradicional del PS (esto es, la vieja guardia proveniente del Partido Socialista Obrero de los años treinta, que se expresaba ahora en el periódico *Argentina de Hoy*), pero sobre todo, a los grupos de origen trotskista liderados por Jorge Abelardo Ramos y por Aurelio Narvaja y Enrique Rivera, llamativamente incorporados en último término al PSRN.⁴⁶⁰

Si estos grupos no tenían que ajustar cuentas con ningún pasado antiperonista, eso no significa que no hayan experimentado una reconfiguración ideológica e identitaria en su paso por el PSRN. Por el contrario, creemos haber puesto de relieve que su militancia en la agrupación constituyó, también para ellos, una experiencia clave en su proceso de construcción y autoidentificación como Izquierda Nacional. Tal vez, justamente el hecho de que sus protagonistas hayan terminado de forjar en el posperonismo esa nueva identidad política y que desde allí situaran sus orígenes en el año 1945 (cuando desde las publicaciones *Frente Obrero* y *Octubre* saludaran la adhesión de los trabajadores al peronismo a contrapelo del grueso de la izquierda argentina) puede hacernos perder de vista que ese relato es parte de su propio mito fundacional. Si el *apoyo crítico* al peronismo desde sus orígenes es ciertamente un rasgo distintivo de esta corriente, otros de sus elementos constitutivos, como su característica diatriba contra las *izquierdas cipayas* y su particular visión del pasado nacional, fueron, como hemos visto, una articulación discursiva que surgió lentamente, a través de los años y en el transcurso de sucesivas elaboraciones, producciones escritas, polémicas en torno de ellas, rupturas y realineamientos entre los grupos que las promovían.

Fue también durante los años del PSRN que estos grupos terminaron de dar forma al que consideramos su argumento más novedoso y efectivo como artefacto de apelación político-cultural en los años de posperonismo. Nos referimos a su totalizadora narrativa de la Historia Nacional, articulada en torno del sujeto *masas populares*, al que identificaron con una tradición nacional afinada en el interior del país, encarnada en sucesivos caudillos y líderes populares, inmutable en esencia a pesar de sus diversas y sucesivas expresiones políticas.

⁴⁶⁰ Tampoco olvidamos lo señalado en el capítulo respectivo acerca de la incidencia que, a nuestro juicio, tuvo la interacción entre socialistas y trotskistas al interior del PSRN para la articulación identitaria de la Izquierda Nacional.

Como sostuvimos en las conclusiones del tercer capítulo, la filiación de la clase obrera peronista con las montoneras del siglo XIX invertía en su carga valorativa, pero no en sus términos, la tesis germaniana respecto de la división entre una *nueva clase obrera*, criolla y proveniente del interior, bastión del peronismo, y una *vieja clase obrera* de origen inmigratorio y reacia a su apelación en virtud de sus tradiciones políticas y sindicales. Sabemos que esta afirmación no es original, aunque quizá lo sea en grado algo mayor la constatación de que esa división entre una vieja y una nueva clase obrera era postulada de manera recurrente por los análisis políticos desde el propio 17 de octubre de 1945.

Más allá de sus difusos antecedentes en la izquierda antiperonista, la tesis germaniana y su inversión por parte de la Izquierda Nacional y otras corrientes político-intelectuales afines al peronismo tuvo una enorme pregnancia en los años 60 y eso fue, creemos, porque tuvo la capacidad de convertirse en un *mito movilizador* que prometía una nueva y pronta irrupción popular. En efecto, cuando un pueblo logra conectarse con sus propias raíces, con su propio pasado, ligazón que inevitablemente está formada por hilos de realidad e hilos imaginarios urdidos en una mitología, de esas raíces se nutre y en ese pasado encuentra el sentido de su identidad, de su organización y de su movilización.

Como reflexión final, luego de haber recapitulado algunos de los resultados de esta investigación, no queremos dejar de señalar algunas vacancias y puntos que, consideramos, merecerían atención por parte de abordajes posteriores. Si en la introducción de esta tesis referíamos a algún grado de “incomodidad” con el deslizamiento hacia la historia intelectual, también mencionamos, al comienzo del quinto capítulo, otra posible falencia: la del énfasis acaso excesivo en la trayectoria, los actos y los escritos de determinados cuadros políticos e intelectuales por sobre los colectivos que ellos orientaron. Ciertamente, nos queda al respecto una sensación agridulce. La sensación de que, si esta tesis puede haber contribuido a reconstruir en su contexto (y buscando remontarse a su genealogía) algunas de las primeras revisiones del peronismo por parte de distintas vertientes de la izquierda argentina y la primera tentativa de llevar a la práctica concreta, en el plano de la militancia política, esas reconceptualizaciones, también quedó ceñida a aquellos personajes “notables” –en la modesta escala de las organizaciones que conducían. La sensación de que quizá hubiese valido la pena bucear más profundo para rescatar la voz y la historia de los y las militantes “anónimos” del PSRN. Tal vez sentimos, en fin, la deuda de no haber terminado, en ese aspecto, de “*cepillar a contrapelo*” la historia de esta formación política.

Pero ya que evocamos a Walter Benjamin, quien desde su séptima *Tesis sobre el concepto de historia* nos desafiaba, justamente, a “*cepillar la historia a contrapelo*”, recordamos también que, en la tesis anterior, el filósofo nos señalaba que “*articular históricamente el pasado no significa conocerlo ‘tal como verdaderamente fue’*. Significa *apoderarse de un recuerdo tal como éste relumbra en un instante de peligro*”, para luego interpelarnos de la siguiente manera: “*Encender en el pasado la chispa de la esperanza es un don que sólo se encuentra en aquel historiador que está compenetrado con esto: tampoco los muertos estarán a salvo del enemigo si éste vence.*” (Benjamin, 2008: 40)

Entendemos que, con estas palabras, Benjamin nos convoca a rescatar la tradición y la memoria de quienes lucharon contra “*ese enemigo*” que, como él concluye, “*no ha dejado de vencer*” (...por ahora). Pues bien, así como anhelamos haber contribuido con esta investigación a un mejor conocimiento de nuestro pasado, aun con las limitaciones recién señaladas y las que cada lector o lectora descubra, sentimos, al mismo tiempo, la íntima convicción de haber rescatado la memoria y la tradición de un conjunto de luchadores; de haber reivindicado a los participantes de aquella primera formación socialista que, con toda su voluntad y sus dudas, sus esperanzas y sus contradicciones, sus certezas y sus paradojas, remaron a contracorriente de la cultura de izquierda que los contenía para lanzarse a navegar sin brújula en el siempre agitado océano del movimiento popular. Pero sobre todo, de haber rememorado, a través suyo, a todos quienes lucharon para construir en esta tierra un país más justo y más libre, que, desde su perspectiva –una perspectiva que habría de expandirse en los años siguientes–, no era otra cosa que la primera expresión de una futura Patria Socialista, en una América Latina unida y liberada.

Como dijera Esteban Rey en aquella conmovedora crónica del fatídico 16 de junio, *recuerdo de un instante de peligro* que nos proponemos rescatar del olvido, quisiéramos dedicar estas palabras finales a “*los soldados desconocidos de la revolución*”, a “*los anónimos defensores de un mundo nuevo y mejor para la humanidad*”; porque

“*Por ellos no estamos hoy todos vencidos*”; porque

“*Por su vida y por su muerte todavía tenemos derecho a la esperanza*”

Bibliografía

- **Aboy Carlés**, Gerardo (2001). *Las dos fronteras de la democracia argentina. La reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*. Rosario, Homo Sapiens.
- (2007). “La democratización beligerante del populismo”, en *Debate. Revista de la Asamblea Nacional de Panamá*. vol 12. pp. 46-57. Disponible en http://www.unsam.edu.ar/escuelas/politica/centro_historia_politica/material/Democratizaci%F3n_beligerante.pdf
- **Acha**, Omar (2006). *La nación futura. Rodolfo Puiggrós en las encrucijadas argentinas del siglo XX*. Bs. As., Eudeba.
- (2009). *Historia crítica de la historiografía argentina, Vol. 1, Las izquierdas en el siglo XX*. Bs. As., Prometeo. Cap. 1 y 5.
- **Adamovsky**, Ezequiel (2009). *Historia de la clase media argentina. Apogeo y decadencia de una ilusión, 1919-2003*. Bs. As, Planeta.
- (2009). “Acerca de la relación entre el Radicalismo argentino y la “clase media” (una vez más)”, *Hispanic American Historical Review* 89:2 Mayo. pp. 209-251.
- (2014). “Clase media: problemas de aplicabilidad historiográfica de una categoría”. En Adamovsky, Visacovsky y Vargas (comp.) *Clases medias: nuevos enfoques desde la sociología, la historia y la antropología*, Buenos Aires, Ariel. pp. 115-138.
- (2015). “El criollismo en las luchas por la definición del origen y el color del *ethnos* argentino, 1945-1955”, *Estudios interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, vol. 26, nº 1, pp. 31-63.
- (2017). “¿Un ‘revisionismo popular’? Criollismo y revisionismo histórico en Argentina.” *História da historiografia*, Nº 24, pp. 77-96.
- (2019). *El gaucho indómito. De Martín Fierro a Perón, el emblema imposible de una nación desgarrada*. Bs. As., Siglo XXI.
- **Adelman**, Jeremy (2000). “El partido socialista argentino”, en Lobato, M. (dir.): *El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)*, Nueva Historia Argentina T°V Buenos Aires, Sudamericana, pp. 261-290.
- **Aldao**, Joaquín (2018). *Obreros, ferroviarios y... ¿peronistas?: institucionalización y dinámica identitaria en la Unión Ferroviaria.*, cap. 5., pp. 183-221. Bernal, UNQui.
- **Altamirano**, Carlos (2002). *Bajo el signo de las masas (1943-1973)*, Buenos Aires, Sudamericana, 2002. Estudio Preliminar. Cap. 1.
- (2002b). “Ideologías políticas y debate cívico”, en Torre, J. C. (dir.), *Los años peronistas (1945-1955)*, Nueva Historia Argentina. Bs. As., Sudamericana. pp. 207-255.
- (2011). *Peronismo y cultura de izquierda*. Bs. As., Siglo Veintiuno

- **Amaral**, Samuel (2000). “Peronismo y marxismo en los años fríos: Rodolfo Puiggrós y el Movimiento Obrero Comunista, 1947- 1955”, *Investigaciones y Ensayos*, N°50, pp. 171-194
- (2008). “La renuencia de las masas: el partido comunista frente al peronismo, 1945-1955”. Serie Documentos de Trabajo n° 379. Buenos Aires, UCEMA. <https://ucema.edu.ar/publicaciones/download/documentos/379.pdf>
- **Aricó**, José M (1999). *La hipótesis de Justo*. Escritos sobre el socialismo en América Latina. Bs. As. Sudamericana
- (2009). *Marx y América Latina*. Bs. As. FCE
- **Astarita**, Rolando (2014). “La táctica trotskista del entrismo”, 4 artículos, en Rolando Astarita [blog]. Consultados en <https://rolandoastarita.blog/2014/11/22/la-tactica-trotskista-del-entrismo-1/> y <https://rolandoastarita.blog/2014/11/29/la-tactica-trotskista-del-entrismo-2/>
- **Becerra**, Marina (2005). “¿Fiestas patrias o fiestas socialistas? Rituales escolares e identidad socialista a principios del siglo XX”, en Camarero, H. y Herrera, C.M. (eds.), *El Partido Socialista en Argentina: sociedad, política e ideas a través de un siglo*. Bs. As., Prometeo, pp. 97-119.
- **Béjar**, María D. (1979). “Escándalo político en 1952: El encuentro Perón-Dickmann”, en *Todo es Historia*, N°143, abril, pp. 83-93.
- (1983), “¿Qué pasó en la entrevista Perón-Dickmann?”, en *Nueva Presencia*, N° 320, agosto.
- **Belloni**, Alberto (1960). *Del anarquismo al peronismo*. Bs. As., Peña Lillo.
- **Benjamin**, Walter (2008). *Tesis sobre la historia y otros escritos*. México, UACM.
- **Bergel**, Martín (2016). “Flecha o las animosas obsesiones de Deodoro Roca”, América Lee. En línea: [http://americalee.cedinci.org/wp-content/uploads/2016/12/FLECHA_ESTUDIO .pdf](http://americalee.cedinci.org/wp-content/uploads/2016/12/FLECHA_ESTUDIO.pdf)
- **Bertoni**, Lilia A. (2007). “Héroes, estatuas y fiestas patrias”. *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, FCE, pp. 79-120.
- **Bisso**, Andrés (2005). *Acción Argentina. Un antifascismo nacional en tiempos de guerra mundial*. Buenos Aires: Prometeo
- **Borón**, Atilio (2000). “Friedrich Engels y la teoría marxista de la política”, en *Tras el búho de Minerva. Mercado contra democracia en el capitalismo de fin de siglo*. Bs. As., CLACSO. pp. 31-45.
- **Brienza**, Hernán (2006). *Nahuel Moreno. El trotskismo criollo*. Buenos Aires, Capital Intelectual.

- **Burdman**, Javier (2008). “Ghioldi y La Vanguardia ante el surgimiento del peronismo. La disputa por los trabajadores y la justicia social desde un enfoque ideológico-discursivo”. Actas del *Primer Congreso de Estudios sobre el Peronismo: la primera década*. Mar del Plata.
- **Campione** (2007). “El Partido Comunista de la Argentina. Apuntes sobre su trayectoria”. *Coloquio internacional: El comunismo: otras miradas desde América Latina*. México D.F. Disponible en sitio: <http://www.lahaine.org/b2-img/campcom.pdf>
- **Caimari**, Lila M. (1995). *Perón y la Iglesia Católica*, Buenos Aires, Ariel, 1995.
- (2002). “El peronismo y la Iglesia Católica”, en Torre, J. C. (dir.), *Los años peronistas (1945-1955)*, Nueva Historia Argentina. Bs. As., Sudamericana. pp. 441-479
- **Camarero**, Hernán (1997). “Una experiencia de la izquierda en el movimiento obrero. El trotskismo frente a la crisis del peronismo y la resistencia de los trabajadores (1954-1957)”, en *Razón y Revolución*, N° 3, invierno.
- **Camarero**, Hernán (2012). “Ascenso y ocaso del Partido Comunista en el movimiento obrero argentino: crítica historiográfica y argumentaciones conceptuales.” en *Archivos de Historia del movimiento obrero y la izquierda*. N° 1. Buenos Aires. pp. 57-79
- **Cámara**, Pablo (1997). “Palabra obrera, pero disciplinada” (Reseña de González, E. (1996), *El trotskismo obrero e internacionalista en la Argentina*, Bs. As., Antídoto, t. 2.), en *Razón y Revolución*, N° 3, invierno.
- **Cantón**, Darío (1968). *Materiales para el estudio de la sociología política en la argentina*. T° I. Bs. As., Ed. Instituto Di Tella
- **Castelo**, Fernando (2000). “Todos unidos triunfaremos. El entrismo morenista y sus caracterizaciones”, en *Razón y Revolución*, N° 6, otoño.
- (2002a). “Clase y partido bajo el peronismo. El GOM (1946-1948)”, en *Razón y Revolución*, N° 9, otoño.
- (2002b). “La clase obrera bajo el peronismo. Una mirada desde el POR”, en *Razón y Revolución*, N° 10, primavera.
- **Cattaruzza**, Alejandro (1993). “Una empresa cultural del primer peronismo: la revista *Hechos e Ideas* (1947-1955)”, *Revista Complutense de Historia de América* N° 19, pp. 269-292.
- (2001). “Descifrando pasados: debates y representaciones de la historia nacional”, en Cattaruzza, A. (dir.): *Crisis económica, avance del estado e incertidumbre política (1930-1943)*, Nueva Historia Argentina, T° VII. Buenos Aires, Sudamericana.
- (2003). “El revisionismo: itinerarios de cuatro décadas”, en Cattaruzza, A. y Eujanian, A. *Políticas de la historia. Argentina 1860-1960*, Alianza, Buenos Aires.
- (2007a). *Los usos del pasado. La historia y la política argentinas en discusión, 1910-1945*. Buenos Aires, Sudamericana.

----- (2007b). “Historias rojas. Los intelectuales comunistas y el pasado nacional en los años 1930s”. *Prohistoria*, Año XI, N° II, Rosario, Argentina, Primavera de 2007, pp. 169-189. On line en <http://www.redalyc.org/pdf/3801/380135838009.pdf>

----- (2008). “Visiones del pasado y tradiciones nacionales en el PC argentino (1925-1950)”. En *A contracorriente. Revista de Historia Social y Literatura de América Latina*, Vol. V, N°2, 2008. On line en https://www.ncsu.edu/acontracorriente/winter_08/Cattaruzza.pdf

----- (2009). *Historia de la Argentina. 1916-1955*. Bs.As, Siglo Veintiuno. Cap. 8, 9, 10. pp. 181-262

• **CNI** – Comisión Nacional de Investigaciones (1958). *El libro negro de la Segunda Tiranía. Texto completo y definitivo*. Buenos Aires.

• **Coca**, Joaquín (1931). *El contubernio. Memorias de un diputado obrero*. Buenos Aires, Claridad.

• **Coggiola**, Osvaldo (1985). *Historia del trotskismo argentino*. Bs. As., CEAL.

• **Correa**, Emanuel (2013). “Socialistas, comunistas y trotskistas ante el 17 de Octubre de 1945”. *X Jornadas de Sociología de la UBA. 20 años de pensar y repensar la sociología*. Buenos Aires. On line en <http://cdsa.academica.org/000-038/272.pdf>

----- (2018). “La Izquierda Nacional en busca del sujeto de la Historia. Nación y masas populares en la obra de Enrique Rivera y Jorge Abelardo Ramos”. *Actas de las X Jornadas de Sociología de la UNLP*. [ISSN: 2250-8465]. En <http://jornadassociologia.fahce.unlp.edu.ar/xjornadas/actas/CorreaPONmesa8.pdf/view?searchterm=None>

----- (2019). “Peronismo, antiperonismo y clase media en los 50: una mirada desde el trotskismo *morenista*” *XVII° Jornadas Interescuelas – Departamentos de Historia*. Catamarca, octubre
<http://www.editorial.unca.edu.ar/publicacione%20on%20line/cd%20interactivos/actas%20interescuela%202019/pdf/mesa%2087/emanuel%20correa.pdf>

• **D'elia**, Catalina (2020). *Maten a Duarte. Historia secreta de la muerte del hermano de Evita*. Bs. As. Planeta.

• **De Lucía**, Daniel O. y **Mereles**, Elizabeth (2006). “Relaciones curiosas: trotskismo y socialdemocracia (1929 – 1956)” en Biagini, Hugo E. y Roig, Arturo A., *El pensamiento alternativo en la Argentina del siglo XX*. T° II. Bs. As., Biblos.

• **Del Valle Michel**, Azucena (2009). “Acción del peronismo salteño sobre la oposición: clausura del diario El Intransigente en el año 1949”, *XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*. UN del Comahue, Bariloche.

-----Torino y Correa (2003).

• **Devoto**, Fernando (2004). “Reflexiones en torno de la izquierda nacional y la historiografía argentina”. En Devoto y Pagano (Eds.). *La historiografía académica y la historiografía militante en Argentina y Uruguay*. Bs.As., Biblos.

- **Díaz**, César L. (2018). “‘Descartes’: un singular periodista”. VI Congreso de Estudios sobre el Peronismo. UMET, Bs.As., agosto
http://sedici.unlp.edu.ar/bitstream/handle/10915/98269/%20Documento_completo.pdf-PDFA.pdf%20?sequence=1&isAllowed=y
- (2020). “Descartes y el periodismo de estadista. Una interpelación a Vargas y a la opinión pública internacional (1951-1953)”. *Animus. Revista Interamericana de comunicacao midiática*. Núm 19, mayo.
- **Dickmann**, Enrique (1949). *Recuerdos de un militante socialista*, Bs. As., La Vanguardia.
- (1952) “¿Inconducta política o callejón sin salida?” Folleto. Vte. López, s/e.
- **Doyon**, Louise (2002). “La formación del sindicalismo peronista”, en Torre, J. C. (dir.), *Los años peronistas (1945-1955)*, Nueva Historia Argentina. Bs. As., Sudamericana. pp. 357-403.
- (2006). *Perón y los trabajadores. Los orígenes del sindicalismo peronista, 1943-1955*. Bs. As., Siglo XXI.
- **Ferrer**, Aldo (2010). *La economía argentina. Desde sus orígenes hasta principios del siglo XXI*, Buenos Aires, FCE, cap. XV y XVI, pp. 203-256.
- **Ferreya**, Silvana. (2011), Socialismo y peronismo en la historiografía sobre el Partido Socialista. Prohistoria vol.15 Rosario ene./jun. 2011.
- **Fiebelkorn**, Ayelén (2014, mimeo) ‘Imágenes del primer peronismo: de la herejía al mundo feliz’ (propuesta pedagógica-didáctica). Material de cátedra de HA2. FaHCE-UNLP”
- (2016). “Interpretaciones del pasado desde la izquierda nacional: las obras de Jorge Abelardo Ramos”, en Pérez, Alberto, Enrique Garguin y Hernán Sorgentini (eds.) *Formas del pasado: conciencia histórica, historiografías, prácticas culturales, memorias*. La Plata, Universidad Nacional de la Plata, FaHCE.
- y **Correa**, E. (2019). “Prolegómenos de una nueva corriente historiográfica: los debates sobre la historia argentina y la tradición socialista en el PSRN y su aporte a la formación de la Izquierda Nacional”, en Escudero, E. y Spinetta, M. (comps.), *Intersecciones y disputas en torno a las escrituras de la historia y la memoria. Actas de las 2das Jornadas Nacionales de Historiografía*, Río Cuarto, UniRío Editora [e-book, ISBN: 978-987-688-325-2], pp. 371-385.
- **Fiorucci**, Flavia. (2011). *Intelectuales y peronismo. 1945-1955*. Buenos Aires, Biblos.
- **Galasso**, Norberto (1983). *La izquierda nacional y el FIP*. Buenos Aires, CEAL
- (2007). *Apuntes críticos a la historia de la izquierda argentina. Socialismo, peronismo e izquierda nacional*. Buenos Aires, Nuevos Tiempos. Tº 1.
- (comp.) (2008). *Los malditos. Hombres y mujeres excluidos de la historia oficial de los argentinos*. Bs. As., Madres de Plaza de Mayo. Vol. 3.

----- (2010). *Historia de la Argentina. Desde los pueblos originarios hasta el tiempo de los Kirchner*. Bs. As., Colihue. T° 2 cap. 32 a 35, pp. 251-351.

----- (2012). *La compañera Evita. Vida de Eva Duarte de Perón*. Bs. As., Colihue

----- (2012b). *Manuel Ugarte y la unidad latinoamericana*. Bs. As., Colihue

• **García Linera**, Álvaro (2008). “Narrativa colonial y narrativa comunal. Un acercamiento a la rebelión como reinención de la política” [1998], en *La potencia plebeya*. Bs. As., Prometeo, 2008. pp. 193-208

• **García Sebastiani**, Marcela (2005). *Los antiperonistas en la Argentina peronista: radicales y socialistas en la política argentina entre 1943 y 1951*. Buenos Aires, Prometeo.

• **Garguin**, Enrique (2007). “El tardío descubrimiento de la clase media en Argentina”, *Nuevo Topo, revista de historia y pensamiento crítico*, N° 4, pp. 85-108.

----- (2009). “«Los argentinos descendemos de los barcos». Articulación racial de la identidad de clase media en Argentina (1920-1960)”, en Visacovsky, S. y Garguin, E. *Moralidades, economías e identidades de clase media*. Buenos Aires, Antropofagia, pp. 61-94.

• **Gené**, Marcela (2005). *Un mundo feliz. Imágenes de los trabajadores en el primer peronismo, 1946-1955*, Bs. As., FCE/USAndrés, cap. II. pp. 117-140.

• **Gerchunoff**, Pablo y **Antunez**, Damián (2002). “De la bonanza peronista a la crisis de desarrollo”. En: *Los años peronistas (1943-1955)*. Buenos Aires, Sudamericana, pp. 125-205.

• **Germani**, Gino (1942). “La clase media en la Ciudad de Buenos Aires” *Boletín del Instituto de Sociología, II I*. Bs. As., pp. 105-126.

----- (1950). “La clase media en la Argentina con especial referencia a sus sectores urbanos”, en *Materiales para el estudio de la clase media en la América Latina I*. Washington D.C., Unión Panamericana. pp. 1-33.

----- (1962). *Política y Sociedad en una época de transición*. Buenos Aires, Biblos.

----- (1973). “El surgimiento del peronismo: el rol de los obreros y de los migrantes internos”, en *Desarrollo económico*. n° 51, Oct.-dic.

• **Ghioldi**, Américo (1945). *Palabras a la Nación. A través de los editoriales de “La Vanguardia”*. Bs. As., La Vanguardia

----- (1950). *Los trabajadores, el Señor Perón y el Partido Socialista ¿Perón es Progresista o Retrógrado?* Bs. As., La Vanguardia.

• **Gilly**, Adolfo (2010). “Lo que existe no puede ser verdad”. Entrevista en *New Left Review* N° núm. 64, julio-agosto, pp. 28-44

- **González**, Ernesto (1986). *Ascenso y caída del peronismo*. Bs. As. Antídoto
- (coord.) (1995). *El trotskismo obrero e internacionalista en la Argentina*, tº 1 (1943-1955). Bs. As., Antídoto.
- (coord.) (1996). *El trotskismo obrero e internacionalista en la Argentina*, tº 2 (1955-1959). Bs. As., Antídoto.
- **Grimson**, Alejandro (2016). “Racialidad, etnicidad y clase en los orígenes del peronismo, Argentina 1945”, Working Paper Series 93, Berlin. SdesiguALdades.net
- (2019). “¿Qué es el peronismo?” Bs. As., Siglo Veintiuno.
- **Guiamet**, Javier (2014). “Mantener vivo el legado: entre la solemnidad y el entretenimiento. El Partido Socialista ante el cincuenta aniversario de la muerte de Alberdi y Sarmiento (1934-1938)”, en Bisso, A., Kahan, E y Sessa, L. (Eds.), *Formas políticas de celebrar y conmemorar el pasado (1930-1943)*. La Plata, Ceraunia. pp. 87-103.
- **Gutiérrez**, Guillermo (1975). *La clase trabajadora nacional. Su conformación histórica*. Cuadernos de Crisis N° 18. Bs. As. Crisis.
- **Halperín Donghi**, Tulio (1970). *El revisionismo histórico*, Bs. As., Siglo XXI.
- (1972). *La democracia de masas*. Bs. As., Paidós.
- (2003). *La Argentina y la tormenta del mundo*. Bs.As. Siglo XXI
- **Haya de la Torre**, Víctor (1954). *¿Adónde va Indoamérica?*. Bs. As., Indoamérica.
- **Hernández**, José (1967). *Vida del Chacho y otros escritos en prosa*. Bs. As., CEAL.
- **Hernández Arregui**, Juan J. (1970). *La formación de la conciencia nacional*. Buenos Aires: Hachea.
- **Herrera**, Carlos M. (2003). “El Partido Socialista ante el peronismo, 1950. El debate González-Ghioldi”, *Taller. Revista de sociedad, cultura y política*, N° 21, p. 116-137
- (2005). “¿La hipótesis de Ghioldi? El socialismo y la caracterización del peronismo, 1943-1956”, en Camarero, H. y C. Herrera (eds.), *El Partido Socialista en Argentina: sociedad, política e ideas a través de un siglo*, Prometeo, pp. 343-366.
- (2006). “Corrientes de izquierda en el socialismo argentino (1932-1954)”, *Nuevo Topo. Revista de historia y pensamiento crítico*, N° 2, abril.
- (2009). “Socialismo y revolución nacional en el primer peronismo. El Instituto de Estudios Económicos y Sociales”, *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, vol. 20 - 2.
- (2011). “El Partido Socialista de la Revolución Nacional, entre la realidad y el mito”, *Revista Socialista*, N° 5, cuarta época, pp. 85-113.

----- (2012). “La ‘crisis peronista’ del Partido Socialista”. Introducción al *Dossier* homónimo, publicado en el sitio <http://historiapolitica.com/dossiers/peronismoysocialismo/>

----- (2014). “Apoyando al peronismo desde la izquierda: Argentina de Hoy”, en Panella, C. y G. Korn (comp.), *Ideas y debates para la nueva Argentina: revistas culturales y políticas del peronismo (1946-1955)*. La Plata, Ed. de Periodismo y Comunicación, UNLP. Vol. 2. pp. 117-146

----- (2016). *¿Adiós al proletariado? El Partido Socialista bajo el peronismo (1945-1955)*. Buenos Aires, Imago Mundi.

• **Hobsbawm**, Eric (2002) [1982]. “Introducción: la invención de la tradición” y “La fabricación en serie de tradiciones”, en Hobsbawm, E. y Ranger, E. (eds.), *La invención de la tradición*, Barcelona, Crítica. pp. 8-21 y 273-318.

• **James**, Daniel (1990). *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina*. Bs. As., Sudamericana.

• **Jáuregui**, A. (2012). “El peronismo en los debates del Partido Comunista Argentino: 1945-1953”. *A Contracorriente. Revista de historia social y literatura de América Latina*. Vol.9, N°3.

• **Jauretche**, Arturo (2006). *Política nacional y revisionismo histórico*. Bs.As., Corregidor

• **Justo**, Juan B. (s/f [1898]). *Teoría científica de la historia y la política argentina*. Buenos Aires. Ed. Acción Socialista.

• **Kindgard**, Adriana (2020). “La creación de la Justicia laboral en una ‘provincia obrerista’”. En torno a la radicalidad de la experiencia jujeña”, en Palacio, Juan M. (dir), *Demandando al capital. El peronismo y la creación de los tribunales del trabajo en Argentina*. Rosario, Prohistoria.

• **Kourí**, Emilio (2010). “Manuel Gamio y el indigenismo de la Revolución Mexicana” en Altamirano, C. comp. *Historia de los intelectuales en América Latina*, vol. II, Buenos Aires, Katz.

• **Luna**, Félix (1971). *El 45. Crónica de un año decisivo*. Bs. As. Sudamericana

----- (2013a). *Perón y su tiempo*. Buenos Aires, Sudamericana (Ebook), t. 2.

----- (2013b). *Perón y su tiempo*. Buenos Aires, Sudamericana (Ebook), t. 3.

• **Martínez**, Ilana (2014). “Lecturas del pasado nacional en un sector de la izquierda argentina: del grupo de izquierda del Partido Socialista al Partido Socialista Obrero, 1929-1938”, en Bisso, A., Kahan, E y Sessa, L. (Eds.), *Formas políticas de celebrar y conmemorar el pasado (1930-1943)*. La Plata, Ceraunia. pp. 25-42

• **Martínez Mazzola**, Ricardo (2008). “El partido socialista y sus interpretaciones del radicalismo argentino (1890-1930)”. Tesis doctoral. FFyL - UBA. Disponible en: <http://repositorio.filo.uba.ar/handle/filodigital/1879>

----- (2010). “Los otros rostros del peronismo: totalitarismo y rosismo. Los estilos indirectos de la crítica en el periódico Nuevas Bases.” *II Encuentro Internacional “Teoría y práctica política en América Latina. Nuevas derechas e izquierdas en el escenario regional”*. Mar del Plata.

https://historiapolitica.com/datos/biblioteca/socype_martinez.pdf

----- (2010). “Los otros rostros del peronismo: totalitarismo y rosismo. Los estilos indirectos de la crítica en el periódico Nuevas Bases.” *II Encuentro Internacional “Teoría y práctica política en América Latina. Nuevas derechas e izquierdas en el escenario regional”*. Mar del Plata.

----- (2011). “Justo, Korn, Ghioldi. El Partido Socialista y la tradición liberal”. *Papeles de Trabajo*, Año 5, N° 8, noviembre, pp. 35-52.

• **Marx**, Karl (1980). *Contribución a la crítica de la economía política*, Siglo XXI, México, pp. 3-7.

----- (2000). *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, Siglo Veintidós, Bs. As.

• **Moreno**, Nahuel (1985), “Trazos gruesos de una trayectoria”. Prólogo a una reedición de *El partido y la revolución* [1973]. Disponible en <http://www.nahuelmoreno.org/pdf/MOREPROL1.pdf>

----- (1989). *Método de interpretación de la historia argentina*. Bs.As. Antídoto.

----- (2001). “1954, año clave del peronismo”, en *El golpe gorila de 1955*. Ed. digital. Diciembre. https://www.marxists.org/espanol/moreno/obras/02_nm.htm

• **Navarro**, Marisa (2002). “Evita” en Torre, J. C. (dir.), *Los años peronistas (1945-1955)*, Nueva Historia Argentina. Bs. As., Sudamericana. pp. 313-355

• **Neiburg**, Federico. (1998). *Los intelectuales y la invención del peronismo*, Buenos Aires, Alianza.

• **O'Donnell**, Guillermo (1977). “Estado y alianzas en la Argentina, 1956-1976”, en *Contrapuntos. Ensayos escogidos sobre autoritarismo y democratización*. Bs. As., Paidós

• **Ortiz**, Sebastián (2015). *Desarrollo del conflicto al interior de la burguesía en la Argentina entre los años 1949 y 1955, a partir de los alineamientos en torno a las políticas económicas implementadas por el gobierno peronista*. Tesis doctoral. Buenos Aires. FFyL- UBA. Cap. 6, pp. 119-207.

http://repositorio.filo.uba.ar/bitstream/handle/filodigital/6102/%20uba_ffyl_t_%202015_se_ortiz.pdf?sequence=1&isAllowed=y.

• **Otazú**, Silvestre (2002). *Boedo también tiene su historia*. Bs As., Papeles de Boedo.

• **Panela**, Claudio (2004). “La Vanguardia y el surgimiento del peronismo (1943-1945)”, *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, N° 4. La Plata, UNLP. p. 144.

• **Partido Socialista Democrático** (1972). *Declaración de principios y programa del Partido Socialista*. Buenos Aires, Ediciones del PSD.

- **Pasolini**, Ricardo (2017). “Comunismo y cultura política comunista: el momento antifascista”, en Losada, Leandro (comp.), *Política y vida pública: Argentina, 1930-1943*. Bs. As., Imago Mundi. pp. 67-84.
- **PEHESA** (1982). “¿Dónde anida la democracia?”. *Punto de vista. Revista de cultura*. V°15, Buenos Aires, agosto-octubre.
- **Pelazas**, Myriam (2007). “Democracia en los albores peronistas”, *XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*, Tucumán, septiembre. <http://historiapolitica.com/datos/biblioteca/pelazas.pdf>
- **Peña**, Milciades (1958). *Introducción al pensamiento de Marx (Notas de un curso de 1958)*. En <https://elsudamericano.files.wordpress.com/2011/11/milciades-editado.pdf>
----- (2012). *Historia del pueblo argentino*. Bs. As., Emecé. cap. XVII, pp. 495-530.
- **Perelman**, Ángel (1961). *Cómo hicimos el 17 de octubre*. Bs. As., Coyoacán.
- **Petra**, Adriana (2010). “Los intelectuales comunistas y las tradiciones nacionales. Itinerarios y polémicas”, en *Pensar al otro / pensar la nación: Intelectuales y cultura popular en Argentina y América Latina*, ed. por A. Mailhe, La Plata, Al Margen, pp. 301-339
- **Perón**, Juan D. (1948). *Doctrina Peronista*. Buenos Aires, s/e.
- **Pichel**, Vera (1993). *Evita íntima*. Buenos Aires, Planeta.
- **Piliponsky**, Esteban (2014). “La gran huelga azucarera de 1949 y la autonomía sindical. El consenso acerca de la represión y la coerción”. *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, año III, n° 5: 137-158
- **Piñero**, Alberto G. (2003). “Las calles de Buenos Aires: sus nombres desde la fundación hasta nuestros días”. Bs. As. Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires
- **Piro Mittelman**, Gabriel O. (2020). “El Partido Comunista de Argentina y el Frente Popular en 1935: el inicio de un cambio estratégico y la relación con socialistas y radicales”. *Historia Regional. Sección Historia. ISP N° 3. N° 42* Villa Constitución, enero-junio. pp. 1-16, ISSN 2469-0732.
<https://historiaregional.org/ojs/index.php/historiaregional/article/view/379/694>
- **Ponce**, Aníbal (1947). “Sarmiento, constructor de la nueva Argentina”, en *Obras Completas*. T° I, pp. 337-435. Bs. As., Cartago.
- **Portugheis**, Rosa E. (coord.) (2015), *Bombardeo del 16 de junio de 1955*. Buenos Aires, Ministerio de Justicia y Derechos Humanos de la Nación. Secretaría de Derechos Humanos. Archivo Nacional de la Memoria.
http://www.jus.gob.ar/media/2907564/bombardeo_16_de_junio_de_1955_ed_revisada-digital_2.pdf

- **Potash**, Robert (1984). *Perón y el G.O.U. Los documentos de una logia secreta*. Bs. As., Sudamericana.
- (1986). *El ejército y la política en la Argentina (II) 1945-1962. De Perón A Frondizi*. Bs. As., Hyspamérica. Cap. III a VI. pp. 77-291.
- **Puiggrós**, Rodolfo (1986). *Historia Crítica de los Partidos Políticos Argentinos*. Buenos Aires, Hyspamérica
- **Pulfer**, Darío (2015). “El semanario Esto Es: entre el debate historiográfico y el lanzamiento de la Historia Argentina de Ernesto Palacio. Aporte documental para un estado de opinión sobre la historiografía argentina en las postrimerías del peronismo clásico”. Buenos Aires, Peronlibros.
http://cedinpe.unsam.edu.ar/sites/default/files/pdfs/encuesta_esto_es.doc_.pdf
- y Melon Pirro, Julio (2019). “Notas sobre la prensa de la(s) resistencia(s). Compañeros en las buenas y en las malas: Lucha Obrera”. *Revista Movimiento* N° 11, abril http://cedinpe.unsam.edu.ar/sites/default/files/pdfs/melon_pirro-pulfer_lucha_obrera.pdf
- **Quattrocchi Woison**, Diana (1995). *Los males de la memoria: historia y política en la Argentina*. Bs. As., Emecé.
- **Quijada, Mónica** (2001). “Introducción”, en Quijada, M., Bernand, C. y Schneider, A., *Homogeneidad y Nación. Con un estudio de caso: Argentina, siglos XIX y XX*. Madrid, CSIC.
- **Ramos**, Jorge A. (1949). *América Latina: un país. Su historia- su economía- su revolución*. Bs. As., Octubre.
- (1953). “Redescubrimiento de Ugarte”. Estudio preliminar de Ugarte, Manuel, *El porvenir de América Latina*. Bs.As.: Indoamérica, pp. 9-40.
- (1957). *Revolución y contrarrevolución en la Argentina. Las masas en nuestra historia*. Bs.As., Amerindia.
- (1990). *Breve historia de las izquierdas en la Argentina*. Buenos Aires, Claridad. t. II
- **Rapoport**, Mario (2007). *Historia económica, política y social de la Argentina (1880-2003)*. Bs. As., Emecé. Cap. 4: “Los gobiernos peronistas (1946-1955). pp. 307-412.
- **Rey**, Esteban (1947). *En Bolivia la revolución empieza ahora*. Bs. As., La Vanguardia.
- (1957). *¿Es Frondizi un nuevo Perón?* Bs. As., Lucha Obrera.
- (1959). *Frondizi y la traición de la burguesía industrial*. Bs. As., La Syringa
- **Ribadero**, Martín (2017). *Tiempo de profetas. Ideas, debates y labor cultural de la Izquierda Nacional de Jorge Abelardo Ramos (1945-1962)*. Quilmes, Universidad Nacional de Quilmes.

- **Rivera**, Enrique (2007[1954]). *José Hernández y la Guerra del Paraguay*. Bs. As., Colihue.
- (1955a). “Un caso de ubicuidad política”. *Cuadernos de Indoamérica* N° 1 (mimeo).
- (1955b). “Una falsificación monstruosa”. *Cuadernos de Indoamérica* N° 2 (mimeo).
- (1955c). “Rosas y el Rosismo” *Cuadernos de Indoamérica*, N° 3 (mimeo).
- (1971). “El socialismo y la Revolución Nacional”. Córdoba. Ed. Patria Grande.
- **Rojo**, Alicia (2002). “El trotskismo argentino y los orígenes del peronismo”, *Cuadernos del CEIP* N° 3 (agosto).
- **Romero**, José L. (1946). *Las ideas políticas en Argentina*. Buenos Aires, FCE.
- **Romero**, Luis A. (1985). “Sectores populares, participación y democracia: el caso de Buenos Aires”, en Rouquié, A. y Schvarzer, J. (comps.). *¿Cómo renacen las democracias?* Bs. As. Emecé.
- **Rosa**, Jose M. (dir.) (1989). *Perón. Treinta años que conmovieron la política argentina*. Bs. As. Proa. T° 2, fasc. 19, “La muerte de Eva Perón” y 20, “Las organizaciones libres del pueblo”.
- **Rubinstein**, Gustavo (1998). “Las cosas en su lugar. Disciplinamiento y verticalización en el peronismo tucumano (1949–1951)”, en línea: <http://www.historiapolitica.com/datos/biblioteca/rubinstein.pdf>
- **Saítta**, Silvia (2001). “Entre la cultura y la política: Los escritores de izquierda”, en Cattaruzza, A (dir.), *Crisis económica, avance del estado e incertidumbre política (1930-1943)*, Nueva Historia Argentina. Buenos Aires, Sudamericana, 2001, pp. 383-428.
- **Schelchkov**, (2021).
- **Schneider**, Alejandro (2007). “Los compañeros. Trabajadores, izquierda y peronismo. 1955-1973”, Buenos Aires, Imago Mundi,
- **Schiavi**, Marcos (2008). *La resistencia antes de la resistencia. La huelga metalúrgica y las luchas obreras de 1954*. Bs. As., El Colectivo.
- **Schulman**, José E. (2001). “Algunos de los debates comunistas ante el surgimiento del peronismo y las elecciones de 1946”, en sitio *Crónicas del Nuevo Siglo*, http://cronicasdelnuevosiglo.wordpress.com/2001/04/15/algunos-de-los-debates-comunistas-ante-el-surgimiento-del-peronismo-y-las-elecciones-de-1946/#_ftnref19
- **Sebreli**, Juan J. (2003). *Crítica de las ideas políticas argentinas*. Bs. As., Sudamericana.
- **Sessa**, Leandro (2009). “Los intelectuales apristas y la cultura popular. Un acercamiento a las reflexiones de Luis Alberto Sánchez y Víctor Raúl Haya de la Torre sobre el indigenismo.” *Temas de Nuestra América* 25; U.N. de Costa Rica, abril. pp. 43-61

- (2013). “Aprismo y apristas en Argentina: Derivas de una experiencia antiimperialista en la "encrucijada" ideológica y política de los años treinta”. Tesis de doctorado. FaHCE-UNLP. <https://memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.824/te.824.pdf>
- **Silva, J. Pablo** (2009). “Repensando aspectos de las relaciones de clase en el Chile del siglo XX”, en Visacovsky y Garguin (comps.), *op. cit.* pp. 123-159
 - **Sigal, Silvia** (1991). *Intelectuales y poder en la década del sesenta*. Buenos Aires, Puntosur.
 - **Spilimbergo, Jorge E.** (1956). “El moralismo. Utilización oligárquica de la clase media”, en *Nacionalismo oligárquico y nacionalismo revolucionario*. Bs. As. Amerindia. Edición digital: <https://www.marxists.org/espanol/spilimbergo/1950s/spilimbergo-1956-nacionalismo-oligarquico.pdf>. pp. 60-68
- (1974). *Juan B. Justo y el socialismo cipayo. El socialismo en la Argentina*. Bs. As. Octubre.
- y ots. (1974b). *El revisionismo histórico socialista*. Bs. As. Octubre.
- (2003). “Spilimbergo escribe sobre Esteban Rey”. Extraído del sitio Socialismo Latinoamericano- Izquierda Nacional <http://www.izquierdanacional.org/> (enlace inactivo). Acceso: marzo 2016.
- **Stortini, Julio** (2004). “Historia y política: producción y propaganda revisionista durante el primer peronismo”, *Prohistoria* N° 8. Rosario.
 - **Strasser, Carlos** (1959). *Las izquierdas en el proceso político argentino*. Buenos Aires, Palestra. pp. 133-144.
 - **Svampa, Maristela** (1994). *El dilema argentino: Civilización o Barbarie. De Sarmiento al revisionismo peronista*. Bs. As., El cielo por asalto.
 - **Tarcus, Horacio** (1996). *El Marxismo olvidado en la Argentina: Silvio Frondizi y Milcíades Peña*. Buenos Aires, El cielo por asalto.
- (dir.) (2007). *Diccionario biográfico de la izquierda Argentina. De los anarquistas a la “nueva izquierda” (1870-1976)*. Buenos Aires. Emecé. Entradas: Joaquín Coca, Antonio De Tomaso, Juan B. Justo, Alfredo Palacios, Federico Pinedo, Manuel Ugarte.
- **Tarruella, Alejandro** (1983). “Esteban Rey. Memorias de un agitador” (entrevista) *Primera Plana* N° 32 (Segunda época). Diciembre 1983, pp. 62-640.
 - **Terán, Oscar** (1991). *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina. 1956-1966*, Buenos Aires, Puntosur.
 - **Thompson, Edward.P.** *Miseria de la teoría*. Barcelona, Crítica, 1981
 - **Torre, Juan C.** “Introducción a los años peronistas”, en Torre, J. C. (dir.), *Los años peronistas (1945-1955)*, Nueva Historia Argentina. Bs. As., Sudamericana. pp. 11-77.
- y **Pastoriza, Elisa** (2002). “La democratización del bienestar”, en Torre, J. C. (Dir.), *Los años peronistas (1945-1955)*, Buenos Aires, Sudamericana. pp. 257-312.

• **Tortti**, Cristina (2009). *El “viejo” partido socialista y los orígenes de la “nueva” izquierda*. Buenos Aires, Prometeo.

----- **Chama**, M. y **Celentano**, A. (2014), *La nueva izquierda argentina (1955-1976). Socialismo, peronismo y revolución*. Rosario, Prohistoria.

• **Trotsky**, León (1933). “Consideraciones de principio sobre el entrismo” (carta a la sección británica de la Oposición de Izquierda). 24 de octubre. En <https://www.marxists.org/espanol/trotsky/ceip/escritos/libro3/T05V122.htm>

----- (s/f [1937]). *La revolución traicionada. Qué es y adónde va la Unión Soviética*. La Paz, Ed. Crux.

----- (1939) “La industria nacionalizada y la administración obrera” Edición digital. Centro de Investigaciones y Publicaciones “León Trotsky” (CEIP): <http://www.ceip.org.ar/La-industria-nacionalizada-y-la-administracion-obrera-1;>

----- (1940). “Manifiesto de la Cuarta Internacional sobre la guerra imperialista y la revolución proletaria mundial”, en https://www.marxists.org/espanol/trotsky/ceip/escritos/libro6/T11V201.htm#_ftnr

(1940b). “Los sindicatos en la era de la decadencia imperialista” Edición digital. Centro de Investigaciones y Publicaciones “León Trotsky” (CEIP): <http://www.ceip.org.ar/Los-sindicatos-en-la-era-de-la-decadencia-imperialista-374>

----- (1961). *Por los Estados Unidos Socialistas de Latinoamérica*. Bs. As, Coyoacán.

• **Vallejo**, Patricio (1988). “Síntesis biográfica de Nahuel Moreno (1924-1987)”. *Correo Internacional*. En: <https://www.marxists.org/espanol/moreno/biografia.htm>

• **Vasallo**, Sofía (2008). “Diálogos entre Perón y la multitud que cambiaron la historia: el 17 de octubre de 1945 y el 31 de agosto de 1955”, *V Jornadas de Sociología de la UNLP*. La Plata, FaHCE, diciembre.

• **Viguera**, Aníbal (1991). “El primero de mayo en Buenos Aires, 1890-1950: evolución y usos de una tradición”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana E. Ravignani*, N° 3, pp. 53-79.

• **Visacovsky**, Sergio y **Garguin**, Enrique (2009). “Introducción”, en Visacovsky y Garguin (comps.), *op cit.*, pp. 11-59.

• **Yankelevich**, Pablo (1994). “El socialismo argentino y la Revolución Mexicana (1910-1917). Los resultados de una intercepción carrancista”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. E. Ravignani”* Tercera serie, N° 9, pp. 21-40.

Diarios:

- *La Gaceta*. Tucumán, octubre-diciembre 1949.
- *Democracia*, Bs. As. , noviembre 1951-abril1952; marzo-junio 1953; febrero-mayo 1954
- *La Prensa* [CGT], Bs. As., marzo-abril 1953; mazo-abril 1954
- *La Nación*, Bs. As., noviembre 1951-febrero 1952

Revistas:

- *América Libre. Crítica-Arte-Polémica*. Córdoba, 1935. Núm 1, 3, 4 y 5.
- *Izquierda. Por la Revolución Nacional de América Latina*, 1955. Núm. 1 y 2;

Prensa partidaria

- *Argentina de Hoy. Órgano del Instituto de Estudios Económicos y Sociales* (1951-55)
- *Frente Obrero. Órgano de la Federación Socialista de la Capital del PSRN* (1954)
- *Frente Proletario. Órgano del Grupo Obrero Marxista* (1946-1948)
- *Frente Proletario. Órgano del Partido Obrero Revolucionario* (1948-1954)
- *La Vanguardia. (Tercera etapa) Órgano del Partido Socialista [RN]* (1953-54)
- *La Vanguardia (Segunda época). Órgano del Partido Socialista – Revolución Nacional* (1955)
- *La verdad. Órgano de la Federación Bonaerense del PSRN* (1954-55)
- *Lucha Obrera Órgano oficial del Comité Ejecutivo Nacional del PSRN* (1955-56);

Archivos:

- **Biblioteca y hemeroteca del Congreso de la Nación**. Adolfo Alsina 1835, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.
- **Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas (CeDInCI)**. Fray Luis Beltrán 125, C.A.B.A., Argentina.
- **Librería y biblioteca “Gallo Rojo”**. Chile 1362, C.A.B.A., Argentina
- **Fundación Pluma**. Archivo digital - <http://fundacionpluma.info>